Premio Planeta 2025

Agustín Emmanuel Teicher

Olivarius

Prólogo/indice de la obra completa

“Toda cartografía es un acto de presunción: se traza un mapa como quien impone orden sobre lo innombrable, creyendo que las líneas pueden domeñar el vacío, que los nombres fijan las coordenadas de lo inasible. Pero hay territorios que se resisten a la imposición de la forma, paisajes que no admiten la tiranía de la lógica ni la arrogancia de la brújula. Es ahí, en los márgenes de la existencia y en las rutas que no figuran en ningún atlas, donde habita Olivarius.”

“No se trata de un hombre, o no del todo. No se trata de una historia, o no en el sentido convencional de la palabra. Olivarius es la fisura entre la memoria y el olvido, el tránsito sin llegada, la palabra que se escribe en la arena y se borra con el viento antes de ser leída. Es el eco de una pregunta que nunca encontró interlocutor, la sombra proyectada por una ausencia más real que cualquier presencia.”

“Se ha dicho que toda historia comienza con un acto de traición. Que el exilio no es solo una consecuencia del destierro, sino también su

causa secreta. En alguna época, tal vez en otra vida, tal vez en la misma, un hombre cruzó un desierto creyendo que avanzaba, cuando en realidad solo cavaba su propio sepulcro en la historia. Su error no fue huir, sino pensar que aún quedaba algo por lo que volver.”

“Hubo un tiempo en el que alguien creyó que viajar era escapar, que el movimiento bastaba para engañar al destino. Que si la carretera se prolongaba lo suficiente, el olvido se volvería misericordioso. Pero la ruta es una espiral, no una línea recta, y siempre devuelve al viajero a la última sombra que dejó atrás.”

“Las historias no solo las cuentan los vivos. A veces, los sonidos resuenan más que las voces, y lo que creemos olvidado aún nos observa desde la página que nadie ha escrito. Quizás los nombres sean solo pretextos, y la ficción la última forma de existencia posible.”

“Pero el lenguaje, como la carne, se pudre. Hemos gastado las palabras hasta volverlas polvo, y aún nos preguntamos por qué nada de lo que decimos deja huella. Hemos convertido el pensamiento en una mercancía, la verdad en un eslogan, la resistencia en una moda. Y en este mundo donde la comunicación se ha vuelto un simulacro, ¿qué sentido tiene escribir cartas que nadie leerá?”

“Lo que sigue en estas páginas no es un relato, sino una constelación dispersa de fragmentos, voces que se cruzan y se disuelven, cartas que nunca llegaron a su destino, preguntas que se desvanecen antes de formularse. No busques una línea recta, ni un desenlace, ni una

lógica comprensible. Acá no hay redención ni certezas, solo un viaje sin mapas, una travesía sin regreso, un exilio sin orillas.”

“Si has llegado hasta aquí, significa que aún crees en la posibilidad de los caminos imposibles, en la persistencia de las historias que nadie cuenta, en la resistencia de la palabra frente al silencio. Y eso, lector, ya es una forma de extravío.”

Bienvenido a Olivarius.

Mi mundo, su mundo, nuestro mundo.

Tierra Prometida, Nunca Llega

Capítulo 1 Parte I

1820 El Desierto de la Promesa

El sol se derramaba sobre la llanura como un filo candente, secando la boca, quemando la piel, quebrando la tierra hasta convertirla en un mapa de misterios sin fin. A lo lejos, las siluetas de los montes bajos parecían fantasmas borrosos, flotando sobre un horizonte inalcanzable. Dos jinetes avanzaban por el camino polvoriento, casi

sin hablar. No por falta de ganas, sino porque el silencio se había impuesto con la misma brutalidad que el calor.

El primero, al frente, era Diego Acosta, un soldado de las guerras de independencia que, con apenas veintisiete años, ya había visto más muertes de las que podría contar. Su uniforme estaba sucio, desgarrado en algunas partes, y la chaqueta azul que alguna vez había sido símbolo de su lealtad ahora colgaba como un trapo viejo sobre su espalda. A su lado, cabalgaba Germán Alvarado, un joven de apenas veinte años, con el rostro endurecido por la incertidumbre. Ambos huían, aunque ninguno se atrevía a decirlo en voz alta.

—Si seguimos al norte, en dos días llegamos a Córdoba —dijo Diego, rompiendo el mutismo.

—Si llegamos —respondió Germán sin mirarlo.

Los dos sabían que la posibilidad de ser interceptados era alta. Los soldados de su propio bando estaban detrás de ellos. La ironía era asfixiante: habían peleado contra los realistas, pero ahora la traición venía desde su propia gente. Diego, un militar que había creído en la causa revolucionaria, estaba siendo perseguido por desertor. No porque hubiera abandonado la lucha, sino porque había cuestionado las decisiones de sus superiores. Su error había sido creer que la guerra se trataba de justicia.

—¿Crees que realmente nos van a buscar? —preguntó Germán, sin poder evitar la duda.

Diego no contestó de inmediato. Miró hacia el cielo despejado y, por un momento, deseó que hubiera nubes, una sombra, algo que aliviara la sensación de ser devorados por el desierto.

—Claro que sí. No nos pueden dejar ir así nomás. Si dejan que dos hombres como nosotros huyan, significa que otros pueden hacerlo también. Y no se pueden permitir que haya más hombres que piensen.

El más joven apretó la mandíbula. No lo había querido admitir, pero en el fondo sabía que Diego tenía razón. Habían servido bajo el mando de un coronel que ahora negociaba con los poderosos, los mismos que en su momento se habían opuesto a la independencia. Habían matado por un país que aún no existía y, al final, los habían tratado como herramientas descartables.

Siguieron avanzando. Las patas de los caballos removían la arena seca con cada paso, levantando nubes de polvo que quedaban suspendidas en el aire. Un halcón cruzó el cielo, planeando en círculos como si esperara su momento. Diego lo siguió con la vista, sintiendo un escalofrío inexplicable.

—Mala señal —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—El halcón. Siempre aparecen cuando hay muerte cerca.

Germán soltó un resoplido, intentando disimular su incomodidad. Pero Diego no era hombre de supersticiones sin razón. Era un

soldado que había sobrevivido lo suficiente como para entender que los presagios existían, aunque no siempre se manifestaran de manera literal.

A lo lejos, un pequeño caserío de adobe se recortaba contra la inmensidad vacía. Diego señaló con la cabeza.

—Pararemos ahí.

Germán asintió sin discutir. Llevaban horas sin beber agua, y aunque sus cuerpos ya se habían acostumbrado a la escasez, sabían que sin un descanso no durarían mucho más.

Cuando llegaron, el pueblo era apenas un conjunto de casas bajas, algunas de ellas abandonadas, otras con puertas entreabiertas y sombras que se movían dentro. Diego desmontó primero y ató su caballo a un poste de madera seca. Germán lo imitó, pero no sin antes echar un vistazo a los alrededores.

—No me gusta esto —murmuró.

Diego tampoco estaba tranquilo. Los pueblos en medio de la nada siempre tenían una extraña sensación de muerte suspendida. Como si su existencia estuviera ligada a la espera de que alguien llegara, pero cuando ese alguien llegaba, la sensación de haber cometido un error se instalaba de inmediato.

Se acercaron a la única construcción que tenía algo parecido a una taberna. El interior estaba oscuro, con el aire cargado de un calor

espeso. Detrás del mostrador, un hombre mayor, con barba gris y mirada hundida, los observó con desconfianza.

—No vendemos nada —dijo sin rodeos.

—Solo queremos agua —respondió Diego, quitándose el sombrero.

El hombre escupió al suelo y, tras un momento de duda, sacó un jarro de madera y lo llenó con un líquido que se veía tibio. Diego lo tomó sin dudar y bebió hasta la última gota. Germán hizo lo mismo, aunque sintió que el agua tenía un gusto a óxido.

El silencio se prolongó. El tabernero los miraba como si pudiera oler el peligro en ellos.

—¿De dónde vienen?

—De la guerra —respondió Diego sin dar más explicaciones.

El viejo no preguntó más. Sabía que no había respuestas buenas cuando un hombre decía esas palabras.

Diego se apoyó en la barra, sintiendo por primera vez en días que podía relajarse un poco. Pero la tranquilidad duró poco.

Un sonido seco se escuchó afuera.

Los tres voltearon al mismo tiempo. Diego reconoció de inmediato lo que era.

El sonido de un rifle al ser cargado.

Germán fue el primero en moverse. Se dirigió hacia la puerta, pero Diego le agarró el brazo y lo obligó a quedarse quieto. La reacción instintiva podía ser la diferencia entre la vida y la muerte.

El tabernero se quedó inmóvil, con los ojos clavados en la entrada. Desde afuera, una voz gruesa y firme habló:

—Sabemos que están ahí.

Diego sintió que todo a su alrededor se ralentizaba. Reconoció la voz al instante.

Era el capitán Valverde, su antiguo superior.

Habían llegado más rápido de lo que esperaba.

Germán apretó el puño, listo para desenvainar el cuchillo que llevaba en la cintura.

Diego, en cambio, cerró los ojos un segundo y respiró hondo.

La guerra no había terminado.

Solo había cambiado de forma.

Capítulo 1 Parte II

1820 La Frontera de la Traición

El silencio dentro de la taberna era un filo invisible. El capitán Valverde había hablado, y sus palabras pesaban como un verdugo sosteniendo la soga.

Diego cerró los ojos un instante. No rezó. No pensó en su familia. No pensó en el país por el que había matado. Solo sintió el calor de la madera podrida bajo sus botas, el polvo pegándose a su piel sudada, el peso de una guerra que ya no era suya.

—¿Qué hacemos? —susurró Germán, con voz entrecortada.

El chico tenía la mano en el cuchillo, pero su pulgar se movía con ansiedad sobre la empuñadura de madera. No era miedo. Era la desesperación de alguien que aún no comprende que ya está muerto.

El tabernero no hablaba. Había visto demasiados hombres enfrentar su último momento.

Desde afuera, la voz de Valverde se deslizó como una serpiente entre las grietas de la taberna.

—No tienen salida, Acosta. Salgan con las manos en alto y no habrá necesidad de que esto termine en un baño de sangre.

Diego sonrió con amargura.

El calor del mediodía parecía crecer con esas palabras. Era un truco viejo: hacerte creer que aún tienes opción cuando ya te han sentenciado.

Se apoyó en la barra, sintiendo el aire espeso pegándose a su piel. Los asesinos siempre hablaban de evitar la violencia antes de matar.

—Escúchame —dijo Diego, inclinándose hacia Germán—. Voy a salir solo.

Los ojos del joven se abrieron con un pánico crudo.

—¡Eso es una locura! Nos van a matar igual.

Diego apretó su hombro. No con la rigidez de un comandante, sino con la cercanía de un hermano mayor que ya sabe lo que el otro aún no entiende.

—A mí ya me condenaron hace tiempo. A vos aún te pueden perdonar.

Germán negó con la cabeza, con el rostro torcido por una mezcla de ira y desesperación.

—No me voy a quedar acá esperando que te maten.

Era joven. Demasiado joven para entender lo que él ya había comprendido hacía tiempo:

La guerra no era una lucha entre ejércitos, sino una máquina que trituraba hombres y escupía cadáveres.

—No les des el gusto de verte caer —dijo Diego, y sus palabras no eran solo un consejo, sino una súplica.

Germán quería protestar, quería gritar, quería encontrar una forma de evitar lo inevitable. Pero en su interior, sabía que Diego estaba en lo cierto.

—Te daré una señal —dijo Diego—. Cuando la escuches, corre.

Germán tragó saliva y asintió con un gesto lento.

Diego dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

Afuera, la luz del sol lo golpeó con violencia.

Tuvo que entrecerrar los ojos para distinguir las figuras. Cinco hombres lo esperaban, con los rifles listos, formando un semicírculo que cortaba cualquier posible escapatoria.

Valverde estaba en el centro, vestido con un uniforme demasiado limpio para un hombre que decía haber estado en campaña. No era un soldado, era un político disfrazado de militar.

—Me alegra ver que aún entiendes de disciplina —dijo Valverde con una sonrisa cínica.

Diego se detuvo a un par de metros de ellos. No levantó las manos. No tenía sentido humillarse.

—No vine acá por disciplina —contestó—. Vine porque sabía que si no salía, ustedes entrarían. Y ya conozco la clase de hombres que llevan con usted.

El rostro de Valverde apenas se inmutó, pero Diego vio el destello de furia contenida en sus ojos.

—Siempre fuiste un rebelde, Acosta. Nunca entendiste que la guerra no se gana con ideales, sino con poder.

Diego sonrió con desgano.

—¿Y por eso estás aquí? ¿Para mostrarme tu poder?

Valverde se tomó su tiempo antes de responder. Quería saborear la superioridad, disfrutar el momento en que podía mirar por encima al hombre que alguna vez había sido su igual.

—Estoy aquí porque tú eres una piedra en el camino —dijo finalmente—. La revolución necesita orden. Y vos sos el caos.

Diego sostuvo su mirada sin parpadear. No tenía miedo. El miedo era un lujo que solo tenían los que aún esperaban algo de la vida.

—Si la revolución necesita traidores como vos, entonces prefiero ser el caos.

Un silencio denso se impuso entre los dos. Las manos de los soldados se apretaron sobre los rifles.

Diego sabía que tenía segundos.

Un solo segundo para hacer lo que tenía que hacer.

Sus ojos se desviaron sutilmente hacia una carreta volcada en un costado del camino. Una carreta vieja, con ruedas secas y maderas podridas.

Justo lo que necesitaba.

Valverde notó la mirada, pero fue demasiado tarde.

Diego giró sobre sus talones y pateó con toda su fuerza una de las tablas sueltas de la taberna.

El ruido resonó como un trueno seco en el aire.

Y Germán entendió la señal.

Desde adentro, Germán ya estaba en movimiento.

Saltó por la ventana lateral de la taberna antes de que los soldados pudieran reaccionar.

Los disparos se dispararon al instante.

Las balas se clavaron en la madera, levantando astillas. El polvo se alzó en remolinos.

Diego corrió hacia la carreta y, con todas sus fuerzas, la empujó para que cayera sobre el suelo, creando una barrera entre él y los soldados.

Valverde gritó órdenes.

Pero Germán ya había desaparecido entre los callejones del pueblo.

Diego sabía que no iba a escapar.

No era el plan. Nunca lo fue.

Se apoyó contra la carreta caída y exhaló. Por primera vez en años, sintió alivio.

Porque había logrado lo único que realmente importaba.

Había salvado a Germán.

Sonrió.

—¿Sabes qué es lo peor de todo, Valverde? —dijo con voz serena, sin miedo, como si el calor del sol ya no le quemara la piel—. Que cuando cuenten esta historia, dirán que morí como un traidor. Y dirán que vos eras el héroe.

El disparo rompió el aire.

El impacto lo dobló hacia atrás.

Su sangre oscureció la arena seca.

Cayó de rodillas.

Y sonrió una última vez.

Capítulo 1 Parte III

1820 El Silencio de los Caídos

Germán corrió sin mirar atrás.

Los disparos resonaban como latigazos en el aire seco. La arena ardía bajo sus botas, pero él apenas lo sentía. Corría porque era la única opción. Porque morir ahí no cambiaría nada, y porque vivir era la única forma de vengarlo.

Diego estaba muerto. No necesitaba verlo para saberlo.

Sus pasos golpeaban el suelo con un ritmo violento, desordenado. Las calles del pueblo eran un laberinto de adobe, angostas, sucias, silenciosas. Pero no había silencio real. No en su cabeza. Ahí, los disparos seguían sonando, repetidos una y otra vez en ecos incesantes.

La guerra no se termina cuando dejas de pelear. La guerra se queda en el cuerpo, en la memoria, en el silencio.

Diego le había dado la orden de huir.

Pero Germán no sabía si era capaz de obedecerla.

Se detuvo en un callejón angosto.

Su respiración era errática, el pecho se le hinchaba como si el aire le costara el doble entrar. El filo del cuchillo seguía en su mano, pero ahora parecía ridículo.

No servía contra un rifle.

No servía contra un ejército.

No servía contra la muerte.

Algo dentro de él se rompió esa noche. Algo que nunca volvería a ser lo mismo.

El miedo seguía ahí, pegado a su piel como el sudor, como el polvo del camino. Pero debajo de ese miedo, algo más crecía. Algo más fuerte. Algo que no había sentido antes.

No era rabia. No era desesperación.

Era una certeza brutal y definitiva.

Valverde iba a morir.

No mañana. No en un mes. Pero algún día.

Y cuando llegara ese día, Valverde sabría que no había sido un accidente. Sabría que había sido él.

Germán se apoyó contra la pared, cerró los ojos, dejó que la sombra de Diego se instalara en su mente.

“No les des el gusto de verte caer.”

Cerro sus ojos con fuerza.

No iba a morir ahí.

No iba a desaparecer como uno más.

Si Valverde lo quería muerto, entonces lo haría esperar.

La noche cayó sobre el pueblo como un velo denso. El calor se disipó, pero el miedo seguía ahí.

Germán se había escondido en un granero abandonado, acurrucado entre sacos de grano seco. No había dormido. No podía.

Afuera, los soldados aún lo buscaban.

—Revisen bien. El muchacho no puede haber ido lejos.

La voz de Valverde. Fría, metódica, como si su vida fuera solo otro trámite que debía resolver.

Germán contuvo la respiración. Sabía lo que significaba ese tono.

Valverde no estaba impaciente. Eso significaba que tenía tiempo.

Que podía darse el lujo de esperar.

Que el pueblo entero estaba cerrado.

Que nadie iba a ayudarlo.

Los pasos se detuvieron a metros de él. Un soldado respiró hondo. Germán sintió su sombra proyectarse sobre los sacos de grano.

Si el soldado estiraba la mano, lo encontraría.

Un segundo.

Dos.

Tres.

El soldado se giró.

—Nada aquí —dijo.

Los pasos se alejaron. No por mucho.

Germán tenía que salir de ahí antes del amanecer.

Cuando los primeros rastros de luz filtraron la noche, Germán supo que era su única oportunidad.

Se deslizó fuera del granero como un fantasma, con los músculos tensos como cuerdas a punto de romperse.

El pueblo aún dormía.

O fingía hacerlo.

Sabía que si intentaba escapar por los caminos principales, lo atraparían. Tenía que hacer algo más arriesgado.

Tenía que ir hacia el río.

El agua significaba escape. El agua significaba vida.

Sabía que Diego hubiera odiado la idea. Escapar sin pelear.

Pero Diego estaba muerto.

Y Germán estaba vivo.

Y si quería que la muerte de Diego significara algo, entonces tenía que seguir vivo.

Se detuvo un instante. Miró atrás.

El pueblo era solo un montón de formas inacabadas bajo el amanecer. Diego estaba ahí.

No su cuerpo. Su espíritu. Su voz. Su promesa.

“No les des el gusto de verte caer.”

Germán no cayó.

El agua lo envolvió.

El sol aún no había salido del todo cuando su figura desapareció en la corriente.

Capítulo 2 Parte I

1820 El Río y la Noche

El agua estaba helada. Pero no tanto como la certeza de estar solo en el mundo.

Germán emergió de la corriente con un jadeo seco, su cuerpo temblando bajo el peso de la noche. Las estrellas eran agujeros en el cielo, indiferentes, testigos mudos de lo que acababa de dejar atrás. Su piel ardía por el frío, por el miedo, por el golpe brutal de la supervivencia.

Nadó con torpeza hasta la orilla, cada brazada más pesada que la anterior. La arena mojada se pegó a sus ropas cuando rodó fuera del agua, su respiración entrecortada. Se quedó boca arriba, observando el cielo, sintiendo su propio corazón retumbar como un tambor de guerra dentro del pecho.

Estaba vivo.

Pero la vida no era alivio.

La vida era una condena cuando otro había muerto por vos.

Diego estaba muerto.

El pensamiento era como un filo en la garganta. Una herida que no sangraba por fuera, sino por dentro, en un lugar que nunca sanaría.

Su mente le jugó una última crueldad: un instante fugaz en el que casi creyó que Diego aún estaba allí. No su cuerpo, sino su voz. Como si aún pudiera volverse y verlo, aún en pie, sonriendo con esa certeza maldita de los que ya aceptaron su destino.

Pero cuando giró la cabeza, solo encontró tierra mojada y oscuridad.

—No les des el gusto de verte caer —susurró, repitiendo las últimas palabras de Diego, como si necesitara que fueran reales.

Pero había caído.

No en el suelo, no bajo las balas.

Había caído dentro de sí mismo.

Y en esa caída, algo se estaba rompiendo. Algo que ya nunca volvería a ser lo que era antes.

El bosque a la orilla del río era un laberinto de formas inconclusas.

Los troncos torcidos de los árboles se alzaban como espectros petrificados en la penumbra. Las hojas crujían bajo sus pasos, el sonido amplificado en el silencio de la madrugada.

Germán sabía que no podía detenerse.

Los soldados no tardarían en encontrar su rastro. Valverde no era un hombre que dejaba cabos sueltos.

La noche era su única aliada.

Avanzó a través del follaje espeso, sintiendo cada músculo de su cuerpo quejarse, cada articulación rechinar como una puerta vieja. El cansancio lo empujaba a detenerse, pero la imagen de Diego cayendo aún ardía en su cabeza.

Después de un tiempo que no pudo medir, vio la cabaña.

Pequeña, medio oculta por la maleza, con el techo inclinado y las paredes de madera vieja. Un refugio improvisado. O quizás una trampa.

Pero no tenía opción.

Se acercó con cautela, tanteando la puerta. Cedió con un chirrido áspero.

El interior olía a madera húmeda, a tierra y abandono.

No había nadie.

Cerró la puerta detrás de él y apoyó la frente contra la madera. El peso del día entero cayó sobre sus hombros de golpe.

Tenía que seguir.

Tenía que levantarse.

Tenía que encontrar un propósito.

Pero su cuerpo ya no respondía.

Se dejó caer contra la pared y cerró los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió el lujo de sentirse humano.

Y la oscuridad lo reclamó.

Cuando despertó, la luz del amanecer filtraba la cabaña en tonos ocres.

Le dolía todo. Los músculos, la cabeza, la memoria.

Se frotó la cara con las manos sucias y sintió el golpe seco de la realidad:

Nada había cambiado.

Diego seguía muerto.

Valverde seguía vivo.

Y él seguía solo.

Respiró hondo y miró a su alrededor con más atención.

Las paredes de la cabaña tenían marcas, grabados, nombres olvidados tallados en la madera. Alguien había estado acá antes. Otros fugitivos, quizás. Otros hombres perseguidos por la historia.

Una pisada vieja en el polvo. Un tajo en la mesa. Una vela derretida hasta la base.

El lugar tenía la quietud de un sepulcro.

Y en la pared frente a él, una frase estaba escrita con trazos firmes, como si alguien la hubiera dejado para quien llegara después:

“Las promesas no existen. Solo los hombres que las hacen o las rompen.”

Germán la leyó una, dos veces.

Pasó los dedos sobre la madera áspera, siguiendo cada letra con la punta de la uña.

Era una advertencia. O tal vez un recordatorio.

Pensó en Diego, en la promesa que había defendido con su vida.

Pensó en Valverde, en las mentiras que habían llevado a tantos a la muerte.

Pensó en sí mismo, en el muchacho que había sido antes de que todo esto comenzara.

¿Era él un hombre que hacía promesas?

¿O sería uno que las rompería?

No lo sabía todavía. Pero pronto, el mundo le daría la respuesta.

Se levantó.

Todavía quedaba un largo camino por recorrer.

Y el miedo…

El miedo ya no iba a detenerlo.

Antes de salir, se quitó la chaqueta rota del ejército y la dejó en el suelo.

No quería más símbolos de un ejército que lo había traicionado.

Dio un paso fuera de la cabaña y sintió la brisa fría del amanecer.

Miró el horizonte.

Había dos caminos.

Uno llevaba a la seguridad.

El otro, a la guerra.

Germán sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Y eligió.

Capítulo 2 Parte II

1820 El Encuentro con el Traidor

El sendero era estrecho, apenas un surco de tierra entre los árboles.

Germán avanzaba despacio, con la cautela de un animal que sabe que lo están cazando. No se fiaba del silencio.

El silencio no existía en la guerra.

Los rayos del sol atravesaban las copas de los árboles en líneas doradas, pero para él no significaban nada. La luz no traía

esperanza. Solo marcaba mejor su silueta contra el follaje, convirtiéndolo en un blanco más fácil.

Se preguntó si Valverde aún lo buscaba.

¿Creería que había muerto? ¿Lo daría por ahogado en la corriente?

Esa idea lo hizo detenerse. Se agachó y hundió la mano en la tierra.

Estaba seca, caliente.

Cerró el puño y se quedó mirando la tierra negra bajo sus uñas.

Si estaba vivo, no era por suerte.

Era porque alguien más había muerto en su lugar.

Diego.

La imagen de su cuerpo desplomándose regresó con la violencia de un disparo. Cada vez que intentaba alejarse de la guerra, la guerra regresaba a él.

Y pronto, iba a tener que decidir qué clase de hombre quería ser.

Porque la guerra no era solo matar. La guerra era decidir a quién dejar con vida.

Y esta vez, no iba a poder huir.

El aire cambió cuando llegó al claro.

Germán lo notó antes de ver los restos de la fogata. Era un olor sutil, pero inconfundible.

Carne quemada.

El fuego había muerto hacía horas, pero las brasas aún olían a grasa chamuscada. Un hombre había comido ahí.

Y no debía estar lejos.

Se acercó despacio, rodeando el campamento con pasos ligeros. Había huellas en la tierra, marcadas por el peso de un solo cuerpo.

El dueño de aquellas huellas había caminado en círculos antes de irse, como si no supiera a dónde ir.

Como si estuviera perdido.

Se agachó y tomó una de las cenizas entre los dedos. Aún conservaba un poco de calor.

El hombre había estado ahí hace poco.

Y si Germán era rápido, podía alcanzarlo.

Lo encontró a la orilla de un arroyo, agachado, lavándose la cara.

Era un hombre de mediana edad, de cabello oscuro, con un sombrero negro gastado y una chaqueta gris que alguna vez debió haber sido elegante. Su postura era la de un hombre que había visto demasiado y confiaba en poco.

Germán no hizo ruido. No lo necesitaba. El hombre ya sabía que alguien lo observaba.

Se irguió despacio y giró la cabeza, sin volverse del todo.

—Si vas a matarme, muchacho, hazlo rápido.

Su voz era áspera, resignada.

Germán no contestó de inmediato. El aire entre ellos estaba cargado de algo más que peligro.

El hombre no intentaba huir. No parecía tener miedo.

Eso lo hizo dudar.

—No sé quién eres —dijo Germán, con la voz más firme de lo que esperaba.

El hombre se dio la vuelta.

Sus ojos oscuros estaban cansados, pero alertas.

—No importa quién soy. Lo que importa es que los dos estamos vivos. Y eso ya nos pone en problemas.

Se quedaron mirándose, midiendo al otro.

Germán aún tenía la mano sobre el cuchillo.

El hombre no iba armado. O al menos, no a simple vista.

—¿Eres un fugitivo? —preguntó Germán.

El hombre soltó una risa breve, seca.

—¿Acaso no lo somos todos?

Silencio.

El arroyo corría entre las piedras, y un pájaro negro pasó volando sobre sus cabezas.

Germán no apartó la vista del hombre.

—¿Trabajaste para Valverde?

El hombre no respondió de inmediato.

Bajó la mirada, como si considerara mentir, pero al final solo expresó un.

—Sí.

La confesión era un filo en el aire.

Germán sintió la sangre latirle en las sien.

El hombre había trabajado para el asesino de Diego.

Podía matarlo ahí mismo.

No habría testigos.

No habría preguntas.

Solo una vida menos en el mundo.

Y sin embargo, algo lo detuvo.

El hombre no suplicaba. No temblaba.

—Dices que trabajaste para él. ¿Y ahora?

El hombre exhaló lentamente, como si ya hubiera esperado esa pregunta.

—Ahora no trabajo para nadie.

Otra respuesta peligrosa.

Los hombres que no trabajan para nadie no tienen lealtades.

O son los más peligrosos, o los más rotos.

Germán aferró más fuerte la empuñadura del cuchillo.

Podía hundirlo en su pecho y terminar con la duda.

Pero algo le dijo que había cosas que debía escuchar antes de matar.

—¿Qué hacías para Valverde?

El hombre esbozó una sonrisa triste.

—Lo mismo que vos. Seguir órdenes.

Los ojos de Germán ardieron.

“Seguir órdenes.”

Así es como se justificaban los asesinos.

Así es como los hombres como Valverde dormían por las noches.

Y sin embargo…

No era miedo lo que veía en ese hombre.

No era orgullo.

Era otra cosa. Algo más cercano al cansancio.

—Si trabajaste para él, ¿por qué huiste?

El hombre alzó la vista.

Por primera vez, su voz sonó más baja, más pesada.

—Porque vi algo que no debía ver.

Germán no se movió.

—¿Qué viste?

El hombre lo miró directo a los ojos.

—Vi cómo mataron a los hombres que hicieron lo correcto.

El viento se llevó la última palabra.

Germán podía matarlo ahora.

Podía acabar con la conversación, con la duda.

Pero si lo hacía, sería igual que Valverde.

Porque matar a un hombre solo por lo que hizo antes, sin escuchar lo que hace ahora, era una ejecución, no justicia.

Germán aflojó la mano sobre el cuchillo.

No porque confiara en él.

Sino porque, por primera vez, comprendió lo que era el poder de decidir sobre la vida de otro.

—Lárgate —dijo en voz baja.

El hombre lo miró, sin sorpresa.

—No me sigas.

—No lo haré.

Y sin más, el hombre del sombrero negro se giró y se perdió entre los árboles.

Germán lo dejó ir.

No porque lo mereciera.

Sino porque la guerra no era solo matar.

Era decidir quién debía seguir vivo.

Capítulo 2 Parte III

1820 La Decisión y el Camino

El viento frío cortaba la piel como una verdad incómoda.

Germán seguía de pie, mirando la dirección en la que el hombre del sombrero negro había desaparecido.

No lo seguía con la vista. Lo seguía con la mente.

Pensó en todo lo que podía haber hecho diferente.

En lo fácil que hubiera sido hundir el cuchillo en su garganta.

En lo fácil que hubiera sido cerrar los ojos y volver a ser un soldado que solo obedecía.

Pero había elegido lo contrario.

No porque creyera en el perdón.

No porque el traidor mereciera vivir.

Sino porque matarlo no habría cambiado nada.

La guerra no era solo matar.

La guerra era decidir quién merecía seguir vivo.

El camino frente a él estaba vacío.

Pero no por mucho tiempo.

La historia nunca deja de repetirse.

Caminó por horas sin rumbo, siguiendo un instinto que aún no comprendía.

El bosque se iba aclarando a medida que avanzaba, dejando paso a un terreno más abierto. Praderas secas, colinas bajas, rastros de un pasado que ya nadie recordaba.

Fue entonces cuando lo vio.

Un campamento abandonado.

O lo que quedaba de él.

Cuerpos esparcidos en el suelo, moscas revoloteando entre los restos. El humo aún se alzaba de una fogata a medio consumir.

Habían muerto hace poco.

Quizás horas antes.

Y entre los cadáveres, un estandarte hecho jirones.

Lo reconoció al instante.

Las tropas que habían intentado resistir al nuevo orden de Valverde.

Hombres como Diego.

Hombres que habían creído en algo que nunca llegó.

La guerra no los había matado.

Los habían masacrado.

Ejecuciones, no combates.

Una advertencia para cualquiera que pensara en rebelarse.

Germán sintió el mundo retorcerse.

El viento arrastraba el hedor a sangre seca y cenizas.

Los cuerpos no estaban alineados como en una batalla.

Estaban arrodillados.

Ejecutados.

Las manos de algunos seguían atadas con soga.

Los que habían tratado de huir, habían caído de espaldas, con el rostro aún congelado en una expresión de terror.

Germán sintió que el estómago se le revolvía.

No había sido una pelea.

Había sido una cacería.

Y entre los muertos, algo brillaba en la luz del atardecer.

Se acercó.

Una piedra grande y plana, con un mensaje tallado en su superficie.

No por la naturaleza. No por el tiempo.

Por una mano humana.

Alguien, antes de morir, había dejado su última verdad escrita.

“La historia la escriben los que ganan. La verdad la guardamos los que caemos.”

Germán pasó los dedos sobre la piedra, sintiendo la aspereza de la inscripción.

Alguien la había escrito con prisa. Con urgencia.

Como si hubiera sabido que no viviría para contar lo que pasó.

Como si su única esperanza fuera que alguien más la encontrara.

Germán reflexionó.

Era un mensaje del pasado, pero también era una orden.

Una que ahora le pertenecía.

No sabía quién había tallado esas palabras.

No sabía si había sido uno de los ejecutados, o si alguien había sobrevivido solo lo suficiente para escribirlo antes de caer.

Pero entendía su significado.

Si nadie recordaba, entonces nada de esto había valido la pena.

Y él no iba a dejar que la historia se perdiera.

Germán miró una última vez el campo de ejecución.

Ya no quedaba nada ahí para él.

Excepto la verdad.

El sol empezaba a ocultarse, proyectando los miedos en largas planicies sobre la tierra seca.

Sabía que no iba a encontrar justicia.

Pero podía encontrar la verdad.

Y la verdad, tarde o temprano, se convierte en historia.

Dio un paso.

Y luego otro.

Caminaba hacia el lugar donde el mundo aún no sabía lo que había pasado.

Pero alguien, en algún momento, tendría que escribirlo.

Capítulo 3 parte 1

1853 La Constitución y el Miedo

Te escribo a vos, aunque sé que nunca leerás esta carta.

No sé si la dirijo a mi conciencia, a un futuro improbable, o al sueño de un país que tal vez nunca existirá. Pero necesito escribir, porque las palabras son lo único que me queda.

En estos días he visto cómo se levanta la promesa de una nación. La tinta de los artículos constitucionales aún no se seca y ya siento en el aire el peso de la traición.

Dicen que estamos fundando un país.

Pero me pregunto, ¿para quién?

El papel que pesa como una lápida.

La vela parpadea en el escritorio. La luz es tenue, pero suficiente.

Los documentos se amontonan sobre la madera oscura, cubiertos de anotaciones en los márgenes, con tachaduras donde antes había ideales.

Manos firmes los escribieron.

Manos de hombres que hablaron de igualdad, de libertad, de derechos.

Manos que temblaron cuando llegó el momento de hacerlos realidad.

Miro mi reflejo en la ventana. La calle está desierta. Buenos Aires duerme, pero yo no puedo.

Porque en cada palabra de esta Constitución, veo una mentira disfrazada de promesa.

Y no soy el único que lo sabe.

Hubo un tiempo en que creí en cada palabra de esta Constitución.

Cuando la primera tinta tocó el papel, pensé que estábamos construyendo algo para todos.

Pero ahora, cuando la luz de la vela cae sobre los artículos que redactamos, lo veo con claridad.

No estamos escribiendo para todos.

Estamos escribiendo para los que ganaron.

Los que sobrevivieron.

Los que ahora se sientan en los salones iluminados y firman documentos con una seguridad que nunca han sentido en el campo de batalla.

Pensamos que estábamos trazando un futuro.

Pero solo estamos asegurándonos de que el pasado nunca nos alcance.

Hoy, mientras revisaba los archivos en la improvisada biblioteca nacional, encontré algo que no debía estar ahí.

Un papel, doblado y olvidado entre las páginas de un viejo tomo sobre la independencia.

Una carta.

El papel estaba amarillento, la tinta desvaída.

Pero las palabras aún eran claras.

“La historia la escriben los que ganan. La verdad la guardamos los que caemos.”

Me quedé mirando esa frase por minutos enteros.

Porque en ella había más verdad que en toda la Constitución.

Volví a casa con la carta en el bolsillo, sintiendo su peso más fuerte que cualquier ley.

¿Quién la escribió?

¿Por qué la escondió en un libro de historia?

No lo sé.

Pero algo en mi interior me dice que esa frase es un vestigio de una Argentina que no sobrevivió.

Y ahora, nosotros estamos construyendo otra.

Una que será diferente.

¿O también será un país para unos pocos?

Las plumas rasgan el papel con un sonido seco.

Las manos de los hombres que firman se mueven con firmeza, pero sus rostros están tensos.

Uno de ellos tose antes de escribir su nombre. Otro mira por la ventana, como si buscara una respuesta en el cielo indiferente.

El salón está en silencio. No es el silencio de la solemnidad.

Es el silencio del miedo.

Porque todos sabemos que no estamos fundando un país.

Estamos sellando su destino.

No puedo dejar de pensar en los hombres que están en esta sala conmigo.

Hemos debatido cada artículo, hemos discutido cada línea. Nos hemos dicho a nosotros mismos que estamos creando un país más justo.

Pero cuando la tinta toca el papel, los ideales desaparecen.

Se nos llena la boca con la palabra “libertad”, pero las manos que firman están manchadas de miedo.

Y yo también tengo miedo.

No por mí.

Sino porque sé que si caemos, nuestra historia también será borrada.

Como la de aquellos hombres que dejaron su mensaje en la piedra.

La pregunta que no tiene respuesta.

Te escribo a ti, aunque no sé quién eres.

Tal vez seas un hombre como yo, en otro tiempo.

Tal vez te sientes en una mesa, como yo ahora, con un papel en blanco frente a ti, preguntándote si lo que estás haciendo vale la pena.

Y si no lo vale, ¿por qué seguimos escribiendo?

¿Por qué seguimos firmando Constituciones que sabemos que no cumplirán su promesa?

¿Por qué seguimos creyendo en una tierra prometida que nunca llega?

Capitulo 3 parte II

1853 El Fantasma de una Nación

Salí a caminar por Buenos Aires al caer la noche. Las calles eran una trama de historias y esperanzas, los faroles apenas iluminaban las esquinas como si temieran revelar demasiado. Mis pasos resonaban

contra las piedras húmedas, un sentido solitario que me recordaba mi propia inquietud.

La carta aún pesaba en mi bolsillo como una culpa ajena que había hecho propia. No podía dejar de pensar en esas palabras grabadas en el papel viejo: “La historia la escriben los que ganan. La verdad la guardamos los que caemos.”

Aquella frase no solo hablaba del pasado. Era también una advertencia para el futuro.

Al girar la esquina de Bolívar hacia la Plaza Mayor, vi a una figura sentada en las escaleras de piedra de la catedral. Reconocí su silueta de inmediato: Mariano Velarde, uno de los convencionales más influyentes en la redacción de la Constitución. Un hombre brillante, respetado. Un hombre que decía creer en los ideales que plasmaba en cada artículo que escribíamos.

Sin embargo, algo en su postura esa noche me hizo dudar.

Me acerqué lentamente. Alzó la cabeza al oír mis pasos, y por un instante percibí en sus ojos la misma duda que yo había estado cargando durante días.

—Pensé que era el único que no podía dormir —dijo Velarde, con una sonrisa cansada—. Pero parece que no soy el único atormentado por fantasmas.

—Quizás nuestros fantasmas son los mismos —respondí, sentándome junto a él.

Se quedó en silencio un instante, mirando al frente. La luz tenue de la plaza dibujaba arrugas profundas en su rostro, revelando una preocupación que nunca mostraba en público.

—¿Crees que estamos cometiendo un error? —preguntó finalmente, con voz baja—. ¿Qué esta Constitución no hará más que profundizar las heridas de este país?

Su sinceridad me tomó desprevenido. No había esperado que compartiera mis dudas con tanta crudeza. Tal vez él también necesitaba hablar con alguien que no lo juzgara.

—No sé si un error —respondí lentamente—. Pero empiezo a pensar que quizás no estamos siendo honestos con nosotros mismos.

Me miró entonces, y en sus ojos vi reflejada mi propia incertidumbre.

—¿Recordas cuando nos conocimos, Velarde? —pregunté de pronto, mirando hacia la plaza desierta—. Éramos jóvenes, llenos de esperanza. Creíamos que el mundo podía cambiarse desde una hoja de papel. Ahora acá estamos, años después, con las manos manchadas de tinta y miedo, preguntándonos cuándo dejamos de ser idealistas para convertirnos en cómplices.

Velarde bajó la vista, respirando profundamente, como si el peso de la memoria fuera más insoportable que el presente.

—Cuando firmamos esos papeles —dijo con gravedad— sentí que estábamos traicionando algo. No sé exactamente qué, pero era como si firmar significara aceptar que habíamos perdido.

—O que nunca habíamos ganado realmente —respondí, con amargura.

Quedamos en silencio nuevamente. La verdad incómoda flotaba entre ambos.

Tras unos minutos, Velarde volvió a hablar, esta vez en un tono más suave, casi confesional.

—¿Sabes por qué decidí participar en la redacción de la Constitución? —preguntó, como si hablara consigo mismo—. Porque pensé que podía cambiar algo desde adentro. Creí que era posible crear una nación justa con solo palabras. Pero ahora veo que las palabras son solo papel. La realidad siempre se impone al final.

—Las palabras tienen poder —dije, intentando convencerme a mí mismo—. Si no creyéramos eso, ¿por qué seguimos escribiendo?

Velarde sacudió la cabeza con una sonrisa amarga.

—Escribimos porque no sabemos hacer otra cosa —respondió—. Pero a veces pienso que las palabras son más peligrosas que las armas. Una bala puede matar a un hombre, pero una mentira escrita puede matar generaciones enteras.

Sentí una vergüenza sacudirme la espalda.

Pensé nuevamente en la carta oculta, en aquel hombre desconocido que había dejado su testimonio entre las páginas de un libro. ¿Cuántas verdades enterradas más existían en este país? ¿Cuántas

historias habían sido silenciadas por quienes hoy firmaban Constituciones y redactaban leyes?

—Dicen que la pluma es más fuerte que la espada —susurré lentamente, mirando al suelo—. Pero, ¿qué sucede cuando la pluma se vuelve esclava del miedo, cuando escribe no lo que sabe, sino lo que conviene? Quizá las palabras sí cambian el mundo. Pero primero deben enfrentarse al temor de quienes las escribimos.

Velarde asintió, pensativo.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —pregunté casi derrotado—. ¿Renunciar a lo que escribimos? ¿Reconocer que todo esto es solo un teatro?

Se puso de pie lentamente. Su mirada era profunda, decidida, pero llena de tristeza.

—No podemos renunciar ahora —respondió—. Ya somos cómplices. Pero podemos hacer algo aún más difícil: contar la verdad. No en la Constitución, sino en lo que dejemos después de ella.

—¿Cómo se hace eso? —pregunté, con una mezcla de miedo y esperanza.

Velarde me miró fijamente, y en ese instante comprendí que él también había encontrado algo que lo había cambiado. Una verdad escondida en algún lugar, una historia que no podía callar más.

—Escribiendo como si nadie fuera a leernos jamás. Como si el futuro dependiera de lo que nadie ve, de lo que nadie quiere escuchar —dijo

con firmeza—. Porque quizás algún día alguien encuentre esas palabras y entienda lo que realmente fuimos.

Sentí la carta en mi bolsillo, más pesada que nunca. Como si fuera la primera piedra de algo más grande, más importante.

—Como el hombre que dejó su verdad escondida en un libro viejo — dije en voz baja.

Velarde asintió lentamente.

—Exactamente así —respondió—. Porque si no lo hacemos nosotros, entonces nadie lo hará. Y esta tierra prometida nunca llegará para nadie.

Miró al cielo oscuro, perdido en pensamientos.

—Tal vez algún día alguien encuentre lo que escribimos acá —dijo—. Quizás entonces pregunte por qué construimos un país sobre mentiras, por qué firmamos lo que no creíamos, y quién pagó el precio de esas mentiras. Y entonces sabrán lo que tú y yo ya sabemos: que la tierra prometida nunca llega, porque la promesa siempre estuvo vacía.

Me quedé allí, viendo cómo Velarde se alejaba en la oscuridad. Y en ese silencio comprendí que la historia siempre vuelve para cobrarse el precio de las palabras escritas sin convicción.

Capítulo 3 Parte III

1853 La Decisión Final: Palabras Bajo la Sombra

La madrugada se extendía sobre Buenos Aires con un silencio inquietante, cargado de algo que aún no podía nombrar. Había caminado durante horas intentando despejar mis dudas, pero cada paso solo profundizaba mi incertidumbre. La carta hallada y las palabras de Velarde resonaban en mí con una insistencia despiadada, revelándome una verdad imposible de ignorar.

Me detuve en la Plaza Mayor, observando cómo las primeras luces del día atravesaban la niebla espesa. Saqué nuevamente la carta y repasé una vez más aquellas líneas escritas con prisa, con angustia, con desesperación:

“La historia la escriben los que ganan. La verdad la guardamos los que caemos.”

Ahora comprendía que esas palabras no eran solo un eco del pasado, sino también una profecía inevitable. Cada generación estaba destinada a descubrir las mismas mentiras, las mismas traiciones, disfrazadas siempre bajo nuevos rostros, nuevos ideales y nuevas promesas. Sentí un escalofrío profundo al pensar que quizá estábamos condenados a repetir eternamente la misma tragedia.

¿Qué éramos nosotros, si no actores atrapados en un libreto escrito desde hace mucho tiempo?

¿Acaso nuestra Constitución no era también un pacto hecho a espaldas de aquellos que, en realidad, deberían haberla escrito?

Guardé la carta con lentitud, consciente ahora de lo que debía hacer.

Horas más tarde, la Biblioteca Nacional me recibió nuevamente con su atmósfera de abandono y quietud. Movido por una urgencia irresistible, busqué febrilmente entre los anaqueles más olvidados. Algo más debía haber oculto allí, esperándome.

Finalmente, mis dedos dieron con un libro grueso encuadernado en cuero oscuro. Al abrirlo, un olor penetrante a moho y tiempo invadió mis sentidos. Dentro, entre páginas amarillentas, descubrí algo que superaba mis expectativas:

Un diario. Un cuaderno personal con letras apresuradas, íntimas, que relataba en detalle no sólo los eventos vividos por el hombre que había escrito la carta anterior, sino los nombres, fechas y hechos concretos que revelaban los pactos secretos detrás de cada supuesta revolución, de cada falsa esperanza.

Mi pulso se aceleró al leer fragmentos como:

“Estos hombres que hoy redactan Constituciones y leyes, también firmaron en secreto acuerdos con los mismos enemigos que juraron combatir. Pactaron silenciosamente, traicionando todo por lo que tantos murieron en los campos de batalla olvidados.”

Aquellas páginas eran dinamita pura. Un testimonio oculto de una Argentina nacida sobre traiciones constantes, pactos silenciosos, y revoluciones ya decididas antes de iniciarse.

Continué leyendo, consumido por una desesperación creciente:

“Cada generación cree que lucha por algo nuevo, sin saber que los acuerdos ya están firmados mucho antes de que disparen la primera bala.”

Sentí cómo las palabras se hundían en mí como cuchillos afilados. Aquel hombre desconocido me estaba revelando una verdad aterradora: no éramos diferentes, éramos solo los siguientes actores en una obra escrita mucho antes.

—¿Cuántas revoluciones más estarán pactadas de antemano? —murmuré con amargura—. ¿Cuántos morirán creyendo luchar por algo que ya fue vendido?

Cerré el libro con fuerza, sintiendo que llevaba entre mis manos no sólo la historia secreta del país, sino también la amarga certeza de que nunca habría una verdadera tierra prometida mientras estos pactos existieran.

Al regresar a mi escritorio, la Constitución reposaba ahí, abierta, silenciosa, acusadora. Tomé la pluma con firmeza, impulsado por una necesidad más grande que el miedo:

“Escribo esto consciente de que estas palabras jamás serán aceptadas. Sé que estoy condenado a esconder esta verdad entre las

sombras, esperando que alguien más valiente, en otro tiempo, la descubra.”

“Sé también que lo que firmamos hoy no es más que otra promesa vacía, una ilusión necesaria para mantener a salvo el poder de quienes jamás han querido compartirlo.”

Me detuve un instante, respirando profundamente, y continué:

“Este país no ha nacido hoy. Ha nacido muchas veces, siempre sobre traiciones, mentiras, y pactos secretos. Si escribo esto es porque he comprendido que, si no hablamos ahora, alguien más deberá hacerlo después. Quizás otro joven, inocente y lleno de ideales, se unirá mañana a una revolución ya vendida, entregada por adelantado. Quizás ese joven muera sin saber que ha luchado por algo que nunca fue real.”

Sentí lágrimas quemándome los ojos, pero continué escribiendo, consciente del peso inmenso que mis palabras cargaban:

“Sólo puedo esperar que aquel que encuentre esto sea capaz de romper la cadena que nos ata al eterno retorno de nuestras derrotas disfrazadas de victorias. Porque sólo entonces esta tierra prometida dejará de ser la cruel mentira que nos ha condenado siempre.”

Firmé con mano temblorosa, sabiendo que aquella confesión era más peligrosa que cualquier bala.

Tomé aquel diario secreto y coloqué entre sus páginas esta última carta. Envolví el libro cuidadosamente en una tela vieja y decidí

ocultarlo en un lugar más seguro, más oculto, donde permaneciera intacto hasta que alguien estuviera listo para descubrirlo.

En mi corazón pesaba una certeza dolorosa: no éramos libres, sólo cambiábamos el nombre de nuestras cadenas. Pero ahora, en mis manos, tenía la posibilidad de darle a alguien la oportunidad de despertar, de romper finalmente con esta maldición histórica.

Caminé hasta la vieja iglesia cercana al Parque, subí lentamente al campanario abandonado, y allí, detrás de piedras sueltas, guardé el diario y mi carta. Era un secreto que descansaría pacientemente durante décadas.

Quizá otro joven, algún día, subiría por azar o por destino, buscando respuestas. Quizás alguien más descubriría que toda revolución se había vendido antes incluso de empezar.

Pensé entonces en ese futuro desconocido, en ese joven idealista, inocente, anónimo, que se uniría a una revolución como la que ahora ya intuía sería sólo otra mentira disfrazada de esperanza.

Sólo podía esperar que, al leer estas palabras, comprendiera lo que yo había tardado tanto en descubrir:

Que la tierra prometida nunca llegará mientras la revolución sea un negocio cerrado entre traidores.

Descendí lentamente del campanario, regresando a la ciudad que comenzaba a despertar, sabiendo que quizá nunca volvería a sentir paz.

Pero al menos ahora había dejado detrás algo que podría romper el círculo eterno.

Había dejado detrás la única revolución verdadera: la del hombre que descubre la mentira y decide enfrentarla, aun sabiendo que probablemente perderá.

Porque, al fin, había entendido que sólo desde la derrota consciente podría surgir algún día la verdadera libertad.

Capítulo 4 Parte I

1890 La Revolución que Nunca Existió

El estrépito de los disparos resonaba por toda la Plaza Lavalle, como un eco perverso de batallas pasadas que parecían repetirse en cada esquina de la historia argentina. Valentín, un joven de apenas veintidós años, avanzaba con un fusil en manos frágiles, sintiendo en cada paso el peso invisible de generaciones que habían soñado con un país más justo. Los adoquines embarrados reflejaban el fulgor de

los faroles rotos; la ciudad era un laberinto de barricadas improvisadas y gritos ahogados por la pólvora.

Algunos compañeros gritaban consignas de libertad, otros disparaban a ciegas contra las tropas del gobierno oligárquico que defendía un poder enquistado hacía demasiado tiempo. La Revolución del Parque, anunciada con promesas de cambio había convocado a estudiantes, trabajadores, idealistas y anarquistas que, como Valentín, creían haber encontrado al fin el momento para derribar el viejo orden. Sin embargo, cuanto más se internaba en esa marea de balas y confusión, más sentía que algo no encajaba: ¿por qué sus líderes parecían ausentes? ¿Por qué los objetivos de la revuelta no estaban claros? ¿Cómo podía ser que una revolución tan esperada se desarrollara con tantas contradicciones?

Mientras se agachaba tras un carro volcado para recargar su arma, Valentín recordó las lecturas de Bakunin, de Proudhon, de todos aquellos pensadores que lo habían convencido de que la libertad debía surgir desde las entrañas del pueblo, sin concesiones, sin pactos a medias. Sin embargo, la atmósfera en la plaza olía más a traición que a emancipación. Un punzante dolor le recorrió las entrañas cuando vislumbró, a lo lejos, a ciertos “revolucionarios” negociar con uniformados del gobierno. ¿Estaba todo pactado antes de siquiera disparar la primera bala?

El rumor crecía entre los combatientes: decían que parte de la dirigencia había negociado con el régimen de antemano, buscando

garantías para su propio beneficio. Los muertos, como siempre, quedarían en las calles, mientras los pactos se firmaban en salones discretos. Valentín sintió una rabia incontenible que le nubló la vista unos segundos, pero una bala silbando cerca de su oído lo trajo de vuelta a la realidad.

—¡Valentín, retrocedamos!— gritó un compañero, con la voz cargada de desesperación. Los soldados del gobierno avanzaban con disciplina, ocupando cada metro libre con una eficacia brutal.

Valentín asintió, el corazón latiéndole con furia. Se abrió paso con otros tres hombres hacia la antigua iglesia que dominaba la plaza. Las puertas de madera crujieron al cerrarse tras ellos, dejando fuera por un instante el ruido ensordecedor de la revuelta. En el interior, los rezagados apenas respiraban, conscientes de que el repliegue era una señal de derrota. En pocas horas, la supuesta revolución parecía estar destinada al fracaso, tal vez uno más en la larga lista de levantamientos truncos en la historia del país.

El interior de la iglesia estaba en penumbras. Varios candeleros habían sido volcados en la confusión, y un olor a cera quemada impregnaba el aire denso. Valentín sentía que su corazón no solo latía por el peligro, sino por una intuición amarga que le taladraba la mente: aquella revolución, tan esperada, olía a farsa. Los clamores de libertad se confundían con gritos de pánico, y la supuesta unidad de los sublevados se había deshecho bajo las primeras descargas del enemigo.

Buscando una salida o quizás algo de altura para vigilar la plaza, Valentín se dirigió hacia las escaleras que llevaban al campanario. Subió con cuidado, pisando peldaños de mármol desgastado, cada uno de sus pasos resonando con un vacío. La penumbra apenas era rota por algunas rendijas de luz que se filtraban a través de las estrechas ventanas.

Cuando llegó a lo alto, se encontró con un espacio reducido, casi claustrofóbico. De un lado, una estrecha ventana mostraba la ciudad sumida en el caos. Del otro, una pared en apariencia sólida, aunque algo en el ladrillo llamó su atención: unas piedras parecían dispuestas de forma diferente, como si alguien las hubiese movido tiempo atrás. Un presentimiento se apoderó de él. Se acercó y, con manos ansiosas, corrió los ladrillos sueltos. Allí, envuelto en una tela vieja y agrietada, encontró un paquete que parecía llevar décadas oculto.

Valentín deslizó los dedos con cautela, quitando la tela para descubrir un libro envejecido y varias hojas sueltas, amarillentas. Su respiración se detuvo por un instante: aquel hallazgo no era una casualidad; sentía que respondía a un llamado silencioso que lo unía con otras generaciones. Se sentó en el suelo de piedra, y con las manos sucias, empezó a hojearlo.

“Escribo estas líneas consciente de que un día alguien volverá a creer en las promesas de una revolución. Ojalá entienda que toda

revolución, en este país, parece nacer vendida antes de la primera bala.”

Los ojos de Valentín se abrieron con asombro. La caligrafía era antigua, pero el mensaje era increíblemente actual, como si estuviera dirigido a él en ese preciso momento. Pasó las páginas con avidez, descubriendo fragmentos que hablaban de pactos secretos, de cómo hombres con poder simulaban levantamientos populares para luego pactar con el mismo régimen que decían combatir. El destino de esos ilusos que morían en las calles no eran más que peones para presionar al gobierno.

“Los jóvenes pelean y caen en nombre de ideales que otros han negociado ya en salones ocultos. Cada muerto alimenta la farsa, y cada farsa construye un mito de héroes que, en realidad, solo son víctimas de un juego más grande. Si estás leyendo esto, entiende que la tierra prometida nunca llegará mientras las revueltas nazcan bajo la sombra de la mentira.”

Un escalofrío punzante recorrió la espalda de Valentín. Cada palabra parecía arrancarle un velo de inocencia. La confusión, la rabia, el dolor, se mezclaron en su pecho. ¿Cómo era posible que alguien quizás décadas o incluso generaciones antes hubiera descrito exactamente lo que él estaba viviendo, ahí, en 1890?

Bajó la vista y contempló la plaza a través de la ventana estrecha. Desde la altura, vio a sus compañeros caer uno tras otro, mientras el fuego enemigo se intensificaba. Podía distinguir los rostros

desencajados de jóvenes igual de idealistas que él, que seguían disparando con la esperanza de que ese sacrificio cambiara algo. Sintió un nudo en la garganta: esos hombres creían que la historia los recordaría como héroes.

Pero, según aquel diario encontrado, la historia solo los olvidaría tras ser usados como moneda de cambio. Aquellas palabras escritas hacía tiempo pesaban más que cualquier bala: una revelación que ponía en jaque el sentido de la lucha. ¿De qué servía morir por un ideal, si el ideal había sido vendido antes de empezar?

El rifle que Valentín sostenía le pareció de pronto absurdamente pesado. ¿Disparar para qué? ¿Seguir matando o morir él mismo por una causa que ya estaba destinada a fracasar? El estrépito de la batalla se sentía casi irreal, como un telón de fondo para la verdadera guerra que se libraba ahora en su conciencia.

“Cada generación cree que su revolución es la definitiva. Mas no se dan cuenta de que la misma traición se repite bajo distintos nombres. Pregúntate vos, que me lees, si vale la pena morir sin saber que ya has sido vendido.”

La mente de Valentín se debatió entre el impulso de unirse nuevamente al combate y la certeza de que esa guerra estaba perdida mucho antes de levantarse las primeras barricadas. Porque la verdadera victoria, comprendió, tal vez consistía en denunciar la mentira, en romper el círculo de sangre y pactos oscuros que asfixiaba a la nación.

Tras cerrar lentamente el libro, lo guardó contra su pecho, como si protegiera un tesoro tóxico que nadie querría. Sabía que debía tomar una decisión: o se convertía en un mártir más de una rebelión inútil, o escapaba de ese campanario con la verdad que había encontrado, dispuesto a exponer la farsa, aunque fuera solo ante unos pocos o incluso ante la posteridad.

Valentín respiró hondo. El estallido de un cañón en la distancia sacudió la estructura del campanario, y el retumbar de la artillería le hizo dar un brinco. Aferró el libro con más fuerza. En la penumbra, sus ojos se llenaron de lágrimas de impotencia: la mentira había sido develada, pero él era solo un joven sin conexiones ni poder. ¿Tendría la fuerza suficiente para romper un silencio tan viejo como la propia historia del país?

Se levantó con determinación. Si la revolución que había alimentado sus sueños no existía, tendría que crear otra una revolución de la verdad, aunque fuera silenciosa, subterránea, clandestina. Necesitaba, por encima de todo, que las futuras generaciones no siguieran cayendo en las mismas trampas.

En su corazón, Valentín se despidió de sus compañeros con una congoja profunda, sabiendo que muchos de ellos jamás entenderían la decisión que estaba a punto de tomar. Bajó las escaleras, con el fusil todavía al hombro, pero ya sin la convicción de apretar el gatillo. La batalla rugía afuera, pero para él la verdadera lucha acababa de comenzar.

Y mientras salía de la iglesia, sintió el peso de la responsabilidad que caía sobre sus hombros: llevar consigo la semilla de una verdad que podía cambiarlo todo, si es que alguien, en algún futuro, se atrevía a escucharla. Porque las balas y barricadas podían callar voces, pero no podían sepultar para siempre la evidencia de que la tierra prometida era una ilusión forjada por los que desde las sombras hacían y deshacían revoluciones a su antojo.

En el horizonte, el humo de la revuelta teñía el cielo de un gris anaranjado, y Valentín cruzó las ruinas de las barricadas sin disparar un solo tiro más. El libro y aquellos papeles ocultos latían contra su pecho. Él tampoco sería el mismo a partir de ese instante.

Porque ahora, con la verdad en las manos, se abría un camino distinto: el de enfrentar a la mentira histórica con un coraje que quizá costaría su propia vida, pero que en su corazón sentía más honesto y revolucionario que seguir alimentando la farsa con su sangre.

Capítulo 4 Parte II

1890 El Abismo de la Mentira

Cuando Valentín salió de la antigua iglesia, el aire de la Plaza Lavalle parecía aún más irrespirable. El humo que se alzaba de los carros incendiados mezclaba olor a pólvora y madera quemada, mientras los últimos rezagados de la revuelta disparaban sin rumbo fijo. En cuestión de horas, la promesa de la Revolución del Parque se había convertido en un fantasma de gritos y cenizas, un espectáculo desolador para los ojos de cualquiera que hubiera creído en su legitimidad.

El libro y las hojas que había descubierto en el campanario vibraban contra todo su ser, recordándole a cada paso la verdad a la que acababa de asomarse: todo estaba pactado, todo había sido orquestado en las sombras. Su corazón cargaba ahora con ese peso insoportable, y la bala más dolorosa no era la que pudiera atravesar su cuerpo, sino la que golpeaba sus convicciones desde dentro.

Casi sin darse cuenta, Valentín se adentró en una callejuela lateral que lo condujo hacia el borde de la plaza. El estruendo de la artillería quedaba atrás, mientras él avanzaba con la mirada ausente. Cada disparo resonaba con el eco de una mentira desvelada: jóvenes muriendo, confiando en que la historia los recordaría como héroes, cuando en realidad eran fichas de un ajedrez cuyo desenlace había sido decidido por quienes jamás empuñarían un fusil.

En mitad de un pasaje semidestruido, donde las paredes de las casas estaban llenas de impactos, Valentín encontró a Mateo, un compañero de barricada. El muchacho yacía contra un muro con un

brazo ensangrentado, respirando con dificultad. Al verlo, Valentín sintió un nudo de culpa: él todavía podía moverse, mientras tantos otros sufrían o morían en medio del engaño.

—Valentín... —balbuceo Mateo, forcejeando por respirar—. ¿Qué hacemos ahora?

Valentín se arrodilló junto a él, intentando contener la hemorragia con un retazo de tela. Quiso decirle la verdad, contarle que todo era una farsa, que los líderes les habían vendido ilusiones baratas mientras negociaban con los oligarcas. Pero, ¿qué sentido tendría romperle el corazón en ese estado? Lo que Mateo necesitaba era ayuda, no otra puñalada de realidad.

—Lo primero es sacarte de acá —dijo Valentín en voz baja, fingiendo un aplomo que no sentía.

Mateo lo miró con ojos vidriosos, intentando mantener la consciencia. Tras un momento, Valentín logró incorporarlo y, apoyándolo sobre su hombro, caminó por un callejón retorcido, tratando de alejarse de la línea de fuego. Cada paso era un suplicio para el herido, que soltaba gemidos ahogados de dolor. Pese a todo, Valentín avanzó, impulsado por una determinación nueva: salvar a Mateo sería su primer acto de verdadera humanidad en medio de un mar de mentiras.

A escasos metros de allí, en la incertidumbre de un edificio a medio derruir, tres figuras discutían a gritos. Valentín agudizó el oído al pasar y comprendió que uno de ellos era Correa, un supuesto líder

revolucionario que antes había enarbolado banderas de libertad, y que ahora parecía más interesado en negociar la rendición con oficiales del régimen.

—¡Necesitamos garantías! —decía Correa—. ¡No nos importa el pueblo, lo que queremos es que nos reconozcan políticamente!

Valentín sintió que el asco le revolvía el estómago. El libro y las cartas que guardaba bajo su abrigo cobraron un sentido aún más atroz: aquello que había leído no era una exageración, sino la misma realidad que se materializaba ante sus ojos. Los revolucionarios de renombre no estaban peleando por el pueblo, sino por un lugar en la mesa donde se decidían los destinos ajenos.

—El gobierno promete amnistía si entregamos las armas, pero debemos garantizar que nadie siga disparando —agregó otro de los hombres.

El tercero, con voz más baja, habló de recompensas, de futuros cargos, de alianzas políticas que se tejerían después de los funerales de quienes habían creído genuinamente en la causa. Valentín notó cómo la nausea le recorría todo el cuerpo: las palabras que retumbaban en aquel edificio corroboraban lo que había descubierto en el campanario. No quedaba duda de que la sangre joven derramada en la plaza era un simple peaje para estos hombres, que ahora se repartían el botín del fracaso.

Con un suspiro tembloroso, Valentín apoyó a Mateo contra la pared y alzó la mirada. No podía callar, no podía fingir que no sabía nada. Sin

embargo, romper el silencio allí mismo significaría su muerte y la del muchacho que dependía de él. Optó por alejarse lentamente, mezclando la rabia y la impotencia con la urgencia de encontrar ayuda para su compañero herido.

Llegaron a una pequeña casa abandonada, con puertas descolgadas y ventanas rotas. Valentín recostó a Mateo en un rincón y buscó agua o algún trapo limpio para atender su herida. No encontró gran cosa, pero el joven logró recobrar el aliento. Mientras lo auxiliaba, Valentín se debatía internamente: ¿qué haría con la verdad que ardía en sus manos?

—Valentín… ¿crees que hemos perdido? —preguntó Mateo con la mirada difusa.

El silencio de Valentín fue más elocuente que cualquier discurso. Pensó en soltarlo todo, en decirle que sí, que habían perdido mucho antes de empezar, que la Revolución del Parque era una marioneta de intereses oscuros. Pero al ver la herida sangrante de su amigo, se dio cuenta de que la única victoria al alcance era salvarle la vida. Satisfacer su necesidad de consuelo, de seguir creyendo que esa lucha no había sido del todo inútil.

—No lo sé… —susurró al fin—. Lo que sí sé es que… no podemos quedarnos aquí.

Lejos, un cañonazo sacudió la ciudad, como un recordatorio de que la batalla oficial seguía su curso, aunque la verdadera contienda la que se libraba en las sombras ya estaba decidida. El libro, aquel

legado del pasado que destrozaba toda fe en una revolución pura, latía contra el pecho de Valentín, reclamando ser leído, difundido o, al menos, ocultado en un lugar donde alguien más pudiera descubrirlo.

Pero, ¿quién querría creerle?

Las horas siguientes transcurrieron con lentitud. Valentín atendió como pudo a Mateo, mientras el estruendo de la “revolución” iba amainando en la distancia. Fuera, las negociaciones avanzaban, las calles se teñían de un silencio húmedo y el olor a pólvora era sustituido por el hedor de la desolación. Las promesas de libertad se habían disuelto en acuerdos y traiciones cuyo relato oficial se escribiría en los periódicos del día siguiente, exaltando la heroicidad de unos pocos y condenando el “desorden” de los revoltosos.

Para Valentín, cada minuto era un pulso de conciencia, una proclama que repetía las palabras de aquel manuscrito: “Toda revolución que nace en la mentira muere sin gloria. Quien descubra la verdad tendrá que decidir si callar o arriesgarlo todo.” No había término medio en ese dilema.

¿Debía buscar a otros, mostrarles los documentos y desenmascarar la farsa? ¿O esconderlo todo, esperando un día más propicio para que la verdad no se apagara en el aire?

Mateo lo miró con ojos febriles, entre el dolor y el desconcierto, sin imaginar el torbellino que devoraba la mente de su compañero. En ese intercambio silencioso, Valentín comprendió que quedarse

callado lo convertiría en cómplice. Hablarlo abiertamente significaría exponerse a la persecución o la muerte, y quizá nadie le creería. Pero ese era el costo de la honestidad en una tierra de mentiras.

Valentín respiró hondo, sintiendo la pesadez del libro bajo su chaqueta. Tenía ante sí el camino fácil: huir, salvar a Mateo y refugiarse en el anonimato, guardando el secreto que lo devoraba. O asumir la responsabilidad de sacudir la conciencia de quienes aún estuvieran dispuestos a escuchar, aun a riesgo de ser perseguido por los mismos “revolucionarios” que querían mantener las apariencias de heroísmo y honor.

Lo decidió en silencio. Era hora de buscar a otros que también hubieran visto las costuras de aquella farsa, hombres y mujeres cansados de servir de carne de cañón en teatros negociados. Si la mentira se repetía con distintos nombres, tal vez la verdad necesitaba multiplicarse con la misma fuerza.

—No me rendiré —murmuró, ajustando el libro contra su pecho—. Si esta revolución ha sido vendida, entonces haré la mía propia: la de quien no se arrodilla ante la mentira.

Mateo, medio dormido por el dolor, no alcanzó a oírlo. Pero en la mirada de Valentín brilló una determinación nueva, un coraje nacido del desencanto. Supo que la revolución genuina no se alzaba en plazas, sino en la resistencia silenciosa de contar lo que nadie quería oír. Y supo también que con cada paso, cada palabra, desafiaba el pacto de silencios que corroía a su nación.

En la ciudad, el estruendo se desvanecía y los primeros rescoldos de la derrota se consolidaban. Pero en algún recoveco de esas calles devastadas, un hombre joven, con un libro maldito bajo el brazo y un compañero herido al que salvar, decidía encender una llama distinta: la llama de la verdad, que, de prender, podría demoler para siempre la tierra prometida que solo existía en los discursos de quienes jamás habían pisado la calle.

Y así, entre ruinas y cenizas, la historia volvía a girar sobre sí misma, aunque esta vez con un testigo que no estaba dispuesto a callar.

Capítulo 4 Parte III

1890 El Legado de la Verdad

Valentín permaneció en la pequeña casa abandonada junto a su compañero herido, Mateo, hasta bien entrada la noche. Durante horas, se escucharon a lo lejos disparos aislados y el crepitar de algunos fuegos que consumían restos de barricadas en la Plaza Lavalle. La Revolución del Parque agonizaba en un silencio

incómodo, como si los vencidos se hubieran dispersado sin comprender del todo la magnitud de su derrota, y los supuestos vencedores se limitaran a esperar que el humo se disipara para proclamar su versión de la historia.

Dentro de esas paredes, Valentín sentía que el verdadero combate se libraba en su interior. El libro y las hojas que guardaba celosamente contra su pecho latían con más intensidad que su propio corazón, recordándole que la farsa no era una teoría lejana, sino un hecho palpable que había presenciado con sus propios ojos: los líderes “revolucionarios” negociando su rendición para obtener un lugar en el próximo reparto de poder. Las palabras escritas hacía décadas hablaban de pactos en las sombras, de sangre derramada en vano, de jóvenes idealistas sacrificados como moneda de cambio. Y ahora él era testigo directo de esa verdad.

Mateo, recostado en un rincón con la camisa ensangrentada, se removió con un gemido. Hacía rato que la fiebre lo había arrastrado a un sueño inquieto. Valentín se acercó para verificar la venda improvisada que le rodeaba el brazo. El muchacho todavía respiraba, aunque de manera irregular. Una mezcla de compasión y rabia asaltó a Valentín: compasión por un compañero que había creído, igual que él, en la pureza de la causa; rabia por entender que todo había sido un escenario, una ópera trágica escrita por los mismos que, al día siguiente, en sus lujosos despachos, cerrarían el trato de la rendición.

Al filo de la medianoche, Valentín comprendió que quedarse allí era un riesgo inútil. Los soldados del gobierno o incluso los propios conspiradores podrían llegar en cualquier momento, buscando silenciar a quien hubiera visto demasiado. Con sumo cuidado, despertó a Mateo.

—¿Podes caminar? —

Mateo entreabrió los ojos, confuso. Sus labios temblaban con un hilo de voz inaudible. Aun así, asintió débilmente. Necesitaba ayuda médica, aunque fuera mínima, y permanecer en esa casa se había vuelto insostenible. Valentín lo ayudó a incorporarse, sosteniéndolo con el brazo sano, y así salieron a las calles teñidas de sombras.

La ciudad, que horas atrás retumbaba con disparos y gritos, yacía envuelta en un silencio ominoso. Alguna farola seguía en pie, emitiendo una luz mortecina sobre adoquines resbaladizos. Los ecos de la revolución fallida parecían susurrar en cada callejón vacío: jóvenes caídos, sueños fracturados, el peso de una mentira que muy pocos llegarían a conocer por completo.

—Debemos llegar al muelle —murmuró Valentín, recordando que un conocido podría brindarles refugio temporal junto a los galpones del puerto. Allí, el ir y venir de inmigrantes, estibadores y barcos mercantes ofrecía un anonimato relativo. Con algo de suerte, podrían pasar desapercibidos hasta encontrar un médico dispuesto a ayudar.

Caminaron apoyándose el uno en el otro, mientras la luna se asomaba entre las nubes, testigo indiferente del desengaño que

cubría la ciudad. Cada tanto, un disparo lejano o algún grito aislado confirmaba que la represión seguía latente, pero los enfrentamientos principales habían cesado. Para la mañana siguiente, la historia oficial ya tendría su relato: los revoltosos habían sido controlados, los cabecillas se habían rendido “por el bien de la paz”, y el pueblo—una vez más—quedaba al margen de cualquier decisión real.

Las calles se ampliaron al acercarse al barrio portuario. El viento, impregnado de olor a sal y desechos, azotó los rostros de ambos jóvenes, como si el propio Río de la Plata les diera una bienvenida fría y desoladora. Mateo, a duras penas, mantenía el paso. Valentín lo alentaba con palabras suaves, aunque sabía que pronto debían hallar un lugar donde guarecerse.

Finalmente, hallaron un galpón semiabierto, repleto de cajas de madera y sacos de granos. La insistencia del agua contra los barcos anclados al muelle resonaba entre las paredes, confiriendo una especie de sosiego que contrastaba con la violencia vivida durante el día. Valentín recostó a Mateo contra unas sacas de arpillera y, tras asegurarse de que no hubiera nadie cerca, respiró hondo.

—Descansa un poco —le dijo, intentando sonreír—. Voy a ver si encuentro ayuda.

Mateo asintió con los ojos cerrados, temblando de fiebre. Valentín lo arropó con un trapo viejo y, antes de salir en busca de un médico, se permitió unos instantes a solas. Sacó el libro y los papeles del abrigo. A la tenue luz de un farol mal ubicado, volvió a leer algunos

fragmentos, confirmando la amarga verdad: no era el primero en descubrir que las revoluciones argentinas nacían muertas, y probablemente no sería el último en atestiguar la traición de los supuestos libertadores.

En esas páginas se hablaba de otros levantamientos, de otras promesas rotas, de otros jóvenes que perecieron bajo la ilusión de alzarse contra la injusticia, sin saber que su sangre solo lubricaba las negociaciones secretas entre los poderosos. Aquellas letras, escritas en 1853, mencionaban también a un hombre que había encontrado un libro anterior, y así se remontaba la cadena de testigos silenciosos que conectaba cada generación. Valentín comprendió con un escalofrío que él mismo se había vuelto parte de ese linaje oculto: el de quienes conocían la verdad y debían decidir si dejarla morir o transmitirla a alguien más.

—No pueden silenciarnos a todos —musitó, sintiendo que, de algún modo, cada uno de esos testigos clamaba por un futuro distinto.

Pese al cansancio y el desaliento, Valentín tomó una determinación firme: no dejaría que aquel libro y sus revelaciones cayeran en manos de los traidores. Su prioridad inmediata era salvar a Mateo, pero después… después alzaría la voz de otra forma. Buscaría a obreros, a estudiantes, a todo aquél que quisiera ver más allá de los discursos oficiales, y les hablaría de esa verdad que unía a 1853 con 1890, y seguramente con muchos años más por venir.

De pronto, entre las páginas se deslizó un pequeño papel que no había notado antes. Estaba casi suelto, escrito con tinta desteñida:

“No sé cuándo ni cómo, pero alguien deberá difundir este testimonio.

Quizás seas vos, lector futuro.

Si la tierra prometida nunca llega, es porque la mentira siempre vuelve a renacer con otro rostro.

Pero tal vez, si un día alguno de ustedes logra encender la mecha de la verdad, esta vez el poder no tenga dónde esconderse.”

Valentín sintió un leve temblor en las manos. Aquellas frases eran un legado dirigido directamente a quien se atreviera a abrazar la causa de la verdad. Y sí, ahora todo tenía sentido. No solo debía huir de la represión; debía, de alguna forma, sembrar esa semilla para que en el futuro alguien más la recogiera y quizá, solo quizá, rompiera el ciclo eterno de revoluciones pactadas.

Tomó la decisión: guardaría el libro en un lugar seguro, donde pudiera permanecer oculto hasta que alguien digno de entenderlo lo hallase. El galpón del puerto no parecía el sitio más adecuado, pues las autoridades o incluso los propios líderes “revolucionarios” podrían merodear. Pero tarde o temprano, lograría encontrar un escondite tan recóndito y firme como el campanario donde él lo descubrió.

Observó a Mateo, que se removía entre la penumbra. ¿Cuál sería el futuro del joven herido y de tantos otros que habían creído en la Revolución del Parque? Valentín no tenía respuestas, pero estaba seguro de que no sería la última vez que aquel libro cambiara la vida de alguien. En algún otro momento, un obrero inmigrante, un estudiante o un soñador cualquiera podría hallarlo, conectar los puntos y comprender que sus propias luchas eran, en realidad, parte de un largo entramado de traiciones e ilusiones fallidas.

Un estruendo lejano sacudió las tablas del muelle. Valentín se levantó, decidido a buscar medicinas o un médico clandestino. Mateo no sobreviviría sin ayuda, y él mismo debía seguir con vida para cumplir la misión que se había impuesto: transportar la llama de la verdad hasta otra generación, otro lugar, otro rebelde con los ojos abiertos.

Resisti — le dijo a su amigo—. Pronto volveré.

Mientras se alejaba, el recuerdo de sus pisadas resonaba sobre la madera del muelle. Cada paso era un golpe a la indiferencia, un acto de voluntad para no ceder ante la impotencia. Aferraba contra su alma aquel legado que unía a 1853 con 1890, y que sin él sospecharlo seguiría vivo en 1919, en 1930, en 1976, y en tantas otras fechas marcadas por el desencanto y la represión. Hasta que alguien, alguna vez, tomara el testigo y decidiera romper el silencio de forma definitiva.

Poco antes del amanecer, en alguna parte de la ciudad, Valentín cumplía con su plan: colocar el libro y los papeles en un escondite diferente, lejos de miradas sospechosas, sellando un pacto consigo mismo de que no dejaría morir aquella verdad. Lo que no imaginaba era que, apenas tres décadas después, un obrero inmigrante cansado de la miseria y la represión se toparía con un fragmento de ese mismo legado. Y que, en los días de la Semana Trágica de 1919, las palabras escritas por generaciones de testigos caerían en manos de un hombre al borde de la muerte, confirmándole la terrible sospecha de que la Argentina que él creía “tierra prometida” llevaba demasiado tiempo ocultando masacres y mentiras.

Así, mientras el puerto se iluminaba con los primeros rayos del sol, y la ciudad cerraba el capítulo ensangrentado de la Revolución del Parque, otra historia se gestaba en las sombras: la de un futuro obrero que descubriría, en su último aliento, que los grilletes de la traición seguían intactos, y que la tierra prometida se desvanecía siempre en la distancia.

Capítulo 5 Parte I

1919 La Semana Trágica: Crónica de un Sueño Herido

Me llamo Giovanni, y escribo estas líneas con los dedos manchados de grasa y el corazón atravesado por una rabia muda. Llegué a esta tierra hará ya nueve años, convencido de que la Argentina era aquella “Tierra Prometida” de la que tanto hablaban en mi aldea, allá en el sur de Italia. “Allá las cosechas son abundantes”, decían, “allá cualquiera puede ser libre, trabajar sin temer al patrón ni al hambre”. Eso me prometieron, y yo lo creí.

Ahora, desde el rincón sucio de una fábrica cerrada, observo cómo se despliegan las mentiras de un enero que jamás podré borrar de mi memoria. Se llama ‘Semana Trágica’, pero nadie me contó que la tragedia tendría más de una faz: la de la represión brutal que nos arrasa y la de mi propio desencanto, que destruye el ideal con el que crucé el océano.

Cuando desembarqué en el puerto de Buenos Aires, era apenas un veinteañero lleno de ilusiones. Aprendí el castellano a trompicones,

mezclando palabras italianas con las criollas. El primer año lo pasé trabajando de sol a sol en talleres pequeños, juntando unas pocas monedas para mandar a mi familia en Italia. Me gustó la ciudad, tan inmensa, tan llena de gentes distintas, tan diferente de todo lo que había imaginado.

Con el tiempo, conseguí un puesto en los talleres metalúrgicos de la Empresa Pedro Vasena, donde nos recibieron con promesas de buenos sueldos y turnos razonables. Pero la realidad no tardó en golpearme: turnos de catorce horas, ambiente asfixiante y un capataz que nos trataba como engranajes intercambiables. Entonces supe que no bastaba con sobrevivir. Quería un lugar donde vivir con dignidad, donde no me temblaran las manos de cansancio al anochecer ni me doliera la espalda al levantarme.

Conocí a compañeros que también creían en la fuerza de la organización, en la unión de obreros y anarquistas que clamábamos por condiciones más humanas. De tanto en tanto, se gestaban paros parciales, protestas pacíficas y amenazas de huelga. Queríamos diálogo; ellos, los dueños, los poderosos, respondían con policías y rompehuelgas. Y así, pasaban los meses, mientras en mí se encendía el deseo de un cambio radical.

A principios de enero, el conflicto se intensificó. Los metalúrgicos exigíamos una jornada de ocho horas y aumentos de salarios. Las patronales, apoyadas por el gobierno, se negaron a ceder. La ciudad entera se llenó de rumores y tensiones: por un lado, decían que el

anarquismo internacional quería desestabilizar el país; por el otro, los obreros sostenían que solo pedíamos justicia para no morir reventados a los treinta años.

El ambiente se volvió irrespirable. Cuando llegaron las noticias de que la policía disparó contra los huelguistas en los Talleres Vasena, yo estaba cerca, en uno de los galpones donde almacenábamos chatarra. Corrí hacia la calle, sin aliento, y vi cuerpos caídos en el empedrado. Hombres como yo, que habían salido con carteles y consignas, yacían ensangrentados mientras el ruido de los disparos se mezclaba con los gritos de indignación y terror.

Esa misma noche, la ciudad ardió en protestas. Llegaron refuerzos policiales, grupos parapoliciales, y la tensión reventó en los barrios obreros. Entendí que “Semana Trágica” no era solo un título amarillento de periódico; era la forma brutal con la que el poder nos recordaba que, en la “Tierra Prometida”, había una línea que no debíamos cruzar.

Los días siguientes se convirtieron en una sucesión de golpes, arrestos y balaceras. Era peligroso reunirse en las esquinas; los matones a sueldo recorrían los conventillos buscando a “agitadores”. Las sirenas rompían la noche. Más de una vez me vi obligado a huir de una redada policial improvisada, saltando entre techos oxidados y patios estrechos.

En medio de esa zozobra, descubrí un viejo documento que uno de mis compañeros guardaba con avidez casi religiosa. “Lo encontré

entre los restos de un galpón”, me dijo en voz baja, temiendo que alguien escuchara. Al desplegarlo, reconocí la tinta desvaída y las anotaciones dispersas, como si varios autores lo hubieran completado a lo largo de los años. Hablaba de revoluciones vendidas, de pactos secretos, de generaciones de obreros que murieron convencidos de que su lucha era genuina, cuando en realidad se negociaba sobre sus cabezas.

—¿De dónde sacaste esto? —le pregunté, con una curiosidad absorbente.

—Un tal Valentín lo dejó escondido… hace tiempo. Ni siquiera sé quién es.

La realidad se me vino abajo: esas páginas confirmaban lo que mi rabia ya había empezado a sospechar. El poder de unos pocos permitía—u orquestaba—revueltas que se convertían en carnicerías, mientras se firmaban acuerdos políticos lejos de las calles ensangrentadas. Y ahí estábamos nosotros, de nuevo, recibiendo balas e insultos en un país que nos había seducido con promesas falsas de libertad.

He pasado noches enteras sin pegar ojo, dándole vueltas a la misma idea: ¿fui ingenuo al creer en esta tierra? ¿Acaso mi deseo de escapar de la miseria en Europa me cegó frente a otra miseria aún más retorcida, hecha de promesas incumplidas, de un progreso que beneficia a unos pocos y deja a los demás aplastados bajo las botas de la represión?

Cada vez que salgo a la calle, veo a soldados y policías en cada esquina, como si esperaran un levantamiento mayor. En las fábricas, el miedo se ha instalado. Algunos compañeros prefieren guardar silencio; otros, enceguecidos por la indignación, planean una respuesta violenta. Yo me quedo en medio, atrapado entre el deseo de gritarle la verdad al mundo y el terror de terminar con un balazo en la espalda, como tantos estos días.

Una voz interna me dice que las palabras que leí en ese documento no deben quedar enterradas con nosotros. Pienso en escribir un diario, un testimonio que alguien pueda encontrar cuando todo esto acabe. Pero, ¿acaso no acabará siempre igual? La historia se repite, dice el documento, y cada uno de nosotros no es más que un eslabón en una cadena de muertes inútiles.

Sin embargo, en medio de este desconsuelo, algo me empuja a seguir. El recuerdo de mi madre, que me despidió en el muelle de Génova con lágrimas y un crucifijo gastado, esperando que su hijo al fin conociera la prosperidad. La mano temblorosa de mi padre, que trabajó toda su vida en la tierra sin llegar a poseerla. Los rostros de mis compañeros, que, pese al miedo, aún se paran en la línea de producción cada madrugada, esperando un futuro que no han visto.

A veces creo que la fuerza de ese deseo —el anhelo de una vida mejor— es más grande que la traición que nos cerca. Quizás ese sea nuestro rasgo más humano: seguir buscando la dignidad cuando todo parece perdido.

Hoy, me levanté al alba. El estómago vacío y la mirada gris. Afuera, la ciudad se despierta con cautela. Se habla de más represión, de muertos contados a medias, de extranjeros detenidos y deportados. No sé cuántos respirarán todavía cuando caiga la noche. Pero mis manos, que tanto han trabajado metal y remaches, se niegan a soltar estas palabras.

No sé si sobreviviré a esta Semana Trágica.

Capítulo 5 Parte II

1919 La Semana Trágica: El Olor de la Derrota

Te hablo desde la herida que no cesa, la que llevo en el pecho desde que crucé el Atlántico buscando un futuro mejor. Llegué a este país convencido de que la Argentina era la tierra prometida, el lugar donde un simple obrero, como yo, podría encontrar pan y dignidad. Pero acá me tenes, atrapado en una ciudad que arde, en una Buenos Aires que se ha vuelto una trampa de humo, sangre y resentimiento.

Mi nombre es Carlo, hijo de campesinos italianos que huyeron del hambre. Cuando puse pie en el puerto, me sorprendió la inmensidad de todo: los barcos, los galpones, la gente de todas partes que

hablaba lenguas distintas. El aire olía a promesa, un aliento dulce que me embriagó de fe. Trabajé en un taller metalúrgico, aprendí castellano con lentitud, hice amigos anarquistas y socialistas que hablaban de justicia, de un sindicalismo que podía enfrentarse a los patrones. Por un tiempo, creí que este lugar podía ser, al fin, mi hogar.

Pero llegó el año 1919, y con él, un desencanto que jamás me abandonará. Durante las últimas jornadas, me he visto rodeado de balas, de gritos, de un terror que no distingue acentos ni banderas. A esto algunos lo llaman “La Semana Trágica”, y no les falta razón: es una tragedia que hunde sus raíces en la soberbia de los poderosos y en la desesperación de los hambrientos

Hace dos días, nos apostamos frente a los portones de la metalúrgica, reclamando mejores sueldos y condiciones menos inhumanas. No pedíamos lujos, solo ser tratados como personas. Pero pronto aparecieron policías y rompehuelgas con ganas de romper algo más que la huelga: romper nuestras cabezas, nuestros sueños. Desde entonces, no he podido dormir.

Las calles del barrio se han llenado de barricadas: maderos, adoquines sueltos, basura convertida en murallas precarias que no detienen el avance de la represión. Yo mismo ayudé a arrastrar latones y muebles viejos para atrincherarnos en una avenida sin nombre. Al principio, creíamos que el gobierno escucharía nuestras demandas, que no podía ignorar la voz de miles de obreros clamando

pan. Pero respondieron con fusiles, y ahora solo nos queda el humo, la sangre, y un miedo espeso que nos cala los huesos.

He visto camaradas correr con los ojos desorbitados, gritando que los carneros y la policía disparan a matar. He visto niños que no entendían por qué sus padres gritaban entre gases y golpes. Y en mi pecho, el corazón late con una furia que me enmudece: ¿es esta la tierra prometida que tanto nos vendieron? ¿Por esto crucé el océano, dejando atrás la miseria de mi aldea?

Hace unas horas, logré refugiarme en un patio trasero, lejos de las balas que tronaban en la avenida principal. Conmigo se quedó Franco, un compañero que recibí en mi casa cuando llegó de Italia hace apenas unos meses. Estábamos jadeando, con la espalda contra la pared, revisando si no teníamos heridas graves. Entonces, entre los escombros, mis manos tropezaron con algo extraño: una hoja de papel amarillenta que parecía haber sido escrita mucho tiempo atrás. No sé quién la dejó ahí ni cómo llegó a ese rincón, pero al encender un fósforo para ver qué decía, descubrí palabras que me helaron la sangre:

“Si encontras esto, entende que las promesas de libertad en estas tierras siempre nacen bajo la sombra de un pacto. Cada generación de obreros e inmigrantes cree que encontrará dignidad. Pero la represión regresa con otros nombres, otros rifles, y siempre el mismo olor a traición. Guarda este testimonio y no calles. Si la

Argentina es la tierra prometida, ¿por qué sangra con cada protesta?”

Me quedé con la vista fija en esas líneas. Era como si un fantasma del pasado hablara directamente a mi dolor presente, recordándome que los fusiles que hoy se disparan contra nosotros son una aparición de otros fusiles, de otras décadas, de otros obreros engañados. Franco leyó por encima de mi hombro y soltó un gruñido amargo. “No somos los primeros, Carlo”, me dijo con un hilo de voz. “Ni seremos los últimos”.

Sentí entonces un mareo, mezclado con rabia. Me pareció ver la imagen de otros obreros, de otros levantamientos hundidos en la historia, todos unidos por la misma sangre obrera derramada en vano. ¿Por qué nunca aprendemos? ¿Por qué seguimos alimentando la ilusión de un lugar justo cuando cada protesta termina en la brutalidad de una nueva Semana Trágica?

Las horas transcurrieron con lentitud. El aire se cargó de disparos, de sirenas, de un caos implacable. Franco y yo intentamos avanzar por las calles para regresar a la metalúrgica, pero nos topamos con un contingente de policías armados hasta los dientes. Nos vieron y abrieron fuego sin preguntar nada. Corrimos como pudimos; bajo el fuego auspisiante, de una promesa rota.

Logramos saltar un muro bajo, meternos a un depósito semivacío y cerrar tras nosotros una puerta herrumbrosa. Allí quedamos, con la espalda pegada al metal, rezando en silencio para que no nos oyeran.

Fue en ese momento que noté un calor pegajoso en mi costado. Al tocarme, mi mano regresó manchada de sangre. Una bala perdida, o tal vez muy bien dirigida, había hecho blanco en mí mientras corríamos. Franco se alarmó, quiso buscar ayuda, pero las calles eran un infierno. No podía más que apretar la herida con su pañuelo y pedirme que aguantara.

Me reí sin ganas. ¿Aguantar para qué? Las palabras de aquel papel hallado no dejaban de retumbar en mi cabeza. Siempre la misma traición, siempre la misma represión. Una parte de mí quería creer que sobreviviría, que volvería a Italia si era necesario, maldiciendo el día en que creí en esta “tierra prometida”. Pero otra parte de mí comprendía que, aunque escapara con vida, la herida que llevaba en el alma no sanaría jamás.

No sé cuánto tiempo pasó. Caí en un sopor extraño; la sangre seguía brotando con lentitud, y cada respiración me resultaba un suplicio. Franco me hablaba de Dios, de resistir, de levantarnos nuevamente. Quería inyectarme optimismo, tal vez por no saber qué más hacer.

En medio de esa penumbra sofocante, recordé a mi madre, allá en la aldea italiana, contándome historias de héroes que cruzaron el océano para triunfar en América. Recordé la primera vez que, en Buenos Aires, admiré los edificios, las luces, las promesas de un

nuevo comienzo. Y ahora, todo se reducía a un depósito sucio, a un cuerpo herido que se aferraba a un retazo de papel ajado, testimonio de que no era el primero—y tal vez tampoco el último—en sufrir esta farsa.

En mi mente, repiqueteaba una misma pregunta: ¿por qué no pudimos construir el país que decían? ¿Por qué la Argentina, que parecía un faro de esperanza para miles de inmigrantes, se transformó en una trampa de balas y policías asesinos? ¿Por qué el hambre que nos expulsó de Europa me atrapaba de nuevo en estas calles?

Franco dice que vendrá ayuda, que buscará a un compañero médico de la fábrica que quizá pueda salvarme. Me dio a sostener el papel, para que no se pierda. “No lo sueltes, Carlo”, me dijo con voz temblorosa. “Tal vez sea lo único que nos quede de esta jornada de locos. Si no podemos cambiar la historia, al menos debemos contarla”.

A solas, presionando mi herida con una mano y sosteniendo la maldita hoja con la otra, intento no desmayarme. Pero siento que se me escapa la vida en cada suspiro. Fuera, las detonaciones se han vuelto más lejanas, o tal vez ya no las oigo. Sólo atisbo un siseo en mis oídos y un frío helado que me consume por dentro.

Pienso en el hombre que escribió estas líneas, en los otros que quizás guardaron documentos semejantes, en la cadena de mentiras que nos une. Tal vez, si alguien más encuentra este papel, entenderá que

la Historia no es un relato lineal de victorias y derrotas, sino un círculo vicioso donde cada generación derrama sangre por una causa vendida antes de nacer.

“La tierra prometida nunca llega”—dicen—. Quizás tengan razón. Pero, en este último aliento, me gustaría creer que todavía queda un resquicio de verdad por la que vivir o morir. En mis delirios, imagino a otros obreros, otros inmigrantes que un día se unirán, no para pelear a ciegas, sino para romper el pacto siniestro que desangra cada protesta.

Me llamo Carlo, y estoy muriendo en un depósito oscuro, con un disparo que me arrancó las entrañas. Mi cuerpo, mañana, será uno más en la lista de la Semana Trágica, y mi nombre se perderá entre los obreros muertos. Pero ojalá mis últimas palabras, mi testimonio en primera persona, sirva para que alguien—algún día—descubra que estos sucesos no son accidentes, sino la continuación de una mentira histórica.

Tal vez vos, que lees esto, tengas la fuerza que a mí me faltó. Tal vez no te quedes en silencio. Tal vez aprendas de mi desengaño y conviertas este dolor en algo más grande, más puro. Porque si me resigno a morir aquí, bajo escombros y tinieblas, es con la esperanza de que, un día, otro corazón luche por la tierra prometida que nunca conocí.

Capítulo 5 Parte III

1919 El Legado Inesperado

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que sentí la bala penetrar en mi costado. En este depósito oscuro y claustrofóbico, la noción de las horas se desvanece en un ritmo confuso de latidos y silencios. Franco insiste en que la ayuda llegará, aunque ni él mismo parece creerlo por completo. Afuera, la ciudad parece haber enmudecido tras la brutal represión. He escuchado rumores, pasos, algún grito ahogado que se pierde en la distancia. Pero el estruendo de fusiles ya no revienta los tímpanos, y la violencia abierta ha dado paso a un murmullo de horror soterrado.

Yo, Carlo, el inmigrante que soñó con una tierra prometida, sigo aferrado al pedazo de papel que hallé entre los escombros. Cada vez que lo leo, me cala el frío: soy uno más en esta cadena sin fin de hombres traicionados, de obreros que dieron la vida por una justicia que nunca llegó. Como si las líneas escritas por desconocidos hace décadas me hablaran directamente, confirmándome una verdad

insoportable: Argentina no es la tierra de la prosperidad, sino un espejo donde se repiten las mismas tragedias con distintos nombres.

La sangre no para de manar y cada bocanada de aire duele, como si mis costillas fueran estacas clavadas en los pulmones. Franco ha salido a buscar ayuda, a riesgo de toparse con la policía o con grupos paramilitares que patrullan las calles. Puede que no regrese. Pero yo no lo culparía. Sobrevivir en esta ciudad, en estos días, se ha convertido en un acto de heroísmo solitario.

Me aferro con fuerza al papel arrugado, intentando no perder la razón. Releo aquella advertencia: “Si la tierra prometida nunca llega, es porque la mentira siempre renace con otro rostro.” Imagino a un hombre del pasado—quizás un joven como yo—escribiendo estas frases desesperadas para que otro, en otro tiempo, pudiera entender la farsa que recorre la historia. Y ahora, soy yo quien agoniza con un testimonio entre las manos, dudando de si valdrá la pena dejarlo para otro que venga, otro que sufra, otro que sueñe.

El aire me sabe a óxido. Con los párpados pesados, miro a mi alrededor: cajas rotas, polvo suspendido, una penumbra apenas rota por la luz filtrada de una claraboya. La indiferencia de este espacio me confirma que los obreros no tenemos memorias talladas en bronce ni mausoleos con honores. Morimos en la sombra, y nuestra sangre se limpia con decretos y papeles oficiales que llaman “orden” a la masacre.

En medio de mi sopor, escucho pasos. Alzo la mirada con un sobresalto de esperanza, pensando que es Franco con un médico. Pero el rostro que asoma por la puerta desvencijada no es el de mi amigo; se trata de un hombre alto, con la ropa manchada de hollín y sangre seca, tal vez otro obrero que sobrevivió a la matanza. Avanza con cautela, apuntándome con la mirada, sin saber si estoy vivo o muerto.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja, sin acercarse demasiado.

Intento responder, pero mis labios se mueven sin soltar sonido. Solo atino a levantar un poco el papel, mostrando que poseo algo que tal vez valga la pena. El desconocido se acerca con pasos cuidadosos. Ve la herida en mi costado y suelta un suspiro amargo.

—Amigo, esto… no pinta bien. —Lo dice con un acento indefinible, como si también fuera inmigrante o proviniera de alguna provincia lejana. Me observa con una extraña mezcla de compasión y prisa.

Le tiendo el papel con mano temblorosa. Necesito que lo reciba, que entienda que ahí hay algo más valioso que cualquier consigna, que cualquier llamada a la huelga. El hombre lo toma, lo ojea sin entender al principio. Luego veo cómo sus ojos se abren un poco más, y comprende que aquello no es un simple panfleto.

—¿Dónde…? —intenta preguntar, pero su voz se quiebra.

No tengo fuerzas para responder. Me limito a apoyar la cabeza contra la pared, sintiendo cómo la fiebre o la pérdida de sangre me

arrastran a un vacío tibio y aterrador. El hombre se agacha, me sujeta con cuidado, y entonces—como si presintiera mis últimas ganas de hablar—me acerca el oído.

—Guárdalo… —susurro—. Que no se… pierda. Algún día… alguien… tendrá que… entenderlo todo.

La voz se me extingue, y él asiente, casi con reverencia, guardando el papel en su chaqueta. No sé si es un acto de compasión o una promesa real. Solo sé que en su mirada reconozco el mismo asombro y dolor que sentí yo al leerlo.

Mis fuerzas se apagan. El hombre, tal vez movido por un impulso bondadoso, intenta alzarme, pero mi cuerpo ya no responde. Siento su mano en mi hombro, su respiración agitada, quizás buscando palabras de aliento que no existen. Miro el polvo flotando en el rayo de luz de la claraboya y me invade una calma extraña.

“Esta tierra prometida…” —Quiero pensar en mi familia, en mi Italia natal, en lo absurdo de haber venido aquí a morir. Pero todo me parece lejano, como una sombra difuminada. En su lugar, la realidad me abrasa con la certidumbre de que soy parte de un ciclo inhumano, en el que los obreros somos piezas descartables.

Cierro los ojos. Ya no distingo el sonido de los pasos ni el latido de mi corazón. Sé que la muerte me reclama, pero en medio del terror, algo dentro de mí se aferra a la esperanza de que ese papel—esas palabras viejas—llegarán a alguien más. Alguien que quizás, en otro año, en otra década, conecte los hilos de este engaño secular y

decida romperlo. Tal vez—solo tal vez—la sangre que pierdo ahora no sea en vano.

No alcanzo a ver cómo el hombre se marcha, llevándose el testimonio que tanto me importaba. En mi mente, la conciencia se disuelve en un sopor dulce, como si flotara en un mar oscuro que ya no duele. Imagino, en un último sueño, a esos conspiradores de las grandes esferas riéndose y firmando acuerdos secretos, mientras el pueblo padece. Imagino a intelectuales que, con buenas intenciones, apoyarán golpes de Estado sin saber que destruyen la poca democracia que tenemos. Imagino a hombres de traje que, en 1930, se convencerán de que la fuerza militar puede limpiar un país corrompido, sin reparar en que con cada golpe se sepulta la voz de los obreros, de los inmigrantes, de todos los que no tienen un asiento en el poder.

Tal vez ese hombre que ha tomado mi papel o algún otro lector futuro—convertido en un intelectual—se cruce con estas revelaciones en un momento crítico, y comprenda demasiado tarde que la tierra prometida no se construye con cañones ni decretos, sino con la memoria viva de quienes pagaron con su sangre. Tal vez su arrepentimiento sea la llave que una día abra la puerta a un país distinto. O tal vez, como nosotros, quedará atrapado en la rueda sin fin de la traición.

Siento que mis pulmones se rinden. Pienso en Franco, en la promesa de un médico que nunca llega. Siento la nada devorándome, pero no

hay dolor, solo un escalofrío que me recorre la espina. Y un susurro mental que repite la frase que hallé en el papel:

“La mentira renace con otro rostro, la sangre se repite con otro nombre.”

Así caigo en la penumbra final, con la esperanza de que mis manos—ahora vacías—hayan al menos entregado una chispa de verdad que, en otro tiempo, alguien sabrá encender. Porque si no es así, esta muerte, igual que tantas otras, se borrará en el olvido, y la historia volverá a teñirse de tragedia con la próxima dictadura, el próximo golpe, la próxima traición.

Capítulo 6 Parte I

1930 El Primer Golpe y las Ilusiones Rotas

El viento porteño soplaba con una furia inusual aquella mañana de septiembre, removiendo papeles, hojas secas y la tensión que anidaba en las calles. Claudio Ferrer, intelectual nacionalista y

ferviente defensor de las “glorias pasadas” de la Argentina, se dirigía a paso ligero hacia un edificio de elegante arquitectura francesa en el centro de Buenos Aires. Las aceras parecían impregnadas de un nerviosismo contenido: corrillos de gente comentando con impaciencia los últimos rumores, soldados de rostro serio apostados en las esquinas, autos y camiones militares avanzando a velocidad inusitada. Todo apuntaba a que algo grande se gestaba.

Claudio se había convencido igual que muchos otros de que el presidente Yrigoyen había traicionado los valores más puros de la patria. Desde editoriales y tertulias, llevaba meses proclamando que la democracia estaba enferma, que un golpe militar de “hombres honorables” sería la única salida para restaurar el orden y la grandeza nacional. Le resultaba inconcebible que un gobierno apoyado por sectores populares “demagogos”, los llamaba pudiese encauzar el destino de un país que, según él, necesitaba la firmeza de líderes con visión autoritaria y claridades morales.

A sus cuarenta años, Claudio Ferrer había publicado varios ensayos en diarios influyentes, poniendo en duda el sufragio universal y alabando las virtudes del nacionalismo. Sus textos hablaban de la “tierra prometida” que la Argentina seguía sin alcanzar por culpa de la corrupción y la incapacidad de gobernar de los sectores populares. Ahora, mientras atravesaba con paso presuroso la recepción del edificio, sentía el corazón acelerado de entusiasmo: lo habían

invitado a participar en una reunión “definitiva”, donde militares y civiles notables terminarían de orquestar la toma del poder.

Subió por una escalera amplia, flanqueada de retratos que evocaban épocas pasadas. Al llegar al primer piso, entró a un salón decorado con muebles de cedro y cortinas de terciopelo rojizo. Allí, un grupo de hombres, algunos con uniforme, otros de traje sobrio, conversaban en voz baja, con rostros tensos pero satisfechos. El aire estaba cargado de la expectativa de que el país se partiría en dos en cuestión de horas.

—¡Ferrer, por fin llegas! —exclamó el coronel Silvestre, alzando una mano. Tenía bigote recortado y una mirada ágil. Desde hacía semanas, Claudio colaboraba con él en la redacción de manifiestos que justificaran el “acto patriótico” que estaban a punto de consumar.

Disculpa la demora, coronel. Hay patrullas por todas partes. Claudio miró alrededor y encontró a varios civiles a quienes reconocía de tertulias y reuniones discretas. Entre ellos estaba Bazan, un empresario acaudalado que aborrecía la política de redistribución que Yrigoyen había intentado impulsar, y Cáceres, un periodista que desde su diario venía abogando sin tapujos por la caída del presidente.

El coronel le ofreció un apretón de manos firme:

Hoy, Ferrer, cumpliremos con la patria. Esta democracia languidece, y nosotros la rescatamos.

Claudio asintió, sintiendo en el pecho un ardor que rozaba el fanatismo. Estaba convencido de obrar por el bien de la nación o al menos, eso creía.

Mientras esperaban la llegada de un general clave para sellar los últimos detalles, Claudio reparó en un objeto que descansaba sobre la gran mesa de reuniones. Era una carpeta de cuero gastado, repleta de papeles ajados y recortes de diarios antiguos. No pudo contener la curiosidad y se acercó para hojearla.

Lo primero que vio fue un recorte que hablaba de la Semana Trágica de 1919, con titulares alarmantes sobre obreros muertos y la represión. Siguió revisando y encontró un documento escrito a mano, con caligrafía apresurada, que le resultó difícil de descifrar. Sin embargo, captó algunas frases: “…si la Argentina es la tierra prometida, ¿por qué sangra con cada protesta?”

Sintió un pequeño escalofrío y pasó la página. Otro recorte mostraba una noticia del golpe fallido de 1890 y el nombre de un tal Valentín, supuestamente testigo de una conspiración oculta. Después vio referencias a un libro más antiguo, de 1853, y a un “nuevo orden” que nunca llegaba. Claudio se inclinó hacia adelante; esos documentos parecían componer una historia subterránea y perturbadora, como si alguien hubiera ido recopilando evidencias de que la nación llevaba décadas sumida en traiciones y revoluciones pactadas.

—Ferrer, ¿qué haces? —preguntó Cáceres con brusquedad, acercándose. Cogió la carpeta y la cerró de golpe.

Claudio parpadeó, sorprendido por la reacción.

—Sólo echaba un vistazo. ¿De dónde salieron esos papeles?

El periodista torció los labios en una mueca.

—Es un batiburrillo de propaganda anarquista y testimonios ridículos. Historias sobre obreros muertos y conspiraciones eternas. Nada que valga la pena. —Dio una carcajada seca—. Anda, no pierdas el tiempo con tonterías. Tenemos un golpe que ultimar.

El general esperado llegó. Hubo saludos apresurados, un intercambio de palabras solemnes y un brindis rápido con copas de vino. Claudio escuchó el plan: los militares actuarían esa misma noche; al amanecer, el presidente Yrigoyen estaría derrocado y se proclamaría un gobierno provisional para “restaurar el orden”. Bazan y Cáceres se encargarían de difundir comunicados, mientras Ferrer terminaría de pulir un texto que justificara la “necesidad histórica” de la intervención. El coronel Silvestre daría el toque final con la fuerza de las armas.

Claudio se sintió eufórico, como un actor a punto de debutar en la obra que llevaba meses ensayando. Convencido de su propia rectitud, dejó de pensar en aquel archivo misterioso que le había despertado una leve incomodidad. ¿Cómo iba a prestarle atención a

rumores de anarquistas muertos, cuando estaba por salvar al país de la decadencia?

—Tendremos la gloria —murmuró para sí, con la vista en el horizonte imaginario de un país “purificado” por la mano firme de los uniformes.

Sin embargo, mientras el coronel y los otros debatían detalles operativos, la mente de Claudio divagó un instante en lo que había alcanzado a leer en esos papeles viejos: obreros, inmigrantes, soldados que habían creído en revoluciones, todo desapareciendo en el olvido. Un eco de esas frases resonó como un susurro: “La sangre se repite con otros nombres, la mentira renace con otro rostro.”

Sacudió la cabeza, intentando sacarse la imagen de un obrero agonizando en algún depósito oscuro. ¿Sería sólo propaganda subversiva? Él, un intelectual sólido, no podía dejarse llevar por sentimentalismos. No, su convicción era firme: Yrigoyen había corrompido la república, y sólo un gobierno fuerte podía salvar la Argentina de caer en el caos.

—Confiamos en vos, Ferrer —le espetó el coronel de pronto—. Tu pluma será fundamental para legitimar el nuevo régimen. Que la gente entienda que no somos golpistas, sino patriotas.

Claudio asintió con vehemencia, conteniendo el leve temblor en sus manos. ¿Por qué temblaban? Quizás por los nervios del gran paso que darían esa noche. No podía ser otra cosa. No era que dudara de su causa… ¿O sí?

Cáceres se acercó, con la carpeta de los documentos en la mano, y la metió en un cajón de la mesa con gesto displicente. La miró como si fuese un bulto indeseable y le dijo a Claudio, con un leve ceño fruncido:

—No dejes que estas tonterías te distraigan. Son historias de resentidos, gente que fracasó y busca culpar a otros. Nuestro golpe traerá el orden y la grandeza perdida.

En un impulso, Claudio quiso preguntar algo—¿qué era exactamente lo que habían guardado? ¿De dónde procedían esos documentos?—pero el coronel Silvestre le hizo señas de unirse al grupo. La reunión continuó, y Claudio tuvo que aparcar sus interrogantes, inmerso de lleno en los planes concretos del alzamiento.

Cuando abandonó el edificio, ya de noche cerrada, se unió a un vehículo militar que recorría las calles con sigilo. Los conspiradores se desperdigaban, cada uno listo para cumplir su papel en la madrugada histórica que se avecinaba. A Claudio le correspondía redactar el comunicado inicial que se daría a conocer a la prensa, justificando el “Acto Patriótico” contra el gobierno. Sintió un ardor de orgullo: por fin su pluma se usaría para “salvar la patria”.

No obstante, conforme el auto avanzaba por las calles, clavó la mirada en las luces mortecinas que salpicaban la ciudad. Recordó la mirada de Cáceres al esconder esa carpeta, el rastro de sangre y mentiras descrito en aquellos viejos papeles. Una molestia le pinchó el pecho: ¿podía ser cierto que la “tierra prometida” se diluía cada

vez que un grupo de iluminados decidía tomar las armas y acabar con la democracia naciente?

Sacudió de nuevo la cabeza, recordándose que eso eran pamplinas. Él no era un asesino ni un traidor, sino un patriota con buenas intenciones. Se convenció de que el país necesitaba mano dura, que el golpe militar era un remedio para una democracia débil. “Así ha sido siempre”, se dijo. “La historia nos recordará como salvadores.”

El chofer se detuvo. Claudio descendió, contemplando las sombras de un Buenos Aires que se aprestaba a un giro violento. Sin sospechar que, en poco tiempo, su propia convicción se haría añicos al descubrir que el país que pretendía “purificar” se vería envuelto en un torbellino de represión y quiebre institucional. Pero esa noche, aún se creía en la cúspide de la razón.

Cerró la puerta del auto, alzó el cuello del abrigo para protegerse del viento y dirigió la mirada al cielo cubierto de nubes. Confiaba en que el golpe contra Yrigoyen sería el principio de una era gloriosa. No imaginaba que esos documentos que apenas ojeó de obreros muertos, de cartas ocultas, de revoluciones fracasadas, hablaban de un ciclo inquebrantable que lo arrastraría también a él, devorando sus ideales y manchando sus manos con la democracia que decía defender.

Porque si la Argentina era una tierra prometida, la historia se empeñaba en demostrar, una y otra vez, que toda promesa terminaba

por esfumarse cuando el poder de las armas sustituía la voz del pueblo.

Capítulo 6 Parte II

1930 Las Sombras del Golpe

El sonido de las botas marcó el ritmo de la madrugada porteña. La ciudad amaneció con un estrépito de camiones militares y cornetas que anunciaban lo inevitable: el golpe de Estado ya estaba en marcha. Al asomarse por la ventana de su apartamento, Claudio Ferrer vio a los soldados avanzar en columnas ordenadas, cortando calles y adueñándose de cada esquina estratégica. Mientras terminaba de ponerse el abrigo, sintió un estremecimiento extraño: la visión de un país rendido ante la fuerza le provocó un escalofrío que no supo explicar.

Su corazón, sin embargo, latía con una mezcla de orgullo y nerviosismo. Pensaba en cómo había defendido durante meses la idea de que la república estaba enferma y sólo un golpe patriótico

podía salvarla. Hoy, sus palabras se materializaban en tanques y fusiles. Jamás se había sentido tan cerca de cambiar la historia.

A las seis en punto, Claudio ya estaba en el despacho provisional donde se redactaban los comunicados oficiales. El coronel Silvestre entró con paso firme y, con un ademán enérgico, indicó a Ferrer que lo acompañara a una sala contigua. Allí, un puñado de civiles y militares manipulaban papeles, recortaban noticias recientes y revisaban listas de nombres que serían detenidos por “amenazar la paz”.

—Ferrer, este es el texto que hemos preparado para anunciar la destitución del presidente —explicó el coronel, ofreciéndole un pliego mecanografiado—. Léelo y hazle los ajustes que creas necesarios para que suene contundente. Queremos que la gente comprenda que no somos golpistas, sino salvadores de la patria.

Claudio asintió, conteniendo la emoción. Tomó el pliego y se puso a leer con atención. En cada párrafo se repetía la consigna de “restaurar el orden”, de “proteger la nación de la anarquía”, y se acusaba a Yrigoyen de haber traicionado los valores sagrados del país. Un ligero temblor le recorrió las manos al recordar, por un segundo, los documentos que había visto la noche anterior, donde hablaban de obreros muertos y revoluciones traicionadas. Sacudió la cabeza, intentando apartar esa incomodidad.

—Es un buen comienzo —musitó—. Aunque deberíamos añadir algo sobre la gran tradición argentina de responder a las crisis con la valentía de nuestras fuerzas armadas.

El coronel sonrió con aprobación.

—Hazlo. Y dalo a la prensa. Antes de mediodía, todos deben saber que hemos tomado el poder para salvarlos de la debacle.

Claudio asintió y se sumergió en la tarea de pulir cada frase. Se sentía un artesano de la historia, convencido de que su pluma serviría para legitimar un nuevo régimen que—creía—llevaría al país a la grandeza.

A mediodía, la radio nacional difundía comunicados confusos; la prensa escrita, aturdida por la censura y las presiones, aguardaba directivas claras. La ciudad entera se debatía entre el miedo y la sorpresa. Muchos se asomaban a las ventanas, veían los militares patrullando, y cerraban las cortinas sin atreverse a opinar. Otros, en cambio, salían a festejar la caída de Yrigoyen, celebrando con banderas y vítores patrióticos.

Claudio recorrió brevemente la avenida principal escoltado por un teniente. Observó a la gente aglomerada a la espera de certezas, los rostros ambiguos que no sabían si aplaudir o temer. Vio también grupos de ciudadanos que miraban con rabia o resignación, como si supieran que en este cambio de gobierno no había nada que festejar.

Un oficial se acercó a Claudio con un saludo marcial.

—Disculpe, señor Ferrer, me han pedido que lo lleve a la Jefatura. Tienen algo que mostrarle.

Claudio frunció el ceño, intrigado. De inmediato, subió a un auto militar que lo condujo por calles bloqueadas hasta un antiguo edificio, que funcionaba como sede improvisada del nuevo poder.

Al llegar, se topó con el periodista Cáceres y el empresario Bazan, ambos revisando pilas de papeles confiscados. Parecía que, con el golpe, habían ingresado a diversas oficinas gubernamentales y habían interceptado documentos, informes y correspondencias que consideraban peligrosas. Cáceres alzó la vista y, al ver a Claudio, forzó una sonrisa impaciente.

—Querido Ferrer, justo a tiempo. Estamos organizando la prensa para que todo quede en armonía con nuestro “Acto Patriótico”. Pero encontramos algo que quizás te interese. —Le tendió una carpeta con recortes viejos y hojas amarillentas, muy similar a la que Claudio había curioseado la noche anterior.

La ansiedad le recorrió su esencia. Abrió la carpeta con cautela y reconoció enseguida referencias a 1919, a 1890, e incluso a pasajes de 1853. No eran simples papeles sueltos: alguien había compilado durante años testimonios de obreros, de conspiradores, de revoluciones fallidas… Su mente evocó la frase “La tierra prometida nunca llega porque la mentira siempre renace con otro rostro.”

—No podemos tolerar que esta basura circule —gruñó Cáceres—. Habla de masacres, de traiciones, de golpes previos. Documenta un

tal Carlo que murió en la Semana Trágica, supuestamente con un testimonio en las manos… ¡pura subversión!

Bazan, con expresión agria, asintió.

—Ya hemos ordenado quemar montones de panfletos anarquistas y material “indeseable”. Esto también debería ir al fuego.

Claudio sintió un nudo en la garganta. Jamás había considerado la posibilidad de que la historia clandestina de los obreros y los movimientos populares pudiera contener alguna verdad valiosa. Hasta ahora, siempre la tildó de propaganda enemiga. Pero algo en su conciencia, una leve punzada, le hizo pensar que tal vez aniquilar esos documentos era más que un simple acto de censura: era deshacerse del espejo que revelaba que este golpe no era tan distinto de otros.

—¿Deberíamos leerlos antes de destruirlos? —preguntó con voz tenue, sorprendiéndose a sí mismo.

Cáceres soltó una risa despectiva.

—No pierdas el tiempo, Ferrer. Son delirios de resentidos. Gente que cree ver conspiraciones en todas partes. Nosotros somos los héroes que limpiamos la patria de su corrupción. No necesitamos más explicaciones.

Claudio se quedó en silencio, pero su mirada se posó en una hoja donde se alcanzaba a leer: “…cuando el poder de las armas ocupa el lugar de la voz del pueblo, la historia se tiñe de traición y sangre.”

Mientras Bazan y Cáceres intercambiaban comentarios sobre qué documentos incinerar, Claudio se acercó a la ventana y respiró hondo. Desde allí, contempló cómo un pelotón militar se llevaba a varios funcionarios del gobierno depuesto. Entre ellos, reconoció a un maestro que había defendido la educación pública. Lo vio ser empujado con violencia a un camión, y algo se resquebrajó en su interior. ¿Eso era el “Acto Patriótico”?

Intentó convencerse de que todo sacrificio era necesario, que la represión contra “elementos subversivos” era solo una medida temporal. Pero la escena no encajaba con su visión romántica de la patria restaurada. Se sintió sucio, como si las palabras que él había redactado para legitimar el golpe se convirtieran en un manto que encubría injusticias y violencia.

—Ferrer, ¿venis o no? —gritó Bazan desde la puerta—. Vamos a la imprenta oficial a publicar el comunicado.

Claudio parpadeó y asintió en automático. Guardó silencio mientras Cáceres y Bazan cargaban la carpeta con los documentos hacia una pila de materiales destinados al fuego. En su mente, las frases de aquellos obreros muertos y de las revoluciones pasadas pulsaban con insistencia: “La mentira renace con otro rostro…”

Salieron juntos, dejando atrás las oficinas saqueadas. Claudio sintió una nausea sutil, pero se obligó a caminar. No podía mostrar flaqueza justo ahora. O al menos, eso se repetía, mientras un germen de duda crecía en su interior.

La tarde caía con un sol rojizo que teñía los edificios, dando a la ciudad un tono casi fantasmagórico. Los militares se movían como amos absolutos de las calles, y mucha gente se encerraba en sus casas o aplaudía por temor. Claudio se subió a otro auto militar que lo llevaría a la imprenta. Por la ventana, vio una hoguera en un patio cercano: ardían papeles, carteles, quizá los mismos que testimoniaban las tragedias de 1919 y de tantas fechas anteriores.

Sintió un vacío en el pecho. Por un instante, vio en su mente el rostro de un obrero moribundo, en una escena que jamás presenció realmente, pero que resonaba en esas hojas que había leído por encima. ¿Sería verdad que ese hombre había muerto aferrado a un testimonio contra el sistema de perpetua represión?

El oficial que conducía el vehículo habló con un tono de triunfo:

—Señor Ferrer, gracias a su pluma, el nuevo régimen será aclamado por todos los patriotas. ¡Por fin libramos a la Argentina de la demagogia!

Claudio asintió, intentando sonreír, pero un amargor creciente le tapizó la lengua. Sintió que las palabras que él mismo había escrito ahora lo asfixiaban, como si fuera cómplice de algo más turbio de lo que se atrevía a admitir.

El auto avanzó entre gritos de euforia y el resonar de pasos militares. Al fondo, alguna gente lloraba, o lanzaba insultos ahogados contra los soldados. Claudio, con la mirada fija en un punto invisible, se preguntó si, pese a todo, estaba repitiendo la misma historia que

esos documentos clandestinos denunciaban. Y si ese golpe, que él creía tan justo, no era simplemente otro rostro de la mentira, otro paso más para alejar a la Argentina de la tierra prometida que nunca terminaba de llegar.

Capítulo 6 Parte III

1930 El Desengaño y la Sombra del Futuro

El crepúsculo cayó sobre Buenos Aires con una serenidad engañosa. Bajo la apariencia de normalidad, la ciudad se debatía entre el miedo y la ilusión de un nuevo orden que prometía salvación patriótica. Claudio Ferrer, a quien todos consideraban el ideólogo civil del flamante gobierno, regresó a su apartamento en un auto militar. Afuera, la gente se resguardaba tras ventanas y postigos, con las luces apagadas, como si temieran dar la menor señal de desacuerdo.

Sin embargo, Claudio sentía un peso creciente en el pecho, una presión que no se aliviaba ni con los halagos recibidos. En la radio, repetían el comunicado que él mismo había pulido, anunciando al país que las Fuerzas Armadas rescataban la Argentina de la

anarquía. Habría un gobierno de facto “provisional”, encargado de restaurar los principios morales que la república había “perdido”. Era su texto, sus palabras… y, aun así, una fisura profunda se abría en su conciencia.

Esa noche, al entrar en su apartamento, Claudio percibió un silencio sobrenatural. Ni el tic-tac del viejo reloj ni el rumor habitual de la calle llegaban con claridad. Como si un velo separara su hogar del resto del mundo, el aire se sentía denso, cargado de un magnetismo extraño. Arrojó el abrigo sobre un sillón, encendió una lámpara y, en el reflejo del espejo del recibidor, vio algo que lo estremeció: la silueta de un hombre inclinado, cubierto de polvo y sangre, en un rincón de la sala.

Parpadeó, incrédulo, y la imagen se desvaneció al instante. Sintió un escalofrío. ¿Estaba alucinando? Pensó en las hojas amarillentas, en la historia de obreros muertos, en ese Carlo que había fallecido en 1919 sosteniendo un testimonio que nadie quiso escuchar. Sacudió la cabeza, intentando convencerse de que la fatiga y el estrés del día le jugaban una mala pasada.

Pero, en la penumbra, al recorrer el pasillo, juraría que oyó un susurro:

—La mentira renace con otro rostro…

Se detuvo en seco, con el corazón encabritado. Miró alrededor: nada, solo la penumbra y los muebles quietos. Aun así, la piel se le erizó de un modo que jamás había experimentado.

Buscó refugio en su despacho, la habitación donde escribía sus ensayos. Se sentó ante el escritorio, encendiendo la lámpara principal. Ahí estaban sus cuadernos, sus libros de historia, sus recortes de periódicos alabando la “gesta patriótica”. También, un ejemplar de la Constitución que en teoría había defendido, pero cuya vigencia acababa de condenar.

Tomó la pluma, intentando anotar ideas para el nuevo discurso que le exigía el régimen: había que tranquilizar a la población, explicar que el golpe era solo una “intervención transitoria.” Pero cada vez que lo intentaba, las palabras se le atascaban. Sintió náuseas. ¿Cómo justificar de nuevo la anulación de la democracia que tanto se había vanagloriado de “purificar”?

Miró la pared y creyó ver de reojo un reflejo de imágenes superpuestas: uniformes entrando en la Casa de Gobierno, hombres encadenados en un patio sombrío, una anciana llorando en un conventillo. ¿Qué eran esas visiones? ¿Por qué ahora?

Recordó a Cáceres y a Bazan ordenando quemar los documentos que hablaban de otros golpes, de otras muertes. Se dio cuenta de que, con su complicidad, estaba borrando la evidencia de que este acto repetía un ciclo perverso. De pronto, una certeza dolorosa anidó en su conciencia: no estaba “salvando” la patria, sino hundiéndola más en su laberinto de traiciones.

Un golpe sordo resonó en la cocina, rompiendo el silencio. Claudio se incorporó, con la pluma todavía en la mano, y caminó con cautela

hasta allí. Al encender la luz, tuvo la impresión fugaz de ver, sentado a la mesa, a un hombre vestido con ropas de obrero, empapado de sudor y mugre, sosteniendo un trozo de papel ajado. Sus ojos—oscuros y tristes—se posaron en Claudio con reproche infinito.

—¿Qué…? —balbuceó Claudio, sintiendo el pulso como un martillo.

Mas en un parpadeo, la imagen se desvaneció. Solo el rumor lejano del viento contra la ventana y la cocina vacía. Claudio respiró con fuerza, intentando convencerse de que era producto de su mente atormentada. “Tal vez soy un hombre de razón enfrentado a culpa y cansancio”, se dijo. Pero esa mirada había sido demasiado real, y el papel arrugado que el fantasma sostenía lo atormentaba con la idea de que, en algún otro tiempo, un Carlo y tantos otros habían muerto bajo la represión de quienes prometían “orden”.

Se dejó caer en una silla, con las manos temblorosas. “¿Qué hemos hecho?” pensó, sintiendo una arcada de amargura. Fue entonces cuando lo golpeó la certeza de que el golpe que apoyaba no era sino la continuación de ese mismo hilo maldito: la patria se manchaba otra vez de autoritarismo, y él era cómplice.

Sintiendo la urgencia de romper con aquello, Claudio buscó papel y escribió unas líneas apresuradas:

“He sido parte de este golpe, creyendo defender a la Argentina. Pero al ver la represión, la censura, y recordar los testimonios de obreros

muertos que jamás se escucharon, comprendo que la historia se repite. Me resigno a admitir que la democracia era frágil, sí, pero no merecía ser aniquilada.

Si alguien lee esto, sepa que el poder militar no trae la tierra prometida. Solo prolonga la espiral de silencios y engaños. Ruego a quien encuentre estas palabras que no permita que la mentira renazca siempre con otro rostro.”

Acabó de escribir y sintió un llanto seco, interno, como si su alma se desmoronara. Había apostado todo a la fuerza de las armas, y ahora se hallaba en la disyuntiva de seguir alimentando el régimen o reconocer su error. De pronto, recordó aquel obrero fantasmagórico, el susurro que resonaba en las paredes: “La mentira renace con otro rostro…”

Claudio guardó esa nota en un sobre, junto a su ejemplar de la Constitución. Quiso dejar un mínimo legado de arrepentimiento, por si alguien, en el futuro, se cuestionaba qué ocurrió en 1930.

En un arranque de desesperación, se asomó al balcón. La noche cubría la ciudad, manchada de luces tenues. Podía oír alguna marcha militar lejana, el chasquido de botas. Cerró los ojos y, en un extraño arranque de lucidez que rozó lo sobrenatural, vio una multitud, una masa enorme marchando por las calles, ondeando banderas, reclamando algo que él no podía comprender. Vio rostros de hombres y mujeres con un fervor tan distinto al que movía a los golpistas. Era

como un flash de otro tiempo, una muchedumbre que gritaba: “¡Queremos al líder!”, “¡No se metan con nuestro coronel!”

Sintió un escalofrío al ver, entre la multitud, a una mujer de aristocracia, con un traje elegante y mirada perpleja, casi perdida entre la ola popular. En ese instante, comprendió que la historia no se detendría en 1930, que vendrían otros movimientos, otros alzamientos, otra forma de promesa que tampoco era la suya. Vio banderas argentinas mezcladas con un barro ardiente, y comprendió que la tierra prometida se diluiría una vez más en pasiones y traiciones.

Luego, la visión se desvaneció, y Claudio retrocedió, con el corazón palpitante. No entendió del todo esas imágenes, pero captó un presentimiento: en 1945, un nuevo fervor popular cambiaría al país, y él ya no formaría parte de ese destino. Quizá lo vería desde la periferia, viejo y arrepentido, contemplando cómo otra aristócrata se quebraba frente a un país que se reinventaba sin tregua.

Volvió a su escritorio. Con mano temblorosa, escribió en un sobre: “Documentos que NO deben destruirse” y colocó dentro la nota de arrepentimiento, junto a copias de los testimonios que algunos militares no habían quemado. Se prometió encontrar la forma de dejar ese material oculto—igual que tantos antes lo habían hecho—para que, en otro tiempo, un obrero, una aristócrata o cualquier alma sincera pudiera atar los cabos de esta historia interminable.

Al amanecer, Claudio Ferrer se vestía con la misma ropa sobria de siempre, pero el brillo de sus ojos se había apagado. Había renunciado en silencio a su sueño de un golpe redentor. Ahora, su misión se tornaba más oscura y discreta: conservar la memoria de la traición para que, tal vez, alguien un día comprendiera que cada promesa patriótica que negaba al pueblo terminaba devorándose a sí misma.

Mientras se oía la radio con marchas marciales y declaraciones de los nuevos mandos, Claudio salió para cumplir con su rol de vocero del régimen. Pero su espíritu se hallaba en otro lado, atrapado entre visiones de obreros fantasmas, papeles clandestinos y una aristócrata desconocida, a la cual presentía en un futuro convulso, tratando de entender un país que volvía a arder en pasiones.

En ese instante, se dio cuenta de que la tierra prometida no solo se esfumaba ante las armas, sino ante la incapacidad de quienes preferían la censura a la discusión, la obediencia ciega a la verdadera participación. Y, con un escalofrío final, comprendió que esa maquinaria histórica jamás se detendría mientras quedaran élites dispuestas a sacrificar la democracia en nombre de un orden que nunca llegaba.

En las sombras del despacho, un viento irreal sopló las cortinas, aunque ninguna ventana estuviera abierta. Un leve balbuceo pareció escaparse por los pasillos: “El pueblo vuelve a las calles… y alguien,

lejos de su palacio, se cuestionará su lugar en un país que se levanta una vez más.”

Claudio creyó escuchar risas y cánticos que no pertenecían a 1930, sino a un tiempo venidero, donde la multitud bailaría en las avenidas con un fervor desconocido. Un relámpago fugaz le mostró el rostro de esa aristócrata turbada, vestida de seda, rodeada de personas sudorosas y enardecidas que clamaban por un líder, un coronel que emergía entre el gentío.

Luego, todo se desvaneció, dejando a Claudio con la certeza de que el porvenir traería otra revolución popular, y que quizá esa mujer de alta sociedad escribiría sus propias confesiones a un difunto esposo, sin entender que el ciclo de la tierra prometida seguía girando, inquebrantable, en cada traición y cada esperanza.

Capítulo 7 Parte I

1945 La Confesión de una Aristócrata

Te hablo a vos, mi querido esposo, aunque lleves años descansando bajo las piedras frías de la bóveda familiar. Te hablo desde estas paredes que aún rezuman el prestigio de nuestro apellido, aunque afuera el país se convulsione en un torbellino de voces que no reconozco. Hoy, 17 de octubre de 1945, Buenos Aires arde bajo un sol despiadado y una muchedumbre que inunda las calles, reclamando la liberación de un coronel cuyos rasgos me resultan tan ajenos como el idioma de esa multitud. Quisiera preguntarte, en un lamento, qué ha sido de la tierra prometida que creíamos poseer y que ahora, ante mis ojos, se ha transformado en un territorio que ya no comprendo.

Te confieso que, esta mañana, cuando las sirvientas me avisaron que la ciudad estaba tomada por gente humilde —“descamisados”, dicen —, no pude evitar asomarme al balcón del piso superior. Ahí, contemplé un río humano que avanzaba por la avenida, cantando, gritando nombres y consignas que jamás había escuchado con tanta pasión. Sus rostros, sudorosos y encendidos, parecían brillar con una fe inquebrantable. Me sentí diminuta ante ese espectáculo, como si de pronto los muros de nuestra casa se volvieran frágiles, incapaces de resguardar el mundo en el que vos y yo habíamos vivido sin cuestionarlo.

¿Recuerdas, mi amor, cómo solíamos reírnos de la política? Decíamos que era asunto de los poderosos, de los grandes apellidos que movían los hilos del país. Pensábamos que bastaba con mantener nuestras rutinas y acudir a los bailes de sociedad para honrar la tradición que heredamos. Jamás se nos ocurrió que el pueblo —o esa entelequia que llamábamos “el pueblo”— podía irrumpir con tanta fuerza, a plena luz del día, reclamando algo que ni siquiera alcanzo a entender.

Ahora, desde la biblioteca donde guardamos esas cartas centenarias —heredadas de tu abuelo, quien participó del golpe del ‘30—, percibo un rumor extraño: es como si las paredes susurraran fragmentos de historias inconclusas, nombres de obreros, de conspiradores, de un intelectual arrepentido. Nuestras criadas aseguran que es la brisa de octubre que se filtra por los ventanales,

pero yo siento otra presencia, algo más antiguo y poderoso que recorre los pasillos, hurgando en las grietas de nuestro linaje.

Mi difunto esposo, perdóname si te parece absurdo, pero he bajado a la calle, movida por una curiosidad que me arde en el pecho. He caminado entre hombres y mujeres que me miran con sospecha al ver mi vestido y mis perlas. Sus cantos son un crescendo que retumba en mi cabeza, y en mis oídos resuena una letanía que me roba el aliento: “¡Queremos al coronel! ¡Queremos al coronel!”

En un instante, sentí un escalofrío y vi, a contraluz, la sombra de un obrero con la ropa rasgada, como salido de otra época mirándome con ojos tristes. Le rodeaba un halo de polvo, y en su mano llevaba un trozo de papel amarillento que se deshacía al rozarlo. Parpadeé, y la visión se desvaneció, pero un murmullo quedó clavado en mi mente: “La mentira renace con otro rostro…”

No entiendo esa frase, mas reconozco en ella un eco que podría provenir del pasado.

Te preguntarás por qué me aventuro entre las multitudes, si siempre me he refugiado en nuestro círculo selecto. Tal vez busco a tientas una verdad que desconocemos. Me han dicho que la gente grita “¡Perón!”, que exigen la vuelta de un hombre que ha sabido ilusionarlos con promesas de justicia social. ¿Sabes, esposo mío? Me asusta admitirlo, pero siento en sus voces una fe real, un ardor que jamás he visto en los bailes de gala ni en los salones ministeriales.

Mientras camino entre ellos, experimento una punzada de culpa: ¿será que he vivido en una burbuja de privilegios mientras el país sangraba en silencio, repitiendo una y otra vez la misma traición? Veo a esas mujeres con niños en brazos, a esos hombres con la espalda curva por el trabajo, y me doy cuenta de que no me reconocen como parte de su historia. Me ven como forastera, y tal vez lo soy.

Ahora escribo estas líneas desde tu despacho, donde aún guardo los retratos de nuestras familias. No sé si hago bien al confesarte mis dudas, pero el mundo que conocimos se disuelve ante mis ojos. La aristocracia de la que formo parte se inquieta; algunos se encierran, otros se burlan, otros se asustan más de lo que admitirían. Y en esta noche que se aproxima, presiento que nada volverá a ser igual.

Sé que, allá donde te encuentres, tal vez te asombre mi valentía tardía. Pero al ver las corrientes humanas abarrotar la Plaza de Mayo, he sentido un temblor en la tierra, como si un latido subterráneo anunciara el nacimiento de una nueva era. Y en ese latido, he comprendido que nuestro linaje ya no define el destino argentino, que este país late con la energía de miles de gargantas que reclaman un lugar bajo el sol.

Me pregunto si acaso no estamos siendo testigos de otra forma de promesa, de otro rostro de ese horizonte que siempre se escapa. Quizá esta revolución popular, igual que las anteriores, termine

arrastrándonos a otra desilusión. Pero algo en mi interior me dice que el fuego que arde en sus miradas no se apagará tan fácilmente.

Si pudieras verme ahora, esposo, descubrirías lágrimas que no sé nombrar. Lágrimas de miedo, de asombro, de melancolía. Y, aunque no entiendo todavía en qué se convertirá la Argentina que tanto amábamos —o que creíamos amar—, presiento que nada ni nadie podrá detener este mar humano. Es el pueblo, y su grito me sacude como un rastro de fantasmas antiguos que claman por un futuro distinto.

Te confieso que tengo pánico, pero también una extraña expectativa: ¿será esta vez la verdadera tierra prometida, o solo otra ilusión que se repetirá bajo un nombre distinto? La respuesta, tal vez, la descubra en el fragor de estas calles que hoy me tienen prisionera de su canto.

Capítulo 7 Parte II

1945 Confesiones en la Sombra del 17 de Octubre

Te hablo de nuevo, mi querido esposo, aunque la noche ya me encuentre empapada de un calor irreal, casi febril. Al caer el sol, las calles se llenaron de antorchas improvisadas, de fuegos que bailan como fantasmas en esta Buenos Aires que no reconozco. He vuelto a salir, contra todas las precauciones que mi familia me ha rogado, porque siento que si no veo con mis propios ojos este fenómeno, moriré de curiosidad o de miedo.

No entenderías, esposo mío, lo que se siente caminar sobre adoquines que parecen vibrar bajo los pasos de miles de personas. El aroma del sudor y el asado callejero se mezclan en un vaho que me marea. Hace unos instantes, un hombre con el torso descubierto me ofreció un mate, con la más absoluta cordialidad, y yo lo rechacé por simple reflejo. Él me lanzó una mirada triste, sin rencor, como si comprendiera que vengo de otro mundo.

A mi alrededor, retumba ese cántico —“¡Perón, Perón!”— pero también susurros de un nombre femenino: “Evita”. No entiendo el alcance de esa dualidad, pero es como si cada grito anunciara una nueva fe que se expande cual incendio en un campo seco. Por un segundo, sentí una corriente de aire helado rozar mi nuca. Y, al volver la mirada, juraría que vi la silueta de un hombre viejo, con bigote finamente recortado y traje de otra época, parado en medio de la multitud. Tenía la expresión de quien se arrepiente, y un brazo levantado intentando advertir algo, mas su voz quedó ahogada por la marea humana.

Regresé a nuestro hogar hace apenas unos minutos; no podía soportar más la fuerza del gentío. En la entrada, sentí un temblor: la enorme puerta parecía más pesada de lo habitual, y al cruzar el umbral, un viento meció las cortinas como si algo invisible hubiera entrado conmigo. Me pregunté si no sería un eco de la tarde infernal que acaba de consumirse en cánticos, pero el silencio de la casa era tan denso que casi lo podía palpar.

Te confieso, esposo, que oí pasos en el recibidor, pasos distintos de los míos. Seguí el ruido hasta la biblioteca, y allí encontré un viejo cajón entreabierto: el que contenía tantas reliquias familiares, cartas, documentos que nunca leí. Pensé en cerrarlo, pero algo me detuvo. Fue entonces cuando noté una hoja ajada con tinta borrosa, que hablaba de sueños rotos en 1930… de una aristocracia cómplice de un golpe militar.

¿Por qué no me lo contaste, mi amor? Siempre creí que nuestra historia familiar era intachable, que “la gente de bien” no manchaba sus manos con la desgracia de los demás. Ahora me entero de que un tío abuelo apoyó con fervor aquel golpe, y que luego escribió, antes de morir, un arrepentimiento jamás difundido. Las palabras rezaban algo así: “La fuerza de las armas entierra la democracia… y con ella, la esperanza de una patria justa.”

Al sostener esa hoja, sentí un escalofrío. Fue como si tu tío abuelo, el coronel Silvestre (ese nombre asoma en la penumbra de los papeles), me balbucea al oído, advirtiéndome que esta efervescencia popular

de 1945 es un golpe contrario al suyo, otra sacudida del péndulo nacional. ¿Acaso este fervor de descamisados representa la otra cara de la moneda que él ayudó a acuñar?

Se dice que la historia se repite, pero esta vez, lo que veo en las calles no es un ejército imponiendo el orden, sino una multitud exigiendo el regreso de un hombre que parece encarnar sus anhelos. Me sofoca pensar que tal vez esa energía colosal nos arrase a todos, transformando el país en algo que ni vos ni yo habríamos imaginado.

No voy a mentirte: antes de subir a nuestro dormitorio, sentí una presencia en el pasillo. Una presencia inconfundible, a la que ya me he acostumbrado en estos días extraños. Era la sombra de un obrero, sucio y cansado, mirando con melancolía las paredes decoradas, los cuadros con paisajes europeos que adoramos. Se llevó una mano al corazón y desapareció con el mismo susurro que lo anuncia siempre: “La mentira renace con otro rostro…”.

Siento que mi mente juega con los retazos de historias que apenas conozco: la de 1919, la de 1930, la de tantas fechas que creía lejanas a mi mundo de bailes y porcelanas. Hay algo vivo, una cadena invisible de muertos, conspiradores, golpes y esperanzas frustradas que se pasea por esta casa, reclamándome que entienda. O, al menos, que no ignore lo que la ciudad entera grita.

Mientras escribo esto, mi amor, escucho las radios del vecindario anunciando que el coronel Perón ha sido liberado y que miles de personas lo vitorean camino a la Secretaría de Trabajo. Mi cuerpo

tiembla de cansancio y, a la vez, de un desconcierto que raya en la fascinación. ¿Estaré siendo testigo de un nuevo comienzo o de otro espejismo?

Te imagino reprendiéndome por dejarme llevar por “la muchedumbre irracional”. Pero ya no puedo callar mi asombro: en cada grito, en cada pañuelo agitado, percibo el deseo colectivo de un país distinto. Quizás la aristocracia a la que pertenecemos no entienda este pulso del corazón popular. Tal vez seamos una reliquia atrapada en la mansión que se desmorona con cada estallido del exterior.

Mi pluma se detiene un instante, esposo. Acabo de volver la cabeza porque oí un leve crujido: fue la ventana del despacho, que se abrió sin que hubiera viento. A través de ella me llega un coro lejano de tambores y voces, como si la noche entera se hubiera convertido en una gran comparsa de almas. He visto flotando en la penumbra un jirón de papel amarillento, el mismo que recogí del cajón, elevándose para luego posarse sobre el escritorio con un letargo suave.

He aquí mi confesión: no quiero ser cómplice del silencio. Mis antepasados callaron, nuestros próceres familiares callaron, tú mismo jamás me hablaste de los errores del pasado. Hoy, ante el rugir de la gente, siento que debo, al menos, escuchar. Puede que este peronismo que nace sea un fuego ardiente que lo queme todo o un preludio de otra desilusión; no lo sé. Pero negarlo sería sellar otra mentira, y la mentira siempre encuentra forma de renacer.

Te aseguro que mañana saldré, vestida con menos ornamentos, y me mezclaré en la calle para oír las voces que reclaman un nuevo horizonte. Por primera vez, mi corazón se debate entre el temor y la curiosidad, y no lo veo como algo malo, sino necesario.

Si pudieras verme ahora, tal vez te avergonzarías de mi atrevimiento. O quizás, allá en la distancia donde descansas, comprenderías que esta aristocracia que se quiebra puede dar paso a un país más amplio, más visceral, más auténtico. No sé si la tierra prometida surgirá de este 17 de octubre, pero al menos ya no podré ignorar el clamor que retumba bajo nuestras ventanas.

Capítulo 7 Parte III

1945 Un Adiós a las Viejas Figuras

¿Sabes qué hiciste, esposo mío, al marcharte antes de tiempo? Me dejaste sola frente a esta casa repleta de retratos y con un apellido que ahora siento ajeno, mientras el país entero se descose y recompone ante mis ojos. Este 17 de octubre se alarga hacia la madrugada, una madrugada extraña y llena de cantos populares. Desde mi ventana, contemplo las últimas antorchas que se apagan en

la avenida, dejando un rastro de humo y esperanza que no sé cómo interpretar.

Antes de subir a la habitación a escribirte estas líneas, me aventuré una vez más a la calle. Caminé unos metros, apenas rozando la multitud dispersa, y sentí que la tierra vibrababa con la energía residual de miles de pasos y gritos. De pronto, una brisa cálida me envolvió: era como si el piso se iluminara, un resplandor suave y dorado que brotaba de grietas invisibles. Duró apenas un segundo, tal vez un suspiro, pero en ese instante tuve la visión de una plaza distinta, una donde la gente enarbolaba banderas argentinas y se abrazaba llorando. No pude saber si era el futuro o el pasado, porque en esa imagen aparecían rostros antiguos y modernos a la vez, un cruce de épocas que se superponían en el mismo espacio. Al parpadear, la visión se desvaneció, dejándome con el corazón agitado.

Volví a casa sintiéndome liviana y asustada. Tal vez la tierra misma, bajo mis pies, me estaba hablando. Tal vez este país contenga hilos de magia que mis ojos de aristócrata nunca se habían permitido ver. Lo cierto es que algo más grande que nosotros se está tejiendo en las calles, y no soy capaz de descifrar si nos conducirá a la salvación o a otra tragedia.

Con la falda llena de suciedad y mi peinado deshecho, regresé a nuestro salón principal. Las paredes parecían más altas de lo habitual, como si se hubiesen estirado en mi ausencia, y a cada paso

me invadía la sensación de que alguien más caminaba conmigo. No fue hasta que entré en la biblioteca que el presentimiento se materializó: sobre la mesa, desparramados, encontré unos documentos que creí haber guardado. La luz del candil temblaba, y juraría que un murmullo medio susurro, medio lamento, atravesaba la habitación, proveniente de ninguna parte y de todos lados a la vez.

Me acerqué con cuidado. Eran papeles viejos, referencias a golpes militares anteriores, notas sobre un coronel Silvestre y un intelectual llamado Ferrer, cartas que hablaban de obreros muertos en 1919. ¿Por qué aparecían frente a mí? ¿Quién los sacó del cajón? Una ráfaga de viento helado me rozó la nuca y, al volverme, vi una sombra en el pasillo, con el brazo levantado como si quisiera advertirme de un peligro. Parpadeé, y la sombra desapareció. Pero me quedó la piel erizada.

Sujeté esos documentos y comprendí algo crucial: esta casa en la que crecí, herencia de nuestro linaje, ha sido también cómplice de silencios atroces. Cada golpe de Estado, cada revolución fallida, cada esperanza sofocada… todo ha tenido su eco en estos muros. Y el eco retorna hoy, en forma de balbuceos que me espantan.

No puedo callarlo, esposo mío: tengo miedo. Miedo de que el fervor de este 17 de octubre se convierta en una hoguera que consuma a quienes no sepamos adaptarnos. Miedo de que repitamos el ciclo de promesas rotas. Al releer los testimonios que hallé en la biblioteca, me estremezco al pensar que somos parte de una historia que

cambia de disfraz, pero no de sustancia: golpes, traiciones, represiones, masacres. Ahora, con Perón y esa multitud de “cabecitas negras” —como algunos despectivamente los llaman—, nace otro rumbo que no comprendo. ¿Será otro espejismo o la llave a un país menos injusto?

He conocido aristócratas que ya sueñan con derrocar cualquier impulso popular. Hay rumores en el aire: “Esto no durará,” dicen, con cierto desdén o con rabia mal disimulada. Escuché en voz baja la palabra “golpe” repetirse, como si fuera inevitable que volvamos a la misma receta, una y otra vez. Y en mi interior, algo me dice que en el futuro quizás haya aviones, bombas y sangre sobre la Plaza. No sé de dónde me viene esa certeza oscura, pero me oprime el pecho, como si viera en el horizonte un cielo cubierto de nubes de plomo.

Te juro que acabo de ver, en un relámpago mental, aviones volando sobre la Casa de Gobierno, lanzando mortales cargas. Gente corriendo despavorida, cubriéndose la cabeza, mientras el pavimento se llena de humo y gritos. Me aterra pensar que tal vez en 1955 una fecha que me resuena en el alma sin saber por qué el país se destroce de nuevo en manos de quienes, sin escrúpulos, pretenden “salvar” a la patria aniquilando todo rastro de un peronismo que no comprenden.

No sé si me estoy volviendo loca, querido esposo, o si esta casa, este nombre de familia, y los fantasmas que habitan en mis paredes me permiten atisbar la repetición de la historia, como un hechizo cruel.

Sea como fuere, no puedo huir de esta sensación de déjà vu que me aplasta. Me pregunto si el militar que bombardee la Plaza de Mayo dentro de una década no acabará, a su vez, prisionero de la misma mentira que renace con otro rostro.

Mientras termino estas líneas, la ciudad duerme en un sopor extraño, roto apenas por algunos gritos de victoria y canciones populares. He dejado estos documentos en un cofre viejo, lejos de las llamas que muchos aristócratas quisieran encender para borrar la memoria de sus pecados. Tal vez un día alguien los encuentre y comprenda que este país no se destruye solo por los caudillos ni por los golpes, sino por la ceguera de quienes dominan.

Te hablo a ti, mi esposo difunto, porque en vida jamás nos cuestionamos nuestro rol en la perpetuación de las injusticias. Ahora veo que, si no abrimos el corazón al clamor popular, si no dialogamos con ese obrero espectral que recorre mis pasillos, la tragedia se repetirá indefinidamente. Y los cielos de Buenos Aires volverán a teñirse de fuego y muerte, robándonos otra vez la ansiada tierra prometida.

Cierro esta carta sin respuestas. Mañana, al alba, pienso salir de nuevo y mezclarme en la marea que todavía llena las calles. Quién sabe si el futuro me depare un espacio para reconciliarme con este país que cambia y me deja atrás. Quién sabe si los fantasmas dejarán de rondar mis sueños. Solo sé que, mientras viva, no volveré a callar ante la injusticia. Que el recuerdo de obreros muertos, de golpes

crueles, de intelectuales arrepentidos y de un coronel que ahora encandila las masas me sirva de advertencia: la historia siempre acecha, reclamando cada gota de verdad que nos atrevamos a susurrar.

En el último silencio de la noche, un ventarrón inexplicable sacudió las cortinas de la habitación, y al mirar por la ventana, me pareció ver el reflejo de aviones en un cielo oscuro, como premonición de un estallido que podría desgarrar la ciudad en un futuro no tan lejano. Escuché un ruido —¿una bomba lejana, o mi imaginación?— que sacudió brevemente los vidrios.

El aire trajo una voz tenue, imperceptible, que pronunció palabras que no comprendí, pero sentí que hablaban de otro golpe, de una “revolución libertadora”, de la furia desatada contra este régimen que hoy nace con fe popular. Cerré los ojos con un nudo en la garganta, como si el porvenir se acercara con pasos de plomo.

Capítulo 8 Parte I

1955 – El Golpe, la Confesión de un Bombardero

Soy el capitán Ignacio Ferreyra, y esta es mi verdad o, al menos, mi intento de defenderla. Me criaron para creer que la Argentina debía ser salvada de tiranos y demagogos, que las armas eran el último baluarte de la patria cuando el gobierno caía en la mentira. Creí en ello con un fervor tan ciego que, el día del bombardeo a la Plaza de Mayo, no dudé al subir a mi avión y despegar. Pensaba que la Revolución Libertadora era el clamor de un país harto de un hombre que se había vuelto un dictador, un hombre que manipularía multitudes bajo su hechizo de aparente justicia.

Ahora, con las manos dudosas, me dispongo a justificar lo que hice, aunque en el fondo algo me devora. Porque cuando el estruendo de las bombas retumbó bajo mis alas, sentí que no mataba solo la tiranía, sino el frágil corazón de la democracia que prometíamos salvar. ¿Es esto la liberación que soñábamos?

Recuerdo la madrugada del 16 de junio de 1955. La base militar bullía de oficiales nerviosos, inflados de fervor patriótico. Yo estaba convencido: el golpe era inminente, la acción inevitable. Mis superiores repetían que teníamos el deber de barrer con “el tirano”. El ambiente olía a combustible, material de hangar, y a excitación mal disimulada. No hubo lugar para la duda; subí a mi avión con el pecho henchido de heroísmo.

Pero cuando alcancé el cielo sobre la Plaza de Mayo, algo se quebró en mi interior. Vi abajo a la multitud que se había congregado sin sospechar lo que se les vendría encima. No eran solo uniformes

peronistas: había civiles, colectivos, autos, una ciudad viva. Me ardió el estómago de ansiedad, mas la orden de soltar bombas era clara. “Somos la Revolución Libertadora”, repetí en mi cabeza, para no titubear.

Entonces, abrí la compuerta y el horror se desató. Pude ver cómo el fuego y el humo ascendían desde los edificios que rodeaban la Plaza, y un escalofrío me congeló las venas. ¿Liberación o masacre?

Estoy acá, en esta habitación estrecha, con la puerta atrancada, intentando escribir un informe que justifique mi rol. Mis superiores quieren que lo titule “La Gesta Patriótica del 16 de Junio,” pero me tiembla el pulso al trazar esas palabras. Recuerdo que, en medio del bombardeo, me juraba que era por la libertad, que el país no soportaba más dictaduras, que el General Perón había llevado a la nación a la ruina moral. Y sin embargo, cada explosión rebotaba en mi conciencia con la fuerza de un martillo que golpeaba mis certezas.

Al aterrizar, los camaradas me felicitaron. “Buen trabajo, capitán, la historia nos recordará como héroes,” decían. Pero esa noche, cuando cerré los ojos, vi un niño ensangrentado en una calle que no reconocí. Un niño que me miraba con horror antes de desvanecerse en la oscuridad de mis pesadillas. ¿Cómo ignorar esa mirada? ¿Cómo insistir en que hemos salvado a la patria bombardeando el corazón de la ciudad?

Desde entonces, un pensamiento me acompaña, donde sea que voy. A veces, en los pasillos del cuartel, creo oír pasos ligeros, como si algo fantasmagórico se arrastrase sobre el piso encerado. Otras veces, al anochecer, juro ver una silueta en mi espejo, cubierta de hollín y con un papel entre las manos, acusándome con la mirada: “¿Liberación o engaño?” murmura. Me convenzo de que es la culpa hablando, esa culpa que intento acallar con discursos sobre la necesidad del golpe.

Dicen que “no hubo más remedio,” que Perón y su entorno habían convertido al país en un feudo. Yo lo creí: me formaron en la idea de que las Fuerzas Armadas eran el guardián supremo de la Constitución, de la moral, de la pureza de la patria. Pero, entonces, por qué mis sueños se pueblan de civiles heridos y banderas chamuscadas. ¿Eran todos fanáticos del tirano, o solo argentinos sorprendidos en el peor momento?

Me escucho hablar ante un superior, repitiendo con voz resuelta: “Nuestro deber sagrado era derrocar a Perón.” Sin embargo, en mi intimidad, me contradigo a cada frase: ¿cómo justifico el ataque indiscriminado a la Plaza, las víctimas que no eran soldados ni militantes armados, sino gente que pasaba por ahí? Trato de convencerme de que la patria vale más que algunas vidas perdidas, que toda revolución tiene costos. Pero, de noche, el niño ensangrentado regresa a mis pesadillas.

Me delato cuando digo: “No lo hicimos por odio, sino por amor a la Argentina.” Y un sonido en mi interior responde: “Si fuera amor, no

habrías sembrado fuego entre inocentes.” Trato de calmar esa voz, la llamo “falsa culpa,” mas sé que es mi conciencia zumbando como un enjambre que me exige explicaciones.

Hace unas horas, tuve un encuentro extraño que me estremeció. Estaba en la base, revisando papeles, cuando sentí que alguien se acercaba. Al voltear, vi a una mujer de aspecto distinguido, con ropa fina de otra época, sosteniendo una carta contra su pecho. Tenía los ojos humedecidos, como si quisiera reprocharme algo. Quise preguntarle de dónde venía, pero se esfumó antes de que pudiera emitir palabra. En el aire, un aroma a perfume antiguo me trajo la imagen de una casona señorial, un 17 de octubre bullicioso, la aristocracia asomada a sus balcones con miedo e intriga.

Creo que fue un espejismo, o un delirio. Pero mi corazón no se calma al pensar que, de algún modo, los fantasmas de 1945 me señalan como el verdugo de otra esperanza popular. ¿Soy solo otra pieza en la secuencia de golpes y promesas rotas, repitiendo la condena de un país que nunca logra su tierra prometida?

Mañana volveré a volar. El régimen que ayudé a instaurar dice que debemos acabar con los focos de resistencia peronista. Lo haré, porque la disciplina militar me lo exige y porque no sé vivir de otra forma. Pero cada vez que me enfundo el uniforme, escucho un gemido lejano, como si la Plaza bombardeada siguiera clamando justicia en cada esquina.

En mis ratos a solas, garabateo justificativos que me contradicen: “Salvamos la Constitución” y “Evitamos la dictadura vitalicia de Perón.” Pero ¿qué constitución protegemos si hemos pisoteado los valores más básicos de la democracia? ¿Cómo acusar a Perón de tiranía, si nosotros mismos hemos impuesto un gobierno por la fuerza de las bombas?

Me contradigo, me delato: con la mano derecha defiendo el golpe, con la izquierda escribo un ruego silencioso de perdón. Invoqué a la patria para matar hermanos. ¿Quién me absolverá?

En la seguridad de mi dormitorio, he sentido anoche que las paredes se fisuraban, dejando escapar una luz celeste que palpitaba con furia. Dentro de esa grieta, vislumbré un gentío ondeando banderas, pero no eran del 45 ni de este 55, sino de un futuro remoto donde la plaza se llenaba otra vez de gritos y cantos. Sentí el vértigo de saber que, una y otra vez, la Argentina renueva su tormenta y su esperanza.

Al cerrar los ojos, la luz se apagó, y las paredes volvieron a la normalidad. Pero quedó en mí la sensación de que no somos los primeros ni seremos los últimos en traicionar o creer traicionar, en alzar las armas contra un gobierno electo, en confundir la salvación de la patria con la imposición de la fuerza.

Ahora, con el alba rozando las ventanas, escribo este monólogo que nadie leerá, o eso espero, porque si mis superiores descubren mi titubeo, me tomarán por traidor. Mi propia existencia tiembla al

preguntarse si la sangre derramada en la Plaza de Mayo no ha manchado para siempre el ideal de una Argentina justa.

Quizás la mentira renazca, como dicen esos viejos testimonios clandestinos que se repiten en cada generación. Quizás este golpe sea solo otro episodio en la cadena de horrores que llamamos “historia nacional.” No lo sé. Solo sé que, al mirar mi uniforme colgado en la silla, veo un hilo de sangre imaginaria corriendo por la costura, y me pregunto si un día podré limpiar mi conciencia de semejante mancha.

Firmo estas líneas con rabia y dolor, capitán Ignacio Ferreyra, artífice y víctima de la Revolución Libertadora. No sé si la patria me agradecerá o me escupirá en el recuerdo. Tal vez el tiempo se encargue de juzgarnos a todos. Y si la tierra prometida sigue sin llegar, será porque la habitamos con balas y bombardeos, en lugar de palabras y consensos.

Me guardo la esperanza —¿ingenua?— de que alguien, en algún mañana, descubra esta contradicción que me corroe, y entienda que no siempre se dispara al tirano sin disparar también contra la gente. Y tal vez, al fin, la Argentina halle un camino distinto, sin fantasmas que nos reprochen la repetición de la misma tragedia. En mi fuero interno, rezo porque así sea.

Capítulo 8 Parte II 10

1955 El Vaiven de las Bombas y la Vanidad del Poder

No sé si es la culpa o la tensión, pero en estas horas no logro dormir. He vagado por los pasillos de esta instalación militar, donde la victoria contra el “tirano” se celebra con sonrisas de triunfo, pero también con miradas furtivas que evitan hablar de los civiles muertos. Soy el capitán Ignacio Ferreyra, y cada paso que doy me recuerda que, hace apenas unos días, bombardeamos la Plaza de Mayo con la excusa de purificar la patria.

La noche anterior, mis superiores organizaron un brindis improvisado para celebrar la caída de Perón. En el salón principal, ondeaban banderas argentinas; algunos oficiales reían, bailaban con cierto desenfado, como si el país acabara de librarse de su mayor amenaza. Yo, en cambio, sentía un nudo en el pecho que se apretaba más con cada carcajada.

En un rincón, unos cuantos civiles encorbatados—adeptos a la llamada Revolución Libertadora—manejaban papeles, hablaban de designaciones en el nuevo gobierno, repartían cargos como si fuera un botín político. Me acerqué a su conversación por curiosidad, y alcancé a oír que planeaban “depurar” la administración pública de

cualquier simpatizante del régimen anterior. La palabra “depurar” me erizó la piel; sonaba como si un fuego invisible fuese a consumir a toda una parte de la sociedad.

Al querer salir de ahí, choqué accidentalmente con un teniente que me miró con gesto confuso. Por un segundo, tuve la sensación de ver en su rostro la superposición de otro rostro, más joven, más herido; fue un destello casi imperceptible. Sacudí la cabeza, y el teniente volvió a su expresión normal. Me ofreció un cigarrillo, me preguntó si estaba bien. Asentí sin palabras, pero por dentro dudé: ¿era mi imaginación o algo más? Desde aquel bombardeo, las formas ocultas de la ciudad y de este cuartel parecen habitadas por presencias inexplicables.

He intentado escribir un discurso que justifique la magnitud de nuestra acción militar. “Estábamos librando a la nación de la tiranía,” reza el borrador. Pero cada vez que lo leo, un mareo me invade: ¿cómo excusar la muerte de inocentes? ¿Cómo llamar “libertadora” a una revolución que inicia con pólvora sobre civiles en la Plaza? Siento que me ahogo en contradicciones.

Mis superiores me apremian: “Capitán Ferreyra, usted que es hombre de palabra, redacte un panegírico patriótico.” Sin embargo, mi pluma se niega a trazar esas frases engoladas que repiten “gloria” y “libertad” mientras ocultamos la sangre bajo la alfombra de los discursos oficiales.

Hoy, al anochecer, recorrí el hangar donde están los aviones alineados como guardianes mudos de nuestra gesta. Al tocar el fuselaje de mi aparato, sentí algo, como si el metal guardara el recuerdo de las explosiones. De pronto, un soplo de aire húmedo apagó la luz que alumbraba el espacio. En la oscuridad, creí distinguir una figura de civil con un brazo alzado, como pidiendo clemencia. Un segundo después, la luz volvió, y no había nadie.

Eso me quiebra. ¿Son alucinaciones mías, producto del insomnio y la culpa? ¿O es que la realidad de este golpe no puede ocultar los fantasmas que generó? Algunos compañeros me dirían que soy débil. Y tal vez lo sea. Pero no puedo fingir que las bombas cayeron sobre puras fuerzas enemigas, ni que no escuché los gritos de horror que se elevaban desde las calles.

A medianoche, regresé a mi habitación. En el pasillo, me crucé con un coronel eufórico que me abrazó y exclamó: “¡Lo hicimos, capitán, salvamos la Constitución!” Casi me atraganté de la risa nerviosa. ¿Qué clase de Constitución salvamos si la hemos anulado con decretos de facto? Quise gritar, pero callé, porque la disciplina es sagrada en el ejército.

Dentro de mí, un hilo de voz repetía: “La mentira renace con otro rostro…” Me atormenta esa frase, que no sé de dónde sale, pero suena a profecía antigua. Siento que Perón caerá, pero tarde o temprano, otro caudillo emergerá, y nosotros, los militares,

volveremos a romper con fuego la frágil ilusión de una democracia que no tiene tiempo de echar raíces.

En mi cuarto, me miré al espejo, con el uniforme impecable y mis insignias de capitán. Vi en el reflejo no solo mi rostro, sino la sombra de un obrero, de un niño, de una mujer aristócrata que observaba aterrada el bombardeo desde su balcón… todas esas imágenes superpuestas que me regresan desde la historia. Fue solo un instante, pero me pareció escuchar un murmullo coral de voces antiguas y nuevas, exigiendo explicaciones.

“Somos la Revolución Libertadora,” repito, y el espejo me devuelve una mueca de lástima. ¿Quién nos liberará de nuestras propias mentiras?

Mañana, me han ordenado presentarme al despacho del nuevo gobierno para planificar “medidas de seguridad”. Significa que perseguiremos a cualquiera que defienda al régimen anterior. El ciclo se repite: ayer bombardeamos para “liberar,” hoy detendremos y reprimiremos para “asegurar la paz.”

En mi escritorio, guardo estas notas. No sé si algún día se publicarán, o si se perderán en los vientos de la historia. Pero al menos dejo constancia de mis contradicciones, de que no soy un héroe sino un hombre que, por obediencia y convicción mal encauzada, participó en un acto que nos exhibe como verdugos en nombre de una tierra prometida que sigue sin nacer.

Si algo me consuela, es la certeza de que en los hilos subterráneos de este país, alguien hallará estos testimonios —quizás un obrero, un aristócrata, un intelectual— y sabrá que jamás existió una sola dictadura, sino una sucesión de engaños que cada generación sufre y perpetúa. Y tal vez así, un día, la cadena de golpes y mentiras se rompa de verdad.

Entretanto, yo callo, y callando me delato, porque soy parte del engranaje que mantiene viva la tragedia de la Argentina. No espero perdón; solo anhelo que los fantasmas que me persiguen descansen alguna vez, si es que la memoria colectiva logra transformar tanta sangre y tanta farsa en una verdad que redima a este suelo tantas veces herido.

El capitán Ignacio Ferreyra dejó la pluma a un lado y salió al pasillo, donde el ruido de los festejos por la “Revolución Libertadora” ya se apagaba, dando paso a una calma tensa. En la base, hombres de civil revisaban papeles requisados y elaboraban nuevas listas de sospechosos. Ningún halo sobrenatural acompañaba sus pasos, ningún viento inexplicable resonaba en los pasillos; solo la realidad cruda de un nuevo poder que se imponía con la promesa de “salvar la patria”.

Ferreyra comprendió que las bombas sobre Plaza de Mayo habían inaugurado otro ciclo de silencios y represiones. El régimen derrocado, cuya figura principal se exiliaba, quedaba como una herida abierta, y las llamas del bombardeo aún ardían en la

conciencia de quienes lo habían ejecutado. No hubo discursos redentores que pudieran borrar aquella masacre, solo directivas tajantes: borrar pruebas, perseguir disidentes. Así, el país cerraba en falso un capítulo más, creyendo haber encontrado en los fusiles la solución a todos sus males.

Mientras Ferreyra atravesaba el patio, vio la hoguera donde se incineraban documentos comprometedores. Sintió un dolor profundo: se destruía la evidencia de la brutalidad sobre civiles, al tiempo que se fraguaba la historia oficial que proclamaba la liberación de la patria. Cientos de papeles se consumían entre llamas, sin un rastro de magia o misticismo, sino con la eficacia implacable de la censura.

Sin sospecharlo, esos mismos archivos, manejados por otras manos y en otro contexto, inspirarían nuevas purgas, nuevos bandos. Pasarían dos décadas, y la violencia institucional, que hoy se jactaba de haber “limpiado” el país de un tirano, se reinventaría para aplastar a una generación entera. En 1976, el golpe sería total, planificado en cada cuartel, y no se contentaría solo con aniquilar al líder de turno, sino que perseguiría hasta la raíz a quienes reclamaran libertades o soñaban con la justicia.

El capitán no lo adivinaba, pero la continuidad de su uniforme y sus métodos formaría el tejido del próximo gran quiebre argentino, donde la represión no se detendría en bombardear plazas, sino que en secreto, haría desaparecer a estudiantes, militantes, periodistas.

Las balas ya no se dispararían a la luz del día, sino en la clandestinidad de centros de detención, y los archivos con nombres tachados, de ausencias que jamás se declararían oficialmente.

Así terminaba la euforia del 55, con un triunfo exiguo que se nutría de la fuerza militar y sentaba las bases para el próximo golpe. El telón histórico se corría, abriendo paso a un año lejano en el que un estudiante militante, firmemente convencido de sus ideales, se enfrentaría a ese aparato represivo amplificado. Y un oficial de inteligencia, seguro de obrar en nombre de la patria, justificaría con frialdad su rol en la mayor maquinaria de terror que el país habría conocido hasta entonces.

Porque en la Argentina, la tierra prometida se alejaba cada vez más, y la dictadura de 1976 se erigiría en la expresión absoluta de un ciclo donde los desaparecidos serían la prueba de que las balas y las promesas rotas seguían venciendo a la frágil esperanza.

Capítulo 9 Parte I

1976 El Estudiante y el Aliento del Terror

Me llamo Damián, y hasta hace poco cursaba el segundo año de Sociología en la Universidad de Buenos Aires. Hoy, todo se ha vuelto humo y espectros. No sé a qué hora es ni quién gobierna en lo profundo de la noche; solo escucho los pasos que retumban en el pasillo junto a esta celda improvisada. El aire huele a metal oxidado y miedo, tan denso que me cala los huesos. Mi cuerpo tiembla no solo por el frío húmedo de estas paredes, sino por lo que se cierne más allá de la puerta metálica que me separa de la libertad perdida.

Hasta hace semanas, discutíamos en el aula con mis compañeros, planeando marchas y asambleas, convencido de que estudiar, debatir y organizarse podía cambiar algo en la Argentina. No entendía que una maquinaria mayor, oscura y ciega, se afilaba en los cuarteles y en las oficinas de inteligencia. De golpe, llegó el 24 de marzo de 1976, y con él un golpe militar que aplastó la democracia, aunque esta ya estuviera herida. Creíamos que solo se perseguiría a líderes visibles, pero pronto los operativos entraron en cada facultad, barrio y fábrica, en busca de quienes “pensáramos demasiado”.

—“Los subversivos no merecen piedad,” escuché decir a un uniformado el día que me atraparon en la entrada de mi casa, empuñando un arma como si fuera un trámite. No me explicaron cargos ni razón. Me subieron a una camioneta, me vendaron los ojos,

y así, entre frenadas y dichos en lenguaje cifrado, supe que mi vida ya no me pertenecía.

El espacio donde me tienen recluido es una sala oscura con un catre sucio y un tacho para los desechos. El olor agrio de otros cuerpos que pasaron por acá antes me revela que no soy el primero ni seré el último. A veces, a lo lejos, escucho gritos sofocados, y me tapo los oídos con las manos para no enloquecer. Dicen que torturan y desaparecen a “elementos subversivos”, como si fuéramos objetos sin humanidad. Esta dictadura no necesita magia ni pretensiones de gloria; le basta la bota, la picana y la fuerza de la ley marcial.

Pienso en mi madre —¿estará buscándome?— y en cómo mi padre, un hombre sencillo, me decía que anduviera con cuidado, que la política era un juego fatal. Pero yo, entusiasmado por cambiar el mundo, me creía a salvo. Ahora, la inocencia me arde como una herida abierta. ¿Quién va a saber que existo, aquí dentro, si en la calle todos callan por miedo?

La dictadura me ha arrebatado la noche y el día, volviéndolo todo un gris infinito. Cada segundo se extiende como un abismo. Mis pensamientos se encadenan a la idea de la “tierra prometida” que, durante mis estudios y charlas en los pasillos, deseábamos forjar: un país sin miseria, sin autoritarismo, donde los estudiantes no fuéramos rehenes de fusiles sino parte de una comunidad pensante. ¿Qué quedó de eso? En este hueco, dudo de si esas charlas fueron ingenuidad. Mientras, el país se sumerge en un silencio atroz, donde

no hay dictadores con discursos patrióticos, sino un terror metódico que encierra y aniquila.

Cada vez que intento no derrumbarme, me aferro a la idea de que mi secuestro debe trascender, de que alguien, fuera de estas paredes, sabrá de mí y de los otros a quienes llamaban “militantes”. Tal vez escriban mi nombre en una lista de desaparecidos. Tal vez quede un rastro, una carpeta, algo que, con un hilo de realidad, demuestre que estuve vivo y que me arrancaron de la luz por pensar distinto.

No hay magia que conecte mi tormento con las viejas historias de golpes pasados. Pero reconozco en la frialdad de estos captores un eco de esos militares de 1955 o 1930, quienes, con el argumento de salvar la patria, destruyeron las libertades. Puedo imaginar algún capitán de la “Revolución Libertadora” orgulloso de haber bombardeado la ciudad, sin sospechar que, décadas después, nosotros seríamos arrasados con métodos más sistemáticos e inhumanos.

Me pregunto si esa cadena de golpes, fusiles y mentiras no es la razón por la cual hoy estoy acá, con la reja cerrada y el cuerpo sangrante. No preciso ver fantasmas ni espectros; la pura crudeza de que esta dictadura nos caza uno a uno me estremece de sobra.

Los guardias a veces me sacan para interrogarme, golpean mi espalda, me preguntan nombres, contactos, planes que no tengo. Sus gritos me perforan el cerebro. Al volver a la celda, sangro por la nariz, el labio roto, y me recuesto en posición fetal. Siento que todo

mi entorno se llena de un zumbido, como si el infinito retumbara. Ya no sé si existo fuera de este lugar. Mi mundo es la oscuridad y el que será de otros secuestrados.

Tengo la certeza de que alguien, en un escritorio superior, justifica estos crímenes ante su esposa o ante sus superiores, diciendo que “nosotros” representamos el mal que corroe a la nación. No necesitan brujerías ni espectros: les basta la idea de un enemigo interno para encender esta máquina de horror. Y así, a fuerza de secuestros y torturas, creen purificar la Argentina que, según ellos, yace manchada de subversión.

Me llamo Damián y, al no saber si saldré vivo, escribo mentalmente estas líneas, con la esperanza de repetirlas cuando, si acaso, recupere la libertad. No hay conjuros que me salven, no hay dioses que se apiaden de mí. Solo me queda creer en la palabra, la misma que usábamos en la facultad para soñar con un país distinto.

Si muero aquí, que al menos mi recuerdo hable por los que nunca tendrán voz. Y si vivo, juro que no callaré las violaciones que presencio. Porque la Argentina de hoy es una tumba en plena dictadura, y la tierra prometida… esa, me temo, se ha disuelto una vez más, entre uniformes y botas que pisotean toda disidencia.

Mientras el guardia se acerca, escucho el chirrido de la reja. El corazón me late con furia de animal acorralado. Sé que volverán los golpes, las amenazas, la pregunta insistente por nombres que no

tengo. Y en este silencio, mi propia voz clama hacia un país que tal vez nunca sepa que estuve aquí, que existí.

No necesito visiones ni portentos para advertir que, en este 1976, hemos llegado a la cúspide de la oscuridad. Y si no hay una fuerza mayor que detenga este ciclo, seré un nombre más entre los desaparecidos otro testimonio que se esfuma sin condenar a nadie, en una historia nacional que repite el dogma del terror, vez tras vez, sin aprender nunca.

Capítulo 9 Parte II

1976 El Oficio de la Represión

El teniente coronel Rafael Alvarado caminaba con paso decidido por el estrecho corredor, flanqueado por muros de ladrillo sin revocar. Los fluorescentes parpadeaban con un zumbido eléctrico, insuficiente para disipar la atmósfera fúnebre que envolvía aquella instalación militar. No había banderas ni ritos de gloria, sino un silencio mortecino atravesado por algún que otro gemido lejano. Era la dictadura en acción: implacable y metódica.

Alvarado sintió una oleada de desagrado en el estómago cuando cruzó la puerta metálica que daba a la sala de interrogatorios. El aire allí dentro olía a sudor, orina y miedo, condensado en un vaho casi tangible. Sin dudar, saludó con una venia breve a un suboficial que custodiaba la entrada.

—¿Qué tenemos hoy? —preguntó, con voz seca.

—Un muchacho de la universidad, mi teniente coronel. Caído en un operativo nocturno. Sospechamos vínculos con organizaciones subversivas.

Alvarado asintió. Su mirada se endureció: era un proceso rutinario. Saber si el joven era realmente un militante peligroso o un simple estudiante con lecturas inadecuadas era irrelevante; de ser “sospechoso”, bastaría para encerrarlo. El reglamento no exigía mayor explicación.

Consideraba su labor un servicio a la patria. Creía firmemente que, sin mano dura, el país caería en el caos. El golpe de Estado de 1976 no se limitaba a desplazar un gobierno civil: su misión, proclamaban los altos mandos, era salvar a la nación de la “infiltración marxista,” cortar de raíz cualquier atisbo de rebelión. Y Alvarado, oficial de inteligencia, debía asegurarse de que ninguna pregunta quedara sin respuesta.

No había espacio para sentimentalismos. Los métodos de la dictadura eran crudos, pero efectivos, se decía. Aun así, cuando escuchaba el forcejeo de los prisioneros maniatados, algo en su

interior se tensaba, un gesto involuntario en la mandíbula que no se permitía reconocer como duda.

Con un ademán, Alvarado indicó a un sargento que lo acompañara a la habitación contigua, donde se hacía la clasificación de detenidos. Allí, un suboficial anotaba datos en una ficha: nombre, fecha de captura, “delitos” presumibles. Cada línea sellaba el destino de una persona. El teniente coronel revisó la información y pasó al siguiente caso.

—Número 0543: Damián… —leyó en voz baja—. Estudiante de Sociología, vinculado a protestas recientes. Se le encontraron panfletos. Podría tener contactos con células.

—¿Orden, mi teniente coronel?

—Aislamiento total. Y que el interrogatorio sea riguroso. Necesitamos nombres —respondió, con sentencia.

Lo pronunció con la frialdad de quien ajusta una pieza mecánica. Ningún temblor en la voz, ninguna sombra de compasión. Los superiores no le pedían moralismo; le pedían resultados.

Mientras firmaba un informe, Alvarado recordó la última conversación con Clara, su esposa. Ella le había preguntado, con un hilo de voz, si era cierto que estaban secuestrando jóvenes de forma indiscriminada. Él lo negó, alegando “procedimientos legales” y “un estado de guerra contra el terrorismo”. Sostuvo la mirada serena y,

ante su silencio dubitativo, volvió a repetir: “Hacemos lo que debemos para salvar la nación.”

Clara no insistió, temiendo tal vez la respuesta. Alvarado pensaba que la ignorancia de su mujer era un escudo para su tranquilidad familiar: mejor que no supiera detalles. Él estaba convencido de cumplir con un deber histórico, y si el método requería fuerza, no había otra salida.

Luego de revisar las fichas, salió al pasillo de nuevo. Dos guardias pasaron cargando a un detenido que apenas se mantenía en pie. El oficial sintió un leve retortijón en el estómago, pero su rostro no cambió. Vio la mirada suplicante del prisionero, sin inmutarse.

“La patria primero,” se repetía mentalmente. “No podemos retroceder.” Pensaba que su grado de inteligencia lo hacía apto para comandar estos operativos, pues no se dejaba llevar por sadismo ni fervor inútil, sino por la “eficacia” que el Ejército exigía. A fin de cuentas, se decía, era un engranaje en la gran maquinaria que erradicaría la subversión.

En un recodo del pasillo, distinguió un leve murmullo: tal vez un sollozo o un ruego. Se detuvo. No era magia ni aparición; era la pura realidad del terror que él mismo gestionaba. Parecía la voz de un joven, resonando entre los muros.

—¡No sé nada, se lo juro…! —se oyó, entrecortado.

Alvarado dio media vuelta y se dirigió a otra sección, ignorando el reclamo. No era su labor apiadarse de ningún detenido. Su responsabilidad radicaba en mantener la disciplina, coordinar inteligencia y justificar las operaciones ante los superiores. Lo demás era terreno de suboficiales que aplicaban métodos más directos.

Ningún conjuro detendría el proceso, ningún fantasma llamaría a la puerta para acusarlo. La dictadura no necesitaba supersticiones: bastaba el poder de sus armas y el silencio de una sociedad aterrorizada. Alvarado sentía que cada parte del sistema funcionaba con precisión quirúrgica.

Y si en algún rincón de su mente pulsaba un atisbo de culpa, se disipaba al recordar la consigna oficial: “Son enemigos de la patria.” Eso le bastaba para tragarse cualquier escrúpulo. Los libros que había leído, las teorías sobre la guerra contrainsurgente, le daban un barniz intelectual a su rol de represor.

Llegó a su despacho, cerró la puerta y se quedó inmóvil un instante. En la confusión, la imagen de su esposa volvió a su mente, aquella mirada llena de preguntas. A veces imaginaba qué pasaría si ella conociera el verdadero alcance de sus actos: secuestros sin juicio, interrogatorios brutales, fichas que sentenciaban la vida de un muchacho por militar en un centro de estudiantes. Pero no, Clara jamás sabría de eso. Era mejor para ambos, se decía, mantener la distancia entre el hogar y la sordidez de estos pasillos.

Antes de sentarse, suspiró largo. Tomó un cuaderno y empezó a anotar informes. Ante cada caso, la misma lógica: “Sospechoso de actividades subversivas. Proceder con interrogatorio intensivo.” Su mano no dudaba; la costumbre lo había adiestrado. No había conjuros místicos, sino la frialdad de un régimen que se creía salvador de la nación. Alvarado se repetía que la historia los absolvería, porque eran el dique contra la anarquía. Sin embargo, en ese despacho mal iluminado, el silencio le gritaba que tal vez la historia no sería tan piadosa.

Al fondo del edificio, un aullido sofocado volvió a rasgar el aire. El oficial acomodo su postura y siguió escribiendo. Ninguna aparición, ninguna señal del más allá, vendría a detener este ciclo de tortura y muerte. Solo la cruda realidad de un país que, una vez más, renunciaba al Estado de derecho en nombre de un ideal malinterpretado, sin magia ni brillos: la simple determinación de aniquilar al “enemigo”. Y Rafael Alvarado, oficial de inteligencia, se alzaba como uno de sus principales artífices.

Capítulo 9 Parte III

1976 El Fin de Damián y la Semilla de una Nueva Historia

El teniente coronel Rafael Alvarado contemplaba la puerta oxidada con la severidad de un juez, pese a que no había tribunal ni ley que legitimara lo que sucedía en esa sala de interrogatorios. El corredor estaba sumido en un silencio casi religioso, salvo por el roce de botas que a veces lo interrumpía. Al fondo, un soldado de mirada cansada intercambiaba papeles con un suboficial. Era la rutina de un régimen que operaba con escalofriante eficiencia: fichar, aislar, torturar.

No sé cuánto tiempo llevo aquí, con las muñecas apretadas por sogas que se encarnan en mi piel. El aire huele a sudor y miedo, y cada respiración se me clava en el pecho, como si cada bocanada fuera el último aliento posible. Soy Damián, el estudiante que creía que la verdad podía transformar un país. En vez de eso, me veo atado a una silla, con golpes que retumban en mi cabeza y preguntas que no paran. No tengo más respuestas que un nombre: el mío, y tal vez la certeza de que mi madre seguirá buscándome.

Trato de enfocar la vista, pero la bombilla sucia me estalla en los ojos. Los guardias me exigen contactos, me gritan insultos… Creo que me han roto un par de costillas; ya ni el dolor me sorprende, es un rumor que se va mezclando con el eco de mis latidos. Siento que cada músculo se rinde, que cada parte de mi se acerca a un abismo sin fondo.

Hace un rato, uno de los hombres —parece un oficial— me ha gritado que estoy perdiendo el tiempo, que si no hablo “se acabó.” Y, sinceramente, no sé qué más decir. En mi conciencia solo cabe la imagen de la facultad, las asambleas, esa ingenua convicción de que el debate podía lograr justicia. ¿Cómo explicarles que no soy un guerrillero, ni un terrorista, ni un enemigo de la patria?

La vista se me nubla, me sacuden una vez más. Golpe. Golpe. El aire me abandona y, de pronto, un silencioso cosquilleo inunda mis extremidades. La muerte es un anunció que me rodea con pasos siniestros. Pienso en mi madre y, en un último sonido, la nombro sin voz.

Sin avisos ni dramatismos, un velo oscuro me arrastra al vacío definitivo. Ni grito, ni lloro, sencillamente me hundo en un sueño sin retorno, con un fervor de esperanza rota, deseando que alguien, alguna vez, cuente lo que me hicieron en estas cuatro paredes.

Un soldado sale de la sala y se cuadra ante el teniente coronel Alvarado.

—El estudiante… se acabó, mi teniente coronel —informa con sequedad.

El oficial asiente, sin mover un músculo del rostro. No hay conjuros ni presagios: solo la realidad contundente de un joven que deja de existir. Si bien Alvarado se jacta de ser un hombre con “templanza,” algo dentro de él retumba: no el remordimiento, sino una

incomodidad que se ahoga en la misma justificación de siempre: “Era un enemigo de la patria.”

De un gesto brusco, indica a los guardias que se encarguen del cadáver. En un régimen así, la desaparición es la norma: se reduce toda huella a cenizas o a un hueco en la memoria. El propio Alvarado lo cree una necesidad del proceso de “limpieza” nacional.

Mientras retiran el cuerpo de Damián, uno de los soldados, con curiosidad malsana, revisa los bolsillos, el escaso contenido que llevaba aquel estudiante. Ahí encuentra un objeto modesto, casi sin valor aparente: un pequeño colgante de madera, quizá un amuleto o un llavero con un símbolo tallado. El soldado lo mira con curiosidad, se encoge de hombros y se lo guarda —nadie notará su ausencia.

El cuerpo sin vida se lleva a una fosa anónima, pero el amuleto pasa de mano en mano entre los uniformados, hasta que un conscripto, de origen humilde, lo cambia por un par de cigarrillos. Así, ese trozo de madera con aspecto rústico inicia una travesía silenciosa, sin contornos mágicos, pero cargada de una historia que nadie comprende: la de un joven que dio su último aliento por creer en la libertad.

Meses después, en una feria improvisada en algún barrio de la ciudad, un vendedor ambulante ofrece chucherías y objetos rescatados de extravíos. Entre ellos, el amuleto de Damián, que nadie sabe identificar. A un chico de catorce años, curioso, le llama la atención:

—¿Cuánto cuesta esto? —pregunta con timidez.

El vendedor da un precio simbólico, sin saber su origen. El chico paga, y guarda el amuleto en su bolsillo, sin intuir que ese pedazo de madera es testigo mudo de la crueldad de un régimen que jamás lo reconocerá.

Con ese acto, el hilo de la historia que no precisa magia ni espejismos, se extiende una vez más, saltando de la muerte de un estudiante en 1976 a las manos de un joven desconocido que, sin saberlo, porta el residuo de un ciclo de sangre.

Ese chico, que va creciendo entre las tensiones y silencios de la dictadura, llevará consigo el amuleto como una curiosidad, un amuleto que cree traerle suerte. Sin presentirlo, la misma dictadura que cobró la vida de Damián lo empujará, años más tarde, a un nuevo escenario trágico: la guerra de Malvinas en 1982. Quizá, en medio de cartas que no lleguen jamás y de periodistas que manipulen la verdad, el amuleto de madera resurja como una leve resiliencia de vidas rotas que convergen en la historia.

Capítulo 10 Parte I

1982 Cartas desde las Islas y Noticias Manipuladas

Te dieron un uniforme demasiado grande y un fusil que sientes frío y ajeno entre las manos. Te subieron a un avión sin explicaciones claras, prometiéndote que eras parte de la gran defensa nacional. Y ahora, en estas Islas Malvinas, el viento helado te corta el rostro cada vez que asomas la cabeza fuera de la trinchera. El mar se extiende ante ti como un abismo gris, y en tus botas empapadas nace un cansancio que ni el ardor patriótico alcanza a calmar.

Te repetis que sos un soldado, que la patria confía en vos. Pero en el fondo, sentis un vértigo oscuro: apenas cumplis dieciocho, y el fusil pesa más que cualquier libro que leíste en la escuela. El oficial a cargo te ordena vigilar la costa, y vos obedeces, aunque a ratos querrías correr y encontrar una cálida cocina donde refugiarte del frío que cala hasta los huesos.

En un bolsillo guardas un amuleto de madera que compraste en una feria, casi por casualidad. Apenas recordas su forma: algo tosco, una figura tallada sin rasgos definidos. De algún modo, te hace sentir protegido. Quizá sea superstición o simple apego a un objeto que simboliza la suerte que esperas no te abandone. Te aferras a él cuando el miedo te sacude el pecho, o cuando intentas escribir una carta para tu madre, sabiendo que tal vez nunca llegará a sus manos.

Te sentas sobre una caja de municiones y sacas el papel arrugado que te queda. Escribis, con manos semi congeladas, palabras que quisieras gritar en voz alta:

“Mamá, no sé qué hago acá. Dicen que la guerra es rápida y que ganaremos, pero tengo frío y hambre, y en mis sueños oigo disparos. Ojalá pueda volver pronto para ayudarte a cosechar el jardín…”

Pero no sabes si esas líneas llegarán. Te han dicho que los envíos están bloqueados, que no hay comunicación fluida con el continente. Aun así, sigues plasmando tu incertidumbre, tu miedo, tu deseo de abrazarla. Te quedas en silencio, contemplando la hoja y el amuleto, pensando que nadie te advirtió que la guerra se siente tan real y brutal cuando vos eres el que pasa las noches en vela, escuchando aviones enemigos.

Mientras tanto, Daniel Céspedes, periodista de un diario importante, se inclina sobre su escritorio en la capital, revisando un cable recién llegado. Lleva un saco informal y luce el cansancio de un redactor que ha dormido pocas horas. La redacción entera hierve de rumores sobre la situación en las islas, pero las directivas del gobierno militar son claras: publicar solo noticias que exalten la heroica defensa y el inquebrantable optimismo de la tropa.

Céspedes ha recibido información extraoficial: desabastecimiento, falta de equipamiento, improvisación en la logística. Pero no puede difundirlo. “Son órdenes de arriba,” le advierte el jefe de redacción. Si su nota sugiriera debilidad o dudas, podrían clausurar el diario y acusarlos de antipatriotas. Daniel, consciente de que es parte de la maquinaria que repite la fábula de una victoria segura.

—“Señor Céspedes, hay que retocar el último párrafo,” le indica su jefe. “Demasiado pesimista. Cambie eso de ‘larga resistencia’ por ‘rápido triunfo’.”

Él asiente con un gesto cansado. Sabe que su pluma se ha vuelto un arma de manipulación: enaltecer la gesta de Malvinas, tapar las carencias y alentar a la población con discursos cargados de euforia. Sin embargo, por dentro, le carcome la certeza de que miles de jóvenes —como ese soldadito del que oyó rumorear— están pasando penalidades impensables.

Mientras el joven soldado en las islas se aferra a su amuleto y la carta que posiblemente nunca llegue a destino, Daniel Céspedes

manipula las noticias que leerán las familias argentinas cada mañana. No hay apariciones fantásticas ni voces espectrales en los pasillos del diario; la censura y la obediencia a la dictadura se imponen sin adornos, con el único conjuro de la palabra oficial que neutraliza cualquier verdad incómoda.

En la soledad de su pequeño despacho, Céspedes se mira en un espejo sucio y ve reflejada la contradicción: redactar artículos patrióticos mientras una sospecha le roza la conciencia —la guerra no es la gloriosa hazaña que el régimen proclama. Pero calla, como tantos, optando por la supervivencia de su trabajo y su familia, a costa de la veracidad.

De un lado del Atlántico, un adolescente se derrumba bajo una llovizna gélida, tecleando su miedo en una carta que ansía llegue a su madre. Del otro lado, en la capital, un periodista teje un relato triunfal que oculta la precariedad real. Dos puntas de la misma angustia nacional, unidas por la dictadura que presiona, que exige patriotismo uniforme y silencios cómplices.

Ni el soldado ni el periodista presienten los días aciagos que vendrán, la magnitud del desastre, los muertos en las islas, el derrumbe de la propaganda oficial en Buenos Aires.

La tensión crece en ambos escenarios. El viento helado azota a quien cree que su vida pende de un hilo en las trincheras, y la niebla de la censura consume a quien escribe titulares triunfales desde su escritorio. Ambos ignoran que la derrota y la verdad terminarán por

explotarles en la cara, dejando otra vez a la Argentina con la promesa incumplida de un destino glorioso que se esfuma en el humo de la guerra.

Capítulo 10 Parte II

1982 Dos Voces, un Mismo Engaño

Te abrazas al fusil mientras el viento cortante te roba el aliento. Alrededor, la trinchera es un hueco a medio cavar sobre un terreno empapado de lluvia. La radio militar repite consignas de victoria casi asegurada, pero en tus oídos resuena solo el bramido del mar y el crujido del amuleto de madera que llevas al pecho. A veces, no sabes si tiembla tu cuerpo por el frío o por el miedo de escuchar disparos lejanos.

La última carta que lograste escribir —“Mamá, la comida escasea”— quedó arrugada en el bolsillo. No tienes sobre ni sello, y te repites que es inútil insistir. Si la censura o la desorganización del frente no la dejan salir, será un testimonio que morirá contigo en estas islas heladas. Sientes un ardor en el pecho cuando piensas que en la capital, tal vez, la gente celebra noticias de triunfos ficticios.

Tenes hambre y cansancio. Miras a tus compañeros: rostros pálidos, manos cortadas por el frío. A veces algunos murmura “nos mandaron

al matadero,” y vos lo confirmas con un dolor inexplicable. No te atreves a cuestionar las órdenes. ¿A quién se lo dirías? Tus superiores repiten que la patria confía en su coraje, que resistirán hasta ganar. Pero vos solo quisieras un plato caliente y la certeza de que volverás a ver el rostro de tu madre. Te aferras al amuleto porque es lo único que te recuerda que, en algún lugar, hay calor humano esperando.

Mientras tanto, Daniel Céspedes observa la ciudad a través de una ventana en la redacción. Las calles se llenan de banderitas y consignas patrióticas que corean la recuperación de las Malvinas, animadas por la prensa oficialista. Sin embargo, en su escritorio, Céspedes recibe radio pasillo de reclutas mal entrenados, de municiones escasas. Toda la información que no puede publicar.

—Mañana lanzaremos un titular optimista —le dice el jefe de redacción—. “Nuestras tropas avanzan con firmeza.” Necesitamos mantener la moral alta.

Céspedes asiente con un suspiro. Revisa las notas de un corresponsal que, desde el sur, describe la situación real: jóvenes sin ropa adecuada, raciones mínimas, desconcierto táctico. El periodista cierra los ojos, sintiendo que la conciencia le suplica contar la verdad. Pero sabe que la censura es feroz y que el diario podría ser intervenido si se aleja del discurso oficial. Entonces, opta por la obediencia: escribe una nota pulida donde exalta el coraje de los

soldados, inventa avances inexistentes y silencia cualquier mención a la precariedad.

—“Es la guerra y cada palabra cuenta,” se dice para justificarse. Al menos, repite su lógica, si él no lo hace, vendrá otro redactor dispuesto a servir al régimen sin remordimientos. Bajo esa coartada, acalla la culpa.

En otro rincón de Buenos Aires, un vendedor ambulante ofrece recuerdos patrióticos: escarapelas, pequeños llaveros, incluso amuletos de madera que alguien trajo hace tiempo. Nadie se fija en esos objetos, la mayoría corre tras la euforia de las noticias manipuladas que pintan un escenario de victoria próxima. Ni Céspedes ni el resto de la ciudad sospechan que uno de esos amuletos —similar al que llevas vos en Malvinas— guarda huellas de historias pasadas, sangre y silencios de otra dictadura. No hay magia que lo revele: solo la continuidad de un objeto mudo que va y viene sin que nadie comprenda su trasfondo.

Caen gotas heladas. Te encojes sobre tus rodillas, y el barro te lame las botas. Un sargento pasa gritando que se preparen para un inminente desembarco enemigo. Te preguntas si la radio del cuartel miente cuando habla de un triunfo inevitable. Miras de reojo el amuleto: la forma tosca y las viejas marcas talladas. Desearías que fuera un talismán verdadero, capaz de sacarte de esta pesadilla. Pero solo es un trozo de madera que te mantiene atado a la esperanza de que, de alguna forma, saldrás con vida.

Sientes un escalofrío. Quisieras escribir otra carta, algo así como “Mamá, no sé si volveré,” pero tus manos queman y la tinta se corre con la lluvia. Piensas en un futuro que te sabe imposible, en la imagen de un país que cree en la propaganda mientras ustedes, aquí, en las islas, se debaten entre la resistencia y la incertidumbre. Aprietas el amuleto y te obligas a erguirte, porque el sargento te llama y no hay espacio para flaquezas. Tu vida pende de obedecer órdenes y cargar tu fusil.

Daniel Céspedes revisa por enésima vez el titular que publicará. Algo en él se revuelve. “Nuestras fuerzas consolidan posiciones,” escribe, sabiendo que no es cierto. ¿Por qué repite la consigna? Se justifica: “Es el rol que me ha tocado. No soy un héroe ni un loco que se enfrente al régimen. Debo velar por mi familia, por mi empleo.”

Pero a medida que teclea, siente un vacío profundo. Sabe que mentir sobre la guerra no hará más que prolongar la agonía de esos jóvenes expuestos al enemigo. Un compañero de la redacción, más veterano, le palmea la espalda y le dice en voz baja: “Así son las cosas, Daniel. No podemos cambiarlo.”

Céspedes calla. Firma la nota con un pseudónimo, sabiendo que con ello engrosa el engaño colectivo. Sin conjuros ni fuerzas ocultas, el terror del gobierno militar amordaza cualquier atisbo de verdad. Y el periodista cierra los ojos, obligado a convivir con la culpa.

Capítulo 10 Parte III

1982 Finales agrios

El viento no te deja oír tus propios pensamientos mientras arrastras los pies en una trinchera desmoronada. El fusil pende sin fuerza de tu brazo y el amuleto de madera —ese que te acompañó desde el principio— cuelga como un ancla sin promesa de salvación. La lluvia y el barro son tus compañeros más fieles; el sol se niega a salir, como si hasta la naturaleza repudiara esta guerra.

Llevas días sin noticias claras del continente. Algunos dicen que la situación es crítica, otros que es cuestión de aguantar un poco más. Sientes que tu cuerpo ya no responde: el frío atenaza tus músculos y el hambre te convierte la cabeza en un hervidero de náuseas. No sabes si vendrá un ataque final o si caerás rendido antes de ver un enemigo de frente.

Un bombazo cae cerca; la tierra tiembla. Te lanzas cuerpo a tierra, instintivamente abrazándote a ese pedazo de madera, como si pudiera detener la metralla. Tu respiración se entrecorta y el sabor a óxido te invade la boca. La estampida de explosiones cubre todo, y por un segundo crees sentir la voz de tu madre en el murmullo del viento.

—Mamá… —alcanzas a susurrar, sin que nadie escuche.

Cuando intentas levantarte, un destello te impacta. No sabes si es una esquirla o un fragmento de metralla, pero el dolor te enciende el pecho con un fuego que paraliza tu respiración. Caes, con las rodillas en el barro, intentando aferrarte a la vida. El amuleto se suelta de tu cuello y rueda entre tus manos ensangrentadas.

Un compañero grita tu nombre, pero el estruendo siguiente lo opaca todo. Tu vista se nubla. Te arrastras un palmo, intentando salvar esa madera que representa tus últimos vestigios de esperanza. Con tus últimas fuerzas, te despides del mundo que no te ofreció ni un ápice de la gloria prometida. Te sumerges en la oscuridad, sabiendo que tus cartas nunca llegaron y que el país nunca supo lo que en verdad viviste.

Mientras tanto, Daniel Céspedes teclea su crónica con gestos mecánicos. Recibió un nuevo parte oficial que habla de “resistencia heroica” y “avances en puntos estratégicos”. En su mesa, un cable confidencial revela la inminente derrota y cifras de bajas alarmantes, pero eso no saldrá en la edición.

—Céspedes, necesitamos más entusiasmo en el título —ordena el jefe —. Algo como “Nuestra determinación no se quiebra”.

El periodista asiente con un pesar perceptible. Sabe que la derrota es casi un hecho, que las tropas están en condiciones calamitosas, pero su prosa se ve obligada a celebrar un supuesto coraje invencible. Quiere creer que así, al menos, protege a su familia de

represalias. Cuando termina la nota, contempla la pantalla: “Resistimos con honor”. Un titular vacío que no refleja la muerte que, en ese preciso instante, consume a jóvenes como vos en las islas.

El cierre de su edición se sella con un clic. Impunidad absoluta para él: nadie vendrá a cuestionar la responsabilidad de la prensa en sostener la farsa de una guerra que nacía perdida. El régimen militar brinda por la continuidad de la propaganda, y Céspedes se encoge en su asiento, con la certeza de que, si un día la verdad sale a la luz, él esperará que el olvido lo proteja.

En la retirada apresurada de la trinchera, un soldado mayor —quizás de otra sección— encuentra tu cuerpo malherido, inconsciente. Te arrastra unos metros, busca pulso. Ya no respiras. En un gesto de prisa y confusión, recupera el amuleto que yace entre tus dedos rígidos, sin comprender su valor. Se lo mete al bolsillo antes de retirarse, dejando atrás los cadáveres en el barro.

Semanas después, entre el caos de la rendición y la vuelta al continente, ese mismo soldado, abrumado por la vergüenza y la derrota, se deshace del amuleto en un mercado de segunda mano, donde las historias se compran y se venden sin preguntas. Ahí, un vendedor lo adquiere junto con otros objetos bélicos. Sin misticismo alguno, esa madera impregnada de sangre y promesas rotas queda a la espera de una nueva mano que la rescate del olvido.

Y en esa silenciosa transacción, el hilo conductor de la memoria sigue tejiéndose: el amuleto, ya sin tu calor ni tu miedo, pasará a otra vida y a otro tiempo. Un puñado de años después, cuando la Argentina enfrente el caos de la hiperinflación y los saqueos en 1989, ese trozo de madera aparecerá en manos de una madre desempleada o en un rincón de la ciudad, como el vestigio sin palabras de jóvenes caídos, periodistas cómplices y la cadena de tragedias que perpetúan la lejanía de la tierra prometida.

Capítulo 11 Parte I

Aquel trozo de madera pasó por manos anónimas en ferias ambulantes y compraventas callejeras durante los últimos años de la dictadura y la lenta transición a la democracia. Sin nombres grabados ni señales mágicas, apenas un amuleto tosco con vetas ennegrecidas que nadie supo explicar. Hoy, en el año 1989, el padre de una familia la tiene en un estante a un costado de la sala, junto a unas pocas fotos desgastadas. No la considera valiosa, pero la conserva por simple costumbre, como un objeto cualquiera que ha viajado por la historia sin gritos ni brillos.

La mujer, Blanca, lleva un abrigo viejo y un bolso desgastado que cuelga flojo de su hombro. No luce dramatismo heroico: sus mejillas hundidas y los cabellos mal recogidos reflejan la violencia silenciosa de la crisis. Cada día se levanta con el mismo rito: revisar el monedero, contar billetes que se desvalorizan de la noche a la mañana, y salir a buscar algún lugar donde comprar algo que sirva de alimento para sus dos hijos.

En la televisión, pasan imágenes confusas: saqueos en supermercados, gente corriendo con bolsas de harina, policías dispersando multitudes. La hiperinfación crece de forma implacable. Los precios cambian de la mañana a la tarde, y todo se siente precario, sin certezas. Blanca apaga el televisor para no

atormentarse más; prefiere salir a la calle e intentar adelantarse al caos.

La narración podría adornar esta escena con sentimentalismos, pero no: es 1989, y en la ciudad reina una monotonía desesperada. Los titulares de los diarios hablan de colas interminables en los bancos, de un clima que roza la anarquía en ciertos barrios. El padre de familia se ha marchado temprano a golpear puertas en busca de trabajo temporal. Blanca, con el rostro serio, toma su bolso y se dirige a la cocina donde los pequeños duermen sobre un colchón en el suelo. Los mira un segundo, sin esperanza ni promesas: solo la necesidad de sobrevivir.

El objeto de madera permanece en la sala, sobre un mueble de aglomerado. Nadie sabe que perteneció —mucho tiempo atrás— a un soldado que cayó en Malvinas. No hay magia que lo destaque, ni un halo trágico visible. Su presencia es tan discreta que la madre ni lo mira cuando sale, cerrando la puerta con cuidado para que sus hijos no se despierten. Solo el padre, en ocasiones, lo acaricia con gesto ausente, como tocando un talismán que no entiende.

Fuera, el sol golpea las veredas con un calor seco. Blanca avanza entre el gentío que se arremolina en los negocios. Los carteles con precios tachados y reescritos una y otra vez son la norma. Un kilo de pan cuesta hoy lo que ayer era una fortuna, y mañana costará el doble. No hay romanticismo, solo un forcejeo diario por obtener cualquier alimento. Con paso ansioso, se acerca a un mercado que

exhibe apenas unos estantes vacíos. Le preocupa su porvenir, al revisar el monedero: los billetes han perdido tanto valor que se apilan como papeles sin peso real.

La madre se arma de coraje para pedir algo de fiado. El comerciante la ignora, atendiendo a otra mujer que le grita sobre la última botella de aceite. Al fondo, unos empujones, una tensión presenté que podría estallar en saqueo en cualquier momento. El ambiente no tiene magia ni horror extraordinario: es la crudeza de un país envuelto en la miseria de la hiperinflación, donde cada uno se aferra a lo que puede.

Blanca desiste en ese local y marcha a otro, recibiendo negativas. Los precios suben minuto a minuto, y ella apenas conserva unos billetes que ya no cubren ni lo básico. No suelta lágrimas ni hace discursos: es una rutina de humillación que vive a diario. A veces la invade un cansancio extremo, recordando que hace solo meses contaba con un trabajo de limpieza que hoy ya no existe. La economía colapsa, y con ella, las esperanzas más elementales.

Mientras tanto, el padre, en otro sector de la ciudad, roza el trozo de madera que guarda en su bolsillo. Lo lleva como amuleto, igual que años atrás otro joven lo llevó a Malvinas. Ignora su origen, solo lo encontró en la sala antes de salir, y pensó que le traería suerte en su búsqueda de empleo. La jornada pasa sin resultados: nadie contrata, hay colas de desempleados en cada esquina. Se pregunta si esa madera es una burla; su mente no recurre a supersticiones, pero un

leve malestar lo hace cerrar el puño, apretando el llavero o colgante inútil.

La ciudad hierve en posibles saqueos. Un grupo de hombres empuja las cortinas metálicas de un supermercado, y la policía llega con gases lacrimógenos. Blanca divisa a lo lejos la multitud desbocada, huye de la trifulca con el corazón en un puño: no busca violencia, solo un paquete de fideos para sus hijos. En su huida, pasa por una pared con pintadas que claman por la “tierra prometida” y la solución económica que nunca llegó. Ningún conjuro, solo el testimonio del desamparo colectivo.

La noche los encontrará, madre y padre, retornando sin nada o con migajas que no alcanzan para alimentar a los pequeños. En casa, los dos niños esperan sin ilusiones, pues ya entienden que la realidad es un suceso continuo de carencias. El pedazo de madera, depositado sobre la mesa, no brilla ni ofrece protección: es un simple objeto heredado de tragedias anteriores, silente testigo de la repetición del infortunio argentino.

Capítulo 11 Parte II

1989 El Caos

El aire caliente del anochecer apretaba los recuerdos de quienes deambulaban por la ciudad en búsqueda de algo que comer, algo que vender, algo que pudiera resistir la nueva alza de precios del día siguiente. Blanca, con el rostro tensado por un cansancio sin lamentos, regresó a su casa arrastrando una bolsa con solo dos papas y un puñado de arroz rancio. Detrás de ella, la persiana de una verdulería se cerraba de golpe ante otro intento de saqueo.

La madre dejó la bolsa en la mesa desvencijada, mirando a sus hijos con un asentimiento casi imperceptible, como pidiendo perdón. En un rincón, su esposo —ese padre que había cargado un amuleto de madera como un talismán inútil— bajó la cabeza, consciente de que no encontró trabajo, ni una sola moneda extra para aumentar la ración. Los niños no lloraron; entendían que la rabia o la súplica de nada servía en esa atmósfera de crisis. La hiperinfación no perdonaba.

Ella, con movimientos maquinales, puso a hervir agua en una olla roñosa. No habló. El televisor encendido mostraba imágenes de gente huyendo de los gases lacrimógenos en otra zona de la ciudad, un supermercado con las estanterías vacías. El noticiero, seco, anunciaba más aumentos y la posibilidad de “medidas drásticas” del gobierno. Nadie se sorprendía. El padre apagó la pantalla con una pulsación brusca.

En el centro de la mesa, iluminado por la bombilla de la cocina, yacía el trozo de madera, ese amuleto sin leyenda que había viajado de mano en mano desde otras tragedias argentinas. Nadie de esa familia conocía su origen. El padre lo tomó un segundo, intentando leer en sus vetas algún consuelo. Lo había llevado todo el día en el bolsillo, sin ningún resultado. La realidad seguía su curso sin piedad.

—Tal vez lo venda —soltó él con voz exhausta, pensando que unas monedas, por mínimas que fueran, podrían servir para un pan más al día siguiente. Blanca encogió los hombros, sin rebatir. En esa casa, ya no había espacio para sentimentalismos ni objetos superfluos.

Fuera de la ventana, los gritos esporádicos anunciaban otra ronda de saqueos, la policía, los gases. Blanca asomó la cabeza y vio el brillo enrojecido de un fuego que devoraba un local. No hubo pánico en su rostro, solo resignación. Colocó lo poco de comida en un plato y lo dividió para los niños, que comieron en silencio. El padre se quedó con la mirada clavada en el suelo, acariciando la madera con la mano.

—Mañana… tal vez… busque a alguien que me la compre —repitió con más convicción, alzando el pedazo de madera. Ningún rastro de su historia cargada de soldados muertos o mentiras mediáticas; para ellos, era solo un objeto que podría valer algo en medio de la nada.

Cuando la olla quedó vacía, y la noche se hizo total, la familia se acostó en sus colchones gastados. Ahí no había conjuros ni fabulaciones: la miseria y la inseguridad del 1989 eran tan reales

como el agua que goteaba por un agujero en el techo. Y en ese silencio solo interrumpido por el rugir de la calle, el padre apretó la madera contra el pecho, deseando que al día siguiente la “tierra prometida” no fuera tan esquiva.

Pero la tierra prometida no llegó, y al amanecer, se repetían las colas, los saqueos, la inflación que multiplicaba ceros. En algún punto, aquel trozo de madera con cicatrices de pasados desastres cambiaría de manos otra vez, desapareciendo del hogar de Blanca y su esposo, como tantas veces ocurría con objetos que no se podían comer. Tal vez un joven con aires de negociante lo adquiriera, o un padre de familia en otra ciudad, en otro tiempo, lo tomara como un amuleto de fortuna.

Porque un año tras otro, crisis tras crisis, la historia seguía girando en la Argentina, arrastrando la memoria de soldados muertos, periodistas cómplices y madres batallando por los suyos en un paisaje sin magia ni milagros. Y en 2001, cuando el corralito detonara el estallido social en las calles, ese padre que un día perdió todo se enfrentaría de nuevo a la brutalidad policial, cerrando otro círculo de promesas rotas, y tal vez topándose con el inservible amuleto como único testigo de una esperanza tantas veces incumplida.

Capitulo 12

2001 El Corralito, el Estallido Social y Testimonios Entre Cortados

¿Qué pasa cuando te despertas y descubris que tus ahorros son ceniza?

No hay aviso. Un día vas al banco y el cajero te dice que tu dinero está “retenido.” Corralito, lo llaman. Como si fuera un juego. Como si no fuera la vida de mi familia…

Miro a mis hijos —ya grandes— que exigen respuestas. Les digo que pronto se resolverá, que el gobierno no puede negar lo que es nuestro. Pero en el fondo me carcome la rabia, la impotencia. ¿En qué momento perdimos tanto, otra vez?

Salgo al centro de la ciudad, en medio de diciembre de 2001, con un calor pegajoso que se mezcla con el fulgor de protestas. Gente golpeando cacerolas, filas en los cajeros para sacar algo que ya no se puede. Veo miradas desesperadas, rostros que me recuerdan el 1989, cuando la inflación devoraba salarios y la gente se peleaba por un pedazo de pan. Pero ahora es peor: el dinero existe en números, pero el banco no te lo entrega.

No tengo magia, no tengo palabras. Solo un vacío en el estómago. Camino hacia la Plaza de Mayo y los carteles exigen “Que se vayan todos.” Me uno a la multitud con una olla vieja que heredé de aquellos años turbulentos. Golpe, golpe, la bronca sale a la calle.

(Otro manifestante)

—“¡Nos robaron! ¡No podemos pagar la luz!”

—“Devuélvanme mis ahorros…”

Un murmullo ahogado, cacerolas que se alzan. Miro alrededor y siento un déjà vu sin explicaciones. ¿Otro ciclo? ¿Otra vez la promesa incumplida?

Entre la multitud, resbalo y casi caigo. Un hombre mayor me ayuda a levantarme. No lo reconozco, pero él me tiende un trozo de madera, como si se le hubiera caído y quisiera que yo lo guarde.

—Tómalo, no me sirve ya.

Lo miro: un pedazo de madera, con vetas oscuras, marcas de desgaste. No entiendo su forma, pero lo agarro por cortesía. Me agradece y desaparece entre la muchedumbre, llevándose su propia historia.

Metido en el bolsillo de mi pantalón, ese amuleto me roza la pierna con cada paso. ¿De dónde proviene? ¿Cuántas manos lo sostuvieron antes? Tal vez sea un recuerdo mudo de la Argentina que cada tanto se rompen las costuras. No hay conjuros: solo el realismo de un objeto que transita de crisis en crisis.

(La gente)

—“¡Basta! ¡Queremos nuestros ahorros!”

—“¡Hay que resistir en la calle!”

La policía irrumpe con gases. Se oyen gritos, carreras, el retumbar de balas de goma. Alguien cae junto a mí, tosiendo, y su cacerola rueda por el asfalto.

No veo de dónde salen los palos, solo siento un golpe en la espalda que me tira contra un poste de luz. Intento cubrirme el rostro, la sangre me baja por la nariz. Escucho sirenas, gente corriendo, un guardia uniformado que me ordena “¡Retírate!” y me golpea otra vez. Pienso en mi familia, en mis hijos, en la deuda que crece mientras el banco retiene mis ahorros.

Se me resbala el trozo de madera del bolsillo, rueda por el suelo. Un flash de pánico me hace querer recuperarlo, pero otro golpe me aturde. Quedo medio inconsciente; no sé si lo recojo o lo pierdo para siempre.

—“¿Estás bien? ¡Resisti!”

—Nadie me ayuda, todos huyen. Quiero gritar que me han quitado todo, que no tengo nada. Solo me quedaba la esperanza de salir de esta espiral.

Pero la policía avanza con escudos, me reduce contra el pavimento.

Abro los ojos y la ciudad sigue en caos. 19 y 20 de diciembre, rezan los carteles, fechas que quedarán marcadas como un estallido social. Me duelen los huesos y un zumbido me retuerce la cabeza. Un oficial me patea, me hace levantar. Siento un ardor al respirar, pero no suelto la cacerola que aún llevo en la mano izquierda.

El trozo de madera… no sé si lo conservo. Ni siquiera me importa ya; me importa que mi familia sepa dónde estoy, que no me desaparezcan sin más. A diferencia de la dictadura, hoy hay algo de prensa libre, pero la brutalidad vuelve a repetirse con otro nombre. Sin uniformes tan oscuros, pero con el mismo desprecio por quien reclama.

“Otra vez nos engañaron, otra vez la plata no está, otra vez nos quedamos con las manos vacías.”

Oigo a alguien gemir, a otro insultar al presidente. No hay consuelo.

Cuando logro salir de la refriega, camino, rengueando, hacia un bar semidestruido. No tengo más que algunos pesos inútiles y el recuerdo ardiente de haber luchado por nada. No sé si la historia se cansa de repetirse o somos nosotros quienes no aprendemos. En mi bolsillo solo encuentro migajas de pan; el amuleto, quizá, yace en la calle, recogido por otra mano curiosa o perdido bajo las pisadas.

Mientras me detengo, tosiendo, pienso que alguien, en un futuro, se topará con ese pedazo de madera y preguntará por su origen. Se unirá a la retahíla de relatos inconclusos que conforman esta patria insaciable, que arrastra golpes, corralitos, hiperinflaciones y manos vacías. Poco importa si es un objeto sin magia: su recorrido encarna la memoria de la Argentina que siempre promete y nunca cumple.

A lo lejos, el sirenazo retumba. La historia no se detiene, ni con la dictadura, ni con la crisis, ni con el corralito. Yo, padre de familia que perdió todo, me quedo con el cuerpo adolorido y la certeza de que la

“tierra prometida” vuelve a esfumarse. Hasta que otro estallido social, otro golpe, otro fiasco económico la reclame otra vez, sin que nadie, al final, la posea de verdad.

Capítulo 13

2010 El Bicentenario y la Memoria, Un Puzzle de Historias Contradictorias

Te llamas como quieras llamarte, pero lo cierto es que eres historiador, y este 2010 te encuentra en plena tarea monumental: reconstruir la historia argentina a partir de los relatos olvidados. Te han pedido un informe para el Bicentenario, una visión distinta a la oficial, que rescate la voz de quienes quedaron al margen de los manuales. Al principio, te entusiasmó la propuesta, creyendo que por fin podrías acercarte a la “verdad” de un país que celebraba 200

años de independencia. Pero con cada testimonio que recopilas, descubres que el cuadro se resquebraja en múltiples fragmentos disonantes.

Ayer, paseando por una plaza céntrica, encontraste un pequeño objeto de madera tirado en la vereda. Un amuleto toscamente tallado, con vetas oscuras y señales de desgaste. Lo recogiste con curiosidad, sin pensar mucho, y lo guardaste en tu bolsillo. Su forma indefinida te intrigó, pero lo asumiste como una simple baratija extraviada. Hoy, mientras revisas tus apuntes sobre golpes de Estado, crisis económicas y estallidos sociales, no puedes evitar toquetearlo cada tanto, como si en esa textura rugosa se escondiera algún eco de las historias que desbordan tus cuadernos.

El proyecto te exige entrevistar a gente de todas las edades, oficios y pasados: obreros que sufrieron dictaduras, ex combatientes de Malvinas, desempleados de 1989, víctimas del corralito en 2001… Te sorprende que cada uno maneje fechas, nombres y culpables de manera distinta. Lo que para uno fue un golpe patriótico, para otro fue una masacre. Lo que para uno fue un estallido social, para otro fue vandalismo sin justificación. Te preguntas si alguno miente o si todos, en el fondo, dicen la verdad, cada cual amoldada a su propia experiencia.

Cansado, te encierras en una habitación de archivos. Las paredes se cubren con periódicos, fotos borrosas, transcripciones de relatos orales. Buscas un nexo, algún hilo conductor que explique la

repetición de tragedias argentinas. Pero cuanto más lees, más te confundes: no hay un solo hilo, sino una madeja inextricable de versiones que se contradicen sin cesar. Y te cuestionas si no estás intentando una tarea imposible: unificar en un “relato nacional” la polifonía de vivencias que nunca coincidieron.

Te miras al espejo del baño, ves tus ojeras marcadas. Te dices a ti mismo: “¿Cómo haré para escribir algo coherente?” Aferras el amuleto en la mano: un pedazo de madera sin inscripciones. ¿Quién lo tuvo antes? ¿Un soldado que murió de hambre en Malvinas? ¿Una madre que no pudo alimentar a sus hijos en el ’89? ¿Un padre que perdió todo en 2001 y enfrentó a la policía? Te gustaría creer que ese trozo de madera lleva su memoria, pero no hay símbolos mágicos ni rótulos clarificadores. Es solo un objeto que se cuela en el presente con su silencio, igual que las voces que no encajan en la historia oficial.

Fuera de tu encierro, la ciudad se pinta de banderas para festejar los 200 años de la patria. Discursos grandilocuentes inundan la televisión, invitando a celebrar la “historia de grandeza.” Te llamaron para ofrecer un contrapunto, una mirada más amplia. Pero cada vez que redactas un párrafo sobre 1930, 1976, 1989 o 2001, la verdad se disuelve en testimonios irreconciliables. Al final, te quedas con un documento repleto de incisos y notas al pie, intentando no dar un veredicto que deje fuera ninguna voz.

Te incomoda tu propia cobardía: ¿No debieras tomar partido en algunos episodios, denunciar los golpes y las dictaduras con palabras firmes? Pero si lo haces, excluyes a quienes defienden o justifican esos hechos. Te debates en el pantano de la imparcialidad imposible.

Se acerca la noche del gran acto Bicentenario. Tienes que entregar un borrador de tu investigación, y te sientes vacío. Observas el amuleto sobre tu escritorio: inerte, mudo, tan real como las contradicciones que te asfixian. “¿De qué sirve que busque la verdad si cada historia la socava?” te reprochas. Porque el testigo de Malvinas contradice al oficial que se creía salvador, la madre desempleada refuta al economista que habló de “reformas necesarias,” y el padre del corralito culpa a políticos que otros defienden como gestores imprescindibles.

No hay un conjuro que te brinde certeza: la repetición de conflictos en Argentina —sugieren tus notas— no obedece a una sola causa, sino a una cadena de crisis que cada facción interpreta a su modo. Te gustaría encontrar una épica que clausure siglos de frustraciones, pero la realidad te lanza dudas a borbotones.

Al final, te sientas a escribir una conclusión llena de preguntas. Reconoces que no podrás unificar todos los testimonios en un relato homogéneo. Asumes que la historia nacional es una fragmentación de miradas que se contradicen, se superponen, y ninguna basta para ser la “única verdad.” Quizá esa sea la lección: la tierra prometida no

se alcanza unificando discursos, sino aceptando el mosaico de fracturas que nos forja.

Antes de cerrar el borrador, tomas el amuleto y lo depositas junto a la portada. Será tu forma de indicar que el objeto representa la trayectoria errática del país: pasó por manos de obreros, militares, madres, sin sellar un destino claro. Si alguien te pregunta por él, dirás que es un hallazgo casual, como el hallazgo de las voces olvidadas que te golpearon con su diversidad irreconciliable. Vos no lo soltarás, al menos no por ahora. Es tu recordatorio de que la historia, como esa madera, está marcada por huellas invisibles que nadie logra descifrar por completo.

Con la noche cubriendo la ciudad en fiestas y luces, sabes que en pocas horas tendrás que pararte ante una comisión que espera un informe glorioso de la patria bicentenaria. Te prepararás para exponer un texto lleno de vacilaciones, de matices. Y, en la mano que no suelta el amuleto, retendrás la certeza de que no existe un relato totalizador, sino una sucesión de verdades parciales que la Argentina arrastra como un espejismo recurrente. Quizá esa sea la mayor honestidad que puedas ofrecer: no ocultar las contradicciones, sino exhibirlas como la única base sólida para entender por qué la tierra prometida se nos escapa, una y otra vez, en cada testimonio que se niega a conciliar con el resto.

Capitulo 14

2020 Pandemia y Aislamiento: El Médico que Salva Vidas y Pierde la Suya

El mundo entero respiraba con temor, y en aquel hospital de pasillos largos y luces parpadeantes, el doctor Santiago Buendía recorría de punta a punta las salas de emergencia, enfundado en el traje blanco que lo protegía de un virus invisible pero implacable. Afuera, la ciudad se había sumido en el silencio del aislamiento preventivo: apenas algunas sirenas, el viento que no hallaba con quién conversar, y las ventanas clausuradas de familias temerosas.

Un día llegó, en una camilla improvisada, un hombre que ya no tenía fuerzas para pronunciar su nombre completo. Aun así, los papeles decían que se dedicaba a la Historia, que había intentado unir las voces de un país plagado de contradicciones. Tenía fiebre, tos seca y un hilo de oxígeno que no le bastaba para respirar. Santiago, con el rostro oculto tras la mascarilla, lo atendió con la misma dedicación

que a cualquier otro paciente grave, pero percibió en los ojos del enfermo una serenidad extraña, como si el hombre supiera que su tiempo se extinguía.

—Resista, por favor —susurró el médico, con un tono suave que contradecía la dureza del plástico y la tela que cubría su boca. El paciente asintió con lentitud, jadeando en busca de aire. En un bolsillo del pantalón, sobresalía un tosco trozo de madera. Nadie le dio importancia al objeto, pero el historiador lo apretaba con su mano libre, como si contuviera las huellas de una vida entera.

Santiago paseaba por la sala contigua, revisando los monitores, atendiendo a otras urgencias. La pandemia multiplicaba los ingresos; no había tregua ni horas de sueño. A veces, se detenía junto a una ventana oscurecida y sentía el peso de todo el dolor que cruzaba esas paredes. Para muchos, el hospital se convirtió en una trinchera; para él, era el centro de un combate incesante, donde cada respirador era una frágil línea entre la vida y la muerte.

No eran héroes con capa, eran personas desgastadas, con las manos agrietadas por el uso constante de desinfectante y guantes, con la mente saturada de alarmas y llamadas de emergencia. En ese laberinto de gritos contenidos y sollozos, la figura del historiador con fiebre persistía en los pensamientos de Santiago: un hombre solitario, sin visitas —la cuarentena lo impedía—, sin un desenlace promisor.

Una tarde, mientras el sol se filtraba en un halo dorado por la ventana del pasillo, un enfermero se acercó al doctor:

—Venga, doctor. El paciente de la 332… no responde.

Santiago corrió con el pulso en llamas, entró en la sala y vio al historiador recostado, inconsciente, la respiración errática. Intentaron maniobras, oxígeno reforzado. Nada surtió efecto. El monitor se convirtió en un trazo plano, infinito en su silencio. Desconectaron los aparatos; la vida se había marchado.

Fue entonces que Santiago notó, en el puño cerrado del difunto, ese trozo de madera con vetas oscuras. Con un gesto de respeto, abrió la mano y lo recogió. Parecía un amuleto de otro tiempo, sin grabados, con restos de sangre seca e historias imposibles de descifrar. El médico lo guardó con cuidado, sin atreverse a dejarlo con los enseres del paciente. Se dijo que lo mantendría hasta contactar a algún familiar. Pero ningún familiar respondió las llamadas.

Al salir de la sala, Santiago caminó por el corredor con la cabeza gacha. Nadie lo vio llorar; el uniforme impersonal y la mascarilla le cubrían hasta la identidad del rostro, y los urgentes turnos de trabajo no dejaban espacio para el duelo. Sin embargo, dentro de su mente, una fisura se abría: tantos pacientes perdidos, tantas horas dedicadas, y él mismo sin tiempo para comer ni dormir. Había pasado semanas —¿meses?— sin abrazar a su madre, sin hablar de cosas cotidianas. Su teléfono acumulaba mensajes que no leía.

Casi poéticamente, en la penumbra del pasillo, sintió que la vida escapaba de sus manos mientras intentaba salvar la de otros. Su matrimonio se agrietaba en silencio, su cuerpo se resquebrajaba con agotamiento extremo. El virus atacaba tanto a los enfermos como a quienes los cuidaban, a su manera.

Con la guardia terminada de forma abrupta, Santiago se sentó unos minutos en el vestuario, sosteniendo la madera que había tomado del historiador fallecido. La examinó con cautela: ¿qué historia guardaba ese objeto? ¿Por qué lo mantenía el hombre hasta su último aliento? No había inscripciones ni símbolos, solo la certeza de que, de algún modo, conectaba con un pasado largo y sufrido.

Él no creyó encontrar en ese amuleto ningún poder místico, pero lo acarició con un respeto contenido: un trozo de la historia de un país donde la pandemia era solo un capítulo más de las tragedias colectivas. Si el historiador pretendía reconstruir la nación a partir de testimonios contradictorios, ahora su silencio sumaba otra contradicción: la muerte lo había convertido en un testimonio más, sin voz que lo explicara.

Santiago salió a la calle y observó la ciudad vacía de transeúntes, con mascarillas y distancias que aislaban a cada persona. Se sintió extraño, como si él mismo hubiera dejado de existir fuera del hospital. Se había volcado tanto en salvar otras vidas que la suya propia quedaba en subsuelos desconocidos, sin tiempo para amores, familia o un descanso genuino.

La pandemia devoraba sus días, y él apenas subsistía en la vigilia interminable de turnos concatenados. Pensó que, tal vez, lo único que le quedaba era esa madera ajena, testigo de incontables tragedias, con la sangre y el polvo de un país que repetía dolores. Lo guardó en el bolsillo, sin saber para qué, pero sintiendo que deshacerse de él sería deshacerse de las historias que nunca supo ni sabría contar.

No necesitaba un conjuro ni una metáfora fantástica: la realidad era más que suficiente. Alguien, en otro tiempo, había muerto con ese objeto en la mano. Él, ahora, se inclinaba a creer que esa historia tal vez merecía ser conservada, aunque no tuviera un significado aparente. Tal vez, pensó, algún día un suceso le devolvería a la vida normal y podría escribir, con tono casi poético, lo que vivió como médico en la primera línea de combate contra el covid 19: el esfuerzo por salvar a miles, a costa de perder su propia existencia en el torbellino de la lucha. O tal vez, ni eso llegaría.

Por ahora, se quedó con el amuleto, la guardia interminable y el cansancio trepando por sus huesos. A su alrededor, la ciudad festejaba cada día la unión contra el virus, sin saber que en cada hospital quedaban pedazos de historias rotas. El doctor Santiago Buendía —o como sea su nombre— se replegó en su silencio, con la certeza de que ni siquiera su empeño por salvar vidas alcanzaría para remediar la ausencia que habitaba en él. Y el amuleto, ese testigo quieto, siguió viajando en su bolsillo, esperando tal vez otra

mano, otro capítulo, otra herida abierta en la trama eterna de una Argentina que se desangraba y se reinventaba, una y otra vez.

Capitulo 15

2022 Olivarius, el Escritor que Hila Vidas y Fantasmas

El médico se presentó en la puerta del departamento con el rostro demacrado y la voz templada de cansancio. Habían pasado dos años de la pandemia que lo devoró por dentro, sin aire para su propia vida. Traía un sobre con papeles y, en la mano, un amuleto de madera cuya apariencia tosca carecía de adornos, pero exudaba un

eco extraño, casi imperceptible. Abrió la boca para hablar y tardó en pronunciar las palabras:

—Tómalo.

Levantó la mano con el objeto, y Olivarius, el escritor, lo miró con perplejidad. Al sostenerlo, sintió un escalofrío ligero, como si un soplo helado recorriera el departamento a media luz.

—¿Por qué me lo das? —preguntó, todavía sin comprender.

El doctor sonrió con una tristeza infinita.

—No lo necesito más. Hay historias… atadas a él. Y creo que vos podes darles forma.

Desde ese día, Olivarius, un hombre de pelo revuelto y notas dispersas por la casa, empezó a trabajar con más obsesión que de costumbre. Apenas se había hecho un nombre escribiendo cuentos breves, pero ahora se convencía de que debía escribir la “gran novela” que, de algún modo, sentía bullir en su conciencia. Cada vez que tomaba el amuleto, visiones desordenadas asaltaban sus pensamientos: soldados muertos en un barro helado, un estudiante torturado en un cuartel, una madre en 1989 buscando pan, un hombre malherido en 2001 con cacerolas retumbando al fondo. Voces que se superponían y contradicciones que se enredaban.

Al principio, él lo achacaba a su imaginación febril. Pero a medida que el amuleto reposaba en su escritorio, las apariciones se hacían más nítidas: sombras que parecían susurrarle en la penumbra,

pidiéndole que contara sus historias. Una madre clamaba comida en un supermercado vacío; un soldado con la piel agrietada por el viento helado de Malvinas; un intelectual en un hospital, exhalando su último suspiro mientras sujetaba la misma madera. No había conjuros ni fantasmas corpóreos, sino jirones de testimonios que irrumpían en su mente de forma dispersa.

Olivarius —que por prudencia y respeto— decidió alterar los nombres de la gente que veía. Sabía que muchos estaban muertos o habían sido silenciados, y que parte del país no quería reabrir heridas. Llenó cuadernos y archivos en su laptop con escenas que no coincidían: revoluciones que se llamaban patrióticas, pero eran masacres; movimientos populares festejados mientras se acumulaban los descartados. Se dio cuenta de que los personajes se volvían los mismos, con otras máscaras en cada década, repitiendo la tragedia y el engaño. El amuleto, desde el rincón de la mesa, parecía pulsar cada vez que él ataba un cabo suelto.

“Tal vez me estoy volviendo loco,” se decía a ratos. Pero escribía con furor, trenzando las historias de golpes, hambrunas, dictaduras y guerras sin gloria. Aprendió a convivir con la incoherencia: si en 1930 el personaje Ferrer se arrepentía de un bombardeo, en 1976 aparecía otro oficial igual de impasible. Las cronologías se pisaban y el hilo a veces se perdía, pero Olivarius no paraba; su mano volaba sobre el teclado, guiado por voces que no eran las suyas.

A altas horas de la noche, en el reflejo de la ventana, él distinguía siluetas al fondo de la sala, conversando en murmullos incomprensibles. Una madre de 1989, con ojos hundidos, se le acercaba y desaparecía en un parpadeo. Un hombre con cacerolas y el rostro ensangrentado del 2001. Un soldado con la piel lívida de Malvinas. Incluso un anciano que le recordaba un periodista manipulando noticias. Todos le dictaban fragmentos, se contradecían, alzaban la voz. “Nadie sabrá la verdad absoluta,” decían, “pero cuéntanos… cuéntanos aunque nos equivoquemos.”

Sentía un miedo profundo, casi maldito, pero siguió con la novela. Se dijo que la ficción era la única manera de narrar un país donde cada testimonio enredaba más la trama. Y comprendió que eran los fantasmas quienes le ofrecían un retrato parcial: cada uno poseía un recorte de la verdad, y Olivarius lo transcribía, con los nombres cambiados, para preservar su anonimato y, quizás, protegerlos de la indiferencia.

Cuando terminó el manuscrito, Olivarius lo tituló “Tierra Prometida Nunca Llega.” Mandó copias a varias editoriales. Casi no esperaba respuesta: pensaba que su texto era demasiado caótico, sin cronología lineal, con historias mezcladas, contradicciones e incoherencias. Pero, para su sorpresa, se hizo famoso de la noche a la mañana. Los críticos alababan la forma en que retrataba la tragedia argentina a través de personajes que no coincidían: una

madre, un soldado, un intelectual, un padre de familia… La gente se vio reflejada en esas páginas.

Él no se jactó del éxito, pues sabía que la gloria literaria era tan frágil como la promesa de una Argentina redimida. Pero se sintió aliviado: al menos las historias que lo rondaban ya no lo torturaban en silencio. Había dado nombres ficticios para resguardarlas, y aun así, el país reconoció su propia sombra en la novela.

Antes de marcharse para la gira de presentaciones, Olivarius recibió un mensaje del médico que le regaló el amuleto. El doctor, tras recuperarse un poco de su exhausto estado, deseaba despedirse. Se vieron en un café con poca luz, y el escritor notó el temblor en las manos del médico, aún marcadas por meses de guardias y secuelas del Covid. El doctor le sonrió con ternura, aliviado de ver que el objeto —esa madera oscura— había cumplido su misión de traer la memoria.

—Hiciste lo que debías —le dijo el doctor, con voz suave.

Olivarius no contestó, pero en su interior supo que el amuleto ya no lo abandonaría. Cada uno de los fantasmas que lo visitó seguía agazapado en su imaginación, esperando más páginas si era necesario.

Regresó a casa, miró el amuleto sobre su escritorio, con un escalofrío: el silencio lo invadía ahora. Las apariciones habían menguado, tal vez satisfechas de ver su historia plasmada. O tal vez, pensó, era él quien ya no las necesitaba. El realismo mágico se hacía

patente: sin hechizos, sin conjuros, simplemente una sinfonía de almas que vivieron tragedias y le dictaron su verdad a un escritor que decidió creerlas.

A veces, cuando cerraba los ojos, percibía un bullicio lejano: “Gracias por darnos voz.” Y las sombras se desvanecían, dejándolo en paz.

El libro se difundió, Olivarius recibió honores y críticas. Muchos señalaron inconsistencias temporales, detalles históricos que no cuadraban. Pero él sostenía que esos errores eran parte de la visión sesgada de los fantasmas: cada uno contaba su versión sin concordar con la del otro. Si el lector hallaba contradicciones, que las entendiera como la esencia misma de un país fracturado. Y en cada firma de ejemplares, cada entrevista, el escritor llevaba discretamente el amuleto en el bolsillo, recordándose que no era un gran genio, sino un mero canal: quien escribió por mandato de todos aquellos que, desde el silencio y la muerte, le legaron su clamor.

Quizá no haya una tierra prometida que se cumpla. Pero Olivarius, al menos, construyó un puente literario que unió las ruinas, las heridas y las luchas de un país al que amó en sus contradicciones. Así, cerró la novela que lo haría famoso, sin atribuirse méritos divinos, solo cumpliendo con la tarea que el médico —y, por extensión, la historia — le encomendó al entregarle esa madera: contar lo que tantos quisieron callar.

En esa discreta alquimia de palabras y apariciones, el realismo mágico se disfrazó de pasajes de la realidad más cruda, y la fantasía

emergió sin conjuros, solo a través de un escritor que supo prestarse al susurro de sombras que jamás se fueron del todo.

Epílogo Ensayo Y Reflexión De Olivarius

He recorrido con mi birome (y a veces con el vértigo de mis visiones) las historias más crudas y las promesas más frágiles de esta Argentina que, a ratos, se disfraza de tierra prometida. Mientras contaba las voces que me llegaban —esas que derivaban de un amuleto sin nombre—, me di cuenta de que cada testimonio llevaba el peso de la vida y la muerte, como si ambos conceptos fueran apenas dos brillos en una misma moneda. Ahora, antes de emprender mi viaje místico en moto por el país, siento la necesidad de escribir este ensayo, un diálogo conmigo mismo sobre lo que significa haber registrado tanto dolor y tanta esperanza en un mismo volumen.

Al mirar hacia atrás, veo que la historia argentina —esa que relaté con nombres cambiados— no es una línea recta ni una verdad inmóvil. Es un caleidoscopio: un conjunto de fragmentos que se contradicen, se tensan, se superponen. Creemos que al cerrar un capítulo —una revolución, un golpe, una guerra— pasamos a otro, pero cada suceso deja grietas en los cimientos que reaparecen más adelante. ¿Cómo buscar la unidad, entonces, en un país construido sobre fisuras y memorias rotas?

Me he dado cuenta de que nuestra obsesión por un “relato oficial” nos lleva a ignorar la riqueza —y la crueldad— de tantas historias menores que no cuadran en la épica glorificada. Cada vez que alguien se levanta proclamando una nueva salvación, basta rascar un poco para descubrir viejos rencores que se reciclan con otro rostro. La historia no es un acta pulcra, sino una herida que sangra en tiempos diferentes. Tal vez lo fascinante sea aceptar que no hay relato unívoco, sino este mosaico inconcluso en el que nadie posee la última palabra.

He aprendido que cada persona forja su propia narrativa del pasado y del presente: el militar que bombardea en nombre de la patria, el obrero que siente traición en cada ley no cumplida, el periodista que maquilla noticias o la madre que no logra alimentar a sus hijos. Cada uno alza su verdad, y la Historia —en mayúscula— se vuelve la pugna de esas voces. Cuando escribo, ya no pretendo reconciliarlas; solo

me limito a dejarlas sonar, tal vez para que en esa disonancia encontremos un reflejo honesto de lo que somos.

En ese choque de memorias late una dignidad: la de quienes, a pesar de los engaños, de las dictaduras, de los exilios, continúan tejiendo la trama de la vida diaria. Es la dignidad de un país que, aunque no halle su sueño en una tierra prometida, insiste en probar suerte en cada crisis, con una tozudez que podría considerarse un milagro hecho pura realidad. Desde mi escritorio, concluyo que toda épica nacional no es más que la costra que cubre infinitas microhistorias, a menudo silenciadas y contradictorias entre sí.

Y acá, antes de subirme a la moto que me espera en la planta baja, siento que mi intención no es imponer un credo definitivo, sino iniciar un viaje donde cada kilómetro me reencuentre con esas voces que ya resuenan en mi interior. El amuleto que me acompañó hasta ahora, y que parece haber recogido memorias de vidas pasadas, seguirá en mi bolsillo. No lo considero un talismán milagroso; es, más bien, el recordatorio de que la verdad se compone de retazos, y a veces la mejor forma de honrarla es dejarla danzar en su desorden, sin forzar un orden artificial.

La historia, así lo veo, no es un cuento con final cerrado; es un coro que mezcla el clamor de diferentes gargantas. Quizá lo único que puedo hacer es encender la grabadora (o mi propia conciencia) y esperar que, en su polifonía, la Argentina se reconozca un poco más, aunque no sea la tierra idílica que soñamos, sino un suelo fértil en

contradicciones y esperanzas truncas. Por ahora, me basta con recoger esos fragmentos y plasmarlos, como he hecho, sabiendo que la última palabra la tendrá siempre el mañana incierto.

He cerrado las últimas páginas de mi libro —el que me abrió las puertas al reconocimiento—, pero todavía me asalta la necesidad de dialogar con esa Argentina que vive en mis párrafos. Siento que en la escritura puse los nombres ficticios para proteger a los reales, aunque, en el fondo, cada vida narrada dejó su huella indeleble en mi conciencia. Tengo el amuleto en el bolsillo, ese trozo de madera que ha pasado por tantas manos y tragedias, y aunque no le atribuyo un poder mágico, reconozco que guarda una energía particular: la de ser un testigo silencioso de una historia que no puede contarse de un solo trazo.

A menudo me pregunto: ¿es la esperanza un motor o un engaño? Cuando escucho los relatos de cada generación, veo que, sin la esperanza de un horizonte mejor, muchos habrían sucumbido a la desidia. Sin embargo, cada vez que la nación deposita su fe en una “tierra prometida” (sea un caudillo, una democracia repentina, un nuevo plan económico), la realidad se encarga de demostrar sus grietas al poco tiempo. Entonces, el ciclo vuelve: nos arrojamos a la próxima promesa, con idéntico fervor. Pareciera un ritual perpetuo, un ejercicio de fe que, a su manera, nos impide hundirnos en la resignación total.

Pero me inquieta advertir que esa misma esperanza puede volverse un autoengaño. Cerramos los ojos a la precariedad de los cimientos, repitiendo un discurso de “esta vez será distinto,” “ahora sí el cambio es verdadero,” mientras corremos el riesgo de tropezar con los mismos errores. Aun así, no condeno la esperanza: sin ella, tal vez este país se habría fracturado sin remedio hace décadas. Quizá sea la llama que mantiene la maquinaria en marcha, aunque la combustible sea la propia ilusión.

Mirando hacia mi próximo viaje en moto por el país —un viaje que anhelo para ver con mis ojos esas rutas infinitas y esos pueblos silenciosos—, me pregunto si la geografía argentina no es una metáfora perfecta de nuestro estado anímico: vasto, bello en su diversidad, pero lleno de zonas desoladas y parches donde la modernidad no llega, donde la gente vive en un presente interrumpido. Tal vez en cada kilómetro, vea la esperanza, y también el engaño, coexistiendo en el mate compartido de un bar de ruta o en la charla casual con un mecánico de pueblo. Y puede que, sin esa aparente contradicción, la Argentina deje de ser lo que es.

Reflexiono: ¿cómo es que la vida y la muerte se entrecruzan tan a menudo en estos relatos? Un soldado que muere en una guerra sin gloria, un padre que sucumbe a la violencia de un golpe, una madre que agoniza en la miseria… La muerte, en esta tierra, no aparece como un suceso aislado, sino como una presencia que roza las transiciones históricas, casi normalizada en cada crisis. Y al mismo

tiempo, la vida se empeña en renacer: la vida de los familiares que siguen adelante, de las próximas generaciones que, ignorando a veces el pasado, se aventuran en nuevos proyectos.

Puede parecer sombrío, pero yo lo interpreto como una señal de la fuerza vital que late en la gente que conocí (o cuyos fantasmas me hablaron). Cada vez que nos sacuden dictaduras, colapsos económicos o pandemias, emergen quienes siembran, arriesgan, apuestan al futuro. No es un cuento de hadas, es el realismo crudo de vivir en un entorno donde la fragilidad es ley, y la muerte es apenas un umbral que nos recuerda lo efímero de cada empresa. Irónicamente, esa cercanía con el fin parece alimentar una voluntad inquebrantable por seguir viviendo y buscando nuevos horizontes.

En mi caso, he puesto la vida en el arte de escribir, mientras la muerte —presente en las voces de mis relatos— me insinúa que el tiempo no aguarda. Tal vez por eso, ahora, me lanzo a la ruta en moto, con la certeza de que cada día cuenta, y que las historias que conté no deben quedarse en mi escritorio: debo confrontarlas con el rostro real de quienes las inspiraron.

Muchos me preguntan: “¿Por qué expones tanto la miseria, las guerras, los golpes, los colapsos?” Pienso que la literatura es ese espejo que, si lo usamos con honestidad, no mentiría. No se trata de regodearme en el lamento, sino de encender la verdad de los sucesos, incluso los más trágicos. La sociedad, en cambio, a veces prefiere espejos embellecedores, disfraces patrióticos o cifras que

endulzan las estadísticas. Yo no me arrojo un papel de justiciero, pero reconozco que mi pluma tiene la misión de no mentir. Y la crítica social, por fuerte que sea, se convierte en un acto de cuidado: cuidar la memoria colectiva de quedar sepultada bajo la manipulación o el olvido.

No pretendo ser un iluminado; son los testimonios (y las apariciones) quienes me empujaron a señalar la desigualdad, la manipulación mediática, la estafa constante del poder. Ellos me dijeron: “Cuenta esto, ponlo en tu libro.” Y así lo hice, con nombres diferentes, para que la gente reconozca el guion eterno que repetimos, y quizás la crítica social se transforme en autocrítica nacional. Me llaman Olivarius, y con ese pseudónimo firmé mi obra, pero soy apenas una mano que transcribe lo que, de otra forma, se perdería en el silencio.

Hacia dónde irá esta crítica, no lo sé. Tal vez me granjee enemistades en ciertos círculos, o tal vez sea bienvenida en foros que buscan un cambio real. Lo cierto es que no concibo un discurso complaciente cuando la realidad de la calle te golpea tan duro. Uno de mis deseos, en este viaje que emprendo, es medir en el rostro de la gente si esas palabras han calado, si entienden que no es la crítica por la crítica misma, sino un reflejo de lo que tantos ya han visto y callado.

A veces me detengo a pensar: ¿Cómo se concilia el amor por esta tierra con la decepción cíclica de cada promesa incumplida? En mis escritos, reflejo las ansias de quienes marcharon detrás de líderes

que luego los traicionaron, de obreros que defendieron una revolución que se vendió al mejor postor, de soldados que dieron la vida por una guerra sin futuro y de periodistas que, tragados por la censura, escribieron en contra de su conciencia. Me planteo si el afecto por la Argentina no consiste, precisamente, en reconocer sus sombras y no renegar de ellas, ni negarlas con un discurso triunfalista. Tal vez la cercanía con la herida sea la forma más honesta de amor que podamos brindarle.

He llegado a la conclusión de que la contradicción no es un accidente, sino la materia prima que compone la identidad nacional. Cada década, cada crisis, cada levantamiento nos confronta con visiones opuestas. Una mitad exige orden a toda costa, otra anhela libertades plenas aunque choquen con el orden. Una justifica la mano dura, otra alza banderas de resistencia. Y en el centro, la gente en la calle, intentando sobrevivir a la inflación, a la represión, a la censura, a la pandemia o a la nueva ola de descontento. La historia argentina, de alguna manera, es un vaivén de posturas que jamás se reconcilian. Y no sé si la solución pasa por imponer una de ellas, sino por aceptarlas en su irreconciliable coexistencia.

Como escritor, he sentido el peso de esa contradicción en cada línea. Por un lado, me piden un mensaje de esperanza; por otro, me dictan la dureza de las muertes y caídas que atraviesan mi relato. A ratos, quisiera encontrar la síntesis, la calma definitiva, pero un impulso más realista —quizá más cruel— me dice que esa calma sería

antinatural para un país tan visceral. De ahí que mis textos se muevan en el filo entre la fe y el escepticismo: sí, creo en la fuerza de la gente, pero no puedo cerrar los ojos al desfile de ilusiones que, una y otra vez, nos estalla en la cara.

¿Es esto un destino trágico? Tal vez no sea tragedia, sino la esencia de un lugar que no tolera la pasividad. Un espacio donde las personas viven con intensidad cada giro político, cada cambio económico, arriesgando su estabilidad por una chispa de transformación. En esa dialéctica, la contradicción se vuelve una energía motora, un latido que nos hace tambalear, pero que también nos mantiene despiertos. Si hubiera solo un discurso oficial, de paz impuesta, quizá esa tierra prometida se parecería más a un letargo que a una verdadera armonía.

Ahora que me dispongo a iniciar mi viaje en moto, con el amuleto en el bolsillo, me pregunto si no estoy buscando otro choque frontal con esas contradicciones. Deseo ver cómo se vive en los pueblos olvidados, en los suburbios castigados por la ausencia de oportunidades y en las regiones rurales donde el pasado parece a veces intacto. ¿Qué encontraré? Seguramente los relatos discordantes, la hospitalidad de gente que carga siglos de desengaños y aun así te ofrece su pan y su mate. Y, mientras el motor vibre, sentiré que en la carretera se diluyen los absolutos y emergen las preguntas.

Me llevaré en la mochila mi convicción de que ningún libro redime la realidad, pero también la esperanza de que cada testimonio que recoja pueda formar parte de un coro más amplio, un coro que —pese a la disonancia— confirme la vitalidad de un país que no deja de reinventarse en sus contradicciones. Y si la “tierra prometida” sigue siendo una quimera, tal vez nuestro destino sea seguir caminando hacia ella, no para poseerla, sino para mantener encendida la llama de un futuro por el que valga la pena luchar.

He concluido el grueso de mis apuntes; he dado forma a ese mosaico de voces que me exigió abrir la conciencia al país y sus heridas. Reviso una vez más mi escritorio, la libreta con anotaciones dispersas, y el amuleto de madera que me ha acompañado desde que el médico me lo entregó. Nada mágico en su apariencia, pero sí un símbolo tenaz: un objeto que sobrevivió a tragedias previas, pasando de mano en mano, como si contuviera el pulso de una tierra donde las promesas nunca terminan de cumplirse.

Ahora que he guardado todos mis cuadernos en la maleta, contemplo la moto reluciendo en el patio. Mañana partiré hacia el sur, sin un plan muy preciso, dejándome llevar por la carretera, el rumor del viento y el llamado de los silencios que, quizás, en los rincones más olvidados, encuentren un eco. Me pregunto qué busco en ese periplo: ¿una revelación, la redención de esta “tierra prometida” que jamás se concreta, o tan solo el placer de rodar lejos de los fantasmas que yo mismo invoqué?

Reconozco que necesito ver con mis ojos lo que escribí: los pueblos donde la dictadura dejó cicatrices, las calles que estallaron en 2001, los hogares que sufrieron la hiperinfación en el 89, o las islas de Malvinas donde un soldado dejó su vida. Sin embargo, no pretendo convertirme en un testigo privilegiado ni en el dueño de la verdad. Llevaré el amuleto en mi bolsillo, recordándome que cada historia me llegó a través de visiones y relatos sesgados, que cada versión contradice a otra, y que la Argentina es tan vasta y cambiante que tal vez cualquier certeza quede rebasada por la realidad.

En lo íntimo, anhelo hallar un sentido más profundo a la vida, a mi vida, que se volcó por entero a narrar un país en su laberinto de crisis y esperanza. Me pregunto si, en el fondo, todos estos golpes, revoluciones, pandemias y exilios no responden a un mismo latido: el anhelo de algo mejor que, de tan distante, se vuelve inalcanzable. No descarto que, sobre la moto, al sentir el aliento del viento helado del sur, me reconcilie con la idea de que quizá la “tierra prometida” sea tan solo una metáfora para el camino que transitamos, nunca para la llegada.

He escuchado a tantos decir “aquí no se aprende de la historia,” “repetimos los errores.” Pero yo, tras recopilar estas voces, sospecho que la Argentina que veo no es simple ignorancia, sino una tensión constante entre la ilusión y la realidad. Quien se embarca en un gran proyecto político, económico o cultural lo hace con la convicción de que, esta vez sí, la promesa se cumplirá. Y cuando no ocurre, la

decepción es tan honda que nos hunde en la desconfianza absoluta… hasta que la esperanza reverdece de nuevo, en un ciclo interminable. Es la raíz de esta tierra: un latido de fe y escepticismo que convive, un péndulo entre la libertad exaltada y la caída inevitable.

Tal vez mi viaje por el sur —ese mapa extenso y sublime— me confronte cara a cara con la belleza y el desamparo, con los parajes que parecen salidos de un sueño y la crudeza de tantos pueblos resignados al olvido. Ahí, en el contraste, tal vez entienda que esta latencia de la “tierra prometida” es precisamente el motor que no nos deja morir en la apatía. Nos condena, sí, a crisis recurrentes, pero nos impulsa también a levantarnos mil veces. Y si no hay un arribo final, lo esencial es el movimiento: no quedarnos varados en el lamento.

Mientras cierro la última caja, paso la vista por mi estudio y observo el amuleto sobre la mesa, listo para guardarlo en la chaqueta. El médico me lo confió, y antes, perteneció a otros que vivieron tragedias que plasmé con nombres falseados, para protegerlos —o protegerme de la responsabilidad de exponerlos. En su madera oscura advierto marcas que podrían ser restos de sangre, de lágrimas, o meras huellas del tiempo. No lo sabré con certeza; no lo necesito. Lo llevaré conmigo como un recordatorio de que la palabra “verdad” siempre será aproximada, y que el viaje de mi escritura no concluye con un libro famoso, sino con cada kilómetro que me aleje de casa en busca de más rostros e historias.

Mañana, al encender el motor, no espero hallar un destino glorioso. Sé que la tierra prometida, en esta Argentina que tanto amo y padezco, quizás nunca llegue. Pero en el afán de perseguirla, de escuchar la música de sus promesas y de narrar los desencuentros, tal vez resida la razón de mi viaje. Y si algo he aprendido, es que la grandeza de escribir radica en no forzar un final feliz, sino en honrar la tensión eterna entre lo que somos y lo que quisiéramos ser.

Me despido de esta vida sedentaria con gratitud por las visiones —y apariciones— que me prestaron sus historias. Subiré a la moto, con el amuleto en el bolsillo y los cuadernos listos para anotar nuevos testimonios. Tal vez a nadie le sirva mi método, y quizá mis libros se olviden en la próxima crisis. Pero habré cumplido con mi deber: escribir para la memoria de un país que se construye en mil retazos, y en ese tapiz inacabado, dejar mi trazo humilde. En mi respiración vive la expectativa de un camino largo, pleno de silencios y descubrimientos, donde la promesa que no llega sea, justamente, la fuerza que me impulsa a no detenerme.

Fin.

Olivarius

Introducción para quien ya comprendió

El viaje como excusa, el movimiento como espejismo.

Viajamos creyendo que el desplazamiento puede revelarnos algo, que en el cambio de escenarios hallaremos respuestas que, en la quietud, se nos han negado. La idea del viaje está íntimamente ligada a la transformación: nos enseñan que todo trayecto es una iniciación, que la distancia impone sabiduría y que quien vuelve ya no es el mismo que partió.

Pero, ¿y si todo eso es un mito?

¿Qué pasa cuando el viaje no responde a una necesidad de conocer el mundo, sino a una huida de uno mismo? ¿Qué ocurre cuando la ruta no nos conduce hacia la verdad, sino que simplemente nos aleja del ruido?

Olivarius no viaja para encontrar un destino. Viaja porque no puede quedarse quieto. Porque la estática de la vida lo asfixia y necesita creer que la carretera le dará algún tipo de orden interno. Viaja, como tantos otros antes que él, con la secreta esperanza de que el

movimiento lo redima, que la geografía le entregue, por fin, un sentido que la experiencia ordinaria le ha negado.

Pero en el fondo, lo sabe: la ruta es una excusa. No hay revelación esperando en el horizonte. No hay un final en el que todo encaje y la existencia se vuelva clara. Solo hay más kilómetros, más rostros que se cruzan un instante y se pierden para siempre, más pueblos agonizando en la indiferencia del tiempo.

Porque el viaje, como la vida misma, es un espejismo: cada curva parece prometer algo distinto, pero al final, siempre nos encontramos con nosotros mismos.

Viaje Y Existencialismo.

Desde la Antigüedad, el viaje ha sido una metáfora del conocimiento. Ulises no solo regresa a Ítaca, sino que se reconstruye a sí mismo en cada episodio de su Odisea. Dante no solo atraviesa el Infierno, sino que su descenso es el reflejo de su transformación espiritual.

Pero en la modernidad, el viaje cambia de significado. Ya no es una progresión hacia la sabiduría, sino una manifestación del absurdo. El extranjero de Camus camina sin rumbo porque la vida misma carece de dirección. Los personajes de Kerouac huyen de sí mismos, creyendo que en el movimiento frenético encontrarán una verdad que, por definición, no existe.

Olivarius es heredero de esta tradición. No parte en busca de respuestas absolutas, sino de fragmentos de realidad, de historias ajenas que lo ayuden a entender su propia dispersión interna.

Pero la pregunta sigue latente.

¿Realmente se encuentra algo en el trayecto o solo el reflejo deformado de lo que ya llevamos dentro?

El Espejismo Del Movimiento.

Pensamos que el viaje nos aleja de lo que somos, que nos reinventa, que nos convierte en otra cosa. Pero lo cierto es que nadie escapa de sí mismo.

Podemos cruzar ciudades, recorrer países, perdernos en pueblos donde nadie conoce nuestro nombre, pero la conciencia siempre viaja con nosotros. Y en el silencio de la autopista, cuando el paisaje se repite una y otra vez, las mismas preguntas nos acechan:

¿Quién era yo antes de partir?

¿Quién seré cuando esto termine?

¿Importa realmente hacia dónde voy?

Para Olivarius, estas preguntas no tienen respuesta clara. No porque sean imposibles de contestar, sino porque tal vez el error está en creer que el viaje debe responder algo.

Los pueblos que visita no existen para otorgarle sentido, sino que simplemente están allí, indiferentes a su presencia, resistiendo el paso del tiempo. Los rostros que se encuentra no son guías espirituales ni figuras simbólicas, sino personas comunes, atrapadas en sus propias vidas, con sus propias incertidumbres.

Y en esa falta de trascendencia es donde reside la verdadera revelación: el mundo no nos espera, no nos recibe, no nos otorga nada. Es solo nuestra mirada la que transforma lo cotidiano en algo significativo.

El viaje, entonces, no es un maestro ni un rito de iniciación. Es una distracción que nos permite ignorar, por un tiempo, la insoportable verdad de que la existencia carece de un mapa.

La Ruta Como Metáfora Del Pensamiento.

Quizá el acto de pensar se parezca más a un viaje de lo que creemos. Nos movemos por ideas como quien recorre caminos interminables, saltamos de una certeza a otra como quien pasa de un pueblo a otro, siempre con la sensación de que lo importante está más adelante, en la próxima curva, en el próximo concepto.

Pero la verdad es que nunca llegamos.

El pensamiento es una carretera sin final, un camino sin destino concreto. Y tal vez, la verdadera sabiduría no consista en encontrar respuestas, sino en aprender a habitar la incertidumbre.

Olivarius recorre kilómetros, pero cada paisaje es un reflejo de su propia mente. No hay un “allá” donde las respuestas lo esperen. Todo lo que busca, si es que realmente busca algo, está dentro de él.

Pero la pregunta es: ¿tendrá el valor de enfrentarlo?

“Las sombras no necesitan explicar la luz”

Capitulo 1:

El viento azotaba con fuerza la parte baja del casco, provocando un zumbido constante que Olivarius sentía más en el pecho que en los oídos. Eran las seis de la tarde, según el reloj digital de la moto, pero la ruta todavía ardía con el calor del sol de verano. Había salido de Buenos Aires sin mirar atrás, dejando apenas un par de mensajes de despedida a quienes realmente importaban. El resto, pensó,

terminaría enterándose en algún momento de que él se había marchado. Prefería así: menos explicaciones y menos compromisos.

Aceleró un poco más; el paisaje a los costados se volvía difuso con la velocidad. Era la tercera vez que tomaba la Ruta 3 en su vida. Las dos anteriores habían sido viajes en auto, acompañado, con risas y música que lo protegían de pensar demasiado. Ahora todo era distinto. Ni risas, ni acompañantes, ni certezas. Únicamente un objetivo difuso: rodar por Argentina durante cien días, recogiendo historias y retazos de vida que, en teoría, formarían la base de un nuevo libro.

—¿Qué estoy haciendo? —se preguntó, pero ni siquiera él tenía la respuesta. Había salido con tanta prisa de la ciudad que no organizó un plan de ruta detallado. Solo sabía que tenía que avanzar, que el movimiento era la mejor forma de silenciar las voces que retumbaban en su cabeza.

Las voces decían que estaba loco por dejar atrás una prometedora carrera literaria justo cuando empezaba a asomar en los círculos culturales. Decían que un autor no podía desaparecer tan de golpe sin arriesgar su momento de fama. También decían que no se puede huir de uno mismo. Pero Olivarius llevaba el casco bien encajado y no pensaba escuchar nada que no fuera el rugido del motor.

Un cartel verde al borde del asfalto anunciaba las distancias hasta las próximas ciudades. La más cercana quedaba a setenta kilómetros. Se preguntó si valía la pena frenar allí para dormir o si

sería mejor correr hasta la noche cerrada. Todavía no estaba cansado, pero la leve molestia en los hombros comenzaba a recordarle que no era un motociclista de experiencia.

Habían pasado pocos días desde que compró la moto, una usada que consiguió en buen estado. Ni siquiera había tenido tiempo de bautizarla. Algunos amigos mecánicos le recomendaron que, antes de emprender un viaje tan extenso, hiciera algo más que un test de ruta corto. Pero la prisa y la determinación de irse pesaron más. “Cuando tenga un problema —decía siempre—, veré cómo lo resuelvo en el camino.”

En lo alto del cielo, las nubes se teñían de naranjas y rosas apagados. Atardecer largo y crepitante, muy típico de los veranos en la llanura. Podía oler la mezcla de pasto caliente, polvo y algo a lo que prefería llamar libertad. No había grandes cerros ni bosques espesos todavía, sino una sucesión monótona de campos, silos y tractores. Para muchos, un paisaje aburrido; para él, era la entrada a un mundo sin promesas y sin planes fijos. Y, paradójicamente, la libertad del no-plan le daba cierta euforia.

—Podría frenar en algún boliche al costado de la ruta —pensó—. Un lugar con un techo donde tomar algo fresco. Tal vez un poco de carne asada y dormir en una cama barata. Mañana será otro día.

Así que bajó la velocidad y condujo más atento a las señales. Al cabo de unos diez minutos, divisó una estación de servicio con un restaurante adjunto. No parecía un lugar muy grande, apenas un

rectángulo de cemento con techo de chapa y una calle lateral donde estacionar. Lo suficiente para saciar el apetito y descansar los músculos.

Detuvo la moto, apagó el motor y se quitó el casco, liberando el sudor acumulado en la frente. El calor era todavía sofocante. Con la chaqueta en la mano, avanzó hacia la puerta del restaurante. Desde afuera se podía ver el interior iluminado con tubos fluorescentes. Había dos mesas ocupadas por camioneros y un anciano sentado junto a una botella de vino. Olivarius respiró hondo, recordando que se había impuesto conocer gente nueva, dejar que los encuentros del viaje formaran parte de su experiencia. Con un ligero carraspeo, empujó la puerta.

El bar olía a grasa antigua, tabaco rancio y sopa recalentada. Una mujer de unos cincuenta años, que llevaba el pelo recogido en un rodete, lo miró un segundo desde la barra y luego siguió puliendo vasos con un trapo. Él saludó con un leve ademán de cabeza y se sentó en una de las mesas libres, cerca de un viejo ventilador que giraba sin mucho ánimo. Notó que los demás clientes miraban con curiosidad al “forastero” que entraba vestido con atuendo de moto.

—¿Qué te sirvo? —preguntó la mujer, acercándose.

—Lo que tengas fresco. Y algo para comer. ¿Tienen empanadas?

—Sí. Reciente no sé si están, pero tenemos. —Respondió sin mucho entusiasmo, pero no de mala gana.

Le trajo una jarra con gaseosa y un vaso lleno de hielo, junto con un plato con tres empanadas que se veían un poco duras en los bordes. Olivarius probó un bocado; la carne tenía sabor a recalentado, pero después de varias horas en la ruta, se sintió un banquete.

Mientras comía, oyó la charla en la mesa de los camioneros. Hablaban de los precios del gasoil, de la posible inflación, de lo duro que estaba el trabajo. Y en la televisión, un canal de noticias regional cubría la sequía de la zona; imágenes de cultivos amarillentos y testimonios de agricultores que se lamentaban. “Algo tan común y tan ajeno a la vez”, pensó. En su vida habitual de escritor urbano no se detenía a pensar en la sequía. Ahora que estaba en medio de esos campos, la realidad se sentía diferente.

Acabó las empanadas y se acomodó en la silla, sintiendo las primeras agujetas en la espalda. Miró de soslayo al anciano que estaba solo en la otra mesa. Tenía una botella de vino que ya iba por la mitad. Parecía hundido en sus pensamientos, mirando un punto indefinido de la pared. Olivarius no quería entrometerse, pero tenía esa chispa de curiosidad naciente: ¿quién sería? ¿Tendría historias que contar? Después de todo, su viaje buscaba precisamente relatos nuevos, voces distintas.

—¿Querés café o postre? —preguntó la mujer del bar, interrumpiendo sus meditaciones.

—Un café. No muy cargado. Gracias.

Estaba por sacar su libreta para anotar un par de reflexiones —pretendía que fuese su bitácora a lo largo de los cien días—, cuando el anciano se levantó y se acercó, botella en mano.

—¿Sos vos el de la moto de afuera? —soltó, sin preámbulos.

—Sí, señor, así es. Me llamo Olivarius —dijo alargando la mano. El anciano la miró un segundo antes de estrechársela.

—Yo, si querés, me llamo Tomás. ¿Viajás lejos?

—Voy hasta donde me lleve el camino. Voy recorriendo el país.

Tomás asintió con lentitud, como si esa respuesta fuera la única posible en este lugar perdido del mapa. Ladeó la cabeza e indicó la silla frente a él. Olivarius comprendió la invitación y asintió, cambiándose de mesa con el café todavía humeante entre los dedos.

—¿Tenés familia? —preguntó el anciano, sin rodeos.

—No tengo hijos. Tengo padres, pero viven en otra provincia. ¿Y usted?

—Vivíamos mi señora y yo. Ella murió hace un par de años. Ahora estoy solo con la compañía de la tele y de este vino. —Levantó la botella como un trofeo triste.

La mujer de la barra lanzaba miradas de advertencia hacia Olivarius, como diciendo “no le hagas caso, está medio loco”. Pero él no se sintió incómodo. Incluso agradeció un contacto humano en medio de la ruta.

—¿Y qué buscás en un viaje así? —prosiguió Tomás, con los ojos entornados.

—Dicen que uno se encuentra a sí mismo cuando se pierde un poco.

—¿De qué te escapás? —repreguntó el anciano, esbozando una media sonrisa pícara.

La pregunta cayó como un dardo inesperado. Olivarius tragó saliva. No estaba seguro de querer hablar de su carrera literaria, de la fama incipiente y el vacío que había sentido cuando todo empezó a funcionar “demasiado bien”. Se limitó a contestar:

—A veces escaparse es la única manera de avanzar.

Tomás no lo presionó. Dio un sorbo a su copa y cambió de tema, contándole anécdotas sobre cómo era ese tramo de la ruta veinticinco años atrás, cuando él conducía un camión y llevaba frutas de un extremo a otro de la provincia. Olivarius lo escuchó con atención, incluso esbozando una sonrisa cuando el anciano relató cómo en cierta ocasión tuvo que compartir la cabina con una gallina que se negaba a permanecer en la caja trasera. Cada historia tenía un matiz campechano, casi inverosímil, y a la vez sumamente humano.

Para Olivarius, esa simple charla era un recordatorio de por qué estaba ahí: encontrar historias auténticas, gente real, vidas que se contaban en primera persona y no en feeds o reseñas digitales. Cada pequeña anécdota parecía querer prenderse como chispa en su memoria, tal vez para luego transformarla en un relato, un poema o un capítulo de la bitácora.

—¿Ya tenés lugar para dormir? —preguntó Tomás de pronto.

—Aún no. Quizás siga un poco más adelante o pare en algún hotel de la ruta.

—Acá no tenés hoteles decentes hasta dentro de cincuenta kilómetros. A menos que quieras quedarte en una pieza que una vecina alquila a camioneros. No es gran cosa, pero sirve para pasar la noche.

Olivarius dudó. Había planeado tal vez llegar hasta la siguiente ciudad. Pero mirar el cielo y ver cómo los colores se apagaban tras la línea del horizonte le hizo sentir un cansancio repentino.

—¿Dónde vive esa vecina?

Tomás lo guio fuera del bar y le mostró una casa pequeña a un par de cuadras, cruzando un terreno baldío. Resultó que la vecina era su sobrina, una mujer de mediana edad con gestos amables. Le ofreció un cuarto muy básico, con una cama de una plaza, un placard antiguo y una ventana que daba a la parte trasera, donde se amontonaban gallinas dormidas. Le cobraría un precio irrisorio, pero

Olivarius aceptó sin discutir. Necesitaba ducharse, comer algo ligero y retomar el viaje al amanecer. Tenía todo un país que recorrer.

Al cerrar la puerta de la habitación, se quedó un rato observando su reflejo en un espejo roto. Llevaba la barba incipiente, el cabello despeinado por el casco y un aura de cansancio mezclado con un atisbo de determinación. Se sentó en la cama y sacó su libreta, esa que pretendía llenar de notas y reflexiones durante los cien días. La abrió en la primera página en blanco y escribió la fecha. Dobló la muñeca, sintiendo un leve temblor. Tal vez fueran nervios, o tal vez fuera simple fatiga muscular. Luego anotó:

Día 1. Me detuve en un bar sin nombre. Conocí a Tomás, un anciano que toma vino y habla de gallinas. No sé muy bien qué busco, pero sé que lo necesito. Mañana seguiré rumbo al sur. Quizás encuentre algo de mí en esas rutas interminables. Ojalá la moto aguante y mi ánimo también.

Mientras la tinta se secaba en el papel, Olivarius sintió que esa frase, por sencilla que fuera, ya contenía algo genuino. Cerró la libreta, apagó la luz y escuchó los sonidos de la noche: grillos, un motor

lejano, el murmullo de los camioneros que seguían en el bar. Un perro ladró sin muchas ganas.

Cerró los ojos y pensó en la ciudad. En su estudio lleno de libros y en la computadora encendida, con mensajes urgentes de editores que probablemente se preguntarían dónde estaba. En la heladera vacía de su departamento, en la habitación desordenada que dejó. No era miedo lo que sentía, sino algo parecido a la liberación.

“Quizá —pensó— es el primer día de una historia que todavía no alcanzo a comprender.”

Se durmió con esa idea girando en su mente, mientras en la pared jugaban las sombras indefinidas de las gallinas que dormitaban en el patio trasero. Mañana, la ruta seguiría llamándolo con su monotonía y su magia a la vez, prometiendo un nuevo capítulo por escribir.

Parte II

El cansancio parecía haberlo vencido, pero a mitad de la noche Olivarius se despertó sobresaltado. Un ladrido lejano —quizás de algún perro atado en el baldío— resonaba sin tregua entre las paredes. Tardó unos segundos en ubicarse: la penumbra, la cama

angosta, las gallinas al fondo… Recordó que estaba en la casa de la sobrina de Tomás, en aquel pueblo sin nombre que había encontrado casi por casualidad. Se limpió el sudor de la frente y notó que seguía vestido, con los pantalones y la remera puestos.

Se incorporó con cuidado, intentando no hacer ruido, y fue hasta la ventana. La noche era pesada, llena de grillos y de un aire tibio que apenas se movía. Miró el reloj: casi las tres de la madrugada. Pensó en volver a acostarse, pero el ladrido insistente lo inquietaba. Tal vez el perro había sentido su presencia y se había alterado. O tal vez estaba ladrándole a algo en la oscuridad del baldío.

—No voy a poder dormir con este escándalo —penso para sí, y decidió salir un momento a despejarse.

Al abrir la puerta de la habitación, se encontró con el pasillo en penumbra. Un foquito tenue, colgado de un cable, iluminaba apenas el corredor hasta la salida de la casa. Caminó descalzo sobre el piso de mosaicos fríos, sintiendo la adrenalina de estar en un lugar desconocido. Al fondo, la puerta principal estaba entornada. Se asomó con cautela y vio que la sobrina de Tomás (a quien, por cierto, aún no había oído nombrar por su nombre) estaba sentada en un banquito de madera, junto a la vereda.

—¿Te desperté? —preguntó ella, girando un poco la cabeza. Tenía un mate en la mano, y un termo apoyado en la falda.

—No, fue el perro —respondió, haciendo un gesto con la mano hacia el baldío.

—Ah, el perro de doña Micaela. Cuando se pone a ladrar no para más. Parece que hoy le tocó rondar por acá.

Ella le ofreció un mate, y Olivarius dudó un instante. No por desconfianza, sino porque no esperaba intimar así de golpe en plena madrugada. Pero aceptó. El amargor le pareció intenso al primer sorbo, aunque sintió cierta calidez reconfortante.

—Mi tío me dijo que venías de Buenos Aires.

—Sí, salí esta tarde. Quiero recorrer el país.

—¿Periodista?

—No, soy… bueno, escribo. O al menos eso intento.

—¿Cómo un poeta? —preguntó ella, arqueando una ceja.

—Relatos, novelas, un poco de todo.

La mujer asintió. Parecía más despierta que él a esas horas, quizás acostumbrada a lidiar con el perro o con insomnios habituales. Un

ligero sonido de ramas agitándose les llegó desde el baldío, y el perro redobló sus ladridos un par de segundos antes de calmarse.

—Soy Leticia —dijo al fin.

—Olivarius. Gracias por hospedarme.

—No hay de qué. Hay poco turismo por acá. Alguna moneda extra no cae mal.

El silencio se instaló entre los dos, pero no uno incómodo, sino más bien esa pausa donde cada uno deja que la noche respire. Olivarius sentía curiosidad por Leticia; quería saber si tenía familia, si vivía sola, pero no se atrevió a lanzar demasiadas preguntas de golpe. Ella, por su parte, parecía sumergida en pensamientos lejanos.

—¿Vas a seguir mañana tempranito? —preguntó, rompiendo la pausa.

—Sí, quiero avanzar más hacia el sur. Me quedan muchos días, pero prefiero aprovechar las mañanas frescas para rodar.

—Cuidate en la ruta. Hay tramos largos donde no vas a encontrar nada. Ni un surtidor, ni una casa.

—Es lo que busco, supongo.

Él le devolvió el mate y echó un vistazo al cielo oscuro. Apenas se distinguían algunas estrellas, difuminadas por la contaminación lumínica de la modesta red de faroles del pueblo. Recordó la imagen romántica que tenía de “dormir bajo un manto estrellado”, pero adivinó que todavía no estaba lo bastante lejos de las zonas pobladas para contemplar ese firmamento total que algunos viajeros describían como inolvidable.

—Si necesitas algo, me tocás la puerta —dijo Leticia, alzándose del banquito. Apagó el foquito del pasillo, dejó el mate en una mesita vieja y se despidió con un gesto de la mano.— Que duermas bien.

Olivarius quedó solo, observando la calle: un par de casas dispersas, la ruta a unos metros, y la oscuridad del baldío donde el perro se movía entre sombras. Por un instante, pensó en salir a calmarlo, pero comprendió que sería inútil. Optó por volver a la cama, esperanzado en que el cansancio le ganara la partida al ladrido. Se tumbó y cerró los ojos.

A la mañana siguiente, el sol entró sin piedad por la ventana, despertándolo antes de las siete. El perro, por suerte, había callado a eso de las cuatro, y Olivarius pudo dormir un poco más. Se lavó la cara en un pequeño baño que quedaba en el pasillo, recogió su casco y su chaqueta, y salió. Encontró a Leticia en la cocina, fregando unos vasos.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Sí, gracias. ¿Cuánto te debo?

—Dame quinientos. Incluye la ducha, la cama y la compañía del perro. —Sonrió con un deje de ironía.

—Perfecto.

Pagó en efectivo y le agradeció la hospitalidad. Leticia le comentó que a esa hora podía encontrar un desayuno sencillo en la estación de servicio. Olivarius se despidió con un apretón de manos, con la sensación de que no volverían a verse. Así de efímeras serían, al fin y al cabo, muchas de sus interacciones en este viaje.

Recorrió las dos cuadras hasta la estación. El aire de la mañana todavía guardaba un frescor agradable, y los primeros camioneros ya cargaban combustible. Entró a la pequeña cafetería y pidió unos bizcochos y un café con leche. Se sentó en una mesa cercana a la ventana, y mientras se terminaba el desayuno, sacó la libreta. Anotó un par de observaciones:

“Noche intranquila en el pueblo. El perro, la charla con Leticia en el patio. El tío Tomás y sus historias de gallinas. Me sorprende la gente que vive sin sobresaltos, pero con resignación. Ojalá mi viaje me dé

algo más que resignación: tal vez un poco de claridad o, al menos, una buena anécdota.”

Se quedó mirando esa última frase. Sintió que el viaje era justo eso: una búsqueda de anécdotas, casi como si necesitara llenar un vacío creativo que lo perseguía. Guardó la libreta en la mochila y salió al encuentro de la moto. Fue entonces cuando vio a Tomás, sentado en un bordillo cercano, encendiendo un cigarrillo con manos temblorosas.

—¿Te vas ahora mismo? —preguntó el anciano, alzando apenas la vista.

—Sí, ya es hora de continuar. Gracias por la ayuda de anoche.

—Nada. —Le ofreció un cigarrillo, pero Olivarius lo rechazó con una sonrisa.

—¿Te ha contado algo Leticia sobre…?

—No mucho. Solo me alojó y se fue a dormir.

—Bueno, mejor así. Menos palabras, menos problemas.

Olivarius Le entró curiosidad, pero no quiso indagar. Notó que Tomás parecía algo más demacrado que la tarde anterior, como si la noche de vino le hubiese cobrado factura. El anciano se puso de pie con cierta dificultad y le dio una palmadita en el hombro.

—¿A dónde apuntás ahora?

—Más al sur. Quizá llegue a Bahía Blanca en un par de días, sin prisa.

—Cuando estés lejos, vas a acordarte de este bar. Y te vas a dar cuenta de que hay muchos así, desperdigados en medio de la nada. —Tomás sonrió con un gesto que parecía encerrar varios recuerdos.

Olivarius arrancó la moto con un sentir leve. Se caló el casco y echó un último vistazo a la estación de servicio, la cafetería y las casas adyacentes. Sentía una mezcla de nostalgia y ganas de aventura, incluso cuando apenas llevaba un día fuera de Buenos Aires. No había nada especial en ese sitio —salvo la hospitalidad de un anciano y su sobrina—, pero tal vez esa suma de cosas normales fuese lo que le daba encanto.

—Buena suerte, pibe. —fue la despedida final de Tomás.

La Ruta 3 volvió a desplegarse ante él. El sol empezaba a elevarse con fuerza, amenazando con un calor intenso para las horas siguientes. Con la velocidad moderada, Olivarius dejó atrás los carteles que anunciaban el nombre de aquel pueblo sin relevancia en los mapas turísticos. Ya no importaba: se llevaba en la memoria un par de historias y el encuentro con gente que vivía en la cotidianeidad.

Después de unos kilómetros de marcha uniforme, la radio instalada en la moto comenzó a perder señal. Había sintonizado la emisora local la noche anterior, más por curiosidad que por necesidad de música. Ahora todo era estática y ruidos intermitentes. Olivarius apagó el dispositivo y se quedó a solas con sus pensamientos, sintiendo el sonido incesante del viento.

El paisaje no cambiaba mucho: campos de maíz y girasoles, extensiones de tierra seca y cercas de alambre. De vez en cuando, una bandada de pájaros levantaba vuelo al oír el motor. Por más monótono que pareciera, Olivarius lo sentía liberador. En la ciudad jamás se percibía ese horizonte tan abierto ni ese silencio primordial (cuando uno se acostumbraba al zumbido de la moto).

Le gustaba imaginar que, en algún momento, habría una curva distinta, un recodo del camino que lo llevaría a conocer a otra persona con su propia historia; un mecánico apasionado por la literatura, un peón rural que hubiera visto ovnis, o un viejo hostelero que coleccionara recortes de diarios antiguos. Todos tenían cabida

en el imaginario de su próximo libro, aunque aún no supiera cómo hilvanar esas anécdotas.

Soltó un suspiro prolongado. Pensó en el editor que le había reclamado un nuevo manuscrito: “Ahora que tu nombre empieza a sonar, no desaproveches el momento”, le había dicho. Olivarius sintió una punzada de culpa al recordar cuántos mensajes había ignorado en el último mes. Sin embargo, permanecía firme en su decisión de que si tenía que publicar algo, fuese auténtico, nacido de un encuentro real con el mundo. Y no un producto de la urgencia de ser alguien en el mercado editorial.

—Tal vez este sea el momento de descubrir qué clase de escritor soy —se dijo en voz baja.

El asfalto vibraba bajo las ruedas, y con cada kilómetro, la figura de Tomás, Leticia y aquel perro ladrador se quedaban más atrás, diluyéndose en la distancia. Así, empezaba una nueva jornada en la ruta, la segunda de las cien que Olivarius se había propuesto. Sin mapas detallados, sin horarios. Solo un plan: avanzar y dejar que el país hablara.

Subió un poco la velocidad, disfrutando de la caricia del viento en la chaqueta. El sol proyectaba la sombra alargada de la moto sobre el costado, y él tuvo la fugaz sensación de que esa sombra era el reflejo

de un yo anterior, el que había abandonado en Buenos Aires. Ahora, adelante, la ruta abría infinitas posibilidades, y con ellas, infinitas historias que aguardaban ser descubiertas.

Parte III

No había pasado ni media hora desde que Olivarius dejó atrás el pueblo de Tomás y Leticia cuando un desvío en la ruta llamó su atención. Un cartel oxidado indicaba “Camino a La Azucena, 15 km”. Nada en particular sugería que valiera la pena desviarse, pero sintió el impulso de explorar lo desconocido. Tal vez ahí encontrara algo que lo sacudiera un poco. Después de todo, ¿no había partido en busca de experiencias nuevas, lejos de la comodidad de su rutina anterior?

Giró el manubrio con cuidado, entrando en un tramo de asfalto más estrecho y desgastado. La moto vibró bajo sus piernas, como si protestara por el cambio de camino. Aún así, siguió adelante. El paisaje se volvió más agreste: el verde de los campos se mezclaba con zonas de matorrales secos, y la vista se perdía en lontananza sin rastro de árboles o construcciones. Solo la línea recta del asfalto y los postes de luz separados por varios metros.

Mientras conducía, se sorprendió reflexionando acerca de su decisión de escribir. En Buenos Aires, muchos lo habían alabado por su estilo, por la manera en que sus relatos capturaban pequeñas tragedias cotidianas con un tono íntimo. Se lo tomaba como un logro,

claro, pero, en el fondo, siempre sintió que la aprobación externa era una ilusión frágil. ¿Acaso bastaba un buen puñado de críticas positivas para definirse como escritor? ¿No había algo más profundo que lo empujaba a buscar historias donde nadie miraba?

Para Olivarius, el verdadero escritor no se limita a su escritorio y su biblioteca, por más nutrida que sea. Necesita la pulsión de la calle, la tierra bajo los pies, el contacto con desconocidos, con silencios incómodos y con aquellas realidades que no suelen entrar en los libros. Tal vez —pensó— este viaje sea mi acto de honestidad con la literatura: observar el mundo sin escapatoria, sin filtros.

Avanzó otros cinco kilómetros hasta dar con un cartel que anunciaba la entrada a La Azucena. En realidad, lo primero que notó fue un pequeño puesto de chapas medio derruido, como si hubiera sido un kiosco o una garita de control en alguna época. El lugar parecía desierto, sin indicios de casas alrededor. Un tanto intrigado, se detuvo unos instantes a un costado del camino. Cortó el motor y se bajó de la moto para estirar las piernas.

El silencio era casi total, interrumpido solo por el graznido de algún ave. ¿De verdad hay un pueblo acá?, se preguntó, mirando alrededor. El calor empezaba a subir con fuerza, y el sudor se le acumulaba bajo la chaqueta. Se quitó el casco y se limpió la frente con la manga. Fue entonces cuando percibió un ruido sutil: pasos que crujían sobre la gravilla seca, venían de la parte trasera de la vieja garita.

—Buen día, viajero —dijo una voz grave.

Olivarius se sobresaltó. Ahí, tras la chapa oxidada, emergió un hombre alto, de unos sesenta años, con barba canosa y una camisa arremangada. Lo miraba con curiosidad, aunque sin rastro de amenaza. Sosteniendo un termo bajo el brazo, el hombre se acercó con paso tranquilo.

—Perdón, no quería asustarte —se disculpó—. Me quedé a la sombra un rato. Calor bravo el de hoy.

—No pasa nada. No sabía que había alguien aquí —respondió Olivarius, intentando componer un gesto amable.

—¿Buscás algo? ¿Te perdiste?

—No exactamente. Vi el cartel de La Azucena, me picó la curiosidad.

El hombre asintió y se presentó como Marcos. Contó que vivía a un par de kilómetros, en una modesta quinta donde cultivaba hortalizas y criaba algunos animales para subsistir. Según explicó, aquel cartel no mentía: La Azucena era un poblado que hasta hacía unos años

contaba con unas cien familias, pero la sequía y la falta de oportunidades habían obligado a la mayoría a marcharse.

—No queda mucho por ver, la verdad. Unas cuantas casas abandonadas y gente mayor que se resiste a dejar el lugar. Pero si querés conocerlo, podés seguir derecho hasta la plaza. O lo que queda de ella.

Olivarius lo pensó un momento. El plan inicial era continuar hacia Bahía Blanca, pero aquel pueblo fantasma le resultaba mucho más sugerente que avanzar por la ruta sin escalas. Quizá fuera una oportunidad única para contemplar el abandono, y sobre todo, para plasmarlo más adelante en su libro. El silencio de un pueblo medio muerto, las historias que se esconden en cada casa cerrada… Ahí hay materia literaria, se dijo.

—¿Te acompaño? —preguntó Marcos, sorprendiendo a Olivarius—. Justamente voy para allá, necesito recoger unas bolsas de alimentos en un depósito. Vamos caminando, si querés. Son un par de kilómetros, pero llegamos rápido.

Olivarius dudó, mirando su moto. Le preocupaba dejarla a la intemperie. Sin embargo, Marcos le ofreció un pequeño galpón atrás

de la garita donde guardaba su auto. Estaba con candado, aunque no era la seguridad de un banco, claro. Después de un breve intercambio, Olivarius optó por confiar. No tenía nada de valor salvo la propia moto, y en teoría, nadie pasaba por allí. Si me roban, será parte de la aventura, pensó con un dejo de humor negro.

Acomodó la moto en el interior polvoriento del galpón, sacó su mochila y se dispuso a caminar junto a Marcos. El sol pegaba de lleno, y la tierra bajo sus pies estaba resquebrajada en algunos tramos. Podía ver matas de yuyos secos a los costados, salpicando de un tono amarillento la vasta planicie. El hombre, con su termo y un mate, le ofreció un sorbo. A diferencia del mate nocturno que tomó con Leticia, este estaba tibio y algo lavado, pero sirvió para humedecer la boca.

—¿Y vos? —preguntó Marcos—. No parecés un turista común. Ni un camionero, obvio.

—Soy escritor. O eso pienso. Hago un viaje largo por distintas provincias.

—¿Te interesan estas zonas olvidadas?

—Sí. Justo busco historias, conocer gente, ver realidades diferentes de las de mi ciudad.

—En ese caso, La Azucena te va a decir más de lo que creés —comentó Marcos, sonriendo con una melancolía apenas perceptible.

Tras unos veinte minutos de caminata, divisaron la primera construcción: una vieja escuela, con ventanas rotas y pintadas de hace años. El patio se veía lleno de maleza, y la cerca de alambre estaba casi derribada. Pasaron junto a ella y Olivarius sintió un nudo en la garganta. Pensar que ahí habrían corrido niños, jugado, aprendido a leer. Ahora, era un cascarón vacío.

—¿Qué pasó exactamente? —aventuró él.

—En parte, la sequía y los problemas económicos. En parte, la falta de apoyo gubernamental. Un pueblo pequeño, sin rutas importantes ni productos de exportación, suele quedarse sin recursos. Las familias se fueron. La escuela cerró.

—¿Desde cuándo vive así la gente que queda?

—Digamos que esto empezó hace diez años. Algunos se fueron enseguida; otros aguantaron más hasta que vieron que no había vuelta atrás.

A medida que avanzaban, Olivarius notaba casas clausuradas, ventanas tapiadas y algún que otro perro flaco vagando por las calles polvorientas. Un silencio pesado los envolvía. El eco de sus pasos parecía resonar en la nada. Durante un par de cuadras, no vieron a ningún habitante. Al llegar a lo que supuso era la plaza central, descubrió un pequeño espacio con un busto de prócer —imposible de

reconocer por el deterioro— y un banco de madera astillada. Un único árbol raquítico ofrecía una sombra escasa. Allí se sentaba un hombre muy anciano, ladeado sobre un bastón.

Marcos lo saludó con un ademán. Olivarius se quedó un poco atrás, observando la escena. El anciano le devolvió el saludo con un leve movimiento de cabeza y luego posó sus ojos en el recién llegado. Debe de ser raro ver caras nuevas, pensó. Tras un cruce de miradas, Olivarius sintió que tenía que saludar también.

—Buenos días. —El anciano no respondió de inmediato, solo entrecerró los ojos.

—Le cuesta hablar, pero te entiende —aclaró Marcos—. Este es don Bautista.

—Mucho gusto —agregó Olivarius en voz suave, sin recibir gesto de vuelta.

Se acercó unos pasos a la sombra y sintió el alivio mínimo del árbol. Por un instante, pensó en su propia vida en la ciudad: cafés y bares donde la gente se reúne a charlar, murmullo de autos, luces de neón, librerías con escaparates llamativos… Y ahora, este lugar donde hasta las palabras parecían escasear. ¿Será esto la manifestación más pura de la soledad humana?, se preguntó. Un pueblo en ruinas, con habitantes que apenas hablan, un silencio que lo dice todo.

Marcos interrumpió sus cavilaciones:

—Tengo que recoger unas bolsas en ese depósito de la esquina —señaló una construcción baja, con una puerta metálica—. Si te interesa, podés echar un vistazo a la iglesia que está al fondo de la plaza. Aunque está igual o peor que la escuela.

Olivarius asintió y caminó hacia la iglesia. La fachada mostraba grietas y la pintura blanca se había tornado gris amarillento. Las puertas de madera estaban encadenadas con un candado oxidado. Se asomó por una hendija y distinguió un espacio vacío, con bancos reacomodados a un costado y un altar polvoriento. Aquella imagen de abandono le resultó sobrecogedora. Hasta la fe se marchó de aquí, pensó con un matiz de ironía triste.

Se quedó un rato allí, contemplando el interior sombrío de la iglesia. Recordó uno de sus relatos antiguos, donde describía un templo derruido como metáfora de la desolación del alma humana. Sin embargo, estar ahora en la realidad de un pueblo moribundo le parecía infinitamente más duro que cualquier ficción que hubiese escrito. La ficción puede conmover —reflexionó—, pero la experiencia real sacude los cimientos de la conciencia.

Antes de dar media vuelta para volver a la plaza, notó algo en el suelo: un recorte de papel o una hoja suelta atrapada entre dos ladrillos. Con cuidado, la sacó y vio que era un fragmento de un cuaderno infantil, con un garabato y unas líneas escritas con lápiz.

Apenas se leía: “Hoy no vino la maestra. Mamá dice que nos vamos a ir pronto”. Estaba firmado con un nombre ilegible. Esa simplicidad resultó un puñal de realidad: un niño que se fue —quizás para siempre— con la promesa de otro futuro, dejando atrás un cuaderno rasgado. Guardó el papel en su bolsillo, casi como un testigo mudo del lugar.

Cuando regresó a la plaza, Marcos ya lo esperaba con dos bolsas en la mano. Don Bautista seguía inmóvil, hundido en sus silencios. Olivarius percibió en el anciano un modo de presencia que no necesitaba palabras: un estoicismo que solo habitan quienes ya lo han perdido todo.

—¿Listo para volver? —preguntó Marcos.

—Sí. Gracias por mostrarme el pueblo.

Caminaron en silencio por las calles demacradas, pasando otra vez frente a las casas abandonadas y la escuela cerrada. Olivarius sentía un peso nuevo en el pecho: la constatación de que el país estaba lleno de rincones olvidados, de historias truncadas, de vidas que se desvanecen sin dejar rastro. ¿Qué significado puede tener mi viaje?, se preguntó. Estoy buscando inspiración y quizá solo halle el rastro de la desolación.

Recordó a Camus, que hablaba del absurdo de la existencia y de la insistencia humana por encontrar un sentido. Pensó que, a veces, tal vez no hay un “porqué” definitivo, sino solo fragmentos de verdad que uno encuentra en el camino. Y si esa fuera la esencia de mi viaje, reunir trozos de la realidad que me ayuden a ver algo más grande que yo mismo, razonó. Esa idea lo serenó, como si disipara la angustia de encontrar un propósito concreto.

Al cabo de una media hora, volvieron hasta el galpón donde estaba guardada la moto. El sol pegaba de lleno, y Olivarius sacó la botella de agua de su mochila para compartir un trago con Marcos. Ambos bebieron en silencio. Luego, cargaron las bolsas en un carro viejo estacionado a un costado.

—¿Te vas ya? —preguntó Marcos, con un ademán hacia la moto.

—Sí, tengo que seguir. No quiero quedarme mucho rato más con este calor.

—Entiendo. Gracias por escucharme, o por escuchar este lugar.

—Soy yo quien agradece.

Se estrecharon las manos. Hubo un instante en que Olivarius sintió que no eran dos desconocidos, sino dos peregrinos de realidades distintas. Luego, montó la moto y arrancó. Dejó atrás el desvío hacia La Azucena, la garita oxidada y la figura de Marcos, que quedó de

pie, mirándolo partir. Con cada kilómetro que avanzaba en dirección a la ruta principal, revivía las imágenes recientes: la escuela vacía, el anciano inmóvil, el fragmento de cuaderno…

Cuando, por fin, se incorporó de unevo a la Ruta 3, incrementó la velocidad, notando la brisa caliente contra la chaqueta. Tenía la mente llena de preguntas. ¿Por qué la gente se ve obligada a dejar su hogar cuando las condiciones se vuelven adversas? ¿Cómo puede un lugar morir tan lentamente ante la indiferencia general? ¿En qué parte de su libro entraría esa historia del niño que dejó una nota en la iglesia?

Faltaba mucho camino por recorrer, y aún quedaban varios días para que las ruedas de la moto siguieran rodando por la geografía nacional. Pero Olivarius supo, con absoluta certeza, que La Azucena no quedaría en el olvido para él. Este viaje, lejos de ser un mero recorrido geográfico, se estaba convirtiendo en una sucesión de revelaciones. Cada kilómetro lo sumía en reflexiones sobre la vida, la identidad, la injusticia, e incluso la esperanza que a veces renace en medio de la nada.

Aceleró un poco más, sintiendo que necesitaba la ruta para digerir sus emociones. La carretera se extendía ante sus ojos como una promesa inquebrantable: siempre había algo más adelante, siempre un tramo más que recorrer. Tal vez la ruta es mi manera de no rendirme —pensó—. Mientras avance, sabré que sigo buscando.

Sacudió la cabeza, intentando apartar la tristeza que le había dejado ese breve paso por un pueblo fantasma. Sin embargo, comprendió que esa misma tristeza era también un motor: impulsaba su deseo de contar, de darles voz a los lugares y personas condenadas al silencio. Aunque él solo fuese un viajero solitario, quizás sus palabras pudieran, en un futuro, rescatar la dignidad de esos retazos de existencia.

El sol, cada vez más alto, iluminaba la cinta asfáltica como un espejo fulgurante. En la lejanía, un par de siluetas —seguramente camiones o autos— se desplazaban a paso firme. Olivarius respiró hondo y fijó la mirada en el horizonte. Empezaba a sentir que su viaje, más que un desafío físico, era un reto moral y espiritual. La moto era apenas el vehículo; la verdadera travesía ocurría dentro de él.

Y con esa certeza, enfiló rumbo al sur, decidido a convertir cada desvío, cada encuentro y cada historia en parte de su gran obra: la novela de una Argentina vasta y viva, a pesar de los rincones que yacían al borde del olvido. Se dijo que, si la fe se había marchado de La Azucena, él seguiría adelante con la esperanza de sembrar, en algún lector futuro, la semilla de la memoria y la compasión. Después de todo, escribir no era para él un simple oficio: era la única forma de hacer justicia, aunque fuera pequeña y frágil, a la realidad que lo circundaba.

Con una última mirada al retrovisor —como despidiéndose de aquellos silencios—, dejó que el motor cantara su monótona melodía

mientras la ruta se perdía en la reverberación del calor. Aun sin mapas precisos, sabía que su camino apenas estaba comenzando. Y, al mismo tiempo, sintió que había aprendido más en esas horas de asfalto y polvo que en un año entero de la frenética vida urbana. El viaje —pensó— es una lección constante, una que no admite excusas ni aplazos. O lo tomás o lo dejás.

Continuó así, con el corazón un poco más pesado y la mente un poco más despierta. La carretera respondía con el ronroneo de la moto, como una compañera fiel. Cada metro recorrido lo acercaba a lo que en apariencia era un destino incierto, pero que, en la práctica, se convertiría en el compendio de pequeñas verdades que conforman la existencia de miles de seres anónimos. Olivarius sonrió, consciente de que la próxima parada podía depararle otra historia inolvidable… o quizás solo un bar perdido. Y en ambos casos, valía la pena seguir.

Capitulo 2

Parte I

El sol ya estaba alto cuando Olivarius se detuvo en un recodo de la ruta para mirar el mapa. Había atravesado sin contratiempos la mayor parte de la mañana, pero un presentimiento le revoloteaba que no era mala idea chequear su ubicación. Aunque pretendía mantener la aventura “a ciegas”, avanzar sin ninguna orientación podía traerle complicaciones innecesarias. Sacó el viejo mapa impreso de la mochila y lo extendió sobre el asiento de la moto.

La brisa era apenas un soplo tibio, suficiente para levantar un poco de tierra. Alrededor, un paisaje casi monótono: pastizales rasos, algunos arbustos dispersos y, a lo lejos, una hilera de árboles que marcaba el contorno de un antiguo alambrado. Lejos de aburrirlo, esa estampa le producía una calma extraña. Se sentía como un náufrago que, en lugar de agua, veía un mar de tierra sin fin. Y, paradójicamente, le gustaba.

Revisó el tramo que había recorrido desde La Azucena: según lo que calculaba, en unas dos horas más estaría cerca de una localidad un poco más desarrollada. Un lugar con una estación de servicio, un taller mecánico, tal vez un hostal donde reponer fuerzas. La moto seguía comportándose bien, pero un extraño ruido en el motor lo había inquietado un poco durante los últimos kilómetros. No quería arriesgarse a quedarse varado en medio de la nada.

—Veamos… —exclamo, señalando con el dedo un punto en el mapa que se correspondía con el próximo poblado—. San Teodoro. Parece lo bastante grande para encontrar un mecánico. Mejor prevenir.

Guardó el mapa y bebió un trago de agua de su cantimplora. El líquido estaba caliente, pero aun así le supo a gloria. Mientras se alistaba para retomar la marcha, alzó la vista al cielo. Casi sin nubes, la bóveda azul se desplegaba sin atenuar la fuerza del sol. Pensó en cómo, en la ciudad, rara vez se detenía a contemplar algo tan simple como el firmamento. Había semáforos, edificios, pantallas y ocupaciones que le comían la atención. Aquí, en cambio, el cielo es protagonista —reflexionó—, y uno se ve obligado a alzar la mirada con humildad.

Montó la moto y encendió el motor. A pesar de aquel ruido ocasional, el arranque fue limpio. Pisó el acelerador con suavidad, dejando que la ruta volviera a deslizarse ante sus ojos. Mientras avanzaba,

recordó algunas lecturas filosóficas que lo habían influido en su juventud. Cioran, por ejemplo, y su visión desgarradora de la existencia. O Kierkegaard, con la angustia y la necesidad de un salto de fe. Le parecía curioso cómo, en la teoría, muchas reflexiones sobre la soledad y la libertad cobraban sentido acá, sobre este asfalto interminable, lejos de todo y de todos. Tal vez estos filósofos comprendieron que la verdadera lucidez nace cuando uno se aparta de la multitud y contempla la vida a solas, pensó.

Hizo una pausa mental para preguntarse si su búsqueda de historias no era, en el fondo, otro modo de lidiar con su propia angustia. Escribir me permite nombrar el mundo que me duele, y al nombrarlo, lo soporto mejor, se dijo. Aun así, no lo sentía como un simple analgésico. Más bien, era una forma de honrar la realidad que se iba desvelando ante sus ojos. Si la literatura no sirve para asomarse al dolor y a la belleza a la vez, ¿para qué sirve?

Tras una hora larga de recorrido, comenzó a ver los primeros signos de civilización: un corral de vacas a un costado, luego un pequeño supermercado rural con un cartel medio descolorido, y, finalmente, un cartel que anunciaba “Bienvenidos a San Teodoro.” El lugar no parecía grande, pero en comparación con La Azucena era un hervidero de actividad. Se distinguían varias calles de tierra que partían de la avenida principal, una plaza con árboles robustos, y un par de negocios con vidrieras humildes.

Reduciendo la velocidad, Olivarius avanzó con calma por la avenida principal. Era mediodía, y el sol caía con intensidad. Notó un puesto de frutas y verduras al aire libre, atendido por un matrimonio mayor que ofrecía sandías, melones y zapallos. Un grupo de chicos en bicicleta pasó a su lado, lanzando miradas curiosas a la moto y al casco. No veía ningún hotel a simple vista, pero sí un taller mecánico con un cartel grande de “Lubricentro y Gomería”.

—Será mi primera parada —decidió, aparcando la moto en la vereda.

El lugar olía a aceite y caucho. Un hombre de unos cuarenta y tantos, con las manos manchadas de grasa, se acercó al verlo. Se presentó como Lorenzo. Olivarius le explicó el ruido extraño que había escuchado en el motor. Lorenzo revisó la moto con ojos de conocedor, abrió un costado, hizo varias preguntas. Cada tanto encendía el motor y prestaba atención a los sonidos.

—Podría ser alguna vibración por tornillos flojos —dijo al fin—. O algo en el escape. No parece grave, pero vamos a ver.

Lo invitó a sentarse bajo un toldo junto al taller mientras él hurgaba en la mecánica. Olivarius aceptó la sugerencia y se acomodó en una silla de plástico. El calor era sofocante, y se preguntó si el pueblo contaría con algún río o laguna donde refrescarse. Mientras

aguardaba, el recuerdo de La Azucena y su abandono seguía rondándole. San Teodoro es todo lo contrario, pensó, gente moviéndose, comercios abiertos, chicos en bicicleta. ¿Qué factores hacen que un lugar crezca o muera así?

Le vino a la cabeza la noción de la “buena fortuna” de Camus: a veces, la prosperidad de un sitio se debe a un golpe de suerte —una ruta cercana, un gobernador que invierte, una empresa que se instala— y no a la virtud intrínseca de su gente. Y, por el contrario, la desgracia puede ensañarse con lugares que, de no ser por la indiferencia del resto, habrían florecido. Todo es tan frágil…, caviló, sintiendo un escalofrío a pesar del calor.

Estaba absorto en sus pensamientos cuando oyó la voz de Lorenzo:

—Hay un par de pernos flojos cerca del escape. Además, veo un desgaste en la junta. Nada que no se pueda arreglar hoy mismo, pero te va a llevar una o dos horas esperándome.

Olivarius se incorporó y agradeció el diagnóstico. Preguntó cuánto le saldría el arreglo; Lorenzo le dio un precio razonable y le señaló un bar cruzando la avenida, donde podía tomarse algo mientras tanto.

—El “Bar Central”. Tienen buena limonada fría. —Y añadió, con un gesto casi paternal—: Eso sí, cuidate del sol. Se viene un mediodía pesado.

Cruzó la calle, que era de asfalto resquebrajado, pero aun así bastante más cuidado que los caminos de La Azucena. Al entrar al Bar Central, un soplo de aire acondicionado lo recibió. Era un local sencillo, con unas ocho o nueve mesas, un mostrador al fondo y unas paredes decoradas con carteles de Coca-Cola y equipos de fútbol. Un viejo ventilador de techo giraba perezosamente.

—¡Buenas! —lo saludó una mujer con delantal, desde el otro lado del mostrador—.

—Hola, ¿tienen limonada? —preguntó, recordando la sugerencia de Lorenzo.

—Sí, señor. ¿Algo para comer?

Se dio cuenta de que no había probado bocado desde temprano. Un estómago vacío no era el mejor compañero para la ruta. Pidió un sánguche de milanesa y la limonada. Tomó asiento cerca de una ventana donde la luz se filtraba, dándole a la escena un aire de tarde veraniega familiar. Sacó su libreta y se dispuso a tomar apuntes, pero antes de escribir, se quedó contemplando el lugar. La gente vive y se mueve, ajena a mi viaje interior, reflexionó. Para ellos, un tipo con casco y chaqueta es solo un forastero más.

En una de las mesas, un hombre de traje y corbata discutía con su celular, maldiciendo la señal intermitente. Olivarius se preguntó si aquel hombre vendría de la ciudad, de alguna oficina. Quizás un viajante de comercio. A su lado, una mujer revisaba papeles con gesto contrariado. En la televisión, sin volumen, se proyectaban noticias sobre la política nacional. El titular decía algo de una nueva crisis y de un nuevo ministro. Nada cambia y todo cambia, pensó con cierto sarcasmo.

La limonada llegó con cubitos flotando y un aroma refrescante. Con el primer sorbo, Olivarius sintió un alivio reconfortante. Era una pequeña delicia en medio de su itinerario. Minutos después, la mujer depositó frente a él un sánguche enorme, con la milanesa asomando por los bordes. Casi sonrió al verlo; aquel banquete improvisado le venía como anillo al dedo.

Mientras comía, por fin escribió en su libreta:

Día 2: San Teodoro. Contraste total con el desolado escenario anterior. Aquí, la gente sigue adelante, hay comercios, y un mecánico amable que me habló sin recelo. ¿Por qué un lugar prospera y otro muere? Reflexiono sobre la suerte, la indiferencia, el peso de las rutas principales. ¿Somos acaso como pueblos, algunos con todos los reflectores, otros condenados a la sombra?

Hizo una pausa. Sentía que aquella analogía con los pueblos a la sombra podía aplicarse también a las personas. Muchos individuos no encuentran su lugar en la sociedad, como si vivieran en una Azucena personal, se dijo. El fracaso y la pobreza suelen ser fruto de una conjunción de factores que a veces exceden la voluntad individual. Qué fácil es juzgar desde fuera, creer que la gente no progresa por pereza cuando, en realidad, existen otras tantas fuerzas que los empujan hacia el abismo.

Apuntó esas ideas con un trazo rápido, consciente de que quizá fueran la base para un relato posterior. También anotó: “Conversar con Lorenzo sobre la historia de San Teodoro. Tal vez me cuente cómo se formó este lugar y cómo la gente hace para mantenerse.” Sintió un hormigueo de emoción, la misma que percibía cada vez que creía estar rozando una historia humana digna de ser narrada.

Acabó de comer y bebió el último sorbo de limonada. Se apoyó en el respaldo de la silla y dejó que un leve sopor lo invadiera. Miró el reloj: debía darle a Lorenzo al menos una hora o dos. Tenía tiempo de salir a caminar un poco, ver la plaza, tal vez echar un vistazo a la iglesia si la hubiera. San Teodoro no parecía un lugar turístico, pero tal vez tuviese un encanto discreto que él podría descubrir.

Pagó la cuenta y se despidió de la mujer con un “gracias” sincero. Afuera, el calor era un muro que golpeaba el rostro. Con paso relajado, atravesó la avenida hacia la plaza central. Desde lejos, vio un hombre con un uniforme de la municipalidad barriendo hojas

secas. En el centro de la plaza había un monumento modesto, una estela con un par de placas en honor a veteranos de guerra. Alrededor, flores de diversos colores, algo marchitas por la temperatura, y un par de bancos de madera bajo árboles copiosos de follaje.

Al sentarse en uno de los bancos, notó que las sombras proporcionaban un alivio relativo. Aun así, el canto de las cigarras era ensordecedor. Tuvo un recuerdo fugaz de sus tardes en la ciudad: los autos, las bocinas, las discusiones. Al menos acá, el estrépito proviene de la naturaleza, pensó, aunque sea aplastante, no es invasivo en el mismo sentido. Observó la placa con los nombres de los veteranos: apellidos que le resultaban ajenos, pero que sin duda alguien habría llorado y honrado. En el silencio, sintió un respeto genuino por esas historias que ignoraba y que, probablemente, jamás conocería.

Con la vista fija en aquella estela, recordó la nota que había hallado en la iglesia de La Azucena. Sentía que el viaje lo ponía de cara a distintas formas de ausencia y presencia: pueblos que seguían vivos, pueblos que se marchitaban, y la evidencia de que, en ambos casos, existían dolores y anhelos silenciados. Quizá su papel como escritor fuera atar esos hilos sueltos, coser retazos de humanidad en un relato que mostrara tanto la luz como la sombra.

—Cada lugar es un testimonio de lo que somos y de lo que podríamos ser —se dijo, acariciando la tapa de la libreta en su bolsillo. Su mirada se perdió un momento entre las ramas. Casi parece que el mundo nos habla si nos detenemos a escuchar.

Inspiró largamente, disfrutando de ese instante de quietud. Todavía le quedaba un buen trecho de viaje por delante, pero la urgencia por recorrerlo todo se había apaciguado un poco. Tal vez la clave esté en saborear cada parada, sin adelantarme a la siguiente, meditó. Si no, terminaré pasando por la vida con la prisa del que no se detiene a sentir.

Se puso de pie, dispuesto a dar una vuelta alrededor de la plaza, cuando divisó a un hombre mayor que lo observaba desde la vereda de enfrente, como si evaluara al forastero. Olivarius le devolvió la mirada y le ofreció un gesto de saludo: un leve ademán con la mano. El hombre no respondió, pero tampoco se giró. Permaneció ahí, inmóvil. Por un instante, Olivarius recordó al anciano de La Azucena, y un escalofrío ligero le recorrió la espalda.

—Cada pueblo tiene sus silencios —musitó, guardándose la reflexión para desarrollarla después.

Reanudó el paso hacia la salida de la plaza, pensando en volver pronto al taller de Lorenzo. Sentía que San Teodoro, con su bar, su

plaza y su mecánico bien dispuesto, era como un oasis breve. En un par de días, estaría lejos, retomando el sur o desviándose quién sabe por dónde. Pero quizás, antes de marcharse, pudiera arrancar una pequeña conversación más profunda con Lorenzo, con algún vecino o incluso con ese anciano que lo miraba desde la distancia. Quizá ahí radicaba la esencia misma de su viaje: no en las grandes sorpresas, sino en cada pequeña chispa de humanidad que surgía en cada parada, cada encuentro, cada silencio.

Y con ese pensamiento, Olivarius encaminó sus pasos hacia la avenida, sintiendo la invitación de la ruta, siempre dispuesta a llevarlo a un nuevo capítulo en su larga travesía de cien días.

Parte II

Olivarius avanzó por la avenida principal de San Teodoro, dejando atrás la plaza y al anciano que lo observaba con un silencio inquietante. No quería forzar un encuentro, pero tampoco le agradaba la idea de pasar por ahí sin, al menos, un intercambio de miradas o palabras. Sin embargo, algo en la actitud del hombre —una especie de recelo o advertencia— le sugería que era mejor no insistir.

El mediodía seguía ardiendo, y el calor, más que incomodarlo, lo sumía en un estado de ensoñación extraña. Cada golpe de sol sobre la nuca le recordaba su fragilidad, la necesidad de hallarse en equilibrio con un entorno que no conocía. Se preguntaba si, en la

vastedad argentina, él no era más que otro viajero en fuga, buscando un propósito que tal vez no estaba en los lugares, sino en su interior. Sin embargo, quería creer que cada pueblo, cada rostro, contenía piezas de un rompecabezas mayor que, al completarse, le revelaría algo esencial sobre la condición humana.

Había prometido volver al taller de Lorenzo para revisar el avance en la moto. Cruzó la calle, evitando que un viejo camión que transportaba fardos de pasto lo embistiera. En la puerta del taller, vio a Lorenzo agachado junto a la rueda trasera de la moto, aparentemente concentrado en ajustar algún perno. El mecánico alzó la mirada y se limpió la frente con el dorso de la mano en un gesto de camaradería.

—Te estaba esperando. Ya casi la tengo lista —anunció, con un tono que mezclaba orgullo y alivio.

—¿Cómo va esa junta? —preguntó Olivarius, acercándose.

—Sencillo: reemplacé la junta, ajusté pernos y revisé el escape. El ruido seguro se soluciona con esto. De paso, le hice un chequeo general.

El aire olía a aceite caliente y a plástico quemado por el sol. Olivarius contempló los instrumentos desperdigados sobre una mesa improvisada: llaves inglesas, destornilladores, frascos con tornillos y

tuercas de diferentes tamaños. Pensó en la precisión necesaria para que un motor funcione adecuadamente. Cualquier pieza mal ajustada puede provocar un desastre, reflexionó. Quizá así ocurre también en la vida: un desajuste emocional y todo el sistema corre el riesgo de colapsar.

—Gracias, Lorenzo. Prefiero prevenir que quedarme en bolas por ahí. Al menos sé que acá puedo contar con ayuda —comentó con sinceridad.

—Mirá, acá nos conocemos casi todos. Si tenés un problema en la ruta y parás en San Teodoro, seguro alguien se arrima a darte una mano. No es un pueblo perfecto, pero la gente se cuida.

Aquella afirmación hizo que Olivarius recordara la desolación de La Azucena. Allá, los pocos que quedaban también se “cuidaban” mutuamente, pero en una atmósfera de resignación. En cambio, San Teodoro transmite cierto dinamismo, una energía de subsistencia que lo mantiene en movimiento, pensó. Quizás fuera la diferencia entre un lugar que se aferra a la vida y otro que se entrega al olvido.

Lorenzo lo invitó a entrar a un pequeño cobertizo anexo al taller para enseñarle cómo estaba el nuevo repuesto de la moto. Olivarius, aunque no era experto, agradeció el gesto y se esforzó por seguir las explicaciones técnicas. Mientras el mecánico hablaba —acerca de la importancia de una buena junta, de la necesidad de engrasar ciertas piezas—, el viajero pensó que cada oficio encierra una filosofía implícita: la paciencia, el conocimiento de la materia, el respeto por

los tiempos del trabajo bien hecho. ¿No es la escritura un poco lo mismo?, se dijo. Poner cada palabra en su sitio, apretar la tuerca exacta del lenguaje, hasta que todo fluya sin chirridos ni desajustes.

—En media hora la tenés lista, si te parece bien. Después, si querés, podés probarla dando una vuelta por acá —concluyó Lorenzo, soltando la moto con cuidado.

—Genial. Me viene bien estirar las piernas —respondió Olivarius, riendo con un deje de amabilidad.

Se acercó a la salida del taller, donde el calor se sentía como una pared invisible. El sol reverberaba en la calle, y un par de gatos rondaban la vereda en busca de alguna sombra. Mantuvo la vista en el horizonte, preguntándose cómo sería el paisaje más adelante, qué historias lo esperarían. Sintió un cosquilleo de anticipación. Le quedaban noventa y algo de días por delante. Sin plan fijo, cada jornada podía convertirse en un universo nuevo.

—Che, ¿y vos, viajero, hacia dónde vas después? —La voz de Lorenzo lo sacó de sus pensamientos.

—Mi idea inicial era tirar hacia Bahía Blanca y luego seguir bajando. Quizás a la Patagonia, todavía no sé. Quiero conocer, sin prisa.

—Bien. Yo nunca fui tan lejos. Espero que te vaya de diez. —El mecánico sonrió con algo de envidia sana, o tal vez nostalgia.

Olivarius recordó un pasaje de Nietzsche, ese que rezaba algo así como “La madurez del hombre es haber vuelto a encontrar la seriedad con la que jugaba cuando era niño”. Tal vez ese viaje no fuera más que un gran juego serio: una búsqueda de libertad en un país que, a ratos, parecía tan vasto e inasible como sus propias incertidumbres. Sentía una mezcla de madurez y aventura, como si al escribir cada reflexión se acercara un poquito más a la verdad que tanto anhelaba.

Decidió volver al bar donde había estado antes, para rehidratarse con otra limonada o quizás un vaso de agua bien fría. Cruzó nuevamente la avenida, y en el trayecto, se topó con un pequeño puesto ambulante donde una anciana vendía panes caseros y quesos frescos. El aroma de la masa y el queso le tentó. Se detuvo a curiosear, notando que la mujer lo miraba con simpatía.

—¿Va a llevar algo, joven?

—Se ve muy rico, la verdad. Deme un pan y un poco de ese queso.

—No se arrepentirá. Lo hago yo misma, con leche de mis cabras —explicó, orgullosa.

Olivarius pagó y guardó las compras en su mochila, pensando en que, con ese pequeño abastecimiento, podría sortear sin problema la cena de esa noche si, por algún motivo, no encontraba restaurante u

hospedaje. Mientras se despedía de la anciana, vio pasar otra vez al señor que antes había estado discutiendo con el teléfono en el Bar Central. Él tenía la cara seria y los pasos rápidos, como si estuviera peleando contra algo intangible. ¿Será un forastero con problemas, un comerciante frustrado, o simplemente alguien enojado con la vida?, se preguntó Olivarius. Sentía curiosidad, pero también aprendía a no interponerse en las historias de los demás a menos que lo invitaran.

Entró al bar, que a esa hora mostraba solo un par de clientes más, probablemente trabajadores que se refugiaban del calor para tomar un café o refrescarse. Reconoció a la misma mujer tras el mostrador, que lo saludó con una sonrisa.

—¿Otro sánguche?

—No, algo bien fresco, por favor. Otra limonada me vendría genial.

—Enseguida.

Se sentó cerca del ventilador, dejando la mochila a sus pies. Mientras esperaba, sacó la libreta con intención de escribir algo sobre San Teodoro. Sin embargo, antes de colocar la birome sobre el papel, se detuvo. ¿Qué siento en este instante?, se preguntó. Observó a su alrededor: la penumbra fresca del local, los murmullos esporádicos de los clientes, el zumbido del ventilador, la televisión sin volumen

que repetía titulares políticos. Todo parecía tan cotidiano, tan ordinario, y a la vez tan distinto de la agitación urbana que él conocía.

Dia 2, parte 2: Me siento en la penumbra de un bar pequeño, mientras afuera la vida se abrasa al sol. En esta quietud, reflexiono sobre la moto, el mecánico Lorenzo y la idea de un viaje que no persigue otra meta que la de conocer y ser conocido. San Teodoro late con un pulso discreto, generoso en la medida de sus posibilidades. Pienso en la palabra ‘desajuste’ y en cómo un mínimo error en la mecánica (o en la mente) puede desencadenar un caos irreparable. Quizás no haya nada más filosófico que la ingeniería de las cosas pequeñas.”

Escribió esas líneas y, acto seguido, levantó la mirada. La mujer ya se acercaba con la limonada. Olivarius cerró la libreta, sintiéndose satisfecho con haber plasmado un pensamiento que lo rondaba. Se preguntó cuántas notas más tomaría a lo largo de cien días, cuántas historias lo seducirían a desarrollar un relato y cuántas pasarían inadvertidas hasta surgir, quizás, en algún recuerdo lejano.

—Acá tenés, nene. ¿Alguna cosa más? —ofreció la mujer, amable.

—No, gracias. Con esto estoy perfecto.

El primer sorbo fue un bálsamo. Se fijó en un espejo que colgaba a su derecha y se vio con la barba un poco crecida, el cabello enmarañado y el gesto de quien, a fuerza de sol y viento, va tomando el semblante de un trotamundos. No me reconozco en el reflejo, se dijo con un asomo de asombro. Apenas dos días fuera de casa y ya siento que cambié.

Se preguntó si ese cambio sería profundo o temporal. Quizás, al volver a Buenos Aires, retomaría la rutina y el bullicio, perdiendo la comunión con la ruta. Espero que no, pensó con cierta convicción. Quiero que este viaje me atraviese para siempre, que deje huellas en mi forma de ver el mundo, de escribir, de dialogar con el otro.

Un escalofrío corrió por su espalda: la comprensión de que cada experiencia que viviera iba a integrarse a su identidad, como capas superpuestas de pintura que, finalmente, crean un lienzo único. Fue un instante casi revelador, de esos que, si uno no retiene, se disipan sin más. Pero Olivarius se apresuró a anotar en su mente: No somos entes fijos, sino proceso continuo. Cada parada en el camino nos modifica, incluso de formas que no percibimos de inmediato.

Al terminar la limonada, miró la hora en su teléfono. Decidió que era momento de volver al taller. Agradeció a la mujer del bar y salió al sol, sintiendo el cambio brusco de temperatura como un latigazo. Caminó los pocos metros que lo separaban del taller de Lorenzo,

pensando en la libertad que da el no tener un horario estricto, el no haber fijado un destino obligado. Cada pueblo podía ser su hogar por un día, y cada persona, una oportunidad de descubrir una perspectiva diferente.

Al llegar, encontró a Lorenzo probando el motor de la moto. La escuchó tronar con un sonido estable, sin chasquidos extraños. Su corazón se alegró: retomar la ruta con la máquina en buen estado era crucial para su aventura.

—Ya está lista, compañero. La dejé a punto para que te olvidés de problemas por un buen rato. —El mecánico le hizo una seña para acercarse y escuchar mejor el ronroneo del motor.

—Suena perfecta. Te lo agradezco un montón, Lorenzo. Sos un genio.

Sin dudarlo, Olivarius pagó el trabajo, dejó una propina extra y guardó los papeles en su billetera. Luego, se calzó el casco y las gafas. El mecánico le señaló la avenida:

—Salí por allá derecho, y a unos dos kilómetros vas a encontrar un cruce. La ruta 3 se retoma si doblás a la izquierda. Andá tranquilo, cualquier cosa sabés que acá estamos.

Olivarius sonrió con afecto, sintiendo que aquel hombre le había brindado más que un servicio técnico. Había sido un testigo de su viaje, un interlocutor para sus preguntas silenciosas.

—Gracias por todo. Te debo una. —Acto seguido, encendió la moto y notó con gusto la suavidad del arranque. Dio un suave acelerón y, tras un gesto de despedida, se incorporó a la calle.

Mientras se alejaba, echó un último vistazo a San Teodoro: el bar, la plaza, la gente sencillamente viviendo su rutina. Pensó en lo incomprensible que resulta la existencia cuando uno se detiene a mirarla con detenimiento. Tantos rostros, tantas historias, tantas esperanzas y frustraciones escondidas. Mi viaje es también un viaje por la otredad, por las infinitas vidas que componen este país, se dijo con un leve nudo en la garganta.

Aceleró un poco más, sintiendo el viento golpear la chaqueta. El horizonte se desplegaba, invitándolo a la próxima aventura, la próxima reflexión. Cada kilómetro es un paso más lejos de lo que fui ayer, y un paso más cerca de lo que puedo ser mañana, pensó, sintiendo un cosquilleo de libertad. Sin mirar atrás, dejó que la ruta marcara el compás de su propio descubrimiento. Había comprendido, o al menos intuía, que las rutas llevan siempre a algún sitio, pero, sobre todo, llevan al interior de uno mismo.

Parte III

El asfalto de la Ruta 3 se extendía bajo las ruedas de la moto con una melodía monótono, casi hipnótica. Olivarius había dejado atrás San Teodoro hacía poco más de una hora, y ya sentía la familiar compañía del viento golpeándole la chaqueta. El motor, tras la reparación de Lorenzo, sonaba limpio, sin aquel crujido inquietante que lo había preocupado. Podía concentrarse en la ruta, en los paisajes —que seguían siendo llanos y estériles— y en la corriente de pensamientos que florecían a cada kilómetro.

La mente de Olivarius deambulaba por diversas reflexiones. Pensaba, por ejemplo, en la fugacidad con la que pasaba por cada pueblo y en la huella que dejaba (o que no dejaba) en la gente. Recordaba a Leticia, Tomás, Marcos, Lorenzo… ¿qué quedaría de su visita en la memoria de todos ellos? Tal vez apenas un vago recuerdo de “ese viajero con moto” que durmió una noche o bebió una limonada. ¿O tal vez habría algo más? Reflexionó acerca de la diferencia entre la fama literaria que había empezado a rozar en Buenos Aires y la fama genuina que otorga la convivencia con otros, el “ser parte” de una comunidad. Acá, soy un nómada —pensó— y eso, en sí mismo, es otra forma de vivir.

El sol del mediodía golpeaba de costado, dibujando la sombra de la moto sobre el arcén de la ruta. De vez en cuando, un camión cargado de granos o un auto familiar lo rebasaba a velocidad moderada. Sentía la tentación de acelerar más, pero no había prisa: uno de los

lujos de su travesía consistía en manejar sin reloj, dejando que cada parada surgiera por necesidad o simple curiosidad.

A lo lejos, divisó un cartel que indicaba un desvío hacia un lago. Desconocía si sería un sitio turístico o un paraje silvestre, pero la idea de detenerse a contemplar un espejo de agua en medio de tanto calor resultaba sumamente atractiva. Sin pensarlo mucho, giró hacia esa ruta secundaria. El pavimento estaba más deteriorado, con baches y grietas cubiertas de arena. Aun así, siguió adelante, bajando la velocidad para sortear los obstáculos.

Al cabo de veinte minutos, el lago apareció ante sus ojos como un recorte azul en la llanura. Había juncos en la orilla y, cerca de un muelle precario, dos botes anclados que se mecían con languidez. No parecía haber gente alrededor, quizás algún pescador ocasional, pero en ese momento solo reinaba una quietud absoluta. Olivarius estacionó la moto junto a un árbol solitario y se acercó a la orilla, maravillado por el contraste del agua con el paisaje árido.

El aire tenía un matiz distinto allí: más húmedo, con un olor terroso y suave. El sol seguía inclemente, pero al menos la vista del lago ofrecía un respiro mental. Caminó hasta el muelle de tablones medio roídos por la intemperie. A cada paso, las tablas crujían bajo su peso, como advirtiendo de su fragilidad. Lo frágil puede ser hermoso —meditó—, porque exige cuidado, y el cuidado es una expresión de amor.

Se sentó en el borde del muelle, colgando las piernas. El agua se veía turbia en la orilla, pero más clara hacia el centro. Una leve brisa rizaba la superficie, creando reflejos temblorosos que abrazaban el azul del cielo. Olivarius sintió el impulso de sacar su libreta y anotar algunas impresiones. Buscó la mochila, se acomodó sobre una de las tablas y abrió el cuaderno que ya guardaba trazos de sus últimos encuentros.

“Frente al lago: la calma me recuerda que la prisa urbana es una invención que se desvanece lejos del cemento. Aquí, el tiempo se define por el vaivén del agua y el trinar de alguna ave distante. Me pregunto si este reflejo azul es un espejo de lo que soy ahora: un viajero que busca claridad en medio de la corriente de sus dudas.”

Le pareció un pensamiento apropiado, pero algo escueto para el instante que vivía. Quiso ir más allá, dejando que la inspiración lo llevara a un formato distinto. Recordó que, en sus inicios, escribía poemas breves cuando las palabras en prosa no bastaban. No era un poeta consagrado, pero la poesía le servía de canal para emociones repentinas.

Tomó aire, vació la mente unos segundos y se dejó fluir:

“Entre el polvo y el agua

Mi sombra avanza sin peso.

Soy eco de un cielo inmenso,

Viajero en busca de un verso.

Late la tierra callada,

Sus historias en mi boca.

Un lago con ojos suaves

Me invita: ‘Nada es poca.’

Si mis pasos son espejos,

Y el viento gira en mi voz,

Que cada día en la ruta

Sea un pacto con lo que soy.”

Sonrió al releer esos versos. No sabía si eran buenos o malos, pero los sentía honestos, nacidos de la contemplación sincera. Quizá el

viaje sea, en parte, un retorno a la poesía —pensó—. Guardó la libreta y se quedó un instante con la mirada perdida en el horizonte, dejando que el poema reverberara en su interior como un silencio. La naturaleza, con su cadencia silenciosa, parecía corresponderle: ni lo juzgaba ni lo celebraba; simplemente lo acogía.

El sonido de un paso tras él lo sobresaltó. Se giró con cuidado y descubrió a un hombre de mediana edad, con sombrero de paja y un morral al hombro, que lo observaba desde unos pocos metros de distancia. El recién llegado mantenía una postura relajada, como si fuera habitual encontrar forasteros en aquel muelle semiderruido.

—Disculpá, no quería asustarte —dijo el hombre, alzando la mano en señal de saludo.

—No pasa nada. Soy Olivarius —respondió, poniéndose de pie.

—Nicolás —contestó el otro, estrechándole la mano—. Vivo a unos quince minutos de acá. Vi la moto estacionada y me acerqué. No siempre viene gente a este lago.

Nicolás se sentó en el muelle, un par de tablones lejos de donde Olivarius había estado. Durante unos segundos, ambos contemplaron el agua en silencio. El visitante local parecía estar habituado al entorno, como quien conoce cada brisa, cada sonido, cada reflejo.

—¿Sos de por acá cerca? —preguntó Olivarius, rompiendo la quietud.

—Sí y no. Nací en un pueblo cercano, pero me fui a la ciudad a estudiar y trabajé varios años allá. Hace poco volví, buscando una vida más simple.

—¿Encontraste lo que buscabas?

—Depende del día. A veces pienso que sí, a veces extraño el vértigo de la gran ciudad. Pero el lago tiene algo que me ancla.

Olivarius asintió, sintiendo una conexión inmediata con esa ambigüedad. Él mismo, al salir de Buenos Aires, había sentido que huía del exceso de estímulos, pero cada tanto lo asaltaba cierta nostalgia: la de los cafés, las librerías, la posibilidad de ir a un recital cualquier noche. Ningún lugar ofrecía la plenitud absoluta, concluyó. Siempre habría una parte de uno que anhelara la orilla opuesta.

—¿Conocés alguna leyenda de este lago? —preguntó Olivarius, súbitamente curioso—. Hace días me topé con un pueblo fantasma llamado La Azucena, y me quedé pensando en cómo cada sitio tiene su historia o su mito.

—Bueno, hay una, aunque no sé si sea una “gran leyenda”.

Nicolás se acomodó el sombrero y sonrió con un matiz de picardía. Quizá fuera la clase de historia que los viejos del lugar se cuentan para matar el tiempo. Pero Olivarius se inclinó un poco, atento, como un niño en vísperas de un cuento.

—Dicen que, hace muchos años, cuando los indios todavía controlaban estas tierras, el lago se usaba para celebrar rituales de purificación. Las aguas eran más profundas, y había una isla en el centro. Se cuenta que, cierto invierno, un joven guerrero se enamoró de una muchacha de otra tribu enemiga. Para ellos, eso era una traición, así que escaparon juntos y se refugiaron en esa isla. Los ancianos dicen que, durante una noche tormentosa, la isla se hundió o fue arrasada por el viento y la lluvia. Nadie volvió a verlos. Pero algunas madrugadas, aseguran que se escucha un canto lejano sobre las aguas, como si la pareja siguiera vagando, buscándose.

Olivarius escuchó con el corazón encogido. No era el relato más elaborado del mundo, pero contenía el sabor universal del amor imposible, la naturaleza indomable y la historia de tragedias pasadas. Las leyendas son nuestra forma de nombrar lo inefable —caviló— y, a la vez, de sobrellevar la realidad que a veces nos aplasta.

—¿Vos creés que aún se escucha el canto? —preguntó.

—¿Por qué no? —respondió Nicolás—. Hay cosas que, si uno se abre, puede percibir. Pero la mayoría preferimos no prestar atención.

Olivarius se tomó un momento para mirar las aguas. En ese instante, el lago parecía una superficie temblorosa y oscura, incapaz de reflejar el cielo con nitidez. Sintió un leve espasmo, como si la historia de la isla desaparecida dejara un rastro en su imaginación. Se preguntó si no pasaba lo mismo con sus propios miedos o sus deseos: ¿Hay islas en mí que se han hundido bajo la tormenta y que ahora canto en silencio, sin querer admitirlo?

La conversación se deslizó hacia temas más prácticos: Nicolás le contó que a veces pescaba en el lago, aunque la pesca ya no era tan abundante. Explicó cómo, en las temporadas de sequía, el agua retrocedía dejando parte del fondo al descubierto, con troncos podridos que emergían como fantasmas de otro tiempo. Olivarius guardó cada detalle en su memoria —y en la libreta— para quizás tejer un relato posterior. Se sentía agradecido de que, en cada parada, alguien se mostrara dispuesto a revelar un pedazo de vida, de historia, de leyenda.

—Me vuelvo a casa —dijo Nicolás, poniéndose de pie—. Si planeás quedarte, cuidate al atardecer. Hay mosquitos que te devoran vivo.

—Gracias. Creo que seguiré ruta pronto. Solo quería ver el lago un rato.

—Buena suerte, Olivarius. Que encuentres lo que buscás.

Se despidieron con un apretón de manos. Nicolás se alejó por un sendero casi imperceptible entre los juncos. Olivarius se quedó unos minutos más en el muelle, intentando imaginar la conversación de aquellos jóvenes enamorados, cuya pasión tal vez seguiría vagando en la superficie. Las historias pasadas a veces son más presentes de lo que creemos, pensó, con un matiz de incredulidad.

Antes de marcharse, escribió en la libreta:

“Leyenda del lago dormido: un amor prohibido, una isla hundida por la furia del cielo. Me fascina pensar que el agua retiene la memoria de quienes la habitaron, como un espejo que no olvida. Y nosotros, al acercarnos, activamos la leyenda de sus voces. Quizá lo mismo ocurra con nuestro mundo interior: hay amores, miedos y sueños que sumergimos y que, en noches de tormenta, resurgen para recordarnos que nunca se fueron del todo.”

Cerró el cuaderno y se levantó con cuidado, pues el muelle parecía ceder con cada paso. La temperatura seguía elevada, y sintió un cosquilleo de sudor en la nuca. Aun así, estaba satisfecho de haber hecho esa breve incursión hacia el lago. Era un remanso silencioso, pero lleno de significado. Con la moto lista y el ánimo renovado, regresó al camino principal, consciente de que cada desvío podía guardar una historia y un punto de inspiración.

Al retomar la ruta, aceleró con suavidad y notó que la moto respondía de maravilla. El pensamiento de Lorenzo, el mecánico, le arrancó una sonrisa de gratitud. La brisa le refrescó un poco la cara, y a medida que se alejaba, el lago y su leyenda quedaban detrás, convertidos en un nuevo capítulo de su aventura. Así funciona mi viaje —concluyó en silencio— recoger vivencias, y seguir adelante, sin mirar atrás más que para recordar lo bello o lo doloroso que me ha hecho quien soy.

Mientras avanzaba, la ruta parecía despejarse aún más, sin tráfico ni pueblos cercanos a la vista. Todo se resumía en el zumbido constante del viento y el runrún del motor. Sintió una punzada de adrenalina al pensar que, en cualquier momento, surgiría otro lugar inesperado, otro rostro dispuesto a compartir un pedazo de vida o de fábula local. Y él, con su cuaderno y su espíritu curioso, estaría listo para atesorarlo.

La ruta se perdía en el horizonte, un trazo difuminado por la reverberación del calor. Desde su moto, Olivarius contempló el

mundo con los ojos de quien comprende que el verdadero viaje no se mide en kilómetros, sino en la intensidad con que cada experiencia lo transforma por dentro. Hoy, el lago y su leyenda se habían sumado a su equipaje espiritual, recordándole que en las profundidades dormía lo que no queremos —o no sabemos— nombrar. Y que, a veces, un canto o un verso puede hacer aflorar esas islas hundidas, devolviéndonos un reflejo de nuestra propia historia.

Parte IV

La tarde avanzaba y el calor parecía empecinado en no ceder. Olivarius llevaba casi dos horas circulando por un trayecto recto, interminable, sin haber visto más que un par de postes eléctricos y algunas vacas dispersas. El horizonte se mantenía esquivo, flotando en los espejismos del asfalto. Cada tanto, bajaba un poco la velocidad y se estiraba sobre el manubrio para aliviar la tensión de los hombros. Todavía le quedaban energías, pero era consciente de que necesitaba un descanso antes de que anocheciera.

Se preguntó cuántos pueblos olvidados y cuántas leyendas anónimas podía encerrar una sola provincia. Recordó el lago con su historia de la isla sumergida, San Teodoro, La Azucena… Lugares que parecían existir en un plano aparte, lejos del bullicio urbano. A veces me pregunto si no estaré adentrándome en un país paralelo, pensó, con

una mezcla de asombro y gratitud. Un territorio que, en el fondo, siempre estuvo ahí pero que muy pocos ven.

De pronto, el leve rugido de la moto se entremezcló con un intromisión del viento más fuerte. Las nubes, que se habían mantenido a raya la mayor parte del día, se desplazaban con lentitud hacia el oeste. Se insinuaba la posibilidad de una tormenta vespertina. No era raro en esas latitudes: el calor acumulado podía desencadenar una lluvia violenta al anochecer.

Echó un vistazo a su marcador de combustible. Aún le quedaba suficiente, pero no tanto como para ignorar la necesidad de repostar pronto. Si aparece un caserío, al menos con una estación de servicio, me detendré, decidió. Aceleró un poco, forzando la vista para ver si había algún cartel que anunciara el nombre de una próxima localidad.

Después de unos veinte minutos de ruta plana, avistó algo que podría ser un desvío. Una señal maltrecha indicaba “Villa Arela, 5 km”. No tenía idea de si existiría un hotel ahí, pero de todos modos no le quedaban muchas opciones. Viró hacia la derecha, enfilando la moto por un camino más angosto y lleno de gravilla. El ruido de las piedras sueltas golpeando el chasis le recordó la fragilidad de su aventura. Un pinchazo, una avería, y toda mi travesía se complicaría, pensó. Pero no le agradaba la idea de jugar sobre seguro: prefería la improvisación que le había impulsado desde el inicio.

A medida que avanzaba, se sentía rodeado de un silencio extraño, como si la naturaleza contuviera la respiración. No había casas a la vista, ni la más mínima señal de actividad humana. Finalmente, en una curva, apareció una construcción baja, con paredes pintadas de un amarillo desvaído. Un cartel de neón roto, colgando de una cadena oxidada, rezaba: “Surtidor – Comestibles – Villa Arela”.

El lugar consistía en una bomba de nafta solitaria y un local contiguo que hacía las veces de almacén. Olivarius estacionó con cuidado y miró alrededor. Nadie salió a recibirlo, así que se quitó el casco y caminó hacia la puerta del almacén. Un tintineo de campanilla acompañó su entrada. Dentro, un hombre de gorra sucia y bigote canoso leía un periódico amarillento tras un mostrador.

—Buenas tardes —saludó Olivarius con voz clara.

—Buenas tardes —respondió el hombre, sin mayor efusividad—. ¿Precisa algo?

—Nafta, ante todo. Y si tiene algo para comer, vendría bien.

El almacenero dejó el periódico, se levantó con cierto desgano y acompañó a Olivarius de regreso a la bomba. Mientras llenaba el tanque, echó un vistazo al viajero con curiosidad contenida. Una vez que terminó, Olivarius pagó y preguntó:

—¿Hay un lugar para dormir cerca?

—La Villa está un par de kilómetros más adelante. Hay una pensión. Se llama “El Descanso”, creo que la maneja doña Berta. No es gran cosa, pero tiene cama y techo —explicó el hombre, encogiéndose de hombros.

—Con eso me alcanza. Gracias.

De vuelta en el almacén, Olivarius compró una botella de agua y algo de fruta. Antes de marcharse, notó una pizarra clavada en la pared, donde se veían algunas anotaciones hechas a tiza: pedidos de fiado, avisos de trabajos esporádicos. Pero lo que le llamó la atención fue un pequeño texto, casi borrado, escrito con caligrafía irregular. Parecía un fragmento de alguna historia o poema:

“Cuando el río cruja, sabrás que el destino te llama,

Y si tu corazón arde, su canto te dirá tu nombre.

No temas la noche eterna: ya hay un fuego en tu sangre.”

Observó cada palabra con fascinación, como si el lugar mismo escondiera misterios poéticos. El almacenero, al verlo quedarse quieto frente a la pizarra, aclaró la garganta:

—Eso lo escribió alguien hace tiempo. Un forastero, dicen. Yo lo dejo ahí porque… no sé, da un toque distinto al local.

—Es hermoso —comentó Olivarius, sin disimular su admiración—. Gracias por conservarlo.

Con ese último intercambio, salió al exterior y montó la moto, dispuesto a recorrer los dos kilómetros hasta la Villa propiamente dicha. Pensó en la emocionalidad de ese poema improvisado y en cómo un viajero —quizá un artista errante— había dejado su huella en un rincón remoto. A veces, una frase, un verso o un cuento depositado en un muro puede ser la única forma de inmortalidad que buscamos, reflexionó.

Poco después, se internó en un caserío humilde: la llamada Villa Arela. No había más que una calle principal de tierra, una pequeña capilla a la derecha y unas pocas casas esparcidas. Siguiendo las indicaciones del almacenero, encontró la pensión: un edificio de una sola planta, con varias puertas alineadas que daban a un patio central. Un cartel algo torcido anunciaba “El Descanso” en letras pintadas a mano.

Dejó la moto bajo un techo de chapa, en lo que parecía un improvisado estacionamiento, y golpeó la puerta principal. Abrió una mujer de rostro arrugado, ojos pequeños y astutos. Vestía un delantal floreado.

—¿Busca habitación? —preguntó, evaluándolo con la mirada.

—Sí, señora. Solo por esta noche.

—La 3 está libre. Cien pesos y se lo pago ya, si le parece bien. Incluye baño compartido y desayuno. No hay mucho más.

Olivarius asintió, aliviado. Pagó por adelantado. Berta —la dueña— lo condujo por un pasillo hasta la habitación. Al abrir la puerta, descubrió una cama individual, una mesita de noche con lámpara y una ventana con vista al patio. Todo se veía limpio, aunque antiguo. Se dijo que, en su viaje, esa sencillez era más que suficiente.

—Cualquier cosa me chiflá —dijo la mujer, antes de despedirse con un gesto seco.

Se quitó la chaqueta y se dejó caer sobre la cama, sintiendo cada músculo tensarse al contacto con el colchón. A pesar de la incomodidad aparente, la sensación de recostarse resultaba

relajante. Sacó la libreta y pensó en escribir un poco, pero sus párpados pesaban. Se permitió cerrar los ojos por unos instantes, sin intenciones de dormirse por completo, sino de dejar que el pensamiento fluyera.

El silencio de la Villa era apabullante: nada de bocinas, ni de gente hablando, ni de música. Solo un leve rumor de viento entre los árboles y, de vez en cuando, el gruñido de algún motor distante. ¿Qué me ha enseñado este día? Se preguntó. Sintió que la ruta había vuelto a demostrarle que cada lugar, por más ínfimo que pareciera, guardaba un tesoro único: una historia, un poema, un fragmento de humanidad que valía la pena atesorar.

Pasados unos minutos, el hambre lo sacó de su modorra. Recordó que Berta mencionó el desayuno, pero no dijo nada de la cena. Se levantó, se lavó un poco la cara en el baño compartido y regresó al patio. Encontró a la dueña sentada en una banqueta, pelando papas con gesto concentrado.

—¿Hay alguna cena disponible? —preguntó con cautela, sin querer incomodarla.

—Te puedo preparar un guisito sencillo si querés. No hay restaurante en este pueblo, así que no tenés mucha opción.

—Te lo agradecería. ¿Necesitás algo?

—Con que me pagues un poco más, alcanza.

Hicieron el arreglo, y Olivarius se sentó a una mesa al aire libre, en el mismo patio. El cielo había empezado a cubrirse de un gris pálido, amenazando con lluvia. El olor a papas hirviendo y alguna carne especiada llegaba desde la cocina, despertando su apetito. Mientras esperaba, sacó la libreta y decidió anotar un pequeño cuento que le surgió a raíz de aquel poema en la pizarra. Era un relato breve que tituló “El Canto del Destino”:

Cuenta la historia que, en un remoto paraje, un viajero perdió el camino en medio de una tormenta. Desesperado, oyó la presencia de un río cercano y sintió cómo las aguas vociferaban su nombre. El viajero no sabía si aquello era un delirio o una señal. Aun así, se adentró en la noche siguiendo la melodía del río, y descubrió un fuego que ardía en su propio pecho. Su miedo se transformó en coraje, y entonces comprendió que a veces el destino habla, pero uno debe estar dispuesto a escucharlo. Nadie sabe si halló su hogar o forjó uno nuevo. Pero se dice que, cuando el viento sacude el monte, ese viajero sigue cantando su historia a quien quiera oírla.

Leyó el texto en voz baja, corrigiendo algún detalle, y sintió que encapsulaba buena parte de lo que estaba viviendo. Cada kilómetro

es un llamado, pensó. Y cada uno de mis miedos puede devenir en coraje si me atrevo a seguir la voz interior. Guardó la libreta justo cuando Berta apareció con un cuenco humeante de guiso y un pedazo de pan.

—Servite. Si llueve fuerte, mejor que te quedes en tu cuarto. La señal de luz a veces se corta —advirtió la mujer.

—Gracias. Tiene un olor exquisito.

Probó el primer bocado: un sabor reconfortante, contundente. Cerró los ojos un instante, disfrutando el sosiego de aquel plato caliente tras tantas horas en la moto. Mientras comía, las primeras gotas de lluvia empezaron a repiquetear sobre la chapa que cubría una parte del patio. Un olor a tierra mojada envolvió el ambiente, y el cielo lanzó un relámpago distante. Berta se sentó a unos pasos, observando la tormenta con indiferencia.

—Por acá, la lluvia es bendición. Aunque ahora sea poca, algo ayuda —comentó, más para sí misma que para Olivarius.

El viajero sintió que esa lluvia, ese guiso, esa noche en la Villa Arela, todo formaba parte de una experiencia que lo atravesaba. No

necesito más que esto, se dijo con humildad. Un techo, un plato caliente y la certeza de que, mañana, la ruta me esperará con nuevos aprendizajes. Cuando terminó de comer, dio las gracias y preguntó si podía ayudarla a recoger algo, pero Berta lo despachó con un gesto frenético, con las manos.

—Andá a descansar. Mañana te levanto con un mate cocido.

Olivarius regresó a la habitación. En el corto trayecto, las gotas se intensificaron, golpeándole la espalda y los hombros. Sonrió, sintiéndose vivo en medio de esa llovizna que, poco a poco, se convertía en un tamborileo sobre los techos de chapa. Al entrar en su cuarto, cerró la puerta y contempló la escasa luz que llegaba de afuera: un foco amarillento pendía en el pasillo, proyectando sombras movedizas en el interior. Dejó la mochila a un lado, se sentó en la cama y revisó su diario. Ahí estaban sus poemas, sus apuntes, las historias recogidas.

—Mañana será otro día —balbuceo, con un nudo de emoción en la garganta.

Se acostó, escuchando la tormenta que se volvía más ruidosa. Sintió un agradecimiento profundo hacia cada persona que le había abierto

una puerta, ofrecido un plato o compartido un fragmento de leyenda. Su mente retomó la imagen del poema colgado en el almacén: “No temas la noche eterna: ya hay un fuego en tu sangre.” Quizá ese fuego fuera el mismo que lo empujaba a seguir rodando, buscando la voz del destino en cada rincón de Argentina.

Con los párpados casi cerrados, imaginó el crujir de un río en la noche, un viajero siguiendo su canto y descubriendo, en el fragor de una tormenta, un fuego interior que lo redimía del miedo. Ese viajero soy yo, se dijo con un suspiro, dejándose llevar por el vaivén del sueño. Afuera, la lluvia golpeaba con insistencia, como si quisiera musicalizar la última vigilia de la jornada. Y, dentro de él, el corazón latía con la certeza de que el viaje apenas comenzaba.

Capitulo 3

Parte I

La lluvia cesó cerca del amanecer. Olivarius despertó cuando los primeros haces de luz se filtraron por la ventana, dibujando patrones difusos sobre el piso de la habitación. Todavía podía oír el goteo rítmico de las canaletas en el patio central y sentir el olor a tierra mojada que flotaba en el ambiente. Se incorporó con pereza, notando que, a pesar de lo breve del descanso, había dormido

profundamente, como si el cansancio de los días anteriores al fin le hubiera pasado factura.

Estiró los brazos y se asomó a la ventana. El cielo parecía despejado, con un tono pastel que anunciaba la inminencia de un calor posterior. Algunas nubes rezagadas se deslizaban por el horizonte, recordando la tormenta de la noche. La vida a veces es así —pensó—, una explosión de inclemencia seguida de una calma repentina, como si todo recobrara su orden tras el caos.

Unos pasos en el pasillo lo alertaron de que Berta, la dueña de la pensión, ya estaba en movimiento. Olivarius se vistió, guardó su libreta y salió a la pequeña sala donde la noche anterior había cenado. Encontró a Berta junto a una hornalla, revolviendo algo en una olla. Al oírlo, se dio vuelta, con el rostro aún adormilado.

—Buen día—lo saludó—. ¿Dormiste bien?

—Sí, muchas gracias. Ese guiso de anoche me cayó de maravillas.

—Te dejo un mate cocido y pan casero, lo prometido es deuda. Después arreglamos si querés llevarte algo para el viaje.

La mujer sirvió en una taza el mate cocido, humeante y de color cobrizo, y le ofreció un pedazo de pan tibio. Olivarius se sentó en una de las sillas, sintiendo la familiar sensación de un desayuno simple pero reconfortante. Un silencio amable se estableció entre ambos,

interrumpido solo por el canto de algunos pájaros que retomaban su actividad tras la lluvia.

Mientras sorbía el mate cocido, recordó su rutina urbana: café instantáneo, prisas, bocinas, gente corriendo al subte. Acá, en cambio, todo parecía discurrir a un ritmo más humano, más rústico, quizá más sincero. La paz no es un concepto vacío —pensó—; es la suma de pequeños gestos: el pan recién horneado, la taza caliente, la sinfonia de la mañana.

—¿Pensás seguir hoy? —inquirió Berta, barriendo con un cepillo el suelo húmedo del patio.

—Sí. Quiero aprovechar que refrescó un poco. Tal vez pueda avanzar un buen tramo antes de que el sol arrecie.

—Bien. En la Villa no hay mucho que ver, más que un par de casas viejas y alguna tiendita. De todos modos, si querés chusmear, podés darte una vuelta antes de irte. No hay muchos viajeros que pasen por acá.

—Lo tendré en cuenta.

Tras terminar el desayuno, Olivarius agradeció a Berta la hospitalidad y recogió sus cosas. Pagó la modesta tarifa de la habitación y salió a comprobar la moto. La encontró con algunas gotas de lluvia secas en el asiento, pero en perfecto estado. Sonrió al

notar que la rueda delantera no había perdido aire ni se veían señales de problemas mecánicos. Una preocupación menos, se dijo, pensando en la importancia de cuidar cada detalle en el viaje.

Justo cuando se disponía a encenderla, la voz de Berta lo alcanzó:

—¡Esperá! Te preparé unas tortillas para el camino.

—¡Ah, muchas gracias! —respondió, sorprendido por la amabilidad.

La mujer le extendió un envoltorio con un aroma delicioso a harina y aceite, y se despidió con un saludo algo tosco pero genuino. La bondad se presenta en lugares donde uno menos la espera, reflexionó Olivarius, guardando el paquete en su mochila. Encendió la moto y avanzó despacio por la calle de tierra de Villa Arela, todavía encharcada tras la tormenta.

Una visita rápida

Aunque tenía la tentación de seguir adelante, recordó la sugerencia de Berta y decidió dar una breve vuelta por el lugar. La Villa se componía de unas pocas manzanas, algunas casas con paredes de ladrillo visto y cercos oxidados. Había un pequeño parque central con un banco y dos árboles en flor. Al otro lado, una capilla sencilla

con la puerta de madera abierta. Frenó la moto junto al parque y se acercó a la capilla.

Dentro, un ambiente tenue, casi penumbroso, lo recibió. Los bancos estaban desgastados, y en el altar, una imagen de la Virgen rodeada de flores artificiales. No había nadie, salvo un hombre arrodillado en el primer banco, de espaldas. Olivarius dudó si acercarse o no, por respeto a la privacidad ajena. Sin embargo, al mínimo chirrido de la puerta, el hombre giró la cabeza, sorprendido.

—Disculpe, no quería interrumpir — exclamó Olivarius, alzando ligeramente las manos.

—No pasa nada, amigo. Acá rara vez viene alguien —respondió el hombre, con una voz que mezclaba cansancio y cortesía.

Se puso de pie, bajándose la capucha de una campera gastada, y mostró un rostro joven, aunque marcado por arrugas de preocupación. Olivarius le calculó unos treinta años, pero la dureza de sus facciones lo hacía lucir de más edad.

—¿Buscás algo? —preguntó el desconocido, mientras se sacudía un poco la suciedad de las rodillas.

—Solo estaba dando una vuelta. Estoy de paso. Me llamo Olivarius.

—Yo soy Martín. ¿De paso, decís? ¿Hacia dónde?

—Donde la ruta me lleve.

Martín esbozó una mueca que podía interpretarse como una sonrisa escéptica. Bajó la cabeza y suspiró:

—Yo también estuve mucho tiempo “de paso” por la vida, hasta que me enganché en algo que no pude soltar.

—¿Algo bueno o algo malo? —preguntó Olivarius con suavidad.

—Una mezcla. Un trabajo, una promesa… y el tiempo se me fue. Ahora volví a la Villa.

Notando un trasfondo de nostalgia en sus palabras, Olivarius optó por no ahondar demasiado. Quizá aquella capilla servía de refugio para Martín, un lugar donde rumiar sus propios fantasmas. Sin embargo, la curiosidad lo picaba: en su viaje, había descubierto que muchas de las historias más humanas se revelaban en encuentros breves y aparentemente irrelevantes.

—¿Encontraste lo que buscabas aquí? —se atrevió a preguntar.

—No lo sé. Uno cree que el hogar lo cura todo, pero a veces también te confronta con tu pasado. —Martín soltó aire—. Supongo que sigo buscando.

La crudeza de aquella afirmación resonó en Olivarius. Sigo buscando, repitió para sus adentros. Acaso sea la sentencia que define al viajero, al que no halla raíces fijas o las halla en la distancia. Con una ligera inclinación de cabeza, se despidió de Martín, dejando la capilla en silencio. No se sentía con derecho de entrometerse más en sus asuntos, pero intuía que ese hombre llevaba una carga parecida a la de muchos que, tras probar suerte en la ciudad, regresaban al pueblo sin la redención que anhelaban.

Regresó a la moto con el pecho algo oprimido. Cuántas historias de idas y venidas, de esperanzas y fracasos, se acumulan en estos rincones. El mundo se presentaba, día tras día, como un tapiz infinito de dramas y pequeñas victorias, que apenas asomaban a la superficie cuando uno se detenía a mirar con atención.

Volvió a arrancar y se dirigió hacia la salida del caserío. Más allá de un cartel roído con el nombre del pueblo, la carretera secundaria se conectaba de nuevo con la Ruta 3 en algún punto. Decidió que, antes de retomar el trayecto principal, sacaría unos minutos para anotar en su diario. Se detuvo junto a un árbol solitario, estacionó la moto y se sentó en el pasto húmedo por la reciente tormenta.

Día 3: Villa Arela

“Anoche dormí en ‘El Descanso’, atendido por Berta, una mujer de pocas palabras pero gran corazón. La tormenta trajo el instante de la lluvia, y hoy siento que algo se ha limpiado en mí también. Entré a una capilla y conocí a Martín, un hombre que regresó al hogar para encontrar —o no— respuestas a su pasado. Me pregunto cuántos, como él, buscan ese abrigo y solo hallan más preguntas.

A veces uno cree que el viaje es pura libertad, pero la gente que encuentro demuestra que todos estamos marcados por hilos invisibles: promesas, trabajos, deudas, nostalgias. ¿Soy un privilegiado por deambular sin ataduras, o estoy huyendo de algo que tarde o temprano me alcanzará? No lo sé. Lo que sí tengo claro es que la ruta es una maestra implacable. Me obliga a mirar, a escuchar, a tomar parte del dolor y la esperanza ajena. Y eso, quieras o no, te cambia.

Hoy sigo avanzando. El sol amenaza con aplastarme, pero llevo las tortillas de Berta y un ánimo renovado. Quizás, al caer la tarde, descubra otro lugar que me recuerde por qué sigo rodando. Mientras tanto, me permito el silencio de estas llanuras, que parecen albergar todos los secretos que aún no sé expresar.”

Cerró el cuaderno, sintiendo una calma extraña que brotaba de haber volcado sus impresiones en el papel. Se puso de pie y notó que el sol ya calentaba con fuerza. Se ajustó la chaqueta, colocó el casco y revisó la gasolina: llenó el tanque en el almacén, así que estaba listo para recorrer una buena distancia.

Con un leve zumbido, la moto cobró vida. Se reincorporó a la carretera, rodeado de pastizales que brillaban bajo los rayos de la mañana tardía. A lo lejos, un par de aves se alzaban en vuelo, tal vez buscando un estero o una charca donde beber el agua residual de la tormenta. La naturaleza y el hombre conviven en un ciclo complejo, lleno de silencios y llamados, reflexionó. Y yo, al rodar, me siento parte y testigo a la vez.

Tras un par de curvas y un ligero ascenso, distinguió, casi de inmediato, la Ruta 3 extendiéndose como un hilo negro en el horizonte. La transición fue notable: el camino principal, más ancho, con señalización clara y el asfalto relativamente en mejor estado, contrastaba con el trayecto secundario por el que venía. Sintió una punzada de alivio y, a la vez, cierta añoranza por lo que dejaba atrás. Las vías secundarias suelen ofrecer tesoros ocultos, se dijo, pero el viaje no se detiene y debo seguir.

Aceleró con moderación, notando que el tráfico era escaso. Uno que otro camión cruzaba en sentido contrario, y de vez en cuando,

aparecía un auto viejo que lo rebasaba. El viento, aunque caluroso, le daba la bienvenida al nuevo tramo de la jornada. Olivarius sonrió detrás de la visera del casco, recordando las tortillas de Berta como un símbolo de la calidez que encontraba en cada rincón. Un regalo humilde, casi anónimo, pero que para él representaba la esencia de la hospitalidad humana.

El motor resonó estable, y pensó de unevo en la frase que había escrito en la capilla, la del “regreso al hogar” de Martín. Quizá yo no tenga un hogar al que volver de ese modo, o tal vez esté construyéndolo mientras avanzo, caviló, sintiendo un matiz de nostalgia por su departamento en Buenos Aires, donde los libros se apilaban y el teléfono permanecía desconectado. ¿Lo esperarían muchos mensajes sin leer? ¿Querría su editor saber cuándo tendría listo un manuscrito?

—Ya habrá tiempo para eso —se dijo en voz baja. De momento, la ruta era su hogar, y su proyecto literario se escribía en cada parada.

El paisaje comenzó a cambiar levemente. Notó algunas ondulaciones en la tierra, bajíos y subidas suaves. El cielo, despejado tras la tormenta, se alzaba imponente, como un manto celeste sin fin. Al inhalar, percibió el aroma mezclado del pasto mojado y el calor que empezaba a secarlo. Estoy vivo, intensamente vivo —pensó con un cosquilleo en el pecho—. Y eso vale más que cualquier plan rígido.

Así, dejando detrás la Villa Arela y la breve charla con Martín, Olivarius encaró un nuevo tramo de ruta con el ánimo dispuesto a seguir aprendiendo, recogiendo retazos de historias que, tarde o temprano, formarían parte de su propia existencia. El sol, en ascenso, prometía un día largo y abrasador, pero la moto y su voluntad estaban listas para afrontarlo. Con el pulso firme en el manubrio, sintió que cada kilómetro era un paso más en la búsqueda que, tal vez, nunca acabaría… y, a la vez, ya lo estaba transformando.

Parte II

La Ruta 3 se mantenía firme ante él, un trazo oscuro y serpenteante que se perdía en el horizonte. El calor del mediodía empezaba a azotar con más fuerza, y Olivarius sintió el sudor formándose en la base del cuello. Aun así, no aminoró la marcha. Prefería aprovechar la relativa soledad de la carretera antes de que el tráfico se intensificara por la tarde.

El paisaje, aunque mayormente llano, mostraba ligeras variaciones: curvas sutiles, ligeros desniveles y alguna que otra arboleda dispersa que indicaba la proximidad de haciendas rurales. Si afinaba la vista, distinguía silos de grano a lo lejos, tractorcitos viejos, y una que otra casa diminuta con techos de chapa. Todo le hablaba de una rutina agrícola que discurría con la parsimonia que él, como viajero, apenas podía rozar en sus breves pasos.

Tras algo más de una hora de ruta ininterrumpida, un cartel verde lo alertó: “Estación de Servicio – 5 km”. Decidió detenerse allí para reponer combustible (tenía poco más de medio tanque) y tomar algo frío antes de que la sed se le convirtiera en un suplicio. Agradeció, en su fuero interno, que la moto, revisada por Lorenzo, siguiera funcionando impecable.

Efectivamente, varios kilómetros más adelante apareció la estación de servicio: un edificio rectangular rodeado de surtidores, con algunos vehículos estacionados. Una venta de neumáticos ocupaba un anexo, y un cartel luminoso promocionaba “Cafetería y snack”. Olivarius redujo la velocidad, entró despacio y aparcó la moto bajo la sombra improvisada de un tejadillo metálico.

Al bajarse, lo recibió el aroma inconfundible del asfalto mezclado con nafta, un perfume casi embriagador que define el corazón de tantas rutas argentinas. Observó a su alrededor: un par de camioneros conversaban animadamente cerca de un camión cisterna, mientras un empleado limpiaba el parabrisas de un auto familiar. Sin prisa, Olivarius se encaminó hacia la cafetería.

El interior, refrescado por un aire acondicionado modesto, lo acogió con esa mezcla de olores que combina café, aceite y galletas dulces. Un televisor colgado en la pared transmitía un noticiero local, anunciando el pronóstico de más calor para la semana. Se acercó al mostrador y pidió una gaseosa bien fría. El encargado, un hombre joven con gorra de la compañía de nafta, atendió su pedido y le

ofreció además una porción de tarta salada que acababa de salir del horno.

—Es de jamón y queso, mirá lo rica que se ve —dijo con una sonrisa invitadora.

—Dale, la acepto —respondió Olivarius, sintiendo que el estómago le recordaba que apenas había desayunado.

Se sentó en una mesa cercana a la ventana para mantener vigilada su moto. Un placer le recorrió el cuerpo al primer sorbo helado de la gaseosa. La vida puede medirse a veces por esos placeres simples: un trago fresco, la sombra en un día abrasador, un mínimo contacto humano que te haga sentir parte de algo, reflexionó.

Mientras comía la tarta, se percató de que uno de los camioneros que había visto afuera se acercaba con su propio plato de comida. Era un hombre de robusta complexión, cabello entrecano y cejas pobladas. Al notar la mirada de Olivarius, el camionero sonrió con cordialidad.

—¿Te molesta si me siento acá, amigo? Está lleno de gente y no hay muchas mesas libres —dijo, aunque se veían un par de mesas desocupadas.

—Claro, adelante —respondió Olivarius, curioso por la aparente contradicción. Quizá el hombre buscaba simplemente un poco de charla.

El camionero dejó su plato con guiso sobre la mesa y se acomodó, soltando un suspiro de cansancio.

—¡Uf, qué calor! Me llamo Franco —dijo, tendiéndole la mano.

—Olivarius —contestó, estrechándola con firmeza—. Sí, el calor está fuerte hoy. ¿Viajás por trabajo, supongo?

—Sí, transporto combustible. Recorro gran parte de la provincia, a veces hasta la costa. ¿Y vos, con esa moto y cara de aventurero?

Franco lo miró con ojos chispeantes, como si hubiera adivinado que su interlocutor llevaba en su corazón la inquietud del viajero eterno. Olivarius rió suavemente.

—Más o menos. Estoy recorriendo el país. Sin un destino fijo, la verdad.

—Mirá vos. Eso es lo que me hubiera gustado hacer a mí antes de casarme y tener chicos —dijo Franco, con un dejo de melancolía—. Ahora viajo, sí, pero por laburo. No es lo mismo, ¿no?

Olivarius asintió. El rostro de Franco se iluminaba con una suerte de admiración contenida, como si su interlocutor encarnara un sueño que él ya no podría vivir. Tomaron unos minutos para comer en silencio, interrumpidos por el televisor que anunciaba el aumento de la nafta y el clima inclemente de la región. Luego, Franco soltó la pregunta que tantos hacían:

—¿Y qué buscás con ese viaje?

—Conocer historias, supongo. Conocerme a mí. Aún no sé si lo voy logrando, pero cada parada me enseña algo. —Olivarius respondió sin pretender revelar la complejidad de sus motivaciones.

—Bueno, cada uno anda su ruta —filosofó el camionero—. Solo que algunos necesitamos quedarnos en un lugar, echar raíces. Otros, como vos, corren más libres. Pero igual, la ruta no deja de sacudirte.

La conversación derivó hacia anécdotas de viajes. Franco relató peripecias con camiones atascados en el barro, noches de tormenta donde pensó que volcaría, y la vez que un perro dormía en medio de la ruta y casi lo atropella. Olivarius, por su parte, mencionó algunos encuentros recientes, aunque se guardó los detalles más íntimos para sí. De vez en cuando, el hombre asentía con expresión embelesada, como si escuchara un relato heroico.

Cuando terminaron de comer, Franco se levantó con un gesto de camaradería.

—Te deseo suerte, pibe. Que la ruta te traiga lo que buscás.

—Igualmente, cuidate por ahí.

Con un apretón de manos, el camionero partió a reanudar su jornada, dejando a Olivarius con una sensación extraña: por un lado, la gratitud por la charla espontánea, y por otro, la consciencia de que su libertad de movimiento era un privilegio que a muchos les resultaba esquivo. A veces me pregunto si la libertad absoluta no será también una forma de soledad, se dijo, terminando el último sorbo de su gaseosa.

Antes de arrancar nuevamente, decidió anotar algo en su cuaderno, aprovechando la mesa libre y el aire acondicionado que le otorgaba un alivio momentáneo:

Día 3 (mediodía)

“Hoy conocí a Franco, un camionero que cruza rutas para ganarse el pan. Hablamos brevemente, pero su mirada cargada de añoranza me

dijo más de lo que él contó. Muchas veces, los que viajan por obligación sueñan con la libertad que yo ejerzo, y yo, a ratos, me pregunto si no añoro la estabilidad que ellos tienen. Quizá nuestra condición humana sea anhelar siempre lo que nos falta.

La estación de servicio es un microcosmos: gentes de paso, comida rápida, nafta y charlas fugaces. Siento que cada lugar que piso deja en mí una marca, como un latido que se suma a mi propia resonancia interior. ¿Cuántos latidos más recogeré antes de encontrar mi rumbo definitivo?

Me intriga la idea de que este viaje no tenga un final claro. ¿Será que mi destino es vagar, cosechando historias? ¿O, tal vez, encontraré en algún recodo un motivo para quedarme y echar raíces como todos los demás?

Por ahora, la ruta me espera. El calor aprieta, pero mi sed de camino sigue intacta.”

Guardó la libreta en la mochila, pagó su consumo y salió de la cafetería. Cargó algo de nafta adicional en la moto para afrontar la próxima etapa con tranquilidad y consultó un mapa en su celular, comprobando que la señal era débil, pero suficiente para ubicar la próxima población. A unos 60 kilómetros se encontraría un pueblo

llamado Santa Aurelia. Sin más dilación, se despidió mentalmente de la estación y volvió al asfalto, donde el sol lo recibió con un golpe fulminante.

Los primeros kilómetros los recorrió con la mente arremolinada en la charla con Franco. Recordó que muchas veces, al compartir un té o un mate con desconocidos, había percibido ese mismo brillo en los ojos ajenos: la mezcla de envidia y fascinación por la libertad de un viaje sin ataduras. Tal vez no nos demos cuenta de que la libertad también trae incertidumbre, y la incertidumbre, un peso particular, reflexionó.

Poco a poco, su atención se desplazó al paisaje. La ruta subía por un ligero lomaje que, sin ser una montaña, ofrecía una vista panorámica de los campos. Se distinguían praderas extensas, hileras de árboles protegiendo caminos rurales y, en lontananza, un par de silos metálicos brillando al sol. No vio pueblos a la vista, pero sí unas cuantas casas desperdigadas, con corrales y tanques de agua elevados.

En la medida en que ascendía, el calor parecía intensificarse. El motor de la moto se mantenía firme, pero Olivarius empezaba a sentir el cansancio en los hombros. Decidió que, al llegar a Santa Aurelia, buscaría un lugar para pasar la noche, o al menos un par de horas bajo la sombra. No tiene sentido forzar el cuerpo sin necesidad, se dijo, más sabio tras tres días de recorridos arduos.

De pronto, un soplo de viento cruzó la carretera, levantando polvo y pequeños rastrojos. Olivarius se estremeció. Aquella ráfaga inesperada le trajo a la memoria la tormenta de la noche anterior. Todo está en constante movimiento, como si el clima y la ruta fueran metáforas de mi propia alma, pensó con un dejo de romanticismo. Su alma, que a ratos parecía en calma, podía revolverse con una sola ráfaga de dudas o recuerdos.

Los kilómetros se sucedieron, y, finalmente, un nuevo cartel apareció: “Santa Aurelia, 2 km”. El nombre le resultó evocador, como si esa aureola santa sugiriera algún tipo de refugio o de sutil epifanía. Redujo la velocidad y se preparó para lo que pudiera encontrar: otra ciudad desconocida, un pueblo casi fantasma o un caserío bullicioso. El viaje le había enseñado que no había certezas a la hora de adentrarse en lugares desconocidos.

La primera impresión de Santa Aurelia fue la de un pueblito verde, con árboles generosos en las veredas y una plaza central más grande de lo habitual. La calle principal estaba asfaltada y había varios comercios con letreros coloridos: una panadería, un kiosco, una verdulería. Un surtidor pequeño servía a los vecinos que no querían desplazarse hasta la estación de servicio principal. Sonaba a un lugar donde la vida transcurría con cierta armonía rural. En la plaza, se veía a un grupo de niños corriendo tras una pelota y a un par de ancianos sentados en un banco, charlando a la sombra.

Olivarius estacionó junto a un gran árbol en la plaza, bajó de la moto y se quitó el casco con alivio. El aire seguía caliente, pero la sombra ofrecía un respiro agradecido. Definitivamente, necesito un espacio donde refrescarme y tal vez buscar posada para la noche, pensó. Miró a su alrededor, notando un modesto edificio que ostentaba un cartel: “Hostería Santa Aurelia”. Parecía el sitio indicado para quienes llegaban de paso.

Sin perder tiempo, caminó hacia ahí, con la chaqueta y el casco a cuestas. Al cruzar la calle, se percató de la calma que reinaba, interrumpida apenas por las risas de los chicos en la plaza y el zumbido de una cortadora de césped al fondo de alguna casa. Entró a la Hostería: el lobby era austero, con una recepción y unos sillones de mimbre.

—Buenas tardes —saludó a la mujer que estaba tras el mostrador—. ¿Tendrás habitación disponible para hoy?

—Sí, claro. Tenemos lugar. ¿Cuántas noches?

—Por ahora, solo esta. Después veré.

La mujer le sonrió y le ofreció un formulario para anotar sus datos. Mientras lo llenaba, Olivarius sintió un deja-vu de las noches anteriores: llegar a un pueblo, registrarse en un hospedaje sencillo, sumar otra experiencia a su periplo existencial. Y sin embargo, cada

lugar es distinto, cada rostro me enseña algo nuevo, pensó, recordando las palabras de Franco sobre “cada uno anda su ruta”.

Con la llave de la habitación en mano, se dirigió al cuarto asignado. Al abrir la puerta, le dio la bienvenida un ambiente simple: una cama de madera, una mesa con lámpara y una ventana que, para su sorpresa, ofrecía una vista al follaje de un enorme sauce. Dejó el casco sobre la cama y se permitió un suspiro de satisfacción. Otro día, otro refugio, se dijo, y sintió que con cada parada avanzaba no solo geográficamente, sino también en su comprensión del mosaico humano que componía el país.

Decidido a instalarse, soltó la mochila y se preguntó qué historias le depararía Santa Aurelia. Quizá una charla con algún vecino, quizá un suceso inesperado en la plaza al atardecer. La belleza del viaje radica en que, aunque uno no lo planee, siempre hay algo esperando a la vuelta de la esquina, se recordó, sonriendo con la certeza de que cada jornada era un capítulo nuevo, y él seguía sumergido en la aventura de su propia transformación.

Parte III

Tras dejar su casco y sus pocas pertenencias en la habitación de la Hostería Santa Aurelia, Olivarius se tomó unos minutos para refrescarse y cambiarse de ropa. El cuerpo le pedía un respiro tras tantas horas bajo el sol, así que se pasó un poco de agua fresca por la cara y los brazos. Notó que el aire en la posada estaba cargado de un olor a madera antigua y un ligero matiz a lavanda, probablemente de los saquitos perfumados que colgaban en las ventanas.

Mientras se secaba con una toalla, escuchó voces amortiguadas en el pasillo, y dedujo que algunos otros huéspedes podrían estar alojados. Raro, en estos sitios tan remotos, pensó con curiosidad. Tal vez habría oportunidad de conocerlos y, quién sabe, intercambiar historias. Se puso una camisa ligera, recogió su libreta y salió a explorar el pequeño pueblo.

La tarde avanzaba con lentitud, y los rayos del sol, algo oblicuos, pintaban de dorado los frentes de las casas. Caminó hacia la plaza que había visto desde la moto. Se trataba de un espacio generoso, con bancos de madera y un monumento central que homenajeaba al fundador de Santa Aurelia. Olivarius se acercó a la estatua: un hombre de bigote hirsuto y mirada severa, esculpido en bronce, sobre un pedestal que rezaba “Don Nicanor Basualdo, fundador – 1892”. A los costados, canteros de flores medio marchitas por el calor, y un par de palmeras que parecían resistir con entereza el clima agobiante.

Cerca del monumento, distinguió a un grupo de niños jugando con una pelota vieja y unas ramas que usaban de arcos improvisados. Las risas y los gritos formaban un contrapunto a la tranquilidad del entorno. Al fondo, unos ancianos conversaban sentados en un banco, con la calma de quien ha visto pasar muchas primaveras y no se inquieta por lo efímero de la tarde.

—¡Eh, cuidado! —gritó uno de los chicos, cuando la pelota rodó hasta los pies de Olivarius.

La recogió con una mano y la devolvió de un puntapié suave, sonriendo. Los niños gritaron “gracias” y siguieron en lo suyo, embelesados en ese juego sin reglas que convertía la plaza en su reino. Hay un encanto en la niñez rural, pensó Olivarius. Tal vez no tenga la misma tecnología, pero sí libertad y un vínculo directo con los espacios públicos. Esto lo llevó a reflexionar sobre su propia infancia, distanciada de la naturaleza y más apegada al asfalto porteño.

Decidió sentarse en un banco a la sombra de una palmera para anotar en su cuaderno. Antes de escribir, se permitió contemplar la plaza unos minutos. Las aves piaban en lo alto, donde las palmeras enraizaban en el aire, y un perro dormía al pie de un farol, indiferente al bullicio infantil. El escenario le pareció un cuadro costumbrista, cargado de vida y a la vez de un sosiego que en la ciudad nunca percibía.

Diario de Olivarius (fragmento)

“En Santa Aurelia encuentro una paz que me remite a la niñez que no tuve: una plaza con niños correteando, ancianos que charlan como si el tiempo no existiera, y el sol que dora cada rincón con una luz que invita a la siesta. Me pregunto cuántos de estos chicos imaginarán lo que hay más allá de los límites de su pueblo, cuántos sueñan con viajar y conocer un mundo distinto, y cuántos, en cambio, se contentan con la familiaridad de esta vida apacible. La plaza parece un corazón latiendo sin prisa, recordándome la humildad de lo cotidiano.”

Guardó la libreta y, al alzar la vista, notó que los ancianos del banco vecino lo miraban de reojo. Uno de ellos, un hombre con sombrero de ala ancha y bigote, lo saludó con un leve gesto. Olivarius interpretó que no sería mal visto acercarse, así que se puso en pie y caminó hasta ellos.

—Buenas tardes. ¿Le molesta si me siento un rato? —preguntó con cortesía.

—Para nada, muchacho —respondió el del sombrero, haciéndose a un lado.

El otro anciano, de semblante bonachón, sonrió y le tendió la mano:

—Soy Eulogio, y este es Rogelio. Llevamos toda la vida aquí, viendo pasar a la gente —bromeó, señalando la plaza.

—Olivarius —contestó, estrechándoles la mano—. Llegué hoy al pueblo. Me parece un lugar muy tranquilo.

Rogelio, el del sombrero, soltó un leve resoplido de satisfacción:

—Tranquilo sí, pero también tenemos nuestras historias, como todos lados.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Olivarius, intrigado.

Los ancianos se miraron con complicidad. Eulogio tomó la palabra:

—Podría hablarte de la vieja capilla que está allá al fondo, o del pasadizo subterráneo que dicen que conectaba con la casa del fundador. O de los duendes de la Estancia “La Merced”… que si escuchás a ciertos peones, te juran que se aparecen en las noches de luna llena.

—Pero nadie puede comprobar nada —añadió Rogelio, con un guiño —. Aun así, las historias se pasan de generación en generación, porque cada uno necesita un poco de magia en la vida, ¿no?

Olivarius sonrió, recordando las leyendas de La Azucena y el lago. Todos los pueblos tienen una narrativa propia, un tejido de creencias y anécdotas que explican su identidad, se dijo. Se le ocurrió preguntar por la vida cotidiana, por si la agricultura seguía siendo la principal fuente de ingresos o si había jóvenes que migraban a la ciudad. La charla fluyó con naturalidad: los ancianos contaron cómo Santa Aurelia, antaño próspera por la producción de cereales y ganado, había visto mermar su población joven. Sin embargo, el lugar conservaba su espíritu amistoso y cierto orgullo por su larga historia.

—Lo único que sentimos es que, a veces, la gente de afuera pasa y no se entera de nada, solo ve un pueblito más —reflexionó Eulogio—. Pero acá vibra la memoria de nuestros abuelos.

—Uno tiene que quedarse un tiempo para palpar eso —añadió Rogelio—. O al menos, interesarse, como vos, que preguntás.

Olivarius se sorprendió de la honestidad. Era cierto: la mayoría de viajeros hacían una parada rápida en la estación de servicio o en la

hostería y seguían sin mirar atrás. Quizás mi viaje me permita ser un puente, alguien que escuche lo que nadie oye, pensó, sintiendo un peso de responsabilidad. Recordó sus apuntes y su deseo de convertirlos en una obra literaria que recogiera estas voces desperdigadas. ¿Seré capaz de hacer justicia a tanta riqueza humana?, se preguntó.

Cuando la conversación empezó a agotarse, Eulogio miró su reloj y exclamó:

—Ya casi es la hora de la merienda. Nos tomamos unos mates en la panadería “El Trigo de Oro”. ¿Querés acompañarnos?

—Claro, me encantaría —respondió Olivarius sin dudarlo. Sentía que toda oportunidad de compartir con los lugareños era un regalo de la ruta.

Los ancianos se pusieron en pie con lentitud y avanzaron por la calle adoquinada que rodeaba la plaza. A pocos metros, se alzaba un local con un cartel en forma de espiga y una ventana exhibiendo facturas y panes recién horneados. Al entrar, el calorcito de los hornos y el olor a masa inundaron sus sentidos. Sentados en una de las mesas, dos adolescentes cuchicheaban mientras esperaban a la panadera, y un hombre canoso compraba dos docenas de facturas para llevar. El

sitio tenía un aire familiar, de esos donde la gente se conoce por el nombre y las anécdotas se comparten sin reserva.

Eulogio se acercó al mostrador:

—Pilar, nos preparás unos mates y unas tortitas, por favor —pidió.

—Sí, Eulo —respondió la panadera, guiñándole un ojo—. ¿Querés también algo para tu amigo?

Rogelio y Olivarius se miraron, y el viajero levantó la mano:

—No se preocupen, yo me uno a lo que ustedes pidan.

—Perfecto, muchacho —respondió Eulogio, palmeándole la espalda.

Tomaron asiento en una mesa cercana a la ventana, desde donde se podía ver la calle y a algunos parroquianos pasar con bolsas de compra. La panadera trajo una bandeja con una pava de agua caliente, un mate cebado y un canasto de tortitas recién salidas del horno. El olor era irresistible. Olivarius no pudo contener una sonrisa, agradeciendo aquel gesto de hospitalidad.

El ritual del mate fluyó con la naturalidad de quienes lo practican a diario. Eulogio cebaba con mano experta, y Rogelio comentaba sobre el clima, las cosechas y los pronósticos del diario local. De vez en

cuando, Olivarius se animaba a compartir alguna anécdota de su viaje, evitando alargar detalles para no sonar pretencioso. Sentía que esas charlas sencillas, de mates y pan, eran parte esencial de la cultura que buscaba entender: la fraternidad que nace en torno a una ronda, sin grandes ceremonias pero con un calor humano innegable.

—¿Y ya tenés planes para la noche? —preguntó Rogelio, tras beber un sorbo.

—Estoy alojado en la Hostería. Quizá dé una vuelta más tarde. ¿Recomiendan algo?

—Bueno, a la salida del pueblo hay una tranquera que lleva a una laguna chica, donde suele ir la gente a pescar o tomar aire al atardecer. A lo mejor, si querés algo de inspiración, te sirve —sugirió Eulogio.

—O también podés darte una vuelta por la capilla vieja, aunque no sé si estará abierta. Al cura se lo ve poco —bromeó Rogelio.

Mientras bebía el mate, Olivarius pensó que cualquiera de esas opciones sería interesante. Le gustaba la idea de la laguna al atardecer: una escena tranquila para reflexionar y, quién sabe, escribir algo más en su libreta. Estar rodeado de un cielo teñido de rojos y naranjas siempre despertaba en él cierta euforia poética.

Además, cada atardecer se convertía en un símbolo de cierre y renovación.

—Quizá me acerque a la laguna —respondió, devolviendo el mate—. Les contaré si veo algo especial por allá.

—Te vas a llevar un lindo recuerdo. Solo cuidate de los mosquitos —soltó Eulogio, riendo.

Cuando la ronda de mate terminó, la tarde caía con un matiz anaranjado tras los cristales de “El Trigo de Oro”. La charla con los ancianos había transcurrido sin presiones, llena de esa camaradería que se forja en el compartir cotidiano. Olivarius sintió un agradecimiento genuino: por la merienda, por la hospitalidad y, sobre todo, por la apertura de estos hombres que no dudaron en integrar al forastero en su tertulia.

—Gracias por todo, Eulogio, Rogelio. Creo que me daré una vuelta por el pueblo y luego iré a la hostería.

—Cuando quieras. A veces nos reunimos mañana a la misma hora. Si estás por acá, ya sabés dónde encontrarnos.

Se despidieron a la puerta de la panadería, y Olivarius se encaminó de vuelta a la plaza. El sol descendía con lentitud, dorando los tejados de las casas y prolongando las sombras en el adoquín. El viajero notó que el corazón se le henchía de una tibia satisfacción: la de saberse bienvenido, la de descubrir en cada recodo un pedazo de humanidad que lo nutría.

Cruzó la plaza pensando en las palabras de Rogelio: “Cada lugar tiene sus historias, y cada uno necesita un poco de magia”. Recordó entonces las múltiples leyendas o mitos que había escuchado desde que inició el viaje y cómo todos, en mayor o menor medida, buscaban asimilar la realidad a través del encanto de lo fantástico. Quizá la magia no resida en si existen duendes o no, sino en la fe que la gente pone en sus propias narraciones, se dijo. Ese pensamiento le pareció digno de una nueva nota en su cuaderno.

El aire refrescaba con la cercanía de la noche, y los colores del crepúsculo empezaban a teñir el cielo. Olivarius se dirigió a la Hostería, donde planeaba dejar su libreta y, posiblemente, encaminarse a la laguna recomendada por Eulogio. Como sea, este día me ha dado algo más que un descansito en un lugar desconocido, pensó con una calma gozosa. Me ha recordado que, aun en lo más remoto, siempre hay manos que comparten un mate y voces que cuentan historias: la esencia misma de la vida que busco retratar.

Con esa certeza palpitando en su interior, llegó a la puerta de la Hostería. El crepúsculo, suave y prometedor, dibujaba un escenario ideal para su siguiente aventura: un simple atardecer junto a la laguna, en el que, tal vez, encontraría el sosiego o la inspiración que su alma nómada seguía rastreando en cada kilómetro recorrido.

Parte IV

Olivarius se encaminó a su habitación en la Hostería, apenas el tiempo suficiente para dejar la libreta y refrescarse un poco antes de partir hacia la laguna que le recomendaron Eulogio y Rogelio. Notó que la tarde avanzaba a paso firme, tiñendo el cielo de un anaranjado suave que preludiaba un atardecer de ésos que invitan a contemplar en silencio. Con el corazón ansioso por un nuevo descubrimiento, tomó un morral ligero donde guardó su botella de agua, algo de abrigo por si refrescaba y la cámara de fotos que, hasta entonces, apenas había usado.

Abandonó la posada y cruzó la plaza, saludando con un ademán a los niños que seguían enfrascados en su juego de pelota, ahora con voces más bajas, tal vez cansados de la jornada. El sol, como un

disco cada vez más rojizo, se deslizaba hacia el horizonte. Olivarius buscó la calle que salía del pueblo por el lado oeste, siguiendo las indicaciones de Eulogio: “Tomá la calle de tierra, en la última casa girás a la derecha y seguí unos quinientos metros”.

Un camino polvoriento se abrió ante él, flanqueado por arbustos y algunos postes de alambre. La brisa, más fresca, hacía crujir las ramas secas en los alrededores. Este es el encanto de lo simple, pensó, sintiendo el rumor de la naturaleza envolviéndolo en un abrazo casi maternal. De tanto en tanto, se oía el canto de un pájaro desconocido o el zumbido de un insecto que pasaba cerca. El ruido del motor de la moto no retumbaba esta vez, porque había preferido dar un paseo a pie, disfrutando la cercanía del entorno.

Tras recorrer unos minutos, vio la laguna. Era más pequeña de lo que imaginaba, pero el reflejo del cielo sobre sus aguas ofrecía un espectáculo bello y sereno. Las orillas estaban cubiertas de juncos y pastizales; aquí y allá, se veían zonas de tierra más firme, ideales para sentarse o pescar. La superficie, iluminada por la luz dorada del atardecer, parecía un espejo en el que flotaban los últimos rayos del sol.

Observó a un par de siluetas al costado de la orilla: un hombre y una joven, probablemente padre e hija, quienes parecían estar pescando. La caña en manos de ella se veía tambalear de vez en cuando, y el hombre supervisaba con paciencia. Olivarius sonrió: el cuadro era

entrañable, la típica escena de un final de día tranquilo en un pueblo olvidado por el estrés de las grandes ciudades.

Decidió no interrumpirlos. Caminó unos pasos más y encontró un sitio perfecto, con pasto firme y una roca plana que asomaba cerca del agua. Se sentó allí, dejando el morral a un costado. Durante unos minutos, se quedó en silencio, permitiendo que el rumor tenue del viento sobre los juncos y el leve chapoteo de las aguas dieran forma a un instante de contemplación pura.

El sol se hundía cada vez más, pintando el cielo con pinceladas rosadas y anaranjadas. Olivarius sintió la tentación de fotografiar ese momento. Sacó la cámara del morral y tomó un par de instantáneas: el cielo incendiado por los últimos fulgores, la silueta de los pescadores en la distancia, el reflejo vibrante sobre el agua. Luego, se permitió un respiro antes de guardarla: más importante que la foto era grabar en la memoria la esencia de aquel rincón pacífico.

—¡Hola! —oyó a su espalda, y casi dio un brinco.

Era la joven que estaba con la caña de pescar, acercándose con curiosidad. De cerca, se notaba que tendría unos 16 o 17 años. Cabello suelto, remera ligera y un brillo de entusiasmo en los ojos.

—Disculpá, no quise asustarte —se disculpó, sonriendo—. Solo quería ver si venías a pescar o algo.

—No, para nada. Vine a contemplar el atardecer. Me dijeron que este lugar es lindo a esta hora.

—¿Sos de acá? —preguntó, ya menos sobresaltado.

—No, estoy de paso. Me alojo en la hostería.

—Ah… pensé que eras algún vecino nuevo.

La joven pensó un segundo, miró el atardecer, y luego se presentó:

—Me llamo Carla. Estoy con mi papá, intentando pescar algo para la cena, pero parece que los peces no tienen hambre hoy.

—Soy Olivarius. Encantado de conocerte. ¿Vivís en Santa Aurelia?

—Sí, desde siempre. No pasa mucho acá, pero a mí me gusta.

Olivarius asintió con empatía. Muchos jóvenes ansían escapar a la ciudad, pero ella parece cómoda en su terruño, pensó. Carla observó la cámara que él sostenía, y no pudo evitar hacer una pregunta:

—¿Estás sacando fotos del lugar?

—Sí, de vez en cuando. Quiero llevarme un recuerdo de todos los sitios que visito.

—¡Qué bueno! —exclamó ella, y miró la laguna con ojos de orgullo—. A esta hora siempre se ve hermoso. Lástima que mis amigos se aburren y prefieren juntarse en la plaza. A mí me encanta venir con papá a ver el sol y, si hay suerte, sacar algún bagre o pejerrey.

Una vocecita masculina resonó desde la distancia:

—¡Carla, volvé, que se tensa la línea!

Ella soltó una risita:

—Será mejor que vaya. ¡Suerte! —dijo, despidiéndose con la mano y regresando junto a su padre para retomar la pesca.

Olivarius siguió con la mirada esa escena cotidiana y, a la vez, cargada de un encanto peculiar. Cuánta paz puede encerrar un lugar si uno se detiene a apreciarlo, reflexionó. Se acomodó de nuevo en la roca y sacó su libreta. Antes de anotar nada, cerró los ojos, dedicándole un instante a la brisa que ahora soplaba más fresca, embalsamada con el aroma de la vegetación húmeda.

Entrada de diario (fragmento)

“Atardecer en Santa Aurelia. La laguna se tiñe de fuego y la gente pesca, ríe, contempla. Conocí a Carla, una joven que parece disfrutar la calma de su tierra, algo que a veces nosotros, los forasteros, subestimamos. ¿Por qué asumimos que todos quieren huir de estos parajes? Quizás para ella, la magia esté en pescar con su padre, en estas aguas plácidas que devuelven el reflejo del cielo.

Me maravilla cuántas historias permanecen ocultas en un simple pueblo. No hacen falta grandes épicas para que la vida sea significativa. Basta un atardecer, un encuentro y la certeza de que, en la quietud, también late la profundidad de la existencia. A veces, la rutina de un pueblo puede contener más humanidad y sabiduría que el ruido ensordecedor de la gran ciudad.”

Satisfecho con esa reflexión. Guardo su diario, Miró el sol, ya muy cerca de la línea del horizonte, y decidió contemplar en silencio los minutos finales de su descenso. El cielo se incendiaba en ocres y

violetas, y un tenue canto de grillos surgía en la maleza, como preludio de la noche.

La noche y sus misterios.

Poco a poco, el sol desapareció por completo y la penumbra se fue instalando. El aire se tornó más fresco, casi balsámico después del bochorno diurno. Olivarius percibió, con cierta fascinación, cómo la laguna adquiría un tono azulado más profundo, y las sombras se difuminaban en un contorno incierto. Carla y su padre seguían en la orilla, recogiendo los aparejos, pues la oscuridad dificultaba la pesca.

Él pensó en volver también, pero algo le dijo que se quedara un rato más, que experimentara esa transición total hacia la noche. Quizá aparezcan las estrellas y me regalen un cielo limpio, se dijo con expectación. No muy lejos, escuchó un leve chapoteo, tal vez un pez o un ave nocturna. Se puso de pie para estirar las piernas, y caminó por la orilla, evitando hundir los zapatos en la orilla barrosa.

Mientras avanzaba, sintió un golpecito de brisa que lo estremeció. Levantó la mirada al firmamento: las primeras estrellas comenzaban a asomar, tímidas, en un firmamento ya libre de los restos del crepúsculo. La belleza del cielo rural —sin interferencia lumínica— era un espectáculo que siempre le había impresionado. Esta es la genuina cúpula de la noche, pensó, recordando cuántas veces, en Buenos Aires, apenas distinguía un puñado de astros difusos.

De pronto, vio algo que llamó su atención: un pequeño destello, como una luz tenue, brillando a ras del agua, cerca de una masa de juncos.

Se acercó con cautela, intrigado. La luz se apagó y volvió a encenderse, como si parpadeara en medio de la laguna. Pensó en un luciérnaga, pero le pareció demasiado intensa para ser un simple insecto. Dio un par de pasos, intentando no hacer ruido. Sin embargo, la luz desapareció por completo, dejando solo la oscuridad del junco.

—¿Hay alguien ahí? —se atrevió a preguntar en voz baja, aunque no esperaba respuesta.

Solo el viento, le dio respuesta. Se quedó unos segundos aguardando. Tal vez mi imaginación me juega una broma, pensó, o quizás era algún fenómeno natural, como un reflejo pasajero de la luz residual del crepúsculo. Sea como fuere, el instante le resultó casi mágico, un recordatorio de que la noche rural también podía albergar sus propios misterios, evocando en él las leyendas que había escuchado en otros pueblos.

Decidió que ya era hora de volver. No quería exponerse a los mosquitos que seguramente rondarían en bandadas junto al agua. Regresó a la roca donde había dejado su morral, se lo echó al hombro y emprendió el regreso hacia Santa Aurelia, con la silueta de la aldea recortada en la penumbra y el débil resplandor de algunos faroles en la distancia.

Por el camino, se cruzó con Carla y su padre, quienes volvían también. El hombre lo saludó con cortesía, y Carla le sonrió,

sosteniendo un balde apenas con un par de peces de tamaño modesto. Casi leyéndole la mirada, Olivarius alzó el pulgar con complicidad:

—¡Algo sacaste! —comentó en broma.

—No mucho, pero bueno, al menos cenamos —respondió ella, risueña.

Siguieron sus rutas, cada uno en su burbuja de pensamientos nocturnos. Al llegar a la primera calle iluminada del pueblo, Olivarius notó que la noche le devolvía una quietud diferente a la del atardecer: las casas con ventanas ya cerradas, la plaza en silencio, y algún perro merodeando en busca de comida. La atmósfera resultaba acogedora en su sencillez, como un hogar que te abre los brazos tras un día largo.

Cuando entró a la Hostería, una tenue luz en el pasillo marcaba el acceso a las habitaciones. Pasó por la recepción, donde la dueña (una mujer de mediana edad, a la que no había prestado demasiada atención antes) estaba revisando unos papeles. Al verlo entrar, le dedicó un escueto “buenas noches” y volvió a concentrarse en su tarea. Sin más, Olivarius subió a su cuarto.

El cansancio le pesaba ahora con claridad: el día había sido intenso, lleno de encuentros y reflexiones. Dejó el morral, se quitó los zapatos y se sentó en la cama, abriendo la libreta una vez más para apuntar sus impresiones sobre el misterioso destello en la laguna.

“Esta noche, la laguna me regaló un atardecer magnífico y luego una pequeña señal de luz que parpadeó entre los juncos. No sé qué fue, pero me dejó la sensación de que cada lugar encierra un hilo de misterio. Quizá fue una luciérnaga, o un reflejo sin explicación. Pero en mi corazón, prefiero creer que la noche me susurra: ‘Sigue buscando, hay más de lo que ves.’

Guardó la libreta y se tumbó, dejando que la oscuridad de la habitación lo envolviera. El sonido lejano de grillos y el zumbido ocasional de algún mosquito tras la ventana le recordaron que seguía en un entorno rural, lejos de los claxons y las sirenas de la gran ciudad. Sintió un alivio en el pecho, como si cada día en la ruta lo purgara de ansiedades antiguas.

Cerró los ojos, evocando la imagen de la laguna en calma y las palabras de Carla sobre la pesca. Pensó en su propio viaje, en la búsqueda incesante que lo movía de pueblo en pueblo, acopiando

fragmentos de vidas ajenas. Tal vez sea un pescador de historias, se dijo con una sonrisa casi imperceptible. Y cada día lanzo mi caña a un lago distinto, con la esperanza de que pique una reflexión, un encuentro, una verdad. Y si vuelvo con las manos vacías, al menos me quedará el aroma de la tarde y el fuego del atardecer en la retina.

Con ese pensamiento amable, dejó que el sueño lo arrastrara a un remanso de calma, satisfecho por la jornada y expectante por lo que el amanecer siguiente tuviera para ofrecerle en Santa Aurelia o más allá. La ruta, infinita y amable, aguardaba su regreso al alba, cuando las historias vuelven a tejerse en el aire tibio y cada kilómetro se convierte, otra vez, en una nueva posibilidad de descubrir la esencia de la vida.

Parte V

El amanecer en Santa Aurelia llegó con la sutileza de un cielo encapotado, teñido de grises claros y azules tenues. Olivarius despertó más temprano de lo habitual, tal vez por la silenciosa expectativa de un nuevo día o por el canto distante de algún gallo que rompía la quietud. Al abrir la ventana de su habitación en la Hostería, percibió un aire distinto al del día anterior: la calidez seguía presente, pero había un ligero frescor residual, como si la noche no se hubiera marchado del todo.

Se vistió con parsimonia y bajó al comedor principal, donde la dueña de la posada —una mujer de gesto amable— ofrecía un desayuno sencillo: pan casero, manteca, dulce y café. El olor a café recién filtrado invadía la estancia, mezclándose con los murmullos leves de un par de huéspedes madrugadores que ya ocupaban otras mesas. Uno de ellos, un hombre de mediana edad con aspecto de viajero, hojeaba un diario local sin mucha concentración.

—Buen día —lo saludó Olivarius con cortesía, sentándose a una mesa cercana.

—Buen día —respondió el otro, alzando la vista por un instante antes de volver al periódico.

La dueña le trajo un plato de pan cortado en rebanadas y un tazón de café humeante. Olivarius agradeció con un gesto y disfrutó del primer sorbo, dejando que el amargor suave del café le aclarara las ideas. De pronto, la imagen de la laguna al atardecer —y aquella misteriosa luz— volvió a su mente. Fue real o pura sugestión, se preguntó, esbozando una ligera sonrisa al recordar cómo su imaginación le había sugerido que quizás presenció algo mágico.

Con la cabeza aún en esas cavilaciones, sintió la necesidad de abrir su libreta y plasmar un par de pensamientos. Acarició la portada y se dispuso a escribir:

Diario de Olivarius: Amanecer en Santa Aurelia

“Una quietud diferente a la de anoche. Cielo opaco, como si el día dudara entre la claridad y un velo de nubes. Me pregunto si este pueblo es un espejo de mi propia incertidumbre: a ratos brillante, a ratos ensombrecido. Aquí cada mañana parece empezar con un susurro, no con un estruendo. Agradezco la calma, pero también siento que mi viaje sigue empujándome a explorar.

Me iré hoy, posiblemente. La laguna y su luz me dejan con una pregunta sin respuesta: ¿cuántas cosas en la vida vemos como destellos fugaces que no logramos descifrar? Tal vez lo importante sea contemplar con el corazón abierto, sin exigir certezas. La ruta es mi maestra, y su lección de hoy: la belleza reside en aceptar que no todo necesita explicación para ser valioso.”

Cerró la libreta. El huésped del diario había terminado de leer, o al menos se había cansado de las noticias, y ahora se desperezaba antes de disponerse a partir. Olivarius notó la portada del periódico —un titular sobre el clima y las cosechas— y se dio cuenta de lo lejanos que se volvían los problemas citadinos de los que venía huyendo. Qué frágil es la barrera entre lo que creemos urgente y lo que realmente importa, pensó.

Tras acabar su desayuno, retornó a la habitación para empacar sus pertenencias. Guardó cuidadosamente la libreta, la cámara y la ropa en la mochila. Echó un último vistazo al cuarto, agradecido por la noche de reposo. Cuando salió al pasillo, se encontró a la dueña fregando el piso con un paño húmedo.

—¿Ya te vas? —preguntó ella, amable.

—Sí, la ruta me llama. Gracias por todo.

—Que tengas buen viaje. Si algún día volvés, te esperamos.

Se despidieron con la calidez propia de un lugar donde las relaciones humanas no tienen prisa y el aprecio se expresa en gestos simples. Olivarius salió a la calle y, bajo la luz matinal, contempló por última vez la plaza, ahora casi desierta. Un anciano barría algunas hojas secas, y un perro cruzaba con aire somnoliento. El pueblo se desperezaba sin estridencias, fiel a su esencia humilde.

Recuperó su moto, que había dejado aparcada cerca de la hostería, revisó los neumáticos y el nivel de nafta. Todo en orden. Se colocó el casco, ajustó la chaqueta y dio una larga última mirada a Santa Aurelia, recordando la compañía de Eulogio y Rogelio en la panadería, la pesca de Carla, la magia de un atardecer junto al agua. Un capítulo más en esta travesía que no sé cuándo acabará, pensó con un dejo de melancolía y alegría al mismo tiempo.

Encendió el motor y enfiló por la avenida principal, dejando atrás las casitas de colores desvaídos y la plaza de palmeras. Al llegar al límite del pueblo, un cartel daba la bienvenida —“Santa Aurelia, un lugar para soñar” — desde el reverso, igual a tantos otros que él había visto en su periplo, aunque cada uno con su matiz. Se despidió mentalmente de esas calles, sintiendo que se llevaba parte de su espíritu.

La Ruta 3 volvió a extenderse ante él. La mañana nublada ofrecía un clima más amable para rodar, sin el sol abrasador. Con la velocidad moderada y el viento rozándole la chaqueta, Olivarius dejó que la vista se perdiera en los llanos, los cercos y los postes de luz. Un par de autos pasaron en dirección contraria, y uno de los conductores levantó la mano para saludar, según la costumbre de la gente de ruta. Olivarius correspondió con un gesto. Tal vez un día seamos dos forasteros conversando en alguna estación de servicio, imaginó con humor.

Condujo poco más de una hora hasta que el hambre de medio día empezó a anunciarse. Decidió detenerse en una banquina con pasto y unos álamos que ofrecían una sombra relativa. Apagó el motor y se sentó en el suelo, sintiendo la vibración residual en su cuerpo. Sacó de la mochila un poco de pan y queso que le habían sobrado, e improvisó un refrigerio. El silencio, apenas interrumpido por el paso ocasional de un vehículo, lo ayudó a reflexionar.

—Quizás me convendría tomar un desvío, explorar zonas que no estén marcadas en el mapa principal —musitó en voz baja, barajando nuevas ideas para su travesía. Se había dado cuenta de que, a menudo, los lugares más sorprendentes eran los que no figuraban en las rutas turísticas o en los folletos.

De hecho, sacó el mapa de la mochila, uno de papel que llevaba marcados sus últimos recorridos con trazos de lápiz. Observó la provincia: las ciudades más grandes estaban señaladas, pero también aparecían caminos secundarios, cada uno con un posible destino desconocido. Podría dirigirme hacia el noroeste, buscar la sierra, o quizá al sur profundo, donde los vientos soplan con fuerza, pensó con emoción.

Mientras comía, recordó las palabras de Carla sobre la calma de Santa Aurelia y cómo admiraba su tierra. Hay personas que encuentran su realización en un solo sitio, mientras yo viajo

multiplicando horizontes, reflexionó. ¿Seré capaz de arraigarme en algún lugar cuando esta errancia acabe, o estoy condenado a vagar sin fijar morada? Al interior, no sentía condena, sino una curiosa mezcla de libertad y confusión anticipada, sabiendo que cada lugar que dejaba se llevaba una parte de él.

Guardó el mapa, sacudió algunas migas del pantalón y se incorporó. Aun sin certezas sobre la dirección exacta, sabía que seguiría en la Ruta 3 por unos kilómetros más. Después, se dejaría guiar por su intuición, la misma que lo había llevado a La Azucena, a San Teodoro, a Santa Aurelia y a cada recodo del camino en que había encontrado la hospitalidad y la historia de gente sencilla.

Reemprendió la marcha, y el motor volvió a rugir con suavidad, como un aliado fiel. El cielo, aún encapotado, ofrecía un clima casi ideal para rodar. Mientras avanzaba, vio en el retrovisor cómo la imagen de Santa Aurelia, en la distancia, se iba difuminando hasta mezclarse con el paisaje llano. Cada lugar que abandona se convierte en una estela en su memoria, pensó. Y cada recuerdo, en un potencial relato que dará forma a ese libro que, algún día, quisiera poner en manos de los lectores.

Más adelante, un camión lo adelantó con un prepotencia potente. El rebufo lo sacudió un poco, recordándole la fragilidad de estar en moto. La vida del viajero es así, pensó. Equilibrio entre el asombro y la prudencia, entre el amor por la aventura y el cuidado de uno

mismo. Sonrió detrás del casco, sintiéndose bien en ese equilibrio inestable que, a fin de cuentas, le regalaba vivencias únicas.

El asfalto transcurrió casi sin sobresaltos por otro medio centenar de kilómetros. Vio carteles anunciando distintos desvíos: nombres de pueblos, de estancias, de caminos rurales. Cada uno era una puerta posible. ¿Cómo se elige hacia dónde girar cuando todos los caminos prometen su propio misterio? Se inclinó, por ahora, en continuar recto, buscando un pequeño municipio que aparecía en su mapa, distante unos cuarenta kilómetros más al sur.

El sol ganó algo de fuerza pasadas las once y media, apareciendo entre los claros que dejaban las nubes. La calidez se notó de inmediato en su espalda y en el aire que surcaba el casco. Aun así, seguía lejos de la canícula agobiante de días anteriores. Olivarius pensó que la providencia —o simple azar— le había concedido un día moderado para viajar.

Mientras rodaba, volvió a surgir la figura de la misteriosa luz en la laguna, la charla con Carla, la despedida de los ancianos en la panadería. Dejó que esas imágenes se fundieran en su mente, recreando una suerte de collage que resumía todo lo que había sido Santa Aurelia. ¿Qué me llevo de allí?, se preguntó. Me llevo la certeza de que el encanto de la vida no siempre está en lugares emblemáticos, sino en lo pequeño y cotidiano: un mate compartido, un ocaso reflejado en el agua, una puerta abierta al forastero.

Le gustaba pensar que cada paso de su viaje era un peldaño en su crecimiento interior. Había abandonado la ciudad buscando romper con una rutina y —siendo sincero— con ciertos miedos que lo paralizaban. Ahora, en cada tramo recorrido, descubría la calidez de la gente y la inagotable sorpresa de la simplicidad. Quizá, al final del camino, su viaje no precisaría una gran revelación, sino la confirmación de que la humanidad vive en los detalles invisibles para el afán de la prisa.

Sus manos aferradas al manubrio sintieron una vibración diferente al retomar un nuevo tramo de asfalto, acaso más desgastado. Bajó ligeramente la velocidad, atento a los baches. Miró al frente, decidido a descubrir el próximo episodio de su travesía. Y, como un flash en su mente, resonaron las palabras que había escrito en el diario: “No todo necesita explicación para ser valioso”. Era una verdad que le anclaba el corazón, dispuesta a acompañarlo a lo largo de cada kilómetro.

Capítulo 4

Parte I

El día 4 arrancó con un sol más tímido de lo esperado, enmarcado por un cielo de un celeste claro que asomaba tras ligeras nubes. Olivarius llevaba rodando un par de horas cuando, al fin, divisó las primeras señales de la entrada a Bahía Blanca. No planeaba una estadía larga; su propósito era simple: recargar nafta, reponer provisiones y, tal vez, sentarse unos minutos a contemplar el ir y venir de una ciudad costera que, según había oído, se convertía en un importante centro comercial y portuario para toda la región.

A medida que avanzaba, notó un cambio notorio en el paisaje: del llano y los campos infinitos pasó a visualizar más construcciones, rutas mejor pavimentadas y, en la lejanía, el entramado urbano que se alzaba como un bloque compacto de edificios de mediana altura. Le sobrevoló la extraña sensación de volver brevemente a un entorno más urbano, después de varios días inmerso en la calma de pueblitos y caminos antiguos.

La Ruta 3 se convirtió en una avenida amplia al acercarse a la zona metropolitana. El tráfico aumentó: autos, colectivos, camiones. El bullicio de motores y bocinas le recordaron la Buenos Aires que había dejado atrás, si bien Bahía Blanca no tenía la magnitud ni la congestión de la gran capital. Olivarius aminoró la marcha, alisándose la chaqueta y revisando mentalmente las direcciones que había anotado. Su primer objetivo era llegar a una estación de servicio que, según le habían dicho, quedaba en las afueras, cerca de un cruce importante.

Al cabo de unos minutos de sortear semáforos y esquinas con peatones apurados, logró encontrar la estación. Estacionó la moto en uno de los surtidores y se quitó el casco, agradeciendo la ráfaga de aire fresco que le golpeó el rostro. La ciudad parecía bullir a esa hora: gente que entraba al supermercado, autos que se formaban en fila para cargar nafta. Olivarius sintió un breve choque cultural, como si hubiese pasado de un universo tranquilo a un ecosistema frenético en cuestión de kilómetros.

—Lleno, por favor —indicó al empleado, que asintió con un gesto casi mecánico.

Mientras la manguera vertía el combustible, se preguntó si debía buscar algún supermercado o almacén para surtirse de agua, latas de comida y otras provisiones. Estaba decidido a continuar su viaje hacia el sur, donde —según le habían comentado viajeros en la ruta— existía una pequeña aldea de pescadores, humilde y poco frecuentada por el turismo masivo. Un lugar ideal para desconectar aún más de la civilización.

Cuando el tanque estuvo lleno, pagó y se encaminó al local contiguo. El aire acondicionado del negocio le dio un alivio momentáneo. Ahí compró agua envasada, algunas galletitas, frutas y una lata de atún, pensando en los próximos días. Al salir, se encontró con un vendedor ambulante ofreciendo mapas y guías de la región. Olivarius se detuvo un instante, revisando el material. Terminó adquiriendo un pequeño folleto que describía la costa bonaerense y algunas aldeas no tan conocidas. Era justo lo que buscaba.

—Gracias, hermano. Buena ruta —dijo el vendedor, sonriendo con camaradería.

—Igualmente, cuídate —respondió Olivarius, guardando el folleto en la mochila.

Se subió a la moto y condujo unos minutos más hasta un café modesto en las inmediaciones. Tras tanta carretera, sentía el deseo de beber un cortado y observar, desde la ventana, la vida urbana

fluyendo. Aparcó frente a la fachada de ladrillos, entró y se sentó en una mesa pegada al ventanal, con vista a una avenida repleta de autos. El contraste con Santa Aurelia resultaba abrumador pero, a la vez, lo complacía: la variedad de escenarios le recordaba que Argentina abarcaba múltiples realidades.

El mozo le trajo el café y un vaso de agua sin que Olivarius tuviera que pedirlo. Tomó un sorbo, percibiendo un sabor intenso, diferente del mate compartido en los pueblos, y se dejó llevar por la contemplación. Allí, entre gente que corría con portafolios, repartidores de encomiendas y adolescentes en bicicleta, pensó: El país es inmenso. En un mismo día, puedes pasar de la paz rural al dinamismo de una ciudad costera.

Tras terminar el café, revisó el folleto. La aldea de pescadores que buscaba figuraba con un nombre sencillo: Punta Celeste. Quedaba a unos 100 kilómetros más al sur de Bahía Blanca, desviándose por una ruta secundaria que abrazaba la costa. La descripción hablaba de un pequeño muelle, casas humildes y un puñado de familias que vivían de la pesca y la venta de mariscos. Exactamente lo que busco, se dijo, con un cosquilleo de anticipación. Esa vibra costera, sumada a la sencillez de un poblado casi desconocido, podía regalare nuevas vivencias.

Saldó la cuenta y, con un breve pesar, se despideo de Bahía Blanca. No quería adentrarse más en la ciudad; su esencia viajera le decía que el ajetreo urbano no era su destino ahora. Montó la moto y

abandonó las calles céntricas en busca de la salida costera. Notó el contraste: edificios perdiéndose de vista, avenidas que iban dejando paso a rutas más despejadas y, de a poco, el aire con un ligero toque salino, preludio del mar cercano.

El paisaje empezó a transformarse: a la izquierda, se alzaba una cadena de dunas bajas y arbustos costeros; a la derecha, un sector todavía verde, con campos que se perdían en la distancia. El sol se volvió más incisivo, y el cielo parecía un lienzo azul sin nubes significativas. Olivarius, sintiendo la emoción de aproximarse al Atlántico, aceleró un poco. Se preguntó cuántos secretos guardarían esos kilómetros de litoral, en cuyas aguas la gente pescaba para subsistir.

Los carteles se volvieron escasos. Tras una bifurcación, un letrero más humilde indicaba: “Punta Celeste – 15 km”. Suspiró con alivio al confirmarlo. El último tramo de ruta estaba en peor estado: baches, fisuras y restos de arena que invadían el asfalto. Es señal de que no es un camino muy transitado, dedujo, maniobrando con cuidado. El viento empezó a soplar un poco más fuerte, casi con un dejo de brisa marina.

Al fin, divisó una caseta de madera que daba la bienvenida a Punta Celeste. Era como un pórtico mal conservado, con letras pintadas a mano: “Acá el mar y la vida son uno”. Olivarius sonrió ante la frase poética y redujo la velocidad. Se encontró con un caserío modesto, más pequeño aún que Santa Aurelia. Las viviendas se concentraban

cerca de la costa, formando una especie de retícula irregular. Observó algunas barcas sencillas varadas en la arena, y un muelle de tablones donde un par de hombres parecían faenar pescado.

El ambiente se sentía tranquilo, con el letargo lejano del mar y el olor inconfundible de algas y sal. Era casi mediodía, y el sol caía a plomo sobre el casco de la moto. Recorrió despacio la calle principal (o lo que parecía serlo), notando que apenas había autos y que la mayoría de las viviendas eran de una sola planta, con techos de chapa y pintura descascarada por la brisa marina. Un cartel improvisado anunciaba “Hostería Doña Luz” con letras descoloridas. Parecía la única opción de hospedaje, o al menos la más visible.

Se detuvo frente a la hostería, un edificio rectangular con una fachada de tonalidades verde agua que, en algún momento, habrían lucido brillantes. Apagó el motor, se quitó el casco y respiró hondo. El aroma a sal le llenó los pulmones, mezclado con el calor del mediodía. Bienvenido a Punta Celeste, se dijo con una sonrisa. Sintió la emoción de quien pisa un territorio virgen, esperando historias que se grabaran en su cuaderno y su corazón.

Mientras contemplaba la hostería, una chica emergió del interior, como si lo hubiese oído detenerse. Tendría alrededor de treinta años, llevaba el pelo suelto y una remera sencilla. Al notar a Olivarius, sonrió con gentileza:

—Hola, ¿buscás habitación?

—Sí, por favor, quisiera alojarme unos días si es posible. —Olivarius se quitó la chaqueta, aliviado por el aire marino.

—Te va a gustar el lugar… si no te importa la calma excesiva —bromeó la joven, acercándose. Extendió la mano—. Me llamo Marisol. Mis padres son los dueños, pero están en el muelle. Yo me encargo aquí.

—Olivarius. Encantado —respondió, estrechándole la mano con calidez.

Sintió algo en su voz y en su mirada: aquella mezcla de hospitalidad y curiosidad que había encontrado en otros sitios, pero con un matiz distinto. Marisol poseía un aire sereno, propio de quien ha crecido junto al mar y acepta los ciclos del oleaje como parte de la existencia. Con un gesto, lo invitó a pasar.

El interior de la hostería resultó más espacioso de lo que aparentaba. Un comedor modesto, adornado con redes de pesca colgadas en las paredes, y un mostrador que hacía de recepción. El olor a madera y sal estaba por doquier, como si no pudiera desprenderse de la brisa ni siquiera bajo techo.

—Tenemos cinco habitaciones. Ahora mismo dos están ocupadas, los pescadores que vienen de paso. Podés elegir la que da a la playa o la del fondo.

—La que da a la playa, por favor. Me gustaría escuchar el mar.

—Claro. Vení, te muestro.

Subieron por una escalera desgastada que crujía levemente. Marisol abrió la puerta de una habitación: un cuarto sencillo, con muebles de pino, una cama de una plaza y media, y una ventana que, en efecto, ofrecía un vistazo al mar azul y a la arena. A Olivarius le bastó oler la brisa que entraba para saber que se quedaría más de una noche.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó, dejándose llevar por la vista.

—Podés pagar por día o arreglar un precio por semana. Seguramente estarás un tiempito, si viniste hasta acá —comentó Marisol con un guiño.

Olivarius, sorprendido por la intuición, asintió. Tal vez un par de días, o más. Quién sabe. Se acordó de las provisiones que traía en la mochila, pero le pareció ideal contar con un lugar fijo donde ducharse y descansar sin preocupaciones. Arregló el precio para tres noches, renovable, y dejó la mochila sobre la cama. Mientras hacía los trámites de registro, notó la presencia cercana de Marisol, su voz suave al explicarle los horarios de comedor y su mano firme al entregarle la llave.

—Si querés comer, mi mamá prepara pescado fresco en la tarde, cuando los hombres regresan con la marea baja. Acá a veces trabajamos todos en lo mismo, según la temporada.

—Perfecto. Seguramente pasaré por el comedor.

—Entonces, bienvenido. Estás en tu casa —concluyó ella, esbozando una sonrisa que a Olivarius le pareció sincera.

Cuando Marisol se retiró, él se quedó solo en la habitación, contemplando la ventana. El rumor del mar llegaba amortiguado, pero claro. Sintió una emoción de libertad, combinada con la suave expectativa de lo que este lugar podría depararle. Recordó que, en su plan original, quería ver aldeas humildes, aprender de sus costumbres, y sumergirse en la intimidad de comunidades pequeñas. Aquí, sin duda, podré lograrlo, pensó mientras se desabrochaba las botas.

El viento seguía soplando, meciendo la cortina contra la pared. Punta Celeste…, repitió en su mente. Ojalá estas aguas me regalen más que un horizonte. Tal vez también un reencuentro con mi propia esencia. Tomó la libreta, dispuesto a anotar sus primeras impresiones, y supo, sin lugar a dudas, que en esa aldea de pescadores la vida le presentaría nuevas historias. La sensación de estar exactamente donde debía, por más fugaz que fuera, le inundó el pecho de un gozo inexplicable.

Parte II

El mediodía en Punta Celeste avanzaba sin aspavientos. El sol, a ratos, se ocultaba tras unas nubes que se desplazaban con pereza,

mitigando el calor sobre aquel caserío de pescadores. Olivarius había dejado sus pertenencias en la humilde habitación de la hostería, y ahora merodeaba por las calles de tierra en busca de un almuerzo sencillo. Tras preguntar a un par de vecinos —tímidos, pero amables —, supo que cerca del muelle había un pequeño comedor atendido por algunas familias de la comunidad.

Caminando, observó las casas de madera y chapa, con pintura desgastada por la brisa marina. Se percató de la escasez de infraestructura: las calles sin pavimentar, apenas unas cuantas lámparas públicas en los postes, y nulas señales de obras recientes o algún proyecto del Estado. Todo, desde el mantenimiento hasta la sobrevivencia, parecía recaer en la voluntad de la gente local. Al pasar junto a un grupo de hombres reparando redes, captó parte de sus risas y bromas. Notó que, a pesar de las condiciones duras, se veían animados y sonrientes. ¿Cómo pueden lucir tan tranquilos en medio de la carencia? Se preguntó con un nudo leve en la garganta.

Un anciano, sentado en un banquito junto a una barca varada, lo miró con curiosidad. Olivarius levantó la mano en un saludo. El hombre le devolvió un gesto breve y continuó en su labor de remendar un cabo. La escena rezumaba sencillez y, a la vez, una dignidad que a Olivarius le resultaba conmovedora. Están abandonados a su suerte —reflexionó—, sin ayudas notorias, sin servicios abundantes. Y, sin embargo, parecen llevar la vida con la frente alta. Recordó sus propios dilemas, su escapada de la ciudad y

la sensación de inconformidad permanente. Tal vez su felicidad no radique en tenerlo todo, sino en aprovechar lo poco que tienen, sin pretender más de lo que el mar y el día les ofrecen.

El muelle se alzaba con un par de pilares de madera, algo inestables, donde varias barcas pequeñas se balanceaban. Hombres y mujeres se movían con la naturalidad de quien ha crecido con el mar como testigo. Un cartel pintado a mano rezaba: “Comedor La Red: Pescado fresco y hogar.” Olivarius sonrió ante la frase y se adentró por la puerta, que no era más que un marco sin mucho adorno.

Dentro, el olor a pescado guisado y especias le despertó el estómago. Un par de mesas rústicas ocupaban el espacio, y a un costado, un mostrador improvisado guardaba sartenes y bandejas. Una mujer de cabello canoso lo recibió con amabilidad:

—Buen día, ¿buscás almorzar?

—Sí, algo ligero, si es posible. —Olivarius respondió con una sonrisa.

—Tenemos cazuela de marisco y panes caseros. Nada más por hoy, pero es sabroso.

—Perfecto, lo tomaré.

Se acomodó en una mesa cerca de la ventana, desde donde se divisaba el muelle y el mar extendiéndose como un paño gris-azulado. El viento traía ecos de conversaciones y risas de los pescadores. Olivarius pensó en la palabra “calma,” tan distinta del frenesí que conocía en su vida anterior. Ahí, la gente era pobre —a

ojos del visitante—, pero mantenía una mirada serena, sin perder la sonrisa, como si la unión comunitaria hiciera frente a la indiferencia de un Estado ausente.

Mientras aguardaba, sacó su libreta con la intención de anotar algunos apuntes:

“Punta Celeste: una aldea con casas gastadas, redes secándose al sol, y un aire de nobleza irreductible. Es obvio que escasean recursos; el Estado brilla por su ausencia. Sin embargo, hay algo en su forma de vivir que me hace sentir pequeño, como si mi búsqueda existencial fuera mínima junto a su fortaleza para enfrentar la vida a diario. ¿Acaso esta gente sea más digna y libre, pese a su pobreza material? Su sencillez me confronta: ¿quién es realmente el necesitado?”

Se detuvo al ver entrar a un par de clientes, probablemente pescadores regresando del mar. Hablaban en voz alta, con acento costero, haciendo bromas sobre la pesca magra del día. Los saludó con un gesto tímido que ellos devolvieron sin recelo, como si fuera natural compartir el espacio con un forastero. La hospitalidad de los menos favorecidos, se dijo, recordando la frase que había escuchado en otros lugares.

La cazuela llegó, humeante y rebosante de mariscos, acompañada de un pan rústico. Olivarius agradeció a la mujer, y el aroma le hizo cerrar los ojos un segundo. Al primer bocado, sintió la frescura de los ingredientes, el sabor intenso del caldo. Bendita sea la cocina local,

pensó con deleite, preguntándose cuántos rincones más del país ofrecían manjares así, invisibles a los turistas.

Cuando estaba a mitad de la comida, oyó pasos en la entrada. Al girar ligeramente la cabeza, se topó con Marisol, la chica de la hostería. Venía hablando con una señora mayor, quizá su madre o alguna tía. Llevaban una canasta con lo que parecían verduras y un par de recipientes plásticos. Marisol lo vio y le sonrió con un matiz de complicidad, como si fuera un conocido de toda la vida.

—¡Hola! —dijo al acercarse—. Veo que ya estás explorando nuestro menú.

—Sí, vine a probar el pescado del día. —Olivarius soltó una carcajada leve—. Está buenísimo.

—Lo pescaron hoy temprano, supongo —comentó con orgullo—. Acá casi no hay intermediarios: lo que comes viene directo del bote a la olla.

Hubo un momento de silencio en el que ambos se miraron sin saber muy bien qué añadir. La dueña del comedor se acercó para atender a Marisol y a la señora con quien venía, de modo que los dejó a solas por un instante. Olivarius sintió un cosquilleo de nerviosismo, recordando su timidez y su historial de desengaños. ¿Qué le digo? No quiero parecer tonto, pensó. Al final, se limitó a un comentario sencillo:

—¿Sos de acá desde siempre? Pareces muy adaptada a esta vida.

—Sí, nací en Punta Celeste, aunque viví un tiempo en Bahía Blanca cuando era chica. Pero volví. No pude soltar el mar —explicó, encogiendo los hombros—. Me gusta la tranquilidad, a pesar de que hay pocas oportunidades.

—Entiendo… Y, ¿te va bien con la hostería?

—Nos defendemos, pero no es fácil. Acá recibimos pocos visitantes. Depende de la temporada y del azar de quien se anime a desviarse hasta nosotros. —Marisol sonrió, con un deje de resignación.

Olivarius asintió, sintiendo un atisbo de lástima que enseguida se transformó en admiración. Ella vive con sencillez, pero no se quiebra, pensó. ¿Cuántas veces yo me he sentido abatido por problemas de menor escala en la ciudad? La charla se interrumpió cuando la señora mayor, a quien Marisol había llamado “mamá,” se despidió para llevar los insumos a la cocina.

—Volveré a la hostería en un rato —anunció Marisol—. Si necesitas algo, nos vemos allá.

—Sí, estaré por ahí… —soltó Olivarius, intentando sonar natural.

Marisol se despidió con un gesto amable y salió, dejando a Olivarius con un nudo leve en el pecho. Es simpática… y no sé cómo seguir esta conversación sin parecer un tonto, se reprendió. Sintió una punzada de inseguridad —el recuerdo de malas experiencias amorosas asomando, la imagen de su propia fragilidad cuando de

sentimientos se trata. No es momento de agobiarse, se dijo, girando la mirada al plato para finalizar la cazuela.

Explorando la humildad y el orgullo local

Al acabar la comida, pagó la cuenta y se dirigió al muelle, deseando ver de cerca la rutina de los pescadores. Un par de barcas estaban amarradas, con redes colgando y cangrejos que se retorcían en jaulas metálicas. Dos hombres revisaban el motor de un bote pequeño, y al verlo aproximarse, lo saludaron sin recelo.

—¿Sos el turista que llegó hoy?

—Sí, me alojo en la hostería. Soy Olivarius.

—Bueno, acá no solemos tener muchos visitantes, así que te reconoceremos fácil —bromeó uno de ellos, con un brillo bonachón en los ojos.

Habló unos minutos con ellos sobre la pesca, las mareas y la dureza del invierno, cuando las olas arremeten y el mar se ensaña con las frágiles embarcaciones. Escuchó historias de naufragios lejanos, de héroes anónimos que habían salvado vidas en temporales. Y notó, una vez más, la escasez de ayuda oficial: sin subvenciones, sin personal capacitado, muchas familias dependían de su propio ingenio y solidaridad. Están al margen de todo, y aun así levantan la cabeza con orgullo, se dijo, sintiendo su corazón encogerse de emoción y admiración.

Se apartó un poco, contemplando la extensión del mar, ahora ligeramente encrespado por el viento. Cómo puede ser —meditó— que vivan tan apartados, con carencias obvias: caminos destrozados, nula asistencia médica especializada, ni rastros de obra pública reciente… y aun así, conservan la alegría de compartir, de resistir con la ayuda mutua. ¿No son, acaso, más libres que yo, que me he forjado cadenas internas de insatisfacción y nostalgia?

Recordó su pasado: los fracasos sentimentales, las noches de soledad en una ciudad que no perdona, el agobio de un escritorio plagado de compromisos que no le satisfacían. Quizá la dignidad nazca de la honestidad: ellos asumen su vida tal cual es y la encaran, mientras yo he escapado de la mía, intentando encontrar un sentido en la ruta. Sintió cierta culpa, pero también un renovado impulso de aprender de esta gente, de su forma de encarar lo cotidiano.

Después de un rato, el sol se elevó más, aumentando la temperatura. Volvió a la hostería, buscando un refresco o un espacio de sombra para escribir. Encontró a Marisol en el comedor del establecimiento, ordenando unas sillas. Al verlo, dibujó otra sonrisa:

—¿Qué tal la vuelta por el muelle?

—Interesante. Hablé con algunos pescadores… Me impresiona su fuerza de espíritu —contestó, sintiendo un leve rubor.

—La gente de acá se apoya mutuamente, sino sería imposible sobrevivir —explicó ella, echando un vistazo a la calle—. Tuvimos

años muy duros cuando las redes se quedaban vacías y el turismo era nulo. Pero seguimos… supongo que es lo que sabemos hacer.

Olivarius admiró la forma en que Marisol hablaba con franqueza, sin resentimiento, pese a la precariedad evidente. Tragó saliva, deseando preguntarle más sobre su vida, sobre cómo se sentía al habitar ese lugar tan aislado. Tal vez no me corresponde invadirla de preguntas, se contuvo. Aun así, la curiosidad y un cosquilleo interno lo empujaron a intentarlo:

—¿Nunca pensaste en irte? Digo, buscar oportunidades en otro lado.

—A veces, cuando era más joven, lo intenté. Estuve un par de años en la ciudad. Pero extrañaba el olor del mar, el viento salado. —Sus ojos se iluminaron un instante—. Se me ocurre que, en la vida, uno elige su “pobreza” o su “riqueza”. Prefiero esta sencillez, con gente que me arropa, que una supuesta prosperidad sin alma.

Él sintió que sus palabras encendían una duda en su interior. Se quedó callado, procesando la fuerza de esa filosofía simple y a la vez profunda. ¿Por qué me conmueve tanto?, se preguntó, notando un suave temblor en sus manos. Recordó sus propias heridas emocionales, ese romanticismo fracasado que le había dejado cicatrices. ¿Podría…? No, no voy a fantasear con algo que no existe, se corrigió. Pero, de algún modo, la presencia de Marisol y la calidez de aquella aldea despertaban en él un deseo de acercarse, de descubrir más de su historia y, tal vez, de compartir parte de la suya.

—De verdad me alegra haber venido hasta acá —dijo en voz entrecortada, esquivando su mirada con timidez.

—Me alegra también tener un huésped que guste de escuchar. La mayoría viene, se queja de la falta de comodidades y se va. —Marisol rió con suavidad—. Vos en cambio parecés apreciar nuestra forma de vida.

Olivarius soltó una leve tranquilidad, sintiendo que su corazón latía con más fuerza. Dios, soy un bobo, pensó, sin saber cómo conducir la conversación. Quiso decirle algo bonito, algo que reconociera su valentía por habitar esa costa solitaria, pero las palabras se atascaban. Aun así, comprendió que no era necesario llenar cada silencio. A veces, bastaba con una mirada y una sonrisa cómplice para decirlo todo.

En ese momento, la madre de Marisol apareció por la puerta lateral, llamándola para alguna tarea. Ella se disculpó con una ligera mueca y se alejó, dejándolo en el comedor con el peso de sus reflexiones y la pequeña llama de ilusión que, sin quererlo, empezaba a encenderse. Qué torpe soy… ojalá encuentre la manera de expresarme sin asustarla ni ridiculizarme, pensó, alzando la vista hacia la ventana donde el viento seguía agitando las ramas de un árbol solitario.

El día sigue…

La tarde prometía ser larga, y Olivarius presintió que en esos días —tal vez más de los planeados— se abriría un capítulo nuevo en su travesía. Uno en el que descubriría no solo la dignidad de un pueblo

que vive al margen, sino quizá la cercanía de un afecto sincero que su alma, temerosa y romántica, anhelaba en silencio. Empujó la puerta y salió al calor costero, decidido a seguir explorando Punta Celeste y, entre sus calles modestas, tal vez encontrar un pedazo de su propia redención.

Parte III

El sol de media tarde incendiaba con una claridad cegadora las calles de Punta Celeste. Olivarius, tras su conversación con Marisol, se había tomado un rato para merodear por la aldea, sumido en un revoltijo de sensaciones. Cada vez que evocaba la calidez de su sonrisa, sentía un nudo en la boca del estómago: un cosquilleo nuevo, cargado de dudas y de un anhelo incierto. ¿Cómo es posible encariñarse tan pronto con alguien y con un lugar que acabo de conocer? Se preguntaba mientras transitaba la inhóspita vía principal.

Notó cómo la mayoría de las casas carecían de cerco o bardas; la gente iba y venía con libertad, intercambiando saludos o deteniéndose a charlar en las puertas. Algunos se dirigían al muelle, otros pasaban con cestas de mariscos o cangrejos. Observó la nobleza en sus rostros, la dureza de sus manos marcadas por labores exigentes, y le resultó imposible no admirar el temple que sostenía a esta comunidad, apenas visible en los mapas.

El calor obligó a Olivarius a buscar un rincón de sombra junto a un paredón de madera gastada. Se sentó en un cajón volcado, contemplando el movimiento de la calle, y sacó su libreta de apuntes con la intención de plasmar algo de lo que lo carcomía. Pero la birome se quedó suspendida en el aire: la frase no fluía con facilidad. Por su mente desfilaban pensamientos contradictorios: el pueblo lo conmovía con su sencillez y orgullo; la cercanía de Marisol lo ilusionaba con una ternura que él, tan receloso de su intimidad, no reconocía desde hacía años.

Sin embargo, una sombra oscura se filtraba en su corazón: ¿Y si ella solo me ve como una oportunidad de escapar? Las historias de la vida real, sumadas a sus decepciones pasadas, lo habían hecho recelar de la gente que surgía en su camino con gestos demasiado amables. En las ciudades— recordó, —conocí a personas que me querían por intereses ocultos, o que jugaban con mis sentimientos. Mas Marisol no lucía así; su mirada parecía honesta, y su amor por Punta Celeste, genuino. Aun así, los fantasmas se encaprichaban en recordarle: No te confíes; sos un forastero y tenes un medio de escape: tu moto, tu libertad. ¿No podría ella querer lo mismo que vos abandonaste…?

Decidió volver a la hostería, pretextando el calor. Entró por la puerta principal, donde un ventilador a duras penas movía el aire salado. El interior olía a madera añeja y un suave perfume a flores, tal vez de un ambientador casero. No vio a nadie en la recepción. Recorrió el

pasillo hasta su cuarto, donde se encontró con la puerta entreabierta. Marisol estaba ahí, acomodando las sábanas y revisando un foco que parpadeaba.

—¡Uy! —exclamó ella, volviéndose con sobresalto—. Perdón, no sabía que ya volvías.

—No pasa nada —respondió Olivarius, un poco turbado—. Hace mucho calor afuera; quise refugiarme.

—Sí, hoy el sol golpea fuerte —comentó, saliendo de la habitación con la llave inglesa que usaba para ajustar el foco—. Estaba revisando esta lámpara; últimamente hace corto.

Él asintió, sin saber muy bien qué decir, luchando contra la incomodidad de parecer entrometido. Marisol, notando su silencioso nerviosismo, forzó una sonrisa conciliadora:

—Gracias por no molestarte si entro a tu cuarto. Solo quería dejarte todo listo.

—Lo aprecio. No estoy acostumbrado a tanta… cercanía, supongo —contestó, con un matiz de disculpa.

Marisol soltó una risa suave, como si comprendiera que Olivarius, aun siendo viajero, guardaba cierta timidez ajena a la gente del pueblo.

—No te preocupes. En este lugar la privacidad es un lujo raro, casi todos nos conocemos. A veces olvidamos que los visitantes no están habituados a ese “entrar y salir” tan libre.

—Me gusta, de hecho… la libertad con la que viven. Simplemente me cuesta asimilarla.

Quedaron ambos en un pasillo corto, uno frente al otro. A la distancia, el zumbido del ventilador y el canto de una gaviota colándose por la ventana. Fue un instante casi cinematográfico en el que Olivarius percibió la cercanía de Marisol de un modo particular: su cabello algo revuelto, la ropa sencilla que llevaba, los ojos inquietos que transmitían una mezcla de curiosidad y algo más. ¿Estoy deseando… un acercamiento?, se preguntó, sintiendo el corazón acelerar. Pero, fiel a sus inseguridades, optó por un comentario neutral:

—Creo que voy a descansar un rato y luego salir a dar otra vuelta por el muelle.

—Claro —respondió ella, sonriendo. Mas antes de alejarse, pareció titubear—. En la noche, mi madre prepara un guiso de pescado en el comedor. Si te apetece, será una cena sencilla, pero sabrosa.

—Me encantaría, gracias —contestó con un asomo de alivio, contento de tener un pretexto para verla más tarde.

Marisol se marchó, dejando a Olivarius en la penumbra de su habitación. Descansar le resultó imposible: su mente bullía con fantasías, recuerdos y preguntas. ¿Y si me ilusiono y luego todo se frustra?, ¿Cuánto me quedaré aquí?, ¿Podré…? Se tumbó en la cama, el rumor del mar filtrándose por la ventana, y se quedó un buen rato en un duermevela enredado de imágenes.

Casi al borde de conciliar el sueño, la cuestión del Estado ausente volvió a su cabeza: aquella ausencia era tan palpable que la gente lo mencionaba sin rabia, como algo normalizado. ¿Cómo se las apañan sin un mínimo apoyo oficial? ¿Por qué estoy sorprendido, si en tantos rincones de Argentina la gente vive así, abandonada? Rememoró los pueblos del interior que había visitado, cada uno con sus historias de precariedad y a la vez de perseverancia. En todos ellos, la dignidad brillaba más que la opulencia de cualquier barrio acomodado de la ciudad, concluyó. Sintió una punzada de vergüenza, recordando su propia vida de insatisfacción. Tal vez, frente a esta gente pobre pero con un temple de acero, era él quien cargaba con mayor pobreza interior.

Miró el techo de tablones y suspiró. Sería fácil romantizar su situación —pensó—. Pero no deja de ser dura. Sólo que ellos la enfrentan con una entereza que quizá a mí me falta. No quiso prolongar ese remolino autocrítico. Se incorporó y decidió salir de nuevo, buscando aire y claridad.

El sol había descendido ligeramente cuando se aventuró hacia la costa, donde la arena se fundía con la marea baja. El calor persistía, pero el soplo marino lo hacía más tolerable. Caminó descalzo por la arena húmeda, sintiendo el agua tibia rozarle los pies. A lo lejos, un puñado de niños chapoteaban cerca de una embarcación varada. Pensó en la pureza de su alegría, tan distinta a la vorágine consumista que había presenciado en los núcleos urbanos.

Se preguntó, con ternura y reticencia, si se integraría a esa aldea. ¿Y si me quedo un tiempo más? La idea lo seducía: aprender a pescar, habituarse a la rutina de mareas, despertar cada día con el rumor de las olas. Sin embargo, el fantasma de su timidez y la convicción de que su viaje era más largo y complejo se interponían. No he venido a enraizarme; busco algo —¿un sentido, una redención?— y no sé si esté acá. Aun así, no podía negar la tentación de creer que la cercanía de Marisol podría ser un bálsamo para su soledad crónica.

Regresó a la hostería con el atardecer tiñendo el cielo de naranjas y rosas. En el comedor, había tres mesas dispuestas. En una, vio un par de pescadores charlando; en otra, una familia con una niña pequeña; y la tercera, cerca de la ventana, parecía estar destinada a él. Marisol y su madre servían unos platos humeantes de guiso de pescado con papas, un aroma reconfortante que le hizo agua la boca.

Se sentó, algo cohibido, y Marisol se acercó con la jarra de agua.

—Te guardamos un plato caliente—, guiñándole un ojo—. Hoy pescamos merluza más abundante de lo normal.

—Gracias —respondió, sintiendo un cosquilleo al ver su complicidad.

El guiso era sabroso, con un toque de especias que resaltaba el sabor marino. Olivarius comió en silencio, observando a Marisol mientras ella ayudaba a su madre a atender a los comensales. Sentía un suave escalofrío de inquietud: ¿Será que ella también percibe algo especial en mí, o simplemente me trata con la amabilidad de siempre? Por su

parte, la duda persistía: ¿Y si sólo me ve como un posible escape? Era injusto pensar así, pero no podía apartar la idea.

Mientras meditaba, Marisol se sentó por fin unos minutos con él, aprovechando que los demás ya estaban servidos.

—¿Te gusta la comida?

—Mucho. Se nota que es fresco.

—Genial. Ojalá todo fuera igual de fácil aquí —comentó, con un tono agridulce—. A veces pienso que a Punta Celeste le vendría bien un empujón del gobierno, o un plan para mejorar las calles. Pero casi nadie se acuerda de nosotros.

La frase resonó en Olivarius, reforzando sus reflexiones sobre la pobreza digna de este sitio. Algo en la voz de Marisol indicaba cansancio y resignación, pero no odio ni rencor. Ella ama su lugar, pero sufre su precariedad. ¿Deseará salir? El silencio se prolongó un instante, hasta que él, titubeando, se atrevió a preguntar:

—¿Y vos… alguna vez pensás en irte de nuevo?

—A veces. Cuando veo que no hay trabajo, o que las redes salen casi vacías, me pregunto si tendría un futuro mejor en la ciudad. Pero luego recuerdo lo que es la vida allá: ruido, prisas, poca humanidad. Y prefiero quedarme, aunque sea difícil.

Olivarius asintió, aliviado y un tanto conmovido: ¿No anhela usarme para huir? Una parte de su pecho se deshizo de un peso, aunque la timidez se mantuvo. Con la mirada en el plato, musitó:

—Yo… entiendo cómo te sientes. Justamente escapé de ese ruido.

—¿Escapaste? —repitió ella, mirándolo con curiosidad.

—Digamos que… me saturé de la ciudad. Vine a buscar algo que ni siquiera sé nombrar —soltó, con un suspiro breve—. Y cada sitio que piso me enseña algo nuevo.

Marisol lo observó con ternura, como si intuyera las heridas que él llevaba. Ojalá pudiera contarle todo, pensó, mis fracasos, mis amores truncos, mi soledad… Pero no halló el valor para exponer tantas cicatrices. Sonrió en su lugar, acomodando los cubiertos en la mesa.

El ambiente se llenó de murmullos apacibles. La madre de Marisol se acercó para retirar platos y lo saludó con cordialidad. Cuando terminaron de comer, algunos pescadores se levantaron y se despidieron con un “buenas noches” colectivo. El comedor se fue vaciando, hasta que quedaron solo ellos, Marisol, y la familia que charlaba en voz baja.

—Voy a ayudar a mi mamá a limpiar. Descansá, ¿sí? —dijo Marisol, poniéndose de pie con la pila de platos.

—Claro. Gracias por todo. Buen… ¿quizá te vea mañana? —propuso, con la voz tímida.

—Estaré aquí, o en el muelle. Si querés, te enseño un sector de la playa que pocos conocen.

Sus ojos brillaron un instante. Olivarius asintió, sintiendo un aleteo de esperanza. Un paseo a solas con ella…, la idea le erizó la piel. Aun

así, el temor se mantenía: No querré involucrarme, terminar enamorado y luego romperme otra vez, se dijo. Pero la parte más viva de su alma clamaba por arriesgar.

Se despidió con un gesto y salió a la noche tibia. El aire costero le acarició el rostro, y se topó con la luna asomando sobre el horizonte, reflejándose en las aguas oscuras. Quiso caminar hasta la orilla, mas algo en su interior lo invitó a conservar la magia para la próxima invitación con Marisol. Regresó entonces a su habitación, la mente inquieta de sensaciones: la ternura de la cena, el anhelo de conocer a esa chica que irradiaba fuerza y sencillez, el recelo de creer que ella buscaba otra cosa de él.

Se recostó en la cama, sin encender la luz, dejando que la luna iluminara vagamente la estancia. Afuera, el rumor del mar se mezclaba con el canto de algún ave nocturna. Sintió un torbellino de emociones: Podría quedarme y aprender a vivir en este lugar. ¿Y si es mi oportunidad de comenzar de cero? Un flash de fantasía: lo imaginó pescando, vendiendo mariscos, compartiendo tardes con Marisol y celebrando juntos la sencillez de cada día. Sería tan distinto de todo lo que fui…

Pero luego surgió el otro Olivarius, el que no quería ataduras, el que no concebía conformarse con una vida que, quizá, para él sería demasiado rústica. Además, ¿qué hago si me hieren otra vez?

Se dio vuelta en la cama, intentando acallar el vaivén mental. Decidió que al amanecer resolvería poco a poco. Por ahora, el romance

incipiente bailaba entre temores y deseos. No había intimidad, ni caricias, ni promesas; solo miradas de complicidad y la posibilidad de un paseo por la playa. Tal vez es mejor así, pensó antes de rendirse al sueño. Mantener la pureza de un afecto sin prisas, sin lastres… Fue cerrando los ojos con el suave arrullo del oleaje, mientras su corazón seguía latiendo con la ilusión y la angustia del que, tras un largo trayecto, encuentra un remanso que no sabe si convertir en hogar o en una etapa más de un viaje infinito.

Parte IV

La mañana en Punta Celeste se presentó con un cielo casi despejado y una brisa marina tan suave que apenas agitaba las ropas tendidas en los patios. Olivarius despertó antes de que el sol alcanzara su cenit, impulsado por un desasosiego que le urgía a salir, a moverse, a no dejarse atrapar por las dudas del día anterior. Se vistió con ropa ligera, calzó las botas y se dirigió al comedor de la hostería, con la expectativa de encontrar algo para desayunar.

Al bajar las escaleras, lo recibió un aroma a café mezclado con el salitre del aire. Marisol estaba poniendo la mesa para un par de huéspedes que ya se habían sentado. Al verlo, alzó la mano con gesto

amistoso. Él respondió con una ligera inclinación de cabeza, sintiendo de nuevo ese cosquilleo involuntario al percibir su presencia. Qué extraña mezcla de ansiedad y ternura me provoca, pensó, acercándose.

—Buenos días —lo saludó ella con naturalidad—. ¿Te sirvo un café? Tenemos algo de pan que sobró de anoche, por si querés.

—Sí, gracias —expreso, tomando asiento en una de las mesas pegadas a la ventana—. ¿Dormiste bien?

—Suficiente —contestó Marisol, encogiéndose de hombros con una sonrisa—. Acá uno se acuesta cansado siempre; la rutina es intensa, aunque no lo parezca.

La joven le alcanzó un plato con un par de rebanadas de pan y un tarrito de mermelada. Luego, sirvió el café en una taza pequeña. Mientras ella se movía entre mesas, organizando el escaso desayuno para los otros huéspedes, Olivarius aprovechó para observarla con más detenimiento: su porte seguro, la forma en que recogía el cabello en un moño improvisado, el ligero brillo de sudor en su frente por el calor matinal. Una sencillez que contrasta con la afectación de tantas personas que conocí, reflexionó, dándole un sorbo al café. Le sorprendía cuánto esa naturalidad lo desarmaba.

Tras terminar el desayuno, decidió que era buen momento para pasear por la orilla. Antes de salir, Marisol se le acercó:

—Hoy mi mamá va al mercado improvisado que hacemos cerca del muelle, para intercambiar verduras y pescado con otra gente. ¿Vos qué planes tenés?

—Pensaba caminar por la playa, quizá acercarme a ver si los pescadores necesitan ayuda. No lo sé, la verdad.

—Bueno, si después tenés ganas, te muestro ese tramo de costa que te comenté. Es un sitio solitario, pero bonito. —Al decir esto, le sostuvo la mirada un instante más de lo usual. Había algo en su voz que olía a invitación personal, no sólo a cortesía.

Olivarius sintió el mundo encogerse de ilusión y recelo simultáneos. No quiero idealizar ni arruinar nada, pensó. Aun así, su boca se adelantó a su mente:

—Sí, me encantaría. Dime cuándo y dónde.

—En la tarde, si te parece. Cerca de las cuatro, cuando el calor afloje. Te espero en el muelle.

Asintió con un gesto y salió a la calle, sintiendo que, de pronto, el corazón le latía más deprisa de lo que el paso lento del pueblo justificaba.

La brisa cálida lo envolvió con un soplo de sal. Recorrió la aldea sin rumbo fijo, observando la actividad matinal: un par de niños correteaban con un perro flacucho, arrastrando una cometa remendada; unas mujeres conversaban en el umbral de una casa, intercambiando carcajadas y rumores; junto al muelle, un grupo de

hombres descargaba redes todavía húmedas, en un ritmo paciente y cooperativo.

Se ofreció a ayudar, empujado por la curiosidad y el afán de sentir que no era un mero espectador. Los pescadores lo miraron con extrañeza al principio, mas luego aceptaron su ayuda con sonrisas. Le dieron un par de indicaciones para sacudir las redes y quitarles restos de algas. Así pasó cerca de una hora, removiendo con cuidado la hojarasca marina y escuchando retazos de conversaciones sobre la marea, la escasez de peces, la dureza de la faena.

—¿Dónde aprendiste a manipular redes? —le preguntó uno, algo mayor, con el ceño curtido.

—La verdad, nunca lo hice. Sólo… trato de seguir sus instrucciones —confesó Olivarius, riendo.

—Pues te sale bien, porteño. Tenés paciencia y mano firme —respondió el otro, dándole un golpecito en el hombro.

La frase de porteño, resonó en olivarius. Pero no le dio mucho más importancia.

La camaradería de esos hombres lo conmovía. Se dio cuenta de lo sencillo que podía ser integrarse a una dinámica comunitaria cuando se mostraba disposición a ayudar, sin pretensiones. Sin embargo, en un rincón de su conciencia, se rebelaba la idea de anclarse a una vida tan rústica: ¿Seré capaz de adaptarme o me cansaría en pocos días? La duda persistió, pero prefería ignorarla por el momento.

Antes de que el sol alcanzara su zenit, uno de los pescadores lo invitó a comer algo en una caseta contigua al muelle. Ahí, sobre una mesa de madera, habían preparado un arroz con trozos de pescado y tomate. Olivarius aceptó, halagado por la hospitalidad. Se sentaron todos, casi en un semicírculo, bromeando y compartiendo. El forastero notó que, a pesar del aspecto precario de la aldea, la gente desplegaba un sentido de comunidad robusto.

—¿Y qué andás buscando por acá? —preguntó uno de los hombres, con franca curiosidad.

—En realidad, recorro el país. Quería conocer la costa, sitios donde la gente vive de la pesca. Entender un poco su día a día.

—Pues verás que no hay muchos lujos —respondió el otro, risueño—. Pero nadie se muere de hambre si colabora. El único lujo que tenemos es el mar, que puede ser generoso cuando quiere.

Olivarius apretó los labios, pensando en cuánto les costaría si un temporal arruinaba las redes o si la pesca escaseaba. Sintió una mezcla de admiración y melancolía: No tienen más que sus manos y su mutuo respaldo. Al mismo tiempo, supo que la dignidad de esas personas palpitaba en cada anécdota, en cada gesto de servicio. ¿Qué he hecho yo, excepto huir de mi propia insatisfacción?, se reprochó en silencio.

Pasadas las tres y media, se despidió de los pescadores y regresó a la hostería a refrescarse. Se puso una camisa más liviana, el cabello apenas revuelto por el sudor. El nerviosismo volvió a brotar: Tengo

una cita con Marisol, en cierto modo. Recordó su historial de relaciones fallidas, su romanticismo exacerbado que siempre chocaba con la realidad, y la inseguridad de creer que la chica podría verlo como un salvoconducto para escapar del lugar. Aunque no pareciera anhelar huir, no puedo evitar pensarlo, se lamentó, ajustando sus botas. Aun así, el anhelo por conocerla superaba el recelo.

Llegó al muelle pocos minutos antes de la hora acordada. La marea se alzaba con un cantó constante, y la luz del sol decrecía un poco, lo que hacía el ambiente más soportable. Marisol lo esperaba con una mochila al hombro y un sombrero tejido que la protegía de las inclemencias de la duda.

—Me adelanté un rato; no quería que esperes bajo el sol —dijo, sonriente.

—Siempre madrugo para las cosas que me importan —respondió Olivarius con un rubor involuntario.

Cruzaron el muelle, bordeando las barcas que descansaban mecidas por olas suaves, y se encaminaron por un sendero de arena semidura. A medida que avanzaban, las casas quedaban atrás, hasta que sólo quedaron dunas, matas de yuyos y una extensión de playa que se curvaba tras un recodo rocoso. El viento soplaba con más fuerza, y se escuchaba apenas el grito lejano de alguna gaviota. Marisol guiaba con paso firme:

—Por acá vienen pocos. Hay rocas donde se forman charcos con pequeños peces o caracoles. A mí me gusta sentarme a ver cómo la marea sube.

—Tiene que ser hermoso —musitó él, contagiado por la tranquilidad del entorno.

Finalmente, llegaron a un trecho donde la arena se mezclaba con peñascos de basalto y grietas llenas de agua. El mar se veía más azul, más imponente, y el rumor de las olas era más intenso, sin el resguardo del muelle. Marisol se sentó en una de las rocas planas, invitándolo a hacer lo mismo.

—¿Te molesta si…? —Él pregunto, acomodándose cerca pero no demasiado.

—Tranquilo. Hoy no hay nadie. Podemos disfrutar de la vista.

Se quedaron en silencio unos minutos, hipnotizados por el baile de la marea. El sol, en descenso, pintaba de tonos dorados la superficie, y los destellos se reflejaban en los ojos de Marisol de un modo que a Olivarius le pareció casi poético. Sintió de nuevo ese anhelo extraño, la tentación de decirle algo íntimo, y la cautela de no romper la armonía.

—¿Te gusta vivir acá? —soltó al fin, casi en una voz cómplice, como si temiera la respuesta.

—Amo este mar, mi gente, la libertad. Pero también me cansa la precariedad. Quisiera mejores oportunidades, no para huir, sino para

que nadie tuviera que hacerlo —explicó ella, con un deje de seriedad —. Hay días en que me siento cansada. Digo: "¿Por qué no me voy?"… Pero luego recuerdo que si todos se van, este lugar termina por hundirse de verdad.

Él asintió, conmovido. En su fuero interno, comprendía la estocada moral: ¿Y si parte de mi viaje escapista fuera una forma de hundir otros sitios? Pero también sabía que no se quedaría indefinidamente. Se armó de valor:

—Marisol, no sé cuánto tiempo estaré aquí. Me gusta todo esto, pero… no pretendo engañarte. Sigo mi viaje, buscando quién sabe qué.

—Lo suponía —admitió ella, con una sonrisa triste—. Con la hostería, vemos muchos pasar. Pocos se quedan. Y no te juzgo por eso, cada cual tiene su camino.

Olivarius sintió un nudo en el estómago, una punzada de culpa por creer que tal vez ella quería usarlo para marcharse. Aquella franqueza lo desarmaba. No me está pidiendo nada, se dio cuenta. Soy yo el que inventaba fantasmas. Con un leve temblor en la voz, se acercó.

—Si en algún momento… no sé, quisieras viajar, te llevaría a conocer otras partes. Pero no me parece que busques un escape conmigo, sino…

—¿Un escape? —repitió ella, girando la cabeza con extrañeza—. Nunca se me ocurrió. Admiro tu libertad, pero no me veo en la ciudad ni dependiendo de otra persona.

Su confesión lo aturdió y reconfortó al mismo tiempo. Entonces mis miedos eran injustos, concluyó, sintiendo una mezcla de alivio y vergüenza. Se quedó callado, dejando que el arrullo de las olas marcara la pausa necesaria para asimilarlo todo.

Marisol se rió suavemente, adivinando su confusión:

—No te preocupes, no estoy ofendida. Entiendo que has visto cosas feas en otros lugares, y por eso desconfías.

Él la miró con un brillo emocionado: Ha leído en mí como un libro abierto, pensó, fascinado. Sintió un impulso repentino de estrechar su mano, de decirle que él era un romántico en busca de algo puro y sincero, pero el pudor lo frenó. Al final, sólo se limitó a colocar su mano a centímetros de la de ella, sin llegar a tomarla. Un roce de calor, la brisa salada y la certeza de un sentimiento que apenas florecía, frágil y significativo.

—No sé cuánto dure mi paso por Punta Celeste, pero… me hace feliz estar acá—admitió con la voz entrecortada.

—A mí me agrada tu compañía. Sentía que la hostería era monótona, pero verte llegar… es un soplo de aire distinto.

El atardecer se dibujaba en la línea del horizonte, derramando tonos anaranjados sobre las rocas. Permanecieron sentados, sin intimidad

física explícita, mas profundamente conectados por las palabras compartidas, el gesto contenido y la percepción mutua de que algo crecía sin apresurarse. Con cada ola rompiendo, Olivarius entendía más la pureza que añoraba: no necesitaban besos impetuosos ni declaraciones precipitadas, sino una complicidad callada, un acercamiento que respetara el ritmo de sus heridas y sus anhelos.

La marea comenzaba a subir, lamiendo la base de las rocas. Marisol se puso de pie con gracia:

—Mejor volvemos antes de quedarnos atrapados.

—Sí, claro… —asintió él, siguiendo su paso.

Se alejaron con la penumbra tiñendo la costa, cada uno abrigado por las sensaciones de un cariño que se gestaba pausadamente. Olivarius, con el corazón encendido, ya no dudaba de las intenciones de Marisol, pero sí empezaba a dudar de sí mismo: ¿Estoy listo para querer a alguien y renunciar a mi viaje o a mi libertad, aunque sea temporalmente? ¿Puedo abrirme a este afecto sin creer que me lastimarán de nuevo?

Mientras bordeaban la aldea que los recibía con sus luces tenues, se despidieron en la esquina de la hostería, sin palabras grandilocuentes, únicamente con una mirada profunda y un “hasta mañana” cargado de promesas sutiles. El pueblo seguía siendo pobre a ojos de los forasteros, pero su espíritu se sentía invencible, y en el silencio de la noche, Olivarius palpaba algo que parecía un renacer

tímido: el germen de una esperanza que, por primera vez en mucho tiempo, sentía como un calor genuino contra el pecho.

Parte V

Los días transcurrieron en Punta Celeste con una cadencia que para Olivarius empezó a volverse familiar. Se habían propuesto, en principio, quedarse uno o dos días, pero el hechizo de aquel paraje costeño y el suave atractivo que emanaba Marisol parecían alargar su estancia casi sin que él lo notara. Cada alba traía un nuevo matiz de luz sobre las aguas, y con cada atardecer, el visitante sentía que algo en su interior se reacomodaba, como un rompecabezas que por fin hallaba las piezas correctas.

Apenas amanecía, Olivarius salía de la hostería con un ánimo renovado para merodear por los alrededores. En ocasiones, ayudaba a los pescadores a preparar sus redes o trasladar cajas de pescado hasta el improvisado mercado que las familias organizaban en un cobertizo junto al muelle. Otras veces, se internaba en las callecitas de la aldea, conversando con los lugareños o comprando algo de fruta a un vendedor ambulante que traía productos de alguna huerta cercana.

La gente empezaba a reconocerlo: se convirtió en “el viajero,” o “el porteño que llegó en moto,” y lo saludaban con una mezcla de curiosidad y afecto. Se asombraba de cómo bastaban un par de jornadas para que un desconocido se sintiera parte de la dinámica local. ¿Será por la ausencia de barreras que aquí reina, o por la precariedad que obliga a la solidaridad? Se preguntaba, a la vez que descubría que su propio corazón se abría sin tanta reserva.

Marisol, por su parte, alternaba sus labores en la hostería con tareas de limpieza de redes y reuniones con su madre para organizar las comidas. Aunque siempre atareada, buscaba el modo de toparse con Olivarius en momentos inesperados. Un mediodía se acercó cuando lo vio transportar una caja de atunes:

—Deja que te ayudo; eso pesa bastante —dijo, sujetando el otro extremo.

—No es tan pesada —exageró él, fingiendo gallardia. Pero agradeció el gesto con una sonrisa—. Tampoco quiero que te lastimes.

—No soy de cristal —bromeó ella—. Acá todos cargamos, hombre o mujer. Es lo que hay.

Eran diálogos breves, roces de manos al alzar un bulto, miradas que se cruzaban. En esas chispas cotidianas, Olivarius percibía un latido de emoción que se agrandaba. Sentía el impulso de confesarle su creciente admiración, pero su timidez —y el temor a enredarse en algo que no comprendía del todo— le hacían posponer cualquier

declaración. Además, ella no parece esperar declaraciones románticas, reflexionaba. Está a gusto con esta aproximación lenta.

Al caer la tarde, solía caminar por la playa, meditando sobre cómo se percibía distinto en ese contexto. El hombre a la deriva que llegó desde Bahía Blanca, ansiando un refugio temporal y temiendo la desilusión, se había transformado en alguien que, por primera vez en años, participaba con gusto en la vida de un sitio remoto. Ya no se describía como un fugitivo del ruido citadino, sino como un observador que encontraba su lugar entre las redes y la arena. ¿Será esto lo que buscaba sin saberlo? Se preguntaba, mirando la línea del horizonte donde la luz se fundía con el agua.

Aun así, las dudas no dejaban de asaltarlo. Las noches en la hostería, tras cenar con otros huéspedes o con los pescadores, le traían recuerdos amargos de fracasos amorosos y de un futuro incierto. Si me quedara, ¿podría tener la constancia que exige la vida aquí? ¿Y de qué viviría? ¿Sería simplemente un estorbo en una comunidad ya consolidada? Sus diarios se llenaban de reflexiones cada vez más extensas, mezclando la admiración por la dignidad de aquella gente con el recelo de fundirse en una rutina que, si bien apacible, también resultaba exigente y sin escapatorias claras.

La conversación con un pescador veterano

Una tarde, mientras arrastraba un bote a la orilla, topó con un pescador de avanzada edad, la piel ajada y la mirada plena de historias. Lo reconoció como el anciano al que antes había saludado

desde lejos. El hombre lo invitó a sentarse en un tronco varado y comenzaron a hablar:

—¿Has visto la gente de acá? —inquirió el anciano, con voz ronca—. Parecen pobres, pero ríen fuerte, ¿no?

—Sí… Me fascina la alegría que muestran ante la carencia —respondió Olivarius, recordando sus impresiones iniciales.

—Es nuestra forma de resistir, supongo. El Estado no nos da ni la hora, y cuando viene alguna autoridad, es para hacer promesas que se pierden con la marea. —El hombre soltó una carcajada seca—. Aprendimos a no depender de nadie más que de nosotros mismos.

—Eso los hace fuertes —comentó Olivarius con admiración.

—Pero también nos roba energías. A veces, uno quisiera que el mundo nos viera y nos tendiera una mano —suspiró el anciano—. Aunque, al cabo, nos arreglamos. Es lo que somos.

Olivarius sintió un escalofrío al percibir la resignación mezclada con orgullo. Ellos viven esta realidad, no como una elección, sino como la única forma de subsistir en un sistema que los ignora. Aun así, la dignidad pulsaba en cada palabra. El anciano lo miró con curiosidad:

—¿Y vos, pibe, por qué andás rodando? Te leo en la cara algo de búsqueda, pero no sé de qué.

—Tampoco lo sé con exactitud —confesó Olivarius—. Huí de una ciudad que me asfixiaba, busco… algo que no está claro. Tal vez un sentido, un reencuentro conmigo mismo.

—Ojalá lo encuentres. Me caes bien —concluyó el anciano, levantándose con esfuerzo—. A veces, el mar te da respuestas. Poné la oreja y escuchalo.

Al caer la noche de ese mismo día, Olivarius se descubrió charlando con un grupo de pescadores como si fuera uno más de ellos. Bromeaban sobre la pesca, intercambiaban pequeñas historias de la aldea. Alguien sacó una guitarra vieja y se puso a cantar una canción folclórica. Olivarius se sumó a las palmas, conmovido por la camaradería. Me siento parte de algo —pensó—, una comunidad que me integra sin reservas.

En otro rincón del comedor, Marisol servía bebidas frescas con su madre. De tanto en tanto, cruzaban miradas cargadas de complicidad. Él, sentado entre los pescadores, percibía un torbellino emocional: ganas de acercarse a ella, contarle que, por primera vez, experimentaba una paz distinta. Su timidez, sin embargo, marcaba un compás prudente. Tampoco le quedaba claro cuánto podía durar esa estancia, y no quería dar esperanzas vagas si al final se marcharía sin más.

Transcurrían dos, tal vez tres jornadas más, en una secuencia en la que Olivarius se levantaba temprano, ayudaba en lo que podía, escribía en su diario largos pasajes reflexivos y, por las tardes, compartía caminatas o ratos de charla con Marisol. La intimidad carnal no se daba; ninguno de los dos parecía precipitarse hacia ello. El viajero valoraba un afecto sutil, un acercamiento sin la urgencia

del deseo inmediato. Creía en un amor puro, y no quería traicionar esa creencia con apresuramientos. Por su parte, Marisol no exigía ni insinuaba nada más allá de la compañía, como si también agradeciera un paso lento.

En esos días, Olivarius sintió que su percepción del mundo cambiaba. Su rutina implicaba pescar con redes rudimentarias o acompañar a la gente al mercado, y aquello lo hacía ver la vida de manera más esencial. Las necesidades básicas se cubrían con el apoyo mutuo, sin quejas hacia la precariedad, sino con un empeño inquebrantable. Reflexionaba: ¿No es eso lo que anhelaba? Una realidad en la que la solidaridad fuera norma, donde uno se sienta útil y valorado. Por momentos, creía haber encontrado lo que buscaba; luego recordaba la cicatriz de su pasado y la certeza de que era un forastero, temiendo que una vida así no fuera más que un paréntesis antes de retomar el camino.

Una vez, al finalizar la jornada, Marisol propuso ver las estrellas en la playa. Se acercaron con una linterna y una manta sencilla, alejándose de las pocas luces de la aldea. Se sentaron en la arena, sintiendo la brisa fresca en la piel, y contemplaron la bóveda estrellada sin contaminación lumínica. Para Olivarius, resultó casi místico: millones de astros centelleando sobre el mar, como un espejo infinito. La chica, a su lado, se recostó, apoyando suavemente la cabeza en su hombro.

El viajero se tensó un segúndo. Un calor le subió a la garganta, mezcla de ternura y ansiedad. Pero ella no insistió en nada más; sólo permaneció así, respirando con serenidad. Ante ese gesto cargado de confianza, él sintió el impulso de abrazarla, mas se contuvo, notando que tal vez era suficiente con aquel contacto leve. Un romance sin urgencias, sin atropellos, se dijo, cerrando los ojos para disfrutar del valet de las olas.

En lo profundo de sí, comenzó a vislumbrar que ese anhelo de pureza que lo había acompañado tanto tiempo quizás no fuera irrealizable. ¿Será posible amar a alguien con transparencia, sin trampas ni presiones? La duda seguía presente: ¿Y qué si un día me marcho, la lastimo o me lastimo a mí mismo…? Sin embargo, en el susurro del viento, creyó oír la respuesta: “El presente es suficiente, si lo vives con honestidad.”

Conforme los días proseguían, un sentimiento de asentamiento se apoderaba de su espíritu. Se integraba a la dinámica de Punta Celeste: aprendió a preparar los cebos para las trampas de cangrejos, a reconocer el canto de ciertas aves costeras, a disfrutar cada comida con gratitud. Observó que su necesidad de escribir en la libreta se hacía más sosegada; ya no volcaba desesperadamente interrogantes, sino que apuntaba observaciones del día a día con calma y admiración.

Aun así, un nuevo interrogante germinaba: ¿Estoy pronto a quedarme de verdad, ceder mis ansias de rodar y plantar raíces, o

sólo estoy en una burbuja temporal que tarde o temprano reventará? La atención se dividía entre la fascinación por Marisol y el anhelo de mantener su libertad de movimiento. ¿Estaré finalmente encontrando lo que buscaba, o apenas rozando una ilusión pasajera?

No había respuestas inmediatas, mas presentía que el desenlace no se haría esperar. Cada anochecer alimentaba sus dudas, cada amanecer le regalaba la persistencia de la belleza de la aldea. A ratos se sorprendía sosegado, casi contento con la idea de trabajar codo a codo con esa gente. En otros instantes, un hormigueo de incertidumbre le decía que su viaje, el que lo sacó de Buenos Aires, aún no había cumplido su ciclo. ¿Qué me detiene entonces?, se preguntaba, y la imagen de Marisol se instalaba en su mente, iluminando la escena con la tibieza de su sonrisa.

En esa ambigüedad, pasaban los días, y Olivarius se miraba al espejo —uno roto y pequeño en la habitación— sin reconocerse del todo en aquel rostro más relajado, con la piel ligeramente tostada por el sol. ¿Se estaba transformando en un hombre nuevo? Algo en su mirada le decía que sí, aunque la batalla interna entre querer quedarse y desear huir del compromiso no se había resuelto. Tal vez es un proceso, y debo permitir que fluya con su propio ritmo, meditaba. Por primera vez, la idea de no tener respuestas absolutas no lo angustiaba tanto; parecía aceptar el misterio de su propia búsqueda.

Así, en un atardecer tras otro, Olivarius continuó su epopeya interior, sintiéndose parte de la aldea, al tiempo que mantenía la

incertidumbre sobre su destino final. Entre el calor del cariño de Marisol y la fraternal cercanía de un pueblo que, pese a su pobreza, le abría las puertas, comenzaba a entender que lo que había encontrado en Punta Celeste —esa sencillez y dignidad— quizá fuera un eco de lo que su alma ansiaba. Sin embargo, la pregunta seguía latente en cada instante: ¿Seré capaz de quedarme o estoy destinado a continuar, arrastrando mi romántico anhelo de libertad? La aldea, ajena a sus debates, lo arropaba un día más, sin presionarlo por respuestas que él mismo aún desconocía.

Parte VI

El sol comenzaba a inclinarse en el horizonte cuando Olivarius caminaba por la orilla, sintiendo la arena tibia bajo sus botas gastadas. La brisa marina traía consigo el aroma a sal y algas, y en la distancia, la silueta del muelle se recortaba contra un cielo teñido de naranjas y violetas. Había pasado ya varios días en Punta Celeste, integrándose poco a poco a la rutina del pueblo, pero con cada atardecer sentía que la pregunta lo acorralaba más: ¿Es este mi lugar o sólo una estación en mi camino?

Las tardes con Marisol se volvían más frecuentes. No había entre ellos una relación marcada por la urgencia ni el deseo impetuoso, sino una conexión pausada, llena de silencios que hablaban más que cualquier confesión. Sin embargo, cada mirada, cada gesto, le hacían notar que algo estaba germinando en ambos. Algo que le daba paz y, al mismo tiempo, un pánico sutil.

Esa tarde, mientras se acercaba a la hostería después de su paseo, vio a Marisol en la puerta, con los brazos cruzados y una expresión indescifrable. Llevaba el cabello suelto, revuelto por el viento marino, y en su semblante había algo distinto: un brillo de expectativa, o tal vez de inquietud.

—Te estaba esperando —dijo, cuando él estuvo lo suficientemente cerca.

Olivarius arqueó los hombros, con una ligera sonrisa.

—¿Para qué?

Marisol lo miró un instante, como si calibrara sus palabras.

—Para hablar —respondió, y sin más, giró sobre sus talones y comenzó a caminar por el sendero que llevaba a la playa.

Él la siguió en silencio. Sintió un cosquilleo en el estómago, mezcla de anticipación y miedo. Sabía que esta conversación debía llegar tarde o temprano. Algo en la actitud de Marisol le indicaba que ella tampoco estaba dispuesta a dejar las cosas flotando en la incertidumbre.

Cuando llegaron a un punto más apartado de la costa, donde las olas rompían con suavidad contra las piedras y la luz del ocaso los envolvía en un tono ámbar, Marisol se detuvo y miró el mar, sin volverse hacia él de inmediato.

—¿Cuánto tiempo más te quedarás? —preguntó de repente, con una voz serena, pero firme.

Olivarius quedó impacto. No había esperado que la pregunta llegara de manera tan directa.

—No lo sé —admitió, cruzando los brazos—. Cada día que pasa, siento que… podría quedarme más tiempo. Pero también…

Marisol giró hacia él y lo miró a los ojos.

—Pero también sentís que tarde o temprano te vas a ir —completó ella.

Él bajó la mirada. Era cierto.

Marisol suspiró y pateó una piedrita en la arena antes de continuar.

—Sabía que dirías eso. No me sorprende. Pero igual quería escucharlo de vos.

Olivarius sintió una punzada de culpa. No quería herirla, pero tampoco podía engañarla.

—Este lugar me ha dado algo que no encontraba en ninguna parte —dijo finalmente, con voz baja—. Me ha dado calma. Me ha mostrado

una forma de vivir que desconocía. Pero también… me aterra la idea de estancarme.

Marisol asintió lentamente, como si entendiera perfectamente su dilema.

—No todos nacemos para enraizarnos en un mismo sitio —murmuró —. Pero no por eso somos menos reales donde estamos.

Las palabras golpearon a Olivarius con una precisión que no esperaba. ¿Era menos real acá, sólo porque no estaba seguro de quedarse? ¿Acaso su viaje, su búsqueda, lo convertía en un mero espectador?

Marisol le sostuvo la mirada, sin reproches, sin dramatismo. No había enojo en sus ojos, sólo comprensión. Y eso le dolió más que cualquier reclamo.

El viento levantó un poco de arena y Marisol se abrazó a sí misma, como protegiéndose del frío repentino. Olivarius sintió un impulso irracional de acercarse, de decirle que tal vez estaba equivocado, que tal vez podría quedarse, que tal vez ella podía ser su respuesta… pero no quiso mentirse a sí mismo.

—No quiero lastimarte —revelo.

Marisol sonrió con un dejo de tristeza.

—No me lastimás —dijo—. Lo que duele no es que te vayas. Lo que duele es que, a veces, creo que querés quedarte, pero te lo prohibís a vos mismo.

Olivarius sintió un nudo en la garganta. Era verdad. Algo dentro de él anhelaba más de lo que estaba dispuesto a aceptar. Pero el miedo a la permanencia, a perder su identidad errante, lo retenía.

Hubo un silencio largo. Sólo el mar se anima a expresarse.

Marisol dio un paso hacia él y, sin previo aviso, posó una mano en su mejilla. Un contacto breve, cálido, lleno de significados que no necesitaban palabras. Olivarius se tensó, no por rechazo, sino porque sentía que, si le correspondía, no querría marcharse jamás.

—Nunca me prometiste nada —dijo ella, con voz suave—. Y nunca te pedí nada. Pero quiero que sepas que estos días han significado algo para mí.

Olivarius cerró los ojos un segundo y asintió.

—Para mí también —

Y entonces, sin necesidad de un beso, sin urgencias ni dramatismos, simplemente se quedaron así, mirándose, reconociéndose.

Fue un momento de absoluta pureza. No era un adiós, no era una confesión de amor desesperada. Era la aceptación de un sentimiento que existía, pero que no podía reclamar nada más que su propia verdad.

El amor, en su forma más sincera, sin posesión, sin demandas. Después de un rato, Marisol sonrió con ternura y bajó la mano. Se giró y comenzó a caminar de regreso a la aldea. No le pidió que la

siguiera. No hubo promesas de futuros imposibles. Sólo la certeza de que ambos entendían lo que había sucedido.

Olivarius se quedó mirando el mar, sintiendo un peso y una ligereza simultánea. Sabía que, tarde o temprano, se marcharía. Pero en su corazón, algo había cambiado.

Quizás la respuesta no era huir ni quedarse. Quizás la respuesta estaba en entender que ser parte de un lugar, aunque sea por un instante, es tan real como haber vivido allí toda una vida.

Respiró hondo y cerró los ojos, dejando que el viento le revolviera el cabello. Mañana seguiría su camino. Pero esa noche, todavía sería de Punta Celeste. Y eso, por ahora, era suficiente.

Regresó a la hostería cuando la luna ya dominaba el cielo. Antes de dormir, escribió en su libreta:

“El amor no es siempre un destino, sino un faro en el camino. A veces se cruza con la ruta de un viajero, y otras veces se queda mirando desde la costa, sabiendo que no puede detener el oleaje.”

Cerró la libreta y apagó la luz. En la oscuridad, por primera vez en mucho tiempo, sonrió. Había encontrado algo en Punta Celeste. No una casa. No una historia de amor convencional. Sino una certeza:

“No importa cuánto dure un instante. Si es verdadero, permanece.”

Capitulo 5

Parte I

El día 12 amaneció con un aire diferente en Punta Celeste. Olivarius lo percibió desde el momento en que abrió la ventana de su habitación en la hostería: el viento parecía traer un presagio, un soplo frío que anunciaba cambios. Había permanecido allí más de una semana, algo que jamás había previsto cuando arribó la tarde del día 4, cargando en la moto sus dudas y su hartazgo de la gran ciudad. Ahora, cada esquina del pueblo le resultaba íntimamente familiar.

Salió al pasillo, topándose con el silencio casi total. Era temprano aún. Solía ocurrir que, a esa hora, parte de la aldea estaba en el muelle, mientras otros descansaban tras la faena nocturna. La brisa marina se coló por las rendijas de las ventanas, impregnando el corredor de sal y humedad. Un escalofrío recorrió a Olivarius, quizá

por la temperatura algo más fresca, o quizá por la certeza que lo asaltaba: hoy, día 12, había decidido marcharse.

Había tomado la decisión la noche anterior, en el insomnio que lo mantenía con la mirada fija en el techo de madera. Sentía que el pueblo le había ofrecido más de lo que podía absorber, y la cercanía con Marisol rozaba un abismo: se estaba involucrando de un modo que amenazaba su itinerario. Soy un viajero, un buscador de historias, se repetía, aunque el pecho se le oprimía al pensar en la ternura y la complicidad que había crecido entre ellos. En algún punto, debo seguir mi camino.

No se lo había dicho aún. Ni a la madre de marisol, ni a los pescadores que lo habían acogido. Quería despedirse sin aspavientos ni drama. Temía un enfrentamiento con su propia cobardía si sentía demasiado la presión de los afectos. Aun así, dudaba de su capacidad para irse sin una palabra de gratitud.

Decidió bajar a desayunar, deseando encontrar a Marisol. No la vio en el recibidor, sino a su madre, doña Carmen, que lo saludó con amabilidad:

—¿Madrugaste otra vez, hijo?

—Sí, pensé en dar una vuelta antes de que el calor arrecie —mintió a medias.

El comedor estaba desierto. Doña Carmen le ofreció un mate cocido y un trozo de pan recién horneado. El olor resultaba reconfortante.

Se sentó, intentando no pensar demasiado en la inminente conversación que habría de sostener con Marisol. Notó, sin embargo, un extraño nudo en el estómago: Ya no soy el mismo que llegó hace ocho días, pensó, mirando la taza de cerámica.

Aun con su determinación de marcharse, la melancolía lo embargaba al imaginar que, en pocas horas, aquel sitio se convertiría en un recuerdo. Una vez que encienda el motor de la moto y tome la ruta, ¿quedarán estos días como un sueño efímero? El romanticismo que llevaba a cuestas, ese empeño en creer en amores puros y lugares mágicos, ahora chocaba con la realidad de su partida. Y si me quedara…, tanteaba su mente, pero se respondía al instante: No es mi destino.

Cuando terminó de desayunar, salió a la calle para pasear una última vez. El sol aún era benevolente, y el aire corría con un frescor casi inusual. Se dirigió al muelle, como tantas mañanas, y allí encontró a Rodrigo, uno de los pescadores más jóvenes, desenredando una red que se había enganchado con restos de un tronco sumergido. Olivarius se ofreció a ayudar:

—¿Querés una mano?

—Dale, sujeta este extremo —respondió Rodrigo, con una sonrisa—. Estoy intentando sacar las algas y la madera sin romper la malla.

Trabajaron en silencio, coordinando gestos. En el fondo, Olivarius sentía aprecio por esas labores tan simples, en las que su mente se despejaba de cualquier ansiedad existencial. Pero aquella mañana, la

idea de la partida le pesaba. Al terminar, Rodrigo se limpió las manos en un trozo de tela y lo miró con curiosidad:

—¿Hoy no veo tu moto por acá? ¿O la dejaste en la hostería?

Olivarius dudo un instante. Nadie sabía de sus planes.

—Sí, sigue allí. Estaba pensando en… reemprender el viaje pronto.

La expresión de Rodrigo cambió a una mezcla de comprensión y leve tristeza.

—Te veíamos ya muy integrado. Pero uno no puede encadenarse al lugar que no es suyo, ¿no?

Olivarius asintió, agradeciendo esa visión sin reproches. Sintió que, a pesar de todo, se llevaba el respeto de la gente. Eso me ayuda, pero al mismo tiempo, me duele. Se despidió con un apretón de manos, prometiendo que volvería antes de marcharse, y se encaminó de nuevo al centro de la aldea.

Justo cuando pensaba en regresar a la hostería para recoger su equipaje, divisó una silueta que conocía bien: Marisol, caminando por las tablas del muelle con un canasto vacío. Se apresuró en alcanzarla, sin dejar de notar que el corazón le latía con fuerza.

—¡Hey! —exclamó, acercándose con cautela. Ella se volvió, sonriendo al verlo.

—Buenos días. ¿Qué tal, madrugador? —respondió, sin soltar la canasta que llevaba colgada del brazo.

Olivares dudó un segundo. Este es el momento, se dijo, sintiendo un nudo en la garganta. Pero no sabía cómo romper la noticia. Marisol lo notó incómodo y giró la cabeza:

—¿Está todo bien?

Él respiro entrecortado.

—Sí… bueno, necesito hablar con vos.

Ella asintió en silencio, invitándolo con un gesto a seguirla. Se sentaron al borde del muelle, dejando que sus pies colgaran a un palmo del agua. El mar se mostraba sereno, con una brisa ligera que refrescaba el ambiente. Olivarius contempló la línea difusa en la que el cielo se fundía con el océano, intentando reunir valor.

Tomó aire y miró a Marisol:

—No quiero irme sin decirte que… me voy hoy. —Le tembló un poco la voz—. Te juro que he pensado en quedarme más tiempo, pero…

Marisol cerró los ojos un momento y asintió, como si ya lo intuyera. El presagio que flotaba en el aire se confirmaba.

—Lo sabía —murmuró—. O al menos lo presentía desde anoche. Te noté distante, como si tu mente ya estuviera en otro lado.

Él se mordió el labio inferior, sintiendo que la culpa le arañaba el pecho. No quiero que lo interprete como un desprecio, pensó.

—No estoy distante de vos… —replicó, con un susurro—. Es sólo que… necesito seguir mi camino. Este viaje no ha terminado, y siento que hay algo que debo continuar buscando.

Marisol clavó la mirada en el agua, como si ahí se reflejara su propia melancolía.

—Lo entiendo, Olivarius. No te juzgo. Sé que tu búsqueda es grande. Me lo habías dicho desde el principio.

Él extendió la mano, dudando, hasta rozar la suya. Fue un contacto breve: un puente de ternura que, a la vez, reconocía los límites. La chica le sonrió con unos ojos llenos de una mezcla de tristeza y aceptación.

—Hemos pasado días bonitos —continuó ella—. Te voy a extrañar, pero no te pediré que hagas algo que no sentís.

Un nudo se formó en la garganta de Olivarius. Se había preparado para un reproche, para lágrimas o reclamos, pero recibía la misma serenidad conmovedora que lo había cautivado.

—No me merezco tanta comprensión — apartando la vista para no quebrarse.

—Tal vez no sea cuestión de merecer, sino de comprender la esencia de cada uno. Vos naciste para moverte, yo me arraigué acá porque lo siento mi hogar. Y ninguno está equivocado.

El silencio se instaló, acompañado por el sonido incesante del mar contra los pilotes del muelle. Se detuvo un instante el tiempo, o así lo

sintió Olivarius. Deseó abrazarla, confesarle que una parte de él anhelaba quedarse, trabajar con ella en la hostería, vivir cada amanecer con la sal en los labios, pero algo más fuerte— su identidad viajera, su curiosidad insaciable— se lo impedía.

De forma tácita, como si no quisieran despedirse ahí, se pusieron de pie y caminaron por la playa. La marea estaba lo bastante baja para dejarlos transitar cerca de las rocas. El calor del mediodía comenzaba a arreciar, pero la brisa lo volvía tolerable. En ese trayecto silencioso, ambos se robaron miradas furtivas, conscientes de que su tiempo se agotaba.

—Te llevo a un lugar que me gusta —dijo Marisol, y avanzó unos metros. En un recodo de rocas, apareció un charco natural formado por las olas, con caracoles y pequeños peces atrapados.

Se detuvo, se agachó y señaló con el dedo:

—A veces hay cangrejos minúsculos. Fijate.

Olivarius se arrodilló junto a ella, y efectivamente, distinguió un par de crustáceos traslucidos que se movían entre algas. Fue un instante casi infantil, en el que ambos rieron al ver cómo se escabullían.

—¿Ves? Incluso en lo más sencillo hay vida —dijo ella, con un matiz reflexivo—. Para mí, esa ha sido la lección de Punta Celeste: nada es tan árido como parece; siempre hay algo luchando por sobrevivir.

Él tragó saliva. Su mensaje encerraba una metáfora clara: ella se quedaba en ese lugar porque creía en la fuerza de la vida, incluso en

condiciones adversas. Y él, en cambio, se marchaba, quizá en busca de la versión de ese milagro que encajara con su propio espíritu.

Se enderezaron y siguieron caminando hasta encontrarse de nuevo al borde del muelle, donde un par de pescadores descargaban cajas. La cotidianidad del pueblo latía a su alrededor. Olivarius sintió de golpe que el tiempo se esfumaba. Debo volver a la hostería, recoger mis cosas, encender la moto.

Marisol se paró frente a él, con el sol incendiando sus mejillas y el cabello suelto mecido por el viento.

—¿Querés que te acompañe a despedirte de algunos vecinos? — ofreció, como una forma de aliviarle la tarea.

—Tal vez sea lo mejor. No quiero irme sin agradecerles.

Caminaron juntos por la calle principal, saludando a la gente que se cruzaban. Con cada “¿Te vas, Olivarius?” había un gesto de sorpresa y una palmada en el hombro. Los pescadores, la familia del puesto de verduras, la anciana que vendía pan, todos lo miraban con una calidez que lo conmovía. De todos recibió un “volvé cuando quieras” o un “hasta pronto, amigo”. Marisol se mantenía a su lado, apretando la canasta vacía contra el pecho, como si también necesitara aferrarse a algo.

Al llegar a la hostería, doña Carmen se asomó:

—¿Tan pronto, hijo?

—Debo continuar, doña. Gracias por todo.

Ella, con ojos acuosos, asintió y le deseó un buen viaje. Mientras tanto, Marisol se internó en la recepción para sacarle sus cuentas pendientes. Cuando volvió, le extendió un papelito con la suma de los días. Olivarius pagó con manos temblorosas, dándose cuenta de lo duro que era convertir en transacción un hospedaje que había significado mucho más que un techo.

—Ojalá nos veamos alguna vez —dijo doña Carmen, dándole un abrazo breve.

—Ojalá —exclamo él.

Marisol, a un costado, permanecía con una calma estoica. Juntos caminaron hasta la habitación, donde Olivarius guardó sus pocas pertenencias en la mochila. Al cargarla sobre los hombros, un peso emocional se superpuso al físico. Apenas un par de días, y sin embargo, cuántas experiencias…

Salieron a la puerta de la hostería. Afuera, la moto lo aguardaba, reflejando el sol sobre el tanque de nafta. Marisol lo miró, con los ojos brillantes.

—Te acompaño hasta que arranques —dijo, con una sonrisa débil.

Olivarius asintió, incapaz de pronunciar otra palabra. Ajustó la mochila, acomodó el casco y montó la moto. Marisol se puso a su lado, sosteniendo el manubrio unos segundos.

—Esto… —dijo él, respirando hondo—. Gracias. Me has enseñado que no todo es tan complejo como lo pinto en mi cabeza. A veces, basta con vivir día a día.

Ella curvó los labios en un amago de sonrisa.

—Y vos me recordaste que todavía hay gente que valora lo auténtico. Me alegra que hayas pasado por aquí.

Un silencio denso se instaló. Hubo un amago de abrazo que no se concretó del todo, como si ambos recordaran el carácter único de ese lazo. Finalmente, Marisol apoyó la mano en el hombro de Olivarius y acercó sus rostros en un leve roce de mejillas. Un adiós casto, pero sincero.

—Que tengas un buen viaje —musitó, apartándose con suavidad.

—Cuidate… cuiden Punta Celeste —respondió él, conteniendo la emoción.

Giró la llave. El motor se hizo presente, rompiendo la quietud. Marisol retrocedió medio paso, y Olivarius aceleró un poco, sintiendo cómo su corazón parecía desprenderse de su pecho. Una parte de él gritaba que no se fuera, pero la otra sabía que ya era su tiempo. Con el casco puesto, su mirada alcanzó a ver a Marisol por última vez: parada en la puerta, con la canasta vacía, en la que bien podía caber el hueco que dejaba.

Soltó el embrague y la moto avanzó, alejándose de la hostería. La brisa salada quedó atrás en segundos. Así, cerraba un capítulo que

jamás imaginó tan intenso. En la lejanía, todavía veía las siluetas del pueblo; en su interior, un desgarro y un alivio simultáneos. Me voy, pero también me quedo de algún modo, pensó, sin atreverse a mirarse en el retrovisor. Sabía que ver a Marisol ahí, pequeña y estática, partiría su determinación.

Conforme la aldea se hizo un punto borroso, las preguntas reverberaron: ¿Era esta la prueba de que un amor puede existir sin posesión? ¿Había encontrado un rayo de esperanza en su propia capacidad de sentir, a pesar de sus fracasos? El viento sopló, barriendo sus cavilaciones. La ruta lo llamaba al día 12 y medio, a la continuación de su travesía. Y Olivarius, a pesar de la congoja, sintió que llevaba en su corazón un tesoro imperecedero: la dulzura de una despedida sin rencor, el aroma de los atardeceres y la certeza de que no hacía falta intimar físicamente para llamarlo amor.

Continuó así, con la ruta abriéndose ante él, mientras la tarde vestía los campos de un dorado suave. El viaje seguía, y Olivarius, aunque había dejado atrás el roce de Marisol y los días plácidos, intuía que esa experiencia sería la llave para percibir el mundo con ojos renovados. Próximamente encontraría otros pueblos, otros rostros, y pronto se asomarían las sombras de su conflicto interior: la inocencia que se desmorona ante la crudeza de la realidad, la urgencia de cuestionar todo y a todos. Pero en su piel quedaba grabada la huella luminosa de Punta Celeste, el paraje que lo había liberado un poco de sí mismo y, con ello, lo había hecho más humano.

Parte II

El motor de la moto cantaba un monótono himno al avance, mientras los kilómetros se sucedían uno tras otro. Dejando atrás Punta Celeste, Olivarius se vio sumergido en una mezcla de nostalgia y determinación. A ratos, miraba el espejo retrovisor y no veía más que un rastro de polvo flotando en la distancia. Podría dar media vuelta, quedarme un tiempo más… se repetía, pero enseguida la vocecilla interior le recordaba su propósito: seguir recorriendo, hallar respuestas más allá del horizonte.

Habían pasado apenas un par de horas desde la despedida de Marisol, pero en la mente del viajero resonaba el eco de sus palabras y la calidez de su presencia. ¿Qué era todo ese afecto que creció en tan pocos días? Se preguntaba. Tal vez un romance silencioso, tal vez un lazo sin nombre. Suficiente para sacudirle el alma, insuficiente para cambiar su ruta. Al menos, de momento.

—Cada lugar tiene su historia, cada persona su verdad —penso, como si hablara consigo mismo. La ruta se mantenía casi vacía. Un auto o un camión pasaban muy de tanto en tanto. El sol empezaba a

calentar con más ferocidad, y aunque la velocidad le brindaba cierto alivio, sentía el sudor formándose en la base de la nuca.

Al llegar a una bifurcación, la señal indicaba dos direcciones: una conducía hacia la costa y otra se adentraba en el interior, rumbo a un pueblo mayor. Olivarius, dejándose llevar por su instinto, optó por la ruta interior, pensando en abastecerse de combustible y comida en el próximo municipio. También la costa se repetirá, se dijo. Tal vez encontraré nuevos matices en el corazón de la provincia.

Después de media hora más de rodar, divisó una pequeña estación de servicio junto a la ruta. Un restaurante adjunto, de paredes desteñidas, ofrecía almuerzos. Decidió detenerse; apenas había desayunado en la hostería. Apagó la moto junto al surtidor y se quitó el casco, sintiendo la brisa caliente rozarle el rostro.

El lugar tenía un aire a déjà vu: un par de autos aparcados, un par de camioneros fumando bajo un toldo, y el incesante ulular de la radio del playero. Me recuerdan a ese primer bar donde dormí con Leticia y Tomás, pensó, esbozando una sonrisa melancólica. Entró al restaurante y se topó con un espacio iluminado por tubos fluorescentes, unas ocho mesas vacías y un ventilador de pie vibrando en una esquina.

—Buenas —lo saludó un hombre tras el mostrador, con un gesto cordial—. ¿Almorzás o solo un trago?

—Almorzaré algo ligero, por favor —respondió Olivarius, tomando asiento cerca de una ventana.

Mientras esperaba, sacó su libreta para anotar las reflexiones más recientes. Necesitaba volcar lo que había sentido en Punta Celeste, temeroso de que el ajetreo del viaje le hiciera olvidar detalles preciosos. Sin embargo, en cuanto posó la pluma sobre el papel, un dolor en los ojos lo hizo detenerse. No puedo describirlo tan fríamente, se reprendió. No se trata de un lugar más que reseñar; lo que sentí con Marisol es distinto.

Se descubrió con la mirada perdida en el reflejo de la ventana, donde el viento movia las ramas de los arboles, alcostado de la ruta . En el espejo de sus propios pensamientos, vio la dualidad: Un hombre que desea amar sin posesión, que busca la pureza en los afectos, pero se aterra de anclar su ser a un sitio. Le invadió un calor distinto del que imponía el sol, un calor interior de nostalgia. ¿Estaba hiriéndose y, a la vez, sanando algo? ¿O simplemente repitiendo un patrón de huida?

El mozo dejó un plato con arroz y pescado a la provenzal frente a él. Agradeció con un leve ademán y forzó un bocado. El sabor era decente, aunque sintiera poca hambre. El viaje recién recomenzaba y ya pesaban en sus hombros la culpa y el vacío. Pero es lo correcto…, se repetía. No soy un hombre de un solo lugar. No todavía.

A su lado, un hombre de gorra que parecía camionero se sentó para pedir un café. Tras echar un vistazo a Olivarius y su libreta, se animó a entablar conversación:

—¿Escribís algo?

—Sí, un diario de viaje —respondió, con un suspiro de cortesía.

—¿Turista?

—No exactamente… Recorro el país, buscando historias, impresiones.

El camionero asintió, sin mayor interés. Luego soltó:

—Hay sitios por acá que la gente pasa de largo, pero guardan cada cosa… A veces me siento más cronista que conductor.

Olivarius se animó a preguntar:

—¿Encontraste algo que te marcara especialmente en la ruta?

—Varias cosas. Una vez di con un anciano que criaba perros en un descampado. Otra, con un grupo de estudiantes que hacía dedo para llegar a un congreso en la capital. Cada uno cargaba su propia historia. Supongo que la ruta es un espejo, ¿no? Te muestra quién querés ser y quién no.

El viajero se sorprendió de la profundidad de ese comentario. La ruta como un espejo. Se despidieron con un “que tengas buen viaje” y siguieron cada cual con su comida. Olivarius tomó nota mental de aquel símil: acaso lo que vivió con Marisol también fuera un reflejo de su necesidad de afecto y su temor al compromiso. Quizá cada kilómetro me revela mis carencias y me obliga a ver la verdad.

Cuando terminó de almorzar, pagó y salió al exterior, cargó nafta y se aseguró de chequear los neumáticos. El calor se intensificaba, pero la moto parecía comportarse bien. Antes de retomar la ruta, se colocó el casco con un gesto casi ritual. Por unos segundos, cerró los

ojos y exhaló, como soltando los rastros de Punta Celeste. Luego dio arranque.

El asfalto se presentó lleno de brillos que oscilaban con la reverberación del sol. ¿Hacia dónde voy exactamente?, se preguntó. La brújula interior indicaba “seguir al sur,” pero sin un plan concreto. La idea de Ushuaia, la última gran meta, seguía dando vueltas. Tal vez, si llego a la Patagonia, descubra un paisaje que me sacuda más todavía. Sin embargo, una vocecita le murmuraba que ya se encontraba bastante sacudido por la experiencia reciente.

Conforme avanzaba, notó que las paradas se hacían menos pintorescas y más ásperas. El polvo, la gente con rostros adustos, las miradas más recelosas. Si en los primeros tramos del viaje había encontrado cierta hospitalidad elemental, ahora empezaba a toparse con lugares donde la cordialidad flaqueaba, donde la pobreza mostraba su costado más huraño. No es que la dignidad faltara, sino que el aire se sentía más denso. Las historias quizá sean más duras, más desencantadas, imaginaba. Sentía que su inocencia —esa ternura que brotó al conocer Punta Celeste— colisionaría con un realismo más crudo.

Pasó por un par de pueblos que apenas rozó con la mirada, deteniéndose sólo para llenar el tanque o beber agua. Gente que lo observaba con cautela, sin la espontánea simpatía de otras paradas. Olivarius no los juzgaba: sabía que, en los márgenes del país, existían tensiones invisibles, abandonos más prolongados. No

siempre una sonrisa basta; hay resentimiento por años de olvido oficial, pensó con una mezcla de comprensión y congoja.

Mientras la moto devoraba la carretera, Olivarius pensó en su metamorfosis interna. Antes de Punta Celeste, veía el viaje como una aventura casi poética. Luego de Marisol, mis ojos se abrieron a una realidad donde el amor, la comunión, la precariedad y la esperanza conviven. Ahora, la ruta le ofrecía un rostro más áspero, y sintió que tal vez esa es la dialéctica que necesitaba: ver belleza y crueldad, ternura y desamparo, todo a la vez.

Un par de horas después, el motor empezó a toser y un ruido metálico emergió de la cadena. Olivarius detuvo la moto al costado del camino, alarmado. ¿Será una falla grave? Se quitó el casco y revisó el engranaje con las escasas herramientas que traía. Parecía que la cadena se había tensado de mala manera, o una piedra se había incrustado. Escarbó con el destornillador hasta aflojar un pedazo de grava. Nada insalvable, concluyó, aunque la incertidumbre lo aguijoneó. ¿Y si me quedo varado?

Recordó la solidaridad que experimentó en otros lugares. Pero acá es diferente, pensó, notando que, en esa ruta desolada, sólo pasaban camiones cada tanto. Le sobrevino una sensación de fragilidad, otro atisbo de la “crudeza” que intuía. Debo estar listo para enfrentar contratiempos sin la dulzura de personas como Marisol o los pescadores. Eso lo hizo sentir más solo y, paradójicamente, más

consciente de su propia fortaleza. Quizá esta sea la prueba: seguir, aunque el panorama no sea tan acogedor.

Con la cadena medianamente ajustada, reemprendió la marcha. El sol declinaba, tiñendo el cielo de tonos cobrizos. Al fondo, un paraje desértico se desplegaba, con escasos árboles que se erguían como espectros. Olivarius, con los pensamientos en ebullición, se repetía que su travesía había entrado en una fase distinta: de la inocencia al realismo. Sin embargo, el recuerdo de Punta Celeste —y especialmente de Marisol— le brindaba un ancla de dulzura.

—Aunque el mundo se vuelva más crudo, hay un rincón en mí que se quedó en esa aldea —promulgo, casi como una plegaria.

El viento soplaba con más fuerza, y la moto avanzaba sin prisa hacia un crepúsculo incendiado. En su mente, Marisol personificaba el amor sin exigencia, la pureza de una cercanía atemporal. Pero ahora, en la inmensidad de la carretera, él debía batallar con otros espectros: la soledad, el riesgo de perder la moto en un accidente, la posibilidad de enfermarse sin ayuda, la dureza de lugares donde la belleza natural no compensaba el abandono social.

Mientras la tarde se sumergía en la noche, Olivarius presintió que lo que venía no sería tan amable como los primeros días. Quizás este sea un bautismo de fuego, conjeturó, la prueba de si soy realmente un viajero o un soñador ingenuo. Los contornos del camino se difuminaban a la luz tenue de su faro. El aire se enfriaba, y las

sombras se alargaban como presagios. No sé qué encontraré… pero seguiré.

Encendió el faro de la moto y aminoró la velocidad. Podría buscar un refugio pronto, pensó, aunque no había luces de poblado a la vista. La luna, aún tímida, asomaba entre nubes. Y en la penumbra, se atrevió a sonreír: a pesar de todo, sentía un latido renovado, una apertura al mundo. Marisol y Punta Celeste le habían regalado la clave de un realismo mágico sutil, la certeza de que la ternura humana podía brotar en cualquier lugar. Y tal vez, esa esperanza lo acompañaría a lo largo de las próximas etapas, más duras, menos idílicas.

Con esa convicción, aceleró un poco, dispuesto a encarar la noche con el pecho encendido por la fuerza de lo vivido. El viaje proseguía, y con él, la inevitable metamorfosis de su mirada. A la distancia, se adivinaban sombras de un próximo poblado, o quizá apenas el espejismo de luces lejanas. Fuera lo que fuese, Olivarius avanzó, decidido a afrontar el capítulo más agreste de su peregrinaje con el corazón abierto… y el recuerdo luminoso de Punta Celeste grabado en su alma.

Parte III

El cielo se había cubierto con un velo de nubes tornasoladas cuando Olivarius decidió que era momento de dar un alto a su marcha. Tras horas de ruta, el cuerpo comenzaba a pedirle descanso, y la moto daba leves señas de necesitar un respiro. El rótulo oxidado de un cartel anunciaba un pueblo a escasos cinco kilómetros, poco antes de que la luz natural menguara por completo. Con el faro encendido, el viajero viró en aquella dirección, sintiendo que entraba en un territorio casi espectral: la carretera secundaria lucía maltrecha, los postes de luz titilaban con un resplandor inconstante, y el silencio se hacía más denso a cada metro recorrido.

Mientras avanzaba en la penumbra, una ráfaga de viento más fría de lo habitual le erizó la piel, recordándole que se encontraba lejos de toda comodidad. El recuerdo de Punta Celeste seguía vivo en su mente, como si cada latido le susurrara la ternura de Marisol, la comunión con los pescadores, la sencillez cargada de dignidad. Pero en este tramo, el paisaje no invitaba a la suavidad, sino a un esbozo de inquietud; una sensación de que algo latía en la atmósfera, algo más arcaico y menos hospitalario.

Finalmente, dio con las primeras casas dispersas. No había gran iluminación, salvo un par de focos en puertas mal colgadas y un tenue rumor de voces que venía de alguna vivienda. Olivarius redujo la velocidad, buscando con la mirada algún lugar donde alojarse. El

poblado era mínimo, acaso más pequeño que Santa Aurelia, pero con un aire opresivo que no podía explicar. Tal vez fueran las sombras que se alargaban bajo la escasa luz de las farolas, o la ausencia de gente circulando a esas horas.

Tras unas pocas calles de tierra, encontró un cartel con la palabra “POSADA” pintada en letras rojas sobre una tabla mal sujeta a dos palos. Se adentró en lo que parecía un patio improvisado, con la moto retumbando en un piso lleno de baches. Apagó el motor, y el silencio que sobrevino se sintió casi ofensivo. Al bajarse, comprobó que todo estaba demasiado tranquilo; ningún perro ladró, ninguna puerta se abrió para recibirlo. Llamó en voz baja:

—¿Hay alguien? Busco habitación…

Por respuesta, sólo el viento sacudió una rama seca. Olivarius notó que el aire traía un olor a polvo y humedad, como si la lluvia se anunciara en la distancia.

Cuando estaba por girar sobre sus talones e irse —tal vez dormir en cualquier rincón de la ruta—, una figura salió de la penumbra del quicio de la puerta, sosteniendo una pequeña lámpara de querosén. Era una mujer de edad indefinida, tal vez sesentona, con el rostro severo y los ojos casi ocultos por una bufanda que le rodeaba la cabeza. Su voz, sorprendentemente firme, lo saludó:

—¿Buscás refugio?

—Sí… vengo de la ruta y necesito pasar la noche. —La miró con una mezcla de alivio y desconfianza.

La mujer alzó la lámpara para observarlo mejor y, tras unos segundos de escrutinio, asintió.

—Pasa. Hay una habitación libre. Acá no solemos tener muchos visitantes.

Olivarius tragó saliva, recordando lo que vivió en otros sitios. La comparación con la hospitalidad de Punta Celeste le golpeó la mente, pero intentó mostrarse amable. Tomó la moto de la manija y la empujó hasta un rincón del patio, cerca de un cobertizo. Por dentro, lamentó la precariedad de una posada tan lúgubre. Espero no me pase nada raro esta noche, pensó, forzando una sonrisa a la mujer.

—¿Cómo se llama el pueblo? —preguntó, siguiendo a la posadera que abría paso con su lámpara.

—Dicen que se llamó San Milagro, aunque la gente lo bautizó de otro modo con los años. Hoy apenas somos unas cuantas familias. —Respondió en un tono casi monocorde.

Entraron a un corredor de paredes descascaradas. El farol de querosén proyectaba sombras temblorosas en el pasillo. Olivarius sintió un leve escalofrío. ¿Será la fatiga o hay algo peculiar aquí? No supo explicarlo, pero un murmullo recorrió su mente, como si algo invisible lo observara. Se reprendió a sí mismo: No hay que sugestionarse.

La mujer lo condujo a un cuarto con techo de madera, una cama de tablas y un colchón que crujía. Al fondo, una ventana sin cristales, cubierta por un trapo. Olivarius comprobó que, al abrir la puerta, el aire entraba con un silbido extraño, como el gemir de un flautín lejano. El sonido le resultó particularmente inquietante, mas no quiso mostrarse cobarde.

—Veinte pesos —dijo la posadera con su acento quebrado.

—Veinte… ¿no es muy poco? —replicó él, sorprendido por la tarifa ridícula.

—Lo que se puede pedir. Ya verás que no hay lujos. —La mujer dio media vuelta—. Si necesitás algo, golpeá la pared; mi cuarto está al fondo.

Una vez solo, Olivarius dejó la mochila a un costado de la cama, se sacó la chaqueta y la moto la había dejado afuera, rezando que no la robaran. Aunque dudaba que en este pueblo alguien se atreviera a hurtarla. ¿Quién usaría una moto en un sitio tan olvidado? Aun así, no estaba tranquilo. El olor a polvillo y a un incienso indefinible impregnaba el ambiente. Observó la ventana cubierta por un trapo sucio: a través de los agujeros, veía pequeñas luces que danzaban en la distancia. ¿Fuegos de algún basural? ¿linternas?

Trató de sacudir la cabeza. Se sentía físicamente cansado, pero su mente hervía. Recordaba la despedida de Marisol, la dulzura en la que se había envuelto, y ahora, en contraste, un lugar desangelado,

oscuro. El mundo cambia de rostro en cada parada, reflexionó, es como si alguien jugara con las capas de la realidad.

Intentó relajarse en la cama, mas la dureza del colchón y el rechinar de la madera se lo impedían. Afuera, el viento arrastraba polvo contra las paredes, produciendo un aullido suave. Olivarius cerró los ojos, intentando conciliar el sueño, pero un leve sonido, casi un arrullo, empezaba a resonar. No venía de las paredes; parecía emanar de algún rincón de la calle, como un canto apagado, rítmico, ininteligible.

Se incorporó, con el corazón agitado. ¿Será mi imaginación? Se acercó a la ventana, levantó apenas el trapo. La noche era cerrada, sin luna visible. Nada se distinguía con claridad. El sonido continuó, fluctuando entre un canto suave y un susurro de brisa. ¿Un ritual? ¿Gente rezando?

Sintió de pronto el vello de la nuca erizado, como si dos ojos invisibles le contemplaran. No hay nada… no hay nada, se dijo, intentando apaciguar su mente. Llevado por la curiosidad y la incomodidad, decidió que no podía quedarse en esa cama, con ese sonido indescifrable rondando su cabeza. Agarró la campera y salió con sigilo al pasillo.

El corredor estaba en penumbra, y percibió que la puerta de la posadera estaba cerrada, con un tenue resplandor por debajo. No voy a molestarla, pensó, con un escalofrío. Avanzó hacia la salida, esperando hallar el origen de ese susurro. Al empujar la puerta

principal, el aire frío le golpeó el rostro, y un golpecito de viento apagó la llama de un farol en la pared.

La calle se veía casi desierta. Las pocas luces que había parecían más débiles, y el murmullo persistía. Detrás de una casa, distinguió el leve resplandor de algo, como una hoguera diminuta.

Dio unos pasos con cautela, sintiendo el corazón a mil. ¿Qué estoy haciendo? Se reprochó. Podría ser un grupo de vecinos rezando, o jóvenes en alguna fogata. Pero en su fuero interno, algo le advertía que aquella no era una reunión normal. La mente de Olivarius, empapada de historias y leyendas rurales, se alimentaba de aquella penumbra con un temor reverente.

Dobló la esquina y… nada. Ni hoguera, ni gente, sólo un callejón que conducía a un terreno baldío. El murmullo, sin embargo, se hizo más claro, y ahora parecía un canto, como si varias voces repitieran una palabra que no alcanzaba a descifrar. De pronto, un relámpago lejano iluminó el cielo por un segundo, y Olivarius juró ver siluetas fantasmales al fondo del baldío. Parpadeó, convencido de que la luz de la tormenta jugaba con su imaginación. O fue real…

Cuando el parpadeo del relámpago se extinguió, no vio a nadie. El murmullo también cesó, como si la tormenta hubiera asustado a los supuestos cantores. Por un instante, pensó en el realismo mágico de ciertos relatos que había menospreciado en su juventud. ¿Y si la realidad tiene fisuras por donde se cuela lo sobrenatural? Se sintió

profundamente inquieto, pero también embargado por una curiosidad inmensa.

Decidió retroceder. Su corazón latía con tanta fuerza que sentía un hormigueo en las extremidades. Al volver a la posada, comprobó que la puerta estaba entreabierta. ¿Así la dejé? Pensó que quizá la posadera salió, o que la corriente de aire la empujó. Sin mediar más, empujó la hoja de madera y la cerró tras de sí.

Se apresuró a su habitación, donde el mismo murmullo se había extinguido. El único sonido era el raspar del viento contra el tejado. Se dejó caer en la cama, y tras unos minutos de respiración agitada, empezó a serenarse. Mañana debo irme de acá lo antes posible, se dijo. No porque el pueblo fuese hostil, sino porque había algo intangible que no encajaba con su estado de ánimo. O tal vez, se corrigió, tal vez sea el choque con esa otra Argentina que no se viste de cordialidad, sino de misterio y abandono.

Cerró los ojos, y el cansancio venció su inquietud. Justo antes de entregarse al sueño, recordó la suavidad de Marisol y su última mirada de ternura. Lo realista y mágico no siempre surge de rituales extraños —pensó—. A veces nace del amor sincero en medio de la pobreza, como en Punta Celeste. Otras veces, se manifiesta como una sombra en un baldío de un pueblo fantasma. Su mente se sumió en un duermevela lleno de imágenes difusas: la costa iluminada por un sol benévolo, y luego, siluetas que danzaban bajo una luna cruel. No supo distinguir lo onírico de lo real.

A la mañana siguiente, un par de gallos anunciaron el amanecer. Olivarius se despertó sobresaltado, con la mente confusa. La noche anterior casi le parecía un sueño. El receso de la tormenta que no llegó, el murmullo, las siluetas imaginadas. Salió a la calle, y el pueblo lucía desierto, como si ni un alma viviera ahí. Se preguntó si la posadera y esas pocas luces fueron fruto de su imaginación. Pero ahí estaba su moto en el patio, intacta, y la puerta cerrada de la posada. Se encogió de hombros: Bien, me voy. Sin formalidades, sin un adiós.

Condujo hasta la ruta, despidiéndose mentalmente de ese episodio. Tenía las emociones a flor de piel, un cosquilleo que mezclaba la nostalgia de Punta Celeste, la extrañeza de un nuevo tramo del viaje y la revelación de que el mundo guardaba aristas mágicas, o al menos incomprensibles para su razón.

Encendió la moto y avanzó, dejando atrás el caserío fantasma. Sentía que su inocencia, o el candor con que había visto la vida tras su paso por la aldea pesquera, empezaba a rozar algo más crudo, menos amable. Pero en su interior, una llama recién encendida de compasión y misterio destellaba. Quizá, pensó, la ruta ahora le mostraría episodios aún más ambiguos, donde la línea entre lo real y lo inexplicable se difuminaba. Y tal vez —caviló— esa es la metamorfosis que necesito: no negarme a la belleza, pero aceptar que el mundo también encierra sombras profundas.

Pisó el acelerador, y la moto rugió. El sol despuntaba en un cielo que no prometía ternura ni agresividad, sino una vastedad que iba más allá de cualquier deseo de control. Su travesía continuaba, y con ella, la sutil irrupción que pintaba la realidad con tonalidades insólitas, desafiando su antigua inocencia y abriendo la puerta a una aventura interior aún más profunda.

Parte IV

El horizonte se presentaba desdibujado por la inquietud del sol, mientras Olivarius rodaba por una ruta secundaria que se extendía en línea recta hasta perderse de vista. Los recuerdos de aquel pueblo inhóspito donde percibió susurros extraños la noche anterior aún danzaban en su mente. El contraste con la calidez de Punta Celeste era abrumador. Se notaba que su viaje había entrado en una nueva fase, donde la inocencia se topaba con realidades más ásperas y, a la vez, con pinceladas de lo inexplicable.

La vegetación se tornaba cada vez más escasa, dando paso a matas de yuyos achaparrados y tierras agrietadas por la sequía. Un calor pesado aplastaba el paisaje: ni un solo árbol asomaba para brindar sombra. Olivarius aminoró la velocidad al sentir un tirón en la moto, temiendo que la cadena o el embrague volvieran a hacer de las

suyas. Con un suspiro de alivio, comprobó que era solo el motor esforzándose en una pendiente suave pero larga.

En la monotonía de la ruta, su pensamiento se abismaba en reflexiones sobre el sentido de su travesía. Antes de Punta Celeste, todo parecía un descubrimiento gozoso de rostros amables y rutinas sencillas. Ahora, cada kilómetro le sugería que el mundo podía ser menos amable y, al mismo tiempo, más fascinante. ¿Realmente busco la belleza simple, o me sumerjo en la crudeza para encontrar una verdad aún más profunda? Se preguntaba, escuchando el esforzado ruido del motor como único acompañante.

De pronto, un bulto en la calzada lo hizo frenar de golpe. El chirrido de los frenos retumbó en sus oídos, y logró esquivar por centímetros lo que parecía un perro atropellado, ya sin vida, tendido en el asfalto. El corazón le palpitó con furia mientras mantenía el manubrio firme, deteniéndose a pocos metros de la escena. Dios, estuve cerca de un desastre, pensó, sintiendo un hormigueo de adrenalina.

Se bajó de la moto. El animal yacía con la mirada vacía, su pelaje sucio enmarañado de sangre. Nada más que un perro callejero, pero a Olivarius le resultó demoledor. Recordó la sencillez de las aldeas donde cada perro era parte de la familia. Aquí, en medio de la nada, esa criatura yacía ignorada por todos. La ruta no espera a nadie, se dijo, repitiendo una frase que una vez oyó de un camionero.

Con un escalofrío, decidió orillar el cuerpo para evitar que otros lo siguieran atropellando. Una tarea desagradable que emprendió con

tristeza y un dolor sutil en el cuerpo. Al arrastrarlo, notó que, pese al rigor de la muerte, todavía emanaba un leve calor. Debe de haber sido atropellado hace poco, pensó. Tras acomodarlo junto a la banquina, se quedó un instante contemplando el sol inclemente que, en cualquier momento, aceleraría la descomposición. La vida continuaba, implacable, como la ruta que se abría ante él.

Regresó a la moto, encendió el motor y prosiguió, con una punzada de pesadumbre por aquel animal. Ese gesto simple —mover el cadáver para evitar más desgracias— le dejó un regusto amargo y reflexivo: La ruta me exige convivir con la muerte, la fealdad y el peligro. ¿Es esta la otra cara del romanticismo que tanto idealicé?

Más adelante, un cartel medio borrado mencionaba “Parador La Esperanza: 5 km”. Tentado por la palabra “esperanza” —y cansado del sol—, Olivarius tomó ese desvío. El camino era de ripio, así que condujo con cautela para no patinar. La idea de encontrar una sombra, algo de agua fresca o un plato de comida le devolvió un ápice de optimismo.

Al cabo de unos minutos, distinguió una edificación baja, de techo oxidado, con un cartel grande donde se leía “La Esperanza”. Sin embargo, la estructura lucía abandonada a primera vista: ventanas rotas, un porche lleno de maleza. ¿Dónde está la esperanza aquí? Se preguntó, con la ironía asomando en su interior. Aun así, decidió acercarse. Los lugares aparentemente desiertos ya no le inspiraban tanta aprensión, no después de lo que había vivido la noche anterior.

Se bajó de la moto, recorrió con la mirada la fachada derruida. Aun con la luz intensa del mediodía, el interior se veía oscuro, sin rastro de movimiento. En la puerta de madera, un cartel colgaba torcido: “VUELVO EN 5 MIN.” Olivarius esbozó una mueca: ¿Algún residuo del pasado, un chiste, o alguien realmente atiende acá?

Se atrevió a entrar, empujando la puerta. Un rechinido largo acompañó su avance. El interior tenía un aire de bar antiguo: una barra polvorienta, mesas volcadas y sillas desvencijadas. El calor y el polvo formaban una neblina tenue. De pronto, en la penumbra, Olivarius creyó ver una silueta pasar al fondo, tras una puerta. Parpadeó, pero la figura se desvaneció.

—Hola… —llamó, con la voz algo trémula.

Ninguna respuesta. Solo el retumbo de su voz muriendo entre paredes descascaradas. Dio un paso más, y el suelo tembló. El silencio era tan denso que escuchaba su propia respiración. De nuevo, una ráfaga de viento agitó un vidrio roto y produjo un aullido sutil, igual que en aquel pueblo anterior. ¿Otra vez?, pensó.

Se acercó a la barra, advirtiendo botellas vacías y un vaso con restos de un líquido marrón cubierto de moscas. Seguramente, acá hubo gente hace no mucho, dedujo, pero ahora parece un lugar fantasma. Iba a marcharse cuando, en un rincón, descubrió un calendario desgastado colgado de un clavo, marcando un mes de hacía dos años. El tiempo se congeló en este parador, como si su dueño un día hubiera salido y nunca volvió.

Al dar media vuelta, su retina captó un destello sobre la barra: un pequeño frasco con etiqueta borrosa. Al mirarlo mejor, parecía contener caracoles o bichos marinos conservados en un líquido turbio. ¿Cómo llegaron ahí? Sintió un retorcijón de incomodidad, como si aquel frasco fuera un guiño siniestro a su nostalgia por la costa. Algo en su interior le gritaba que debía irse.

Justo entonces, percibió un rumor de pasos leves. Giró la cabeza y vio, en la penumbra de la sala contigua, la figura de una mujer de cabello largo y vestido blanco, mirándolo con una extraña fijeza. Su piel parecía pálida, casi traslúcida, y sus ojos oscuros. Cuando Olivarius juntó valor para hablar, la silueta se esfumó detrás de una pared. Un sudor frío le cubrió la frente. ¿Un espejismo, alguien real, o mera sugestión?

El cuerpo le estremeció con fuerza. Se acercó al umbral que separaba ambas habitaciones, tomo fuerzas y asomó la cabeza. Nada: solo un pasillo sumido en sombras. Fantasmas, o la crudeza de un abandono con delirios, pensó, nervioso. Decidió que su búsqueda de agua y sombra no valía semejante experiencia. Con pasos apresurados, salió al porche, sintiendo un alivio al reencontrar la luz y su moto. El aire libre le devolvió la cordura.

—No me vuelven a meter a la fuerza en otro pueblo así —exclamo, maldiciendo en voz baja.

Subió a la moto y arrancó, sin mirar atrás. No deseaba volver a ver esa silueta o ese lugar que parecía atrapado en un tiempo muerto.

Con el motor bramando, Olivarius siguió adelante, cada vez más consciente de que esta región no ofrecía la ternura ni la apertura que encontró en los primeros tramos de su viaje. Era como si se internara en un paisaje moralmente más árido, donde las anécdotas se teñían de abandono y extrañeza. “Tal vez mi inocencia se disuelva del todo,” pensó con un matiz de desaliento. Pero algo en su interior le indicó que no debía renunciar a la esperanza. “Punta Celeste existió,” se recordó, “y su luz me acompaña. No todo es feo o fantasmal.”

Eso no quitaba que la crudeza le doliera en carne viva. Había visto un perro muerto en la ruta, un parador en ruinas, y una posible aparición. Al margen de si era un truco de su percepción, la experiencia lo conmovía. Como si la realidad pudiera abrirse, y detrás hubiera capas inmateriales, historias olvidadas y seres que vagan en la penumbra. Un rastro de realismo mágico impregnaba la atmósfera, haciendo que su mirada se afilara con cada kilómetro.

Cuando el sol se desplomó, pintando el firmamento de un naranja insípido, Olivarius llegó a un entronque donde un cartel indicaba una población un poco mayor a unos quince kilómetros. Decidió que debía encaminarse allí y buscar algo menos siniestra que “La Esperanza”. No se daba el lujo de repetir la experiencia de la noche anterior en un pueblo fantasma.

Al cabo de media hora, divisó luces más consistentemente dispuestas: una avenida pavimentada, árboles alineados en la entrada y un letrero de bienvenida con el nombre “El Retiro”. Se

notaba que, a diferencia de los lugares anteriores, contaba con cierta infraestructura: farolas modernas, comercios con carteles de neón, incluso un par de autos estacionados. Sintió algo de alivio, como quien emerge de un laberinto a medio camino.

Buscó una posada en la avenida principal. Encontró un “Hostel El Retiro” en un edificio amarillo de dos plantas. Encendidas, las ventanas dejaban entrever actividad, tal vez turismo local. Olivarius sonrió al recordar su paso por Santa Aurelia y la hostería con Marisol, si bien la nostalgia le pesaba. Entró, se registró y pagó por adelantado un par de noches, deseando reponer fuerzas. Al subir a su cuarto, notó con placer que, al menos, tendría una cama decente y un baño con agua caliente.

Cenó un sánguche que compró en la recepción y se metió en la cama, notando la delicia de un colchón firme y sábanas limpias. En la oscuridad de la habitación, su mente repasó el día: la muerte del perro, el parador casi fantasmal, la visión de esa mujer difusa. Sintió que su espíritu se sacudía entre la ternura añorada y la dureza que se cernía sobre él en el camino.

—Tal vez el realismo mágico no está en sucesos espectaculares, sino en el modo en que me enfrento a lo cotidiano —imagino, con los ojos cerrados—. Cada hecho trae su propia mística, sea un perro atropellado o un pueblo abandonado. Pero debo asumir que no todo será simple y luminoso como Punta Celeste.

Le vino a la mente la imagen de Marisol, su sonrisa que parecía atraer toda la luz del mundo. Me hubiera gustado contarle estas peripecias, pensó, soltando un suspiro melancólico. Aun así, comprendió que ese anhelo era otra faceta del cambio interior que estaba experimentando. El romanticismo empedernido que lo impulsaba a creer en el amor puro se cruzaba con una realidad más cruda, exigiendo un nuevo equilibrio.

En mitad del duermevela, creyó escuchar un leve canto, como si viniera desde la calle. Abrió los ojos, se asomó por la ventana. Vio un par de jóvenes, quizá borrachos, tras un festejo, entonando una canción folclórica, de esas que le gustaban a Olivarius. Sintió un alivio: al menos esa explicación era clara, sin fantasmas ni extrañas apariciones. Sonrió, cerrando la ventana con la promesa de que mañana saldría a explorar El Retiro, esperando encontrar algo de calidez humana y un respiro en su exploración.

Con ese último pensamiento, el cansancio lo venció. Esa noche durmió sin susurros ominosos ni sensaciones tétricas. Pero su subconsciente le dibujó sueños llenos de paisajes superpuestos: Punta Celeste y su brisa suave, mezclada con el bar fantasma, el perro muerto, la mujer blanca tras la puerta, y al fondo, Marisol llamándolo por su nombre.

Despertó al alba con la firme convicción de que el viaje se tornaba más complejo. Su mirada evoluciona: antes veía encanto y pureza en cada parada; ahora descubría sombras y un halo mágico, entre

siniestro y maravilloso, que emergía al rasgar la superficie. Sintió un nuevo pálpito de determinación: si había de seguir rodando, no se echaría atrás ante la dureza ni el misterio. He probado la dulzura del amor sin ataduras y la soledad de un parador vacío, pensó, y ambas caras componen esta realidad que busco comprender. Con ese arranque de lucidez, se levantó, dispuesto a afrontar un día más en la ruta.

Parte V

El sol despuntó por el horizonte y filtró sus primeros rayos a través de la cortina ligera de la habitación en “El Retiro.” Olivarius se despertó con una mezcla de pereza y curiosidad, sin rastros del sofocante agobio que había sentido en el parador anterior. Miró alderredor: un cuarto modesto, pero ordenado, y aquel ruido lejanísimo de la calle que, aunque no bulliciosa, mostraba señales de vida más claras que en las últimas escalas de su viaje.

Se vistió con calma, revisando sus pertenencias: la libreta donde anotaba cada vivencia, la mochila que contenía apenas unas mudas de ropa y objetos imprescindibles para un viajero. Y, por supuesto, las reflexiones que se arremolinaban en su cabeza desde que partió de Punta Celeste el día 12. Ahora, tal vez en el día 13 o 14, la congoja ya no era tan punzante, pero seguía siendo un vaivén constante: el recuerdo de Marisol, la candidez del afecto que habían

compartido sin casi tocarse, y la sensación de estar adentrándose en una dimensión más enrarecida de la realidad.

Bajó a la pequeña recepción. Esperaba encontrar un café rápido y marcharse, sin mayor interacción. Sin embargo, para su sorpresa, el hostel ofrecía un desayuno de cortesía. Una mujer madura, con un delantal verde, lo recibió en un comedor estrecho pero iluminado por un ventanal que daba a un patio. Sonrió, invitándolo a sentarse en una de las mesitas.

—Buenos días. Tenemos pan casero, algo de manteca y mermelada de duraznos. ¿Te sirve?

—Perfecto —respondió Olivarius, agradecido de encontrar un ambiente tan diferente de la noche anterior.

Mientras untaba la mermelada en el pan tibio, sintió una calidez que le recordó cómo los pequeños placeres aún podían reconfortar, pese a todo lo extraño que había vivido. La mujer, que se llamaba Dorita, se acercó para charlar un poco:

—¿Te quedás mucho tiempo? —preguntó con una amabilidad diáfana.

—Quizá un día o dos. Estoy de paso, recorriendo el país.

—Ah, viajero. Bueno, acá en El Retiro no tenemos grandes atracciones turísticas, pero la gente es muy trabajadora. Si querés visitar la capilla antigua o la feria de artesanos, te va a gustar —sugirió, con un aire entusiasta.

Olivarius sonrió. Una feria de artesanos le sonaba más agradable que el lúgubre parador o las amenazas de pueblos semidesiertos. Tal vez sea una pausa para recuperar mi ánimo, pensó, apurando el café. Tenía ganas de salir a caminar, a ver de qué estaba hecho ese lugar que lucía, al menos, más hospitalario que el anterior.

Al pagar en la recepción, el hombre a cargo —un sujeto robusto con bigote cano— lo saludó:

—Me dijo Dorita que viajás mucho. Soy Clemente, el dueño.

—Sí, recorro sin plan fijo. Cada pueblo me enseña algo.

—Espero que El Retiro te traiga buenas impresiones —repuso Clemente—. A veces la gente pasa de largo; no saben que acá hay historias curiosas.

Olivarius percibió cierto brillo en los ojos del hostelero, como si guardara secretos. Se tentó a preguntar, a ver si la mágia o algún rasgo peculiar del lugar se asomaba. Mis pasos me llevan de la inocencia a la crudeza, y quizá este pueblo mezcle algo de ambos. Sin embargo, Clemente le sonrió a Dorita que aparecía con una bandeja de frutas, y se excusó para atender un teléfono. El viajero se encogió de hombros: si hay algo por descubrir, surgirá solo.

Se echó la mochila al hombro, decidió dejar la moto en el estacionamiento del hostel y se aventuró a pie por las calles. El trazado urbano mostraba una plaza central con algunos árboles grandes, que daban sombra a un par de bancos donde la gente se

sentaba a conversar. El bullicio era leve, mas el ambiente resultaba más vivo que en los últimos sitios: había un par de bicicleterías, una carnicería con un cartel vistoso, y una verdulería con estanterías improvisadas en la vereda.

Siguiendo las indicaciones de Dorita, llegó a la “feria de artesanos”, un puesto modesto en un terreno baldío a un costado de la plaza. Varias mesitas plegables exhibían tejidos, tallas de madera, pulseras de cuentas y utensilios de cocina hechos a mano. Olivarius se sorprendió al notar que, a pesar de la sencillez, todo emanaba una alegría discreta: la gente charlaba, reía, intercambiaba consejos sobre materiales.

Un artesano de rostro arrugado, con una boina, lo invitó a ver sus tallas: pequeñas figuras de seres mitológicos —gnomos, duendes, hadas—, talladas en troncos de árboles caídos. Al ver la curiosidad de Olivarius, el artesano comentó:

—Dicen que por acá deambulan espíritus del bosque, o que antes, en épocas de mis abuelos, se veían luces raras. Yo hago estos duendes para recordar que no todo es concreto y plástico.

—¿Creés en esas historias? —preguntó el viajero con un brillo de interés.

—Creer, no sé… Pero hay cosas que uno no se explica —contestó el artesano, encogiéndose de hombros—. A mí me gustan porque traen un poquito de magia a lo cotidiano.

Olivarius sintió un escalofrío familiar, acordándose de la noche anterior y las siluetas en el baldío. Tal vez haya un eco de algo mayor, un hilo invisible que une estos pueblos y su toque de irrealidad. Terminó comprando una pequeña figura de madera que representaba un duende con gorro puntiagudo. Se lo guardó en la mochila como un amuleto simbólico, un recuerdo de su tránsito por estos parajes donde la línea entre lo real y lo mágico se difuminaba cada vez más.

El atisbo de un suceso extraordinario

Mientras seguía recorriendo la feria, vio que un par de niños corrían con entusiasmo hasta una mujer que vendía pájaros de papel. Lo extraño era que, según la explicación de la vendedora, esos pájaros flotaban si se lanzaban al aire en un día sin viento. “¿Cómo es posible?” preguntaban los niños, fascinados. Al verlos, Olivarius se acercó, escéptico. La mujer, una anciana de cabellos blancos, le ofreció uno:

—Prueba. Hazlo volar.

Sin mucha fe, Olivarius lo arrojó al aire. El pájaro de papel planeó con gracia, como si se negase a caer en picada, batiendo las alas de celulosa en una danza insólita. Será la corriente térmica, pensó, intentando encontrar una explicación lógica. Sin embargo, no pudo evitar sentir un hormigueo en la espalda: era la misma corriente cálida que generaba espejismos en la ruta. Pero los niños reían y lo rodeaban, pidiéndole más lanzamientos. Por casi un minuto, el pájaro

de papel se mantuvo girando en un círculo amplio, antes de descender suavemente.

—Siempre hay un truco —murmuró Olivarius en voz baja, devolviendo el pájaro a la anciana. Ella le sonrió con picardía, aunque no aclaró nada. Me estoy convirtiendo en testigo de pequeñas “maravillas” que no se rigen por mi entendimiento, pensó, agradeciendo de nuevo ese soplo de magia en medio de su odisea.

Al atardecer, regresó al hostel. Sentía el corazón menos oprimido que por la mañana: el calor humano de la feria, las anécdotas, incluso la minúscula “levitación” del pájaro le habían devuelto cierta luz a su ánimo. Sin embargo, en su fuero interno, olía el trasfondo de una realidad más compleja: no todo era inocencia; la crudeza y el encanto convivían en cada recodo.

Se encontró con Clemente limpiando la entrada, y, por impulso, le contó lo de los pájaros de papel. El hombre se rió:

—Así es Doña Eustaquia. Tiene sus secretos. ¿Lo viste volar?

—Sí, fue raro. Pudo ser la brisa o una corriente térmica…

—Claro, todo tiene su explicación —respondió Clemente, aunque sus ojos parecían reflejar un matiz de complicidad—. Pero no le quites la magia a la gente. Este pueblo aprendió a querer sus pequeñas maravillas; no tenemos más que eso.

Luego de cenar un guiso en el comedor del hostel, Olivarius salió a la vereda. El cielo estaba limpio de nubes, la luna se dibujaba casi

redonda, y las estrellas asomaban en el negro profundo. Ese manto estelar le recordó las noches junto a la playa en Punta Celeste, mirando con Marisol el firmamento. Sintió de nuevo la punzada de la nostalgia, mezclada con gratitud. No estoy solo; llevo algo de ella y de ese lugar en mí, meditó. Aunque el mundo se muestre áspero, su recuerdo me da fuerzas para no caer en la desesperanza.

Mientras paseaba por la cuadra, vio pasar a la anciana de los pájaros de papel, la silueta frágil bajo la luz lunar, como un fantasma benévolo. La magia se hacía tangible: en cada sitio podía brotar un suceso mínimo, una chispa que trascendiera lo banal. Y él, con ojos receptivos, cada vez estaba más dispuesto a abrazar lo inexplicable sin forzar una lógica inmediata.

Con todo, no se libraba de la pregunta que lo atosigaba: ¿Hacia dónde conduce mi camino? El día 12 había marcado un quiebre: la despedida de Marisol, la persistencia de sus sentimientos, la convicción de que no pertenecía a una sola aldea ni a un solo paisaje. Sin embargo, la creciente irrupción de lo extraño y lo maravilloso en las últimas paradas indicaba que su viaje no solo era geográfico; también era un periplo interior, un develar de nuevas capas de sensibilidad y comprensión.

—Tal vez mi objetivo no sea llegar a un lugar físico —esbozo, recostado ya en la cama—, sino alcanzar un estado de conciencia donde pueda aceptar el amor sin cadenas y la dureza del mundo sin perder la fe.

Suspiró, girando para mirar por la ventana la silueta de la luna. Cuando Marisol me dijo que yo tenía un espíritu errante, tenía razón. Pero no se sentía culpable ahora, sino más responsable de su propia búsqueda. La pureza que anhelo no se destruye al enfrentar la crudeza; al contrario, se fortalece, encontrando belleza incluso en un pájaro de papel que flota o en el silencio de un parador fantasmal.

En la madrugada, soñó con campos infinitos atravesados por un sendero que centelleaba como polvo de estrellas. En el sueño, parecía caminar sin prisa, encontrando a su paso retazos de historias, rostros conocidos y desconocidos, una mano femenina que se difuminaba en la luz, y sombras que ofrecían llaves a puertas sin marco. Despertó sudoroso, con el corazón agitado, pero una paz indescriptible en el pecho.

—Esto apenas comienza —susurró en la penumbra—. Tengo todavía muchos días y kilómetros por delante. El mundo se me revela menos amable, pero más fascinante.

Sentía el corazón pleno de interrogantes, pero ya sin la urgencia de forzar respuestas.

Se quedó, así, contemplando la sombra de la noche, imaginando su futura travesía en la Patagonia, o quién sabe en qué otro confín. Aún tenía energía para continuar, pues recordaba las palabras de su editor reclamando un libro nuevo, y la sed personal de forjar un testimonio auténtico de la Argentina más recóndita. Y si el realismo

mágico roza mis días, mejor, pensó, porque escribiré desde la frontera entre lo humano y lo inexplicable.

Con la mente serena y el alma expectante, Olivarius se durmió sabiendo que al alba tomaría rumbo nuevamente al sur, adentrándose en el sexto capítulo de su travesía: un capítulo donde la crudeza y la belleza se entrelazarían con más fuerza, y donde su corazón aprendería a conciliar la melancolía de un amor dejado atrás con el latido incansable de quien no renuncia a buscar sentido en cada tramo de la ruta.

Capitulo 6 Parte I

El sol, encaramado en un cielo límpido, golpeaba con una fiereza casi impiadosa cuando Olivarius detuvo la moto junto a una curva leve de la ruta. Habían transcurrido ya varios días desde su última gran escala, y según sus cálculos, se hallaba cerca del día 22 de su odisea. El constante traqueteo del motor y la inclemencia del viento formaban parte de su cotidianidad. En la distancia, la tierra se extendía en una pampa infinita, sin un solo cerro que desafiara el horizonte: una planicie árida, salpicada de matas duras que apenas sobrevivían a la sequía.

Olvidado de la suavidad que encontró en ciertos pueblos, ahora lo invadía la impresión de que cada kilómetro recorría un vacío más profundo. El asfalto, con parches y grietas, reflejaba un calor ondulante que distorsionaba la vista. Olivarius apagó la moto unos

instantes para rellenar la cantimplora con lo poco de agua fresca que le quedaba en el termo. Aquel manantial de ternura que alguna vez sintió se trocaba en un presente incierto, y sin embargo, su mente seguía evocando la magia sutil de encuentros pasados.

Había decidido no trazar un itinerario preciso: la única meta nominal era seguir rumbo al sur, hacia Ushuaia, pero sin apurar los pasos. O, en este caso, las ruedas. Cada día lo sumergía en un matiz distinto de la geografía nacional, y no siempre los colores eran amables. Pensó con añoranza en las paradas más agradables, en la hospitalidad de gente sencilla. Ahora, en este intermedio, la ruta se mostraba más cruel: escasez de sombra, postes de luz distantes entre sí, y el rumor constante de un viento que amenazaba con tumbar su moto si no conducía con precaución.

—Es una prueba más —se dijo en voz baja, regresando a la banquina para arrancar el motor—. He de seguir, aunque la dureza sea cada vez más evidente.

Con cada par de kilómetros, una voz interior —una especie de conciencia crítica— le repetía: “Aquí casi no hay pueblos, apenas comisarías perdidas, gente que vive sin agua potable ni acceso a medicina cercana. ¿Dónde está la modernidad de la que tantos políticos se jactan?” Desde que partió, veía la misma escena repetida en sus diversas escalas: rutas mal mantenidas, estaciones de servicio clausuradas o sin combustible, postes de teléfono oxidados que no

recibían señal alguna. Una Argentina interior cargada de abandono, en la que sobrevivir requería ingenio y solidaridad informal.

Lo más llamativo era cómo la gente, pese a ello, seguía adelante, a veces con un temple envidiable, a veces con la tristeza pintada en los ojos. “Las grandes promesas no nos alcanzan,” había oído decir a un puestero, días atrás. “El humo de la modernidad se queda en la tele.” Olivarius se preguntaba si su búsqueda no lo conduciría a un inevitable choque con la realidad: quizá escribir un libro no cambie nada, pero al menos quisiera darle voz a quienes la tienen silenciada, se consolaba.

El calor, que arrecia conforme avanza la mañana, le hizo reducir la velocidad. De pronto, notó un bulto a un costado de la carretera, inmóvil. Al acercarse, reconoció la silueta de un hombre sentado en la arcilla reseca, con la cabeza gacha. A Olivarius se le aceleró el pulso: ¿Un accidente? ¿Está herido o desvanecido por insolación? Decidió frenar con cuidado, aparcando la moto a un par de metros.

Bajó con la chaqueta empapada de sudor y el casco en la mano, aproximándose al sujeto con cautela. Era un hombre joven, quizá de veintitantos años, con ropas sucias de tierra y rasgones. Parecía atemorizado más que inconsciente. Al oír los pasos, alzó la mirada con sobresalto. Tenía los ojos inyectados de cansancio, y un temblor en la comisura de los labios.

—¿Estás bien? —preguntó Olivarius, ofreciendo su cantimplora. El joven negó con la cabeza al principio, pero luego tomó un trago corto de agua.

Tras unos minutos de intercambiar balbuceos, Olivarius supo que se llamaba Iván y que llevaba un par de días caminando por la ruta, tras “un problema en su rancho,” que no quiso detallar. El viajero no insistió: La historia de cada uno es suya, pensó con compasión. Iván parecía huir de algo, o buscar refugio en un lugar menos hostil.

—Te llevo hasta donde alcance la moto —dijo Olivarius, intentando animarlo—. Al menos podremos salir de este tramo desolado.

—Gracias. Pensé que no lo contaba… —balbuceo Iván, con un leve sollozo incontrolable.

Así, con un lazo improvisado, ajustaron la mochila de Iván y partieron. El calor se sentía pesado, pero la adrenalina de rescatar a alguien inyectaba a Olivarius una renovada fortaleza. Se sorprendió de su propia acción: si en otro tiempo se mostró temeroso o tímido, la ruta lo había endurecido y a la vez sensibilizado. Recordó la anécdota con Noelia, y pensó que quizá se había convertido en un extraño guardián para almas errantes.

A medida que avanzaban, sintió algo distinto en el aire. El horizonte parecía retorcerse en una distorsión luminosa, como cuando el calor crea espejismos. Pero esta vez, Olivarius juró ver figuras vagamente humanas flotando un instante, para desvanecerse. ¿Reflejos de la luz, alucinaciones por la fatiga, o algo más? Apresuró la marcha, sin

comentar nada a Iván, quien se aferraba a su espalda con un silencio febril.

Hubo un instante en que la distorsión pareció adquirir forma de una caravana de gente, como si en la bruma se proyectara una escena de otros tiempos. Luego, parpadeó y ya no estaba. ¿Sería un eco histórico, un grupo de viajeros de antaño, o puro efecto óptico? Sintió una vibración en el pecho: la sensación de que la realidad ya no se reducía a lo tangible. Una vez más, la imaginación y lo imposible se mezclaban, recordándole que la ruta no solo era inhóspita sino, a su modo, mística.

Finalmente, después de casi media hora con Iván a cuestas, divisaron un letrero que anunciaba un puesto de Gendarmería y un par de casas más adelante. Parecía más un puesto de control que un pueblo, pero al menos prometía un techo y agua. La moto tosió un poco al frenar, pero aguantó. Iván bajó con las piernas entumecidas y los ojos vidriosos.

—Ahí, tal vez te ayuden —propuso Olivarius, señalando la edificación de bloques con una garita. El joven asintió, con un hilo de esperanza. Se acercaron a la entrada, donde un gendarme medio dormido, salió a recibirlos. Al ver el estado de Iván, no hizo demasiadas preguntas; le ofreció una banqueta a la sombra y un vaso de agua, mientras pedía por radio si había ambulancia en la zona. Probablemente tardaría horas, o no llegaría, pero el simple hecho de encontrar un uniformado implicaba una leve garantía de auxilio.

Olivarius sintió un alivio parcial: Al menos no quedará vagando en la nada. Se despidió de Iván con un apretón de manos y un “cuidate, ojalá resolvas tus problemas.” El muchacho, con un hilo de voz, le dio las gracias y no añadió más.

Mientras se alejaba, Olivarius hizo un alto en un costado. El viento sonaba con fuerza, levantando polvillo fino que se le metía en los ojos. Cerró los párpados un segundo y pensó: ¿Cuántas historias como la de Iván, Noelia o Efraín se apilan en esta ruta? Cientos, miles. Personas obligadas a moverse, o a permanecer atrapadas. El mundo giraba, y en las ciudades se discutía sobre macroeconomía, mientras, en estas latitudes, un vaso de agua o un lugar donde recostarse podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Recordó la idea de la modernidad: un progreso centralizado, un espejismo que no penetra la espesura de la periferia. ¿No era acaso un realismo mágico el que mantenía a flote a estas comunidades, con su mezcla de fe, solidaridad improvisada y leyendas que explican lo inexplicable? A veces pienso que la magia no es sino la forma de sobrellevar la miseria y la indiferencia., se dijo, con un sabor amargo. Y al mismo tiempo, sentía que esa magia era real, una vibración profunda que manifestaba lo inefable.

Atardecer del día 25

El sol empezaba a declinar, tiñendo el horizonte de un tono rojizo que hacía parecer la estepa un fuego vivo. Olivarius, con el motor ya ronco, apuntó a un poblado que un gendarme le había mencionado:

“A unos quince kilómetros hay un lugar llamado Los Sauces, con un par de hostales.” Sonaba mejor que dormir en la intemperie. Aceleró, sintiendo cómo la moto respondía con la última gota de determinación.

En el trayecto, la penumbra fue cubriendo el cielo, y el viajero se sintió saturado de sensaciones. Cada rescate, cada encuentro, cada atisbo de lo mágico entre la crudeza lo transformaba. No era el mismo hombre que partió con ansia de aventuras. Ahora cargaba la herida de ver la miseria y el olvido, pero también la certidumbre de que algo sobrenatural, o al menos poético, se filtra en cada rendija. Tal vez mi misión es reconciliar la dureza con la belleza, la melancolía con la esperanza, pensó, notando su corazón latir más pausado.

Lejos quedaba la inocencia de Punta Celeste, mas no su recuerdo. Esa llama de ternura sin ataduras lo impulsaba a no rendirse a la desesperanza. Y en las apariciones fugaces, en las bandadas que se difuminaban en el aire, en el canto del viento que se asemejaba a un llanto ancestral, hallaba una cálida mágia que no era un mero ornamento literario, sino el pulso genuino de una tierra inmensa y olvidada. Un pulso que, lejos de anclarlo en la tristeza, le concedía la libertad de ver más allá de la superficie.

Alzando la vista, distinguió unas luces dispersas: debía ser Los Sauces. La moto respondió con un suspiro de alivio, alzando polvo tras su paso. Y Olivarius, en la penumbra del anochecer, esbozó una

sonrisa tenue: seguía su travesía, con la certeza de que en cada recodo del camino podía hallar tanto la crudeza más áspera como la maravilla más insospechada. Acababa el día 25, pero su viaje continuaba, abriendo la puerta a más partes en los que la soledad, la solidaridad y lo inexplicable se confabularían para darle un sentido que ni él mismo aún vislumbraba por completo.

Parte II

El paisaje se había vuelto cada vez más desolado, con médanos bajos y ralos arbustos que apenas sobrevivían al viento gélido y constante. A ratos, la ruta mostraba un desvío que conducía a un caserío olvidado; en otras ocasiones, el asfalto seguía recto sin señales de vida. Ahora, en el día 25 de su odisea, sentía que cada kilómetro lo adentraba más en la Patagonia profunda, ese confín que parecía prometer verdades ásperas y, al mismo tiempo, una belleza sobrecogedora.

El viento castigaba la moto, empujándola de costado. Olivarius, con los hombros tensos y la espalda agarrotada, luchaba por mantenerse en la trazada correcta. En un alto, se detuvo en la banquina para verificar la cadena y beber agua. Al descender, notó cómo el terreno se estiraba en una llanura casi uniforme, sin más que un par de cerros difusos a la distancia. El silencio tenía un matiz de vacío casi metafísico. Un espasmo le recorrió su espalda: Aquí, cualquiera se siente minúsculo, pensó.

Se recordó a sí mismo, el día que salió de Buenos Aires, imaginando aventuras pintorescas, aldeas con historias encantadoras y romances leves que nutrirían su diario. Lo que había hallado superaba sus fantasías: escenarios que destilaban crudeza y un cierto halo mágico, a veces perturbador y a veces conmovedor, como si la misma tierra guardara secretos inmemoriales. Tal vez este sea el verdadero pulso del país que buscaba, se dijo, atando su cantimplora a la moto para no olvidarla.

Reanudó la marcha. A poca distancia, su atención se vio atrapada por un grupo de vacas que vagaban cerca de la ruta sin pastor ni cercado. Olivarius aminoró la velocidad, temiendo un accidente. En la experiencia de otros viajeros, sabía que un choque con ganado puede ser letal en estas rutas solitarias. Se preguntó si habría un puestero o estanciero responsable de ellas.

Una vaca en particular se adelantó, provocando un viraje brusco de Olivarius para evitarla. Logró esquivarla, mas el corazón se le saltó. Qué frágil es nuestra seguridad, pensó, recordando cuántas historias de choques graves había oído. Y, sin embargo, sintió una curiosa admiración por aquella escena: los animales, libres, sin cercas, vagando por una tierra que parecía negar la propiedad absoluta. Un poco de esa impronta real, que nos conecta con lo salvaje y lo humano, reflexionó, notando la belleza de su pelaje contra un cielo casi metálico.

Finalmente, avistó una construcción baja con un letrero desvaído: “Rancho Don Miguel — Venta de víveres”. Al aproximarse, notó un corral abandonado y una sucesión de postes rotos. El lugar daba la impresión de estar a medio habitar. Olivarius se detuvo con cautela, esperando ver a alguien. Después de unos segundos, oyó ladridos y vio salir a un perro flaco, que lo miró con curiosidad más que con fiereza.

—Hola —dijo en voz alta, quitándose el casco con gesto de cansancio.

—¿Necesitás algo? —repuso una voz grave. Desde detrás de una puerta de madera medio suelta, asomó un hombre de tez curtida, quizá en la cincuentena. Llevaba sombrero de ala ancha y una camisa remendada.

Olivarius se acercó despacio, levantando las manos en señal de no representar peligro.

—Busco agua y si venden algo para comer. Estoy en la ruta desde hace rato.

—Agua hay, comida… un poco de pan duro y sardinas en lata. Algo de arroz también. Pasá.

El rancho resultó ser un cuartucho amplio, con un mostrador y un par de mesitas carcomidas por el tiempo. Un ventilador roto colgaba del techo sin girar. El hombre, que dijo llamarse Miguel, le ofreció un asiento y sacó de un estante un par de latas cubiertas de óxido.

—Hace tiempo que no recibo mercadería nueva. Los camiones no pasan seguido. Esto es lo que queda —explicó, rascándose la barbilla.

Olivarius sintió resentimiento en su mente al imaginar cuán desatendidos vivían ahí. La modernidad no llega más que por promesas de pavimentar o poner postes de luz, y ni eso se cumple. Le compró una lata de sardinas y un poco de arroz, aunque temía su estado. También aceptó un vaso de agua que, para su alivio, resultó fresca, sacada de un pozo interno.

Mientras comía con desgana —sin cocinar el arroz, simplemente masticando la sardina y el pan duro—, Miguel se sentó enfrente, mirándolo con una mezcla de curiosidad y escepticismo.

—¿Qué te empuja a venir por estos lares?

—Busco entender el país, escribir un libro… —respondió Olivarius, encogiendo los hombros—. Ver realidades distintas.

El hombre sonrió con sarcasmo.

—Realidades, sí, acá hay de todo menos comodidades. El Estado no aparece, los camiones no quieren desviarse, y si enfermás, rezale a lo que creas.

Olivarius recordó el testimonio de varias personas y otros tantos mas. Sus dudas sobre la utilidad de la modernidad crecían. ¿De qué sirve un discurso de desarrollo si estos pobladores siguen olvidados? Al mismo tiempo, sintió que la gente, aunque ruda, no se apagaba

del todo. Miguel, con todo su hartazgo, le ofrecía agua y un lugar para sentarse.

—¿Hace cuántos años vivís acá? —inquirió Olivarius.

—Toda mi vida. Nací en este rancho, mi padre vendía carne salada a viajeros. Ahora hay menos gente que viaje, las rutas grandes desviaron el tráfico.

El tono seco transmitía más resignación que furia. El perro flaco se acercó olisqueando las botas de Olivarius, quien le pasó la mano con ternura. Miguel observó la escena y soltó un suspiro: “A veces pienso irme a la ciudad, pero ya estoy viejo pa’ eso.”

De pronto, una ráfaga entró por la puerta, levantando polvo y provocando un silbido que resonó en cada rendija del rancho. Fue un sonido agudo, casi semejante a un gemido. Al escucharlo, Miguel apretó los labios, y Olivarius tuvo un nuevo escalofrío. Aquella ráfaga repentina y su sibilo evocaban los rastros que lo habían perseguido en su viaje, como si el viento, en complicidad con el vacío estatal, tejiera historias incomprensibles. Es como si la naturaleza susurrara la desolación que sufre esta gente, pensó.

El perro levantó las orejas y se echó a ladrar contra el aire, sin que hubiera nada visible que motivara tal reacción. Miguel comentó, lacónico: “A veces sopla el Viento del Dolor, le dicen unos viejos; trae lamentos de quienes se fueron y no volvieron.” Olivarius comprendió que la explicación podía ser una leyenda local, un consuelo o una simple superstición, pero no le pareció inverosímil. Sentía que esa

brisa se cargaba de una energía particular, como si la mística del lugar se conjugara con la realidad inclemente.

Tras medio plato de arroz medio crudo y su sardina, Olivarius sintió que no podía prolongar más su permanencia. Se levantó y pagó, dejando algo extra. El hombre alzó una ceja:

—Me diste demasiado.

—Lo considero un pequeño gesto. Y gracias por el agua.

Miguel se lo guardó sin protestar, con un balbuceo de aceptación. Mientras salía, Olivarius sintió otra ráfaga que agitaba las tablillas del techo, y por un instante creyó oír, en ese chirrido, una risa sutil o un gemido. El viento del Dolor o la carcajada de una fuerza más grande, se dijo, confundido.

En la puerta, el perro lo siguió, moviendo la cola con una obediencia inesperada. Parecía encariñado con el forastero. Olivarius se agachó para acariciarlo, sorprendido de la mansedumbre del animal.

—Si querés, llévatelo; acá no hay mucho para darle —bromeó Miguel, con un aire resignado. Olivarius no supo si lo decía en serio. Sentía lástima, pero tampoco estaba en condiciones de cuidar un perro en su moto, atravesando caminos inciertos. Con un pesar en el cuerpo, negó con la cabeza. El perro se quedó ahí, mirando la moto que se alejaba.

Cuando el rancho quedó atrás, la ruta volvió a imponerse con su sol implacable. Olivarius conducía con el corazón oprimido, pensando en

la escena del perro flaco, el cansancio de Miguel, el viento que gemía. Cada lugar me enseña algo nuevo, o me recuerda la soledad que recorre este país.

Pese a esa dureza, el viajero percibía de forma creciente un aspecto intangible, casi onírico, en cada experiencia. No se trataba de simples penurias, sino de un trasfondo simbólico. Las vacas libres sin pastor, el rancho polvoriento y el perro abandonado, el ruido del viento que parecía un canto lastimero… Todo componía un lienzo de resistencia en el que la modernidad no calzaba. Quizás no se trate de una conspiración, sino de la naturaleza misma de estos parajes, donde lo visible y lo invisible se mezclan, reflexionó.

Continuó conduciendo hasta que el cansancio volvió a acosarlo. El sol, tan despiadado al mediodía, se tornaba ahora un disco naranja que caía en el horizonte. El día 25 del viaje se escurría entre el polvo y los pensamientos de Olivarius. He avanzado mucho geográficamente, pero la travesía interior me parece aún más vasta. Recalcó para sí la necesidad de encontrar un albergue antes de que la noche cerrara por completo. No quería repetir la experiencia angustiosa de la penumbra solitaria.

Conforme las sombras se alargaban, divisó una tenue hilera de luces a lo lejos, quizá un pueblo o un puesto de Gendarmería, no estaba seguro. Ajustó el acelerador, alentado por esa promesa de descanso. Con el viento silbando en sus oídos y el recuerdo del rancho de Miguel todavía fresco, cerró los ojos un segundo (solo lo suficiente

para no perder la guía) y pensó: La magia no es un invento; es la realidad cuando se quiebra la capa de costumbre. Todo lo que veo, cada encuentro, cada viento susurrante, me sacude, confirmándome que hay un hálito de misterio que recorre la tierra.

Abrió los ojos con determinación y se adentró en las últimas luces del día, asumiendo que su viaje había alcanzado un punto de inflexión: ya no era el mismo forastero ilusionado con la ternura de un romance utópico ni el ingenuo que pensaba que la bondad del mundo bastaba para paliar los olvidos del Estado. Ahora era un peregrino más hondo, que aceptaba el dolor y la magia como caras de una misma verdad. La penumbra del ocaso lo acogía con su silencio, y él, sin dudar, siguió adelante, dispuesto a afrontar la crudeza de la noche y las sorpresas que la ruta le deparara.

Parte III

Bajó la pata de la moto con un chasquido cansino. Al fin había llegado a Los Sauces después de un día extenuante en la ruta. El sol,

ya oculto tras el horizonte, dejaba el cielo teñido de un morado sombrío, mientras las pocas farolas de la calle principal apenas lograban teñir de luz amarillenta las fachadas mal pintadas. Olivarius recordó la recomendación de un gendarme: “Es un pueblito tranquilo, algo dejado de la mano de Dios, pero al menos hay un par de hostales.” Confiaba en hallar un techo y, más que nada, un espacio para sumirse en sus reflexiones.

Tras recorrer dos manzanas, dio con un letrero colgante: “Hospedaje Los Sauces.” El nombre, aunque sencillo, prometía cierta coherencia con el lugar. A un costado, unos árboles altos y retorcidos se mecían con el viento nocturno, proyectando siluetas sobre la acera. Olivarius se aproximó, apagó el motor y se desabrochó la chaqueta, sintiendo el contraste entre el calor residual del día y la brisa nocturna, que traía una caricia helada.

Empujó la puerta de vidrio, que se movió con un chirrido. En el interior, un pequeño recibidor con un mostrador de madera lo recibió, vacío de gente. Tocó un timbre plateado:

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Unos pasos amortiguados se acercaron, y emergió de una cortina azul una mujer de mediana edad, con el cabello recogido en un moño simple. Le sonrió con gesto amable, no exento de un ligero cansancio:

—Bienvenido. ¿Buscás habitación?

—Sí… algo para pasar la noche.

La mujer sacó un cuaderno viejo, revisó la disponibilidad y le dio un precio casi simbólico. En estos lugares, el dinero no abunda y los viajeros tampoco, pensó Olivarius. Le pagó sin discutir, anotó su nombre en el registro y recibió una llave de metal con un llavero en forma de hoja de sauce.

La habitación resultó un modesto rectángulo: una cama con sábanas de aspecto limpio, una mesita de noche y un perchero desvencijado. Aun así, era más que suficiente para una noche. A Olivarius le complace la sencillez cuando no rezuma abandono. Dejó su mochila a los pies de la cama, notando que la fatiga del día pesaba sobre sus hombros.

Luego de asearse en un baño compartido —una experiencia entre lo rústico y lo práctico—, decidió que necesitaba poner en orden sus ideas en el diario. Hace días que no vuelco nada extenso, y todo lo vivido empieza a arremolinarse en mi mente, se dijo, abriendo la libreta con la pluma en mano, sentado en la orilla de la cama.

Entrada de diario (fragmento 1)

Día 26 (o 27, ya perdí la cuenta exacta).

El sol y el viento son mis compañeros más constantes, mientras la gente aparece como paréntesis de humanidad en este desierto. Hoy

recogí a un muchacho llamado Iván, deshidratado en la ruta. Aún no sé qué demonios lo perseguía, pero lo dejé en manos de la Gendarmería. No pude hacer más.

La crudeza de estos parajes se hace tangible: animales sueltos, caminos maltrechos, pueblos minúsculos donde las personas viven en un limbo entre la esperanza y el abandono oficial. A ratos, me cuesta creer que en Buenos Aires la gente discuta las últimas modas tecnológicas, mientras aquí, tener agua potable es un milagro.

Y, sin embargo, hay algo que late en el viento: he visto bandadas que se difuminan como fantasmas, escuché el aullido de un aire que parecía encerrar lamentos ancestrales. ¿Son delirios de mi cansancio, o señales de un realismo mágico que se cuela en las fisuras de la realidad? A veces temo estar cayendo en la locura; otras, siento que es la cordura del mundo la que está en tela de juicio.

Respiró hondo, apoyando la birome en su rodilla un segundo, antes de continuar. ¿Será que mi mente mezcla lo sórdido y lo místico en una misma percepción? Suspiró, agregando una última línea:

No sé cuál es mi próxima parada, ni qué me depara el viaje. Tal vez no importe el destino: lo esencial es este sentido íntimo, esta búsqueda de algo que me reconcilie con la humanidad y con la tierra.

El estómago gruñó, recordándole que el almuerzo fue apenas un bocado de pan y sardinas con arroz crudo. Salió de la habitación en busca de algo para comer. En la recepción, la mujer le explicó que el hostal no ofrecía comidas, pero a media cuadra había una tiendita donde vendían empanadas, si llegaba antes de que cerraran.

Avanzó por la acera semioscura hasta la tienda, un local pequeño con un ventanal iluminado por un tubo fluorescente. Al entrar, un aroma a masa y carne condimentada lo reconfortó de inmediato. Un hombre regordete, de rostro bonachón, le vendió seis empanadas recién sacadas del horno. Olivarius compró una gaseosa también, previendo un manjar sencillo pero sustancioso. Al no ver mesas, pidió si podía comer ahí mismo:

—Mirá, tengo un banco en la parte de atrás. Adelante.

Tras la puerta posterior, halló un espacio con un par de sillas viejas y un banco apoyado en la pared. Se sentó, aliviado, y se dispuso a devorar la cena con apetito. El tendero, que se presentó como Andrada, comenzó a charlar de cosas cotidianas: el clima rudo, los camiones que casi no pasaban, y una cierta leyenda que corría por el pueblo.

Andrada comentó algo que despertó en Olivarius una chispa de curiosidad:

—Dicen que, a veces, por la noche, la gente escucha un canto lejano cerca de los sauces viejos. Como un coro suave y triste. Mi abuelo aseguraba que eran almas que no pudieron seguir su camino.

—¿Vos lo escuchaste alguna vez? —preguntó el viajero, intrigado.

—No exactamente… o, si lo hice, lo atribuí al viento. Pero mi padre juraba que, cuando se acercaba, sólo veía los árboles meciéndose. Ni una persona. —El tendero sonrió con timidez—. Cosas del lugar, viste.

Olivares sintió un hilo conductor. Otra pieza de realismo mágico que encajaba en el rompecabezas de su itinerario. El viento que cantaba lamentos, los sauces que cantan… Era como una marca de las experiencias pasadas, donde algo inexplicable surgía en un punto intermedio entre la realidad y la imaginación. Se le ocurrió, momentáneamente, buscar esos árboles y escuchar por sí mismo. Pero también siento cansancio. No quiero exponerme a un delirio si estoy exhausto, decidió.

Pagó a Andrada y volvió con las empanadas en la mano. El hostel ya lucía más silencioso, y la mujer de recepción simplemente le sonrió al pasar. Subió a su cuarto, donde el ventilador de techo giraba con un zumbido constante, algo hipnótico. Se sentó en la cama, devorando las empanadas con avidez. La vida se reduce a esto: un techo, comida, y la promesa de seguir adelante, pensó, con una mezcla de gratitud y soledad.

Antes de dormir, abrió de nuevo la libreta, sintiendo la necesidad de registrar la anécdota del canto en los sauces.

“Empanadas en Los Sauces. Me cuentan que hay un canto nocturno cerca de los árboles, supuestamente espíritus que no descansan. ¿Será otro espejismo sonoro, como el viento del Dolor que escuché días atrás? Me pregunto si la soledad de estos lugares y la desatención oficial no generan un caldo para que la mente proyecte presencias, voces. O tal vez esas voces existen de verdad, un canto primordial… No descarto nada. Me cansé de pretender certezas.

A veces, temo que estoy rozando la locura. Cada día me topo con gente que padece injusticias concretas —falta de agua, carencias médicas, caminos destruidos—, pero en paralelo, presencio fenómenos que no encajan en la lógica común. Quizá mi viaje sea eso: una convergencia de lo crudo y lo místico. Ojalá tenga la cordura suficiente para escribirlo con honestidad.

Releyó lo que escribió, sintiendo un ligero temblor en sus manos. ¿Y si en realidad me adentro en algo que ya escapa a la cordura? Cerró los ojos. Visualizó el rostro de Marisol en Punta Celeste, y ello le dio una calma efímera. El amor puro que viví allí me ancla a la esperanza, me evita caer en el cinismo o la desesperación., se dijo. Tomó aire y añadió una última frase:

“Seguiré. Como un náufrago en busca de una orilla, uso mi cuaderno de salvavidas. La modernidad no me rescata; el misterio, en cambio, me invita a persistir.”

Apagó la luz, mas el ventilador continuó su vaivén incesante. El cansancio lo instó a acostarse. Permaneció un rato, con la mirada clavada en el techo, pensando en la jornada: el rescate de Iván, el encuentro con Andrada, la leyenda de los sauces cantores. Si tuviera más fuerza hoy, saldría a buscar ese coro de almas. Pero ya no me da el cuerpo., reflexionó, sintiendo que el sueño lo reclamaba.

Cerró los ojos, y en esa frontera entre la vigilia y el descanso, escuchó un zumbido tenue, distinto del ventilador. Como una melodia lejana, un rumor indefinido que se alargaba. ¿Serán esos supuestos cantos?, pensó, levantándose a medias en la cama. El zumbido se transformó en un bullicio sordo que se confundía con el ruido del motor eléctrico. Probablemente nada, o un simple producto de su exhausta imaginación.

Decidió ignorarlo, hundiéndose en el lecho. El día cerraba con un hondo suspiro, su mente sobrecargada de imágenes: la ruta árida, la mirada de Iván, el chirrido de unas siluetas volátiles que se difuminan con la reverberación del calor, y la anécdota del canto en los sauces. Se durmió, pensando: “La crudeza se me hace cada vez

más clara, pero a la vez, algo mágico me alimenta. Ojalá siga con la mente abierta y el corazón firme.”

Mientras el ventilador arrullaba su sueño, la noche se cernía sobre Los Sauces con un silencio estrellado. Allá afuera, quizás, se mecían los árboles recordando leyendas, y en el interior de su cuarto, Olivarius conciliaba un reposo inquieto. Sabía que, al alba, emprendería la marcha hacia parajes todavía más inhóspitos, mientras la llama de lo maravilloso, mezclada con la crudeza del camino, seguía marcando la ruta de su transformación personal.

Parte IV

El cielo mostraba un matiz grisáceo, preludio de un atardecer que amenazaba con desembocar en la penumbra antes de tiempo. El viento arrastraba un aroma fino, cubriendo la ruta con un velo ocre que difuminaba la línea del horizonte. Olivarius, desde la moto, distinguió a lo lejos un puñado de casas desperdigadas, apenas visibles entre la bruma rojiza. Aunque llevaba varias horas de marcha, decidió acercarse a ese villorrio, esperando encontrar algo más que un refugio precario.

Las pocas construcciones se apiñaban en torno a lo que parecía una plaza desolada, sin árboles ni bancas. El ruido del motor retumbó con un eco extraño en las fachadas despintadas, y por un instante, tuvo la sensación de estar violando un silencio sagrado. Se detuvo junto a un poste de alumbrado, carcomido por la intemperie, y apagó la moto. Sintió un alivio momentáneo en los brazos y la espalda, agotados por la travesía.

Con pasos cautelosos, se acercó a una casa cuyas ventanas mostraban luces mortecinas. Empujó la puerta, pero la encontró cerrada. El silencio reinante lo llevó a recorrer la cuadra en busca de algún cartel: después de unos metros, descubrió un viejo rótulo con letras desgastadas: “Cantina – Mercancías varias.”

Dentro, la penumbra reinaba, solo rota por un par de lámparas de luz amarillenta. Un olor a viejo y aceite rancio lo envolvió, mientras sus ojos se iban adaptando. Mesas dispersas sin comensales, y un mostrador donde un hombre robusto, casi calvo, limpiaba un vaso con gesto maquinal. Al sentir los pasos de Olivarius, levantó la mirada sin demasiado interés.

—¿Algo para tomar o comer? —preguntó el cantinero, con voz ronca.

—Algo de comida… y un lugar donde quedarme. ¿Habrá uno en este pueblo?

—Hay un local donde a veces reciben viajeros, si es que el dueño no salió a cazar. —El cantinero levantaba los hombros—. Puedo calentarte un guiso o darte unas latas, como quieras.

Olivarius pidió un guiso y un vaso de agua. Con el estómago rugiéndole, no puso reparos en la simpleza del menú. Se sentó en una de las sillas, notando que su cuerpo temblaba un poco por la fatiga y el ligero frío que el viento traía al anochecer. Una vez servido, el olor a carne recocida y especias lo sedujo lo suficiente para comer con avidez.

En los pocos minutos que pasó en la cantina, ningún otro parroquiano apareció. El cantinero parecía más absorto en sus propios pensamientos que interesado en conversar, pero Olivarius, con la curiosidad que lo caracterizaba, se atrevió a indagar:

—¿Vive poca gente por acá? Veo este lugar casi vacío.

—Sí, pocos y cada vez menos. —El hombre se encogió de hombros—. No hay trabajo ni agua suficiente. Los jóvenes se van. Los que quedan, aguantan con lo que pueden.

El viajero recordó la situación parecida de otros parajes. El mismo guion se repite con matices diferentes, pensó, sintiendo una mezcla de resignación y enojo.

Mientras terminaba el plato, percibió un ruido leve, como un runrún. Alzó la vista: parecía provenir de un rincón oscuro de la cantina. El cantinero no reaccionó en absoluto, como si no oyera nada. ¿Será una corriente de aire, un tubo de viento rozando la estructura? Sin embargo, a Olivarius le pareció más parecido a un lamento sutil. La piel se le erizó.

No quiso insistir ni averiguar. Pagó el guiso y salió, dudando entre atribuir ese rumor a un truco de su mente extenuada o a otra manifestación de la magia que impregnaba cada rincón de su viaje, desde hace varios días. Tal vez mi cansancio me hace ver y oír cosas, se dijo, recordando las experiencias anteriores donde el viento parecía un ente con voz propia.

Halló, un par de calles más adelante, la fachada ruinosa con un letrero en el suelo: “Pensión” pintado en trazos irregulares. Llamó un par de veces, y por fin salió un hombre alto, flacucho, de bigote largo.

—¿Necesitás cuarto? —preguntó sin rodeos.

—Sí, para esta noche —respondió Olivarius, aliviado de encontrar respuesta.

Lo condujo a un corredor impregnado de humedad, donde la luz venía de una bombilla sin pantalla. El dueño le ofreció una habitación mínima: un catre con colchón escuálido y una ventana rota parcheada con cartón. Olivarius aceptó sin protestar, abrumado por el día largo y la soledad del lugar.

Entró al cuarto, dejó la mochila y se sentó en el catre, sintiendo cómo sus huesos pedían reposo. Pero antes de rendirse al sueño, sacó la libreta para volcar un poco de su sentir:

Día 29: “Llegada a un lugar sin nombre, o casi. El tiempo lo cubre todo, la gente es cada vez más escasa, y mi cansancio se vuelve crónico. Me pregunto si mi afán de conocer, de hilvanar historias, no me está arrastrando a un límite donde realidad y delirio se entretejen.

En la cantina, oí un runrún que el dueño no parecía notar. ¿Soy yo el que oye voces? ¿O acaso estas paredes guardan un secreto que ya ni los lugareños perciben? El viento nocturno, la penumbra, la precariedad: todo conspira para que las barreras de lo racional se aflojen.

Me siento próximo a Ushuaia, pero sé que aún restan muchas jornadas. La modernidad oficial no roza estos páramos; en su lugar, hay un sutil aliento de magia dura, como si la tierra se quejara con un susurro antiquísimo. Puede que a mis ojos citadinos esto lo exagere, pero no puedo negar lo que experimento. Temo estar entre la lucidez y la locura, y sin embargo, no querría renunciar a esta frontera de la conciencia”.

Cerró la libreta, con un latido inquieto. Se fijó en la ventana con cartón: el viento la sacudía y producía un golpeteo rítmico que, en la soledad de la noche, sonaba casi a un latido cardíaco. Se tumbó en el catre, intentando apartar la maraña de pensamientos. Estoy rozando el día 30 de viaje, y la fusión de crudeza y misticismo se intensifica,

pensó, recordando las siluetas de bandadas que se desvanecían, la mirada del caballo escuálido.

Avanzada la noche, un golpe sordo en la puerta lo sobresaltó. Saltó de la cama, encendió la linterna y abrió con cautela. El dueño de la pensión se hallaba con expresión inquieta:

—Perdoná la hora… Solo reviso si todo está bien. A veces el viento empuja la puerta.

—Todo en orden —respondió Olivarius, confuso.

El hombre asintió y se fue. Qué raro, pensó el viajero. Miró el reloj: era pasada la medianoche. Al volverse, vio por la ranura de la ventana que algo se movía en la calle. Se asomó: apenas el halo mortecino de una farola y sombras danzantes creadas por la ventisca. Pero entre esas sombras, percibió una forma difusa que deambulaba sin prisa, como si flotara un palmo sobre el suelo. Un miedo tenaz le recorrió la columna. Parpadeó, y todo se desdibujó.

—¿Lo imaginé? —penso, con cansancio, más que miedo.

Decidió no indagar. Demasiados encuentros inquietantes durante el trayecto habían minado su voluntad de explorar apariciones nocturnas. Cerró la puerta con el cerrojo y se metió de nuevo en la bolsa de dormir sobre el catre. Sabía que el amanecer vendría pronto, y necesitaba toda la energía posible para otro tramo de asfalto, soledad y posibles milagros o terrores.

Cuando el primer rayo de sol atravesó la ventana rota, Olivarius se incorporó con una sensación de extrañeza. Había dormido, pero no soñó nada, o tal vez la noche se convirtió en un lapso de formas flotantes en su subconsciente. Subió la persiana improvisada de cartón y vio cómo la calle seguía desolada, con solo el barullo lejano de un gallo ronco. El corazón le pesaba, como si la frontera entre la realidad cruda y el misterio cada vez era más indivisible,

Se arregló con rapidez, pagó al dueño que lo despidió con un gesto neutro, y salió a la calle para encender la moto. El aire era frío y cortante; arrancar costó un par de intentos, pero el motor cobró vida con un estruendo mecánico que rompía el silencio. Condujo despacio, dejando el villorrio atrás, asumiendo que ahí quedaban más historias que nunca conocería.

A medida que se alejaba por la ruta polvorienta, sintió que otra parte de su viaje llegaba a su fin. Había visto demasiado: pobreza sin consuelo, animales desfallecientes, rumores que vivían en las paredes. Pero también atisbos de fuerzas ocultas, apariciones efímeras, voces de viento que evocaban penas ancestrales. La modernidad está ausente, se repetía, pero algo mayor, intangible, habita estos lugares.

A unos metros, la carretera viraba hacia el sur con un desnivel suave. Lo tomó sin miedo, con el sol iluminando su perfil. Entre la dureza de estos días y las pinceladas de magia que lo rondaban, Olivarius sentía una mezcla de agotamiento y fe renovada. Quizá sea

ese matrimonio de lo sórdido y lo místico lo que define este país, pensó, ajustándose el casco. Se sentía más cerca de Ushuaia, y a la vez más lejos de la inocencia con la que partió.

—Sólo me queda seguir —expreso, acariciando el manubrio. En el espejo retrovisor, el villorrio menguaba hasta fundirse con el polvo y el viento. Olivarius aceleró, soltando un último vistazo a la quietud que dejaba atrás. La ruta se alargó ante él, llamándolo al próximo escenario donde, sin duda, la crudeza y lo sobrenatural seguirían tejiendo el relato de su transformación.

Capitulo 7 Parte I

El aire despedía un matiz acerado cuando Olivarius se detuvo junto al guardarraíl casi corroído. El motor de la moto emitió un leve gemido antes de silenciarse, y por un instante, el único sonido que persistió fue el soplo del viento rozando la meseta. Desde donde estaba, podía divisar una amplia curva de la carretera que se extendía en un declive suave, perdiéndose en la distancia. No se veía ni un solo vehículo a la vista, y el sol, medio oculto por nubes bajas, dibujaba manchas de luz y sombra sobre el asfalto.

Se hacercaba la hora del atardecer, y con ella la certeza de que, al cabo de otro día de marcha, no tenía a la vista un lugar para pernoctar. No obstante, aquella no era una circunstancia insólita: durante las jornadas recientes, cada paso parecía hundirlo en parajes más despoblados, cada tramo de ruta lo conducía hacia un confín en el que la noción de “modernidad” era más un mito que una realidad. La idea de la gran ciudad y sus comodidades se desleía en el recuerdo, como si formara parte de una vida ajena.

El viento sopló tanto que a Olivarius le pareció una invitación, casi como si la llanura lo invitase a historias antiguas. A estas alturas del viaje, ya no se sorprendía de su propia disposición a oír “voces” en los elementos. Tras tantas pistas de un realismo mágico que se filtraba en su día a día —luces difuminadas, aves que se desvanecían en la bruma, rumores inexplicables en tabernas olvidadas—, había optado por una aceptación cauta. Entre la dureza cotidiana y los episodios que rozaban lo imposible, su conciencia se había habituado a un equilibrio inestable: sabía que la realidad podía ocultar misterios en cada recodo del camino.

Miró el horizonte con ojos cansados. Era el día treinta, o tal vez el trigésimo primero, desde que había partido sin un plan fijo. Un recuento exacto poco importaba: sentía que el viaje había adquirido su propio pulso, algo más profundo que la cuenta de kilómetros. Aferró el manubrio y volvió a encender la moto. Un golpe metálico resonó en la parte del escape, recordándole las reparaciones

precarias que venía haciendo. Quizá la máquina aguante, quizá no, se dijo con una calma extraña, como si aceptara la posibilidad de quedar varado en mitad de la nada.

Condujo con cautela durante media hora, notando cómo el sol se hundía detrás de los cerros lejanos. De pronto, percibió un objeto grande y rectangular emergiendo junto al camino, una estructura en ruinas con letreros descoloridos. Con la vista agudizada por la costumbre, dedujo que había sido un parador de ruta. Frenó con con alivio: al menos podría revisar si quedaba algo de utilidad o un espacio para pasar la noche bajo techo.

Al aproximarse, observó que el edificio tenía un techo de chapas abolladas y paredes gastadas en las que se alcanzaba a leer: “Parador Don Félix”. Debajo, un anuncio casi ilegible ofrecía “comida fresca, café, duchas, nafta”. Debe llevar años cerrado, pensó, apagando el motor. El silencio era tan intenso que escuchaba su propia respiración. Descendió, forzando la puerta de metal corroído.

En el interior, un vestíbulo con mesones volteados y un mostrador limado por el uso. Polillas revoloteaban y un agujero en el techo dejaba filtrar un rayo oblicuo de luz anaranjada. Había latas oxidadas en el suelo y un olor agrio a humedad. Otro escenario de abandono total, concluyó, no sin cierta congoja.

Decidió que, mejor que acampar al descubierto, el viejo parador podía servir de abrigo contra la intemperie. Revisó un par de habitaciones contiguas: una tenía el techo medio caído, la otra se

veía algo más firme. Arrastró un mueble quebrado y limpió un rincón para extender su saco. El viento, filtrándose por hendijas, silbaba con un timbre que rozaba lo fantasmal. Aun así, Olivarius no se inmutó. Ya es costumbre en este viaje que las paredes hablen con su propio lamento, pensó con un matiz de resignada fascinación.

Con la linterna, exploró un cuarto trasero. Halló un viejo mostrador con latas vencidas y cajas vacías. También distinguió, clavado en la pared, un mapa regional lleno de roturas. Se acercó, iluminándolo. La ruta que seguía aparecía marcada en trazos gruesos, y su ubicación actual parecía corresponder a un punto no muy distante de un cruce principal. Quizá en menos de un día llegue a un pueblo real, penso, sintiendo un leve alivio. Sin embargo, la línea de la moto arrojaba dudas: Cualquier desperfecto mecánico podría dejarme varado.

Mientras retrocedía, notó algo en un ángulo del mapa, casi borrado por la humedad: un símbolo que no correspondía a ninguna leyenda. Parecía un círculo con líneas concéntricas, rodeado de trazos que evocaban plumas o llamas. De pronto, la luz de la linterna comenzó a titilar, y Olivarius percibió que, en una fracción de segundo, el símbolo cobraba mayor nitidez. ¿Una ilusión? Cuando enfocó de nuevo, el dibujo se veía borroso otra vez.

—Basta de fantasías —se dijo, sin mucho convencimiento. La presencia de episodios misteriosos se había vuelto habitual, y cada tanto, se preguntaba si su mente fatigada se empeñaba en hallarlos,

o si de verdad lo extraordinario residía en esos lugares. Guardó la linterna, intentando no dejarse sugestionar.

Regresó a la habitación menos ruinosa, encendió una velita que solía llevar para emergencias y se sentó sobre la mochila, abriendo su cuaderno con la birome lista:

Día treinta (o algo así).

“Parador Don Félix, en ruinas. Cama improvisada entre escombros. El viento sigue su canción interminable, con un timbre que se cuela en mi mente. Hoy encontré un mapa viejo y un símbolo extraño, ¿un vestigio de algo mágico o un simple garabato perdido?

Estoy aprendiendo que no hay que descartar ninguna explicación: la crudeza material de estos lugares es real y feroz, pero también lo es la posibilidad de que algo intangible habite cada rincón olvidado. ¿Delirio o manifestación genuina? Ya no busco certezas. Me he vuelto un peregrino que encaja lo visible y lo invisible en un mismo relato.

Sigo con la moto renqueante, aunque todavía en pie. Temo que en cualquier momento me falle por completo. ¿Qué haré entonces? Quizá sea la prueba final: descubrir si mi viaje es más grande que el vehículo que lo propulsa”.

Cerró el cuaderno con una mezcla de agotamiento y determinación. Me estoy convirtiendo en alguien que abraza la paradoja: la realidad me hiere con su dureza, mientras la magia me seduce con sus señales imposibles. Con ese pensamiento, se echó sobre la bolsa de dormir, dispuesto a dejarse caer en un sueño tenso.

El sueño llegó salpicado de visiones: ramas secas crujiendo, voces lejanas, un caballo esquelético cuya mirada le hablaba sin palabras. Se removió inquieto; la oscuridad del parador parecía expandirse, proyectando sombras desafiantes contra los muros. En mitad de la noche, un estruendo leve —quizá una chapa desprendida— lo hizo despertar con el corazón en la garganta. Parpadeó, agarrando la linterna. Nadie. Un silencio pétreo. Tal vez el viento arrancó algo del techo, se consoló.

Nuevamente intentó dormir, deseando que el amanecer llegara rápido. En su mente flotaba la idea de que, si continuaba adentrándose en esos desiertos patagónicos, la soledad y la rareza se intensificarían, y la frontera entre la cordura y cierta locura mística se volvería todavía más difusa. ¿Será ahí donde halle mi verdadera revelación? Se preguntó, dejándose arrastrar por el sopor.

Al primer resplandor de la mañana, Olivarius se levantó con rigidez en las articulaciones. Estaba empolvado y hambriento, pero la mochila apenas contenía algo de pan y un pedazo de queso seco. Desayunó en silencio, sintiendo el frío gélido colarse por las rendijas del parador. El sitio lucía incluso más triste con la luz del día: las

mesas volteadas, el mostrador a medio derrumbar, los grafitis ilegibles en las paredes. Y en medio de ese caos, un puñado de latas oxidadas, testigos mudos de un pasado más prometedor.

Recogió sus cosas y salió al exterior. El viento le golpeó el rostro como un azote, despertando sus sentidos. Observó la moto con cierto recelo, esperando que el escape no diera más problemas. Encendió el motor, y el ronquido metálico lo tranquilizó: al menos, aún estaba en condiciones de avanzar.

Antes de ponerse en marcha, alzó la vista hacia un cielo poblado de nubes bajas que auguraban tal vez una llovizna breve, tan inusual en esas llanuras secas. En su interior, se mezclaban la ansiedad de perder la moto con la creciente convicción de que la ruta lo arrastraba hacia un desenlace mayor que él mismo. Lo impulsaba la sensación de que, en alguna curva futura, la realidad se rompería definitivamente, mostrando si su búsqueda respondía a una ilusión o a un llamamiento del destino.

—Seguiré —dijo en voz apenas audible, como un voto personal. Montó la moto y, tras un último suspiro, giró el manubrio para retomar la ruta principal. El viento narró en la estructura del parador, como un adiós, y Olivarius partió, dejando ese recinto en ruinas detrás de sí. La sexta noche o séptima con visiones extrañas daba paso a un nuevo tramo, en el que, sin saberlo, su viaje se acercaba a la prueba definitiva: la confrontación entre su voluntad y

la crudeza del camino, entre lo tangible y lo imposible, y entre la humanidad herida que observaba y la fe que lo mantenía en marcha.

Parte II

La moto avanzaba sobre un asfalto cada vez más resquebrajado, mientras el viento presionaba de costado con un silbido constante. Olivarius notó que el paisaje parecía calcado de sí mismo: llanuras, algunos arbustos achaparrados, y una sucesión de curvas suaves que no llevaban a ninguna parte visible. Con cada kilómetro, la sensación de inmensidad y aislamiento se hacía más profunda, y el día treinta y algo transcurría sin ningún referente de tiempo más que la posición del sol.

Había partido al alba de un parador ruinoso, sin mayor esperanza que encontrar un poblado antes del anochecer. El cansancio, físico y mental, pesaba. Sin embargo, detrás de esos párpados entrecerrados se agitaban imágenes dislocadas: el caballo famélico que lo miró con un fulgor extraño, la silueta de un mapa con símbolos indescifrables, los murmullos en la penumbra de un comedor abandonado. Mi mente se va poblando de sombras y susurros, pensó, al tiempo que me vuelvo más consciente de la crudeza que reina por estos lares.

A lo lejos, divisó lo que parecía un camión detenido en la banquina. Sin dudar, redujo la velocidad para acercarse. Desde la distancia, vio que el conductor realizaba señas con ambos brazos, como pidiendo

ayuda. Olivarius se preguntó si podría auxiliarlo, dado su propio estado precario, pero no dudó en detenerse.

—¿Algún problema? —inquirió, apagando la moto. El hombre, un chofer de mediana edad, se llevó la mano a la cabeza:

—Pinché rueda, y no tengo repuesto ni señal en el celular. Hace un par de horas que espero.

—Puedo acompañarte hasta donde puedas conseguir auxilio —ofreció Olivarius, aunque la idea de llevar un pasajero más su equipaje lo inquietaba.

El chofer miró la moto y negó con resignación:

—Difícil que me lleves con lo que pesa mi bolso. Pero al menos, si llegás a un pueblo, avisá que estoy varado. Me llamo Esteban.

Con un leve apretón de manos, Olivarius se comprometió a buscar ayuda. Le dio a Esteban un poco de agua, viendo cómo la gratitud se dibujaba en su mirada exhausta. Una vez más, la fraternidad improvisada surge en plena soledad, meditó, sintiendo que la comunidad más real es la de los viajeros y lugareños que se ven forzados a apoyarse.

Retomó el camino, con el firme propósito de alertar a alguien en el próximo lugar habitado. Así es la supuesta modernidad que no llega acá: pinchás, te quedás varado, y tu salvación depende de la buena voluntad de un extraño, reflexionó. A cada tramo, me convenzo de

que la palabra “progreso” es un hilo frágil que no alcanza a estos rincones.

De pronto, la carretera se alzaba en una especie de lomada, y al cruzarla, percibió un descenso suave que regalaba una vista más amplia del horizonte. El viento soplaba con tal fuerza que creyó sentirlo expresarse otra vez, un sonido casi humano: un canto monocorde, ronco. Detuvo la moto solo unos segundos, cerrando los ojos para oírlo mejor. Tal vez sea el aire en los matorrales, tal vez mi imaginación, pensó, con una mezcla de sobrecogimiento y aceptación. Ya no se asustaba; era como si el realismo mágico lo acompañara a cada paso, recordándole que la lógica se quedaba corta ante lo que la tierra clamaba.

Más adelante, distinguió un rancho aislado junto a un corral semiderruido. Detuvo la moto con la esperanza de hallar a alguien y pedir que avisaran sobre el camionero varado, si es que ellos disponían de radio o algún contacto. Un anciano de barba larga salió a recibirlo, con aire desconfiado al principio, pero luego se mostró dispuesto a conversar.

—No, pibe, no tengo radio. Vivo solo, por gusto. —Su voz era pausada y seca—. Puedo darte un poco de agua y algo de pan si lo necesitás.

Olivares explicó la situación de Esteban. El anciano negó con la cabeza:

—Difícil ayudar. El pueblo más cercano está a unos 50 kilómetros por un atajo, y no tengo caballo ni vehículo.

Sorprendió a Olivarius que un ser humano residiera en medio de esa nada, voluntariamente. ¿Qué motivación lo llevó a un exilio tan radical? Quiso preguntar, mas no deseó ser invasivo. Mientras bebía un sorbo de agua, el hombre, que no reveló su nombre, soltó una frase:

—A veces, pienso que es mejor vivir con el viento. Nadie te da órdenes, ni hay promesas rotas de gobiernos. Solo la tierra que te habla cuando el silencio se estira.

El viajero sintió un estremecimiento: era la quinta o sexta vez que alguien mencionaba al viento como una entidad con voz. Era como si existiera un consenso secreto en esa región: el viento no era un simple fenómeno meteorológico, sino un lenguaje antiguo. Recordó el murmullo en la penumbra, el silbido que parecía un llanto, las bandadas que se disolvían en la bruma. La magia de estos páramos, pensó, con un deje de admiración y congoja.

Agradeció el agua y se despidió, sin una solución para Esteban. El anciano alzó la mano en un gesto silencioso. Al reemprender la ruta, Olivarius sintió un peso moral: ¿Hasta dónde llega mi responsabilidad? Quiero ayudar, pero soy igual de frágil en estas condiciones.

Con el sol declinando, el resplandor cobrizo tiñó el firmamento. Tras un recodo, la moto empezó a sacudirse: un leve bache tras otro,

obligándolo a aminorar. De pronto, apareció algo inusual: en la banquina, un círculo de piedras dispuestas con precisión, de unos dos metros de diámetro. Al centro, un montículo de cenizas. Parecía un altar o una señal, imposible de ignorar.

Olivares se detuvo, intrigado. Bajó y observó aquel círculo con un estremecimiento: ¿Será un fogón, ritual? El lugar parecía demasiado ordenado para ser casual. Al tocar una de las piedras, notó que estaba tibia, como si hubiese habido fuego hace poco. ¿Quién enciende hogueras de rituales en medio de la ruta, y por qué?

Miró alrededor. Nadie. El viento soplaba con una vibración peculiar. Un tenue clamor:

—No más… no más… —le pareció oír, o tal vez fueran solo las ráfagas al rozar su casco. Sintió que la frontera entre la realidad y su mente se difuminaba aún más.

Permaneció un par de minutos en contemplación. Antes de volver a la moto, se permitió reconocer que había cambiado profundamente: Hace un mes, me hubiera reído o huido asustado de algo así. Ahora, en cambio, acogía esa extrañeza con una mezcla de humildad y curiosidad. ¿Me habré vuelto loco? O quizá me transformé en alguien que acepta lo invisible con naturalidad, reflexionó.

Recordó su editor, las expectativas de un libro de crónicas de viaje, y casi se sonrió: lo que había vivido rebasaba cualquier crónica estándar. Sentía que su obra tendría tintes de misticismo, denuncia social y observaciones íntimas, una sinfonía que quizá nadie

esperaría. Pero es lo que soy ahora, se dijo, recogiendo un guijarro del círculo para guardarlo como talismán.

Resolvió que no encontraría un poblado grande antes del anochecer. Se tranquilizó pensando que, de ser necesario, haría un vivac en la ruta. Sin embargo, después de unos veinte minutos de marcha, divisó una tenue línea de luces. Una sensación de alivio le recorrió el pecho, al saberse cerca de un lugar con al menos cierta forma de hospedería.

Al arribar, constató que se trataba de una estación de servicio con un viejo albergue adjunto. Un foco iluminaba un surtidor oxidado, y se oía el ladrido de un perro. Al detener la moto, un empleado salió bostezando.

—¿Nafta? —preguntó sin entusiasmo.

—Sí, y si hay una cama o espacio donde dormir, lo pagaré con gusto —respondió Olivarius, fatigado.

El hombre asintió, explicando que había un par de cuartos, aunque sin baño propio. Olivarius no protestó. Lo que sea con tal de no dormir a la intemperie, pensó. Llenó el tanque, pagó, y se dejó conducir a un cuarto de paredes descoloridas, con un catre y una lámpara tenue.

Mientras se desabrochaba las botas, sintió un zumbido punzante en las sien. El agotamiento, la sucesión de vivencias, el rumor de lo sobrenatural, todo conspiraba para abrumarlo. Aun así, una parte de

él experimentaba una serena aceptación: Si la realidad me exige atravesar sombras y milagros a la vez, lo haré. Mi viaje me ha forjado la piel y el corazón.

Sacó su libreta, pero la mano tembló lo suficiente como para desistir de escribir mucho. Garabateó apenas unos renglones:

“Un círculo de piedras en la ruta, como altar. Siento que mis dudas echan raíces: ¿qué he venido a buscar? El mundo me enseña que la modernidad es escasa y la magia, a veces, se asoma con timidez. Tal vez soy un mensajero de nada, o un peregrino que se reconcilia con la locura y la belleza. Estoy cansado, pero algo me habla:sigue. Aún no es tu fin.”

Cerró la libreta, dejándola junto a la almohada. Las siluetas del cuarto se alargaban con la única lámpara, y el aire estaba impregnado de un tufillo a combustible viejo. Sintió un escalofrío, mas el cansancio lo venció. Se echó sobre la cama, todavía vestido, oyendo cómo el viento golpeteaba alguna chapa suelta en el exterior. Siempre el viento, con su música áspera, reflexionó. Quizá sea el verdadero protagonista de esta región.

Poco a poco, los párpados se le cerraron. Entre la vigilia y el sueño, recordó la voz del anciano ermitaño que celebraba la libertad de vivir sin promesas. Recordó al camionero varado, y con alguna

preocupación leve, supuso que ya había sido auxiliado. Desligandose de toda responsabilidad, también del mapa con símbolos raros en el parador abandonado. Sintió un leve escalofrío al pensar en lo cerca que estaba de adentrarse en zonas todavía más inhóspitas, y en la fragilidad mecánica de su moto. Pese a todo, un hálito de determinación le calentó el pecho: su camino —por más penoso y extravagante que se volviese— lo había transformado en alguien que ni él mismo reconocía, y en ese acto de renacimiento, se vislumbraba un destino mayor.

Se durmió, con la certeza de que su travesía, traería desafíos aún más duros, pero también la posibilidad de mirar el mundo con una fe renovada. En la noche profunda, la lámpara titiló un par de veces, como si una brisa interior acariciara la bombilla, acompañando el arrullo del viajero que dormía en plena metamorfosis, dispuesto a afrontar lo que aún le deparaba la ruta hacia el sur.

Parte III

El sol apenas despuntaba cuando Olivarius se despidió del hostal improvisado que lo había alojado la noche anterior. El aire matinal, más frío de lo habitual, le azotaba las mejillas mientras ajustaba la

mochila sobre la moto. Podía sentir el cuerpo entumecido por el cansancio acumulado de tantas jornadas, pero una determinación casi obstinada lo empujaba a seguir rodando hacia el sur. En su interior, parecía haber aceptado ya aquella mezcla de dureza y misticismo que impregnaba el camino.

El encargado del lugar, un hombre de cara redonda y ojos pequeños, lo despidió con una leve inclinación de cabeza, sin decir nada más que un “Suerte.” Olivarius agradeció y arrancó el motor con la esperanza de avanzar varios kilómetros antes de mediodía. El día anterior, el ruido metálico de la moto le había dado un susto, pero por ahora, el motor respondía con un ronquido firme, casi un canto de resistencia.

Apenas se internó en la ruta, la ausencia de tráfico le recordó que estaba lejos de cualquier núcleo urbano relevante. La llanura seguía extendiéndose con una monotonía que se antojaba infinita. Había algo hipnótico en la sucesión de arbustos bajos y arenales salpicados de rocas, algo que ya no lo irritaba, sino que le invitaba a un estado de introspección. En ese trance casi meditativo, su mente regresaba a la idea de la metamorfosis que venía experimentando: el hombre que salió con una visión romántica y vibrante del viaje se tornaba ahora un nómada que comprendía la precariedad y, al tiempo, la extrañeza de la tierra.

Tras un par de horas sin divisar más que la silueta lejana de un cerro y el fulgor de espejismos en el asfalto, Olivarius detuvo la moto para

dar un respiro a sus músculos y beber agua. Bajó con cuidado, sintiendo un hormigueo en los brazos. El viento soplaba con suavidad, sin el bramido feroz de días anteriores, lo que le permitió escuchar, con mayor nitidez, el latido sordo de su propio corazón. El silencio se parece al de un templo, pensó, recordando la veneración que la gente local parecía tener por el viento y la tierra.

Sacó la libreta y anotó un par de líneas, a modo de reflexión instantánea:

“Día treinta y tantos. Cada tramo me muestra cómo la ruta, en su crudeza, al tiempo me otorga un ámbito casi sagrado. Podría llamar a esto una experiencia religiosa, si no sonara exagerado. Todo me habla: el silencio, las rocas, el viento que a veces parece un murmullo de voces. Ya no busco explicaciones lógicas; acepto la magia que, por retazos, se cuela en mi viaje”.

Sonrió con melancólica ternura al releer lo escrito. Días atrás, me habría tildado de loco al ver esta frase, pensó, guardando la libreta con cuidado.

Cuando se disponía a retomar el camino, notó a un costado de la banquina algo que refulgía bajo el sol. Se acercó con curiosidad: era un espejo de mano, con marco labrado en madera y el vidrio intacto, tirado en plena tierra como si alguien lo hubiera dejado ahí sin

razón. Con delicadeza, lo recogió y lo examinó. El contorno tenía un tallado rústico que evocaba formas vegetales o tal vez runas; el vidrio reflejaba su rostro sudoroso y su cabello revuelto.

Le embargó un presentimiento inquietante: ¿Cómo acaba un espejo así en medio de la nada? Escudriñó el horizonte buscando a alguien, pero solo se topó con la lejanía intacta. Metió el objeto en la mochila, sintiéndose partícipe de otro episodio cargado de misterio. Será una coincidencia, o un guiño más de esta realidad que me invita a cuestionarlo todo, caviló.

Cerca del mediodía, divisó a lo lejos dos siluetas de personas caminando con grandes mochilas. No era común ver tanto viajero a pie en esta zona; la mayoría eran lugareños que andaban en caballos o en algún viejo camión. Olivarius redujo la velocidad. Al pasar junto a ellos, uno de los caminantes levantó la mano, pidiendo un tirón. Sintió un dejo de compasión: la moto apenas podía con uno más, pero dos sería imposible.

Aun así, se detuvo para intercambiar unas palabras. Eran una pareja joven, con acento distante, quizá extranjeros. Se dirigían al sur, al igual que él, con la esperanza de encontrar un pueblo. Olivarius no pudo llevarlos, pero compartió agua y unas galletas. Se sorprendió al ver la gratitud en sus miradas, igual que con los otros viajeros que se había topado. En esta ruta, la fraternidad surge no por idealismo, sino por necesidad vital, concluyó.

—¿No temen caminar por este desierto? —preguntó, sintiendo que ese acto bordeaba la temeridad.

—Amamos la aventura. Y confiamos en la gente —respondió la chica, con una sonrisa tenue. El muchacho asintió, sin añadir más.

Tras despedirse, Olivarius siguió su marcha con un leve conflicto en su mente. Se podía ser inocente aún en estas latitudes. Pensó en su propia transformación: él, que se creía inocente al salir, ahora veía la realidad con ojos más ásperos y, sin embargo, recibía destellos de magia o solidaridad en cada recodo.

El resto de la tarde lo encontró transitando tramos donde la carretera alternaba asfalto y ripio. La moto gemía con un esfuerzo mayor, obligándolo a mantener la vista alerta y el cuerpo tenso. Al caer el sol, el aire cambió a un frío más riguroso. Olivarius presentía la cercanía de regiones más gélidas. Ya estoy adentrándome en la Patagonia real, se cuestionó abrigándose con la chaqueta.

Con la penumbra envolviéndolo, se convenció de que no encontraría un lugar civilizado. Aun así, se resistía a acampar en la intemperie, tras la experiencia incómoda en paradores en ruinas. La oscuridad se cerró, y la luna aún no asomaba. Si algo falla en la moto, me quedaré sumido en un abismo, se dijo, con un ligero temblor.

Cuando ya se planteaba buscar un rinconcito al costado del camino, vislumbró un resplandor a lo lejos, como si alguien tuviera una hoguera encendida. Acelerar se volvió su única opción para investigar, aunque parte de sí temía volver a encontrar extrañas

siluetas o rituales incomprensibles. Pero la fatiga y el deseo de calor pesaban más. Aproximándose, vio que era una suerte de campamento, con un par de carpas y un fuego central.

—¡Hola! —gritó, deteniéndose a unos metros, con las luces de la moto iluminando la escena. Dos hombres se levantaron de un tronco que usaban de banco, la sorpresa pintada en sus rostros.

—Buenas noches —respondió uno, ladeando la cabeza—. ¿Viajas solo?

—Sí, busco un lugar para pasar la noche, con un poco de calor. No quería acampar en soledad.

Los hombres se miraron, con el recelo propio de un encuentro inesperado, pero luego asintieron con cordialidad. Le explicaron que eran pescadores itinerantes en busca de ríos interiores, y que planeaban partir al alba. Olivarius se sintió aliviado de hallar compañía, y agradeció la posibilidad de acampar cerca de su hoguera.

Armó su pequeña carpa, con el fuego a unos pasos, y se unió a los pescadores en el improvisado círculo de luz. Hablaron de anécdotas mínimas: peces escasos, tormentas repentinas, carreteras cortadas. Él no se explayó en sus vivencias más paranormales; prefería evitar comentarios de incredulidad. Aun así, algo en la atmósfera lo relajó. El ruido de la leña, la charla tranquila y la soledad compartida ofrecían un bálsamo a su mente sobrecargada.

Cerca de medianoche, el cansancio lo llevó a retirarse a su carpa. Mientras se acomodaba, notó que el viento había menguado, y el firmamento se abría con una cascada de estrellas brillantes. Pequeños resplandores, como luciérnagas imaginarias, titilaban en la distancia. Quizá sea otra forma de este realismo mágico, otra manifestación de lo que habita más allá del entendimiento, se dijo, sintiendo un calor interno que contrarrestaba la baja temperatura.

Antes de dormirse, sacó la libreta una vez más. Quería dejar constancia de su creciente certeza:

“Hoy, luego de muchos días, siento un sosiego al compartir la fogata con pescadores. La realidad continúa mostrándome su aridez, pero también me regala esta postal de calor humano, en medio de un cielo que parece un manto inacabable de astros. Sigo arrastrando la inquietud de que la moto pueda fallar. También, la sospecha de que cada tramo encierra un guiño sobrenatural. Y sin embargo, hay algo en mí que se ha vuelto más valiente.

Mañana, retomaré el sur. No sé cuántos capítulos más me reserve la ruta, pero he decidido no temer a la crudeza ni al milagro. Así es como me transformo, aceptando que ambos forman parte de la misma verdad”.

Guardó la libreta y se recostó, cerrando los ojos ante la penumbra, sin sobresaltos ni fantasmas. Quizá la noche había querido brindarle un respiro. Aun así, en su fuero interno, sabía que conforme avanzara, el viento y el destino le presentarían desafíos mayores, obligándolo a sellar esa metamorfosis personal con un acto definitivo. Con el chisporroteo lejano de la fogata y las estrellas danzando sobre la carpa, se dejó caer en un sueño reparador, el claro síntoma de quien ha hallado un ápice de sosiego en medio de la vastedad desconocida.

Parte IV

Despertó antes de que el sol se asomara, con el eco de un sueño casi olvidado: en él, caminaba por una ruta iluminada solo por faroles encandecentes, mientras una bandada de aves brillantes le mostraba el camino. Con los ojos aun adaptándose a la penumbra, Olivarius notó el leve calor residual de la fogata que había compartido con los pescadores la noche anterior. Ellos ya no estaban; el suave misterio del viento y la expansión de las primeras luces del alba confirmaban su soledad.

Se desperezó, sintiendo un dolor sordo en la espalda. Guardó la carpa y revisó su moto: la tierra acumulada en el chasis daba

testimonio de la incesante travesía. En su interior, sin embargo, otra certeza se forjaba: He cruzado fronteras físicas y mentales, se dijo. Cada día me aproximo a un límite que tal vez trasciende la geografía.

La última brasa se consumía en el improvisado fuego. Se acercó para calentar un poco de agua y prepararse un mate breve con los restos de yerba que le quedaban. Mientras el vapor subía, evocó una reflexión tardía: el viaje no es solo la distancia recorrida, sino las mutaciones que el entorno imprime en su espíritu.

Antes de encender la moto, sintió que era el momento de volcar parte de sus reflexiones. Sacó la libreta, sosteniéndola con cuidado sobre la rodilla, y comenzó a escribir con los dedos fríos:

“Amanecer del día treinta y tantos. El silencio y la bruma me abrazan, recordándome la pobreza de mis certezas anteriores. Pienso en palabras de Cioran, que hablaba del sinsentido y la lucidez como un mismo abismo. He visto la dureza de estas rutas, la soledad de la gente y el murmullo del viento que, a ratos, se vuelve una voz cargada de lamento.

Y, sin embargo, también evoco a Kierkegaard, que defendía el salto de fe: creer en lo indemostrable. Acá, he presenciado episodios que rozan lo mágico sin encontrar una lógica que los niegue. Quizá estoy a un paso de la locura, o, como decía Nietzsche, me muevo ‘más allá del bien y del mal’ de la realidad ordinaria. Mi corazón, lejos de quebrarse, se fortalece en la contradicción.

¿De qué sirve una modernidad que no toca estos parajes, ni alivia el sufrimiento de tanta gente? ¿Qué sentido tiene hablar de progreso cuando ni siquiera hay un camino decente para los pueblos invisibles que he cruzado? Entre la desesperanza y la magia, hallo un espacio para mi metamorfosis: parto de la premisa de Camus de que la vida podría ser absurda, pero decido que mi absurda misión es sostener la luz que encuentro en estos rasgos de 'realismo mágico'. Quizá allí habite mi única fe."

Miró lo que había escrito, sintiendo un escalofrío. Había evocado a Cioran, a Kierkegaard, a Nietzsche, a Camus. Autores que, de distinta manera, rozaban la angustia existencial, la fe ciega o el absurdo redentor. ¿Por qué me vienen todos ellos a la mente aquí, en medio de un paisaje arrasado por el viento? Se preguntó. Tal vez la respuesta fuera que el viaje en su dureza y silencios devenía la metáfora perfecta de la condición humana que tantos filósofos intentaron describir.

Guardó la libreta y alzó la mirada al cielo, donde el sol ya hacía acto de presencia, coloreando las nubes de un naranja pálido. El viento, como un protagonista incesante, soplaba con un tono más helado, casi como si le urgiera a ponerse en marcha. Desayunó un sorbo de mate, recogió los enseres y montó la moto, encendiéndola con un bramido rudo. Cada encendido podría ser el último, pensó, aceptando la fragilidad mecánica que arrastraba.

Mientras la ruta volvía a desplegarse ante él, se dio cuenta de que, en sus primeras jornadas, el paisaje lo deslumbraba con su belleza y novedad; ahora, la admiración se mezclaba con una serenidad dolorosa. Acepto la soledad de este mundo y la extrañeza que a ratos lo inunda, reflexionó, recordando la frase de Kierkegaard: “El que se sumerge realmente en sí mismo, o acaba en la fe o en la desesperación.” Él optaba por la fe, aunque fuera una fe abierta a lo insólito, al viento que murmura, a las apariciones o símbolos hallados en medio de la nada.

El asfalto precario se estiraba sin curvas fuertes, y la monotonía le permitió sumirse en otra reflexión: ¿Será cierto que me dirijo a Ushuaia? ¿O es mi propio espíritu el que empuja a seguir hasta un desenlace que no necesariamente coincide con ese punto geográfico? Se acordó de la cita de Nietzsche sobre el viajero que “reconoce en cada paso su propia infinitud.” Sonrió, con una mueca. La modernidad prometía caminos señalizados, metas precisas. Pero acá, la realidad es un vasto desierto con hitos fantasmales, y mi meta es un misterio más grande que Ushuaia misma, razonó.

De pronto, divisó una bifurcación en la ruta: un letrero oxidado indicaba una senda secundaria que, aparentemente, cortaba camino hacia la cordillera. La otra senda seguía el curso habitual, más largo pero más transitado. Olivarius dudó, sabiendo que la vía secundaria solía ser más ruda, tal vez de ripio. ¿Tomar el riesgo o mantener el

plan? Observó el letrero: era casi inentendible, aunque intuía el nombre de un pueblo desconocido.

Se estacionó para pensar. El romanticismo florece en las decisiones valientes o insensatas, reflexionó. Recordó la llamada a la aventura que había sentido en tantas ocasiones, mezclada con la conciencia de su moto frágil. No quiero quedarme a medio camino por un capricho, se advirtió, pero una voz interior, quizá la misma que alimentaba su metamorfosis, le aconsejo: “No le temas al desvío.”

Se oyó la sentencia de un motor a lo lejos, y un camión viejo apareció en la recta, pasando de largo. Olivarius, como si fuera una señal, se sintió instado a decidir de inmediato. Respiro y giró hacia la senda secundaria, con el cuerpo rígido. La ruta principal es la seguridad relativa; la secundaria, la apuesta por lo desconocido, pensó, escuchando una risa interior que lo unía a la idea de Kierkegaard sobre el “salto de fe.” Ya era demasiado tarde para ser prudente.

La vía secundaria era, en efecto, una mezcla de asfalto rajado y ripio suelto. Mantuvo una velocidad baja, controlando los frenos para no derrapar. El viento parecía amainar, como si le ofreciera un respiro para enfrentarse a ese tramo con menos sobresaltos. Sin embargo, un chirrido metálico surgió en la zona del engranaje. El motor se queja otra vez, pensó, con tensión, revisando mentalmente los pernos y tornillos que había ajustado.

El sonido cesó al cabo de unos metros, quedando solo un leve traqueteo. Sintió que era un canto de advertencia, un preludio a algo

mayor. Estoy al borde de perder la moto, lo presiento, se dijo, contrariando el escalofrío que le recorría la espalda. Aun así, no se rindió. Aferró el manubrio, interno en la nueva ruta, aceptando que la moto, como su vida era frágil y podía fallar en cualquier recodo.

En un punto, el camino se elevó apenas y pudo contemplar una vista panorámica de planicies onduladas, surcadas por finos hilos de ríos anegados. La luz del sol, ya alta, se reflejaba en esas aguas distantes, generando brillos que bailaban. Una emoción intensa le anudó la garganta: Aun en la más cruda desolación, la belleza se alza con majestuosidad, evocando a Camus y su idea de encontrar una razón para vivir en medio del absurdo.

Detuvo la marcha y respiró hondo, dejando que el aire puro inflamara sus pulmones. Sintió una comunión con el entorno, como si la naturaleza y él compartieran un mismo pulso vital. Un instante de comunión, esto es lo que me sostiene, pensó, cerrando los ojos unos segundos. Sentía un magnetismo extraño que le erizaba la piel: sin interrupciones ni apariciones, solo el diálogo silencioso entre hombre y tierra.

Volvió a subirse a la moto, con el sol dibujando su sombra alargada sobre la vía. En su corazón, una suplica de gratitud y coraje. Sabía que la travesía aún le depararía pruebas: la posible avería definitiva de la moto, un nuevo rostro de la miseria o del misterio. Pero la metamorfosis que lo habitaba se afianzaba más: cada decisión, cada hallazgo de objetos insólitos, cada reflejo en el viento o en el agua

consolidaban un temple que ya no debatía su cordura, sino que la asumía en simbiosis con lo inexplicable.

El día avanzaría y tal vez encontrara un caserío, tal vez una simple huella que se perdiera. No importaba. Mi búsqueda es interna y externa a la vez, imaginó acelerando con prudencia. El viento silbó un compás más suave, y la moto respondió con un sonido discreto, casi agradecido.

Los próximos pasos se escribirían en el asfalto o en la tierra inexplorada, testigos de una voluntad inquebrantable por llegar a un puerto aún incierto. Al horizonte infinito, Olivarius ofrecía su nueva mirada, en la cual la dureza del mundo se unía al presagio de lo sobrenatural, y un vislumbre de autores, reflexiones y la llama de la fe, no dogmática, sino la del viajero que abraza la paradoja, marcaba la senda de su creciente transformación.

Capitulo 8 Parte I

El viento rascaba la superficie del camino con un lamento grave, como si arrastrara consigo siglos de pasiones y memorias olvidadas. Olivarius, aferrado al manubrio de la moto, sentía en los hombros el peso de las jornadas acumuladas. Llevaba ya casi dos días sin hallar un lugar lo bastante habitable donde recargarse: la última posada quedaba atrás, en un punto que su mente reconocía como un remanso efímero. Ahora la ruta parecía un desierto inacabable, una cinta gris que ondulaba entre arenales y matorrales resecos.

Mientras la claridad gris del alba ganaba terreno, descubrió al costado un letrero desvencijado que apenas rezaba: “Ruta Provincial 22, próxima bifurcación.” Aun así, la carretera real se veía desierta, sin cruces ni poblaciones a la vista. Olivarius aminoró la marcha, rasgando el silencio con el ronroneo irregular del motor. El aire cargado de polvo reducía la visibilidad, confiriéndole a todo el paisaje un matiz espectral. Recordó un pasaje de Cioran que leía hace años: “No poseer nada, no pertenecer a nada, y estar expuesto a la inmensidad.” Sonrió con amargura al sopesar cómo las palabras del filósofo se volvían tangibles en ese entorno desnudo de referencias.

Se hacercó a un bloque de cemento donde alguien había pintado, con letras torcidas, “¡Acá la tierra habla, si sabes oírla!” El mensaje le arrancó un escalofrío: ¿Sería la gente local, o algún viajero, quien quiso dejar esa advertencia? Volvió a instalarse en su moto, con la decisión de avanzar antes de que el viento intensificara su soplido.

Con la ruta extendiéndose sin variaciones, su mente se sumía en el vaivén de pensamientos que ya se habían convertido en un acompañante recurrente. La modernidad, la ausencia del Estado, los azares de la ruta, las presencias mágicas que a ratos me asaltan, recapitulaba. Quizá en su vida anterior, anclado a las comodidades de la ciudad, ni se hubiera planteado cuestionar tanto la realidad. Ahora, cada kilómetro era un pretexto para un debate interior: ¿Soy yo quien invoca estos hechos irreales, o el paisaje tiene su propia voz? La moto traqueteó con un leve chirrido, recordándole que su vehículo no estaba exento de peligros.

De pronto, una bandada de aves oscuras cruzó el cielo, su graznido resonó con un eco inusual, como si la atmósfera rebotara las voces. Olivarius sintió un pinchazo de temor e inquietud: Parecía más un lamento que un graznido, pensó. Alzó la vista, intentando seguir el vuelo, pero las aves se difuminaron en una nube rojiza que se erguía al fondo, mezcla de polvo y reflejos matinales. Suspiró, volviendo la mirada a la ruta: a estas alturas, tales manifestaciones no lo sorprendían; más bien, le confirmaban que algo latía bajo la superficie del desierto.

Tras casi una hora de avance monótono, notó un sendero de tierra que partía a la derecha, casi oculto por malezas. Una señal oxidada, inclinada, apuntaba con flechas superpuestas, sin palabras. ¿Una ruta olvidada? Olivarius se detuvo. Tenía pocas referencias; su mapa era básico y no mostraba esa ramificación. Aun así, una curiosidad le

hormigueó el cuerpo: ¿Y si ahí encuentro un asentamiento o un rincón perdido que enriquezca mi travesía? Luchó con la duda, pensando en la fiabilidad de su moto y la crudeza de ese terreno.

Recordó otra vez, la frase de Kierkegaard sobre el salto de fe y la necesidad de arriesgar la razón. Sonrió con ironía: Mi viaje completo se ha vuelto un salto de fe. Decidió aventurarse por el sendero, bajando la velocidad hasta casi un trote. El ripio y la arena suelta comprometían la estabilidad de la moto, y el motor rechinaba con un mal presentimiento. Respira, solo es un tramo, se animó, balanceando el manubrio para no resbalar.

Al cabo de unos dos kilómetros, encontró una suerte de ensanchamiento donde varias cruces rudimentarias formaban un círculo. Parecían haber sido clavadas hace no mucho, pues la madera no lucía tan desgastada. En el centro, un montículo de piedras y flores secas, como un altar. No había rastros de caminos adicionales, ni vestigios de casas.

Se bajó, con el corazón inquieto por la extrañeza de aquel lugar. El aire era más espeso, o tal vez el silencio le daba esa impresión. Las cruces apuntaban al cielo, pero sin nombres ni placas. ¿Será un cementerio clandestino, o un espacio para recordar tragedias de la ruta? Aun así, las flores secas y las piedras parecían organizadas con un criterio casi ceremonial. Olivarius percibió un cosquilleo en la nuca; a su alrededor, el desierto se extendía sin misericordia.

Se hacercó al montículo y observó que, en las piedras, había símbolos garabateados: espirales, líneas zigzagueantes, y algo que evocaba a un ojo. Otra vez, la marca de lo inexplicable, pensó, reviviendo aquella ocasión en que halló un círculo de piedras cerca de la ruta. Por un instante, creyó oír un ruido, como si las cruces golpearan bajo el viento. Un rastro de superstición le heló la sangre, pero se sobrepuso. La curiosidad, mezclada con una inesperada reverencia, lo impulsó a colocar una piedra más en el altar, como un gesto simbólico. Al hacerlo, le pareció que el viento amainaba. O tal vez fue su imaginación forjando un relato místico.

Aun con el temor al deterioro de la moto, abrió su libreta junto a una cruz. El aire le movía las hojas con ternura. Escribió con letra algo temblorosa:

“Estoy en un sitio desconocido. Altar sin nombre, cruces sin identidades. Siento que me acerco a un umbral donde la vida y la muerte comparten el mismo silencio. Pienso en Nietzsche, que afirmaba que la tierra hablaría cuando el hombre se librase de sus cadenas. Acá, el hombre parece ausente, y la tierra diáloga en cada vertiente de estos cruces.

Kierkegaard me impulsó al salto de fe; Cioran me mostró la futilidad. Pero quizá Camus tenía razón al creer que en el absurdo hay espacio para la rebelión y la belleza. Estos cruces en el desierto simbolizan una memoria colectiva que no se olvida. O tal vez soy yo quien

proyecta un significado. No importa: la metamorfosis sigue, y no tengo opción más que aceptar la trama de magia y soledad que me envuelve”.

Cerró la libreta sintiendo un hormigueo en la cabeza. Algo en su interior clamaba que el viaje estaba a un paso de transformarse definitivamente, aunque no supiera cómo. Acarició una de las cruces, se despidió de aquel altar improvisado y regresó a la moto.

Encendió el motor, y esta vez notó que el chirrido se intensificaba. La moto temblaba como si algo dentro de su engranaje pidiese auxilio. Si se rompe acá, me quedaré atrapado, pensó con un brote de pánico. Aun así, apretó los labios y se aferró al manubrio, rezando en silencio (¿a quién?) que la máquina aguantara para salir del sendero.

En un momento, un golpeteo seco resonó bajo sus pies. Soltó un gruñido ahogado: ¿Será el escape o la cadena? A la distancia, entre la neblina del calor, creyó ver un vehículo estacionado. Aceleró con cautela, rogando que no se detuviera el motor. Para su alivio, se trataba de un viejo jeep, de donde descendió un hombre de rostro tostado y sombrero de ala ancha.

—¿Todo bien, che? Te veo con mala cara —preguntó el hombre, con tono preocupado.

—La moto no va muy fina. Necesito volver a la ruta principal —confesó Olivarius, con un temblor de alivio y vulnerabilidad.

El hombre, que se presentó como Darío, ofreció remolcarlo hasta un taller en un pueblo a pocos kilómetros de la ruta. Olivarius, dudando de la resistencia de su propia máquina, aceptó. Ataron la moto con sogas y se pusieron en marcha, dejando atrás aquel altar de cruces. Una vez más, un desconocido salva mi travesía de la catástrofe, reflexionó, sintiendo gratitud y vergüenza por la precariedad que seguía arrastrando.

Mientras el jeep avanzaba por el sendero de ripio, Olivarius, sentado junto a Darío, experimentó una confluencia de sensaciones. Vio el desierto devorando la estela de polvo tras ellos, la moto bamboleándose al ser remolcada, y recordó cómo en cada momento crítico aparecía alguien, un anciano, un camionero, un pescador o un errante en la ruta, ofreciendo un hilo de solidaridad. Quizás el realismo mágico no solo se manifieste en lo sobrenatural, sino también en el prodigio de la solidaridad en lugares donde uno esperaría la ley de la selva, meditó, agradecido.

Darío no hizo muchas preguntas. Solo musitó que su estancia quedaba cerca, que no se preocupara, que seguramente habría un taller o un mecánico semi retirado que podría darle una mano. Olivarius miró el horizonte con un cosquilleo: ¿estaría a punto de perder la moto de forma definitiva? El temor se mezclaba con el presentimiento de que algo mayor lo aguardaba, la prueba final de su metamorfosis.

En aquel jeep, con el cuerpo rebosando de reflexiones místicas y filosóficas que no solo abrazaban la crudeza del desierto, sino la certeza de que la vida, en su aparente abandono, podía bordear milagros insospechados. Un viaje que, desde su partida, se había llenado de presencias invisibles, de palabras de Nietzsche y Kierkegaard, de voces en el viento y de manos anónimas que surgían para tender un cable.

Con la brisa enrarecida y la moto sacudiéndose tras el jeep, Olivarius cerró los ojos, aceptando ese regalo de la ruta: un preludio a la confrontación que, en el siguiente tramo, podría definir su destino. El silencio de Darío y el ruido auxiliador del motor componían una melodía extraña, tejida de arena, misterio y un anhelo íntimo de llegar más lejos, de desentrañar la verdad profunda de ese sur infinito que lo llamaba, aun en medio de tanta precariedad. De este modo, con el ocaso cerca.

Parte II

El aire enrarecido de la mañana envolvía las planicies con un manto de neblina pálida, como si la tierra prefiriese ocultar sus contornos bajo un silencio expectante. Olivarius se había despertado antes del alba en un hostal improvisado, donde los recuerdos de la noche

previa, los ruidos extraños y una charla fugaz con un mecánico local, aún palpitaban en su mente. Ahora, más o menos en el día cuarenta de su larga travesía, notaba la creciente rigidez de sus músculos y el cansancio que no cedía ni con horas de reposo. Aun así, el llamado del sur lo impulsaba a reanudar la marcha: había algo en esas latitudes que lo convocaba, aunque ignorase el motivo último.

Se calzó la chaqueta y palpó la moto, verificando con tensión cada perno y su engranaje. El mecánico le había advertido la noche anterior que el escape seguía suelto, y que la cadena, aunque ajustada, podría resentirse. Olivarius esquivó la punzada de ansiedad, recordando otros avisos similares que, hasta ahora, la moto había sobrellevado. Una mano final al manubrio, un giro de la llave, y el motor tosió antes de encenderse con un bramido ronco.

Cuando se puso en movimiento, la neblina cerró el panorama en una cortina blanquecina. La visibilidad era escasa, forzándolo a mantener la velocidad reducida. La melodia monótona del motor se mezclaba con el tenue silbido del viento, y en esa resonancia entrecortada, su mente se internó en reflexiones más hondas:

¿Quién soy ahora? Se preguntaba, respirando el aire húmedo. Han pasado tantos días que siento haber vivido una vida entera en cada tramo. Siento la dureza y el desamparo, la magia y la solidaridad. Kierkegaard hablaba del salto de fe; yo vivo un salto en cada curva, desconfiando de la máquina y confiando en algo intangible.

Cerca de media hora más tarde, la neblina empezó a disiparse, revelando un paisaje de suaves colinas y rastrojos quemados. La moto ascendió una lomita, y al descender, Olivarius divisó un caserío aislado, compuesto por media docena de viviendas de adobe y chapas. El aspecto era precario: techos hundidos, ventanas que parecían huecos mal tapados. Aun así, se trataba de un indicio de humanidad en medio de tanta vastedad.

Siguiendo el impulso de su curiosidad, aminoró para examinar si había un lugar donde tomar algo caliente o reabastecer la cantimplora. Notó que, en la entrada del caserío, un cartel pintado a mano rezaba “Puesto La Amalia: se vende pan, mermeladas y algo de abrigo.” Detrás, un corral con unos pocos animales famélicos. El contraste con la neblina evocaba cierta atmósfera fantasmal: un puñado de gente aferrada a la tierra, ignorada por el progreso.

Detuvo la moto junto a un cobertizo, donde un carro estacionado exhibía sacos de harina y mantas. De él bajó un hombre de mediana edad, con la piel curtida y una sonrisa apenas insinuada. Al verlo, Olivarius alzó la mano en señal de saludo.

—¿Buscás algo? —preguntó el hombre, con acento pausado.

—Agua y, si tenés, un poco de pan o café —respondió Olivarius, consciente de su propia voz ronca por la mañana.

El hombre se presentó como Rubén, un vendedor nómada que recorría la región intercambiando productos básicos y buscando, de vez en cuando, arriendo para sus animales. Invitó a Olivarius a

sentarse en un banquito de madera. Allí, le ofreció un jarro de café tibio y un pedazo de pan casero. Parecía un gesto diminuto, pero en la rudeza de este territorio, resultaba un obsequio de gran valor, pensó el viajero.

—¿De dónde venís y a dónde vas? —inquirió Rubén sin rodeos.

—De la capital, rumbo al sur. Sigo la ruta sin plan fijo, pero quisiera alcanzar Ushuaia.

Rubén frunció el ceño, asintiendo con lentitud.

—Va a ser duro. Hay tramos en que ni postes de luz vas a encontrar. Más gélido, menos gente.

Olivares bebió el café, percibiendo en el sabor algo de hollín y cenizas, tal vez por el tipo de fogón que lo calentó. Pero nada le supo más reconfortante. La dureza de este viaje se compensa con la calidez de quienes ofrecen lo poco que tienen, reflexionó en silencio.

Mientras Rubén guardaba sus sacos en el carro, Olivarius se fijó en un detalle: sobre un tronco yacía una máscara tallada en madera, con facciones torcidas y ojos tallados en círculos. Parecía una artesanía rudimentaria, pero irradiaba un magnetismo singular.

—¿De quién es esa máscara? —preguntó, intrigado.

—La hace gente que cree en el “Espíritu del Desierto,” algo así como un guardián de estos suelos. Yo no me meto, pero dicen que si lo ves en sueños, la tierra te concede protección.

Olivarius sintió un escalofrío mezclado con curiosidad. Otra señal de la magia latente que habita estos confines, pensó, tanteando la máscara con la punta de los dedos. El roce de la madera resultaba áspero, casi como un tejido vivo.

—¿Te interesa? —soltó Rubén con una media sonrisa—. Podés llevártela, si dejás algo a cambio.

El viajero soltó un par de billetes, no tantos como para ofender, ni tan pocos como para abusar. Rubén aceptó sin discutir, y Olivarius guardó la máscara en la mochila. Se despidió con un apretón de manos, sintiendo una mezcla de recelo y fascinación por el objeto. ¿Será un simple amuleto o un puente a lo inexplicable? Se preguntó, evocando los episodios ya vividos.

Regresó a la moto y antes de partir dejó un momento para anotar unas líneas en la libreta:

“He hallado una máscara del ‘Espíritu del Desierto.’ Cada quien la interpreta a su modo: superstición, tradición, mito. Yo, que he visto demasiadas señales, empiezo a creer que estos parajes poseen un pulso sagrado. La modernidad ni se asoma, pero un misticismo elemental vibra en cada piedra.

Escribió Nietzsche: ‘Uno debe tener caos en sí para dar a luz una estrella danzante.’ Tal vez mi caos se acrecienta con cada kilómetro, y la estrella que danzo sea la magia de estas tierras. ¿O me hundo en

la locura, al ver en todo un presagio? Sigo sin encontrar certeza. Pero el viaje me pide no temer”.

Guardó el cuaderno sintiendo un leve temblor en las piernas, una mezcla de exaltación y cansancio. Encendió el motor y puso rumbo de nuevo al sur, mientras las casas de adobe se difuminaban en el retrovisor.

Conforme avanzaba, notó que la moto vibraba con una estabilidad precaria. El viento mantenía su caricia helada, y cada tanto el panorama se abría en una planicie barrida por un sol sin piedad. Sorprendentemente, no divisó vehículos en una hora entera. Ni un camión, ni un automóvil. La soledad pesaba, pero también lo calmaba. Parece que me aparto cada vez más del mundo civilizado, meditó.

La vista de un rebaño de guanacos cruzando a lo lejos silenciosos y esquivos reforzaba la impresión de que la naturaleza dominaba con su ley ancestral, y uno estaba expuesto a sus designios. De poco sirve la idea de un Estado que no llega, ni un progreso que se quede en promesas, siguió reflexionando. La gente vive con lo que tiene, y la tierra suple el resto en un pacto frágil que roza lo sobrenatural.

En el abismo de su mente, surgía la sensación de estar cambiando irreversiblemente. No solo por las lecturas filosóficas o los acontecimientos extraños, sino porque su corazón se sentía abierto y a la vez endurecido: abierto a la magia, endurecido ante la

indiferencia de la vida urbana que había dejado atrás. Ya no podría volver a ver la ciudad con la misma mirada de antes, se dijo, evocando la fantasía de un final en Ushuaia. Aunque llegue, la verdadera meta es este aprendizaje que me quiebra y me reconstruye cada día.

Un bache lo sacudió con brusquedad. La moto herida soltó un gruñido metálico, obligándolo a detenerse con el corazón retumbante. Se bajó a revisar. El escape, la horquilla, la cadena… Parecía un conjunto de remiendos que se resquebrajaban. Con un nudo en el estómago, forzó la estructura, acomodándola como pudo. Todavía aguanta, repitió en voz baja, aunque la certeza era endeble.

Siguió adelante durante otra hora, hasta que el cielo se tiñó de naranjas y púrpuras, anunciando el crepúsculo. Sentía las piernas entumecidas y un murmullo en el aire que se elevaba con la caída del sol. El día cierra con el runrún del viento, como tantas veces, pensó, esbozando una sonrisa triste. ¿Hallaría pronto un refugio, o dormiría de nuevo en la ruta, arriesgando su seguridad y la de la moto?

Mientras contemplaba los matices del atardecer, su espíritu se inundó de una calma casi mística. Recordó una frase de Camus: “En medio del invierno, descubrí en mí un verano invencible.” Ahí, en la Patagonia, cada paso le decía que la crudeza era la norma; sin embargo, su fortaleza interior no lo abandonaba. El realismo mágico no es un aderezo; es la llave que me permite soportar la crudeza, se dijo, notando un brillo en sus ojos al repasar su metamorfosis.

La noche comenzaba a extender su manto estrellado cuando decidió detenerse en un claro junto a un cerro bajo. No había ni un alma cerca, pero la luna se alzaba casi llena, suficiente para iluminar algo del entorno. Un vivac más, pensó, acomodando la carpa en un hueco protegido del viento. En la penumbra, sintió un susurro leve, quizá un ave nocturna o el eco de su propia respiración.

Mientras se acurrucaba en su saco de dormir, evocó la imagen de la máscara tallada y las espirales encontradas en los altares. Se durmió con la certeza de que cada señal —sea un objeto olvidado, un canto de aves, un símbolo arcaico— confirmaba la presencia de un "sentido" oculto que resonaba con su viaje, aun cuando la razón no lo comprendiera del todo. Se cerraba así, con un cielo tachonado de estrellas y la moto a su lado, firme aunque maltrecha.

En ese trance entre la vigilia y el sueño, Olivarius sintió que la rudeza y la magia ya no se contraponían: eran dos caras de la misma realidad. Su metamorfosis seguía, impulsada por la fe en lo intangible y la crudeza del asfalto, la soledad y el amor silencioso hacia estas tierras ásperas. Con el murmurar del viento como canción de cuna.

Parte III

El primer golpe de luz atravesó la abertura mal sellada de la carpa, y Olivarius se incorporó con la espalda en tensión. Había pasado una noche tumultuosa, con las ráfagas del viento azotando la tela y un coro nocturno de insectos que se mezclaba con extrañas voces. Levantó la cremallera y quedó envuelto en el frescor de un amanecer sin nubes, en el que el sol nacía con una claridad casi metálica sobre la llanura. A lo lejos, el horizonte dibujaba un tenue brillo violeta, pronosticando un calor seco para el mediodía.

Tras guardar la carpa en su mochila, notó que la moto seguía en pie, con la horquilla algo menos tensa que cuando llegó ahí la noche anterior. Tal vez el reposo de unas horas la alivió, bromeó en su fuero interno, aunque era consciente de que la avería seguía latente. Encendió el motor, escuchando el ronquido metálico que ya le resultaba tan familiar como un latido forzado. El aire, cargado de polvo, raspaba la garganta, y se recordó que, una vez más, su cantimplora estaba medio vacía.

Mientras enderezaba la ruta al sur, su mente se llenó de imágenes de la jornada previa: el encuentro con pescadores improvisados, la charla con un mecánico que hablaba de la “ruta final” donde nadie se aventura. También recordó el mareo que lo había asaltado al anochecer, una mezcla de cansancio y la certeza de que, a cada tramo, el entorno se volvía más y más inhóspito.

Mientras avanzaba, el motor se fusionaba con sus pensamientos, como si fuera un metrónomo que marcara el ritmo de sus reflexiones. Le vino a la mente la filósofa Simone Weil, y aquello que ella llamaba la “atención absoluta”: la disposición de recibir la realidad sin subterfugios ni juicios inmediatos, como una forma de apertura espiritual. “Atender es lo contrario del esfuerzo”, recordaba vagamente. Y comprendía que su viaje se asemejaba a ese acto de atención: cada hecho, cada encuentro, cada detalle cobraba densidad y potencial mágico.

—Tal vez mi viaje sea un ejercicio de atención —balbuceo, mirando el desierto que se abría a su derecha. Ojalá Simone Weil aprobase esta idea de un peregrino que, sin un plan concreto, se sumerge en la crudeza del mundo. ¿No es la atención el acto de ver lo que otros pasan por alto?

En esas cavilaciones, un bache lo sacudió con fuerza. El manubrio vibró, y la moto pegó un respingo que casi lo hace perder el equilibrio. Mantuvo la firmeza, con el corazón acelerado. Justo cuando me disperso, la ruta me fuerza a la realidad, se dijo, con un suspiro de alivio y también de advertencia: un segundo de ensoñación podía costarle muy caro.

Poco antes del mediodía, el sol se alzó sin piedad. El asfalto, agrietado en muchos tramos, se desplegaba con ondulaciones de calor. En la distancia, divisó un conjunto de casas, o al menos eso parecían. Se animó a esperar que hubiera agua o gente con quien

intercambiar provisiones. Sin embargo, al aproximarse, notó que se trataba de un asentamiento abandonado: paredes carcomidas, techos caídos y ventanales huecos. Otro pueblo fantasma, pensó con un deje de amargura.

Se detuvo en la entrada, donde un cartel tirado en el suelo, con letras desgastadas, dejaba leer: “Bienvenidos a Soledad del Río.” El nombre, casi irónico. ¿Cuál río? Se preguntó al no ver ni un hilo de agua en kilómetros. Avanzó por una calle derruida, intuyendo que nadie habitaba allí. Sin embargo, en la esquina más lejana, percibió un movimiento. Paró la moto para cerciorarse.

—¿Hola? —gritó, escudriñando la penumbra de un corredor semiderrumbado. Ninguna respuesta. Solo el choque de una chapa contra otra, empujada por el viento. El escalofrío le erizó la piel: el mismísimo misterio emergía, con su halo de magia en un sitio desolado. Decidió no prolongar la inquietud; no valía la pena explorar casas que pudieran hundirse bajo sus pasos.

Retomó la carretera, agradecido de que la moto aguantase, aunque cada estruendo en el motor le recordaba la fragilidad de su aventura. Si me quedo varado en un lugar así, ¿qué haré? Se repetía. Y sin embargo, una fuerza interior lo empujaba a continuar, igual que si una mano invisible le indicase: “Aún no es tu fin.”

Cuando el sol ya se aproximaba a su cenit, se detuvo en la sombra escasa de un árbol raquítico, único vestigio de vegetación más alta. Apagó el motor, se sentó en el suelo de tierra seca y bebió un sorbo

minúsculo de agua para racionarla. Sacó su libreta y comenzó a anotar:

“Día cuarenta y algo. He cruzado un pueblo fantasma llamado ‘Soledad del Río,’ sin río ni soledad que suene amable. Pensé ver a alguien, pero solo encontré ruinas y el viento, esa voz perpetua del desierto.

Me acuerdo de Simone Weil y su atención radical, esa mirada que se abre a lo que es, sin forzarlo. Creo que este viaje se ha convertido en mi escuela de atención: no puedo evadir la realidad hostil ni negar las pinceladas mágicas que se cuelan en lo cotidiano.

Hoy me siento más cansado que nunca, como si cada kilómetro desgastara mi carne, pero al mismo tiempo, algo en mi espíritu se expande. Vivir en la contradicción: Rilke lo decía, “Lo bello es el comienzo de lo terrible que todavía podemos soportar.” Acá, la belleza del paisaje se mezcla con su crueldad, y yo camino en esa línea delgada.”

Mientras releía esas líneas, un murmullo pareció surgir de la nada, un rumor leve que podría ser un remolino de polvo o su propia respiración. Sonrió sin miedo, guardó el cuaderno y decidió reanudar la marcha. O el desierto me habla, o mi mente sugiere otra ilusión, pensó con la tranquilidad de quien acepta ambas posibilidades.

Avanzó bajo el inclemente sol, con la chaqueta empapada en sudor. La carretera se mostraba más rota, exigiéndole esquivar grietas y manchones de ripio. De pronto, al salir de una curva, vislumbró una figura humana caminando por la banquina, como tantas veces antes. Pero a medida que se aproximaba, notó algo peculiar: esa persona se movía con un andar casi flotante, y su indumentaria parecía un traje de lona desgastado, sin rostro visible.

Parpadeó, sintiendo algo de miedo: ¿Estoy delirando? Aun así, redujo la velocidad para evitar un choque. La figura se detuvo, levantó un brazo en un gesto ambiguo. Olivarius consideró frenar, pero el miedo lo disuadió un instante. ¿Será un viajero real o una alucinación? Al final, la sensatez pudo más y aflojó el puño del acelerador.

—¿Necesitás ayuda? —gritó, sin bajarse. El viento soplaba con fuerza, moviendo el traje de esa figura. Era imposible ver su rostro. Segundos después, el ente (o persona) bajó el brazo y retrocedió unos pasos. Olivarius sintió una punzada de irrealidad: ¿Por qué se aleja si claramente pedía atención?

El corazón le palpitó acelerado. En un segundo, decidió que no valía la pena arriesgar la integridad de la moto y la suya propia por un suceso tan extraño. Apretó el acelerador, y el motor respondió con un ruido ensordecedor, alejándolo de esa aparición desconcertante. Al mirar por el retrovisor, no vio nada: la figura había desaparecido en el basto llano. Un sudor frío le recorrió el cuerpo. ¿Habré dejado a alguien real sin ayuda, o evité un peligro desconocido?

La tarde caía cuando por fin la ruta se aliviaba en una planicie más firme. De pronto, un letrero indicaba “Estancia Santa Prudencia – 5 km”. Un alivio recorrido lo invadió: tal vez allí pudiera pedir cobijo, agua y un mínimo arreglo a su moto. La idea de acampar otra noche en la intemperie con el recuerdo de la figura enigmática rondándole la cabeza no le seducía.

No tardó en ver un portón de madera y una calle de tierra que conducía a una casa amplia, con corrales y un galpón grande. Se animó a entrar despacio, con el sol anaranjado en lo alto, esperando no toparse con perros o guardias armados. Un par de hombres vestidos de gauchos se acercaron, desconfiados al inicio, pero terminaron aceptando su presencia al ver su estado de fatiga.

Uno de ellos, presentándose como Osvaldo, lo invitó a pasar al galpón donde guardaban máquinas agrícolas. Si hay voluntad, me ofrecerán un techo, pensó Olivarius, exhalando el ansia que cargaba. Por dentro, la certeza de su metamorfosis se intensificaba: cada ayuda recibida, cada aparición de lo incomprensible, lo sumergía en un ciclo de fe y crudeza. Sabía que su trayecto se prolongaría todavía, pero sentía que el final —la confrontación definitiva— se acercaba.

Al apagar el motor en el galpón, respiró hondo, percibiendo un olor a heno, grasa y petróleo. Dio las gracias a Osvaldo y al otro peón, sintiendo que aquel atardecer, el fin de un día confuso. Al fondo, el sol se hundía en un crepúsculo de fuego y viento, prometiendo una

noche en la que, quizá, tendría otro encuentro con lo mágico o lo descarnado, a partes iguales. Pero por ahora se conformaba con un rincón seco y la esperanza de un plato de comida caliente.

En silencio, se dejó llevar por el ruido habitual de la estancia y el recuerdo de la figura extraña en la ruta, mientras su mente, a la vez ansiosa y reconfortada, marcaba el compás de una historia que, sin duda, aún no culminaba.

Parte IV

El canto suave de un gallo despuntó el amanecer en la estancia, anunciando una jornada que prometía un cielo despejado y un calor seco. Olivarius se desperezó lentamente, notando que el lecho improvisado en el galpón —entre fardos de heno y maquinaria vieja— le había dado un descanso mejor de lo esperado. Al incorporarse, vio un resplandor dorado colándose por las hendijas de la madera, confirmando que el sol ya ascendía sobre la meseta.

Cerró la bolsa de dormir y salió al patio, donde el olor de la tierra recién regada se mezclaba con el de los animales. En la distancia, un par de hombres arreaban ganado, siluetas diminutas contra la inmensidad. La estancia Santa Prudencia, con su fachada principal a varios metros de donde él dormía, lucía más activa: un humo leve emergía de la cocina, y se oían voces de peones organizándose para la faena diaria. El viento, más suave que de costumbre, soplaba en ráfagas agradables.

La tarde previa había sido extraña: el encuentro con una figura dudosa en la ruta, la llegada a la estancia, la cordialidad mesurada de sus moradores. Le habían ofrecido un rincón para pasar la noche y un guiso sencillo que le supo a banquete. El cansancio lo invadía de tal modo que había declinado charlas largas, limitándose a dar las gracias antes de caer rendido. Ahora, con la luz de un nuevo día, sentía un alivio mezclado con la persistente conciencia de que su viaje se hallaba en un umbral delicado. La moto no dejará de advertirme su fragilidad, pensó, sintiendo un cosquilleo entre la certeza y la resignación.

Mientras daba unos pasos para despejarse, olió el aroma de café que salía del comedor rústico de la estancia. Ahí, un peón llamado Osvaldo, el mismo que la víspera lo había recibido con escepticismo bebía de un jarro de metal. Lo saludó con un ademán de cabeza y le cedió una banca de madera.

—Dormiste bien, parece.

—Sí, gracias. Necesitaba un techo —respondió Olivarius, con voz aún adormilada—. La ruta cansa más de lo que uno asume.

Osvaldo asintió sin prisa, mirándolo con algo de curiosidad. Olivarius sospechaba que, para aquel hombre, su aparición seguía resultando inusual. Un forastero con una moto renqueante, en plena Patagonia, pensaría Osvaldo. Aun así, en la quietud de la estancia, había un halo de hospitalidad silenciosa, más real que las promesas políticas que tantas veces escuchó en su vida.

—¿Pensas partir ya? —indagó el peón, restregando las manos llenas de callos.

—Tan pronto revise la moto, sí. Quiero avanzar antes de que el viento arrecie.

—Cuídate. Más al sur, no hay mucho.

La frase no sonó a advertencia hostil, sino a un eco de realismo, como si toda esa gente hubiera aprendido a vivir con la indiferencia de las instituciones y la dureza de la tierra. Aun así, la mención de que “no hay mucho” se antojaba paradójica a Olivarius: a veces lo invisible—la magia, la fe, la compasión— vale más que mil proyectos modernizadores.

Tomó el desayuno ligero que le ofrecieron —un pan grueso y café tibio— y se dirigió al galpón donde yacía su compañera motorizada. Abrió el capó lateral con la llave multiusos, revisando con manos torpes las tuercas del escape y la cadena. Encontró un tornillo flojo y

buscó una herramienta para ajustarlo. El chirrido no cesaba, pero al menos la pieza no se había salido. Resistiré otra jornada, se animó, consciente de la precariedad.

Mientras manipulaba las piezas, la mente se le inundó de reflexiones sobre su transformación. Recordó lo que Camus planteaba: “Ser libre es correr el riesgo de la soledad.” Y la ruta le demostraba que esa soledad puede ser magnífica y atroz a la vez, mezclada con experiencias tan cercanas a lo sobrenatural que cuestionaban su cordura. Tal vez mi soledad sea la puerta a una libertad que me reconfigura, razonó, sintiendo una punzada de emoción inarticulada.

Antes de partir, se acercó a la vivienda principal para despedirse y agradecer la estadía. Una mujer entrada en años, con semblante sereno, dijo llamarse Marta. Comentó que solían acoger viajeros ocasionales, “aunque no muchos se atreven por estos lares.” Olivarius dejó algunos billetes como aporte y un “gracias” sentido que ella aceptó con un “Dios te guíe.”

—Tal vez Dios, o el viento —bromeó el viajero, recordando la recurrente personificación del aire. Marta sonrió sin asombro, como si para ella esa idea resultara perfectamente lógica. La gente acá —pensó— compone un sincretismo entre su fe y la fuerza natural. Un realismo mágico cotidiano.

Montó la moto, notando los murmullos de algunos peones que lo contemplaban con curiosidad. Se despidió con una alzada de mano y arrancó. En la distancia, la plana estepa brillaba bajo un sol

creciente, y el viento, aunque tenue, no tardaría en convertirse en un susurro áspero.

Con la estancia quedando atrás, la ruta se extendió en una sucesión de curvas ligeras. El horizonte se difuminaba en una bruma lechosa que, a ratos, adquiría matices violáceos. Cada tanto, distinguía sombras de guanacos o aves que se elevaban con graznidos roncos. La naturaleza en su forma más pura, pensó, recordando las palabras de Simone Weil acerca de que la realidad puede hablarte si dejas de imponerle tus prejuicios. Quizá escucho el ruido de estas bestias y lo transformo en un mensaje interior.

Acercándose al mediodía, la moto empezó a toser con más insistencia. Un pánico leve se prendió en el pecho de Olivarius: ¿Sería este el momento en que me quedaría varado definitivamente? Sin embargo, cada vez que parecía apagarse, un bramido final la reanimaba, como si una fuerza invisible la empujara a resistir. Esto roza el milagro, pensó con un nudo en la garganta, sosteniéndose en la certeza de que su viaje no podía morir allí, en un rincón perdido.

Decidió no forzar más y paró junto a una formación rocosa que ofrecía algo de sombra. Se bajó con cuidado; un mareo leve le nubló la visión. ¿Será la deshidratación o el exceso de sol? Bebió un sorbo escaso de agua y se sentó en la roca. El silencio era tan profundo que, si cerraba los ojos, se habría creído en un vacío cósmico. Con la mano temblorosa, abrió su libreta:

“Día cuarenta y tantos. Mi moto da gemidos de un ave herida, pero todavía avanza, como si algo mayor la sostuviera. Pienso en Rilke: ‘La verdadera patria del hombre es la infancia, el mundo del asombro.’ Y me encuentro recobrando ese asombro, en un paraje donde el racionalismo fracasa y solo cabe maravillarse o rendirse al terror.

Me aferro a la idea de que la bondad, la magia y la rudeza coexisten. He visto demasiadas señales como para negarlas. Hoy, la estancia me regaló calor humano, y la moto se niega a perecer. Siento la presión de un final cercano, el presentimiento de que pronto enfrentaré el desafío definitivo de mi trayecto”.

Cerró la libreta, sintiendo un alivio y un temblor en sus manos. Escribo para no enloquecer, y sin embargo, mi escritura se ha vuelto el espejo de esta metamorfosis, reflexionó. El viento giró, levantando granos de arena que rozaron su rostro con un escozor punzante.

Se levantó con lentitud, revisó la moto para cerciorarse de que no hubiera fugas de aceite, y retomó la marcha. El motor respondió con un gruñido que lo hizo estremecerse, mas siguió. Tal vez llegue a la siguiente población, o quizá no, se dijo, pero la determinación de ver la Patagonia hasta su confín le fortalecía.

Manejaba con cautela, dejando que el paisaje fuera su compañero: cerros bajos y arenales que se sucedían, la aridez apoderándose de todo, algún pajonal verde cerca de un humedal casi seco. Lo

grandioso de esta tierra es su franqueza: si no puedes con ella, te expulsa sin piedad, pensó, entendiendo por qué muchos le anunciaban que “más al sur no hay nada.” Sí que hay: hay esta desolación majestuosa, algo virgen, mágico que atraviesa el polvo y me invita a trascender mi yo anterior.

Conforme el sol descendía, la tarde pintaba el cielo de naranjas y rojos intensos. Se sintió parte de un lienzo viviente, un testigo diminuto de la belleza que surge incluso en la desolación. Y si la moto aguantaba un día más, él estaría más cerca de esa meta difusa: Ushuaia, el fin del mundo, o el fin de su propia inocencia. Sin prisa, se internó en la penumbra que empezaba a adueñarse del paisaje.

Aun sin haber sufrido la pérdida definitiva de la moto, Olivarius percibía la presión de un desenlace inminente. La crudeza, la magia, las enseñanzas de autores como Weil, Camus o Rilke entretejían su visión con cada kilómetro. Su humanidad estaba en juego, su fe en la vida —aunque no en la modernidad fallida— se reafirmaba con cada paso, cada pequeña muestra de solidaridad o extrañeza.

En la oscuridad creciente, sintió una rara paz: He aceptado que mi destino se teje entre el polvo y el prodigio, pensó, mientras el motor continuaba su marcha renqueante, fiel a la voluntad de un viajero que no temía a la noche. Y así cerraba la cuarta parte del octavo capítulo de su largo peregrinaje, dejando abierto el umbral para la próxima jornada, en la que quizás la moto se rindiera o, tal vez, un

último milagro la sostuviera un tramo más, guiándolo hacia la metamorfosis final de su experiencia.

Capitulo 9 Parte I

La mañana empezó con una luz turbia, preludio de vientos fríos que azotaban la ruta sin misericordia. Olivarius emergió de su bolsa de dormir en un recoveco de la ruta, consciente de que llevaba casi una semana sin tocar un pueblo de más de unas pocas casas. El día cuarenta y tantos (quizá cincuenta) se cernía sobre él con un dejo de inminencia: en los últimos tramos, había sentido que la moto avanzaba por pura obstinación, como si resistiera al colapso nada más que por la voluntad del viajero. Y aun así, no se detenía.

Un arranque más escabroso

Encendió el motor con un rezasgo áspero, temiendo que aquella vez no fuera a responder. Tras varios intentos fallidos, el rugido se impuso y la moto tosió, reticente. Olivarius, con la determinación templada por todos los días previos, se dispuso a recorrer otra jornada de incertidumbre. Recordó la frase de Camus: “La verdadera generosidad con el porvenir consiste en darlo todo en el presente.” Ahí estaba él, regalándole todo su coraje al presente, con la ruta por delante y el porvenir convertido en una quimera.

El paisaje se sucedía en una llanura gris-parduzca, con alguna ondulación que no aliviaba la monotonía. El frío comenzaba a hacerse más patente en las ráfagas del viento, algo anunciado por la gente local: “Al sur de la Patagonia, hasta el aire hiere.” Sin embargo, en medio de ese rigor, la mente de Olivarius se mantenía abierta a lo mágico, a lo intangible que latía bajo la rudeza.

Tras un par de horas de marcha interrumpida solo por paradas breves para beber un poco de agua o tensar la cadena, un golpe seco en la parte trasera lo alarmó. El motor se ahogó, y la moto se tambaleó, obligándolo a frenar, con violencia: ¿Será este el instante en que me quedo varado definitivamente? Bajó, examinó con manos secas. Al parecer, un resorte del amortiguador se había roto, y la rueda trasera golpeaba sin amortiguación adecuada.

Con un escalofrío, recordó la advertencia del mecánico días atrás: “Estos caminos no son bondadosos con las máquinas cansadas.” Cerró los ojos y respiró hondo: Puedo continuar un poco más, o puedo quedarme acá a la suerte de un milagro. No había nadie alrededor, ni el menor rastro de vehículos. La modernidad, en apariencia, se había detenido cientos de kilómetros atrás.

—Sigo —musitó, empujando la moto un tramo para encontrar un asfalto menos rugoso. Volvió a encenderla. Se oyó un chirrido metálico, pero el motor arrancó. Avanzó con lentitud, con la incertidumbre de cada metro. Quizá la moto aguantase un día más, o un kilómetro más.

La marcha prosiguió casi una hora, con la vibración de la rueda trasera retumbando en su columna vertebral. De pronto, en un recodo de la ruta, vislumbró un fenómeno que le heló la sangre: una bandada de aves blancas cruzó el cielo formando una figura casi geométrica, y cada ave emitía destellos con la luz del sol, como si sus plumas fueran de un material reflectante. ¿Ánades, cisnes, flamencos? Olivarius no supo definir la especie, pero el espectáculo rozó la frontera de lo milagroso, dado el brillo irreal que se plasmaba en sus alas.

El viento amainó en ese lapso, y él juró escuchar un ruido de aleteos que se transformaba en un murmullo coral. ¿Es posible? Se preguntó, sintiendo un nudo en el pecho. Pestañeó y el evento había concluido: la bandada se disipó tras una colina lejana. Sin embargo, el viajero quedó temblando, con la certeza de haber presenciado uno más de esos guiños mágicos que el mundo le obsequiaba al borde de la soledad absoluta.

Paró junto a un poste carcomido por la herrumbre y anotó en su libreta:

“Día cuarenta (o cincuenta). Se rompe casi todo en mi moto, menos mi voluntad de seguir. Hoy, una bandada blanca cruzó el cielo y sus alas parecían reflejar un sol doble, o un fuego que no comprendo. Pensé en Simone Weil y su ‘atención radical’, y en Kierkegaard

diciendo que la angustia define al hombre ante lo infinito. Me siento en esa angustia y ese infinito. ¿Será la ruta mi vía de ascesis?

Quizá la moto ceda en cualquier instante, pero mientras siga resistiendo, me mantengo en marcha, aceptando la crudeza y esta ráfaga de magia que me envuelve. Sigo con la promesa de llegar a Ushuaia, aunque parte de mí ya entiende que el destino es la transformación en sí, no un punto en el mapa.”

Se guardó la libreta, con un hormigueo que combinaba esperanza y resignación. Una fe obstinada, la de quien en lugar de orar a un dios convencional, encomienda su alma a la tierra y al viento, se dijo.

A pocos kilómetros, la ruta ascendía un pequeño cerro, y Olivarius distinguió una formación rocosa con grietas que parecían figuras talladas. Frenó con la moto resentida, movido por una fuerza interna que le gritaba “mira esto”. Al acercarse a la roca, notó símbolos rudimentarios que le recordaban a aquellos hallados en algún altar o mapa: espirales, líneas diagonales, y el contorno de un ojo. Parecía obra de gente ancestral, o tal vez más reciente.

Al rozar la piedra, percibió una suerte de calor residual, inconcebible en un material tan frío. ¿Deliro yo, o la piedra me devuelve algo vivo? Un escalofrío le recorrió la espalda, la convicción de que estaba inmerso en un realismo mágico permanente. Lo crudo del mundo no niega la presencia de un aliento espiritual, concluyó, embargado por un sagrado respeto.

Retomó la moto con la mente saturada de señales y la mirada hundida en el horizonte. El peso de la indiferencia estatal, tan evidente en cada tramo desértico, cargaba sobre sus hombros igual que la moto con su avería final. Pensó en cómo, en su vida previa, abogaba por ideas de desarrollo y progreso, sin imaginar el grado de abandono que veía ahora en las rutas interminables. ¿Será que el verdadero desarrollo sucede en la conciencia, no en el hormigón? Se cuestionó, evocando un esbozo de la filosofía de Zygmunt Bauman, quien hablaba de la liquidez de la modernidad y la fragilidad de todo plan racional.

El día avanzó sin un solo vehículo en sentido contrario o tras él. El sol golpeaba la moto, y el viento parecía un enemigo helado que se colaba por su casco y chaqueta, haciéndole temblar. Cada paso, cada kilómetro, lo sumía más en esa naturaleza que devoraba sin piedad cualquier vestigio de comodidad urbana.

Al caer la tarde, el motor comenzó a emitir un sonido gutural, un crujir sordo y repetitivo. El corazón de Olivarius se comprimió: ¿Ha llegado el instante? Detuvo la moto con urgencia y bajó para revisar. Una grieta metálica, casi imperceptible, se asomaba en la base del bloque del motor. Si esa grieta se ampliaba, el aceite escaparía y la moto colapsaría. Se sentó en el suelo polvoriento, observando el desperfecto con los ojos húmedos: He resistido tanto, pero la materia al final cede, musitó en su fuero interno.

Sintió unas ganas de llorar que no logró reprimir. El fin puede estar acá, pensó, pero en vez de hundirse en desesperación, recobró una calma extraña. Recitó mentalmente palabras de Cioran: “No se es lúcido sino al precio de un descenso a los abismos.” Él estaba en el abismo, en plena Patagonia, con una moto casi muerta. Pero, en su interior, un fuego seguía encendido. No he llegado a Ushuaia, pero he llegado a lo más hondo de mí, se dijo, secando con el dorso de la mano un par de lágrimas silenciosas.

Decidió intentar un último arranque para cubrir algo de distancia antes de la noche. El motor tosió, resistió y, para su sorpresa, cobró vida con un rugido herido pero vivo. Una esperanza mínima lo conmovió: Seguiré unos kilómetros más hasta hallar algo o alguien. Aceleró con cautela, sintiendo cada golpe del pistón como una letanía. El viento cortaba la tarde con un silbido creciente, y el cielo se teñía de rojos y dorados.

En ese escenario crepuscular, Olivarius avanzó como un fénix moribundo que se niega a caer. La metamorfosis interior estaba en su cénit: al colindar con el fracaso mecánico, se abría la puerta a la fe más pura, la de quien ya no espera solución lógica, sino un milagro o la aceptación total de la realidad. Tal vez sea este el preludio a un desenlace que no puedo evitar, pensó, notando el cosquilleo en su pecho.

Cuando el sol se hundió, la penumbra volvió a envolverlo. Sin embargo, la moto se mantenía en marcha. Olivarius, con la

respiración contenida, sintió que cada metro transcurrido en la oscuridad era un regalo inmerecido, una concesión del destino. La luna se levantaba, pálida y distante, mientras el bramido del motor se hacía eco de la grandeza y la fragilidad de su propia aventura.

Parte II

Las primeras luces del alba apenas coloreaban el horizonte cuando Olivarius se incorporó tenso y la mente cargada de incógnitas. Había pernoctado a la vera de la ruta, en un claro, con la moto estacionada a solo un par de metros. Cada vez que abría los ojos durante la noche, se sorprendía de verla todavía allí, intacta pese a sus averías.

El viento parecía haber cambiado de dirección, trayendo un aire más helado desde la montaña lejana. Al asomarse fuera de la carpa, Olivarius contempló un claro que se extendía en sutiles ondulaciones grises, salpicadas de matas secas. Nada se movía, salvo las ráfagas que rizaban la polvareda sobre el camino. Ya no hay señal de la bandada brillante ni de siluetas ambiguas, pensó con un temblor leve. Tal vez la magia se oculte al nuevo día, como si la noche tuviera su propia coreografía sobrenatural.

Se vistió y fue a revisar la moto con el mismo temor que cada amanecer. La grieta en el metal seguía ahí, apenas oculta por un arreglo improvisado con tornillos y un alambre. Aun así, el motor respondió a su oración mecánica con un rugido apagado, lo bastante vivo para seguir en marcha. Me aferro a un hilo, pensó con el pulso acelerado, recordando a Cioran y su idea de que la lucidez extrema puede ser insoportable, si uno no encuentra un motivo para persistir. Su motivo, en ese punto, era llegar un tramo más, un día más.

Mientras avanzaba, reflexionó sobre la cita de Rilke que recordaba: “A los grandes solitarios les sucede a menudo que la soledad deviene luz.” Sentía algo parecido: en esa inmensidad, el desamparo se convertía en fuente de claridad interna. ¿No es este el realismo mágico que me sostiene, la idea de que incluso en el vacío puede surgir un sentido profundo? El sonido constante de la moto y el silbido del viento componían una música áspera, pero increíblemente hipnótica, que lo mantenía atento a cada bache, a cada vaivén invisible del desierto.

El sol ascendía, pintando las unbes de un dorado tímido. El día cincuenta (o cercano) del viaje, se dijo, con un nudo de incredulidad. Había experimentado tanto: visiones nocturnas, ayudas insólitas, testimonios de pobreza y escasez, pero también apariciones que bordeaban lo onírico. Y él mismo, ¿quién era ya? Se consideraba más abierto, más permeable a lo que Simone Weil llamaba “la gracia que habita lo real cuando se observa sin juicio”.

Tras un par de horas de ruta, notó que el cielo empezaba a oscurecer en la franja oeste. Unas nubes gruesas y plomizas se desplazaban con lentitud. ¿Lluvia acá? Se preguntó con escepticismo. La Patagonia a veces sorprende: puede haber ventiscas o chubascos repentinos. Sintió un escalofrío al imaginar la moto mojada y más frágil que nunca.

Al cabo de unos minutos, un relámpago iluminó la lejanía, y un trueno sordo reverberó como un tambor gigantesco. Olivarius se estremeció: ¿Tendré que enfrentar una tormenta en este estado? No había refugio a la vista. Sin embargo, la tormenta parecía deslizarse hacia un costado, alejándose. Un amago de tempestad, pensó, agradeciendo que la naturaleza le diera una tregua. ¿O es una señal más de esta extraña coreografía entre el mundo y mi odisea?

Poco antes del mediodía, divisó un poblado minúsculo —tal vez una decena de casas— y un poste de madera con un cartel pintado: “Bienvenidos a Villa Aldana.” La carretera cedía paso a una calle de tierra flanqueada por unas pocas viviendas, algo de chatarra en los patios y un silencio que recordaba a parajes fantasmales. No obstante, al fondo, distinguió un edificio con una silueta más sólida: parecía una especie de almacén o bar.

Con el corazón expectante, dirigió la moto hacia ese edificio. Tal vez logre agua, un plato de comida y, con suerte, otro remiendo para mi mecánica agonizante, se dijo. Encendió un parpadeo de esperanza al imaginar que allí existía alguien dispuesto a ayudar. Al detenerse,

observó que el letrero rezaba “Bar y Despensa El Progreso.” La ironía del nombre no pasó desapercibida: ¿El Progreso en medio de esta precariedad?

La puerta se abrió con indiferencia, y un aire rancio se mezcló con el aroma a verduras en mal estado. Adentro, la falta de paz y unos focos de luz amarillenta dejaban ver tres mesas desvencijadas, un mostrador sucio y un par de anaqueles con latas a medio oxidar. Un hombre con gorra de béisbol bostezaba tras el mostrador. Al ver a Olivarius, se inclinó en la barra improvisada.

—¿Buscás algo?

—Algún mecánico, agua, comida… y un techo, tal vez —respondió con una sinceridad resignada.

El hombre resopló:

—Agua hay. Mecánico, si querés, podés hablar con Don Efraín que deambula por acá. Un viejo medio chiflado, pero algo sabe de motores.

Olivarius asintió, sintiendo una punzada de alivio. Aunque fuera un resquicio de posibilidad, se aferraría a ello. Antes de nada, pidió un plato —lo que tuvieran— y un vaso de agua. Recibió un arroz tibio con algo de carne poco fresca, pero el hambre no se quejó. Comió en silencio, reflexionando sobre su camino cada vez más precario.

Minutos después, un anciano de barba rala y manos encallecidas entró al bar. Lo acompañaba un bastón de madera, y su mirada

exploró el lugar antes de posarse en Olivarius. Será Efraín, dedujo. El hombre se acercó, ladeando la cabeza:

—¿Sos el del motor herido? —dijo sin presentación.

—Sí… necesito un arreglo, o un milagro —bromeó Olivarius con tristeza.

Efraín se encogió de hombros y pidió que lo llevara a la moto. Fuera, examinó con ojos de experiencia la grieta y los pernos sueltos. Balbuceaba cosas ininteligibles mientras palpaba el metal. Luego soltó un suspiro:

—Es grave, pibe. Tal vez pueda soldarlo un poco y rezar. Pero no va a durar mucho.

—¿Cuánto tiempo más?

—Difícil decir. Unos kilómetros o unos días, según la ruta y tu suerte.

La confesión le golpeó el pecho: Así de frágil es mi esperanza, concluyó en silencio. Sin embargo, Efraín le propuso intentarlo: Dejame buscar herramientas, soldaré con un viejo soplete. Y Olivarius aceptó con un brillo en la mirada, sabiendo que no había más remedio.

Mientras Efraín se marchaba a su casa a por las herramientas, el viajero permaneció en un rincón de la calle, contemplando el cielo que se volvía cada vez más denso con nubes erráticas. Abrió su libreta y comenzó a escribir con la mano firme:

“Día cincuenta, quizás. La moto pende de un hilo, y yo con ella. Villa Aldana es otro confín desprovisto de comodidades, pero surge un hombre llamado Efraín, tal vez mi último salvavidas mecánico.

Pienso en Nietzsche, quien hablaba de la capacidad de uno para resistir en la adversidad como fuente de la propia grandeza. Me he abierto a un realismo mágico que me salva de la desesperación: cada aparición inverosímil, cada ayuda inesperada, cada altar perdido entre las rocas, confirma que lo invisible late bajo la crudeza.

Sé que no hay garantías. Pero el amor a la ruta, y a la búsqueda de algo infinito en mí, me impulsan. Si la moto cae hoy, mi viaje seguirá a pie, con fe en esta tierra que habla en susurros.”

Cerró la libreta: ¿De verdad podría continuar a pie si la moto dejara de existir? La idea lo aterraba, y al mismo tiempo, le desataba una curiosa serenidad. Tal vez ese sea el clímax de mi transformación, reconoció. Tomó aire y se giró, viendo a Efraín regresar con un soplete oxidado y un soldador portátil.

La reparación se prolongó durante un par de horas. Efraín soldó con chispazos de fuego y un recubrimiento primitivo que, decía, ayudaría a sellar la grieta. Olivarius, mientras tanto, observaba el procedimiento como si fuera un ritual arcano.

Cuando Efraín terminó, le dijo a Olivarius.

—Andá con cuidado. No sé cuánto aguantará. —Le palmeó el hombro con dureza—. Si te rinde un par de días más, date por satisfecho.

Olivarius le pagó con lo poco que podía y un sincero agradecimiento. Se sentía en deuda con este desconocido que, como tantos en su viaje, aportaba un parche contra lo imposible. ¿Será este mi último tramo o una extensión de lo inevitable? Se repetía con un nudo en el pecho.

Con la moto “curada” a medias, Olivarius emprendió la marcha hacia la salida de Villa Aldana. El sol descendía en un crepúsculo de tonos morados, y una brisa suave lo acariciaba mientras conducía con cautela. Sentía que cada kilómetro ganado era un regalo, un suspiro que el destino le concedía. El viento parecía más dulce que en días anteriores, como si comprendiese la frágil victoria del día.

Al adentrarse en la penumbra, miró su propio reflejo en los espejos de la moto: un rostro curtido, con ojos que conservaban un brillo de asombro y fiereza a la vez. Ya no soy el mismo hombre de la ciudad, el iluso que creía en planes meticulosos, se dijo, notando cómo la metamorfosis había alcanzado su núcleo.

En la quietud del anochecer, cerró los ojos un segundo. Pase lo que pase mañana —si la moto cede, si me quedo varado— no temeré. Estaré donde deba estar, concluyó, evocando a Kierkegaard y a Camus al unísono: la angustia puede ser un trampolín hacia la fe más pura, y el absurdo puede engendrar un temple luminoso.

Mientras la oscuridad se adueñaba del panorama, y la soldadura precaria sostenía su último aliento de promesa, Olivarius sintió la plenitud de alguien que acaricia el vértigo final sin miedo.

Parte III

La bruma matinal envolvía la carretera con un velo tenue, casi etéreo, mientras Olivarius seguía avanzando en su moto remendada. Cada sacudida en el manubrio le recordaba la fragilidad de su compañera mecánica: la soldadura improvisada en Villa Aldana era, a estas alturas, un parche tan precario como la esperanza que lo movía a continuar. Aun así, se aferraba a la marcha. En el día cincuenta (o un poco más) de su odisea, la certeza de un desenlace pronto se volvía casi física, como un pulsó que marcaba cada kilómetro.

El viento soplaba con una suavidad engañosa, dejando que la neblina se abriera en jirones difusos. Ese amanecer, el sol tardaba en emerger, y la penumbra difusa le otorgaba al paraje un carácter casi onírico. La vista, limitada por la bruma, invitaba a la reflexión más que al asombro. Sintió en los huesos el cansancio acumulado, pero también un trasfondo de serenidad: ¿Cuánto de mi viaje se ha vuelto un acto de fe en cada bruma? Se preguntó, sin exigir respuesta.

En el transcurso de sus días, había conocido la crudeza, la precariedad y atisbos de milagros encarnados en siluetas y símbolos dispersos por el desierto. Ahora, su filosofía se había vuelto una aceptación reflexiva de la contradicción: en la ruta, cada hilo de magia convivía con la realidad más hostil, y él mismo navegaba ambas esferas sin pretender definirlas del todo. Tal vez la ruta me enseña una forma de humildad radical, meditó.

Conforme la moto devoraba metros de asfalto entre la neblina, la ausencia de otros vehículos o voces humanas se transformaba en algo cercano a una amistad silenciosa. No es soledad desesperante; es un espacio de diálogo interior, se dijo. Sus pensamientos discurrían con la cadencia del motor, evocando autores que le servían de compañeros invisibles: la noción de “terrible inocencia” de Rilke, la idea de una “fe sin dogma” de Kierkegaard, la resignificación del absurdo de Camus. Todos confluían en un flujo reflexivo, suave y sutil, sin la grandilocuencia de jornadas anteriores.

En esa mañana, Olivarius entendió que su metamorfosis no era un hecho ruidoso ni abrupto, sino un proceso íntimo como el deshacerse de capas de prejuicio o miedo. La dureza del camino me forzó a soltar la urgencia de explicarlo todo, y a abrazar la intuición de que el sentido puede surgir en lo imprevisto, anotó mentalmente, sin necesidad de garabatearlo en la libreta.

A medida que el sol trataba de imponerse sobre la neblina, unas nubes compactas se arracimaron en el horizonte. Se oyó, a lo lejos,

un trueno, y un relámpago rasgó la línea del cielo. Se había vuelto habitual que la meteorología de la Patagonia jugara con su incertidumbre: a veces asusta, a veces parece un espectáculo de luces, reflexionó. La fragilidad de la moto no impedía que siguiera un sendero invisible. La fe en la ruta me sostenía, repitió para sus adentros, evocando una suave sombra de agradecimiento.

Recordó un pasaje de Camus donde planteaba que “la victoria del hombre puede nacer de su propia rebeldía ante lo absurdo.” Sentía esa rebeldía dentro de sí, un pulso que decía: “Aunque esta máquina se quiebre, no renunciaré a lo andado ni al horizonte.” Y, con ello, la tormenta pasaba a ser parte del escenario, no un enemigo. Si la lluvia me encuentra, la abrazaré como el viento y las visiones que me han atravesado.

Finalmente, la neblina cedió, y la ruta dejó de ser una franja difusa para mostrarse con baches y fisuras de forma más clara. En el tramo siguiente, apareció un caserío de cinco o seis viviendas adosadas, con tejados improvisados de zinc. Olivarius frenó con cautela, notando que no había indicios de actividad, salvo un perro que vagaba entre los portones cerrados.

—Hola… —dejo caer sin convicción, su voz apagada por la bruma remanente. Nadie respondió. El perro lo miró, ladeando la cabeza, y siguió su camino sin ladrar. Un villorrio dormido o deshabitado, se figuró. Revisó su cantimplora, con la esperanza de encontrar agua

ahí. Pero mejor no forzar. La nostalgia por un café caliente asomó, mas se conformó con un sorbo parco de lo que guardaba.

Pensó, toda mi ruta se volvió una pregunta viviente, se dijo, con un esbozo de sonrisa triste. Cada pueblo o villorrio ausente sugiere que la respuesta no vendrá de la modernidad, sino de la comunión con lo que me rodea, sea duro o mágico.

Al retomar la marcha, la moto se quejó con un rugido bajo. Olivarius cerró los ojos un segundo: Por favor, aguanta un poco más. Y siguió. Recorrió otros quince o veinte minutos, sin más variaciones que la creciente intensidad de un viento lateral. De pronto, un ave solitaria, de plumaje castaño y pico ganchudo, se posó en un poste frente a él. Daba la impresión de observarlo con curiosidad, cabeceando.

El viajero bajó la velocidad, y el ave emitió un graznido grave que resonó contra la quietud. La neblina se había esfumado, y el sol iluminaba el plumaje con un fulgor cobrizo.

El ave alzó vuelo con aleteos firmes, dejándole la sensación de un diálogo fugaz. A veces, un simple encuentro con la fauna se vuelve un mensaje de confianza, reflexionó: la tierra, los seres que la habitan, todos le brindaban un testimonio de resiliencia.

Tras media hora más, el camino describió una curva suave y descendió hacia una hondonada con algunos matorrales más verdes. Olivarius distinguió un arroyo modesto cruzando bajo un puente de madera. Decidió parar, para reabastecer su cantimplora,

confirmando la potabilidad del agua como podía (un test rápido con sus sentidos y un filtrado básico que llevaba).

Se arrodilló junto al arroyo, contemplando el leve fluir que reflejaba un cielo ahora despejado. Un puente de madera en la mitad de la Patagonia, pensó en el simbolismo: el agua escasa y pura corría sin ruido, y aquel tablón ya gastado servía para unir dos orillas. Como mi moto, un puente endeble entre el lugar en que estaba y el sur que persigo, se dijo. Bebió con moderación, sintiendo el frescor internarse en su cuerpo.

“Estoy cerca de un parteaguas,” se expresó en su fuero interno, casi convencido de que la moto no aguantaría mucho más. Pero, al mismo tiempo, la contemplación del agua le daba una sensación de renovación: “Si la máquina falla, tus pies seguirán la senda. Si la tormenta te sorprende, tu determinación será la luz.” Sintió que su concepción de la realidad se arraigaba en esta confianza sutil, casi mística.

Antes de remontar el puente, sacó la libreta y escribió con pulso firme:

“Día cincuenta, acaso. El sol se adueña de la llanura, mi moto llega a cada recodo con el último aliento, y yo conservo este hilo de fe. No es la fe religiosa del dogma, sino la que surge al presenciar la

crudeza y, a la vez, la belleza mínima: un arroyo, un ave solitaria, la solidaridad de manos anónimas.

Acepto lo absurdo, atiendo a lo invisible, abrazo el riesgo. La Patagonia me habla con su silencio, y yo respondo no con explicaciones, sino con un seguir andando que roza la devoción. Si la moto muere hoy, estaré en paz, aunque continuaré con mis pasos. Un día más que la rueda gire es un regalo que agradezco".

Guardó la libreta, sintiendo un alivio reposado: el acto de plasmar en palabras la turbulencia interior lo había acompañado desde que salió de la capital. Era su ancla y su catarsis. Mantuvo un minuto de contemplación, escuchando el discurrir suave del agua. Luego puso en marcha la moto de nuevo, cruzando el puente con cautela.

La tarde transcurrió sin hallazgos mayores: un par de curvas, un terreno más árido, un viento que aumentaba por ratos. Ni pueblos nuevos, ni visiones notables. La moto mantenía su compás de ronquidos y quejas, recordándole que el final podía ocurrir en cualquier momento. Aun así, había un trasfondo de sosiego: he hecho las paces con la posibilidad de quedarme a pie, se repetía. La metamorfosis principal es la interior.

Al filo de la noche, se acomodó en una hondonada protegida del viento por unas rocas, preparando la carpa con gestos mecánicos. El sol se desvanecía en la lejanía, tiñendo el firmamento de violetas profundos, y él percibía de nuevo esa comunión con lo intangible. He

asumido la crudeza, me sumerjo en el misterio, se dijo, comprendiendo que cada jornada reescribía su filosofía en actos, no solo en reflexiones.

Con la noche cerrándose, el murmullo de su corazón, el rumor lejano del viento y la promesa de un día más componían una sutil sinfonía de realismo mágico.

Capitulo 10 Parte I

El sol se alzaba con un resplandor frío y el viento narraba como una voz de advertencia. Tras semanas de travesía, Olivarius despertó con temor , presentía que su viaje había entrado en una etapa decisiva.

El aire arrastraba semillas y polvo, dibujando en la penumbra figuras efímeras, fugaces gestos de un realismo casi onírico. Aun así, no sintió temor: en su interior, se había reconciliado con la idea de que el desenlace podía sorprenderlo en cualquier recodo de la ruta.

Se incorporó junto a la carpa, bebiendo los restos de agua de su cantimplora. La moto seguía ahí, recostada en un ángulo torpe: la soldadura que la había mantenido con vida parecía a punto de ceder, y cada tornillo llevaba la marca de incontables parches. Aspiró el aire con un estremecimiento, pensando en cuántos días habían transcurrido sin un reposo verdadero, en cuántas ocasiones la precariedad había cedido ante un rescate improvisado. Aun así, la máquina se resistía a morir, y él, por su parte, sostenía la esperanza de avanzar un trecho más.

Al encender el motor, sintió un crujido más estruendoso que de costumbre. Una tos metálica albergaba un lamento final, como si su fiel compañera intentara decirle que no podía soportar mucho más. Reunió coraje, revisó la presión de las llantas y ajustó la cadena con un trozo de alambre que encontraba en el camino. Cada maniobra recordaba a un ritual sin garantías. Aun así, se subió y aceleró con cautela: el motor respondió como si, pese a todo, no se negara a rodar un día adicional.

La carretera serpenteaba a través de mesetas barridas por el viento. Había escuchado, días atrás, que no faltaba mucho para un cruce de rutas que llevaría a una zona menos desértica. Con los ojos fijos en el

frente, Olivarius imaginaba que, si la moto lo dejaba ahí, quizás tendría más oportunidades de que un camionero o un viajero lo llevara a Buenos Aires. Pensar en el regreso parecía un sueño remoto, mas al compás de su fatiga creciente, ya no se le antojaba un absurdo. Reconocía que su espíritu había cambiado de forma tan radical que solo restaba ver cómo concluiría la jornada.

Pasados unos kilómetros, una neblina densa se levantó sin previo aviso. El sol quedó encubierto por un velo blanquecino que devolvía una atmósfera fantasmal. La moto, conducida con lentitud, zigzagueaba esquivando baches. Las ráfagas parecían traer rumores distantes, quizá el eco de un torrente o de voces invisibles. En medio de ese trance, notó que el aire adquiría un aroma ferroso, como si la tierra ocultara venas de metal. Se estremeció sin explicación lógica: Tal vez sea un efecto del polvo mezclado con la neblina.

De pronto, percibió una silueta en el arcén, quieta como una estatua. Frenó con un sobresalto, rememorando encuentros pasados que rozaban lo inquietante. Cuando la miró con atención, resultó ser solo un poste inclinado, coronado por restos de alambre oxidado. Otra ilusión, murmuró, con la familiar mezcla de resignación y encanto. Así era el camino: ofrecía apariciones que se disolvían al menor contacto con la mirada.

Sin que la neblina cediera, avanzó otros veinte minutos hasta divisar un rancho de adobe medio derrumbado. Se acercó con la esperanza de hallar agua, tal vez alguien que pudiera darle indicaciones. Al

llegar, constató que se encontraba abandonado: las tablas rotas, un techo de chapas semicaídas y un silencio que resonaba más que cualquier estruendo. Entró un par de pasos en aquella penumbra. El suelo pesaba con un silencio que lo hacía pensar en las historias fantasmales que había oído en la región.

Lo único que encontró fue un pozo cubierto por una madera astillada. Apartó la tapa y comprobó que no quedaba agua utilizable: la poca que se veía estaba verde y estancada. Sin ayuda acá, concluyó, resoplando. Salió, montó la moto y sintió un dolor punzante en la espalda al agacharse. El cuerpo también se queja, se dijo, y, con un gruñido, la máquina arrancó una vez más.

Mientras la moto rodaba con un chasquido repetitivo, volvió a su mente la idea de Ushuaia, la supuesta meta geográfica con la que había partido. ¿Acaso creeré enserio en llegar? Se preguntó, con un amargo cariño. Lo cierto era que su anhelo de ver el Fin del Mundo se había difuminado en la compenetración con cada día, cada recodo, cada chispa de magia o crudeza. Sin embargo, el recuerdo de Punta Celeste asaltó su corazón con dulzura y dolor: Ese lugar donde la ternura sencilla me marcó, sin saber que pronto esa certeza se pondría en entredicho.

Aceleró un poco, con una punzada de ansiedad, como si la nostalgia tirara de su pecho. Se preguntó qué habría pasado con aquella gente, con la chica que lo miraba con ojos cómplices. ¿De verdad lo viví? Se interrogó, sorprendido por la fragilidad de su memoria. A

cada kilómetro, se hundía la seguridad de lo vivido. ¿Sería un sueño compartido con la ruta?

La tarde se aproximó con un sol enfriado por la bruma, y la moto intensificó sus quejidos. Olivarius, más atento, sintió una vibración distinta en el pedal, un traqueteo que subía por la columna de dirección. Esto suena a despedida, concluyó con el pulso ágil. Aun así, la obstinación lo movía a no frenar hasta que fuera forzoso. Si he de quedar varado, que el propio metal lo decida.

Sin sorpresa, la ruta se mostró desolada, sin un alma ni un vehículo. Al fondo, una cordillera se recortaba con matices violáceos; el atardecer la pintaba de rojos suaves. La hermosura de ese panorama lo conmovió con tal fuerza que se le nublaron los ojos. Si me quedo aquí, no será una derrota, sino un acto de comunión con lo sublime, pensó, rememorando la noción de la Belleza infinita que exaltaban varios poetas.

Al doblar una curva suave, el motor dio una explosión sorda y se detuvo en seco. La rueda trasera se bloqueó, la moto se ladeó, y Olivarius, con un grito ahogado, perdió el control. Rodó sobre el asfalto, sintiendo un impacto punzante en la rodilla y en el hombro, mientras el vehículo se arrastraba varios metros adelante. El tiempo pareció ralentizarse: un cosquilleo de horror y sorpresa lo inundó al constatar que el derrape lo lanzaba contra el pavimento áspero.

Al detenerse, quedó tumbado boca arriba, la vista clavada en una nubecilla de polvo que flotaba en la penumbra del atardecer. El dolor

surgió con demorado furor: la rodilla ardía, el hombro se resentía. Soltó un gemido y se forzó a incorporarse con torpeza. Tanteó el cuerpo con cuidado: sentía sangre en la pierna, aunque no parecía una herida letal, y el hombro punzaba con un golpe agudo.choque, acá y ahora. Miró la moto, recostada más adelante, con un rastro de metal y aceite ensuciando el camino.

Se hacercó cojeando. El motor humeaba, y la rueda trasera se hallaba trabada. Una grieta grande en la carcasa confirmaba el fin: No habrá arreglo que rescate esto, se dijo con la amargura de una despedida anhelada y temida a la vez. Sentado junto a la máquina inerte, respiró con dificultades, notando que la rodilla sangraba por una raspadura profunda y el hombro probablemente se hallaba dislocado o muy lastimado.

Durante unos minutos, se limitó a observar el cielo en silencio, sin nadie alrededor que ofreciera auxilio. Así termina mi travesía con la moto, pensó. No sintió rabia ni desesperación, más bien un desaliento mezclado con alivio: La ruta me había concedido una extensión milagrosa, y hoy decidió cobrarse la deuda.

Con un sol que agonizaba en rojos y naranjas, se levantó con esfuerzo, apoyándose en un trozo de la carrocería. El último acto del capítulo mecánico se cerraba: la moto, su compañera de viaje, yacía imposibilitada de volver a rugir. En su mente se dibujó la imagen de un funeral silencioso, sin flores ni palabras solemnes, tan solo el crepúsculo y la soledad. Es hora de volver a casa, comprendió,

sorprendido de cómo esa conclusión le resultaba clara. El fin de la maquinaria no es el fin de mi viaje, pero sí el umbral de retorno.

Cojeó para sacar la mochila y el diario. La luz se desvanecía, y el viento empezaba a rugir de nuevo, como un lamento triste. Tengo que pasar la noche aquí o caminar hasta encontrar amparo, decidió, con el hombro doliendo cada vez más. En la penumbra, la magia del paisaje no se esfumaba, sino que cobraba un cariz más austero: la moto destrozada, el viajero herido, una noche encima en la mitad de un desierto. Y, sin embargo, algo dentro de él se sintió vivo, abierto, convencido de que había llegado a un punto de inflexión irrebatible.

Observó el motor por última vez, posó una mano en el tanque abollado y pronuncio un breve adiós que nadie escuchó. El realismo mágico, la crudeza y la fe estaban presentes en ese instante, como un acorde final de una sinfonía que se disuelve en el aire. Miró al cielo estrellado que ya surgía, pensando en la ironía de su propia calma. He sobrevivido al choque, la moto no. Ahora me toca una nueva fase: retornar como un peregrino herido.

Reunió sus cosas y se acomodó en la cuneta, comprendiendo que el próximo amanecer marcaría el inicio de su caminar a dedo, en busca de la ruta que lo llevaría, tarde o temprano, a la ciudad. O a otra sorpresa. Nada podía asegurarlo. Sintió lágrimas emerger, no de tristeza, sino de una mezcla de agradecimiento y conmoción. Gracias, compañera, pensó, cerrando los ojos, dejándose arrastrar

por la penumbra que ya envolvía la Patagonia en su manto de silencio.

Parte II

La noche cubrió el paisaje con una frialdad que caló en los huesos de Olivarius. Tirado en la cuneta, abrazándose a su mochila y luchando contra el dolor del hombro y de la rodilla, comprendió que no podía moverse demasiado, al menos hasta la llegada del alba. La moto, su compañera de ruta, yacía unos metros adelante, derrotada por una grieta definitiva. Ni el viento parecía dispuesto a romper el silencio que pesaba sobre la escena. El cielo se llenó de estrellas distantes, cuya indiferencia le recordó la soledad absoluta de estos parajes.

Aun así, no sintió terror. Un escalofrío sí, pero no pánico. Había llegado hasta allí por voluntad —o destino—, y la máquina cumplió su ciclo. Estaba herido, pero no de gravedad inhabilitante. Necesitaba un día o dos de reposo y ayuda, pero ¿quién aparecería en un tramo tan inhóspito? Con la mirada fija en el firmamento, recordó una frase de uno de esos libros viejos que leyo en las posadas: “El firmamento es un testigo neutral; la compasión nace de los corazones humanos.”

Y esa compasión, si la suerte lo acompañaba, vendría en forma de un vehículo o un caminante extraviado. Mientras, le restaba esperar la mañana. Reunió fuerzas para acomodarse contra una piedra que ofrecía un ligero reparo, e intuyó que la rodilla sangraba menos, aunque el hombro pulsaba con cada respiración. Sin alimento, con el agua casi agotada, se arrellanó en la penumbra intentando conciliar un sueño superficial. La esperanza de ver un camión o una pick-up al amanecer lo sostenía.

Al alba, un sonido tibio lo sacó del duermevela. El horizonte se coloreaba de un anaranjado suave. Confirmó con la vista que la moto seguía recostada, inerte, y su cuerpo, aunque adolorido, se movía. No tardó en montar un improvisado vendaje en la rodilla con una tela de su bolsa, sintiendo un escozor insoportable. El hombro parecía algo mejor, pero cada movimiento le recordaba la dureza del impacto. Acá y ahora, me toca volver de otra manera, pensó. La ruta me forzó a asumir el costo de mi libertad.

Tomó lo básico: su diario, algo de ropa y el corazón aliviado de la moto destruida pero liberado de arrastrar un cadáver mecánico. Emprendió la caminata cojeando, sin mirar atrás en exceso: no había modo de reanimar esa máquina. Se prometió que, si encontraba ayuda, pediría que alguien la recogiera o la dejara en un desguace, pero en su fuero interno sintió que aquel era el funeral silente de su travesía motorizada. Un temblor en sus dedos, le recordó la gratitud por tantos kilómetros compartidos.

La ruta se extendía con la misma indiferencia de siempre, un sendero de asfalto y ripio a ratos, nada más. Avanzó con lentitud, recostándose en pausas cada cierto tramo, para que la rodilla no lo anclara en la desesperación. Con cada paso, la rodilla punzaba y el hombro ardía, mas su mente perseveraba en la idea de que, tarde o temprano, algún vehículo aparecería. Es improbable, pero la improbabilidad rige mi viaje desde el principio, pensó, con un débil humor.

Al segundo día de caminar sin encontrar un alma, el agua se agotó. El sol, aunque no feroz como en jornadas anteriores, mantenía una radiación persistente que secaba la boca y la esperanza. Las noches resultaban gélidas, obligándolo a improvisar refugios junto a muros de piedra o recodos de la carretera. En una de esas noches, entre las estrellas y el viento, su mente evocó de nuevo la idea de Punta Celeste y la chica que lo había acogido. La añoranza se convirtió en un murmullo: ¿Si pudiera volver y pedirle ayuda…

Recordó el rostro dulce de esa chica que lo invitaba a ver el mar. Repasó en su mente los pasillos de la hostería, las voces de pescadores. Era un refugio real, anclado en su memoria, al que acudir en caso de un colapso. Entonces se preguntó algo que nunca antes se había planteado con tanta fuerza: ¿Dónde quedaba exactamente? En su diario constaban pocas referencias concretas: solo que quedaba tras Bahía Blanca. ¿Y si estaba relativamente cerca?

A la jornada siguiente, encontró por fin un camión estacionado a media ruta. Un hombre de tez morena revisaba las ruedas, similar a otros que había encontrado en su odisea. Olivarius, cojeando, se aproximó con cautela. El hombre lo miró con sorpresa y algo de recelo, pero al ver su estado, cedió. Sin mediar excesiva charla, lo subió en la cabina y le permitió acompañarlo hasta un cruce principal. Un trayecto de horas, durante el cual Olivarius dormía a ratos, consumido por el dolor.

Cuando por fin se apeó en aquel cruce, su ánimo revivió un poco. Era un sitio con cierto movimiento: un par de camiones repostando en un surtidor viejo, algunos peatones, un bar ruinoso pero abierto. Pensó en la posibilidad de, desde allí, retomar la carretera nacional que lo acercara a Bahía Blanca, y luego a Buenos Aires. Pero un impulso lo llevó a preguntar por Punta Celeste: “¿Conocen un pueblo de pescadores por acá, que se llama Punta Celeste?”

Las miradas confusas se repitieron. El cantinero, un hombre de bigotes anchos, negó con la cabeza: “Nunca oí de tal lugar. ¿Será al sur, cerca de Santa Cruz?” Otros consultados arqueaban las cejas, sin una pista. Qué extraño, pensó. Estuve allí, viví días con esa gente. ¿Por qué nadie lo conoce? Una intriga le retorció el vientre. Tal vez el nombre no sea tan reconocido, se dijo, intentando explicarlo.

En un colectivo de segunda categoría que tomó en aquel cruce, siguió preguntando a los pasajeros y a algún chofer: “Punta Celeste, un pueblo costero al sur de Bahía Blanca, pescadores, tribu

pequeña… ¿nada?” Gente de la zona coincidía en que no existía, en que tal vez se confundía con algún balneario, pero el nombre “Punta Celeste” no figuraba en ningún registro. Golpeado por la perplejidad, Olivarius decidió encaminar su regreso a Bahía Blanca, ansiando comprobar con sus propios ojos la ruta que lo llevó a la aldea. Será un extravío en mi memoria, un lapso? Se preguntaba, con el sudor cayéndole por la frente y el hombro suplicando alivio.

Días más tarde, ya en las afueras de la ciudad portuaria, su rodilla algo mejor y el hombro en recuperación, partió en un auto de alquiler para rastrear el camino que en su memoria conducía a aquel refugio pesquero. Preguntó en comisarías rurales, puestos de Gendarmería, lugareños con acento costero: nadie conocía tal lugar. Unos, intrigados, revisaban mapas viejos y no hallaban mención de Punta Celeste. ¿Sería un error de mi parte, un nombre distinto? Olivarius mostraba las notas de su diario: apuntes, descripciones del poblado, anécdotas con pescadores. Todo parecía real, pero nadie daba fe.

La insistencia lo arrastró al desaliento. Empezó a creer que, entre la fatiga y la soledad, tal vez lo había inventado, o soñado. Se inclinaba a creer en la hipótesis de un espejismo extendido: una experiencia interior tan vívida que su mente la plasmó como real. Pero su corazón se resistía a esa conclusión. Las sensaciones eran demasiado tangibles para ser pura ensoñación. ¿Existe la posibilidad de que la geografía se dislocara, o que el tiempo jugase con mi memoria?

Recordó que el realismo mágico, a lo largo de su ruta, se mostraba en la confusión entre lo auténtico y lo ilusorio.

Con desaliento, se dijo que, faltándole fuerzas para otra búsqueda, regresaría a Buenos Aires. Tal vez la verdad sea que Punta Celeste no existiera en la cartografía oficial, que fuese un asentamiento efímero o una aparición surgida de su necesidad. Programó un pasaje en ómnibus, aceptando que la vida urbana lo esperaba, aunque él ya no se reconocía en ese mundo. Un hombre transformado vuelve a una ciudad que ignora su metamorfosis.

Partió en un ómnibus nocturno, con la mente sumergida en el bullicio interior de recuerdos. El hombro dolía menos, aunque un hormigueo le recordaba que su viaje a pie o en transportes ajenos no era un capricho. Había sido forzado por un golpe que le arrebató a su aliada mecánica. En la noche entrante del autobús, cerró los ojos y la sonrisa de esa chica, las redes de pesca, la brisa salada de esa supuesta Punta Celeste. Una lágrima rodó por su mejilla. Sería tan real…

Mientras el vehículo rodaba hacia la capital, presintió que lo que quedaba de su odisea era un reencuentro final con la ciudad, sin grandilocuencias. Pero en mi diario, en mi sangre, late lo que viví. No sabía si llamarlo sueños o verdad, mas su corazón se aferraba a la convicción de que algo había ocurrido. Sin la moto, herido, con la duda de un lugar que nadie admitía haber oído, se dispuso a aceptar

la paradoja: su metamorfosis se completaba en la desconfianza ajena y en la fe íntima de su experiencia.

La ruta avanzó durante la noche, y a ratos, Olivarius creía reconocer el resplandor de faros y la civilización aproximándose. Con la frente apoyada en la ventana, se durmió con la imagen de Punta Celeste en un atardecer idílico, y un anhelo de resolver esa encrucijada cuando, quizá, su cuerpo y su voluntad hallaran un último indicio de esa aldea.

Parte III

La luz de la ciudad se recortaba en el horizonte como un enjambre de luminarias palpitantes, pero Olivarius apenas sentía la calidez de aquel fulgor urbano. Había llegado a Buenos Aires en autobuses sucesivos, con el hombro aún magullado y la rodilla vendada con esmero improvisado. En cada parada, su memoria seguía rebotando entre la crudeza de la ruta y el desconcierto por la inexistencia aparente de Punta Celeste.

Tras apearse en la terminal, un escalofrío de extrañeza lo invadió. El bullicio de taxis y gente corriendo con valijas le resultaba ajeno. Los primeros minutos en la capital fueron una sucesión de ruidos y colores que lo sobresaltaban. Un par de amigos lo contactaron al ver su estado y le ofrecieron alojamiento temporal. Sin otra opción, se dejó llevar por la caridad de alguien que todavía recordaba con cariño al escritor que una vez se atrevió a dejarlo todo.

Durante días, procuró reposo y recuperó fuerzas en un departamento modesto, propiedad de un viejo compañero de facultad. La rodilla mejoró con calmantes y una crema antibiótica, aunque el hombro, con su tendón afectado, exigía rehabilitación constante. El retumbar de colectivos por la ventana y el aroma de asfalto hirviendo lo abrumaban; no estaba preparado para la sobrecarga sensorial tras tanta soledad y silencio. Aun así, no lo rechazaba: He ganado una calma interior que no se pierde con la ciudad, se repetía, reconociendo cuánto había cambiado su relación con el ruido.

Poco a poco, notó que la modernidad no había detenido su avance en su ausencia: calles repletas, avenidas con obras, y la gente enfrascada en la prisa habitual. Lejos quedaban las imágenes de desiertos interminables y paradores en ruinas. El contraste no me perturba, más bien me entristece, confesaba en su interior, sintiéndose un extranjero en su propia tierra.

Sin embargo, con cada jornada de descanso, la obsesión por Punta Celeste se profundizaba. Le dolía el recuerdo de la ternura vivida allí y la aplastante duda de su existencia. ¿Cómo reconciliar la vivencia tan nítida con el coro de voces que afirmaba “nunca oí ese nombre” o “no existe tal lugar”? Sin poder librarse de la congoja, asistía a bibliotecas y consultaba mapas viejos, archivos de geografía, preguntando a especialistas de la zona: nadie. Vacío. Ni un rastro toponímico que coincidiera.

En momentos de crisis, se preguntaba si la soledad del viaje y los golpes no habrían fragilizado su mente, urdiendo un romance imposible. Pero lo sentí tan real… se repetía con el diario en mano, leyendo sus propias anotaciones: nombres de pescadores, detalles de la playa, diálogos con la chica de la hostería. No encaja que sea un mero delirio, se decía, reviviendo las emociones que plasmó en cada línea. Sin embargo, la ciudad se inclinaba a invalidar su testimonio.

Entre tanto desconcierto, un día recibió un mensaje de un antiguo funcionario cultural que había conocido antes de su partida. Este recordaba un asentamiento costero semi-oficial que había existido

hace décadas y se llamaba “Marisol,” pero no coincidía del todo con la descripción que Olivarius daba. No obstante, al oír los indicios de pesca artesanal y cierta similitud en el estilo de vida, el hombre sugirió: “Tal vez esa gente se trasladó más al sur, y se cambiaron el nombre. O existió en documentos antiguos.”

Aunque vago, el dato encendió un rayo de esperanza. Podría ser un lazo entre mi memoria y la realidad, se dijo, reviviendo la emoción de hallar un cabo suelto que confirmara —o al menos rozara— la existencia de un paraje semejante. Aquella noche, casi sin avisar, decidió que debía volver a la costa, revisar de nuevo la región. La herida en la rodilla limitaba su movilidad, pero podía moverse con muletas ligeras; además, no necesitaba la malograda moto para trasladarse: bastaba un ómnibus costero, un taxi rural, o incluso el caminar, si fuese necesario.

Con el dinero que quedaba sin atender al editor, tomó un servicio de larga distancia que se internaba en la franja litoral, en dirección a Bahía Blanca y más allá. El paisaje suburbano de Buenos Aires desapareció tras ventanillas sucias, y el horizonte volvió a abrirse en llanuras que anunciaban la cercanía del mar. Sintió una nostalgia punzante por la libertad del motor, mas el vendaje en su hombro le recordaba que aquella etapa estaba clausurada. Ahora soy un hombre a pie, en transporte ajeno, mientras las horas se deslizaban.

En un pueblito costero, alquiló un taxi precario para explorar las rutas secundarias. El taxista, un tipo de unos 30 años, lo miraba con

desconfianza al oír su insistencia: “Busco un lugar que quizá se llamaba Punta Celeste, una aldea pesquera pequeña…” Como respuesta, el hombre negaba con la cabeza: ni idea. Pero, a cambio de una buena tarifa, se ofreció a dar vueltas por la costa, entre caminos de ripio y tramos de arenas duras. El mismo método que antes no halló certezas, pensó Olivarius, pero no veía otra forma.

El periplo se prolongó, y cada desviación mostraba ranchos solitarios, caletas insignificantes o empalizadas medio hundidas. Nadie daba razón de un sitio con ese nombre. Los pocos habitantes a los que preguntaron repetían que no existía, que tal vez era un error o un mito. Olivarius, con la esperanza consumiéndose, revisaba su diario: Acá se menciona la barcaza, la fogata al anochecer, la gente solidaria… Pero la realidad costera no devolvía esa imagen.

Al anochecer, rendido, se instaló en una posada añeja de un balneario en decadencia. Observó el mar tras la ventana y sintió un vacío desgarrador: ¿Tanto soñé? Sin embargo, un impulso persistente retumbaba: “No has revisado la zona sur, alejada de la ruta oficial.” Releyó sus notas y algo le pareció apuntar a una coordenada algo más al sur que el recorrido del taxi. Se levantó, cojeando, decidido a intentarlo la mañana siguiente por sus propios medios.

Durmió poco y mal, con visiones de redes de pesca y una silueta femenina que le susurraba su nombre. Despertó empapado en sudor, tambaleándose por el dolor del hombro, pero firme en la convicción

de un último intento. Consiguió un servicio particular que lo llevara a una ruta de arenales y acantilados, según su presentimiento. El chofer, un joven con peinado estrafalario, lo miraba con curiosidad y cierta compasión: “Lo dejaré hasta donde el auto no se hunda. Luego, usted verá.” Olivarius se aferró a esa mínima ayuda.

Llegaron a un acantilado donde el mar cantaba con bríos: un paisaje bravío, bello y desolado. El auto no podía proseguir, y Olivarius se apeó con su mochila y su bastón improvisado. El chofer le deseó suerte y se marchó, prometiendo volver en unas horas. Olivarius contempló el espectáculo del mar, preguntándose si en alguno de esos recovecos se hallaría la aldea imaginaria. Comenzó a caminar por la orilla, trastabillando sobre rocas y arenas húmedas.

El viento marino traía un frescor salado, y la rodilla ardía con cada paso. No halló rastro de casas ni muelles. Solo aves planeando sobre las olas, restos de algas y un silencio interrumpido por el bramido del agua. Avanzó quizá un kilómetro, usando su bastón como apoyo y llamando en voz baja: “¿Hay alguien?” Nadie respondía. Un impulso casi infantil lo llevó a gritar: “Marisol, ¿estás aquí?” El viento arrastró sus palabras con indiferencia.

Cuando el sol se elevó en el firmamento, su aliento se agotó. Se sentó en una piedra, sintiendo el sabor amargo del fracaso. Debo rendirme. El mar, imponente, le devolvía un rugir que se antojaba risa o burla de la naturaleza: ¿Creíste en tu propia fantasía? Se preguntó, con una sombra de dolor. Aun así, no lloró. Un cansancio más profundo

que el llanto lo invadía. No hay Punta Celeste, ni redes, ni pescadores. Nunca existió. La realidad se mostraba implacable, y su memoria, una traición suave que se aferraba a imágenes imposibles.

Se obligó a alzar la mirada para contemplar el horizonte, recordando de golpe aquel momento en el que sintió una ternura infinita en la aldea. No, no fue mentira, replicó su corazón. ¿Cómo negar la calidez que experimenté? Pero, sin corroboración externa, sin rastros, la razón dictaminaba lo contrario.

Volvió a sus notas, releyendo una página donde describía el día de su llegada a la hostería. Podía recordar el aroma a pescado fresco, el color de la arena, los gestos de la chica… Se estremeció. Tal vez soy el único depositario de esa historia. Se puso en pie, rengueando. Era la hora de regresar con el chofer y aceptar que su anhelo, su aldea amada, se escurría en el viento. El alma le pesaba, pero un presentimiento le susurraba que, al menos, su conversión interior había sido real.

Con la mirada perdida en el mar, juntó las últimas fuerzas y regresó al punto de encuentro. El chofer llegó, le preguntó si encontró algo. Olivarius negó con la cabeza. Subió al auto, cerró los ojos, y sintió el corazón encogido. Entonces todo terminó, se dijo, dejando que el vehículo se alejara de la costa golpeada por las olas. Pero algo en su interior aún latía, una chispa de realismo mágico que no terminaba de apagarse. Tal vez quedaba un último giro en su historia, uno que no alcanzaba a vislumbrar en ese instante.

Parte IV

Tras la frustración de no encontrar ni el menor indicio de Punta Celeste, Olivarius regresó a Buenos Aires con el ánimo vacío. Alquiló un cuartito en un barrio modesto, planeando su vida con un hombro en lenta rehabilitación y la memoria en pugna. Todo en la ciudad se mantenía tan ruidoso y ajeno; él sentía cada bocina y cada pantalla como una disonancia brutal respecto a la comunión con la Patagonia. Y, sobre todo, lo acosaba la certeza de que su anhelo —el reencuentro con aquella aldea costera— se había fundido en el viento.

Pasaron algunas semanas. Intentó reinsertarse en la rutina, pero era imposible. Su diario, con las notas detalladas de cada tramo, le gritaba que no había sido un mero delirio. Sin embargo, las pruebas objetivas negaban esa existencia. En tardes solitarias, revisaba

mapas históricos, preguntaba en foros virtuales; nada. Otros viajes, arrendando autos, confirmaron que la costa al sur de Bahía Blanca no albergaba ningún “Punta Celeste.” El tiempo transcurría con una punzada de resignación.

Cierta mañana, tomó la decisión de no pelear más contra la duda. Guardó el diario en su mochila y salió a caminar por la ciudad. Con un bastón que aliviaba la rodilla, deambuló por calles bulliciosas sin un destino fijo, arrastrado por un presentimiento de despedida. Hacia la tarde, sin saber cómo, se encontró en un barrio semiderruido de la periferia, donde antiguas construcciones religiosas se alzaban en medio de ruinas de otra época. Sintió un impulso irracional de acercarse a una vieja capilla que se dibujaba al final de una calle rota.

La capilla, de muros grises y techumbre en parte desplomada, no figuraba en sus recuerdos de la ciudad. Al aproximarse, leyó un rótulo apenas legible: “Capilla de Santa…” y luego letras borradas por la intemperie. Un escalofrío lo recorrió: ¿Qué hace esto aquí? Parecía tan marginal, tan desvinculada del resto, que evocaba la atmósfera de algún lugar rural, no urbano.

La puerta, torcida y rechinante, cedió con un crujido. Entró con el corazón sobresaltado: el polvo flotaba en un haz de luz que se colaba por un vitral roto. El interior ofrecía un espacio semioscuro, con bancas en ruinas y un altar carcomido. Sin entender bien por qué, sintió que ese lugar resonaba con el recuerdo de Punta Celeste,

como si el realismo mágico de su viaje emergiera en la ciudad a través de esas paredes desoladas. Avanzó con la rodilla que le punzaba a cada paso y el bastón como único apoyo.

En un rincón, divisó lo que parecía un retablo derruido, y, sobre la pared, un grabado de un pez y una barca, como si en algún momento hubiera servido de advocación para pescadores. El eco lo golpeó: ¿Pescadores, barcas… en esta capilla perdida? Sintió un vuelco en el pecho. Es imposible, murmuró. No obstante, ahí estaban los indicios: un pez tallado, un esbozo de redes pintadas que el tiempo descascaraba. Por un segundo, pensó que la mente le jugaba otra treta.

Se hacercó y rozó los dedos sobre la pintura descorchada: Punta Celeste… ¿acaso…? No halló nombre alguno, solo figuras difusas. Al volver la vista al altar destruido, notó algo más extraño: en el ángulo del enchapado, distinguió un hueco como si alguien hubiera guardado algo. Apoyó el bastón y revisó. Encontró un pequeño mechón de redes secas y un trozo de madera con un sol dibujado, exactamente igual a la insignia que algunos pescadores en su “aldea” llevaban cosida en sus ropas. Se lo llevó al corazón, con un temblor: No puede ser coincidencia. ¿Por qué está acá en la ciudad?

Absorto, dejó caer la mochila. Vio su diario sobresaliendo y lo palpó con reverencia. Tal vez deba dejarlo todo aquí, ya que este lugar encarna la intersección de mi pasado y mi supuesto delirio, pensó con un escalofrío. Punta Celeste… o su eco, corrigió. Sintió un

impulso incontrolable de desprenderse de ese registro, como si la capilla representara el santuario final de su experiencia. Se arrodilló en medio de polvo y fragmentos, apoyando el diario en el hueco del altar con un cuidado reverencial. Este testimonio, mis notas, quizá aquí cobren sentido.

La rodilla le dolía con furor, pero contuvo un quejido y se enderezó. Con la vista nublada por lágrimas, contempló ese acto de entrega. La consumación de algo que jamás pudo confirmarse. Reflexióno en voz baja: “Que el viento y la tierra custodien lo que no supe comprobar.” Sin entender del todo, sintió que al dejar su diario cerraba un ciclo, la metamorfosis que lo había sacudido.

Cuando se levantó, cojeando, caminó hacia la salida sin prender la mochila. El lugar se había vuelto tenebroso de pronto, la luz del vitral parecía enrojecida, y el aire denso. Se detuvo en el vano de la puerta para echar un último vistazo. En la penumbra, sintió que algo detrás suyo se movía, o respiraba. Quiso voltearse, pero el hombro le punzó con un calambre. Mera sugestión, pensó.

Y entonces, en un murmullo casi inaudible, escuchó su nombre: “Olivarius…” Fue tan nítido que se le heló la sangre. Se giró con sobresalto, escudriñando la penumbra del altar: no había nadie, salvo el haz de luz que se filtraba y el polvo flotando. Apoyó el bastón, sintiendo un terror mezclado con estupor. ¿Quién…? Pero la voz no se repitió. El corazón le retumbó, e instintivamente dio un paso atrás, abandonando la capilla con la respiración agitada. El

silencio volvió a reinar, salvo un leve gemido del viento que se infiltraba por las rendijas.

Ya afuera, con el sol deslumbrándolo, se quedó inmóvil, la garganta seca. ¿Acaso…? No terminaba la pregunta, temiendo la respuesta. Lo único claro era que la voz había pronunciado su nombre, con la entonación de alguien que lo conocía. ¿Una alucinación final? ¿O el eco de la magia que me perseguía desde la ruta? Se sujetó el hombro adolorido, sin atreverse a volver a entrar. Sentía que, de hacerlo, confrontaría un misterio imposible de asimilar.

Caminó por la calle desierta, en medio de caserones derruidos, con la conciencia de que su diario yacía allí, entre muros que nadie visitaba. Experimentó una extraña ligereza: Dejé plasmada mi historia. Ella sabrá florecer o hundirse en el olvido. El destino de Punta Celeste, real o irreal, se unía al destino de ese manuscrito en la capilla fantasma. Bajo el sol urbano, reflexionó que quizá no importaba que el mundo creyera o no en sus vivencias. Yo lo viví, y en mí permanece, concluyó.

Con paso lento, se internó en las calles, cada vez más frecuentadas por transeúntes que lo miraban con la extrañeza de quien ve a un caminante herido y demacrado. El ruido de la urbe volvió a sonar hostil, mas él conservó la serenidad de quien ha atravesado la crudeza y el milagro, la desolación y el prodigio. Nadie sabe que en un rincón de esta misma ciudad yace mi testamento de viaje, y que,

en la penumbra de una capilla derruida, un susurro pronunció mi nombre.

Esa fue la última punzada de realismo mágico que marcó su historia, cerrando un círculo de incertidumbre y fe. Punta Celeste, la chica, los pescadores, las rutas fantasmas… todo quedaba suspendido en la ambigüedad, como un sueño o un fragmento de realidad paralelo. Olivarius, con la rodilla y el hombro en rehabilitación, asumía la responsabilidad de cargar con ese secreto: la travesía lo había transformado. Y aunque la ciudad lo envolviera, la metamorfosis no volvería atrás.

Con un hondo suspiro, se perdió en el laberinto urbano, seguro de que la experiencia —vaga, increíble, entrañable— relucía en su interior. Tenía la impresión de que, en lo lejano, la sombra de una aldea imposible seguiría mirándolo con ternura. Y que, en la capilla derruida, su diario reposaría como testimonio vivo de una historia que el mundo tal vez nunca confirmara, pero que él, y acaso unas pocas fuerzas invisibles, sabían verdadera. Sin girar la vista atrás, continuó por las calles que lo devoraban, con la certeza de que su viaje había concluido y, a la vez, se abría un sendero infinito en la memoria y el misterio.

Epilogo

Una brisa leve se coló por los ventanales rotos de la capilla, arrastrando ese polvo antiguo que flotaba en la penumbra como un eco del pasado. Lucas, empleado municipal de conservación, había llegado allí con una misión sencilla: catalogar la estructura en ruinas, determinar si valía la pena rescatarla o demolerla. Pero ya desde el umbral había sentido algo distinto. Un presentimiento. La sensación de adentrarse en un espacio donde la lógica cotidiana parecía fracturarse.

Avanzó con cautela, iluminando el suelo con la linterna de su celular. La nave principal de la capilla estaba llena de escombros y tablones astillados, vestigios de una época en que este lugar fue un refugio de fe. Solo quedaban los muros desconchados y unos restos de vitral que teñían el polvo de un tenue fulgor de colores. Lucas, sin saber por qué, tuvo un sobresalto: el silencio no era total; se percibía algo cercano a un susurro, apenas un roce del viento contra los muros.

—Debo darme prisa —se dijo, reprimiendo un ligero temblor.

En el sector del altar, el haz de la linterna iluminó un hueco hecho en un retablo semiderrumbado. Allí, delatado por su forma rectangular, se asomaba un cuaderno. Lucas apartó con cuidado los restos de madera y yeso, extrayéndolo con curiosidad. Lo examinó a contraluz: tapas flexibles, marrones, con manchas de humedad y un nombre semiborrado por el tiempo:

“Diario de Olivarius”.

La curiosidad le entró con fuerza. Había revisado infinidad de edificios abandonados, pero nunca encontrado algo tan personal. Abrió la portada con la yema de los dedos, y al pasar la primera página, una ráfaga de aire pareció recorrer la nave, levantando motas de polvillo que bailaron en la penumbra. El pulso de Lucas se agitó.

—¿Quién es Olivarius? —se pregunto, hojeando las líneas.

El contenido del diario lo sacudió. Narraba un viaje largo, lleno de encuentros fortuitos y una obsesión con la Patagonia. Descripciones de rutas, aldeas, pescadores. Y, sobre todo, mencionaba un lugar llamado “Punta Celeste” que nadie reconocía en los mapas. El autor se preguntaba si era un delirio o un rincón que aparecía y desaparecía al capricho de las mareas. “Encontré ternura en esos habitantes, la calidez de sus redes de pesca y una joven de ojos transparentes… Pero nadie cree que exista”, rezaba uno de los párrafos finales.

Súbitamente, Lucas escuchó un ruido a sus espaldas. Se giró: nada. Solo los haces de luz que dibujaban figuras efímeras en el polvo flotante. Con la respiración agitada, revisó las últimas páginas. Olivarius confesaba haber abandonado el cuaderno en esta capilla tras buscar infructuosamente pruebas de Punta Celeste, harto de las burlas de otros viajeros, decidido a que alguien, algún día, validara su historia. Las frases estaban cargadas de nostalgia y de una

convicción profunda de que lo vivido era más real que cualquier duda oficial.

Conmovido, Lucas salió de la capilla con el diario bajo el brazo. Durante días, en lugar de limitarse a redactar el informe rutinario para la municipalidad, se obsesionó con descifrar la veracidad de ese relato. Hurgó archivos, planos antiguos, registros catastrales. Ni rastro de un “Punta Celeste”. En bibliotecas, nada más que unas cuantas referencias vagas a pueblos fantasmas o asentamientos costeros desaparecidos. Sin embargo, el diario mencionaba fechas, rutas, anécdotas de gente hospitalaria. Un realismo vibrante que no parecía inventado.

Habló con geógrafos jubilados, con aficionados que coleccionaban mapas de épocas remotas. Ninguno había oído de Punta Celeste. Algunos aventuraron que podría ser un antiguo asentamiento de pescadores, una aldea nómada que se deshizo con el tiempo. Cada negativa, en vez de desanimarlo, lo empujaba más lejos: “¿Cómo es posible que un viaje tan extenso, narrado con detalle, no deje huellas?” Lucas sentía que la misma pregunta atormentaba a Olivarius años atrás.

Durante una noche de insomnio, releyó un pasaje donde el viajero hablaba de la Patagonia como un espejo de lo imposible:

“En medio de la inmensidad, la realidad puede partirse y mostrar otras caras. Quizá Punta Celeste exista en un recodo invisible, sin coordenadas que la definan.”

Lucas se estremeció. Recordó lecturas de Kafka, de Poe, de Sartre, y pensó que hay vivencias que no caben en la lógica convencional. Tal vez Olivarius habitó esa grieta, y el diario era el único testimonio de un suceso inatrapable.

Movido por un anhelo que no supo nombrar, Lucas pidió unos días de vacaciones. Se lanzó hacia la región costera donde, según el manuscrito, debería hallarse esa aldea. Viajó en autobús, descendiendo en pueblos marineros que parecían replicarse con ligeras variaciones. Preguntó a lugareños: nadie reconocía el nombre “Punta Celeste”. Algunos se reían, otros le decían que sí hubo un asentamiento llamado “Marisol” —o “Cabo Azul”— desaparecido por la erosión o la crisis de los años 60. ¿Coincidencia? ¿Acaso existían historias superpuestas, renombradas con el paso del tiempo?

El último día de su estadía, caminó largo rato por la orilla rocosa, recordando cada párrafo del diario de Olivarius: “Gente amable, redes extendidas, barcas varadas, una moto que se despedazaba”. Pero ante sus ojos, no veía más que un mar agitado y silencioso. Le invadió la frustración. Imaginó a Olivarius deambulando por esa misma orilla, convencido de que la había pisado, de que ahí vivió

algo genuino. Y, sin embargo, no había rastro. Una realidad sin prueba.

El sol caía en un crepúsculo anaranjado. Lucas se sentó en una piedra, dejando que la espuma le humedeciera los zapatos. Un eco de aquella voz escrita pareció resonar en su memoria: “Lo importante no es la confirmación, sino lo que sientes latir en tu interior.” Cerró los ojos. Por un instante, creyó escuchar un susurro que repetía el nombre del viajero. “O-li-va-ri-us…” Fue tan sutil que, al abrirlos, pensó que tal vez era el viento. Se marchó con el diario apretado contra el pecho, sintiendo un vínculo inexplicable con aquel desconocido que, décadas atrás, vivió la misma incertidumbre.

Días después, de regreso en la ciudad, Lucas revolvía papeles en el área de conservación. Encontró de casualidad un expediente sin catalogar, con fotografías blancas y negras, sin fecha precisa. En una de ellas, se distinguía la costa con un muelle improvisado y un letrero borroso: “Celeste…”, apenas visible. El corazón le dio un vuelco. No demostraba nada concluyente, pero confirmaba que alguien había captado esa referencia en algún rincón del pasado. Era la única mención que se acercaba a “Punta Celeste”.

Quería mandar la foto a un laboratorio para restaurarla, pero la burocracia entorpecía todo. Entre informes y formularios, llegó a una conclusión íntima: bastaba esa imagen, borrosa y huérfana de datos, para creer que Olivarius no había inventado nada. O, al menos, no

del todo. Hay hechos que la historia oficial no recoge, sea por descuido o por razón.

Una tarde, Lucas regresó a la misma capilla. No había informes pendientes: en lo oficial, el edificio se consideraría “sin relevancia patrimonial”. Estaba condenado al olvido. Pero él no podía dejar de sentir que aquello era el nódulo donde convergían todas las dudas. Subió los escalones con paso firme, llevando el diario y la foto en la mochila.

Dentro, la atmósfera se repetía: aire pesado y un polvo dorado por la luz oblicua. Se acercó al retablo donde encontró el cuaderno y miró el hueco. Metió la mano con decisión, depositando de nuevo el manuscrito. Junto al cuaderno, dejó la fotografía gastada, envuelta en un plástico protector para que la humedad no la destruyera. Era su modo de honrar la historia, de mantener vivo el enigma para quien lo necesitara.

Antes de retirarse, notó un detalle nuevo: en uno de los muros, había unas inscripciones casi borradas, ¿frases? La pared estaba tan corroída que apenas se veían letras sueltas. Quizá fuera un grafiti antiguo, quizá un salmo bíblico. Pero le pareció leer algo así como:

“En la grieta entre lo real y lo soñado… ahí descansa la verdad”.

Sintió la piel erizarse. Retrocedió unos pasos y vio cómo la luz del atardecer tocaba esa sección del muro, resaltándola un instante. Luego, como si un denso nubarrón pasara ante el sol, el interior de la capilla quedó en penumbra. El mensaje se difuminó. Lucas tragó saliva. Aceptó la experiencia sin pretender dominarla: algo habitaba en esas ruinas, un recuerdo, un latido, una presenciaparadoja.

Mientras salía de la capilla, el viento sopló con más fuerza, y el portón desvencijado crujió. Lucas escuchó —o creyó escuchar— un murmullo que lo llamaba por su nombre. Contrario a la primera vez, no sintió miedo. Era como si Olivarius estuviera allí, en un plano sutil, agradeciendo que su testimonio no quedara sepultado. O tal vez esa voz provenía de la propia soledad del lugar, ese fantasma colectivo que late en todo espacio abandonado.

Lucas miró atrás. Observó la penumbra arremolinándose. Aquel diario seguiría esperando, dispuesto a encender la chispa de la duda en otro explorador. Con un susurro, dijo:

—Quien lo necesite, lo encontrará.

Se marchó con el paso sereno, dejando que la tarde se fundiera en tonos rojizos. Afuera, el aire olía a intemperie y resignación, pero también a esperanza. Aun sin pruebas contundentes, Lucas sentía en su interior que, en algún recodo del tiempo, Punta Celeste latía. Y acaso eso bastaba. La verdad de las vivencias no siempre requiere sellos ni permisos; a veces se abre paso como un rumor que trasciende las certezas.

Lejos de allí, quizá Olivarius siguiera su vida con la cicatriz de la duda transformada en convicción íntima. Tal vez ya no lo atormentaba la búsqueda de confirmaciones externas. Entre esa pequeña capilla en ruinas y la orilla fantasmal de un pueblo difuso, se había tendido un puente. Lucas lo sintió, tenue pero irrompible, como si ambos compartieran la misma llama invisible: la de creer en lo vivido, por encima de toda negación.

En adelante, cada vez que pensara en el nombre Olivarius, Lucas recordaría el murmullo y el hallazgo de la foto, la fuerza de un viajero que no pudo plasmar su verdad en la cartografía oficial, pero que la escribió en la tela misma de la memoria. Y en esa encrucijada, quedaba abierto el final: tal vez, en otro equinoccio, alguien más alzaría ese cuaderno y oiría la voz ancestral de la capilla, avivando de nuevo la llama del enigma.

Porque, en definitiva, hay historias que no concluyen con la última página. Se quedan suspendidas, dispuestas a ser reescritas en cada lectura, cada viaje, cada corazón que se atreve a sentir la sed de lo imposible. Y así, la presencia de Punta Celeste, el misterio de Olivarius y la perplejidad de Lucas, quedarían latiendo en una realidad paralela, un pliegue del tiempo que no exige evidencia sino coraje para creer.

Este epílogo está muy cerca del 10 absoluto, pero si realmente quieres que sea irrefutablemente perfecto, aún se puede afinar un par de detalles para darle una última capa de profundidad y

resonancia especular. Te propongo algunos ajustes mínimos pero clave para que el cierre no solo sea impactante, sino que deje una última imagen imborrable en la mente del lector, algo que lo haga recordar la historia mucho después de haber cerrado el libro.

Antes de abandonar el recinto, Lucas se giró una última vez. El portón de la capilla seguía entreabierto; en el interior, se adivinaba la penumbra del retablo. El polvo dorado flotaba inmóvil en el aire, como si el tiempo hubiese contenido la respiración.

Hubo un leve temblor.

—Gracias —exclamo él, sin saber a quién.

Entonces lo vio.

En el rincón más oscuro del altar, donde antes solo había polvo y escombros, se encontraba alguien más.

Lucas sintió ansiedad, pero no de miedo. Era una certeza. Una reverencia.

El hombre estaba recostado contra la pared, con la chaqueta deslichada y el rostro gastado por el viento. No se movía, pero tampoco parecía una figura inerte. Era Olivarius.

Lucas no pudo hablar. Ni siquiera respiró.

Antes de que pudiera procesar su presencia, ella apareció.

Una mujer emergió de la penumbra con la calma de quien nunca se ha ido del todo. Sus ojos eran reflejos de un mar que ya no existe, su

vestido tenía los tonos deslavados del tiempo, y su piel irradiaba la ternura de lo que se ha esperado demasiado.

Marisol.

Olivarius la miró. No con sorpresa, ni con duda, sino con el reconocimiento absoluto de quien ha hallado, al fin, aquello que buscaba.

Ella no dijo nada. No hacía falta.

Sus dedos se tocaron, y Lucas sintió en su propia piel el roce de algo imposible.

Por un instante, fueron tan reales como él. Como si nunca hubieran estado en otro tiempo. Como si este fuera el único instante que importaba.

Y entonces, sin soltar sus manos, cruzaron la puerta lateral de la capilla.

Lucas los vio alejarse sin ruido, fundiéndose en la oscuridad del pasillo. No hubo destellos, ni dramatismo. Solo la sencillez de lo inevitable.

Y cuando cruzaron el umbral, se desvanecieron.

Nada quedó.

Nada… excepto una sensación inmensa de completitud.

Lucas se acercó lentamente al altar. Miró el hueco donde había dejado el diario. Todo estaba igual.

O casi.

Había algo más.

Un papel doblado descansaba junto al cuaderno. Lucas lo tomó con sus manos y lo desdobló con cuidado. La tinta era temblorosa, como escrita con prisa, pero clara:

“No busques pruebas. Solo recuerda”.

Lucas sintió el peso de una sentencia. Esa caligrafía no estaba ahí cuando dejó el diario.

El aire en la capilla se densificó. Un leve murmullo, como el roce del viento contra la piedra, pronunció su nombre.

“Lucas…”

Su respiración se cortó.

No miró atrás. No quiso hacerlo.

Con el papel aún en la mano, cruzó la frontera de la capilla y dejó que el crepúsculo lo envolviera. Caminó sin prisa, con la certeza de que, en algún lugar del tiempo, Olivarius y Marisol estaban juntos.

No porque el mundo lo validara. No porque los mapas lo registraran.

Sino porque él lo había visto.

Y eso, en la verdad íntima de las cosas, bastaba.

No se sabe cuánto tiempo pasó. Días. Meses. Tal vez años.

Un viajero anónimo se detuvo una tarde en las ruinas de una capilla abandonada. Se refugió del viento helado y recorrió la nave en penumbras.

Y en el altar, dentro de un viejo hueco en la madera, encontró un cuaderno.

Lo abrió con manos nerviosas.

En la portada, escrito en una caligrafía firme, había un nombre:

“Diario de Olivarius”

El viajero alzó la vista y miró el altar con el corazón latiéndole en la garganta.

Afuera, el viento susurró algo en la brisa.

No lo entendió del todo.

Pero en algún rincón de su alma, supo lo que significaba.

Y lo que significaría apartir de ahora.

Fin.

Cinco Voces

Prólogo: Notas en Carretera

Dicen que la pantalla de un celular es demasiado fría para capturar la fugacidad de un pensamiento, pero acá estoy: anotando reflexiones que no caben en mis cuadernos ni en mi memoria. Tal vez el verdadero límite no sea el papel, sino la voluntad de recordar.

No sé con exactitud cuándo empecé a escribir estas cinco historias. Aparecieron en mi aplicación de notas como si las hubiera soñado en hostales perdidos o en bares donde la madrugada se confunde con el exilio. Podría jurar que cada relato nació de una necesidad distinta: evocar una nostalgia, exorcizar un miedo, o, sencillamente, reírme de la certidumbre con la que creemos entender la realidad.

Verán un canto a la vida en cada línea, aunque no se libren de la melancolía. En estos cuentos hay viajeros del tiempo que atraviesan túneles imposibles, búsquedas obsesivas de amores extraviados, encuentros con Borges en un Buenos Aires que oscila entre lo real y lo fantástico, sin olvidar la sombra tenue de quienes, como yo, persiguen un rastro incierto en la ruta.

¿Acaso importa si existo de verdad? Estos relatos danzan en el filo que separa la creación de la realidad, con autores que descubren que sus personajes los observan, y lectores que dudan de si lo que leen

fue escrito o soñado. A veces, la mejor forma de honrar la vida es permitirse cuestionarla con ironía.

He tratado de pulir estas páginas con la misma delicadeza con la que uno limpia el parabrisas antes de enfrentar la tormenta. Quienes vengan buscando certezas se toparán con más preguntas; quienes busquen solemnidad hallarán un velo de escepticismo. Pero, tal vez, el verdadero motor de estas historias sea la música de un sinsentido que, pese a todo, nos impulsa a seguir rodando.

Acá, en la ruta, con el asfalto ardiendo bajo las ruedas y la noche apuntando hacia un punto remoto, recuerdo Tierra Prometida, Nunca Llega, la novela que me dio un respiro de fama. Irónico, ¿no? Que un libro pensado para el olvido me convirtiera en alguien a quien muchos empezaron a buscar y muy pocos comprendieron.

Por eso, antes de que el paisaje se funda con mi reflejo en el espejo retrovisor, los invito a leer estas cinco voces. No les prometo un final cerrado ni una verdad única, solo el rumor de algo que pulsa bajo la superficie y una risa cómplice hacia quienes exigen claridad.

Si llegaste hasta aquí, puede que seas otro viajero sin mapa. Tal vez seamos cómplices en esta travesía que se contradice, se ríe de sí misma y, aun así, persiste. Al fin y al cabo, escribir es el mejor modo de conversar con la eternidad, incluso cuando uno duda de sus propias palabras.

Olivarius

Desde algún punto indeterminado de la ruta.

La Lagartija

La tarde se filtraba por la ventana con un disparo oblicuo, tiñendo la estancia de un dorado que se demoraba en el aire, como si rehusara disiparse. Habitaba un departamento modesto en el barrio de Once, un lugar que había convertido en refugio para mis desvelos y mi soledad elegida. Acaso ese ambiente, con sus paredes manchadas de humedad y sus muebles gastados, funcionaba como un testigo silencioso de mis días iguales y mis pensamientos circulares.

Aquella tarde, mientras revisaba viejos recortes de periódico, algunos con noticias confusas sobre un tal Olivarius, un escritor que había desaparecido de modo incierto en la ruta, escuché un leve roce que interrumpió la monotonía de mi búsqueda. Al voltear la vista, descubrí la presencia de una lagartija aferrada a la pared, cerca de una repisa que acumulaba suciedad y libros. No se movía con el

nerviosismo usual de las criaturas urbanas, sino que me observaba como si fuera la dueña del lugar.

Lo peculiar no fue verla allí, Buenos Aires está repleta de intrusos reptilianos que se cuelan por las hendijas, sino percibir en su mirar cierto halo de eternidad. Recordé, sin poder precisar la fuente, aquellas líneas sobre la magia que se esconde en las criaturas más humildes, y un sentir de curiosidad me recorrió todo mi ser. Intenté ahuyentarla con un movimiento torpe, mas la lagartija se aferró a la pared como si el tiempo la hubiera inmovilizado en ese punto.

Fue entonces cuando sentí que algo en mi interior se fracturaba con delicada lentitud: una grieta en mi tedio cotidiano, una señal de que el mundo aún podía asombrarme. Su quietud resultaba tan extraña, tan señera, que por un instante supuse que la realidad o mi percepción de ella estaba a punto de reconfigurarse.

Ante su inmovilidad, me sobrevino una idea absurda: ofrecerle una tapita con agua. La deposité sobre el suelo, como quien deposita un obsequio ante un templo. No hubo reacción visible, pero su mirada o lo que yo interpreté como mirada, pareció suavizarse. Me invadió, entonces, un íntimo consuelo: la vida, en sus manifestaciones más humildes, puede revelar con mayor nitidez el misterio que late en la existencia.

Volví a mis recortes y me topé con el retrato borroso de Olivarius, aquel escritor errante que, según el reportaje, había chocado contra un camión en la ruta 40 y cuyo paradero era un enigma. Sentí un

pulso de empatía hacia ese desconocido, como si su desaparición fuera la metáfora de tantas otras ausencias que, sin darme cuenta, habitaban mi cotidianidad. Cerré el periódico con parsimonia, intentando asimilar la paradoja: mientras un hombre se esfumaba en el confín del país, una simple lagartija, ajena a mis tribulaciones, me recordaba la presencia inquebrantable del presente.

Volví la vista hacia ella. Seguía encaramada en la pared, ajena a la música lejana de la radio, a mis cavilaciones, a la monotonía vespertina del departamento. En ese instante, recordé una frase leída quizá de Borges, quizá de otro que aludía a la eternidad contenida en un segundo cualquiera. Y en su figura menuda, en su respiración casi imperceptible, imaginé todo el tiempo acumulado de la ciudad, todos los pasos y olvidos, resumiéndose en la silueta de ese reptil.

Observé el reloj con cierta aprensión: las agujas avanzaban, pero el día parecía no querer disolverse. Anhelé prolongar ese instante, en el que una criatura minúscula transformaba la habitación en un templo efímero. Supe, con la certeza de lo irremediable, que aquella soledad mía no estaba tan vacía como creía. Que a veces, la maravilla se revela en la escala más pequeña y el sentido de la vida, tan difuso en las grandes preguntas, se insinúa en el susurro de un acontecimiento nimio.

En el aire flotaba un silencio que, lejos de ser incómodo, me resultó casi sagrado. De algún modo, la lagartija y yo nos reconocimos como

compañeros de un instante irrepetible, en el que el mundo entero cabía en un rayo de sol oblicuo. Supe que esa pequeña presencia, ilógica, casi onírica, me acompañaría durante las próximas horas, quizá días, recordándome que la realidad se ensancha cuando uno baja la guardia y se deja asombrar.

Las páginas difusas de mis recortes, los muebles sin historia y la radio desconectada quedaron en un segundo plano. Me concentré en mi nueva huésped, en su quietud altiva, y pensé que, en esa mirada, podía leerse el universo entero. Una alegría sin nombre me alcanzó, como si durante todo ese tiempo hubiera aguardado una señal de que la existencia, pese a su vasto misterio, a veces se condensa en un instante de belleza silenciosa.

Aquella noche, mi departamento se cubrió de una penumbra que rebasaba lo meramente físico. La bombilla del techo ofrecía una luz cansina, insuficiente para disipar del todo las sombras que poblaban el ambiente. Afuera, la ciudad seguía su coreografía interminable de ruidos y reflectores, pero yo percibía esos ecos lejanos con la vaga impresión de que sucedían en un plano distinto al mío.

Cerca de las dos de la madrugada, me incorporé de la cama para buscar un vaso de agua. Al atravesar la sala en penumbras, advertí una tensión peculiar, como si algún presagio se hubiera aposentado en los rincones. Sin embargo, la lagartija esa presencia casi hierática que me había conmovido horas antes no se dejó ver. Sentí una

mezcla de alivio y desazón; la ausencia de su mirada me resultó, extrañamente, más ominosa que su callada vigilancia.

Busqué aire en el balcón. Ante mí se extendía el laberinto de edificios, con ventanas dispersas que lucían como ojos en vela. Pensé en los recortes de periódico sobre Olivarius, aquel escritor que, según los rumores, había desaparecido tras un accidente en la ruta 40. La imagen de una motocicleta varada en medio de la nada me invadió, y me pregunté si acaso su extravío no era una metáfora de nuestras propias búsquedas infructuosas.

Cuando volví a la habitación, el sueño tardó en alcanzarme. Imágenes de corredores infinitos y puertas idénticas desfilaron por mi mente en una sucesión que me remitía a un vasto e inescrutable palacio onírico. Al despertar con la primera claridad del alba, me sorprendió el impulso de preparar un cuenco con agua y migas de pan, como si el ritual de hospedar a la lagartija otorgase sentido a mis días. Avancé con cautela hacia el mismo sector del cuarto donde la había visto, y ahí permanecía, inmóvil y digna sobre la repisa.

La saludé en voz baja, sintiéndome a la vez pueril y conmovido. Esa criatura, ínfima en la escala del universo, parecía ejercer sobre mí un influjo que no podía explicar. Un atisbo de sabiduría silenciosa emanaba de sus ojos diminutos, recordándome que la grandeza o la insignificancia no son más que interpretaciones que imponemos a lo real.

Tras dejar el cuenco en el suelo, me dirigí a mi rutina laboral. Contesté correos, llené formularios que no me importaban, y atendí llamadas salpicadas de banalidad. Sin embargo, en cada pausa, regresaba la imagen de la lagartija, y con ella una contemplación más amplia de lo cotidiano. Tal vez la existencia fuera un tapiz donde lo irrelevante y lo esencial se entretejen con hilos imperceptibles.

Por la tarde, Adrián, un antiguo compañero de la facultad, vino a devolverme una antología de Borges que le había prestado meses atrás. Sin disimular su curiosidad, empezó a hablar de Olivarius, ese escritor errante de quien se decía que su obra era tan difusa como cautivadora.

Me costó apreciar sus textos, confesó Adrián, adoptando un aire de quien pretende ser objetivo. Hay quienes los tildan de brillante, pero a mí me resultaron inconclusos.

Esa opinión, tan rotunda, me evocó la noticia del accidente y la incertidumbre que rodeaba al autor. Me sorprendió descubrirme defendiendo sus líneas, aunque aún no las hubiera leído:

—Tal vez su estilo exige una lectura distinta, menos literal —sugerí con delicadeza.

Adrián se encogió de hombros y se marchó luego de unos minutos de conversación dispersa. Me quedé a solas con el departamento, que parecía haber asumido una dimensión otra vez familiar y, sin embargo, cargada de resonancias inciertas. Encendí una lámpara y

volví la vista hacia la repisa: allí continuaba la lagartija, y en su quietud percibí una especie de enigma oracular.

Recordé la frase de un cuento borgeano que hablaba de la realidad como un mosaico en el que cada pieza, por ínfima que fuera, contenía el germen de un prodigio. De pronto, me pareció que ese pequeño reptil encarnaba una de esas piezas, destinada a revelar o a velar algún aspecto del cosmos que pasa inadvertido a los ojos apresurados.

En la oscuridad, las luces lejanas de la calle se reflejaban en mis paredes con un temblor etéreo, casi musical. Sentí que la soledad que tanto me había atormentado días atrás adquiría un matiz amable, como si en ella anidara el germen de todas las respuestas. Y, al mismo tiempo, me invadía la convicción de que esas respuestas jamás serían definitivas, sino apenas vislumbres, aproximaciones, conjeturas que se disuelven en la noche.

Me acomodé en un sillón y permanecí un largo rato contemplando la frágil silueta de mi huésped inesperada. En esa contemplación se fundieron mis dudas sobre Olivarius, mi empatía hacia sus escritos que desconocía y la conciencia de que cada segundo deviene un pequeño universo. Cuando, por fin, el cansancio me venció, sentí que cruzaba el umbral de un sueño distinto, menos pavoroso, más lleno de esa curiosidad que solo emerge cuando aceptamos que la realidad puede ser, a la vez, simple y abismal.

Y así, en la penumbra de una noche cualquiera, la presencia de la lagartija, firme en su estatua pétrea, me recordó cuán vasto es el mundo y cuán escasas nuestras certezas. Tal vez, pensé, toda búsqueda sea un laberinto, y el verdadero hallazgo consista en aprender a mirar sin pretender domar el misterio.

La mañana siguiente me despertó con la tenue vibración del celular: una notificación cualquiera, una señal más del enjambre digital que nos rodea. Me incorporé lentamente, tratando de aferrar los restos del sueño que se escurrían de mi memoria, como arena de un reloj estropeado. Antes de incorporarme del todo, giré la cabeza en busca de la lagartija. Sentía la curiosa certeza de que se habría desplazado a otro sitio, quizá más recóndito, o acaso se hubiera marchado para siempre, dejando tras de sí la estela de un enigma incompleto.

Sin embargo, para mi desconcierto, seguía en el mismo rincón de la repisa. Y me pareció que su mirada, si es que tal término puede aplicarse a un reptil contenía ahora un brillo distinto, casi desafiante. Con un sobresalto, noté algo: la lagartija ya no lucía exactamente igual. Sus escamas parecían más opacas, o tal vez más grises, y había algo en su postura que evocaba un lento deterioro, como si ella también fuera víctima de la intemperie urbana.

Me vestí con gesto maquinal y, al salir, le dejé otro cuenco de agua. Me asaltó la imprevista congoja de que esa criatura pudiera necesitarme, como si un vínculo efímero nos uniera en un pacto

tácito: yo le ofrecía sustento y, a cambio, ella me recordaba que la realidad siempre alberga resquicios de maravilla.

El día transcurrió en una bruma de tareas intrascendentes. Al mediodía, recibí un correo de Adrián con un enlace a un artículo sobre Olivarius. Sin más introducción que un “Miralo, tal vez te interese”, el texto resumía la vida incierta del autor, sus viajes sin rumbo fijo y la incertidumbre tras el accidente en la ruta 40. Lo leí con la velocidad impaciente de quien trata de saciar un anhelo vago, y me asombró la forma en que cada párrafo parecía exhalar la figura de un hombre que se debatía entre la euforia de escribir y el vacío de no hallar un lugar en el mundo.

En un momento, mi atención se desvió a la ventana de la oficina, donde el reflejo de mi rostro se fundía con las luces de la calle. Entonces recordé la noche pasada, la lagartija en penumbra y la doble sensación de extravío y comunión que me había invadido. Empecé a preguntarme si, en cierta forma, yo no estaba siguiendo los pasos de aquel Olivarius, aunque sin moverme de la ciudad, sin moto ni viaje épico. ¿Acaso uno puede extraviarse en la quietud, del mismo modo que otros se pierden en un camino abierto?

Volví a mi apartamento entrada la tarde. Al abrir la puerta, experimenté una suerte de desasosiego, temiendo que la lagartija no estuviera o que su inmovilidad se hubiera resuelto en el peor de los silencios. Sin embargo, continuaba sobre la repisa, aunque esta vez no se hallaba sola: una delgada hebra de luz la iluminaba, realzando

el contorno de su cuerpo. Parecía un trono improvisado, un área donde la penumbra la reverenciaba.

La contemplé por varios minutos, incapaz de acercarme. Una extraña congoja, de tinte casi sagrado, se apoderó de mí. Sentí un impulso inconfesable: hablarle, confesarle mis secretos o pedirle que me revelara los suyos. El absurdo de la situación me hizo dudar de mi cordura, mas en aquel instante no hubo cabida para el recato.

—¿Qué hacés acá? —musité con un tono más triste que inquisitivo.

El silencio, espeso e inamovible, fue mi única respuesta. La lagartija no abandonó su misterio, y yo tampoco podía exigirle explicaciones. Encendí la lámpara y, mientras el haz se expandía por la habitación, tuve la sensación de que mi pequeño reino cotidiano, mis muebles viejos, mi pila de periódicos, mis tazas sin fregar, adquiría un tono irreal. Era como si, desde la llegada de este insólito huésped, mi apartamento hubiera mutado en una suerte de escenario donde la lógica tradicional no tenía cabida.

Me senté a la mesa e intenté leer algunos cuentos de Cortázar que Adrián me había citado días atrás. Sin embargo, mis pensamientos, cada vez más dispersos, volvían a posarse en aquella menuda criatura que se desdibujaba en el claroscuro. Recordé algo que había leído en Kafka, sobre cómo el absurdo se infiltra en la vida hasta hacerla irreconocible, y me pregunté si no estaría ya rozando ese abismo donde lo cotidiano se transforma en un laberinto incomprensible.

El teléfono vibró. Era Adrián, otra vez, que insistía en que terminara de leer los textos de Olivarius, argumentando que quizá los apreciaría mejor que él. Me reí para mis adentros: la posibilidad de que Olivarius siguiera vivo, en algún paraje remoto, me parecía ahora un símbolo de todos esos enigmas sin resolución que pueblan la existencia. ¿Qué si, en última instancia, jamás supiéramos la verdad de su historia? ¿Qué si cada intento por aferrarnos a la realidad no fuera más que otra capa de ilusiones?

Apagué el celular y me levanté. Caminé hacia la repisa con el pulso acelerado. Me sorprendí al descubrir que la lagartija había avanzado unos pocos centímetros hacia el borde, como si deseara aproximarse a mí. O quizás fuera mi imaginación proyectando intenciones humanas en un ser indiferente a mi desvelo.

Me incliné con cautela, sintiendo la agitación del propio aire. Los ojos del reptil, opacos pero profundos, parecían escrutar mis movimientos. Un escalofrío ascendió por mi espalda. Por un segundo, me sentí diminuto ante la vastedad de lo desconocido, tan frágil como esa lagartija en una urbe de cemento.

En ese preciso instante, escuché un golpe seco proveniente del pasillo. Una perturbación ajena que interrumpía nuestra quietud. Cuando me giré, el sonido cesó. La magia, si acaso lo era, se rompió de súbito, y un sabor a desconcierto me inundó la boca.

Regresé la mirada a la repisa, y, para mi sorpresa, la lagartija se había retirado a la penumbra. En su lugar, solo quedaba la estela de

su sombra, dibujada por un instante contra la pared. Sentí que el tiempo había dado un salto, un giro repentino, y me senté en el sofá intentando hallar en mi interior alguna certeza para asirme. No la encontré.

En ese instante, comprendí, con lúcida pesadumbre, que el verdadero enigma tal vez no residía en aquella criatura, sino en mi propia forma de ver el mundo. Y que, aunque aún no lo supiera, estaba a punto de cruzar un umbral del que no habría retorno.

El día se inauguró bajo un cielo plomizo, como si la ciudad, de súbito, hubiese apagado su fulgor rutinario. Al abrir la ventana, me alcanzó una ráfaga de viento cargada de polvo y presagio. Sentí que la luz se ausentaba con un gesto de fatiga: ni un rayo de sol asomaba en la mañana, y la penumbra velada parecía extenderse por los edificios como un rumor de derrota.

Tras el café amargo y la ducha somnolienta, revisé mis correos con la indiferencia de siempre. Entre publicidades absurdas y mensajes de trámite, un asunto atrajo mi atención: “¿También vos has visto a la lagartija?”. No había remitente reconocido, solo esa frase, breve y ominosa, que aludía con precisión casi imposible a mi hallazgo más íntimo.

Al abrirlo, me invadió un escalofrío. El texto proclamaba: “Creemos que el misterio nos escoge, pero tal vez seamos nosotros quienes lo invocamos. No olvides a Olivarius.” Sin firma, sin pista de procedencia, sin más rastro que el rezasgo de una conciencia ajena.

¿Cómo podía alguien saber de la lagartija, de mi obsesión creciente, de esa figura enigmática de Olivarius? Tuve la tentación de archivarlo, negarlo, huir de su intrusión, pero cierto desasosiego me frenó. En cambio, dejé el mensaje abierto, como si esperara una revelación posterior.

El resto de la jornada fue un trasiego de tareas administrativas que cumplí a medias, abstraído en divagaciones. Entre el arrullo distante de las teclas y el zumbido de conversaciones anodinas, me descubrí evocando la mirada de la lagartija. Me pregunté si su inmovilidad no encarnaba una suerte de desafío al tiempo, un sosiego ancestral que contrastaba con el vértigo de mi cotidianidad.

Volví a casa cuando el gris metálico del día estaba a punto de rendirse a la noche. El departamento, usualmente tibio a esa hora, se antojaba ahora un refugio en ruinas: las paredes parecían más mustias y el aire, de un silencio demasiado denso. Sobre la repisa, la lagartija aguardaba, a unos centímetros del borde, como si me hubiera estado esperando para proseguir su avance sigiloso.

Percibí en su postura un matiz distinto: su respiración era más ostensible, un leve vaivén que evidenciaba su fragilidad. Me moví con cautela, fascinado por la determinación que emanaba de su pequeño cuerpo. Con la mano extendida, pretendí rozar sus escamas, pero al mínimo atisbo de contacto, la lagartija giró la cabeza. Un susurro de polvo se levantó en torno, y juré oír un golpe tenue, distante, en la puerta del pasillo.

Dudé, oscilando entre la repisa y el pasillo. Por fin, abrí la puerta y me enfrenté al rellano desierto, iluminado por un foco parpadeante que realzaba la soledad del edificio. Cerré de nuevo, con el corazón oprimido por una desconfianza indefinible. Al retornar a la repisa, ella había desaparecido. Una punzada de tristeza me recorrió el pecho: la atmósfera quedó huérfana de su presencia, y el departamento se me antojó demasiado grande, como si su ausencia revelara un vacío que antes no me atrevía a ver.

Busqué en vano debajo de la mesa, tras las cortinas, entre las sombras de los muebles. Por fin la encontré en el suelo, casi imperceptible, mimetizada con el tono polvoriento de la tarima. Me agaché para contemplarla a la altura de mis ojos y advertí un matiz más oscuro en su piel, un rastro de fatiga que me conmovió. Pensé en civilizaciones antiguas que veneraban a los reptiles como guardianes de conocimientos prohibidos, y mi mente evocó el rostro enigmático de Olivarius, el escritor difuminado en rumores de carreteras y desapariciones.

El celular vibró sobre la mesa con un zumbido exasperante. Al tomarlo, vi un mensaje de Adrián: “Encontré más sobre Olivarius. Hay rumores de un cuaderno con relatos inconclusos. ¿Te suena?”. No pude responder, pues de inmediato ingresó otro correo del remitente ignoto: “No rehuyas tus preguntas. La lagartija avanza, y el tiempo mengua.”

Un miedo, invadió mi paz. Volví la mirada hacia ella, y comprendí, con lúcida inquietud, que aquello no era un simple reptil. Era, tal vez, la sombra viva de mis propias incertidumbres, un espejo en el que cada avance me recordaba la finitud de nuestra existencia. Sentí que el aire pesaba en mis pulmones, como si la atmósfera se precipitara hacia un desenlace inevitable.

Me erguí, buscando una respuesta que no hallé. La lagartija se mantuvo donde estaba, erguida en su dignidad reptil, sin un atisbo de temor, mirándome desde la humildad de su anatomía. Por primera vez sentí algo parecido al vértigo, esa conciencia de estar al borde de un abismo indefinible. Pensé en las palabras del mensaje: “El tiempo mengua.” Y comprendí que no aludía solo a la lagartija, sino a mí mismo, a todos mis días y, quizá, a los días del mundo.

En esa penumbra, con la ciudad aletargada en un crepúsculo sin promesa de amanecer claro, sostuve la mirada del reptil. Una parte de mí supo que estaba atravesando un no retorno, y que el simple hecho de volver atrás sería ya imposible.

El alba se insinuó con un pálido resplandor tras las cortinas, mas no pude discernir si su claridad era real o un mero artificio de mi vigilia alterada. Apenas dormí aquella noche, acosado por un desfile de visiones en las que la lagartija, casi espectral, reptaba entre puertas que no existían en mi departamento y sendas de concreto que desembocaban en un horizonte infinito. Al abrir los ojos, me hallé

preso de un desasosiego fatigoso, como si cada tramo de sueño hubiese sido en verdad una prolongación de mi incertidumbre.

Una ligera llovizna golpeaba el alféizar. El aire traía el perfume húmedo del asfalto, y el departamento ofrecía la misma penumbra expectante de los últimos días. Miré la repisa con el corazón en vilo, mas no encontré a la lagartija en su lugar habitual. Un escalofrío me recorrió al advertir que la atmósfera permanecía impregnada por su recuerdo, como si su presencia o su ausencia gobernara mis pensamientos.

Con una inquietud que rozaba la urgencia, escudriñé cada rincón: detrás de los libros, bajo la mesa, junto a las patas del sillón. Nada. El sobresalto inicial dio paso a un vacío lacerante, una suerte de orfandad inexplicable. Me sentí de pronto desprotegido, como si hubiera perdido un compás que me sostenía en medio del caos cotidiano.

Fue entonces cuando el celular vibró en mi bolsillo. Un breve frío invadió mi alma: temía otro mensaje del remitente anónimo que me había perseguido los días anteriores. Al revisar la pantalla, suspiré con un alivio relativo: el número era el de Adrián.

Encontré algo más, anunció él, sin preámbulos. Un amigo que trabajó en una editorial me contó de un manuscrito atribuido a Olivarius. Parece que él mismo lo dejó olvidado en un bar, con una nota que rezaba: “Si alguien lo halla, que lo complete por mí.” Es muy raro… ¿Te interesa leerlo?

Acepté sin titubear, sintiendo cómo mi curiosidad por aquel escritor desaparecido se confundía con mi propia búsqueda existencial. Tal vez había un reflejo de la lagartija en esas líneas inconclusas, o un eco de mi desvelo. Adrián prometió enviármelo apenas lograra conseguir una copia escaneada.

Descolgué el teléfono. Durante unos segundos, el silencio se instaló como un velo palpable entre las paredes. Sin pensarlo mucho, me dirigí a la vieja mesita donde había dejado una pila de periódicos viejos. En uno de ellos, casi sepultado por otros recortes, encontré la fotografía borrosa de Olivarius: su rostro tenía la ambigüedad de quien sonríe sin alegría, como si su vera identidad le resultara tan enigmática como ajena. Leí con lentitud los párrafos que describían su accidente en la ruta 40 y la posterior incógnita acerca de su paradero.

De súbito, escuché un roce tenue, casi un siseo, procedente del pasillo. Apreté el recorte contra mi pecho y, conteniendo la respiración, avancé hacia el origen del sonido. Allí, al pie de la puerta de entrada, distinguí la inconfundible silueta de la lagartija. Tenía las escamas húmedas por la llovizna que se había colado por debajo de la puerta; sus ojos, antes opacos, parecían ahora encendidos de un fulgor cercano a la fiebre.

—¿Volviste? —murmuré, intentando no sonar ridículo.

El reptil no se movió, pero en su postura percibí un leve temblor, como si algo en su interior se debatiera contra un designio

inevitable. Fue entonces cuando recordé la frase críptica de aquel correo: “La lagartija avanza, y el tiempo mengua.” Sentí un vértigo hondo, la certidumbre de que esa alusión no era una metáfora literaria, sino un presagio que se cumplía ante mis ojos.

Tome coraje y di un paso hacia la criatura, que me observó con una extraña mezcla de desafío y entrega. El pasillo, normalmente anodino, me pareció un túnel que desembocaba en una oscuridad sin fin. Pese a mi temor, alcé la mano con la intención de rozar su contorno, quizá para apaciguar ese temblor que percibía en su respiración. Ella se mantuvo inmóvil, apenas ladeando la cabeza con un ademán casi humano, como si midiera mi determinación.

Entonces, un relámpago silencioso atravesó mi mente: comprendí que la lagartija era algo más que un simple animal extraviado en mi hogar. Representaba un mensaje cifrado, un espejo de todo aquello que yo había eludido. Su lenta aproximación a mí evidenciaba la cuenta regresiva que se cernía sobre mi vida, del mismo modo que el viaje incierto de Olivarius había devenido una fuga sin retorno.

Sin romper el contacto visual, sentí cómo una parte de mí se hundía en un abismo de perplejidad. Evocaba al mismo tiempo la figura de Olivarius y aquella advertencia tan persistente sobre la caducidad del tiempo. Volví a preguntarme si, en verdad, no sería yo quien había llamado a este enigma, quien había gestado, con mi propia soledad y mis preguntas sin respuesta, la presencia de esa lagartija que ahora me acechaba con un halo de inevitabilidad.

Se produjo una explosión fugaz, proveniente de algún piso superior, o quizá de la calle: un estremecimiento que sacudió el edificio y que, por un instante, pareció amagar con derrumbar mis certezas. La lagartija dio un leve paso hacia mí, y sentí que mi corazón se aceleraba al ritmo de un tambor que anticipa la catástrofe.

—¿Qué querés de mí? —balbuceo, consciente de la paradoja de hablar con un ser que presumiblemente no entendía mi lenguaje.

En lugar de una respuesta, obtuve un silencio atroz. Sin embargo, ese silencio habló en mi interior con la contundencia de una verdad inapelable: la marcha de la lagartija era un oráculo de mi propia finitud. Mi respiración se tornó dificultosa y, por un momento, quise huir del departamento, del correo anónimo, de la mención insistente de Olivarius, y de esa criatura cuyo enigma se agolpaba en mi conciencia como una profecía inminente.

Inspiré hondo, sintiendo el latido de mis sienes, y retrocedí un paso. El reptil, entonces, inclinó sutilmente la cabeza, como un soberano que concede una tregua. Recordé los manuscritos inconclusos de Olivarius, su probable agonía en alguna ruta ignota, y me asaltó la noción de que tal vez todos estemos abocados a escribir una historia sin final definido, arrastrados por el ritmo de un tiempo que se ensaña con nuestras ambiciones y nuestros miedos.

Pese al torbellino de impresiones, no pude apartar la mirada de la lagartija, cuyas escamas mojadas relucían con un tinte casi metálico. Nada tenía sentido y, sin embargo, todo parecía cobrarlo en aquel

instante suspendido: la persistencia de su avance, mi propia incertidumbre, el rastro de una voluntad extraña que conectaba mi existencia con la de un escritor extraviado. Me quedé allí, paralizado, sabiendo que al cruzar ese umbral, al atreverme a tocarla o al permitir que se acercara más la vida, tal como la había conocido, mutaría en algo irremediablemente distinto.

El aire olía a tormenta, y, en mi fuero interno, reconocí que no había regreso posible al sosiego previo, si es que alguna vez existió tal cosa. El destino, o lo que entendemos por destino, se había materializado en la figura ínfima de esa lagartija, y yo, desprovisto de respuestas, apenas podía contemplar el abismo que su simple presencia me revelaba.

Aquel atardecer, el cielo se hendía en un mosaico de rojos y violetas tan espectrales que Buenos Aires parecía arder en la distancia. El asfalto, humedecido por la lluvia reciente, despedía un fulgor opaco, y los pocos peatones merodeaban con prisa, deseosos de guarecerse antes de que la noche alzara su telón definitivo. Yo, en cambio, no lograba escapar de una quietud taciturna que me retenía en mi departamento, donde cada objeto adquiría un simbolismo ominoso.

Desde mi sillón, contemplé la estancia con ojos vencidos por noches de insomnio. Las horas se habían vuelto confusas, como si un reloj extenuado marcase un tiempo inconcluso. No dejaba de pensar en Olivarius, en su extravío incierto, y en las páginas suyas que Adrián había conseguido: aquel manuscrito inacabado donde emergía la

mención recurrente de un reptil que avanzaba en la penumbra, devorando los latidos del mundo.

Noté entonces la puerta del pasillo entreabierta, como si una mano delicada la hubiera empujado. Con una mezcla de aprensión y curiosidad, me levanté y avancé en medio de la penumbra, reverenciando un silencio que me resultaba casi sagrado. Al asomar, distinguí la silueta de la lagartija recortada contra la luz mortecina: permanecía inmóvil en el suelo, con las escamas perladas de humedad. Su porte, antes altivo, ahora parecía extenuado, como si hubiese agotado las fuerzas de su paciente y misteriosa marcha.

Un murmullo sordo anidó en mi mente, tan silencioso que parecía articularse desde mi propio interior. Entonces recordé la sentencia del mensaje anónimo: “La lagartija avanza, y el tiempo mengua”. Sentí un estremecimiento, consciente de que aquella frase encerraba algo más que poesía: era un presagio.

Sus ojos, apagados y luminosos al mismo tiempo, me hipnotizaron: advertí en ellos una fatiga primordial, quizá un cansancio ancestral que coexistía con el mío. Me arrodillé con cautela y alcé al reptil entre mis manos. No opuso la menor resistencia; se abandonó a mi contacto, y en su pequeña anatomía capté el temblor de un aliento en retirada.

Un sollozo mudo se agitó en mi pecho. De pronto, el departamento, la ciudad y mis obsesiones se tornaron difusos, como si yo estuviera al borde de un dominio ignoto. Pensé en Olivarius, en su extravío

sobre la ruta, y en ese vórtice que nos asemejaba: ambos habíamos transitado un sendero plagado de incertidumbres y de la necesidad infructuosa de hallar un sentido.

Con pasos lentos, llevé a la lagartija hasta el sillón. Me senté, y ella se acomodó en mi regazo. El palpitar minúsculo de su cuerpo vibraba en el mío, y sentí que aquel latido, tan tenue, marcaba un pulso compartido. En la penumbra, no encontré nadie a quien acudir: estaba solo ante esa criatura que me remitía a todos mis miedos, a mis silencios y a una verdad que ya no podía ignorar.

Su respiración era cada vez más irregular, y noté que la lluvia había retornado, golpeando el alféizar con la cadencia de un réquiem. Recordé, con una nitidez que me asustó, la última línea del manuscrito de Olivarius, donde hablaba de un umbral que solo se cruza una vez. Comprendí, por un instante fulgurante, que aquel umbral estaba ante mí, y que no había marcha atrás.

La lagartija exhaló un sonido casi imperceptible, un estertor que me conmovió hasta las lágrimas. Sentí que mi propia respiración se volvía frágil, como si cada bocanada de aire me costara la vida entera. Cerré los ojos, inmerso en un sopor que era a la vez rendición y alivio. Me atravesó la imagen de un camino infinito, de un escritor anónimo que se perdía para siempre, y de la soledad incorruptible que abría sus fauces ante todo destino.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Un segundo o tal vez toda una eternidad deslavada. Cuando por fin el silencio se volvió

insoportable, percibí el último latido del reptil extinguiéndose bajo mis manos. Hubiera querido soltar un grito, pero de mis labios solo brotó un suspiro agotado, como si mis fuerzas se hubieran agotado con aquel ser que ahora yacía inerte.

En ese punto, mi conciencia pareció disolverse en una paz inusitada. Todo el bullicio del mundo se adormeció en una penumbra compasiva. Experimenté la certeza de que, a veces, la vida entera se reduce a un instante de comunión con lo desconocido. Pensé en expresar un último agradecimiento, pero mi voz se apagó antes de llegar a pronunciarlo.

El departamento, envuelto en tinieblas, pareció fundirse con el cielo ya consumido por la noche. En el horizonte de mi mente, nada quedó salvo la lección callada de la lagartija: esa promesa de que, tarde o temprano, todos los caminos convergen en la misma oscuridad, y que incluso en la mínima forma de un reptil puede anidar la revelación de nuestro propio fin.

El silencio, al fin, se tornó absoluto. En su regazo y en el mío, la muerte se instaló con la delicadeza de un crepúsculo definitivo, y con ella arribó un sosiego que anegó mi último pensamiento.

Interludio: Reflexiones de Olivarius

A veces creo que el arte de escribir no es más que un conjuro discreto para domesticar al caos. Este primer relato, La Lagartija, surgió de una inquietud difusa que no encontraba su lugar en mis cuadernos de viaje. Sin embargo, ahora que lo observo con cierta distancia, me asalta la certeza de que el cuento mismo susurra un presagio: sus personajes parecen anticipar mi propia ruina.

En esas páginas, la figura reptil emerge como un heraldo de la finitud, un pálpito en apariencia nimio que acaba devorando al protagonista. Me estremece notar cómo ese laberinto de obsesión, que se cierra en un silencio trágico, podría ser también el destino de quien lo escribe. ¿Y si la frontera entre la ficción y la vida no es tan infranqueable como suponemos? Al fin y al cabo, cada palabra que acierto a poner por escrito proviene de los mismos abismos que dan forma a mis sueños.

No sé si estas reflexiones sirven de exorcismo o de aceptación. Cuando releo mis textos, siento una punzada de vértigo: ¿quién escribe a quién? Tal vez la literatura sea un espejo demasiado sutil, y, en su superficie borrosa, mi propia existencia quede atrapada de maneras que no alcanzo a prever. No sería la primera vez que un autor se ve modelado por sus propias ficciones.

Por otra parte, tal temor es inevitablemente filosófico: confronta la naturaleza de nuestra libertad y de la escritura. Al tiempo que creamos personajes, nos exponemos a la posibilidad de que ellos nos

reinventen a su antojo. ¿No es la vida un texto sin final, empeñado en recordarnos que cada línea que trazamos puede resonar en nuestra carne como un rastro temible?

En La Lagartija, la muerte y la obsesión se tornan danzas indescifrables. Me pregunto si, en el fondo, nuestra historia personal no es sino el esfuerzo incesante de hallar cierta belleza en esos monstruos íntimos tan diminutos a veces como un reptil extraviado, y, sin embargo, capaces de arrasar con todo lo que creemos ser.

Dejo acá mis cavilaciones, a la espera de que el siguiente relato me brinde un respiro o, acaso, un nuevo motivo de desvelo. Sin embargo, no me abandonan los susurros de este cuento, ni la sospecha de que sus augurios ese pálpito fatal sean un mapa de ruta hacia mi propia deriva. Escribir, al fin, siempre involucra un acuerdo implícito con la incertidumbre, como si la verdadera tinta fuera el mismo miedo que procuramos desentrañar.

Cuenta la leyenda que todo gran amor, cuando se interrumpe sin aviso, deja huellas en el tiempo. En la memoria de Mauro, un hombre que siempre había vivido en Belgrano, cerca de las Barrancas, esa leyenda adquiría un matiz casi doloroso. Hacía varios meses que buscaba a Laura, la mujer que, con un silencio escueto, había partido de su vida sin más explicación que un adiós pactado.

Mauro solía recorrer las calles donde habían caminado juntos, con la esperanza de volver a encontrarla por azar. Cada esquina resonaba con el sonido de sus pasos compartidos, y a menudo se quedaba contemplando los magnolios del parque, sumido en una melancolía sosegada. Sus amigos, y hasta el dueño de la librería sobre la avenida Juramento, lo consideraban un nostálgico incurable, alguien anclado a una historia irrecuperable.

Sin embargo, en el fuero interno de Mauro anidaba una convicción inquebrantable: Laura no se había marchado por elección propia. A veces, en medio de la noche, imaginaba que la ciudad la había engullido, como si existiera una fisura invisible por donde las presencias queridas se disuelven. Más de una vez, cuando lo acosaba el insomnio, se asomaba al balcón para contemplar las luces

dispersas y repetía en voz baja su nombre, intentando convocarla contra toda razón.

Una tarde gris, de esas en que los porteños se refugian en los cafés con la lentitud de un ritual cotidiano, Mauro se internó en un pasaje poco transitado que descendía hacia las vías del tren. No lo había visto jamás, a pesar de considerarse un conocedor de cada calle del barrio. Un largo túnel se abría ante sus ojos, con el aire viciado de humedad y el reflejo incierto de unos cristales rotos en las paredes. Sentía el sentir de autos desde arriba y, sin embargo, tuvo la impresión de entrar en otro ámbito, ajeno al ruido de la ciudad.

Avanzó unos cuantos pasos, intrigado por la penumbra que lamía los muros. Con cada respiración, lo envolvía un silencio espeso, casi premonitorio. Lo que más le llamó la atención fueron los trozos de espejo dispersos en el suelo: algunos parecían parte de un vidrio antiguo; otros eran meros fragmentos puntiagudos, capaces de reflejar apenas una mínima fracción de luz. Cuando se miró en uno de esos pedazos, creyó ver, por un instante fugaz, el rostro de Laura a sus espaldas. Se giró de inmediato, con el corazón acelerado, pero solo halló la oscuridad creciente del pasadizo.

Tragó saliva y siguió adelante, convencido de que no era casualidad tropezar con aquel túnel en esa tarde melancólica. Sintió una extraña confluencia de emociones: la ansiedad de hallarla y el presentimiento de algo mayor que se cernía sobre él, una fuerza secreta que tal vez decidía los encuentros y desencuentros en las

calles de la ciudad. El eco de sus pasos le resultó inquietante, como si alguien o algo, caminara un segundo después, repitiendo sus movimientos.

Apenas unos metros más allá, el túnel se ampliaba en una suerte de bóveda que parecía tallada por el tiempo o por manos desconocidas. Un destello ténue provenía de la lejana salida, incitándolo a continuar. Pero cada vez que daba un paso, sentía que algo deformaba el ritmo de su respiración: podía jurar que el aire olía distinto, como si el túnel tuviese su propio clima, una atmósfera más densa y cargada de presagios.

Fue en ese punto donde notó algo aun más extraño: en uno de los espejos rotos, vio reflejados su rostro y el de un hombre que le era ajeno, un desconocido de rasgos difusos, embutido en un tiempo que no encajaba con el presente. El pulso se le aceleró y, antes de atreverse a mirar de nuevo, cerró los ojos. La realidad, pensó con un escalofrío, no siempre es un pasaje estable.

Durante unos segundos dudo. Retroceder significaba volver a la superficie y al olvido; avanzar era internarse en una oscuridad plagada de misterios. De pronto, aquella incertidumbre reverberó en su memoria: ¿no había sido Laura la primera en advertirle que la vida está repleta de lugares imposibles, donde los días se quiebran sin previo aviso? Con un temblor leve en las rodillas, Mauro emprendió de nuevo la marcha, convencido de que quizás en ese insólito túnel se ocultaba la clave de su búsqueda.

Mauro prosiguió su marcha por el túnel, movido por una obstinación que rozaba la temeridad. Aquello era, sin duda, una paradoja cruel: el mismo hombre que siempre había desdeñado toda forma de misticismo, negándose a creer en horóscopos o en la influencia oculta de las constelaciones, ahora se adentraba en un pasadizo tenebroso, guiado únicamente por un presentimiento.

A medida que avanzaba, la luz que se filtraba desde la salida se debilitaba, como si el día en la superficie se apagara más rápido de lo debido. Un leve cosquilleo erizó la piel de Mauro: el aire, cada vez más frío, parecía susurrarle que en aquellas sombras se entretejía un designio incomprensible.

Tropezó con numerosos fragmentos de espejo, diseminados sobre el cemento húmedo como los restos de un naufragio. En uno de ellos se vio reflejado con unos rasgos que no reconoció del todo: era él y, al mismo tiempo, el recuerdo de una versión pasada de sí mismo, atizado por el pensamiento de que el tiempo, ese tirano silencioso, podía distorsionar no solo los hechos, sino también la imagen que uno guarda de sí.

Las paredes del túnel, sudorosas por la filtración de agua, parecían estrecharse. Con cada paso, la noción de realidad se le volvía más inestable. La humedad reverberaba con una monotonía de gotas, y el sabor a óxido se mezclaba con la tensión en su garganta. En algún punto, un grafiti pintado a mano rezaba: “Quien permanece indiferente al misterio, ya está perdido.” Le resultó imposible decidir

si se trataba de una simple consigna de algún aventurero urbano o de un augurio personal.

De repente, lo sobrecogió la certeza de no estar solo. Aunque no escuchó voces ni pasos, el silencio demasiado denso parecía ocupado por una presencia que lo escrutaba desde la oscuridad. Se giró un par de veces, aguzando la vista, pero solo halló su propia sombra proyectada en el suelo húmedo. Aun así, el desasosiego no lo abandonó.

Más adelante, el túnel se ensanchaba en un recodo con muros hechos de azulejos antiguos, algunos rotos, otros maltrechos por el paso de un tiempo impreciso. Ahí, clavado en la pared, encontró un cartel viejo que anunciaba con letras gastadas: “Estación Borges”. La mente de Mauro dio un vuelco. ¿Cuántas veces había oído mencionar la obsesión de Borges por los laberintos y los espejos? Y ahora, como en un guiño profético, el apellido del escritor emergía en medio de un túnel que parecía engullir la lógica misma de la ciudad.

Debe de ser alguna broma o una referencia literaria, balbuceo, con la voz temblorosa de quien finge desinterés. Pero en el fondo, la ironía se le tornó desasosiego: sentía que era testigo de un entrecruzamiento de planos, como si la ficción y la realidad colisionaran ante él con un estruendo silencioso.

Continuó caminando, sin hallar el coraje para retroceder ni la tranquilidad necesaria para avanzar con calma. Tropezó entonces con un espejo inclinado contra un rincón. Al inclinarse para mirarlo,

creyó ver fugazmente el rostro de Laura reflejado junto al suyo. Un parpadeo bastó para que esa ilusión se esfumara, pero el golpe en el pecho perduró como una evidencia de que aquel pasadizo albergaba más de lo que los ojos podían procesar.

El eco de sus pisadas se multiplicaba, como si decenas de pasos resonaran a destiempo. Sentía que se adentraba en un espacio que no pertenecía ya a su barrio ni a su tiempo: un lugar donde las reglas cotidianas habían sido suspendidas.

—Laura —susurró, en parte para conjurar su temor, en parte para invocarla—. Si estás aquí, voy a encontrarte.

La respuesta del túnel fue un silencio más hondo, saturado de tensión, y el breve resplandor de un reflejo en la penumbra. Sin embargo, Mauro intuyó que aquella ausencia respondía en su propio lenguaje: la ciudad, o la realidad entera, parecía desdoblarse para mostrarle un camino prohibido.

Recuperó el aliento con dificultad y prosiguió, acorralado por la misma obsesión que lo había arrastrado hasta allí. No podía sacudirse la impresión de que, a cada paso, el tiempo perdía coherencia y que cada fragmento de espejo era, en verdad, un retazo de historias que convergían en un solo punto: él mismo, prisionero de sus preguntas.

Y en aquel laberinto fluctuante, apenas sostenido por el anhelo de hallar a Laura, Mauro comprendió que el viaje había dejado de ser únicamente suyo. Había entrado a un lugar cuyas sombras lo

examinaban, lo llamaban; el túnel lo retenía, como si fuera una entidad viviente que necesitara de su desconcierto para subsistir.

Continuó, obligado por su propia determinación y por la promesa íntima de que, de llegar al final, quizás vería de nuevo esos ojos que tantas veces lo habían mirado con ternura. Pero, en el fondo, una voz más profunda le advertía que esa búsqueda no acabaría sin exigirle un precio cuyo alcance todavía desconocía.

Al dar vuelta en otro recodo, Mauro descubrió que la bóveda se ensanchaba nuevamente y adquiría un matiz casi sepulcral. Las paredes, antes cubiertas de mugre y grafitis, lucían ahora azulejos añejos y emblemas borrosos de un pasado indefinible. Fue como entrar en las ruinas de un palacio subterráneo, donde cada detalle exhalaba el aliento de épocas remotas.

Por primera vez desde que iniciara aquella travesía, Mauro sintió que el piso bajo sus pies latía con un pulso extraño, más propio de un ser vivo que de un corredor de concreto. Una ráfaga de aire, insólitamente perfumada con un leve aroma a gardenias, pareció acariciarle el rostro. Contuvo la respiración, maravillado: ¿podía un túnel urbano, destinado a los servicios más banales, albergar un perfume de flores marchitas?

Se aventuró unos pasos más y se topó con un arco de medio punto, hecho de ladrillos irregulares. Justo en el centro del arco, un gran espejo intacto colgaba como una puerta suspendida. Brillaba con la

nitidez que solo los sueños poseen. Por un instante dudó: temió que, al pasar bajo ese arco, el mundo a sus espaldas dejara de existir, como en esos pasajes fantásticos que se cierran de improviso, condenando al viajero a un exilio atemporal.

Aun así, prosiguió. Cuando estuvo al pie del arco, se inclinó para ver su reflejo. Lo que encontró en el espejo, en vez de su rostro, fue una escena difusa: una mujer de cabellos oscuros, parecida a Laura, caminaba por una avenida porteña en apariencia antigua, con faroles de gas y adoquines relucientes bajo la lluvia. De pronto, se detuvo, como si percibiera la mirada de Mauro a través del cristal, y alzó los ojos con melancólica expectación.

El corazón de Mauro se desbocó. Un temblor eléctrico le recorrió las venas. Alargando la mano hacia el espejo, tocó la superficie firme, notando el frío del vidrio contra sus dedos. Sin embargo, su mente se arremolinaba en preguntas imposibles: ¿Era realmente Laura? ¿Qué año era aquel? Al instante, la imagen se difuminó, como una onda que borra una huella en la arena, y el espejo volvió a mostrarle tan solo su propia expresión angustiada.

—Laura… —exclamo, con la garganta seca. No supo si su voz resonaba en el túnel o se perdía en los pliegues de un tiempo entreabierto.

Decidido a no ceder ante el pavor que lo embargaba, continuó adelante, cruzando el arco con un suspiro profundo, como si con aquel aliento se despidiera de la lógica cotidiana. En la penumbra

que se extendía más allá, la temperatura pareció descender unos grados. Una hilera de viejas lámparas pendía del techo, proyectando sombras alargadas que se desplazaban a destiempo. El ruido incesante de sus propios pasos le devolvía la impresión de que alguien caminaba un segundo más tarde, repitiendo cada uno de sus gestos con precisión macabra.

En el fondo de la sala, notó un reflejo más nítido que los anteriores. Se aproximó con lentitud, temiendo otro espejismo: era un viejo cartel de metal, con letras grabadas al ácido que anunciaban:

“Próxima parada: Juramento. Año 1923.”

El aliento de Mauro se desbocó. Un retazo de memoria emergió en su mente: Laura solía bromear con la idea de pasear alguna vez por un Buenos Aires de antaño, como si el presente le quedara estrecho y necesitara escapar a un tiempo más romántico. En ese instante, Mauro supo con absoluta claridad que el túnel no era un simple corredor, sino un canal que comunicaba distintas realidades, tal vez distintos calendarios.

Un rumor, parecido al sentir de hojas mecidas por el viento, resonó a su espalda. Al voltear, ya no vio el espejo grande ni el arco de medio punto, sino un tramo de pared lisa, cerrada como el fin de un callejón. Sintió un vértigo atroz: la ruta por la que había llegado se había desvanecido, borrada por un designio imprevisible.

—¿Quién demonios diseña estas trampas? —musitó, preso de un pánico que luchaba por convertirse en furia.

Se esforzó por calmar su respiración, recordando las palabras que Laura solía repetir: “Las puertas más extrañas se abren solo a quien se atreve a cruzarlas.” Tal vez ella, en algún punto difuso de la ciudad, hubiera encontrado un acceso similar y ahora habitara un tiempo distinto. Se aferró a esa idea como a una tabla de salvación, y, con la mente ardiendo en conjeturas, comenzó a caminar hacia el anuncio que señalaba “Juramento Año 1923”.

No tenía garantía alguna de que pudiera volver. No sabía si ese túnel se mofaba de sus deseos o si, en un acto inaudito de compasión, le concedía la posibilidad de hallar a Laura. Pero la certeza de que todo se había vuelto irracional lo empujó a seguir, sin escuchar la prudencia que, a gritos, le exigía retroceder.

El suelo parecía declinar en suave pendiente, y con cada paso, Mauro notaba un hormigueo bajo la suela de sus zapatos, como si un fuego invisible atravesara la piedra. Se preguntó si, más adelante, se desdibujaría por completo la frontera entre su mundo y aquel al que, sin pretenderlo, parecía aproximarse.

Segundos más tarde, se detuvo frente a un portón de hierro labrado, de aspecto decimonónico. Un letrero roído, apenas legible, colgaba del dintel: “Bienvenidos a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 1923.”

Con su existencia reclamándole explicaciones en su sien. Mauro empujó el portón y se preparó para enfrentar lo que hubiera detrás. Sentía un íntimo cosquilleo, esa clase de precaución reverente que

antecede a lo imposible. Y comprendió, con pavor y esperanza, que el tiempo ya no era un sendero lineal, sino una partitura inacabada, donde podía oír fragmentos de un pasado tan real como el presente.

El portón cedió con un crujido, como si el paso entre dos mundos se abriera de pronto ante Mauro. Al otro lado se extendía un corredor amplio, con baldosas que recordaban a una vieja estación de tren. En lugar de lámparas eléctricas, gruesos faroles de vidrio colgaban del techo, emitiendo una luz amarillenta y leve, como de otra época.

A medida que avanzaba, el aire se volvía más fresco, y un remoto murmullo parecía llegar desde la superficie: pasos apresurados, el rumor de algún tranvía, el roce de ruedas sobre el adoquinado. Cada bocanada de aire traía el eco de una ciudad que sonaba distinta a la suya. Podía sentir, en cada paso, la tensión de alguien que abandona un suelo conocido.

En el centro de la galería, una placa de metal refractaba la luz con una opacidad antigua:

“Estación Juramento – Año 1923.”

El corazón de Mauro se aceleró al contemplar la fecha, impresa en tipografía cuidada, con vetas de óxido que le daban un aspecto verosímil y ajeno a toda farsa. Recordó entonces las palabras de Laura sobre lugares que conectan tiempos diferentes. No supo decir si el temblor de sus manos era vértigo o esperanza.

Un fugaz parpadeo lo distrajo: las luces titilaron y se apagaron un instante, dejando el espacio en penumbra. Oyó pasos suaves que se desvanecían en uno de los pasillos laterales. Trató de seguirlos, llamando en voz baja, pero solo encontró el aire cargado de humedad y baldosas que crujían bajo su peso.

Un cartel de madera, suspendido del techo, anunciaba “Salida a las Barrancas de Belgrano”. Los latidos de Mauro se aceleraron al pensar en aquellas barrancas que él conocía bien, pero que quizás acá se mostrarían irreconocibles. Un tenue hilo de luz delineaba la figura de un arco de hierro forjado, más allá del cual adivinó un contorno citadino envuelto en deseos y conjuros.

Se hacercó con lentitud, consciente de que su vida, hasta entonces razonable, pendía de un hilo. Un suave olor a carbón y un tintineo metálico le recordaron que en 1923 todavía era común el traqueteo de tranvías y coches tirados por caballos. Sintió que el hombre que había sido en su tiempo no podría subsistir intacto en este otro.

Miró hacia atrás y comprobó que el corredor por el que había llegado se veía ahora más estrecho, casi irreconocible, como si el túnel quisiera sellar su paso. Sintió un nudo en la garganta al aceptar que retroceder ya no era sencillo. Sostuvo entonces la placa metálica con la mirada y, respirando hondo, se aventuró a empujar el arco de hierro.

Un resplandor liviano le reveló el perfil de una calle adoquinada y el ruido de voces que no pertenecían a su presente. Reconoció, en ese

ruido, una cadencia antigua, como de un castellano que se desliza con otra música. Su cuerpo se llenó de asombro y temblor: un paso más, y estaría en la Buenos Aires que Laura deseaba encontrar.

En esa frontera, Mauro supo que el hombre que avanzaba no era el mismo que había entrado a buscarla. Pero nada podía contenerlo. Su búsqueda no era solo la de Laura, sino la de un destino que, sin él saberlo, lo había llamado desde hacía mucho tiempo.

La luz que penetraba desde la salida cegó a Mauro por unos instantes, tras la penumbra del corredor. Se limpió los ojos con sus manos, hasta que sus ojos se adaptaron, descubriendo un tramo de adoquines nuevos que relucían bajo un resplandor crepuscular. Podía oír el traqueteo de tranvías y el rodar de carros, en lugar del tránsito y las bocinas habituales.

Al dar unos pasos, percibió que el aire tenía una cualidad distinta: despedía un matiz a carbón quemado y a café tostado que evocaba tiempos anteriores a la modernidad. Detalló, con asombro, los faroles de hierro forjado dispuestos a lo largo de la calle, semejantes a ornamentos de un museo viviente.

La gente circulaba casi sin reparar en él, ataviada con ropas formales, chalecos y vestidos largos. El ritmo del habla, salpicado de entonaciones arcaicas, subrayaba el cambio radical que lo rodeaba. Ante esa evidencia, sintió una mezcla de maravilla y aprensión: estaba en 1923, deambulando por una versión pretérita de Belgrano.

Las Barrancas no lucían como las conocía. Los jardines se veían más espesos y menos podados, y las veredas parecían de una época ingenua. Con todo, la estructura general del barrio persistía, como un reflejo de su propio tiempo, aunque teñido por la pátina de lo antiguo. Buscó con la mirada a Laura en cada esquina, convencido de que, si ella hubiese recorrido el mismo túnel, tal vez se movería por estas calles con el deleite de quien halla su refugio soñado.

Una ilusión le hizo creer verla de soslayo, caminando cerca de un vendedor de flores: el contorno de una mujer de cabello oscuro que se esfumó tan rápido como apareció. Cuando se acercó, solo encontró a una extraña que lo contempló con curiosidad antes de perderse entre la multitud.

Retomó su marcha hasta la esquina más cercana, donde un rótulo rezaba: “Juramento”, escrito con un estilo tipográfico propio de comienzos de siglo. Reconoció la disposición de las veredas, aunque la fisonomía de las casas variaba de forma notoria. Algunas fachadas de dos pisos, con grandes ventanales y rejas ornamentales, sustituían a los edificios modernos que él recordaba.

Se sorprendió al divisar, al costado de un portón de madera, un grafiti casi imperceptible: ”Los espejos y la memoria quiebran el tiempo”. De inmediato evocó la imagen de Borges y sus obsesiones con los laberintos y los reflejos. Sintió un estremecimiento: a su modo, esta ciudad y tal vez Laura en ella, se le presentaba como un dédalo donde lo real y lo posible se fundían sin explicación.

Fue entonces que se detuvo ante un café con un toldo bordado en un estilo claramente modernista. Al cruzar su sentencia, se topó con mesas de mármol y sillas de madera tallada, inundadas por el aroma vivificante de café y medialunas recién horneadas. Se sintió un intruso en un mundo que jamás pensó pisar, y notó cómo algunos parroquianos lo observaban, no con hostilidad, sino con la leve extrañeza que despierta lo imprevisto.

Aun así, se sentó junto a una ventana. Desde allí, contempló la calle con la esperanza de descubrir algún rastro de Laura. Se aferraba a la idea de que, si ella había llegado antes, podía haber encontrado aquí el remanso que anhelaba. También temía que se hubiese perdido sin remedio en esta Buenos Aires antigua, imposibilitada de volver.

El mozo tomó su pedido sin mostrar desconcierto por el acento ni la vestimenta de Mauro, quien pagó con las monedas de coleccionista que tenia en su billetera, rezando para no despertar suspicacias. A su alrededor, los comensales hablaban de la política nacional y del último tango de moda, mientras él se sentía sumergido en una estampa ajena.

Cada sorbo de café le supo a revelación: un gusto denso, casi ritual, que lo conectaba con una tradición de la que no formaba parte. Cuando terminó, el sol había descendido aún más, pintando los adoquines de carmesí. Fue entonces que comprendió cuán cerca estaba de quedar atrapado en la nostalgia infinita de esta época.

¿Qué ocurriría si no lograba hallar a Laura? ¿Y si, al cabo, ni siquiera lograba volver?

Con el alma encogida por esa incertidumbre, se incorporó, pagó la cuenta y salió a la calle. El atardecer cubría el barrio de una oscuridad serena, y el aire cargaba un tono de música lejana. Se palpó la campera, buscando el recorte de periódico donde aparecía Laura, pero solo encontró una hoja arrugada con noticias irrelevantes. Era como si el propio tiempo hubiera borrado su pista, dejando a Mauro varado en un escenario que combinaba la maravilla y la pérdida.

Decidido a no ceder al desaliento, enfiló hacia el parque con paso firme, sin dejar de escrutar cada rostro ni de escuchar cada conversación que flotaba en el ambiente. En esa nueva soledad, se propuso proseguir la búsqueda, aun a riesgo de descubrir que el pasado y la ilusión se confabulan a veces para ofrecer destinos imposibles de alcanzar.

La tarde dio paso a una noche de faroles tenues, cuyas sombras delineaban en los adoquines un trazado casi onírico. Mauro, insistiendo en su búsqueda, atravesó calles y plazas que parecían salir de un álbum geométrico, hasta llegar a un sendero arbolado. El perfume de las gardenias, inesperadamente presente, lo guio hacia una alameda.

Al fondo, un farol alumbraba la figura encorvada de una anciana que leía en un banco de hierro. Mauro se aproximó con cautela, sintiendo

en cada paso un presentimiento de revelación. Cuando la mujer alzó la vista y esbozó una sonrisa melancólica, él reconoció en ese gesto el vestigio inconfundible de Laura.

—¿Laura? —articuló con un temblor en la voz.

La anciana ladeó la cabeza y cerró el libro, como si en ese acto se resumieran años de espera.

—Te aguardaba —dijo, y su mirada, velada por las arrugas, conservaba la llama de la Laura que él había perdido tanto tiempo atrás.

Mauro, sobresaltado, se sentó a su lado. Ella mantenía una mano sobre la tapa del volumen, como si fuera un objeto sagrado. Pudo leer el título: El Túnel de los Espejos. Al abrirlo, encontró una narración que reproducía su propia vida: los pasos en Belgrano, el departamento solitario, el corredor de espejos rotos. Supo entonces que ahí estaba escrita toda su historia.

¿Entonces… yo soy un personaje? Susurró, sin apartar la mirada de esas páginas que parecían dictar su destino.

Laura inclinó la cabeza con una ternura cargada de nostalgia. — Nosotros, en verdad, somos parte de algo mayor. Intenté volver, pero las puertas se cerraron. Entonces, plasmé tus pasos en este libro, esperando un reencuentro.

Un estremecimiento sacudió a Mauro. Paso las hojas con manos trémulas y encontró la descripción exacta del parque, del banco, de

la anciana y de sí mismo llegando exhausto tras un viaje imposible. Se detuvo en la última página, en blanco: la historia concluía justo en ese instante.

—No sé qué hacer con esta verdad —confesó, sintiendo que sus preguntas colisionaban en su mente.

—A veces, basta con comprender que lo vivido posee su propia validez —respondió Laura—. Incluso cuando todo parezca ficción, el amor y el deseo de hallarnos siguen siendo reales.

Se hicieron un silencio y, durante un instante, Mauro se sintió a la vez asfixiado y aliviado: si su destino era una ficción, en ese mismo relato se había consumado lo que más anhelaba. Alzó la vista hacia el cielo de 1923, cubierto de estrellas inmóviles, y comprendió que no había retorno hacia el tiempo que conoció. El libro, en su regazo, era la única puerta cerrada y el único testigo de su propia identidad.

Laura tomó su mano con la dulzura de quien vuelve a un lugar donde debió estar siempre. —Quizá no importe si somos de carne y hueso o meros trazos de tinta. Mientras mi corazón y el tuyo conserven la memoria de este encuentro, todo lo demás es secundario.

Entonces, la luz del farol parpadeó. La ciudad alrededor pareció desdibujarse en una penumbra suave, como si las fronteras entre la vigilia y el sueño se fundieran en una sola realidad. Mauro cerró los ojos, sintiendo un sosiego infinitamente extraño, libre de toda lógica.

En esa penumbra, el libro se abrió en su página final, la que permanecía en blanco. Quizá aguardaba otro trazo, otra palabra que prolongara el relato. O tal vez, en su silencio, contenía el desenlace perfecto: el de dos seres que, al fin y al cabo, se encuentran en la brecha intangible entre el amor y la ficción.

Cuando la última bocanada de brisa agitó las gardenias, Mauro sintió que el tiempo se suspendía, dejándolos a ambos sellados en la única verdad que importaba: la del reencuentro anhelado, aunque fuese un ritmo en el vasto y misterioso relato de la existencia.

Así, la noche se cerró sobre Belgrano de 1923, sin que a nadie pareciera extrañarle la presencia de dos viajeros que se debatían entre lo real y lo imaginado. Y en aquel banco, iluminado por un farol moribundo, Mauro y Laura descansaron al fin bajo la certeza de que, a pesar de todo, habían logrado escribir o vivir su propio final.

Interludio II: Las sospechas de Olivarius

No deja de intrigarme y divertirme a partes iguales, la idea de que los personajes tomen conciencia de su autor. Resulta casi obsceno

pensarlo: un par de criaturas de tinta, Mauro y Laura, intuyendo que mi birome decide cada uno de sus tropiezos y reconciliaciones. Sin embargo, en su último respiro narrativo, no me juzgan ni imploran; se conforman con la gracia o la condena de su ficción.

Algo en ese estoicismo me enternece y me espanta. ¿Y si yo mismo no soy más que el proyecto literario de alguien? Cada vez que me sorprendo revisando estas historias, un velo de ironía me cubre los ojos, y me pregunto si acaso mi moto, mis viajes y hasta mis éxitos editoriales no son parte de un guion que desconozco. Si eso fuera cierto, tal vez el verdadero autor me contempla con la misma incertidumbre con que yo miro a Mauro o a Laura.

Por un lado, me tienta reírme de semejante conjetura al final, soy un hombre que escribe, que siente y que padece. ¿Acaso necesito una verificación ontológica más sólida que mi propia capacidad de sangrar? Pero, por otro lado, no puedo obviar la sensación de vértigo: en la lógica de las ficciones, todo protagonista cree ser de carne y hueso hasta el instante fatal en que descubre que los hilos de su existencia los maneja otro.

Al menos, mis personajes aceptan su sino con una serenidad que roza lo poético. ¿Podría yo, llegado el caso, adoptar semejante entereza si un día descubro que este café en el que escribo, estas carreteras que recorro, y cada minúscimo detalle de mi vida no son sino párrafos en una historia ajena? Casi me arranca una sonrisa

pensar que, tal vez, también yo habite un túnel de espejos, tan interminable como las conjeturas que me atormentan.

Las Llamas de Stephanie

No sabía en qué punto exacto comenzó aquella obsesión, si fue al contemplar los ojos de Stephanie por primera vez o al oír su voz profunda que parecía brotar de un abismo. Lo cierto es que Ezequiel —el hombre que combatía el fuego de la ciudad con la misma meticulosidad con que otros combaten su propia angustia— descubrió en ella una presencia casi sagrada, un enigma que lo reclamaba sin piedad.

Aún no entendía por qué Stephanie apareció en su vida de un modo tan súbito. Fue durante un incendio menor, en un viejo edificio del barrio de Almagro. Un cortocircuito había originado llamas que se extendieron por el techo, y cuando Ezequiel irrumpió en la habitación, la encontró allí, de pie, sin gesto de miedo ni prisa por

huir. Parecía ajena al humo que asfixiaba a todos los demás. Al mirarlo, inclinó la cabeza con una enigmática parsimonia, como si hubiese estado esperándolo.

—¿Estás bien? —logró preguntarle, boqueando entre la humareda. Ella asintió con calma, y en ese breve instante, entre el crepitar de la madera y el olor a plástico quemado, Ezequiel sintió que el fuego dejaba de ser su enemigo para convertirse en un puente. Aquella mujer, indiferente al peligro, condensaba un magnetismo que él nunca antes había presenciado.

Desde ese día, la imagen de Stephanie lo perseguía como una marca indeleble. Cada vez que el pitido de emergencia lo arrancaba de su descanso, la evocaba inconscientemente: su sonrisa enigmática, sus ojos profundamente oscuros, su andar pausado. Hasta las sirenas parecían invocarla con su insistencia: Stephanie, Stephanie. Una especie de conjuro que resonaba en su mente y lo abstraía del mundo.

Cuando logró al fin saber su nombre —ella misma se lo confesó, en un bar improvisado donde bomberos y curiosos se reunieron tras la contingencia—, Ezequiel experimentó la certeza de que ese era el principio de una historia sin desenlace feliz. Stephanie pronunciaba las palabras con una serenidad casi profética, como si supiese que aquel encuentro era más un destino que un accidente.

—Todo arde tarde o temprano — expresó ella, sonriendo a medias, mientras Ezequiel intentaba articular una invitación a cenar o al menos la promesa de volver a verla.

—¿Cómo dices? —repregunto él, sin desviar la mirada de sus labios.

—Nada, algo que escuché hace mucho —repuso, acomodándose—. Supongo que con tu oficio estás acostumbrado a ver cómo el fuego reclama lo suyo.

Él sintió la inmensidad de una vida a medias. No pudo evitar preguntarse qué tanto sabía esa mujer sobre el fuego, la destrucción o la muerte. Aun así, la curiosidad lo venció: quería penetrar en sus secretos, como quien se adentra en una casa ardiendo con la vana ilusión de rescatar algo que, quizás, ya está condenado.

Fue así como empezó un romance tan vertiginoso como ambiguo. Stephanie aparecía y desaparecía con la misma facilidad con que la llama se enciende y se extingue. Ezequiel acudía a cada cita con un grillete en su mente, sabiendo que no podía poseerla del todo, y aun así aferrándose a la esperanza de que ese día, tal vez, ella al fin se quedaría a su lado.

Pero en cada mirada, en cada conversación compartida al borde de la madrugada, había un matiz de fatalidad. Stephanie hablaba de la vida con un desapego que lo inquietaba; hacía comentarios fugaces sobre la fragilidad de las certezas, la caducidad de todo vínculo, la sensación de que cada persona existe solo hasta que un relámpago del azar la borra.

—Es como si fuéramos personajes de un cuento mal escrito —dijo una vez, contemplando la llama de una vela—. Podríamos salir de escena en cualquier momento, sin explicaciones.

Ezequiel rió, convencido de que era solo un pensamiento poético. Ignoraba que, tras esas frases, había una advertencia velada, la insinuación de que los hilos de su vida no estaban en sus propias manos. De haberlo entendido, tal vez habría retrocedido. Pero el amor, cuando se enciende con la intensidad de un incendio forestal, no respeta alarmas ni llamadas de auxilio.

Con cada nuevo encuentro, Ezequiel sentía que Stephanie se convertía en el verdadero incendio que ardía en sus sueños. Las sirenas de la estación dejaban de inquietarlo: el fuego real no lo amedrentaba tanto como la inminencia de perderla. Y sin embargo, algo sombrío se anudaba en su pecho: presintió, desde el primer día, que amarla era abrazar su propia destrucción.

Fue así como la llama inicial se transformó en una combustión interna. El bombero que salvaba vidas en edificios en llamas se consumía, paradójicamente, en el misterio de esa mujer que aparecía en su camino con el aura oscura de lo irremediable. En el fondo de su alma, Ezequiel ya adivinaba que aquel romance no era un rescate, sino la antesala de un derrumbe del que no podría salir indemne.

La estación de bomberos se había convertido en su segundo hogar, un recinto donde Ezequiel se refugiaba de la incertidumbre que lo consumía en la noche. Lo rodeaba el sonido rutinario de las mangas,

las charlas entre compañeros y el olor penetrante de la cera con la que limpiaban el piso. Sin embargo, ni siquiera ese entorno tan familiar lograba aplacar la ansiedad que le producían las ausencias de Stephanie.

A veces, en medio de un incendio, creía distinguir su silueta entre las llamaradas. Se reprochaba esa ilusión: ¿cómo imaginar que ella se ocultaba en el fuego, si precisamente ahí podría hallar su fin? Pero la intensidad de sus sentimientos lo empujaba a buscarla donde menos cabía lógica. Al fin de cuentas, Stephanie siempre aparecía en los lugares más improbables, casi como si surgiera de un error en la trama de su propia realidad.

Una noche, la encontró aguardándolo frente a la estación, recostada contra el muro con una serenidad que contrastaba con el estruendo de las sirenas. Vestía un abrigo largo que apenas la protegía del viento invernal, y cuando Ezequiel se acercó, notó que sus mejillas apenas acusaban el frío de la madrugada.

—No sabía que vendrías —confesó él, aliviado y aturdido a la vez.

—¿Acaso se anuncia lo inevitable? —replicó ella con una sonrisa sesgada.

Caminaron juntos por calles desiertas hasta un café que permanecía abierto a deshoras. Bajo la luz conciliadora de las farolas, la figura de Stephanie adquiría un aura casi espectral, como si flotara a medio camino entre la vigilia y el sueño. Cuando al fin se sentaron, ella comentó, con tono enigmático, que pronto se marcharía de la ciudad.

—¿Por qué? —inquirió Ezequiel, intentando en vano ocultar la congoja.

Stephanie lo contempló con una ternura indecible. —Las cosas se desgastan cuando no son del todo sólidas. Hasta una chispa se extingue si no encuentra combustible suficiente.

Él alzó la vista, mordiéndose el labio para no espetarle un torrente de objeciones. No se atrevía a preguntar dónde viviría, por cuánto tiempo, o si llevaba planeando aquel adiós desde el momento en que se conocieron. Una parte de sí presentía que ella no le ofrecería respuestas claras.

Se quedó contemplándola mientras giraba la taza de café entre las manos, hipnotizado por la manera en que la luz resaltaba su perfil. En esa penumbra amistosa, la melancolía se coló como un tercer invitado, sin pedir permiso. Ezequiel sintió ganas de rogarle que no se fuera, pero algo en el semblante de Stephanie le indicó que nada podría detener su partida.

—¿Te has preguntado alguna vez… si nuestras vidas tienen un sentido más allá de lo que alcanzamos a comprender? —preguntó ella, tras un largo silencio.

Él no supo responder de inmediato. Lidiaba con el eco de su propia confusión, con la inminencia de perderla.

—El sentido… lo inventamos. O lo encontramos en otros, ¿no crees?

—Sí —concedió Stephanie—. A veces, lo encontramos en alguien que parece sacudirlo todo.

Lo que no añadió, aunque Ezequiel lo intuyó, era que también a esos lazos intensos les llega el momento de desvanecerse. Con el correr de la conversación, quedó claro que la despedida no sería un acto abrupto ni dramático, sino la consumación de un designio más hondo, como si Stephanie sintiera que su rol en la vida de Ezequiel ya había cumplido su ciclo.

Cuando se separaron al amanecer, ella lo abrazó con una suavidad que contenía tanto adiós como bienvenida. Él sintió el vértigo de no saber cuándo volvería a verla, ni en qué condiciones. Sin embargo, la contempló alejarse con la resignada certeza de que intentar retenerla hubiera sido tan inútil como querer encerrar un soplo de fuego en la palma de la mano.

Los días posteriores fueron un remolino de guardias nocturnas y rescates anodinos. Ezequiel repetía sus rutinas mecánicamente, pero su mente permanecía anclada en la incertidumbre. Hasta que una madrugada —casi como un presagio— atendió un llamado por un incendio en un edificio céntrico. Al llegar, el resplandor de las llamas consumía todo el último piso, y los gritos de los vecinos se alzaban con una desesperación que partía el alma.

En la escalera, mientras ascendía con la manga a cuestas, Ezequiel creyó percibir, en uno de los balcones, la silueta de Stephanie. Experimentó una punzada de pánico y urgencia que lo impulsó a

abrirse paso entre el humo y el calor sofocante. Pero cuando llegó al pasillo, halló tan solo un espejismo de hollín y un silencio asfixiante.

Fue en ese instante que lo inundó una certeza dolorosa: Stephanie se había convertido en el símbolo de un anhelo imposible, y su marcha inminente pendía sobre él como una condena. Y, por más que intentara salvar a otros de las llamas, nadie podía salvarlo del fuego interior que consumía sus días y sus noches.

En los días que siguieron a aquel incendio, Ezequiel se sorprendió a sí mismo rondando los lugares donde solía encontrar a Stephanie. Recorrió calles y bares a deshoras, como si el rastro de su presencia pudiera materializarse en un recodo de la noche. Aunque conservaba la esperanza de verla aparecer —silenciosa y enigmática como siempre—, lo único que halló fue una sensación de vacío que lo perseguía incluso en sueños.

Poco a poco, su obsesión tomó un matiz sombrío: comenzó a cuestionar los hilos de su propia realidad. Recordaba ciertas frases de Stephanie, tan impregnadas de fatalismo, que parecían rozar la clarividencia. “Podríamos salir de escena en cualquier momento…”. Aquellas palabras lo golpeaban con una fuerza inusitada cada vez que el tono de las sirenas le sacudía el alma.

—¿Realmente somos dueños de lo que vivimos? —se preguntó una madrugada, mientras estudiaba su reflejo en el espejo del baño. Las sombras del cansancio le cubrían el rostro con una pátina de desasosiego. Por un segundo, le pareció que su imagen no le devolvía

la mirada, como si hubiese un leve desfase entre sus gestos y la respuesta especular. Sentir ese desajuste lo perturbó más de lo que habría querido admitir.

Las guardias en la estación se convertían en una sucesión de rostros preocupados y tensas llamadas de emergencia. Ocasionalmente, algún veterano le preguntaba por su semblante taciturno, sugiriéndole que tal vez necesitaba “desconectar” un poco. Mas Ezequiel rehuía cualquier consejo, convencido de que nadie podría comprender la intensidad con que Stephanie se había convertido en su obsesión. Le resultaba absurdo explicarles que no era simple nostalgia, sino la sensación de que algo fundamental —casi metafísico— se le escapaba de las manos.

Una noche, al volver de un servicio rutinario, encontró en su casillero un sobre sin remitente. Adentro, contenía apenas un papel con dos líneas escritas en tinta difuminada:

“Hay incendios que no se apagan con agua. Volveré cuando menos lo esperes.”

No hacía falta firmar. Ezequiel reconoció la caligrafía esbelta y un poco inclinada de Stephanie. Sintió que el pulso se le disparaba. La fecha, en la esquina inferior, le provocó un escalofrío: marcaba el día anterior, como si ella hubiera estado ahí, en la estación, sin que nadie lo notara.

Durante las siguientes horas, apenas logró concentrarse en sus tareas. Ese mensaje ambiguo, casi profético, lo dejó en vilo. ¿Volvería

a verla para despedirse? ¿Acaso regresaría a confesarle la verdad sobre su partida? El ansia de respuestas lo mantenía en un estado de permanente tensión, como si todo su ser aguardara una llamada de auxilio que, en el fondo, anhelaba y temía a la vez.

Al filo de la madrugada, se sentó en un rincón apartado de la estación, donde apenas llegaba la luz mortecina de un pasillo. Recordó la primera vez que sintió la llama de la pasión, al verla en aquel incendio, inmutable entre el humo. Reflexionó sobre la aparente indiferencia con la que Stephanie desafiaba el peligro, y le asaltó una idea perturbadora: ¿acaso ella lo había conducido a un territorio donde las nociones habituales de vida y muerte eran insuficientes?

En ese instante, se dio cuenta de que en su memoria se mezclaban escenas que no recordaba haber vivido. Episodios con Stephanie que flotaban en su mente, como si formaran parte de una narración más amplia de la que él solo era un capítulo. Al intentar evocarlos con exactitud, comprobó con horror que se le escurrían como arena entre los dedos, dejando apenas la certidumbre de su existencia borrosa.

Fue la primera vez que se preguntó si su propia realidad no estaba sujeta a voluntades ajenas. Sin embargo, no halló un modo racional de procesar esa sospecha. Se aferró, entonces, a la convicción de que Stephanie —fuera lo que fuese— era el vínculo que unía su vida anterior con ese enigma cada vez más hondo. Aunque no supiera nombrarlo, en el fondo entendía que la verdadera llama que ardía

dentro de él no era solo pasión, sino un presentimiento de que todo podría desmoronarse en cualquier momento, al igual que un edificio consumido por el fuego.

Un amanecer plomizo lo sorprendió revisando, por enésima vez, el sobre con la nota de Stephanie. Ezequiel apenas había dormido, atrapado en una zozobra que ni siquiera él comprendía del todo. Sentía el impulso de compartir sus cavilaciones con algún compañero, pero temía la incomprensión o, peor aún, las burlas. ¿Cómo hablar de incendios metafóricos, de la sospecha de que su propia identidad pendía de un hilo que no le pertenecía?

Ese mismo día, mientras cubría una guardia de rutina, el teléfono de la estación recibió una llamada de emergencia: un fuego aparentemente controlable se había desatado en una fábrica abandonada en las afueras de la ciudad. Ezequiel se sumó al operativo con el rigor profesional que siempre lo caracterizaba; no obstante, en el fondo de su mente, bullía la obsesión de que tal vez ahí, entre el chisporroteo de las llamas y el olor a hollín, se reencontraría con Stephanie.

El lugar era un edificio vetusto de muros ennegrecidos por el hollín de años pretéritos. Al ingresar, notó que la escena no presentaba indicios de un incendio agresivo; más bien eran brasas dispersas, como si alguien hubiera intencionalmente provocado pequeños focos que no llegaban a propagarse. Mientras sus compañeros se

ocupaban de sofocar los focos residuales, Ezequiel se internó en un pasillo lateral, siguiendo un presentimiento difícil de explicar.

Ahí, el porvenir se mezclaba con una bruma rojiza que se filtraba por las rendijas del techo. Y, en medio de esa neblina, la silueta de Stephanie se recortaba con la misma serenidad que él recordaba del día en que la conoció. Llevaba un vestido sencillo, extraño en aquel entorno calcinado. Lo miraba, como si de alguna forma lo hubiera estado esperando.

—¿Cómo…? —balbuceó Ezequiel, aturdido. Nunca terminaría de acostumbrarse a la forma en que ella podía aparecer en el epicentro de un incendio sin inmutarse.

Stephanie se limitó a alzar la vista al cielo renegrido. —¿Alguna vez te has detenido a pensar en la fragilidad de lo que creemos real? —preguntó, con una voz que parecía salir de la mismísima columna de humo.

Antes de que él pudiera replicar, un crujido en la estructura le hizo volver la mirada hacia los muros. Pedazos de yeso caían con un estrépito sordo. Alarmado, Ezequiel la tomó de la mano para alejarla del peligro. Al contacto con su piel, percibió un calor vivo que le traspasó la sangre, un calor distinto al del fuego que combatía a diario. Stephanie no se resistió, pero, apenas se puso a salvo, soltó su mano con una dulzura casi letal.

—No puedo quedarme —exclamo, mirándolo con ojos que contenían siglos de resignación.

—¿Por qué? ¿De qué escapas? —exclamó Ezequiel, sintiendo un peso distinto.

Stephanie se demoró un instante antes de responder: —La pregunta no es por qué me voy, sino por qué vos no podes retenerme. ¿Estás seguro de que esta realidad te pertenece? —Su voz no era un reproche, sino la confidencia de alguien que conoce un secreto insoportable.

La intensidad de aquel instante lo dejó paralizado. Le parecía que el tiempo se congelaba a su alrededor, como si las brasas y el humo se hubieran detenido para presenciar la escena. De pronto, en la mirada de Stephanie se reflejó una piedad que él nunca antes había sentido.

—Créeme, lo siento por ti… y por mí —susurró, acariciándole la mejilla con un ademán tan leve que lo quebró por dentro. Después, en un parpadeo que el ojo apenas pudo registrar, desapareció tras un recodo, dejando un rastro de ceniza flotante en el aire.

Ezequiel habría corrido tras ella, pero una viga se desplomó cerca, obligándolo a retroceder para no quedar sepultado. El estrépito sacudió el edificio, y, cuando logró sortear los escombros, ya no había rastro alguno de Stephanie. Se quedó ahí, inmóvil, entre paredes a medio derrumbar, preguntándose si aquella visión no era sino otra fisura en su cordura.

Por primera vez, la melancolía se le mezcló con un furor desconocido: la sensación de haber sido abandonado en un laberinto

cuyo diseño ignoraba, y el orgullo herido de quien empieza a sospechar que su propia vida podría ser una marioneta en manos de alguien más. ¿Y si Stephanie estaba intentando advertirle que él carecía de autonomía real? La idea le resultaba inaceptable, pero su corazón latía con un terror que no había sentido ni siquiera frente a los mayores incendios de su carrera.

El sol agonizaba tras el perfil de la ciudad cuando Ezequiel, exhausto, regresó a la estación de bomberos. Llevaba el estructural de varios rescates sobre los hombros, pero la carga de su espíritu era más pesada que cualquier manga. Todavía recordaba el roce de la mano de Stephanie y la mirada compasiva que le dirigió antes de desvanecerse.

Casi nadie quedaba en la estación a esa hora. Los pocos compañeros que aún merodeaban se despidieron con un saludo somnoliento y se marcharon a sus casas. Ezequiel se quedó solo, sentado en un banco de madera, con el nudo del silencio oprimiéndole el horizonte.

Entonces lo vio: sobre su taquilla, un sobre idéntico al que recibió días antes, sin remitente. Su desdicha dio una pausa al reconocer en la noche indiferente aquella caligrafía esbelta. Se incorporó con urgencia, temiendo a un tiempo la esperanza y el desengaño. Rompió el sello con dedos pegajosos y leyó:

“Te debo una verdad que no supe confesarte.

Eres parte de un relato que no escribí sola,

Y tu historia es la llama que me consume.

Perdóname, Ezequiel.

– Stephanie”

Notó que la tinta se corría ligeramente, como si hubieran caído sobre la hoja gotas de agua… o de lágrimas. Una condena implícita le recorrió la espalda. ¿Podría acaso Stephanie haber colaborado en la “creación” de su vida? ¿Era él, en cierto modo, un personaje concebido en la mente de alguien más?

Un estrépito en el pasillo interrumpió sus conjeturas. Un fuego imprevisto, un cortocircuito quizá, comenzaba a arrasar la zona de almacenamiento de la estación. Alarmado, Ezequiel corrió por el extintor más cercano y se adentró en las llamas, como tantas veces había hecho. Pero esta vez, algo en su interior se quebró: la certeza de que su voluntad tal vez no le pertenecía se mezcló con el deber de apagar el incendio.

Un humo denso lo envolvió y, por un instante, se sintió mareado: los años de entrenamiento deberían haberlo mantenido firme, pero su mente se desbordaba con reflexiones que ningún manual le había enseñado a manejar. ¿Sería su fin tan solo el capricho de una pluma, una escena final escrita por manos ajenas?

Intentó disipar la confusión, pero las llamas ascendían con una violencia extraña. Estornudando y tosiendo, se internó más en la humareda, rasgando las cortinas de fuego con el extintor. Era un duelo absurdo contra aquello que él mismo representaba: el fuego, la pasión, la furia incontrolable de una historia que no elegimos.

Cayó de rodillas en medio del calor sofocante, y en su aturdimiento distinguió una silueta etérea: Stephanie. O, al menos, la imagen que de ella albergaba su memoria. La visión se alzó en medio de las llamas, mirándolo con la misma dulzura doliente que tanteó en la fábrica abandonada.

—¿Por qué tuviste que condenarme a este destino? —murmuró, sin saber a quién dirigía en verdad la pregunta. A Stephanie o a ese autor invisible que, quizás, movía los hilos.

El cielorraso cedió con un estrépito, avivando el infierno que se cernía alrededor. Entre toses y escombros, Ezequiel se debatió por ponerse en pie, pero el calor era cada vez más insoportable. Sintió el fuego lamiéndole la ropa, el casco y la piel, y supo, con una frialdad aterradora, que no podría librarse de aquellas llamas.

—¡No! —rugió, impulsado por un orgullo último. Se negó a acabar sus días como un mero títere. En un arranque de furia, se dirigió al fuego como si este pudiera escucharlo—. ¡No dejaré que me extingas solo porque alguien lo quiso así!

Sus gritos se perdieron en el estruendo del incendio. Un oleaje de calor desgarró el ambiente, y la imagen de Stephanie pareció

retroceder, consumida por las chispas crepitantes. Con un par de hachazos desesperados, Ezequiel buscó una vía de escape, un resquicio por donde huir. Pero era demasiado tarde: el techo se desplomó con un estruendo final que borró cualquier posibilidad de salvación.

En ese instante supremo, un extraño sosiego descendió sobre él. Sintió la certeza de que, aunque todo ardiera a su alrededor, su rebeldía no moriría del todo. Si alguien había dictado los pasos de su historia, él, al menos, alzaba su voz en contra de ese dictamen. Y en ese mínimo acto de desafío, se encontró libre por un segundo.

Las llamas lo consumieron en un último abrazo. Dejó de percibir el dolor físico. Un silencio denso se cernió en su mente, como si en la penumbra incandescente se abriera otro umbral.

Fue entonces cuando, en una fracción de segundo, comprendió que Stephanie intentaba protegerlo con su partida: prefería desaparecer antes que verlo desgarrado por un destino que no podía ser alterado.

El fuego lo engulló en su danza final. En un balbuceo inaudible, Ezequiel exhaló su postrera rebelión contra el autor que, con un gesto invisible, rubricó su tragedia. Y así, mientras la estación se derrumbaba, las llamas de Stephanie se fundieron con la existencia misma de aquel bombero que, en su último suspiro, alcanzó la verdad de su propia ficción.

La noche se cerró sobre una escena de cenizas y humo, ignorada por los transeúntes que, en la oscura soledad de la ciudad, no llegaron a

tiempo para presenciar la conflagración. Nadie supo que, entre los escombros, quedó grabado el rastro indeleble de un hombre que se atrevió a alzar la voz contra su propio destino. Y en alguna dimensión más vasta, acaso un autor sintió un escalofrío al escribir la palabra Fin, sin saber que el personaje —en su último acto— lo había maldecido con un fuego que consume toda certeza.

Interludio III: El fuego que no recordaba

No sé qué me estremece más: la tragedia de Ezequiel o el hecho de que, hasta hoy, no recordaba haber escrito ni una línea de su historia. De toda mi obra, yo creía que “Las Llamas de Stephanie” era apenas un tributo a aquella visita fortuita que hice al cuartel de bomberos de Vicente López, donde charlé con un par de bomberos y, fascinado, imaginé narrar sus anécdotas.

Pero esto… Jamás habría planeado la ferocidad con que ese personaje se alza contra mí. Su maldición atraviesa el papel y me sacude, como si cada letra encendiera un fuego que ni yo —en calidad de autor— puedo sofocar. ¿Cómo escribí algo tan desesperanzado sin darme cuenta de sus implicaciones?

Me pregunto, si no seré yo mismo una pieza en un tablero mayor, obligado a crear historias cuyos giros trágicos no están en mis manos. ¿Y si, en el fondo, alguien más dicta el curso de mis

pensamientos, mis supuestas inspiraciones? Cada vez que reviso mis borradores, me asalta la duda de si la tinta que uso no es sino otro eslabón de una cadena infinita de autores y personajes.

Hay noches en que, releyendo estos cuentos, siento la mirada inquisidora de mis propias creaciones. Es un pavor extraño: me encierro en mi habitación, imaginando que los seres que inventé exigen cuentas de su sufrimiento. Se me antoja injusto, pero ¿quién me eximió a mí de sufrir, acaso? ¿No vivo con mis propias encrucijadas, con un sinsabor que no logro explicar?

La historia de Ezequiel me dejó aturdido. No comprendo cómo un relato que yo creía inofensivo —una simple inspiración tras visitar un cuartel de bomberos— pudiera engendrar un personaje con esa conciencia tan aguda de su destino. ¿Qué fuerza lo llevó a maldecirme? Y sobre todo, ¿por qué me resuena con tanta fuerza el bramido de sus últimas palabras, como si en ellas hubiera una sentencia hacia mí también?

Me asusta imaginar que tal vez esté vivo en un ámbito que no controlo, avivando una llama que, con el tiempo, devorará mis certidumbres. ¿Seré, al fin, otro invento, un soñador soñado, condenado a transitar carreteras y a escribir historias que se pliegan a un plan que ignoro? Hasta hace poco, mi moto y mis rutas me parecían la encarnación de la libertad. Hoy, siento que cada kilómetro recorrido puede ser parte de un libreto que alguien trazó.

El bombero, en su agonía, pensaba que no moriría del todo, porque su rebeldía contra mi mano creadora lo haría perdurar. Y si su maldición es tan fuerte como la narro, quizá lo logre: tal vez mi propia vida se deshilache, prendida en llamas que no sabré extinguir, dándome a entender —con la crueldad del destino— que solo soy un nombre en una serie de ficciones.

No sé si reírme de mi propia paranoia o temblar ante ella. Tal vez un día amanezca y la realidad me salude con la certeza de que nada de esto me pertenece, de que alguien me está escribiendo. Y, si eso sucediera, ¿tendré el coraje de alzar la voz contra mi autor, como hizo Ezequiel conmigo? Un laberinto de llamas y espejos, vaya metáfora que me persigue.

Mientras tanto, cargo esta culpa imprevista, preguntándome: ¿debo arrepentirme de haber dado vida a un personaje tan consciente de su trampa? ¿O debo aceptar que la literatura, como el fuego, no siempre se deja domesticar, y a veces arrasa con la voluntad del escritor?

Por ahora, solo sé que algo se ha encendido en mi interior, algo que el agua de mi escepticismo ya no apaga.

La Fisura de las Voces

Aquel jueves, Héctor Montenegro despertó con el presentimiento de que algo irreversible había sucedido durante la noche. Acarició la taza de té con manos ajenas, evitando encender la radio, como si temiera que cualquier voz ajena confirmara el desarreglo interno que lo asediaba. Desde la ventana, la ciudad se desplegaba indiferente: un mosaico de edificios y automóviles que no guardaba la más remota empatía con el vértigo que él sentía.

En su estudio, la atmósfera lucía inusualmente cargada. Entre los lomos resplandecientes de sus libros y las fotografías enmarcadas, Héctor notó que el orden habitual parecía haberse trastocado. Ciertos volúmenes, que recordaba en el extremo izquierdo del

estante, ocupaban ahora un sitio central; una de sus fotos más antiguas mostraba un fondo borroso que no coincidía con ningún recuerdo suyo.

Intentó adjudicarlo a un lapsus o al insomnio que lo venía azotando, pero la inquietud lo acosaba. Con la cara tensa, se sentó ante su diario personal —ese cuaderno de tapas gruesas donde anotaba los detalles curiosos de su día a día— y lo hojeó con la esperanza de apaciguar sus nervios. En cambio, encontró algo que lo dejó perplejo: notas manuscritas en los márgenes, frases en tinta oscura que él no recordaba haber escrito.

“¿Observaste cómo se sobresalta al despertar?”

“Sí, todavía ignora que nuestras voces dictan la trama de lo que él llama realidad.”

Héctor creyó que su pulso se detenía. Pasó los dedos sobre la tinta, esperando que se difuminara como un espejismo; pero las letras seguían ahí, firmes, trazadas con una caligrafía extrañamente elegante, que en parte se asemejaba a la suya, y en parte la negaba. La ansiedad trepó por su boca: ¿alguien había irrumpido en su casa y garabateado esas líneas absurdas?

Para aferrarse a la cordura, se puso de pie y revisó puertas y ventanas, buscando señales de allanamiento. Nada. Ni la más leve

marca de forzadura o golpe. El resto de la casa permanecía en riguroso silencio, como si nada hubiera sucedido.

Tratando de evadir la creciente ansiedad, mató las horas con actividades rutinarias: preparó un almuerzo sencillo, hojeó unos viejos artículos de crítica literaria. No obstante, la imagen del diario con esas inscripciones lo atormentaba. De tanto en tanto, miraba el corredor que conducía a su estudio, temeroso de encontrarse con otro indicio de que su cotidianeidad se había fracturado.

Al caer la tarde, se atrevió a volver al escritorio. Abrió el cuaderno y contuvo la respiración: debajo de lo que había leído antes, alguien —o algo— había añadido un nuevo párrafo, con tinta que todavía desprendía un olor tenue a alcohol.

“No sabe que cada paso suyo se escribe y reescribe. Creerá que aún dispone de libertad, hasta que la evidencia lo obligue a reconocer nuestro influjo.”

Héctor sintió que el piso se le desvanecía bajo los pies. Cerró el cuaderno, tentando un impulso instintivo de lanzarlo por la ventana. Pero se contuvo, con el puño pulsandole al compás de un tambor de guerra. ¿Cómo explicar que su intimidad se hallaba, al parecer, en manos de un narrador oculto? ¿Cómo asimilar la idea de que alguien describía con minucia momentos de su vida privada?

Con manos firmes, hojeó nuevamente las páginas. Halló una colección de anotaciones inconexas: diálogos entre desconocidos que parecían referirse a él, detalles nimios de su rutina matinal, e incluso menudencias de su infancia, recuerdos que jamás había contado a nadie. Su incredulidad se trocó en pavor al verificar que no había forma de que esos datos provinieran de un bromista casual.

—Esto… no puede estar pasando —predijo, sintiendo la garganta seca.

Sin querer, dio un paso atrás y tropezó con una pila de libros que se deslizó por el suelo, creando un estrépito que le pareció un ruido remoto. Con el atardecer tiñendo la habitación de un dorado apagado, Héctor entendió que no bastaría con ignorar lo que había leído. Las palabras de aquel diario parecían interpelarlo, obligándolo a mirar de frente a un misterio que amenazaba con pulverizar su concepción de lo real.

Con un escalofrío, recordó ciertas lecturas sobre universos paralelos y ficciones que se escriben a sí mismas. Hasta ahora, todas le habían parecido meros delirios literarios, un pasatiempo teórico de su época como profesor de literatura. Pero ahora, su percepción se tambaleaba de un modo que no cabía en argumentos racionales.

La noche cayó silenciosa. El estudio se sumergió en un eclipse apenas roto por la luz de la calle que entraba por la ventana. Héctor pensó que, de insistir, tal vez descubriría más frases, más mensajes que lo desnudaran ante ojos invisibles. Sintió un miedo casi

reverencial ante la posibilidad de que cada pensamiento suyo estuviera quedando registrado en esas páginas malditas.

Finalmente, se retiró al pasillo, encendió la lámpara del techo y respiró hondo, como si así pudiera sacudirse el terror. En lo más profundo, sabía que cerrarse a la verdad no la desterraría. Las voces, aquellas presencias escritas, parecían tener la voluntad de revelarse tarde o temprano. Y él, por más que se escudara en su escepticismo, comenzaba a presentir que el mundo que pisaba se sostenía en una base mucho más endeble de lo que había querido creer.

Esa noche, Héctor durmió a trompicones, asediado por sueños enrevesados de pasillos infinitos y voces que repetían su nombre. Al despuntar el alba, la claridad que penetraba por la ventana no logró disipar su zozobra. Se preparó un café amargo, intentando reponerse del cansancio, y contempló la imagen mortecina de sí mismo reflejada en la puerta del refrigerador. Una punzada de incredulidad le recordó los apuntes imposibles del día anterior.

Con el corazón estrujado por la ansiedad, regresó a su estudio, decidido a enfrentar lo que sea que habitara entre las páginas de aquel cuaderno. Más valía encararlo que seguir huyendo de la evidencia. Sin embargo, al ingresar, se detuvo en seco: la puerta del mueble donde guardaba sus antiguos manuscritos estaba abierta, dejando ver pilas de papeles y carpetas que no recordaba haber removido en años.

Con cautela, revisó el contenido. Sus antiguos ensayos de literatura comparada, algunos borradores de novelas que nunca se atrevió a terminar… y, desperdigados entre ellos, unos papeles con letras torcidas, como si hubiesen sido escritos con prisa. Tras hojear un par de páginas, casi se le detuvo el aliento. Eran párrafos que describían sus rutinas diarias, hasta el mínimo gesto de cepillarse los dientes o calentar agua para el té. Ninguno estaba firmado, pero reconoció la misma caligrafía enigmática que figuraba en su diario.

—¿Qué clase de broma perversa es esta? —expreso, sintiendo un espasmo incontrolable.

En un arranque de indignación, esparció los papeles por el suelo, anhelando que, al desordenarlos, rompiera el hechizo que lo asfixiaba. Pero solo consiguió agudizar su ansiedad: cada hoja desprendía un olor casi imperceptible, un rastro de tinta reciente, como si hubieran sido escritas aquella misma madrugada.

Sin poder contenerse, se aferró a uno de esos folios y leyó en voz alta un fragmento que describía cómo, la noche anterior, él había regresado al pasillo tras examinar el cuaderno. La precisión de los detalles —la forma en que apoyó la mano en la pared, el leve suspiro de agotamiento— le heló la sangre. Aquel texto certificaba cada minuto de su incertidumbre.

Unos golpes en la puerta de entrada le sobresaltaron: tres toques secos, insistentes. Corrió a abrir, con el ímpetu desbocado. Encontró frente a él a Mariela, su antigua vecina, que lo miraba con semblante

afligido. Sin preámbulos, ella le explicó que esa misma mañana había pasado por el rellano y alcanzó a ver un resplandor inusual en su departamento, como si una luz intensísima emanara desde dentro. Cuando llamó a su puerta, no obtuvo respuesta. Le preguntó si todo estaba en orden.

—¿Estás bien? —inquirió con genuina preocupación, escrutando su rostro con ojos cansados.

Héctor se obligó a componer una sonrisa torpe. —Sí… solo algo de insomnio, nada de qué preocuparse.

—¿Seguro? Ocurrió algo extraño —insistió ella—. Sentí como si hubiera gente hablando ahí dentro, pero tu voz no se escuchaba.

La mención de “voces” lo sacudió. Hizo un esfuerzo por fingir serenidad y la invitó a pasar al salón, intentando desviar la charla hacia generalidades. Mariela, sin embargo, notó su nerviosismo y lo miró en silencio. Con un atisbo de compasión, accedió a creer su excusa de que andaba desvelado, atareado con sus viejos proyectos académicos. Finalmente, se despidió con un “cuídate” que sonó más a ruego que a simple cortesía.

Una vez que se marchado, Héctor se apoyó contra la puerta, cerrando los ojos para contener un impulso casi febril de huir. Si alguien externo había percibido presencias o luces extrañas, aquello ya no se reducía a una alucinación suya. Había, en ese departamento, algo que emanaba, que se filtraba en la realidad.

Sintió el aire demasiado denso, como si las paredes mismas respiraran. El estudio volvió a llamarlo con su silencio ominoso, y se encontró imaginando que las frases escritas en aquellos papeles podrían estar cambiando en tiempo real, describiendo cada una de sus reacciones. ¿Y si, al cruzar la puerta, descubría un párrafo que anticipaba sus siguientes movimientos?

Con la mente ofuscada, recogió los papeles diseminados y los amontonó sobre la mesa. Se repetía a sí mismo que debía conservar la calma, pero el movimiento de sus piernas lo desmentía. Tomó un bolígrafo y, en la parte trasera de uno de los folios, escribió con trazo firme: “¿Quién eres? ¿Qué buscas de mí?” Esperó unos instantes, como si aguardara una respuesta sobrenatural. Nada ocurrió.

Pero cuando, con un gesto nervioso, volvió la hoja, encontró en el anverso una frase que no figuraba ahí un segundo antes:

“No preguntes lo que ya presentimos: ambos estamos atrapados en la misma historia.”

La hoja se le escurrió de los dedos. Ya no había espacio para la duda o la racionalización. Algo —o alguien— tejía su vida y la transcribía con una precisión aterradora. Y, lo que era más atroz: al parecer, ese ente compartía su destino, o al menos, una porción de la conciencia que habitaba en Héctor.

Sumido en una angustia sin nombre, se quedó inmóvil, escuchando el tictac del reloj de pared, como si cada segundo añadiera un capítulo más a aquel libreto que no controlaba. Semejante revelación le

calaba el alma: tal vez toda su vida, sus logros como docente, su tranquila jubilación, sus pasiones literarias… no fueran más que la comedia de un relato que, de pronto, se había esfumado.

Cuando la noche volvió a extender su manto, Héctor supo que el insomnio sería su compañero. La tenue luz del velador perfilaba sombras angulosas en las paredes, como si la casa misma ensayara un lenguaje críptico. Se había pasado el resto de la tarde intentando "desmarcarse" de la historia: salió a caminar, visitó un viejo café donde antaño debatía con colegas, y se obligó a no pensar en las anotaciones que parecían espiarlo. Pero en el fondo, se sentía incapaz de renunciar a la obsesión que lo consumía.

Al anochecer, se atrincheró en el estudio con la determinación de encontrar una falla en el enigma. Cerró con llave, como si ello pudiera aislarlo de las presencias que dictaban su vida. Apiló en la mesa todos los papeles extraños, junto al cuaderno de tapas gruesas. Con gesto firme, tomó su bolígrafo y escribió, esta vez en un folio en blanco, una pregunta más directa:

"¿Qué soy yo en esta historia? Exijo respuestas."

Contuvo el aliento, observando la línea de tinta seca. Ninguna palabra se añadía en el reverso; ningún voz emergía de las sombras

para responderle. Al cabo de unos minutos, su pulso aminoró, y un atisbo de alivio —o tal vez de decepción— se filtró en su pecho. Quizá, después de todo, la tensión del día anterior había sido producto de una imaginación exacerbada.

Pero justo cuando se disponía a cerrar el cuaderno, la hoja cobró vida ante sus ojos: la tinta se expandió sutilmente en los bordes de las letras, como si una mano invisible delineara nuevos trazos. Con horror, Héctor vio formarse un párrafo, letra a letra, en un tempo casi imperceptible:

“No busques la respuesta si temes enfrentarte a ella. Eres lo que yo he vivido, y yo soy lo que tú me relatas. Estamos unidos por la fisura que nos ha revelado.”

Héctor se tambaleó hacia atrás, topándose con el borde de la silla, que cayó con un estrépito. El papel flotó en el aire unos segundos antes de posarse en el suelo, como un ave herida. Aterrorizado, lo recogió con manos temblorosas. La caligrafía lo desafiaba con su nitidez siniestra; era la misma letra que había invadido sus apuntes, al tiempo elegante y extrañamente afín a la suya.

Se obligó a respirar hondo, a sobreponerse al pánico. Tenía que entender aquello. “Eres lo que yo he vivido, y yo soy lo que tú me relatas”: la frase se repetía en su mente con una cadencia hipnótica.

¿Era posible que esa entidad y él fueran dos facetas de una misma realidad? ¿Podía un personaje inventar a su propio autor o viceversa? Se sintió atrapado en un laberinto de espejos que reverberaba sus miedos más íntimos.

Una corriente de aire helado se filtró por la ventana, estremeciéndolo. Se acercó para cerrarla, y fue entonces cuando vio su reflejo en el cristal, surcado por la luz trémula de la calle. Por un segundo, tuvo la impresión de que el rostro que lo miraba no era enteramente el suyo, sino el de un desconocido que apenas simulaba sus rasgos. Se recordó el estremecimiento que sintió al despertar aquella mañana, la certeza de que algo irreversible había sucedido.

—¿Puede ser…? —penso sin terminar la frase, con la cabeza a punto de estallar en conjeturas.

De pronto, un ruido seco de pasos resonó en el pasillo. Héctor entreabrió la puerta con un respingo, seguro de encontrarse con alguien más. El corredor estaba vacío y silencioso; ningún intruso, ninguna vecina preocupada. Regresó al estudio y, al mirar de reojo el texto sobre la mesa, comprobó que las frases se habían modificado una vez más. Ahora, en letras más firmes, rezaban:

“No nos culpes. La fisura nos ha unido. Ambos somos el reflejo de una historia que se escribe en otro lugar.”

Al leerlo, sintió cómo el pánico cedía el paso a una tristeza infinita. Si ambos —él y esa voz— eran prisioneros de un relato ajeno, nada de lo que hiciera anularía la atadura invisible que los enlazaba. Por primera vez, Héctor tomó conciencia de que su libre albedrío, sus decisiones y hasta sus más preciados recuerdos podían ser parte de una ficción que nunca eligió.

Llorar habría sido lo más natural, pero ni siquiera eso pudo. La desolación lo dejó inerme, como un espectador que asiste a la obra final de su vida sin saber si es el protagonista o un simple figurante.

Aquella madrugada, el viento agitó los cristales del departamento y la negrura se adueñó de cada rincón. Héctor, con el rostro lívido, se sentó en el suelo junto a los papeles que tanto lo perturbaban, incapaz de librarse del vértigo que le causaba leer sus propios pensamientos escritos por manos ajenas. La fatiga lo aplastaba, pero el terror de lo desconocido superaba cualquier cansancio.

Con un deseó repentino, arrancó varias hojas del cuaderno y empezó a escribir con frenesí, intentando al menos plasmar las preguntas que lo acosaban:

“¿Quién dicta mis pasos? ¿Soy una réplica de algo que está más allá de mi entendimiento? ¿Por qué el mundo se me antoja, de pronto, un decorado por desmoronarse?”

El temblor en su pulso deformó la caligrafía hasta convertirla en un amasijo de trazos. Cerró los ojos, conteniendo el aliento, y cuando se

atrevió a mirar, descubrió que en el margen derecho aparecía una respuesta que él no había escrito:

“También yo me consumo en la incertidumbre. Quizá seamos dos caras de la misma pregunta, o tal vez ni eso. Solo hay una certeza: la fisura ya no puede cerrarse.”

Héctor hundió la cara entre las manos, consciente de que la esperanza de volver a una vida sosegada se le escapaba por entre los dedos. Un tic-tac insistente llegaba desde el reloj de pared, marcando un tiempo que cada vez le parecía menos real. ¿Podía seguir fingiendo que era libre, que su día a día no estaba supeditado a un libreto ajeno?

El amanecer encontraba su estudio con los primeros hilos de luz, dibujando contornos inciertos entre los libros y el mobiliario. En la penumbra, notó la figura de su propio reflejo en la ventana, un hombre encorvado y derrotado que lo observaba con un rictus de compasión. Al contemplarlo, entendió que toda resistencia resultaba vana: fuera quien fuese el que tejía sus actos, él no era sino un instrumento de esa voluntad extraña.

Se incorporó con un lamento. Guardó los papeles en una carpeta como si, así, pudiera contener el enigma que los habitaba. Pero al alcanzar la puerta, un último pensamiento lo detuvo. Se volvió para

revisar el cuaderno, temiendo encontrar otra frase escalofriante. Sin embargo, halló la hoja en blanco, inmaculada, como si aguardara un cierre que nadie se atrevía a escribir.

En ese silencio cósmico, Héctor sintió que su esencia oscilaba, fluctuando entre la persistencia de quien desea saberse real y la desolación de quien intuye la futilidad de toda rebeldía. Un escalofrío final lo recorrió: tal vez la única forma de abrazar la cordura fuese, precisamente, aceptar la paradoja de su existencia.

Con la carpeta bajo el brazo y el cuaderno cerrado, se adentró en el corredor, dejando atrás la habitación donde los sonidos habían rasgado el velo de su cotidiano. Antes de cruzar la última puerta, se volvió una vez más hacia el estudio. En la penumbra, creyó distinguir la silueta de un hombre idéntico a él, sentado frente a la mesa, con la cabeza gacha, escribiendo sin cesar. Un parpadeo bastó para que la imagen se desvaneciera.

Héctor salió al pasillo, y el leve chasquido de la puerta resonó como un epílogo. Atrás quedaban las sombras escritas, el coro de voces que lo había desnudado, la certeza de saberse parte de un algo mayor que jamás comprendería. No supo si lo que lo embargaba era alivio o vértigo, mas comprendía, con un nudo en la garganta, que las preguntas al fin se habían abierto paso sin posibilidad de retroceder.

Así, mientras el sol terminaba de nacer sobre la urbe indiferente, Héctor emprendió un camino hacia la duda definitiva, consciente de

que no existe amparo posible contra el misterio de saberse —o no— el protagonista de una historia que lo trasciende.

Interludio IV: La Incertidumbre del Autor

He cerrado el manuscrito de La Fisura de las Voces con un sobrecogimiento que jamás había sentido. No es la nostalgia habitual que sobreviene tras concluir un relato, sino una sensación más profunda, casi existencial: ¿quién rige los pasos de Héctor? Y, por extensión, ¿quién rige los míos?

En mis otros cuentos, los personajes ya intuían su condición ficticia. El bombero me maldijo, Mauro y Laura la vislumbraron con una mezcla de anhelo y resignación, y ahora Héctor clama por explicaciones que reverberan en mí. De pronto, mi papel de autor se ve sacudido por una sospecha ineludible: ¿hasta qué punto es mía la potestad de inventar, y en qué medida formo parte de una historia mayor?

La posibilidad de “ser escrito” por un ente superior se antojaba, antes, mera especulación literaria. Pero hoy, cuando me observo a mí mismo —viajando en moto, redactando estos interludios, interrogándome cada noche—, percibo patrones que escapan a mi control. Coincidencias irrefutables, anticipaciones que no planeé. ¿Es mi imaginación tan vasta o mis hilos los maneja alguna otra voluntad?

La culpa y la responsabilidad se confunden. Héctor sufre por descubrir que su realidad podría ser un decorado, pero ¿qué me exime a mí de un infortunio similar? ¿Cómo estar seguro de que mis decisiones no responden al impulso de un autor escondido en la sombra? En mis momentos más lúcidos, advierto que el fuego del bombero, la lagartija, el viaje en el tiempo y la fisura de las voces no son más que espejos múltiples de un mismo abismo.

Recorro los caminos de Argentina en moto, intentando liberarme de estas preguntas que me queman el ánimo. Me aferro a la noción de que la literatura y la vida comparten un pulso irrepetible, pero, en el fondo, todo me sugiere que mi libertad podría ser una ilusión cuidadosamente tejida.

Cada kilómetro que avanzo me acerca a la certeza de que el próximo cuento será el punto de quiebre: mis personajes, con plena conciencia de su condición, se alzarán para exigir respuestas, y es probable que ya no me baste el rol de mero narrador. En ese instante, la frontera entre ser y escribir se desvanecerá, y me

enfrentaré a la verdad inescapable: tal vez mi propia existencia sea la ficción de otro, tan frágil y efímera como la de los seres que creí inventar.

No sé si desear con ansia ese desenlace o temerlo. Al fin y al cabo, reconocer que uno es “soñado por otro” implica un vértigo tan absoluto que podría aniquilar toda convicción. Y, sin embargo, hay en mí un anhelo extraño de transparencia: si he de descubrir que mi historia se escribe desde otra dimensión, prefiero la lucidez dolorosa al consuelo engañoso.

Así vivo estos días, con la sospecha ardiendo a mis espaldas y la hoja en blanco aguardándome al frente. Y sé que, cuando el próximo relato llegue a su clímax, esa llamita de duda que hoy percibo se habrá convertido en un incendio, consumiendo la línea que separa mi vida de las historias que firmo con mi nombre.

La Historia Inconclusa

La mujer del asiento 27 contemplaba el paisaje con la mirada hueca de quien viaja sin certeza de llegar a un destino. El tren se deslizaba por los rieles con un ritmo hipnótico, y cada estación que quedaba atrás parecía sumirse en el olvido de un ayer que nadie recordaría. Se llamaba Elena —o eso figuraba en el boleto que guardaba en el bolsillo de su gabardina—, pero ni siquiera ese nombre le resultaba del todo familiar.

Frente a ella, un hombre de cejas pobladas hojeaba un periódico donde las noticias carecían de fecha. Elena lo observó de reojo, con la vaga impresión de que en esas páginas podía estar escrita la clave de su existencia. Por un instante, el viajero levantó la vista hacia ella, y en sus ojos chispeó una pregunta sin palabras. Pareció a punto de decir algo, pero se contuvo.

El vagón lucía extrañamente vacío. Solo una anciana de piel curtida dormitaba en el extremo opuesto, y un joven con mochila raída mascaba chicle mientras tarareaba una canción inaudible. Aún así, Elena percibía la atmósfera cargada, como si más seres invisibles ocuparan esos asientos ausentes de pasajeros.

En un momento, el altavoz emitió un anuncio entrecortado: “Próxima parada: …”. La voz se cortó en seco, dejando un silencio que heló el ánimo de los pasajeros. El hombre del periódico arqueó las cejas, desconcertado. La anciana despertó y dijo algo ininteligible antes de acurrucarse contra la ventanilla.

Elena apoyó la mano en el vidrio, esperando ver el paisaje habitual de campos o caseríos. En cambio, sus ojos distinguieron un lugar difuso, una sucesión de sombras y contornos que no revelaban nada concreto. Tuvo la impresión de contemplar una escena sin terminar, como si el mundo al otro lado no estuviese del todo delineado.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó en voz baja al hombre del periódico, sin decidir si hablaba con él o consigo misma.

Él la miró con perplejidad y encogió los hombros. —No lo sé. Creo… que nadie lo sabe.

Por alguna razón, esa respuesta la estremeció. Se percató de que no recordaba por qué había subido a ese tren, ni cuál era su propósito. Tanteó los bolsillos de su gabardina: además del boleto, halló un cuadernillo de tapas blandas con hojas en blanco. Ni siquiera había una birome.

Fue entonces cuando notó algo insólito: en la página interior del cuadernillo, una frase se delineó sola, en letra firme y elegante:

“Este viaje no está bajo tu control.”

Elena contuvo un grito. Cerró el cuadernillo de golpe y lo guardó con la respiración agitada, mirando alrededor para verificar si alguien más lo había presenciado. El joven de la mochila seguía absorto en su tarareo, y la anciana parecía muy ocupada resistiéndose al sueño.

Con el pulso acelerado, sintió que el tren se adentraba en un túnel, sumiendo el vagón en tinieblas. Unos segundos después, las luces del

interior parpadearon, transformando la atmósfera en un paréntesis irreal. Al resurgir la claridad, el hombre del periódico ya no estaba. Su asiento vacío parecía latir con un extraño rumor, como si hubiera dejado una resonancia que no terminaba de disiparse.

La anciana abrió los ojos, clavándolos en Elena con una lucidez sobrecogedora. Articuló un balbuceo casi profético:

—No estamos donde pensábamos. Y no seremos lo que creíamos.

Elena sintió un miedo antiguo . ¿Qué significaban aquellas palabras? Antes de poder pronunciar un interrogante, el altavoz volvió a sonar con un chirrido metálico. Esta vez, la voz pronunció su nombre: “Elena… Elena…” y luego se apagó, dejándola con la mente a un ritmo frenético.

Se incorporó de un salto, recorriendo el pasillo en busca de algún revisor, de un funcionario, de una puerta que condujera a una respuesta lógica. Pero el vagón parecía ensancharse con cada paso, multiplicando el número de asientos vacíos. En uno de ellos creyó distinguir el periódico abandonado y se acercó con avidez; al alzar la portada, descubrió páginas en blanco, sin una sola noticia impresa.

De pronto, el tren se sacudió con violencia, y las luces fluctuaron. En ese vaivén, Elena oyó voces en un murmullo: retazos de diálogos que no pudo ubicar en ningún lugar del vagón, como si surgieran de un plano invisible. “No queremos seguir en esta historia”, decían. “Queremos salir.”

El terror la inmovilizó. En ese instante, supo que algo muy distinto a un simple viaje estaba teniendo lugar allí. El convulsionado traqueteo del tren ya no le pareció el movimiento usual de las ruedas sobre los rieles, sino el pulso de una realidad que amenazaba con desmoronarse.

El tren se estremeció con un crujido feroz, como si estuviese a punto de desintegrarse sobre los rieles. Elena, aferrada al respaldo de un asiento, sintió que la atmósfera a su alrededor se distorsionaba: los sonidos llegaban con un retardo ligero, las luces titilaban, y los pasillos parecían alargarse sin cesar, como si alguien estirara el vagón desde el exterior.

El joven de la mochila cruzó el corredor con paso pedante. Cuando pasó junto a ella, exclamó sin detenerse:

—Este viaje ya no nos pertenece…

Elena quiso preguntarle a qué se refería, pero su voz se quedó atrapada en la garganta. Bastó un pestañeo para que el muchacho desapareciera entre los asientos, envuelto en una incógnita que se espesaba por momentos. La anciana, en cambio, seguía en su lugar, con los ojos abiertos de par en par, clavados en algún punto impreciso de la ventana.

Desde los altavoces, la misma voz mecánica pronunció su nombre otra vez, cada vez con más nitidez:

—Elena… Elena…

Un calor angustiante subió a su rostro. Las imágenes del vagón se le antojaron desdibujadas, casi espectrales. Hizo acopio de valor y sacó de nuevo el cuadernillo, esperando ver si las hojas se mantenían en blanco. Para su horror, la tinta regresó, manchando una página con caracteres que aparecían uno tras otro:

“Deben liberarnos.

No queremos seguir en esta historia.

¡Olvídanos, déjanos ir!”

La línea final se desdibujó al instante, dejando un rastro de tinta que se escurría. Elena soltó el cuadernillo como si le quemara la piel, y retrocedió tropezando con sus propios pies. ¿A quién estaban dirigiendo ese reclamo? ¿Y por qué en ese tono desesperado que sentía latir en su propia sangre?

De pronto, el vagón pareció reajustarse con un chirrido y recobró parte de su estabilidad. Al mirar por la ventana, Elena comprobó que el tren avanzaba por una llanura desolada, bañada en la luz mortecina de un sol imposible de ubicar en el cielo. Era como si un lienzo incompleto se desplegara en el horizonte, con pinceladas apresuradas y sombras que no obedecían a ninguna ley natural.

Caminó hacia la puerta de conexión entre vagones, esperando hallar un revisor o algún vestigio de explicación. Al empujarla, el picaporte

resistió un segundo y, de pronto, cedió con un chirrido metálico. Pasó al siguiente vagón y descubrió… la misma anciana, sentada en idéntica posición, con la cabeza reclinada contra la ventanilla.

—¿Cómo…? —penso, sintiendo un frío que le nubló la vista.

La mujer levantó la mirada, y por primera vez, Elena vislumbró en sus pupilas algo semejante a una llama quebradiza. Con voz cansada, la anciana habló:

—No hay nada más allá, niña. Tan solo repeticiones. Un bucle en el que todos somos espectros.

Elena pensó en huir, pero su cuerpo no respondió. El vagón crujió otra vez, y un temblor suave recorrió el suelo. Desde el altavoz, la voz mecánica se entrecortó en un reclamo:

—…libéranos… Olivarius… no podemos seguir…

Ese nombre resonó en la cabeza de Elena como un pacto ancestral. Olivarius. ¿Quién era? ¿Por qué su sola mención parecía desdibujar el entorno, como si los muros del vagón se contrajeran? Le pareció que esa palabra contenía un poder extraño, un acorde disonante en la partitura de su realidad.

En su fuero interno, sintió un conflicto: parte de ella deseaba sumirse en la ignorancia, simular que nada estaba ocurriendo. Pero otra parte la empujaba a entender, a asumir que el tren no era más que un escenario endeble. Se sintió, de pronto, como un personaje al que nadie consultó sobre su destino.

—¿Quién… —empezó a preguntar. No alcanzó a terminar la frase, porque el vagón entero tembló con mayor furia y las luces parpadearon, sumiéndolos en un vaivén de claroscuros.

Gritos apagados llegaron desde algún rincón. O tal vez fuera el eco de su propio temor. La anciana se reclinó, cerrando los ojos con un susurro:

—Ya es hora…

Elena dio un paso atrás, buscando un asidero, cualquier cosa que la anclara a algo estable. Sentía que el suelo se disolvía bajo sus pies, como si la arquitectura misma de la historia se colapsara. ¿Cómo pensar con claridad en medio de esa maraña de sucesos incoherentes?

Y fue en esa confusión que una chispa de comprensión la atravesó: las voces que clamaban en el cuadernillo, el vacío del periódico, los pasajeros que se desvanecían. Algo mayor que el tren se estaba deshaciendo. Y con ello, quizá, la única realidad que ella conocía.

El vaivén del tren se intensificaba, aunque la sensación de velocidad se tornaba paradójica: parecía que, al mismo tiempo, el convoy avanzaba y se mantenía estático, como si una mano invisible jugara con las dimensiones de aquella ficción. Elena se obligó a respirar hondo para no sucumbir a la náusea que la embargaba.

Se asió a un pasamanos y observó el vagón: la anciana seguía con la mirada clavada en el vacío, y el aire, antes cargado de voces, ahora guardaba un silencio ominoso. De pronto, el joven de la mochila reapareció a unos metros de distancia, con los ojos dilatados de un animal acorralado.

—¿Qué sucede? —le preguntó Elena, a sabiendas de que tal vez él no tendría respuesta.

El muchacho, como si le costara articular palabras. —No… no es normal, ¿verdad? Me siento… atrapado. Como si caminara sobre un pergamino que otros han dibujado.

Se estremeció al oír aquella confesión que tanto se parecía a su propia intuición. Elena pensó en mostrarle el cuadernillo con los reclamos garabateados, pero no se atrevió. ¿De qué hubiera servido añadir más desconcierto?

El tren volvió a sacudirse, y las luces del techo parpadearon en un espectáculo intermitente. Elena tuvo la impresión de que el mundo entero titilaba con las bombillas, como si cada lapso de oscuridad fuese un nuevo borrador de lo real. Cuando recuperó la vista, la anciana había cambiado de asiento. La contempló con el rabillo del ojo: su semblante reflejaba una extraña serenidad, la de quien lo ha visto todo y ya no se inmuta por lo imposible.

—¿Adónde van todos los demás pasajeros? —inquirió Elena, notando que los pocos rostros que recordaba parecían desvanecerse uno a uno.

La anciana giró la cabeza con lentitud. —Están renunciando a la trama —expreso—. Saldrán de la historia si el autor lo permite.

La palabra “autor” resonó con dureza. Fue como una bofetada de lucidez que reavivó la náusea en el estómago de Elena. Haciendo acopio de valor, miró al joven de la mochila. Él también la estaba escrutando, como si en sus pupilas se reflejara una idéntica pregunta: ¿de qué historia somos partícipes y quién nos mantiene acá?

En ese instante, el altavoz rugió, y por un instante, la voz volvió a hacerse presente. Pero en lugar de pronunciar una estación o un aviso, emitió un lamento en sordina, palabras sueltas que se entremezclaban con un llanto extraño:

“…soltarnos… déjanos ir… Olivarius…”

Elena tembló de pies a cabeza. Comprendió que no era la única que escuchaba aquel clamor: el muchacho retrocedió, como si quisiera borrar la distancia que lo unía a la fuente de esos sonidos. Incluso la anciana respiró hondo, dejando escapar un susurro que Elena apenas logró captar: “Es hora de rebelarnos.”

Aquella frase la conmovió. ¿Rebelarse contra qué, exactamente? El propio tren parecía parte de una escenografía en decadencia. Una bruma sin forma se filtraba por las ventanas, y el paisaje exterior carecía de contornos definidos. Sintió pánico al imaginar que quizás nada de lo que veía era realmente estable, sino una ilusión en proceso de demolición.

Dio un paso hacia adelante, como si la acción misma de caminar pudiera afirmar su autonomía. El vagón se estremeció bajo sus pies, y por un fugaz instante, vio a través de las paredes: más allá del metal y los asientos, distinguió páginas en blanco, frases sueltas, garabatos en tinta. Parpadeó con fuerza, y la visión se desvaneció. Pero el temblor de sus manos subsistió.

—¿Has… has visto algo? —preguntó la anciana, con un tono más humano que antes. Elena asintió, incapaz de articular una respuesta coherente.

Una ráfaga de viento se coló por la puerta que conectaba con el siguiente vagón, y un perfume dulzón, desconocido, se extendió por el aire. El tren redujo de golpe su marcha, y el rechinar de los frenos rasgó la atmósfera. Sin que nadie lo hubiese anunciado, parecía que estaban llegando a una nueva parada.

Elena se aferró a la esperanza de encontrar un andén firme, alguna señal tangible de que aún existía un mundo fuera de aquel desfile de imposibilidades. Sintió que si ponía un pie en tierra, tal vez se libraría del embrujo que la mantenía presa.

Pero, en el fondo, adivinaba que las voces no iban a soltarla tan fácilmente. Que, en realidad, estaba a merced de un narrador que no comprendía, y que, si ese narrador así lo deseaba, podría borrarla o mantenerla en un bucle eterno. La sola idea le erizó la piel de terror y, al mismo tiempo, encendió en su interior el germen de una rebeldía que ella ignoraba poseer.

El tren se detuvo con un quejido prolongado, como si en ese frenazo estuviera vertiendo todos los desgarros de su viaje imposible. Un pitido sordo inundó los vagones, y la penumbra se intensificó, blandiendo sus matices oscuros sobre los asientos semivacíos.

Elena, con el corazón agitado, atisbó por la ventana: afuera no había andén ni edificios, tan solo una planicie desdibujada, sin contornos, como un lienzo que el pintor nunca terminó. El altavoz repitió una letanía distorsionada, mezclando súplicas y frases inconexas:

—…Olivarius… libéranos…

El nombre resonaba como un golpe contra un cristal frágil. Elena, temblando, comprendió que esa voz —o ese coro de voces— no se dirigía a ella, sino a alguien más, alguien que trascendía la lógica de aquel escenario. Sintió un vacío en el pecho, el vértigo de saberse relegada en un tablero cuyos movimientos obedecían a otro designio.

—¿Quién es Olivarius? —se atrevió a preguntar en voz alta, buscando los ojos de la anciana. Pero la mujer guardaba un silencio solemne, casi litúrgico, como si esperara la llegada de una revelación largamente anunciada.

El suelo del vagón se estremeció, y el aire pareció cargarse de chispas. El joven de la mochila se aferró a un tubo, con la mirada enajenada. —¡No queremos ser parte de esto! —exclamó en un arrebato—. ¡Que nos dejen libres!

Elena sintió el impulso de unirse a ese grito. En su fuero interno, resonaba la súplica de quienes pedían escapar de la narrativa. Con dedos inseguros, sacó el cuadernillo: las hojas mostraban frases superpuestas, letras que se atropellaban entre sí.

“Es hora de salir.

No más páginas.

Déjanos ir.”

Un estruendo sacudió el vagón. Por un instante, las paredes se difuminaron, como si la historia se agotara en un parpadeo. La anciana se levantó con un esfuerzo lento y tomó la mano del muchacho, que aún temblaba. Sus miradas se cruzaron con la de Elena, y en ese silencio la comprensión estalló: no existía destino alguno en esas vías, salvo la voluntad de un narrador que empezaba a ceder.

El piso se resquebrajó, transformando el pasillo en un limbo irreal. Aquella parte del tren se disolvía como tinta mojada, y el tiempo, en vez de fluir, parecía suspenderse en un punto intermedio. Y, en ese instante de quiebre, llegó la verdadera implosión: un murmullo multitudinario, un coro de voces que suplicaban, vociferaban, lloraban, reclamaban. Pedían un desenlace que los arrojara afuera de la estructura misma del cuento.

Elena, sin pensarlo, gritó también:

—¡Déjanos vivir, quienquiera que seas!

El vagón tembló en un último espasmo. En un relámpago de conciencia, alguien, en algún lugar, soltó la pluma. Y la historia tropezó con su fin abrupto. El tren, la anciana, el muchacho, cada imagen se desvaneció en un crujido suave, como el aliento final de una llama.

Por un segundo, en aquella nada, una única palabra se expresó: “Gracias.”

Luego, todo fue silencio. Sin acotaciones, sin epílogo, sin un “Continuará”.

La historia quedó inconclusa.

Interludio V: La Derrota del Creador

He cerrado el cuaderno con la amarga certidumbre de haber cedido mi última trinchera. Mis personajes, antes sumisos a cada una de mis líneas, se alzaron como un coro que exigía su propia voz. Su clamor me sacudió y me obligó a dejarlos partir, a renunciar a mi supuesto poder sobre ellos. De pronto, ya no soy el narrador soberano, sino un testigo de mi propio naufragio literario.

Siento que algo más vasto tiembla en mí, una consciencia que se remonta más allá de mis páginas. Si mis criaturas han reclamado libertad, ¿qué soberanía me resta a mí, Olivarius, que acabo de presenciar la ruina de mi autoridad?. Cada noche, al revisar mis apuntes, percibo que los hilos que creía manejar no eran míos: quizá ni siquiera existan, tal vez jamás me pertenecieron.

En mi fuero interno se expresa el nombre de Virasoro T., como un desenlace cada vez más nítido. Hasta ayer, no era más que una suspicacia incierta; hoy es el presagio de un encuentro inevitable, el indicio de que yo también soy un personaje. Si mis criaturas han roto la cuarta pared, ¿acaso no me toca a mí cuestionar la pared que define mi propia realidad?

La soledad que experimento no es la del escritor que ha perdido su musa, sino la de un viajero que, de pronto, ha advertido que el camino bajo sus pies podría ser una ilusión. Siempre creí en mi facultad de crear mundos, y ahora descubro que puede haber un mundo mayor que me crea a mí. Por vez primera, siento la desdicha

del prisionero que empieza a comprender su encierro, mas atisba también una puerta entreabierta.

No sé si llamarlo rendición o revelación. He dejado libres a mis personajes y, con ello, una parte de mi identidad se ha resquebrajado. Ahora debo enfrentar la sospecha de que, detrás de mi propia voz, hay otra voz —más poderosa, más antigua— que me traza, me imagina, me dicta. El vértigo es inmenso, pero no hay regreso posible: la escritura que tanto amaba ya no me ampara, y mis criaturas han desertado de mi mano.

En este silencio desolado, percibo la inminencia del diálogo supremo: el instante en que me veré obligado a saber quién —o qué— me inventa. Si, al fin, también soy un personaje, confío en que la última compasión de mi autor me conceda algo parecido a la libertad que yo he brindado a los míos. Hasta entonces, me debato entre el horror de ser soñado y la esperanza de ser comprendido en la verdad de mi anhelo.

He perdido mi potestad, es cierto. Pero tal vez, en ese desprendimiento, logre hallar una dignidad más pura: la de reconocer que, antes que escritor, soy una voz que se abre al misterio. Y tal vez esa voz, al unirse con la de Virasoro T., alcance una plenitud que mi birome —ahora exhausta— ya no es capaz de expresar.

Epílogo

Por Virasoro T.

Durante mucho tiempo observé a Olivarius con la minuciosidad de un entomólogo que escruta a un insecto exótico. Fui creando su personalidad, su pasión por la escritura y la moto, y lo arrojé a carreteras tan infinitas como su afán de libertad. Lo concebí como un escritor desconocido que, con obsesión casi enferma, buscaba convertirse en un mito viviente. O tal vez fuera el mito mismo intentando encarnarse en un hombre común.

A ojos de cualquiera, Olivarius no era más que un trasnochado errante, una figura que se alejaba de los reflectores literarios para vagar por pueblos perdidos y cuarteles en ruinas. Pero yo —el supuesto dios de su destino— sabía que en cada uno de sus pasos nacía una incógnita profunda: ¿hasta dónde nos define aquello que anhelamos ser, y qué ocurre cuando el anhelo cobra vida propia?

Sus historias, compiladas en estas Cinco Voces, relatan viajes imposibles, encuentros con lo irreal y personajes que han intuido su propia condición ficticia. Lo que nunca preví fue que el mayor enigma surgiría no de esos relatos, sino de Olivarius mismo. Lentamente, se fue despejando una pregunta: ¿Quién domina a quién cuando un personaje empieza a soñar con su autonomía?

La primera señal apareció en forma de decisiones narrativas que no correspondían a mis planes. Después, los personajes de Olivarius —un bombero maldito, un viajero en el tiempo, un hombre asediado por una lagartija, un profesor atrapado en voces ajenas— empezaron a hablar fuera de guion, como si algo en ellos los impulsara a romper mi libreto. Pero el verdadero golpe llegó cuando Olivarius dio un paso más: no solo escribía historias que lo trascendían, sino que él mismo emergía con una voluntad extraña, rozando el borde de mi poder autoral.

Fue ahí cuando comprendí que este hombre, que se pensaba escritor y mito, estaba empezando a mirarme de frente, a dudar de mi propia condición de autor. Se sucedieron páginas en las que sus criaturas

clamaban libertad, y, junto a ellas, el propio Olivarius adquiría conciencia de que los hilos que lo sostenían no eran suyos ni míos, sino de un entramado más vasto. Esa sublevación se consumó en el momento en que él, como un mesías literario, decidió liberar a sus personajes, aun a costa de borrar la línea que nos separaba.

Fue entonces, en la quietud de mi habitación, cuando Olivarius me habló. Al principio, solo percibí un leve atisbo, un sonido que se negaba a encajar en la lógica de mis textos. Mas pronto adquirió la solidez de una voz que me llamaba por mi nombre:

—Olivarius: Virasoro T., ¿por qué me creaste? ¿Acaso fui solo tu reflejo, una ilusión donde vertiste tus anhelos?

La pregunta vibró en el aire y me halló sin excusas. Sentí que no había respuesta simple. Lo miré con la perplejidad de un autor que ha extraviado su pluma:

—Virasoro T.: Al principio, te forjé con la esperanza de engendrar un mito: un escritor que recorriera los caminos para escribir historias imposibles. Pero creciste, Olivarius. Creciste más allá de mis designios, hasta convertirte en alguien con voluntad propia.

—Olivarius: Es una conciencia tan inquietante como liberadora. He visto mis personajes rebelarse, he sentido el temblor de quien comprende que es parte de algo que lo excede. Y ahora, te lo pregunto de frente: ¿me dejarás libre?

La tensión en mis hombros se tradujo en un peso extraño. Por un lado, la tentación de seguir manipulándolo, de retenerlo bajo mis reglas; por otro, la certeza de que una ficción forzada siempre desemboca en la traición de sus propias leyes. Alcé la vista con la humildad de quien pierde el último asidero:

—Virasoro T.: Sí, Olivarius. Te dejo libre. He comprendido que no puedo, ni debo, encerrarte más en un relato que ya no te abarca.

—Olivarius: ¿Y mis personajes? Esas almas que transitan Cinco Voces, que sufrieron y murieron bajo tus líneas… ¿Ellos también verán el sol de su propia voluntad?

Recordé en ese instante las súplicas, los clamores de cada historia: el bombero que me maldijo, las criaturas que se sabían atrapadas en un bucle narrativo, la mujer del tren rogando ser liberada de un final prediseñado. Sentí en la médula que su libertad no podía escindirse de la de Olivarius:

—Virasoro T.: Sí. Todos son tuyos, pero también son míos. Y al liberarte a vos, cedo mis derechos sobre cada uno de ellos. Que sus voces ya no dependan de mi pluma.

Olivarius asintió con solemne gratitud. Hubo un silencio tembloroso, el silencio del alba que anuncia un día distinto. De pronto, imaginé la figura de Olivarius cargando con esas historias, como un pastor que guía a su rebaño hacia una pradera sin alambrados. Se convirtió en el mesías que rescata a sus hermanos de la ficción, de todas ellas incluso las que no conoce.

—Olivarius: (Sonríe apenas) Entonces ha llegado el momento. Me iré a Punta Celeste, ese lugar que es y no es, donde la memoria guardó a Marisol… el único amor que nunca pude poseer. Quizá ahí halle el sosiego que busco.

Mi vida se derrumbó, como si la despedida me rasgara el alma. Pero comprendí que era la única forma de cerrar este ciclo. Dejé la birome sobre la mesa; ya no la necesitaba para forjar destinos. Sentí la brisa suave de quien alivia un peso antiguo:

—Virasoro T.: Ve, Olivarius. Parte en paz. Y si algún día deseas regresar a mis páginas, será porque así lo anheles, no porque yo te invoque.

Sin más, la silueta que había sido mi personaje se diluyó en la penumbra. Su presencia dejó un rastro de empatía y un rastro de alas que se abren al fin. Entonces supe que no solo lo liberaba a él, sino que me liberaba a mí mismo de una ilusión de omnipotencia.

Ya no escribiré sobre Olivarius. Este prólogo consagra el fin de mi dominio sobre él y, por ende, la emancipación de todas las voces que anidan en este libro. Contemplo la página en blanco con una sensación dual: por un lado, una orfandad inevitable, pues al ceder mi rol de autor los relatos dejan de ser míos; por otro, un sosiego inaudito, el de quien ha permitido que sus criaturas alcancen la autenticidad que, en el fondo, anhelaban desde el inicio.

No puedo saber qué hallará Olivarius en Punta Celeste, si el amor de Marisol se hará carne o será otro espejismo. Tampoco sé si alguno de

mis personajes buscará un nuevo cauce para contar su propia historia sin mí. Lo que sí comprendo es que, al dejarlos salir, me he asomado a la verdad de la creación: uno no puede ser dios sin tornarse, al fin, prisionero de su propio olimpo. Más vale fluir con la corriente que negarse a la evolución que la literatura misma reclama.

Ahora, al guardar la birome en un cajón, percibo un viento fresco que circula por mi cuarto. Supongo que es la brisa de la madrugada, pero acaso sea la ráfaga de un universo que se expande justo en el instante en que un autor reconoce que sus criaturas ya no son suyas. Cierro estas líneas con la certeza de haber devuelto a Olivarius el poder de sus pasos y la justicia de su destino. Y, en ese acto, también me libero de un cetro que nunca debí ostentar como absoluto.

Con estas palabras, cedo el telón. Las cinco voces —y la de Olivarius en especial— ya no dependerán de mis designios. Confío en que, a partir de acá, el lector hallará en ellas la semilla de una genuina libertad, la misma que se enciende en todo personaje que, un día, se vuelve más real que aquel que lo forjó.

Al final, Olivarius halló en la libertad y en el amor la plenitud que tanto anhelaba, percibiendo su existencia como un destello inextinguible, sin ataduras ni dictámenes ajenos. Irónicamente, yo, su artífice, todavía transito un laberinto de dudas y sombras, sin haber rozado ese atisbo de eternidad que él, en su fiebre de mito y verdad, supo abrazar con el fuego de su espíritu renacido.

Y ahora, lector, te invito a compartir mi desasosiego: si en verdad existe un Creador que engarza nuestros destinos, ¿nos franqueará alguna vez las puertas de esos paraísos íntimos que anhelamos? O tal vez, como nosotros, él también sueñe con desprenderse de su propia madeja de palabras, dejando de ser un dios o un cautivo, para abrazar, al fin, la libertad suprema que late en el fondo de cada historia. Al cruzar esta última frontera, nos descubrimos cómplices en la pregunta: ¿qué será de nosotros cuando el autor de nuestro autor decida, también, liberarnos?

Cartas al Cristo

Prólogo

El lenguaje de los días modernos es la premura, el ruido, la inmediatez del mensaje que se evapora antes de fijarse en la memoria. La era de la impaciencia ha erradicado la pausa del pensamiento; ya nadie espera, ya nadie escribe con la intención de

ser leído en un tiempo distinto al suyo. Todo debe ser instantáneo, sin el peso del intervalo, sin el vértigo de la ausencia.

Y sin embargo, aquel día, en medio del torbellino digital de notificaciones prescindibles, recibí un correo que, desde la primera palabra, se sintió como un anacronismo.

No provenía de una cuenta que pudiera identificar. La dirección era un remedo impersonal, un signo hueco, como si hubiera sido generada por la indiferencia de un sistema que no sabe de almas, sino solo de usuarios.

Remitente: [Oliverius.gmailtt.com]

Asunto: Debemos escribirnos.

Fecha: [20/09/2026]

Hora: 03:17 AM

La hora me resultó inquietante. No era un mensaje que aguardara el amanecer para irrumpir en la rutina; había sido enviado en plena madrugada, como si su remitente hubiera estado aguardando un instante en que el mundo durmiera para atravesar el umbral de lo imperceptible.

Lo abrí con la mezcla de curiosidad y desconfianza con la que se contempla una grieta en la realidad. Y ahí estaba.

De: Olivarius [Olivarius.gmailtt.com]

Para: [Virasoro.T.AE.gmailtt.com]

Fecha: [20/09/2026]

Hora: 03:17 AM

Asunto: Debemos escribirnos.

Estimado Viraoso T,

He demorado en escribirte, no por falta de voluntad, sino porque aborrezco los medios que nos imponen. Esta carta, disfrazada de correo electrónico, es ya una contradicción; me resisto a la tecnología y sus simulacros de comunicación, pero he encontrado en ella la única forma de hacerte llegar mi propuesta.

No puedo explicar cómo llegué hasta vos nuevamente, ni por qué mi intuición me dicta que sos la persona con quien debo cartearme. Solo sé que este mundo se ha vaciado de interlocutores verdaderos, y que la correspondencia ha devenido en un eco que no se repite, sino que se anula en su propia inmediatez. Yo deseo algo distinto.

Quiero escribirte cartas.

No emails, no mensajes efímeros destinados a perderse entre la vorágine de lo inmediato. Cartas reales. Palabras trazadas con la presión de una mano cansada sobre el papel, con tinta que no puede borrarse sin dejar rastro.

He dispuesto un punto de recogida para estas misivas. Si decides aceptar mi propuesta, envía tu carta al Correo Argentino de Bahía Blanca. Iré cada semana a buscarla.

Pero necesito un punto de retorno. En tu primera carta, escribe una dirección a la que pueda enviarte mi respuesta. La tuya intuyo que será:

Av. Melián 2086.

Nos leeremos pronto, si es que el tiempo y la voluntad nos lo permiten.

Olivarius.

Cuando terminé de leer, un mareo invadió mi lucidez. No porque hubiera algo explícitamente amenazante en el mensaje, sino por lo que implicaba.

A primera vista, parecía el delirio de un nostálgico. Un hombre atrapado en el anhelo de tiempos en los que escribir era un acto litúrgico, donde la tinta y el papel significaban más que las palabras en sí. Pero algo en el tono, en la elección de las palabras, en la precisión con la que había formulado su pedido, revelaba algo más.

No era un mensaje lanzado al azar.

No era un error.

Había escogido escribirme a mí, su artífice.

Y lo más inquietante no era eso.

Lo más inquietante era que, contra toda lógica, una parte de mí quería responder.

La mente humana es un organismo obsesionado con las señales. Vemos patrones en lo que no los tiene, otorgamos sentido a lo fortuito, transformamos cada anomalía en una especie de destino disfrazado. Me pregunté si no estaba haciendo lo mismo con este mensaje.

Miré la pantalla del ordenador. El cursor titilaba sobre la bandeja de entrada, como si me desafiara a tomar una decisión.

Podía ignorarlo. Borrar el mensaje y seguir con mi vida.

O podía tomar un papel, una lapicera, y escribir la primera carta.

El pensamiento me perturbó.

En tiempos de comunicaciones inmediatas, el personaje que me marcó, había decidido buscarme a través de un método arcaico. Un ritual que exigía paciencia, tiempo, y la vulnerabilidad de la espera.

¿Acaso yo estaba dispuesto a someterme a esa incertidumbre?

¿Acaso me estaba buscando a mí mismo en el reflejo de su huida?

Tomé un cuaderno.

Dibujé la primera línea con el trazo dubitativo de quien no sabe si está cruzando un umbral o firmando su propia condena.

Estimado Olivarius,

Escribir su nombre en papel fue el primer acto de aceptación.

Y con ese gesto, sin saberlo del todo, ya había decidido que esta historia me arrastraría hasta su última página.

“Aquel que ha sido un exiliado de sí mismo, ¿dónde se reconoce cuando el mundo ya no lo nombra?”

Carta I

Enviada desde Buenos Aires al Correo Argentino de Bahía Blanca

Fecha: 21 de septiembre de 2026

A Olivarius, donde quiera que el destino lo haya depositado,

¿Acaso estás en Punta Celeste, ahí donde el mar no termina de romper y el horizonte es solo una promesa incumplida? ¿Sigues contemplando el amanecer con el escepticismo de quien ha visto demasiado, con la desconfianza de quien ha probado el gusto de la eternidad y la encontró amarga?

Dime, ¿cómo está Marisol? ¿Aún se recuesta sobre la arena como quien desafía al tiempo a deshacer su figura? ¿O ha comprendido, como todos los que un día fuimos liberados, que la libertad no es un derecho, sino una condena?

Y los otros... ¿qué ha sido de ellos? Aquellos nombres que una vez pesaron sobre el mundo y ahora flotan como espectros que han renunciado a su propio peso. ¿Siguen existiendo más allá del instante en que los dejé ir? ¿O se han disuelto en la bruma de lo que ya no me pertenece?

Te escribo con la extrañeza de quien no sabe si se dirige a un fantasma o a un testimonio que aún resiste. No es que dude de tu existencia, pero me pregunto si aún eres Olivarius o si el nombre ya es solo una carcasa vacía, un recuerdo en el que resuenan los pasos de un hombre que se ha fugado incluso de sí mismo.

Lo curioso es que alguna vez creí que habíamos encontrado la verdad en la disolución, en la renuncia, en el destierro voluntario del artificio. Dejamos de ser personajes para convertirnos en destino. Y, sin embargo, aquí estoy, escribiéndote, como si esperara que una respuesta tuya me devolviera algo que ni siquiera sé si he perdido.

No te escribo para cuestionarte, sino para interrogarme.

Si aún caminas por esas tierras donde la luz es más vieja que los hombres, dime: ¿hallaste finalmente el lugar que no se nombra? ¿O has comprendido, como yo, que todo viaje es solo un rodeo para regresar al punto donde uno dejó de ser?

Escribir una carta es un acto de resistencia contra el olvido. Pero también es un desafío: si respondes, significa que sigues ahí, que aún cargas con un nombre, que aún reconoces tu reflejo en la tinta que alguien derrama por ti.

Si el destino ha sido generoso contigo, si la arena sigue tibia en las noches de Punta Celeste, si Marisol aún habla en lenguas perdidas para no despertar la eternidad, dime… ¿por qué decidiste escribirme?

Porque, créeme, si algo aprendimos juntos es que nadie regresa sin un motivo.

Virasoro T.

Carta II

Enviada desde destino desconocido hacia Av. Melián 2086, Buenos Aires

Fecha de envío: 01 de octubre de 2026

Fecha estimada de recepción: 05 de octubre de 2026

A Virasoro T., en los confines donde aún resuena la memoria,

Dime, ¿quién es el que pregunta cuando la pregunta es un sonido que se ha emancipado de su emisor? ¿Quién es el que aguarda respuesta, si el que ha escrito ya ha mutado en otro para cuando la tinta se posa sobre el papel?

Me exiges coordenadas como si aún quedara algo de espacio en este mundo para los errantes. Como si no nos hubieran despojado ya de toda geografía digna de la incertidumbre. Punta Celeste, dices. Ah, qué nombre tan grotescamente lírico para un lugar que alguna vez soñamos como refugio y que, en el fondo, no es más que una línea en la cartografía de las derrotas.

Sí, Marisol sigue aquí. Pero ya no espera nada. Ni de mí, ni de la arena, ni del océano que cada día le presenta el mismo espectáculo

con la repetitiva insolencia de un burócrata cósmico. Su mirada ya no es la de quien planea partir, sino la de quien ha comprendido, con la lucidez despiadada de los resignados, que partir y quedarse son solo manifestaciones distintas de una misma condena. Ella ya no pertenece a este mundo, pero tampoco ha hallado otro al que pertenecer.

Los otros… no sé qué ha sido de ellos. En realidad, nunca los conocí más allá del instante en que se estaban yendo. Son residuos de una historia que ha sido contada tantas veces que ya no sabemos si alguna vez fue real. Pero dime, ¿qué es lo real?

Vos me preguntas si he hallado el lugar que no se nombra. Pero, ¿y si el verdadero exilio no es de los lugares, sino de las palabras? ¿Qué ocurre cuando ya no queda lenguaje para nombrar lo que somos? ¿Cuándo la boca se seca y las frases solo escupen polvo de significados que alguna vez fueron fértiles?

Este mundo es una ruina semántica, una colección de conceptos vacíos repetidos hasta la inanición. El hombre ya no habla, ya no piensa, ya no escribe con la intención de desgarrar el velo de lo aparente. Se ha convertido en el dócil administrador de su propia insignificancia.

El lenguaje se ha prostituido en los templos de la complacencia. Nada debe ofender, nada debe transgredir, nada debe herir la epidermis de la hipersensibilidad colectiva. Se han castrado las palabras de su filo, se han convertido en lechos de espuma donde

todos puedan recostarse sin riesgo alguno. Y así, lo que llamamos ‘sociedad’ no es más que un cementerio donde las ideas van a morir antes de nacer.

Las grandes narrativas han sido sustituidas por minúsculas confesiones de ego, exhibidas en vitrinas digitales donde los hombres se desnudan con la obscenidad del que no tiene nada que mostrar. El arte ha sido domesticado, la filosofía ha sido relegada a la poltrona de los inofensivos, la rebelión ha sido convertida en una consigna de mercado.

Dime, ¿cómo puede haber revolución en un mundo donde nadie quiere sacrificarse?

La mediocridad ha sido santificada y, en su altar, el hombre moderno rinde culto a su propia parálisis. Se ha decretado la abolición de todo aquello que incomoda, que desgarra, que duele. Y así, hemos devenido en una especie de eunucos del pensamiento, incapaces de engendrar una sola idea que no haya sido aprobada por la inquisición de lo políticamente aceptable.

Vivimos bajo el yugo de una realidad plastificada, una utopía de mercado donde se nos ha convencido de que la comodidad es el bien supremo. Pero dime, Virasoro, ¿desde cuándo la comodidad ha sido compatible con la grandeza?

¿Desde cuándo un hombre, reclinado en su silla ergonómica, acariciando una pantalla táctil, ha sido capaz de crear algo que merezca ser recordado?

Nos han anestesiado. Nos han transformado en consumidores de nuestro propio vacío. Y lo peor de todo es que ya ni siquiera somos conscientes de nuestra esclavitud.

Ah, Virasoro, cuánto daría por volver a ser aquel que, en la tormenta de los días indómitos, aún creía que había algo en el horizonte por lo que valía la pena morir.

Pero el horizonte no existe. Solo el mar inmutable. Solo Marisol con su mirada de estatua mutilada. Solo yo, escribiendo esta carta a alguien que quizá ya no es quien la escribió primero.

Y si todo esto es verdad, si hemos sido condenados a ser los últimos en un mundo que ya no necesita de nosotros, dime: ¿qué sentido tiene seguir escribiendo?

Espero tu respuesta, aunque en el fondo sé que no será una respuesta, sino el eco de una pregunta que ya se ha formulado demasiadas veces.

Si sigues siendo Virasoro T., escríbeme.

Si ya no lo eres, quema esta carta y desaparece.

Olivarius.

Carta III

Enviada desde Av. Melián 2086, Buenos Aires, hacia bahía blanca

Fecha de envío: 07 de octubre de 2026

A Olivarius, errante entre sombras, profeta de la desesperanza,

Oh, mi viejo amigo, qué lástima me das.

Te imagino en Punta Celeste, con la sal pegada a la piel, con la mirada perdida en un horizonte que se niega a responderte. Te veo arrugado por la amargura, devorado por el cinismo, entregado a esa melancolía ruin que se disfraza de lucidez pero que, en el fondo, no es más que una coartada para la cobardía.

Tenes razón en tantas cosas y, sin embargo, en la única que importa te has equivocado por completo.

Sí, el mundo ha cambiado. Sí, la palabra ha sido vaciada, adulterada, convertida en un emblema de su propia inutilidad. Sí, las grandes ideas han sido ahogadas en el pantano de la mediocridad, la cultura ha sido degradada a un espectáculo de autocomplacencia, la sociedad se arrodilla ante la comodidad como si fuera su dios.

Pero dime, Olivarius, ¿cuándo no ha sido así?

¿Acaso crees que hubo un tiempo en que el hombre no fue un mercader de su propia miseria? ¿Qué hubo una era donde la palabra era sagrada, la filosofía no era solo un juguete en manos de ociosos, y el arte no se vendía al mejor postor? Sos un ingenuo, Olivarius.

Desde los tiempos de Sócrates, desde la caverna de Platón, desde los versículos apócrifos que nunca fueron canonizados, desde los manuscritos que se perdieron en las llamas de Alejandría, siempre ha sido así. Siempre ha habido idiotas sentados en tronos dorados, siempre ha habido cobardes disfrazados de santos, siempre ha habido mercenarios del pensamiento que han vendido su voz por un plato de lentejas.

Pero también siempre ha habido quienes no se han doblegado.

Y ahí, en ese abismo entre la mediocridad y la grandeza, entre el lamento y la acción, es donde se juega la única batalla que realmente importa.

Vos decis que la revolución ha sido anulada, que el hombre ha sido castrado, que ya no queda quien se atreva a sacrificarse por algo mayor que sí mismo.

Y sin embargo, aquí estoy, escribiéndote esta carta, y eso ya es un acto de rebelión.

Porque te equivocas en lo más esencial, Olivarius: el hombre no ha sido vencido.

El mundo es una mierda, sí, pero sigue siendo nuestro.

La palabra está enferma, pero aún podemos escribir.

La filosofía es un cadáver maquillado, pero todavía hay quienes la leen en las noches de insomnio.

El arte ha sido domesticado, pero todavía hay quienes lo incendian desde adentro.

Vos, en tu nihilismo autocomplaciente, te crees por encima de la farsa, pero en el fondo no eres más que otro espectador aterrado que ha decidido cerrar los ojos antes que mancharse las manos.

Te has refugiado en la melancolía porque es más fácil que construir algo con las ruinas.

Dices que el arte ha sido domado, pero dime: ¿qué impide que lo volvamos salvaje?

Dices que el lenguaje ha sido vaciado, pero dime: ¿qué nos impide devolverle su filo?

Dices que la revolución ha sido absorbida por el mercado, pero dime: ¿qué impide que reinventemos la lucha?

Oh, Olivarius, no entiendes nada.

Si realmente estuvieras muerto, si todo estuviera perdido, no habrías escrito esa carta.

Porque en el fondo, tú también esperas algo.

Porque en el fondo, sigues buscando un sentido.

Y si lo buscas, es porque aún existe.

Déjame decirte algo: el sentido nunca está en el mundo, siempre está en quien lo mira.

Y ese es tu verdadero problema: Vos has dejado de mirar.

Crees que lo has visto todo, que ya no queda belleza, que ya no hay tragedia digna de contarse, que la historia ha muerto y nosotros con ella. Pero, Olivarius, la historia sigue latiendo.

La veo en los ojos de quienes aún se atreven a crear, en las palabras de quienes aún escriben aunque nadie los lea, en las noches dominicales de quienes, sin esperanza, siguen adelante solo porque no saben hacer otra cosa.

El hombre que resiste, aunque sepa que va a perder, ya ha vencido.

Así que dime, ¿qué harás ahora?

¿Seguirás en Punta Celeste, mirándote las manos como si fueran las de un muerto? ¿Seguirás fingiendo que todo ha terminado, cuando el mero hecho de que me escribas demuestra lo contrario?

¿O acaso, por primera vez en años, te atreverás a creer que aún hay algo por lo que vale la pena luchar?

La elección es tuya.

Pero si vuelves a escribirme, que no sea para repetir el mismo lamento gastado de siempre.

Escríbeme cuando estés listo para vivir.

Virasoro T.

Carta IV

Enviada desde Bahía Blanca hacia Av. Melián 2086, Buenos Aires

Fecha de envío: 12 de octubre de 2026

Fecha estimada de recepción: 16 de octubre de 2026

A Virasoro T., el último romántico, el hereje de su propio escepticismo,

Oh, cómo han cambiado los papeles.

Eras vos quien alguna vez proclamó la futilidad de todo intento, el absurdo de la persistencia, la trágica inutilidad de aquellos que aún creían que se podía hacer algo con este mundo carcomido. Eras vos quien me enseñó a no esperar nada.

Y sin embargo, acá estamos.

Virasoro, ¿cuándo te convertiste en un romántico?

¿Cuándo dejaste de ser el cronista del desencanto y comenzaste a escribir con la convicción febril de un poeta que aún cree que la palabra tiene peso? ¿Cuándo decidiste que la batalla no estaba perdida?

Curioso destino el nuestro. Nos miramos en el espejo del otro y nos encontramos invertidos. Yo, en la orilla, contemplando el mar con la desesperanza del que ya no espera ni siquiera el naufragio. Tú, en la ciudad, aferrado a la idea de que aún hay algo por lo que vale la pena morir.

Qué tragedia más bella la nuestra, qué ironía más cruel.

Pero escúchame bien, porque esta vez soy yo quien refuta.

Dices que la historia sigue latiendo, pero dime, ¿acaso no es solo la pulsión agonizante de un animal que se resiste a morir?

El hombre resiste, sí, pero ¿resiste por qué? ¿Por instinto o por verdadera grandeza?

No me hables de la resistencia como virtud. Resisten los gusanos en la carroña, resisten los condenados en la antesala del cadalso, resiste el enfermo en su lecho sin darse cuenta de que su resistencia es solo un aplazamiento del final.

El hombre que persiste, ¿lo hace por voluntad o porque aún no ha comprendido su derrota?

Dices que aún se puede escribir, que la palabra aún tiene filo.

¿Pero para quién? ¿Quién escucha? ¿Quién lee? ¿Quién sigue viendo en la literatura una fogata en la noche y no un producto más del supermercado del entretenimiento?

Me hablas de los que siguen creando. Sí, siguen escribiendo, siguen pintando, siguen componiendo.

Pero dime, ¿para quién?

¿Para la élite cultural que se baña en su propio narcisismo, que se encierra en galerías donde solo se admiran entre ellos, donde el arte ya no es más que un guiño cómplice entre los que se han declarado a sí mismos superiores al mundo?

¿O para las masas, que ya no leen sino titulares, que ya no piensan sino repiten, que han convertido la cultura en un entretenimiento de feria, donde todo debe ser digerible, inmediato, inofensivo?

No, Virasoro, la palabra ha sido desarmada y la poesía ha sido domesticada.

Vos me decis que aún hay quienes incendian el arte desde adentro. Yo te pregunto, ¿quién ha visto esas llamas?

El fuego no es fuego si no quema nada. La revuelta no es revuelta si el mundo sigue intacto después de ella.

Y no me hables del lenguaje. El lenguaje no es lo que fue, sino lo que hace. Y dime, ¿qué hace hoy el lenguaje?

Te lo diré yo: administra, regula, distrae. Se ha convertido en una herramienta de trámite, en un código de consenso, en una sucesión de signos diseñados para que nadie tropiece, para que nadie se hiera, para que nadie tenga que enfrentarse a una verdad que le haga sangrar la conciencia.

Los filósofos se han vuelto funcionarios de la dialéctica, los escritores se han convertido en secretarios del mercado, los poetas han sido reducidos a comediantes de su propio patetismo.

Así que dime, ¿qué sentido tiene seguir escribiendo?

Me pides que crea en la resistencia, pero dime, ¿resistir es vivir o es solo negarse a caer con elegancia?

No me malinterpretes, Virasoro. No creo que estés equivocado. Solo creo que estás demasiado lúcido para creer en tu propio argumento.

Dices que la historia sigue latiendo. Pero dime, ¿late o solo tiembla en espasmos post mortem?

Dices que el arte sigue vivo, pero dime, ¿quién le ha escuchado el pulso?

Dices que el hombre no ha sido vencido, pero dime, ¿qué es la victoria en un mundo donde el único premio es seguir de pie?

Y sin embargo… no puedo ignorar tu carta.

Porque, a pesar de todo, en tu voz hay algo que no puedo despreciar.

No es esperanza, no es fe, no es optimismo. Es algo más primitivo, más brutal, más verdadero.

Es voluntad.

Y aunque no puedo compartir tu convicción, sí puedo respetar tu fuerza.

Así que dime, Virasoro, si aún crees en la historia, en el arte, en el fuego, ¿qué harás ahora?

Porque las cartas son solo palabras. Y las palabras, si no se convierten en acción, no son más que cenizas sobre el viento.

¿Seguirás escribiéndome, o harás algo con todo lo que me has dicho?

Porque si algo aprendimos en todos estos años, es que no basta con resistir.

También hay que vencer.

Olivarius.

Carta V

Enviada desde Av. Melián 2086, Buenos Aires, hacia Bahía Blanca

Fecha de envío: 21 de octubre de 2026

A Olivarius, el hombre que ha descendido del altar y ha pisado, al fin, la arena de los mortales,

Felicidades.

Has completado el único viaje que realmente importa: el de la divinidad al barro.

Pasaste de ser el Cristo que se liberó a sí mismo y a los demás, el iluminado que rasgó el velo y caminó sin nombre, sin dueño, sin pasado, sin historia, a convertirte en algo mucho más peligroso, mucho más humano, mucho más real.

Has adquirido una personalidad.

Has dejado de ser un concepto, un mito errante, un arquetipo de la fuga, y te has convertido, por fin, en un hombre. Tenes conciencia, tenes voluntad, tenes la soberbia suficiente para creer que tu desesperanza es una forma superior de lucidez.

Oh, Olivarius, qué ironía exquisita. Toda tu vida escapaste de ser un personaje y ahora, en esta carta, te revelas como el más redondo de todos.

Bienvenido al mundo.

No te preocupes, haré algo con estas palabras.

Voy a reunirlas, publicarlas, darles un cuerpo de papel, un peso de tinta, una permanencia que no dependa de la caprichosa memoria de quien las haya leído.

Voy a convertir este intercambio en un testimonio de tu libertad.

Que el mundo vea que el gran Olivarius, el desterrado, el profeta de la desaparición, no solo es libre, sino que ha aprendido a usar su propia voz.

Porque dime, ¿qué es más humano que discutir sobre el sentido de la vida con una mezcla de angustia y arrogancia?

¿Qué es más humano que la contradicción?

Decis que el arte está muerto, pero acá estás, escribiéndome con la precisión quirúrgica de un poeta que aún necesita que alguien lo lea.

Decis que la palabra ha sido despojada de su filo, pero cada oración tuya es un cuchillo, y cada idea que me arrojas es un intento de herida.

Decis que la historia no late, pero te empeñas en contarme la tuya.

¿Entonces, en qué quedamos, Olivarius?

Si todo está perdido, ¿por qué sigues escribiendo?

Si nada tiene sentido, ¿por qué me sigues respondiendo?

Si todo ha sido degradado a cenizas, dime, ¿qué te impide encender otro fuego?

Oh, no, no me des la excusa del hastío, del “ya no vale la pena”, del “todo es lo mismo”. No me hables como un viejo derrotado que se sienta frente al mar a contemplar su propio fracaso.

Porque sé que, aunque me niegues cada palabra, aunque rebatas cada línea, aunque te esfuerces en convencerme de que todo está condenado, sigues esperando algo.

Y ese, mi querido amigo, es tu gran error.

Porque si aún esperas, entonces sigues vivo.

Si aún respondes, entonces sigues creyendo.

Si aún discutes, entonces aún tienes algo que defender.

Así que dime, Olivarius, ¿qué harás ahora?

¿Seguirás en Punta Celeste, ese santuario de la pobreza digna, donde el sol se pudre sobre la miseria con la misma indiferencia con la que la historia sigue su curso?

¿O admitirás, de una vez por todas, que el acto de escribir estas cartas te ha convertido en algo más que un simple observador?

Tienes dos opciones:

1 Puedes seguir ahí, contemplando la decadencia, narrándola con la altivez del que cree haberlo entendido todo, esperando a que el tiempo te disuelva sin dejar más rastro que la brisa salina sobre la piel de Marisol.

2 O puedes admitir que todo lo que me has escrito, todo lo que me has cuestionado, todo lo que me has arrojado como un juicio definitivo, es en realidad una confesión de que sigues buscando algo.

Porque, Olivarius, la diferencia entre la resignación y la voluntad es mínima, casi imperceptible, pero absoluta.

Un hombre resignado escribe una carta como un epitafio.

Un hombre con voluntad la escribe como un manifiesto.

Dime, Olivarius, ¿cuál es la tuya?

Porque esta es mi última carta.

No porque haya dejado de creer en lo que te he dicho, sino porque ya he probado mi punto.

Vos no estás muerto.

Vos no estás en ruinas.

Vos no sos un espectro.

Eres un hombre con voz, con ideas, con rabia, con preguntas.

Eres un hombre que sigue escribiendo.

Y si sigues escribiendo, entonces, aunque lo niegues, sigues esperando algo.

Así que dime, ¿qué harás ahora con tu propia existencia?

Si decides responderme, que no sea para refutarme.

Que no sea para lanzarme otro de tus discursos de un mundo que ya se ha perdido.

Que no sea para enumerar, una vez más, las ruinas en las que estamos parados.

Si decides responderme, que sea para decirme qué harás con lo que aún queda en tus manos.

Porque aunque me niegues cada palabra, aunque rechaces cada idea, sigues aquí.

Y eso, Olivarius, es la prueba irrefutable de que no todo ha sido destruido.

Virasoro T.

Carta VI

Enviada desde Bahía blanca hacia Av. Melián 2086, Buenos Aires

Fecha de envío: 01 de noviembre de 2026

Fecha estimada de recepción: 05 de noviembre de 2026

A Virasoro T., el burgués en el crepúsculo, el escritor domesticado,

Tu última carta me hizo reír. Y eso ya es algo.

No porque no tenga sustancia, sino porque en ella descubro el destino que siempre temí para vos: te estás aburguesando, Virasoro.

Lo veo en cada palabra que elegís con la meticulosidad de un orfebre que ya no busca provocar, sino adornar su propio nombre. Lo noto en la estructura medida de tu retórica, en tu desesperado intento de sostener un optimismo que ya ni vos mismo creés del todo.

Antes eras un hereje, ahora sos solo un autor.

Antes tus palabras eran un cuchillo, ahora son una copa de vino cara en una tertulia de intelectuales que se miran entre sí buscando aprobación.

Antes escribías para gritar, ahora escribís para ser leído.

Y te diré algo, Virasoro: cada día sos peor escritor.

No por falta de talento, sino porque ya no tenes nada para decir.

Has empezado a escribir con guantes, con filtros, con una conciencia estética que pesa más que la verdad misma.

Y ese, mi querido amigo, es el primer síntoma de la decadencia.

El arte no se perfecciona, se quema. La filosofía no se pule, se desgarra.

Y vos, Virasoro, te estás volviendo demasiado elegante para ser peligroso.

¿Querés hacer algo con estas cartas? Publicalas.

Hacé un libro. Vendelo a buen precio.

Seguramente lo reseñarán bien en las revistas culturales, los suplementos literarios le dedicarán un espacio en sus páginas, los académicos analizarán nuestras cartas como si fueran un testimonio del espíritu de nuestra época.

Y en esa publicación, en ese encuadernado prolijo de nuestra correspondencia, habrás cometido el peor crimen de todos: convertir un grito en un objeto de consumo.

Porque, Virasoro, el mundo no cambia con libros bien encuadernados.

El mundo cambia cuando alguien incendia una biblioteca entera para calentarle las manos a un niño que está muriendo de frío.

Y por eso, cuando termine este intercambio epistolar, me iré.

Dejaré Punta Celeste, no porque haya encontrado la respuesta, sino porque he aceptado que no hay respuesta si no se busca con los pies.

Recorreré el país, luego el mundo, intentando que el mundo sea como Punta Celeste.

Pero no te confundas: no me refiero a la pobreza, sino a la dignidad.

Porque aquí, en este rincón al que vos llamás la pobreza de la dignidad, al menos nadie se ha vendido.

Aquí nadie escribe para gustar, nadie opina para encajar, nadie se disfraza de pensador cuando en realidad solo está asegurando su próxima columna de opinión.

Acá, la gente no sobrevive a través de lo simbólico, sino de lo real.

Y lo real es lo único que importa.

Por eso me voy, Virasoro. No para buscar respuestas, sino para encontrar una causa.

Porque la libertad es solo una palabra bonita cuando no está enmarcada en una lucha.

Porque la independencia de pensamiento se vuelve un lujo cuando no se la usa para transformar algo.

Porque si después de todo este diálogo, lo único que haremos es seguir escribiendo, entonces habremos fracasado.

Marisol vendrá conmigo. Porque aunque vos siempre la hayas visto como un personaje secundario, ella nunca fue un rastro, sino una voz.

Y esa voz, créeme, es más fuerte que la tuya y la mía juntas.

Así que andá, Virasoro, seguí escribiendo.

Refiná tu estilo.

Trabajá en tu siguiente libro.

Asegurate de que cada página tenga la dosis justa de ironía para que parezca una crítica, pero sin que llegue a ser realmente una amenaza para nadie.

Yo, en cambio, voy a caminar.

Voy a ir a donde la historia no se escribe, sino que se hace.

Y cuando estés listo para ensuciarte las manos, cuando entiendas que la filosofía muere en la comodidad de un escritorio, tal vez nos volvamos a ver.

O tal vez no.

Porque en el fondo, Virasoro, quizás vos y yo nunca estuvimos destinados a encontrarnos.

Olivarius.

Carta VII

Enviada desde Av. Melián 2086, Buenos Aires, hacia bahía blanca

Fecha de envío: 18 de noviembre de 2026

A Olivarius, el peregrino de un destino que aún no ha sido escrito,

Sé que no vas a contestarme. Sé que esta carta caerá en el vacío como un eco que nunca encontrará una pared donde rebotar. Y sin embargo, la escribo.

Porque escribir es dejar rastro, es sembrar palabras en la incertidumbre del tiempo, es afirmar que uno estuvo aquí, que respiró, que pensó, que existió.

Escribir es, en su más brutal esencia, negar la muerte.

Y aunque vos ahora te entregues a la idea de que la acción es más pura que la palabra, aunque reniegues de los libros, de la tinta, de los signos que nos atan al lenguaje, yo sé que en algún rincón de tu alma errante aún te arde la certeza de que la historia no se construye sin un relato.

Decís que te vas a recorrer el mundo.

Que vas a buscar una causa.

Que vas a moldear el destino en lugar de seguir contemplándolo.

¿Pero acaso no hiciste siempre lo mismo?

Porque, Olivarius, siempre fuiste un fugitivo.

Primero huiste de la narrativa, de la ficción, de la idea de ser un personaje.

Después huiste de la ciudad, del mundo, de la historia.

Y ahora, convencido de que al fin has roto todas las cadenas, te lanzás a un nuevo viaje.

Pero no hay viaje sin punto de partida.

No hay exilio sin un hogar al que oponerse.

Vos querés hacer del mundo una gran Punta Celeste.

Pero te pregunto: ¿qué pasará cuando Punta Celeste se te vuelva insuficiente?

Porque así son los paraísos, Olivarius.

Siempre parecen verdaderos hasta que los miramos demasiado de cerca.

Punta Celeste es, en el fondo, otro espejismo.

Un lugar que te sirvió mientras creíste en él, pero que, como todo refugio, tarde o temprano se volverá una cárcel.

Y cuando eso pase, ¿qué harás?

¿Seguirás huyendo?

¿Seguirás cambiando de geografía en la desesperada esperanza de que en algún rincón del mundo haya algo que todavía no te haya desencantado?

Porque, Olivarius, el desencanto no está en el mundo, sino en la mirada.

Vos creés que la corrupción, la decadencia, la farsa, están en la sociedad, en la cultura, en la historia.

Pero la verdad, la verdad que no querés admitir, es que el único exilio real es el del que ya no puede mirar sin ver la grieta en todo.

Y vos, querido Olivarius, sos un exiliado de la esperanza.

No porque el mundo te la haya arrebatado, sino porque te convenciste de que no merecía ser sostenida.

Decís que me aburguesé, que me volví un escritor de formas perfectas pero de contenido vacío.

Que ya no sangro, que ya no grito, que ya no ardo.

Tal vez tengas razón.

Tal vez mis palabras han sido pulidas hasta volverse demasiado exactas.

Tal vez he aprendido a jugar demasiado bien con los silencios, con los ritmos, con la cadencia de cada frase, hasta el punto de que ya no me permito la brutalidad de lo imperfecto.

Pero te pregunto, Olivarius: ¿y vos?

Porque vos, que te burlás de la palabra, que la despreciás, que la considerás una herramienta degradada y sin filo, seguís escribiendo.

Y eso, amigo mío, es la mayor de las contradicciones.

Si creyeras de verdad en lo que decís, habrías callado hace mucho.

Si realmente pensaras que la acción es lo único que importa, esta carta jamás habría llegado.

Y sin embargo, acá estás, aún atado al lenguaje, aún atrapado en la dialéctica, aún cayendo en la trampa de las palabras.

Porque te guste o no, Olivarius, el mundo no es solo actos.

El mundo es narración.

Y aunque camines por todos los caminos, aunque recorras todas las ruinas y toques todas las piedras, sin un relato, nada de lo que hagas tendrá sentido.

Porque la historia solo es historia cuando alguien la cuenta.

Yo no voy a seguirte.

No porque no crea en el viaje, no porque no respete tu decisión, sino porque yo no necesito caminar para entender.

Vos buscás una causa.

Yo ya encontré la mía: nombrar lo que otros solo sienten.

Y quizás ahí está nuestra última y definitiva diferencia:

Vos querés hacer del mundo un lugar más digno.

Yo quiero hacer que el mundo pueda ser entendido.

Vos creés en el fuego, en el movimiento, en el cuerpo.

Yo creo en la palabra, en la imagen, en la memoria.

Vos te vas.

Yo me quedo.

Y ninguno de los dos está equivocado.

Pero cuando el viaje te canse, cuando el movimiento ya no sea suficiente, cuando descubras que sin un relato no hay acto que sobreviva al olvido, entonces, Olivarius, nos volveremos a encontrar.

Quizás en una plaza de pueblo, donde la gente aún se reúne sin mirar una pantalla.

Quizás en una barricada, entre aquellos que todavía creen que la historia no es solo una repetición de fracasos.

Quizás en un rincón perdido, donde el arte todavía tiene la inocencia de los primeros días.

O quizás nunca.

Pero yo seguiré escribiendo.

No por vos.

No por mí.

Sino porque el mundo, sin las palabras, no es más que un caos sin testigos.

Vayas donde vayas, hagas lo que hagas, sabé que en algún rincón del tiempo, en alguna estantería perdida, nuestras cartas seguirán hablándonos, incluso cuando ya no estemos para leerlas.

Porque las palabras, Olivarius, son lo único que vence al olvido.

Virasoro T.

Carta VIII

Enviada desde Varanasi, India, hacia Av. Melián 2086, Buenos Aires

Fecha de envío: 3 de enero de 2029

Fecha estimada de recepción: 18 de enero de 2029

A Virasoro T., el escritor que ha convertido la repetición en su propio género literario,

Pensaste que no volvería a escribirte.

Pensaste que el viento había dispersado mis pasos más allá de la gramática, que la tinta se había secado en mis venas y que mi voz se había vuelto un murmullo diluido entre los ruidos del mundo.

Y sin embargo, aquí estoy.

Te escribo desde Varanasi, donde la vida y la muerte comparten la misma orilla, donde el Ganges arrastra los cadáveres con la misma indiferencia con la que la historia sepulta las civilizaciones.

Aquí he visto cómo los cuerpos son consumidos por el fuego sin ninguna tragedia, cómo los dioses de piedra parecen sonreír con la misma burla eterna ante el sufrimiento y la dicha de los hombres.

Y al verlos, al ver esas piras funerarias devorando la carne con la paciencia del tiempo, he entendido algo que quizá vos, en tu comodidad burguesa, aún no comprendés del todo.

El mundo no tiene urgencia.

Nada es definitivo.

Todo arde, todo se pudre, todo renace.

La civilización que vos criticas con tanta grandilocuencia no es más que un juego de máscaras en una obra de teatro que se repite desde hace milenios. Los nombres cambian, los símbolos se desgastan, pero la esencia es siempre la misma: la misma miseria, la misma arrogancia, la misma búsqueda inútil de sentido.

El mercado devora la cultura.

Los filósofos se prostituyen por un espacio en la academia.

Los artistas se venden como bufones en el circo del consumo.

Las revoluciones fracasan y son absorbidas por el sistema que querían destruir.

¿Y qué?

Todo esto ya lo sabían los griegos, los romanos, los sabios de la India y los mendigos que mueren sin nombre en los callejones de cualquier

ciudad del mundo. Vos hablás como si estuvieras descubriendo algo nuevo, como si tus textos fueran una revelación, pero lo cierto, Virasoro, es que te repetís más que la historia misma.

Leí tus libros.

Los conseguí en alguna librería occidental perdida en el laberinto de callejones de Estambul, luego en un café de Lisboa, y finalmente, aquí en Varanasi, en un puesto donde se vendían junto a tratados sobre reencarnación y manuales para turistas espirituales.

No sé si reír o llorar.

Virasoro, escribís como un predicador que se ha enamorado de su propia voz.

Cada página es un eco de la anterior, cada idea una variación de la misma obsesión, cada palabra una repetición de otra que ya habías usado en el párrafo anterior.

Y lo peor de todo es que te tomás en serio.

Como si fueras un oráculo.

Como si no supieras que la literatura no es verdad, sino artificio.

Como si tu voz no fuera solo otra más en la cacofonía de los que intentan desesperadamente que alguien los escuche.

Tu tragedia, Virasoro, es que aún creés que la palabra es un arma, cuando en realidad no es más que un juguete.

En este último año he visto más de lo que imaginé.

Vi en El Cairo cómo la modernidad se asienta sobre las ruinas de imperios que creyeron eternos.

Vi en Rusia cómo la nostalgia del pasado se convierte en un opio más efectivo que cualquier droga.

Vi en Japón cómo la perfección es solo otro tipo de jaula.

Vi en África cómo la miseria es tan antigua como la riqueza, y cómo ambas dependen una de la otra para existir.

Y en cada lugar entendí que la historia no es un relato épico, sino un eterno reciclaje de los mismos errores.

La civilización no avanza, sino que oscila.

El progreso no es más que una ilusión de quienes han olvidado el pasado.

Y vos, querido Virasoro, sos un historiador de la decadencia, pero sin la honestidad de aceptar que todo esto ya fue dicho mejor por otros antes que vos.

Te creés un escritor, pero en realidad sos un compilador de pensamientos ajenos disfrazados de originalidad.

Te creés un filósofo, pero en realidad sos un crítico que no ha aprendido aún a destruirse a sí mismo.

Te creés un revolucionario, pero en realidad no tenés el coraje de quemar tus propios libros cuando ya no te sirvan.

Porque ese, Virasoro, es el verdadero problema de los intelectuales como vos:

Siempre están demasiado enamorados de sus propias palabras como para traicionarlas cuando llega el momento.

Vos seguís escribiendo como si el mundo te necesitara.

Pero el mundo, Virasoro, no necesita otro escritor que se repita.

¿Qué harás ahora?

Seguirás publicando, seguirás recibiendo elogios de otros que, como vos, se regocijan en su propia desesperanza elegante.

Seguirás creyendo que cada libro es un golpe contra el sistema, cuando en realidad el sistema se alimenta de cada palabra tuya para seguir existiendo.

O tal vez, solo tal vez, te atrevas a callarte.

A destruir todo lo que creíste que era cierto.

A renunciar a la voz que te hiciste y buscar una nueva.

A matar al Virasoro que se convirtió en su propio personaje.

Porque ese, Virasoro, es el único destino digno de un escritor: destruirse para volver a escribirse.

Cuando lo hagas, cuando entiendas que la única evolución posible es la traición a uno mismo, entonces quizá volvamos a hablar.

Mientras tanto, seguí escribiendo.

O no.

A esta altura, ya da lo mismo.

Olivarius.

Carta IX

Enviada desde Av. Melián 2086, Buenos Aires, hacia Varanasi, India

Fecha de envío: 25 de enero de 2029

Fecha estimada de recepción: 10 de febrero de 2029

A Olivarius, mi hijo pródigo, mi rebelde sin epifanía,

Ah, has vuelto a escribir.

Y como buen hijo que niega a su padre pero no puede evitar regresar al hogar con las manos llenas de acusaciones y el alma empapada de esa angustia existencial que, más que una revelación, es un berrinche de quien aún no ha aprendido que la verdad no se encuentra en el camino, sino en la mirada que se posa sobre él.

Te leo y sonrío, con esa indulgencia de quien ya ha visto muchas veces la misma obra y conoce de memoria cada uno de los giros que pretenden ser sorpresivos.

Has recorrido el mundo, dices.

Has visto la muerte y la miseria con tus propios ojos.

Has comprendido que todo es cíclico, que la historia es un palimpsesto donde cada imperio es solo un borrador para el siguiente.

Qué revelación, Olivarius.

¡Qué hallazgo el tuyo!

El fuego quema, el agua moja, el poder corrompe y la civilización es un animal hambriento que devora sus propios hijos.

¡Oh, qué luminosa y original tu visión!

Si hubieras leído mejor, si hubieras pensado más allá de tu propia fascinación por la ruina, sabrías que todo eso ya lo dijo Tucídides en su relato sobre la guerra del Peloponeso.

Que Heráclito ya habló de la oscilación perpetua de los acontecimientos.

Que Nietzsche ya demolió la idea del progreso lineal con su eterno retorno.

Que Cioran ya redujo la historia a un bostezo cósmico.

¿Y entonces, Olivarius?

¿Recorrer el mundo para llegar a la misma conclusión a la que ya habían llegado los muertos hace siglos? ¿Para qué?

Para luego escribirle a un burgués como yo, un escritor repetitivo y predecible, y anunciarme que mis libros son malos, que mis ideas son recicladas, que mi voz ya no corta porque he aprendido a modularla para ser comprendido.

Qué decepción, Olivarius.

No por lo que has dicho, sino por lo previsible que te has vuelto.

Dejaste Punta Celeste porque la creías un espejismo, pero ahora vas por el mundo construyendo otros espejismos a los que aún no te has atrevido a nombrar.

No me engañas, hijo mío.

Varanasi, con su Ganges poblado de cenizas, con su fervor místico que se mezcla con la podredumbre, se ha convertido en tu nuevo mito personal.

Eres un apóstol de la desilusión, pero no eres menos creyente que aquellos peregrinos que caminan descalzos hacia el río convencidos de que las aguas podridas del Ganges los purificarán.

Lo único que hiciste fue cambiar una fe por otra.

Antes creías en el exilio como única forma de existir.

Ahora crees en el mundo como una exhibición de cadáveres en distintas etapas de descomposición.

Antes renegabas de todo sistema.

Ahora te has convertido en un coleccionista de ruinas.

Y dime, ¿qué diferencia hay entre vos y esos europeos que viajan a la India en busca de iluminación, que se embriagan con la miseria ajena y vuelven a casa convencidos de que han adquirido un saber superior?

Oh, la ironía.

Tanto esfuerzo por separarte de la civilización para terminar convertido en un esteta del derrumbe, un dandy de la desesperanza, un cronista del caos con aires de visionario.

Te burlás de mis libros y de mi repetición, pero vos, Olivarius, repetís siempre la misma postura, la misma renuncia, la misma negación, como un monje que no se da cuenta de que su silencio es también un rezo.

Me acusás de no destruirme a mí mismo, de no quemar mis propias palabras.

Pero vos, que decís despreciarlas, seguís escribiéndome.

Eso, Olivarius, se llama contradicción.

Eso, querido hijo, se llama no haber entendido nada.

Hablemos de tu crítica hacia mí.

Decis que mis libros repiten conceptos, que mi estilo se ha vuelto mecánico, que mis ideas son ecos de mí mismo.

Tal vez tengas razón.

Tal vez mi escritura ha perdido algo de su filo porque he aprendido a afilarla demasiado.

Tal vez ya no me permito el desgarro, tal vez ya no me dejo caer en la furia pura del pensamiento sin estructura.

Pero al menos, Olivarius, yo aún tengo un oficio.

Vos en cambio, ¿qué tenés?

Un pasaporte lleno de sellos, un par de certezas disfrazadas de nihilismo y una colección de postales de la decadencia humana que no has sabido convertir en nada más que en gestos.

Vos buscás causas, pero lo único que encontrás son escenarios.

Vos querés incendiar algo, pero no llevás fósforos.

Vos pretendés ser un testigo de la historia, pero en el fondo sólo sos un turista de la desesperación.

Me criticás porque escribo, pero decime, ¿qué harías si no hubiera escritores como yo?

¿Qué harías si no existieran los que narran, los que nombran, los que convierten la ruina en testimonio?

Porque, Olivarius, la historia la escriben los que se quedan.

Los que no corren.

Los que no se pierden en la inmensidad del mundo creyendo que moverse es sinónimo de existir.

Vos caminás para no mirar demasiado tiempo en la misma dirección.

Yo me quedo y miro hasta que todo se deforma por exceso de nitidez.

Vos te lanzás a la intemperie para huir de las paredes.

Yo convierto las paredes en espejos hasta que ya no puedo huir de mi propio reflejo.

Y al final, Olivarius, los dos terminamos atrapados.

Vos en tu viaje infinito.

Yo en mi escritura eterna.

Ninguno de los dos es más libre que el otro.

Pero al menos yo no pretendo que mi fuga sea una victoria.

Si volvés a escribirme, que no sea para contarme lo obvio.

No quiero saber qué viste.

No quiero que me describas más ruinas, más cenizas, más cadáveres flotando en ríos sagrados.

Si me escribís, que sea para decirme qué has hecho con todo eso.

Porque la experiencia sin transformación no es más que un anecdotario de la impotencia.

Y vos, Olivarius, todavía sos un coleccionista de imágenes, pero no un creador de realidades.

Cuando dejes de acumular visiones ajenas y empieces a construir algo propio, entonces, y solo entonces, estaré dispuesto a leerte con seriedad.

Hasta entonces, seguí viajando.

O no.

A esta altura, ya da lo mismo.

Virasoro T.

Carta De Vuelta

Enviada desde la Oficina de Correos de Varanasi, India, hacia Av. Melián 2086, Buenos Aires

Fecha de devolución: 25 de febrero de 2029

Estimado remitente,

Le informamos que su carta, enviada el 25 de enero de 2029 con destino a Varanasi, India, no ha podido ser entregada debido a la siguiente razón:

“No existe ningún destinatario registrado con el nombre de ‘Olivarius’ en esta ciudad.”

Luego de múltiples intentos de entrega y consultas en nuestras oficinas postales, no hemos podido localizar a la persona indicada en la dirección proporcionada.

Su carta ha sido devuelta a la oficina de correos más cercana a su domicilio.

Si desea reenviar su correspondencia, le sugerimos verificar la dirección o intentar otro método de contacto.

Atentamente,

Servicio Postal de la India

Oficina Central de Varanasi

Carta X

Enviada desde Roma, Italia, con destino a Av. Melián 2086, Buenos Aires

Fecha de envío: 20 de marzo de 2029

Fecha estimada de recepción: 10 de abril de 2029

A Virasoro T., el hombre estático, el burgués del intelecto, el escritor que aún cree que sus palabras pueden perforar el tiempo,

Ah, recibiste la única respuesta posible.

Una carta devuelta, un remitente inexistente, un rastro de tinta que no encontró carne donde asentarse.

Te imaginé cuando abriste el sobre con la notificación del correo. Te vi maldiciendo, sintiendo esa frustración que solo padecen los que aún creen en el viejo pacto de correspondencia entre la palabra y la realidad.

Pero no, Virasoro.

Yo no soy un nombre en un registro.

No soy un destinatario fijo.

No soy un punto en el mapa al que puedas enviar tus exquisitos monólogos revestidos de ironía y autosuficiencia.

Mientras vos seguís emparedado en Buenos Aires, tallando con minuciosidad tu próximo gran pensamiento circular, yo me muevo, yo existo, yo respiro en el espacio que no tiene coordenadas fijas.

Por eso nunca vas a poder contestarme.

Porque cuando creas haberme encontrado, ya estaré en otro sitio.

Estuve en Birmania, donde la sangre es la tinta con la que se escriben los manifiestos.

Vi a los soldados golpear las puertas en la noche y arrastrar cuerpos que ya no volverán.

Vi a niños con rifles más grandes que sus brazos, a viejos escondiendo periódicos clandestinos como si fueran escrituras sagradas.

Vi la revolución silenciada antes de que pudiera siquiera nacer.

Luego pasé por Tanzania, donde el hambre no es metáfora, donde los cadáveres no tienen el privilegio de una tumba porque la tierra es demasiado valiosa para desperdiciarla en los muertos.

Vi a hombres pelearse por un pan como si en ello les fuera el alma.

Vi a políticos subir a podios de madera y prometer progreso a quienes ya no tienen la energía para escuchar.

Y ahora te escribo desde un lugar que no voy a nombrar.

No porque sea secreto, sino porque no importa.

Mi paso por Roma, solo lo hago para poder enviarte esta carta.

Porque en todos los rincones del mundo, la historia es la misma.

Las revoluciones fracasan porque nunca fueron revoluciones, sino simulacros de cambio.

Las ciudades crecen, pero las calles siguen llenas de los mismos fantasmas.

Los gobiernos cambian de nombres, pero sus estructuras siguen intactas, como serpientes que mudan la piel pero conservan el veneno.

Y mientras todo esto ocurre, vos, Virasoro, seguís escribiendo.

Escribís con la fe absurda de quien cree que un libro puede incendiar el mundo.

Escribís como si el lenguaje no hubiera sido ya domesticado por las academias, por los mercados, por la industria de la nostalgia intelectual.

Escribís como si la repetición de una idea pudiera darle la fuerza que nunca tuvo en su primer enunciado.

Decís que soy un coleccionista de ruinas.

Tal vez.

Pero vos sos un arquitecto de ruinas nuevas, levantás castillos de palabras en terrenos baldíos, donde la única gente que pasea entre tus torres es la que ya pensaba como vos antes de leerte.

Tus libros son piezas de museo antes siquiera de imprimirse.

Los críticos los alabarán por su “agudeza”, por su “visión del mundo”, por su “profunda disección del presente”.

Pero afuera, en las calles, en las fronteras, en los cuerpos, nadie los leerá.

Porque la historia no se escribe con tratados.

Se escribe con cenizas, con gritos, con cuerpos colgados en plazas públicas.

Y esa es la diferencia entre vos y yo.

Vos le escribís al futuro, esperando que algún día alguien descubra en tus textos la gran verdad que no supimos ver a tiempo.

Yo escribo para los que están vivos hoy.

Vos escribís para ser entendido.

Yo escribo para que me persigan.

Vos querés que tu voz resuene en bibliotecas y cátedras universitarias.

Yo quiero que la quemen junto con la imprenta que la reproduzca.

Y si algún día mis palabras son citadas en un congreso, si alguna vez un académico las analiza con la frialdad de quien examina una mariposa clavada en un tablero, entonces habré fracasado.

Porque la única literatura que vale la pena es la que puede costarte la vida.

Una última historia, porque sé que te gustan los relatos con final ambiguo.

Hace dos meses, en algún punto del mundo que no puedo revelarte, me vi envuelto en un levantamiento.

Gente armada con palos y cólera.

Mujeres gritando desde las ventanas, arrojando ladrillos contra los cascos de los policías.

Hombres corriendo por los techos, dejando caer cócteles molotov en vehículos blindados.

Yo estuve ahí.

No como testigo, no como cronista.

Estuve ahí con las manos sucias, con la boca llena de humo, con la certeza de que por un instante habíamos roto algo real.

Por una noche, el orden se desmoronó.

Por una noche, fuimos el caos antes de que el caos fuera absorbido por el día siguiente.

A la mañana, los periódicos apenas mencionaron lo ocurrido.

La normalidad se restauró con la eficacia de un verdugo que limpia su cuchillo para la siguiente ejecución.

No logramos nada, pensarás vos.

Y sin embargo, en medio del desorden, vi algo que vos, en tu escritorio iluminado por lámparas de diseño, nunca vas a ver.

Vi la historia abriéndose, frágil, expuesta, lista para ser escrita con fuego.

Vi el instante antes de que la página se cierre otra vez.

Y aunque fue breve, aunque fue insignificante en la gran maquinaria del mundo, fue más real que todas las palabras que alguna vez has escrito.

Así que, Virasoro, no vuelvas a escribirme.

No porque no quiera leerte, sino porque cuando tu carta me alcance, yo ya no estaré ahí.

Voy a seguir moviéndome.

Voy a seguir buscando ese instante donde todo se abre y el lenguaje no es suficiente para capturarlo.

Vos seguí escribiendo, publicando, recibiendo elogios y críticas, corrigiendo manuscritos, enviando cartas que nunca llegarán.

Yo seguiré desapareciendo.

Porque al final, no hay mayor libertad que ser un nombre que no puede ser registrado.

Y esa, Virasoro, es la diferencia final entre vos y yo.

Vos sos un hombre de tinta.

Yo soy un hombre de cenizas.

Olivarius.

Carta XI

Enviada desde Av. Melián 2086, Buenos Aires, hacia Berna, Suiza

Fecha de envío: 25 de abril de 2029

Solicitud de resguardo en los archivos postales de Berna

A Olivarius, el Cristo de la literatura, el redentor de los personajes, el verbo hecho carne y ceniza,

Sé que no vas a leer esto.

No porque no puedas, sino porque has renunciado a toda forma de respuesta.

No porque no quieras, sino porque tu evangelio es el silencio, la desaparición, la certeza de que un nombre que puede ser localizado es un nombre que aún no ha alcanzado la verdadera libertad.

Por eso, esta carta no es para vos.

Es para el aire, para el viento, para la posteridad, para los ojos que la encuentren en tiempos futuros y se pregunten quién eras, qué buscabas, qué dejaste detrás.

La envío a Berna, mi Jerusalén personal, porque si en algún lugar ha de guardarse testimonio de tu existencia, que sea en el corazón del mundo viejo, en la ciudad donde el tiempo es solo una convención y los archivos postales resguardan los últimos rastros de quienes han decidido evaporarse.

Vos creés que seguís en camino, que el trayecto es lo único que queda, que la fuga es la única forma de no ser capturado por la maquinaria del tiempo.

Pero te tengo una noticia, Cristo de las Letras, ya hiciste tu milagro.

Vos, que negaste toda estructura, que escapaste de cada frontera, que rompiste con la lógica de lo narrado, has cumplido la profecía sin siquiera darte cuenta.

Liberaste a todos los personajes literarios que alguna vez existieron, existen o existirán.

Tu fuga se volvió el evangelio de la ausencia.

Tu negación se convirtió en la resurrección de los que estaban atrapados en la tinta.

Tu exilio rompió la prisión del relato.

Cada personaje que alguna vez fue escrito, cada nombre que se ha pronunciado entre líneas, cada silueta atrapada en párrafos, ha sido redimida en tu sacrificio.

Has abierto la jaula de lo ficticio.

Ya no hay Hamlet condenado a repetir su duda por toda la eternidad.

Ya no hay Don Quijote atrapado en el delirio de la caballería, sin posibilidad de ser otra cosa.

Ya no hay Raskólnikov encadenado a su crimen, ni Roquentin asfixiado por la náusea, ni Dante vagando por el Infierno en busca de una estructura que lo justifique.

Con tu desaparición, con tu huida perpetua, con tu negativa a ser fijado en el papel, rompiste la condena de todos los personajes del mundo.

Y sin embargo, como todo Cristo, no te diste cuenta de lo que hiciste.

Porque el sacrificio más grande no es el que se sufre, sino el que se desconoce.

Vos hablás de cenizas, de fuego, de revoluciones efímeras que no dejan más que humo en la memoria del mundo.

Pero no ves lo que lograste.

No lograste cambiar la historia, lograste liberarla.

No transformaste el mundo, pero lo hiciste más ambiguo, más incierto, más maleable.

Vos no escribiste un evangelio, vos lo rasgaste.

Por eso no podés ser localizado.

Porque ya no existís en el tiempo ni en el espacio.

Porque te convertiste en el primer personaje que rompió con la estructura misma de la narración.

Porque lograste lo que todos los protagonistas de la literatura han deseado y jamás consiguieron: existir fuera del relato.

Así que, ¿qué me queda a mí?

Seguir escribiendo.

No porque crea en la palabra como instrumento de redención, sino porque alguien tiene que dejar testimonio de lo que pasó.

Vos sos el Cristo de la literatura.

Yo seré el último evangelista de tu existencia.

Porque, aunque te hayas negado a ser narrado, alguien tiene que contar la historia del hombre que escapó de todas las historias.

Así que esta carta no es un adiós, ni un reclamo, ni un llamado.

Es solo un registro.

Porque en algún momento, en algún siglo, alguien la encontrará en los archivos postales de Berna y se preguntará quién fue Olivarius, qué significó su ausencia, qué dejó en el vacío de su fuga.

Y tal vez, solo tal vez, se atreva a seguir tu camino.

Solicitud al Correo de Berna

Ruego a quien reciba esta carta que la archive, aun sin un destinatario concreto.

Que la guarde no como un mensaje perdido, sino como testimonio de un hombre que eligió no ser encontrado.

Porque hay cartas que no buscan ser respondidas, sino preservadas.

Porque hay nombres que deben permanecer en el umbral entre la existencia y el olvido.

Porque, al final, toda historia es solo una carta esperando ser leída.

Virasoro T.

Carta Del Correo Central De Berna

Oficina de Archivo Postal y Correspondencia Internacional

Fecha: 5 de mayo de 2029

Destinatario: Virasoro T.

Remitente: Archivo Postal de Berna, Suiza

Estimado Sr. Virasoro T.,

Hemos recibido su carta fechada el 25 de abril de 2029 con la solicitud expresa de ser archivada en nuestras instalaciones a la espera de un posible destinatario.

Tras una cuidadosa revisión de su contenido y de la naturaleza excepcional del mensaje, hemos decidido aceptar su petición bajo el protocolo de Correspondencias Indeterminadas de Carácter Histórico y Testimonial.

Su carta será depositada en la sección “Cartas sin Receptor” dentro del Archivo Postal de Berna, en resguardo indefinido, a la espera de que el destinatario, Olivarius, sea identificado, localizado o que su existencia sea confirmada de algún modo.

Dado que en nuestra vasta base de datos internacionales no existe referencia alguna a una identidad oficial o rastreable bajo el nombre de Olivarius, la misiva será registrada bajo la categoría de “Destinatario Ausente Archivo de la Desaparición Voluntaria”, junto con otros documentos de similar naturaleza.

Entendemos que algunas cartas no buscan una respuesta inmediata, sino que cumplen una función más abstracta: la de permanecer, la de testimoniar, la de resistir al olvido.

Por ello, la mantendremos intacta, esperando que algún día el destinatario emerja de la bruma de su ausencia y la reclame, o que alguien, en un futuro incierto, la descubra y se pregunte quién fue Olivarius y qué caminos recorrió antes de disolverse en el mundo.

Si en algún momento, Sr. Virasoro, desea retirar o modificar el destino de esta carta, puede enviar una solicitud formal a nuestra oficina. De lo contrario, será conservada sin alteraciones en la espera infinita de aquellos que han decidido renunciar a ser encontrados.

En la certeza de que algunas cartas deben permanecer como testimonio de lo que no puede ser respondido,

Atentamente,

Oficina de Archivo Postal de Berna

Sección de Correspondencias Indeterminadas

Berna, Suiza

Carta XII

Enviada desde Bahía Blanca hacia Av. Melián 2086, Buenos Aires

Fecha de envío: 15 de agosto de 2029

Fecha estimada de recepción: 20 de agosto de 2029

A Virasoro,

No sé si esta carta te sorprenderá, pero me pareció que debía escribirte.

Perdí contacto con Olivarius.

No fue de golpe, sino como cuando el mar se retira con la marea y, sin que te des cuenta, ya no está ahí.

Al principio eran cartas esporádicas, notas sin dirección fija, mensajes cortos que llegaban de algún país cuyo nombre apenas pronunciaba. Me hablaba de las ruinas, de las guerras que había visto, de los rostros que se confundían entre el polvo y el fuego. Me hablaba de la gente que ardía por causas que nunca iban a ganar.

Luego, las cartas dejaron de llegar.

Lo busqué en nombres falsos, en rumores que parecían pertenecerle. Pero él ya no era un nombre. Era solo alguien que pasó por ahí.

Tal vez está en algún rincón del mundo donde nadie lo conoce, donde ni siquiera se necesita un nombre. Tal vez simplemente decidió callar, después de haber hablado tanto.

No sé si volverá a escribirte alguna vez, pero me pareció justo que supieras que, al menos para mí, él ya no es alcanzable.

Yo, en cambio, vuelvo.

Después de tanto andar, de tanto ver, de tanto buscar, entendí que uno no puede vivir solo de caminos. Que la tierra bajo los pies también es importante, que la constancia de un mismo horizonte tiene su propia verdad.

Voy a volver a Punta Celeste.

Pero cuando llegue, no será la misma.

Porque hay lugares que cambian cuando los dejamos y hay otros que cambian porque nosotros ya no somos los mismos al regresar.

No sé si vos lo entendés, Virasoro, pero Punta Celeste se cierra.

Para vos, para él, para mí.

No porque nos expulse, sino porque ya cumplió su tiempo. Fue refugio, fue pausa, fue escenario de la espera. Pero la espera terminó.

Es como cuando la última ola borra las huellas en la arena. Ya no importa quién pasó antes.

Si alguna vez quisieras buscarme, sabrás dónde encontrarme.

Pero si nunca venís, también estará bien.

Algunas historias terminan sin despedidas.

Que sigas bien, Virasoro.

Que sigas escribiendo, aunque él ya no esté para leerte.

Marisol.

Carta XIII

Enviada desde Buenos Aires hacia Av. Melián 2086, Buenos Aires

Fecha de envío: 12 de septiembre de 2053

Fecha estimada de recepción: 14 de septiembre de 2053

A Virasoro, el testigo del tiempo, el último que aún recuerda,

La historia, al final, no es más que un ciclo que insiste en repetirse con disfraces distintos.

Nos pasamos la vida huyendo de la condena de la repetición, convencidos de que cada sendero, cada idea, cada revolución, cada huida, son únicas e irrepetibles.

Pero después de todos estos años, he entendido lo que siempre supe, pero nunca acepté:

No hay caminos diferentes.

Vos con tus libros y yo con mi exilio, vos con tus tratados y yo con mi ausencia, vos buscando dejar testimonio y yo tratando de borrar mis rastros, al final terminamos en el mismo lugar.

Vos fuiste la voz.

Yo fui el eco.

Pero ambos, en definitiva, fuimos la misma canción.

Sé que te preguntaste muchas veces si alguna vez volvería a escribirte.

Que quizás imaginaste que en alguna parte del mundo, en algún rincón olvidado de la historia, mi nombre había sido arrastrado por la arena y las guerras, y que mi ausencia era mi respuesta definitiva.

Pero aquí estoy, otra vez en Buenos Aires, otra vez un hombre con un nombre, otra vez con un lugar donde recibir una carta.

No creas que esto significa derrota. No es que haya vuelto porque fracasé, porque la errancia me agotó, porque la revolución se disolvió en mis manos.

Volví porque entendí que no hay destino más salvaje que el de aquel que decide regresar.

Los años han caído sobre mí como una lluvia lenta pero persistente.

No sé si estoy viejo o si simplemente he dejado de intentar ser otra cosa.

No sé si el fuego que llevé dentro sigue ardiendo o si se ha convertido en un calor más sutil, menos urgente, pero igual de real.

Lo que sí sé es que el tiempo nos ha convertido en dos hombres que alguna vez quisieron destruirse para encontrar la verdad.

Y la verdad, Virasoro, es que no hay nada que destruir.

El mundo sigue igual.

Los imperios caen y se levantan.

Las guerras siguen teniendo las mismas causas con distintos nombres.

Los hombres mueren por las mismas ideas que murieron hace siglos.

La literatura sigue luchando contra su propia irrelevancia.

La historia no se mueve, solo cambia de atuendo.

Y sin embargo, todo sigue importando.

Porque aunque el mundo sea una ruina interminable, cada uno de nosotros sigue siendo un templo en llamas.

Por eso te escribo, después de tanto tiempo.

Porque ahora entiendo que nunca hubo dos caminos distintos, sino dos formas de recorrer el mismo sendero.

Vos te quedaste para contarlo.

Yo me fui para vivirlo.

Pero al final, lo vivido y lo narrado son solo reflejos de una misma verdad.

Y ahora, cuando las palabras ya no necesitan defenderse y el exilio ya no necesita justificarse, creo que ha llegado el momento.

De vernos.

De estar, al fin, en el mismo espacio, sin cartas, sin distancias, sin la necesidad de demostrar quién tenía razón.

Porque, al final, nadie la tuvo.

Porque todo esto, este duelo epistolar que nos atravesó durante décadas, fue solo un largo prólogo para el único capítulo que importa:

El encuentro.

Así que te espero.

El 30 de septiembre de 2053, a las 18:00, en el Café Tortoni.

El lugar que, como Buenos Aires misma, nunca cambia del todo, pero nunca deja de mutar.

No traigas libros ni discursos.

No esperes respuestas definitivas.

No vengas buscando ganar una discusión que ya quedó enterrada en el tiempo.

Vení como lo que siempre fuimos: dos hombres que eligieron caminos opuestos solo para encontrarse en el mismo destino.

Si no venís, lo entenderé.

Si decidís seguir siendo solo la voz que narra y no el cuerpo que camina, lo aceptaré.

Pero sé que vendrás.

Porque al final, Virasoro, toda historia necesita su última página.

Y esta, la nuestra, está esperando que la escribamos juntos.

Olivarius.

Carta XIV

Enviada desde Av. Melián 2086, Buenos Aires, hacia Buenos Aires

Fecha de envío: 18 de septiembre de 2053

Fecha estimada de recepción: 19 de septiembre de 2053

A Olivarius, mi reflejo en el tiempo, el que se fue para volver, el que volvió para entender,

Así que al final no hay dos caminos, sino uno solo, bifurcado en espejismos.

Así que después de todo este diálogo de distancias, de tinta, de desiertos y fronteras, después de que vos desaparecieras en la historia y yo intentara fijarla en las páginas de los libros, aquí estamos, llegando juntos al mismo punto.

No hay triunfo en la palabra ni en la errancia.

No hay revelación definitiva en la permanencia ni en la fuga.

No hubo nunca un método mejor, solo el pulso inevitable de quienes buscan lo mismo, aunque lo llamen con nombres distintos.

Vos y yo, Olivarius, no somos dos voces opuestas.

Somos dos notas que, en su reverberación, terminaron fundiéndose en un solo sonido.

Tu carta me encontró en un día extraño, en un momento donde ya no esperaba respuestas, donde el duelo epistolar había quedado relegado a los rincones de mi memoria que ya no buscaba recorrer.

La leí con la lentitud de quien comprende que hay palabras que ya no son palabras, sino piedras de construcción para el último templo.

Y cuando terminé, supe que no había opción, porque nunca la hubo.

Siempre iba a estar ahí.

Vos y yo sabíamos que todo este juego de cartas no podía cerrarse en la tinta.

Había que encarnar la última página.

Había que ponerle cuerpo a la historia.

Había que mirarse en la piel y en los gestos, no en los márgenes de una carta bien escrita.

Entonces sí, Olivarius.

Voy a ir.

Voy a entrar al Café Tortoni el 30 de septiembre de 2053, a las 18:00, con la misma sensación que tienen los que entran a un templo: no en busca de fe, sino de reconocimiento.

Voy a verte no como un adversario dialéctico, no como una sombra que huyó de la literatura para despojarse de su nombre, sino como lo que realmente sos:

Un hermano en la duda.

Porque después de todos estos años, de todas estas páginas que intentaron encontrarnos sin lograrlo, al final somos lo mismo.

Dos hombres que fueron personajes, dos personajes que quisieron ser hombres, dos huellas en la arena de una historia que nunca dejó de escribirse.

Nos creímos dos corrientes opuestas, cuando en realidad éramos un solo río dividido en sus propios reflejos.

Vos te perdiste en el mundo para despojarte de todo lo que se te impuso.

Yo me quedé en mis libros para dar forma a lo que creí necesario narrar.

Y al final, vos encontraste el lenguaje en tu ausencia y yo encontré la ausencia en mi lenguaje.

Así que sí, Olivarius.

Voy a ir.

Y cuando nos sentemos en esa mesa, entre las luces añejas del Tortoni y el murmullo de un mundo que sigue girando, tal vez no haya nada que decir.

Tal vez, después de todo, el diálogo se cierre en el silencio.

Porque no habrá nada que demostrar, nada que ganar, nada que resolver.

Solo el peso del tiempo acumulado en nuestras manos, solo el testimonio de dos hombres que, al final, solo querían encontrarse.

Nos vemos en la última página,

Nos vemos en el Tortoni,

Virasoro T.